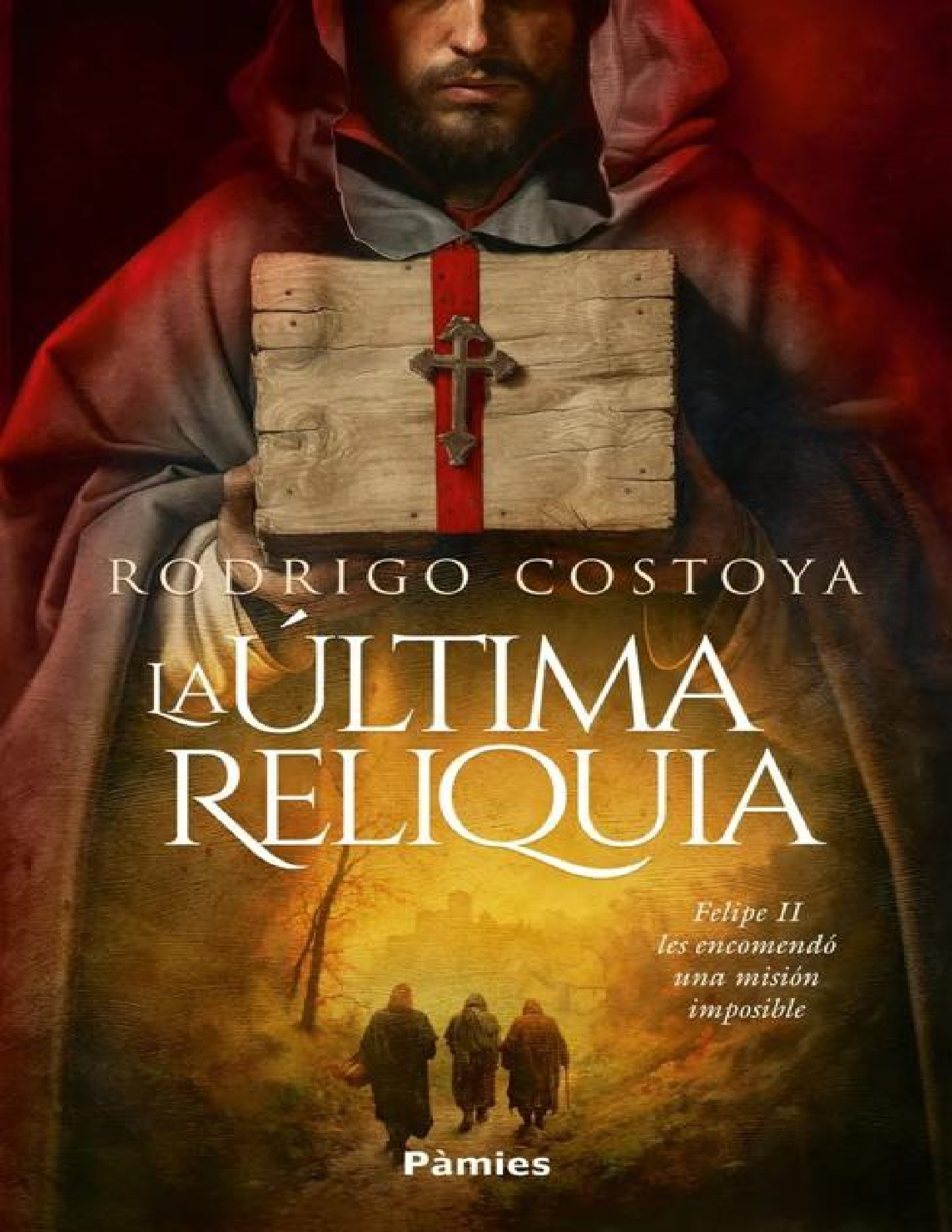

RODRIGO COSTOYA
LA ÚLTIMA RELIQUIA
Felipe II
les encomendó
una misión
imposible
Pàmies

RODRIGO COSTOYA

LA ÚLTIMA RELIQUIA

Pàmies

Primera edición: febrero de 2024

Copyright © 2024 de Rodrigo Costoya Santos

© de esta edición: 2021, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-10070-07-3
BIC: FV

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice

Exordio

Mapa del Imperio de Felipe II

Parte primera. Sobre mentiras y sueños

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Parte segunda. Una huella en la eternidad

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Parte tercera. Los sueños naufragados

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Capítulo 91

Capítulo 92

Capítulo 93

Capítulo 94

Mapa de la ruta de la Gran Armada

Capítulo 95

Capítulo 96

Parte cuarta. No hay lugar en el mundo

Capítulo 97

Capítulo 98

Capítulo 99

Capítulo 100

Capítulo 101

Capítulo 102

Capítulo 103

Capítulo 104

Capítulo 105

Capítulo 106

Capítulo 107

Capítulo 108

Capítulo 109

Capítulo 110

Capítulo 111

Capítulo 112

Capítulo 113

Capítulo 114

Capítulo 115

Capítulo 116

Capítulo 117

Capítulo 118

Capítulo 119

Capítulo 120

Capítulo 121

Capítulo 122

Capítulo 123

Capítulo 124

Capítulo 125

Capítulo 126

Capítulo 127

Capítulo 128

Capítulo 129

Capítulo 130

Capítulo 131

Capítulo 132

Capítulo 133

Capítulo 134

Capítulo 135

Capítulo 136

Capítulo 137

Capítulo 138

Capítulo 139

Capítulo 140

Capítulo 141

Capítulo 142

Capítulo 143

Capítulo 144

Capítulo 145

Capítulo 146

Capítulo 147

Capítulo 148

Capítulo 149

Capítulo 150

Capítulo 151

Capítulo 152

Capítulo 153

Capítulo 154

Capítulo 155

Capítulo 156

Capítulo 157

Capítulo 158

Capítulo 159

Capítulo 160

Capítulo 161

Capítulo 162

Capítulo 163

Capítulo 164

Capítulo 165

Capítulo 166

Capítulo 167

Parte quinta. Tres siglos y un parpadeo

Epílogo

Parte sexta. Luces sobre Compostela

Notas del autor

Peroratio

Agradecimientos

Contenido especial

A Compostela, mi hogar;

una ciudad construida

sobre mentiras y sueños.

A ti, que llegas a estas páginas con el vuelo errante de un albatros viajero:

Has de saber que, en los tiempos que abarca nuestra historia (1588-1589), el soberano más poderoso del planeta envió a su mejor hombre a Compostela para que confiscara la reliquia más sagrada de la cristiandad. Ya guardaba en El Escorial más de siete mil vestigios sacros. Para ello había construido, en última instancia, el más imponente edificio erigido en todo el mundo durante todo un milenio. Atesorar junto a sí el cuerpo del señor Santiago era el más ferviente anhelo de su majestad Felipe II.

Todo esto es verdadero, pues.

El hombre en cuestión era el gran Ambrosio de Morales, el más insigne erudito de su tiempo. El cronista mayor de Castilla. Él fue enviado a Compostela para confiscar, bajo dispensa papal, lo más valioso de cuanto había y hay en toda la cristiandad.

Los sagrados restos del hermano-primo de Jesús de Nazaret. La última reliquia.

También debes conocer que el arzobispo compostelano, Juan de Sanclemente, estaba, a la sazón, acorralado en sede judicial por la chancillería de Valladolid a raíz de un pleito presentado por un joven abogado. Lázaro González era su nombre, y representaba a cinco poderosos obispos del corazón de Castilla. La autenticidad de las reliquias corría riesgo de ser sometida a peritaje bajo la lupa inquisidora de los veedores de la Real Audiencia.

Y por último, en respuesta a la ofensiva de la mal llamada Armada Invencible, la reina de Inglaterra, Elizabeth I, envió una inmensa flota al mando del pirata Drake para socavar el poder de su gran rival, Felipe de España. Contra todo pronóstico, la ofensiva inglesa acabó estallando sobre la ciudad de Coruña, defendida apenas por un puñado de soldados. Por suerte, no estaban solos. Los secundaban las bravas mujeres de la ciudad capitaneadas por la heroína que pasaría a la posteridad con el nombre errado de María Pita.

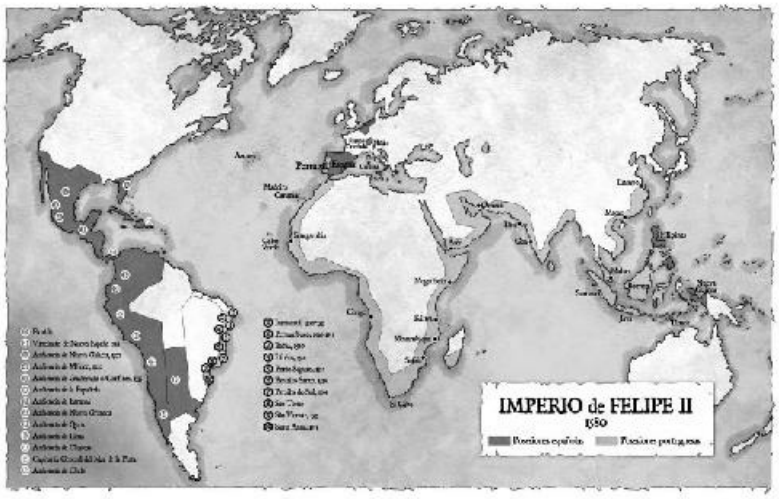
Parece lógico pensar que arrasar Compostela era el principal anhelo del corsario. Que el auténtico objetivo de sir Francis, en realidad, no era rendir Coruña. El gran santuario católico caería, Roma sufriría un golpe mortal y el incipiente Imperio español, partido en dos, vería horadados sus cimientos al quedarse sin el reino de Portugal y sus colonias.

El mundo, por lo tanto, sería hoy otro. Y bien distinto, además.

Cómo el señor Sant Iago salió de tal emboscada es lo que hallarás en estas páginas. Vaya por delante que, a raíz de los hechos que aquí se narran, el cuerpo del apóstol estuvo desaparecido durante casi trescientos años. Hasta finales del siglo xix, nada menos.

Una historia real que ni la más retorcida de las ficciones podrá superar jamás.

Buen viaje te deseo. Al final de esta travesía todo será diferente ante tus ojos.


IMPERIO de FELIPE II
1580

«A veces se desencadenan desventuras y prodigios.

Puede ser que un mortal cambie el curso de los siglos».

Parte primera

Sobre mentiras y sueños

1571

«De qué manera ha llegado a Compostela
no sabemos nada. Dejadlo reposar y no vayáis allí,
porque igual lo que está enterrado en
aquella basílica es un perro muerto
o un caballo».

Martín Lutero. Sermón del día de Santiago
(25 de julio de 1522)

I

Golfo de Patras, 7 de octubre de 1571

El silencio en alta mar augura muerte.

Alineados en cubierta, los soldados contenían el aliento ante el avance enemigo. Frente a sus pupilas temblorosas, la flota más imponente que jamás había surcado los mares navegaba hacia ellos con el aplomo de mil incendios.

El océano, extrañamente impasible, pronto estaría teñido de rojo.

Desde la amura de babor, Miguel aferraba su arcabuz junto a la borda de La Marquesa. Sus ojos volaban fugaces de una vela a otra, incapaces de abarcarlo todo. Atrás quedaban ya los últimos días, febriles y agitados. También su exilio de tantos años, y la parca cabalgando en su grupa. A su lado, Rodrigo se mordía el labio.

Al percibir la agitación de su hermano, Miguel se colocó tras él. «Tranquilo», le susurró, tratando de ocultar su propia inquietud. Desde el alba, el augurio del final flotaba entre los mástiles. En torno al ojo del huracán un cataclismo inevitable giraba con una parsimonia casi burlona, amenazando con engullirlo todo.

Desde un buque cercano, Manuel de Poulo veía pasar ante sus ojos los capítulos inconexos de toda una vida, en una secuencia que ahora cobraba sentido. Una aldea remota abandonada siglos atrás, una mantita de viaje y un sendero sembrado de abandonos.

Marinos y soldados sentían atronar sus corazones. Los tiempos eran llegados.

Como cada amanecer, el día había extendido su manto de luz sobre las aguas. No obstante, los ecos que lo precedían sonaban, esta vez, como un redoble en las catacumbas.

Décadas después, desde la sombría celda castellana donde sería condenado a expiar sus pecados, Miguel recordaría aquella batalla como «la más alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros». Solo sus recuerdos y sus fantasías lo habrían de acompañar en los años de encierro. Nada más que aquellas imágenes grabadas a fuego y dos amigos imaginarios. Pero esa —como todo el mundo sabe— es otra historia.

Porque allí, en ese mediodía soleado de octubre, la eternidad había tendido una celada sombría sobre las cofas de los navíos. El canto de una moneda iba a determinar el devenir de los tiempos.

Todo sucedió en el mar que acaricia a la pequeña ciudad de Náfpaktos. Una villa portuaria de la vieja Hélade, más conocida en Occidente por su nombre italiano.

Lepanto.

II

La victoria fue aplastante.

La cristiandad, arrinconada por el avance otomano durante decenios, festejó el triunfo por todo lo alto. Les habían arrebatado los lugares sagrados de Tierra Santa, las aguas orientales del que siempre había sido su mar y hasta su gran capital, la ciudad de Constantino. Sin embargo, gracias al éxito conquistado en Lepanto, la situación se había dado la vuelta. Ahora, por primera vez en décadas, era el turco quien lamía sus heridas.

Muy pocos cuestionaron si tanta pompa no acabaría por resultar un espejismo.

Entre el alborozo reinante, el papa de Roma ordenó establecer la festividad de la Virgen de las Victorias en conmemoración de tan señalada ocasión. La civilización occidental había repelido la más oscura amenaza que había conocido en los mil últimos años. Ahora podrían respirar. El éxito en la mayor batalla naval que jamás había tenido lugar en cualquier océano del mundo bien lo merecía.

La fecha pasaría a la posteridad como la fiesta de la Virgen del Rosario. Desde entonces, toda la cristiandad católica la habría de celebrar con esa extraña mezcla de devoción y festejos que distingue sus ritos. Así lo había dispuesto el sumo pontífice, por mucho que en la batalla hubieran sido masacrados más de cuarenta mil hombres.

Por mucho, también, que unas dudas se cernieran como nubarrones sobre el horizonte en el que brillaba el sol de la autocomplacencia. Que aquel súbito rolar no fuese más que una tregua concedida por los vientos no parecía importar a nadie.

Era hora de festejarlo, había dicho el papa.

Y la voluntad del papa, como todos sabían, equivalía a la voluntad de Dios.

III

Madrid, octubre de 1571

Felipe logró quedarse solo.

Acababa de convertirse en el hombre más poderoso del mundo.

«Rey del Universo», lo habían llamado sus consejeros, aunque su sensación era más bien la que hubiera dejado una cuchilla helada al rozar su piel. En tragos como aquel, solo acariciar el pequeño relicario que colgaba de su cuello podía devolverle el sosiego perdido.

Las reliquias de los santos. Su devoción más íntima.

Aquello era lo único capaz de aliviar los males de su alma. Con los ojos cerrados, besó la cajita engarzada en una cadena de oro y se la pasó por toda la cara, aspirando su aroma con fruición. En cuanto pudiera correría hasta el armario donde guardaba su colección particular. Tenía mucho que agradecer a los vestigios sagrados.

Una vez más, sus súplicas habían sido escuchadas.

Al volver en sí, inspiró profundamente.

Una cimitarra se había recreado en su nuca, acariciándola durante todo aquel tiempo. Por suerte, sus almirantes habían vencido esta vez. Los otomanos iban a tener que pensárselo mucho antes de amenazar de nuevo el corazón de Europa.

Ya más tranquilo, se recostó. Eso era lo que había estado esperando. Por fin podría escabullirse de tantos preparativos para centrarse en su anhelo más intenso. En su verdadero sueño. Aquella idea le hizo echar un vistazo a través de la ventana.

Entonces, y solo entonces, el rey sonrió de verdad.

Hacia poniente, unas montañas azules recortaban el horizonte.

Entre ellas se estaba construyendo el edificio más soberbio de cuantos habían existido jamás. Ardía en deseos por visitar las obras una vez más. Llevaban ocho años en marcha, y otros tantos faltaban para verlas acabadas.

El más imponente centro de poder crecía a paso firme entre los montes que él contemplaba con mirada soñadora desde Madrid. El núcleo material, y sobre todo espiritual, del nuevo orden político que él encabezaba.

El Escorial. Eje del mayor imperio que jamás había existido.

Había llegado la hora de actuar.

O ejecutaba ahora lo que llevaba tanto tiempo planeando o tal vez jamás tuviera arrestos para hacerlo. Para un cometido de tal calado iba a necesitar al hombre más brillante de cuantos conocía. Un erudito de talento extraordinario.

Solo así El Escorial dejaría de ser un cascarón vacío.

Algo le decía que el éxito en aquella misión determinaría su reinado. Si la santidad suprema no lo avalaba, estaría condenado al fracaso. Ahora o nunca, se dijo. Y que fuese ahora. Con el vello erizado, Felipe ordenó que se preparase el jinete más veloz.

Había que llevar una carta a Alcalá de Henares.

Necesitaba ver a Ambrosio de Morales.

Parte segunda

Una huella en la eternidad

(Mayo-junio de 1588)

«Todas esas tumbas, con su lujo y su magnificencia,
se construyen pensando en la otra vida.
También esa catedral, y los más fastuosos edificios del mundo
cuya razón de ser es la necesidad acuciante
que siente el ser humano de creer en la vida eterna.
Necesitamos convencernos de que no somos
simples animales condenados a morir.
A desaparecer sin haber dejado un rastro tras nuestros pasos.
Una huella en la eternidad».

IV

Monxoi (cerca de Compostela), 1 de mayo de 1588

Los pies se hunden en el lodo cuando el camino es incierto.

Ambrosio cabalgaba taciturno con la mirada en la espalda de sus ayudantes. La niebla envolvía a la pequeña comitiva, difuminando el entorno. El camino le resultaba familiar, pero habían pasado quince años desde la última vez.

El nuevo encargo del rey, tan envenenado como el de aquellos días, daba vueltas en su cabeza. No habían adelantado más que a un puñado de peregrinos desperdigados, pero supuso que pronto vislumbrarían las torres de la catedral.

Pese a todo, sonrió al ver cómo Mundo arropaba al pobre Cándido, enfermo otra vez.

Fue cosa de un instante.

Habían pasado tres lustros, pero la tensión seguía palpitando en sus sienes. De la misión de aquellos días se había llevado un equipaje atestado de monstruos domésticos.

Pesadillas que regresaban cada noche para destellar tras sus párpados.

Lo sucedido entonces, sumado a la publicación de su famoso Viage a los Reynos de León y Galicia y Principado de Asturias, había supuesto un seísmo del que seguían llegando réplicas. Desde entonces, una sombra acechaba sus secretos más inconfesables. De ahí que una mano fría lo atenazase cuando el rey le comunicó sus nuevas intenciones.

Había sido en El Escorial apenas dos semanas atrás.

Iglesia vieja de El Escorial, 16 de abril de 1588

—¡Ambrosio, amigo! Disculpad que no me levante, ya veis… Esta maldita gota me tiene postrado en esta silla del demonio, más propia de un lisiado que de un rey. —Ante la reverencia circunspecta del licenciado, Felipe reaccionó cambiando el tono—. Pero dejemos a un lado estas pequeñas contrariedades… Decidme, amigo…, ¿cómo se encuentra el más insigne erudito de todos mis reinos? —sonrió, abriendo los brazos.

El cronista alzó las cejas.

Aquel recibimiento no era propio de un hombre como Felipe.

Su habitual rictus de amargura se había dulcificado en una sonrisilla lisonjera que daba más dentera que otra cosa.

—Me honráis, alteza, mas no creo ser merecedor…

—¡Vamos, vamos, sin remilgos! —lo atajó Felipe con una familiaridad que, nuevamente, no le dio buena espina.

La última vez que lo había halagado de ese modo había acabado por encomendarle un encargo endiablado.

—Nadie sino vos hubiera podido cumplir con tan sagrada misión, Ambrosio. De no ser por vos, este lugar no sería lo que es. —Mediante gestos, el rey señaló hacia los muros de El Escorial —. Creedme; lo tengo presente cada día en mis oraciones.

El licenciado inclinó la cabeza.

Hacía tres años que habían terminado las obras de San Lorenzo, la más imponente

construcción que el ser humano había erigido jamás. Y aun así, la monumentalidad no era el motivo que había hecho construir aquel edificio. Ni tampoco las motivaciones diplomáticas o la ostentación con fines políticos, tan habitual en las cortes europeas.

Lo que convertía a aquel lugar en el ombligo del mundo era lo que sus muros guardaban. Y no los libros valiosos, ni las excelsas obras de arte.

Aquello era secundario para el rey.

—Todo esto no sería más que un cascarón vacío —le había dicho entonces.

Habían pasado quince años, pero los recuerdos ardían en su memoria.

—Lo sustancial es lo que los muros de su basílica han de acoger —siguió Felipe—. Además de las tumbas de los reyes pasados y de los que hayan de venir, haremos de este lugar el mayor centro de santidad del mundo. —Ahí, Ambrosio trazó un gesto de perplejidad. ¿No estaban para eso las catedrales y los mausoleos? No obstante, Felipe pasó por alto su desconcierto—. Y para completar tan sagrada misión es para lo que os necesito, licenciado.

Después le había encomendado la ardua tarea de recopilar todas las reliquias sagradas que se custodiaban en cientos de iglesias, colegiatas y monasterios del norte de la Península.

Y a fe que había cumplido.

Miles de piezas habían sido confiscadas por él, Ambrosio de Morales, en nombre del rey Felipe II. Cabellos sueltos de Cristo, espinas de su corona, miembros incorruptos y hasta cuerpos completos de santos. Unos vestigios que las congregaciones y parroquias que los custodiaban veneraban como tesoros.

El Escorial se convirtió así en el mayor relicario del mundo, con más de siete mil piezas guardadas en su lipsanoteca. Las reliquias eran visitadas a diario por el soberano del imperio donde no se ponía el sol. Aquel soberbio edificio, sin parangón en el mundo entero, había sido concebido como el envoltorio de toda esa santidad.

Así lo había soñado el monarca, y así se había hecho.

Y él, el licenciado Morales, era el artífice de tal hazaña.

Ante los nuevos elogios de Felipe, Ambrosio volvió en sí.

Aquellos recuerdos seguían oprimiéndole el pecho.

—Os lo agradezco, alteza. No será por obra mía, pero lo cierto es que este monasterio de San Lorenzo es una obra magnífica.

Ahora fue el rey quien lo miró con suspicacia.

—Ese trabajo vuestro, querido Ambrosio… Sé que han pasado quince años desde entonces, y aunque cumplisteis con creces lo que os encargué tras la victoria en Lepanto, lo cierto es que aquella misión quedó… Cómo lo diría… ¿Incompleta?

El licenciado arrugó la frente.

Se había pasado todo el año de 1572 trillando los caminos de los reinos de León y Galicia, y las había tenido tiesas con abades malencarados y con hordas de lugareños furibundos. Hasta se había visto obligado a escabullirse en más de una ocasión como un vulgar ladrón de gallinas.

Y después de tantos sacrificios… ¿todo eso había quedado incompleto?

—No me entendáis mal —rogó el rey, conciliador—. Nada tengo que reprochar a aquel trabajo. Si acaso, fui yo… quien no se atrevió a… a pediros que culminaseis la misión.

Ambrosio guardó silencio. Y aquello… ¿qué quería decir, exactamente? ¿Cuál era esa supuesta culminación pendiente?

Un mal presentimiento asomó tras su hombro.

—Sí, licenciado… Vuestro viaje, entonces, finalizó abruptamente en Compostela. Esas cosas que publicasteis sobre el cabildo… El caso es que tuvisteis que abandonar la ciudad por la puerta de atrás justo cuando yo estaba tramitando con la Santa Sede el último encargo. El más importante de todos, por cierto…

El cronista abrió mucho los ojos, pero el rey siguió como si tal cosa.

—Después, unos asuntos y otros acabaron por diluir la ocasión. La dispensa papal no llegaba, vos regresasteis a Alcalá… En fin, que la cuestión fundamental de aquel viage estaba sin completar. El tesoro que hoy acoge nuestro relicario no admite comparanza en el mundo entero, pero… falta en él, por así decirlo, la joya de la corona…

Un gesto significativo confirmó lo que Ambrosio ya había intuido.

—Falta en El Escorial, Ambrosio… La última reliquia.

El licenciado se quedó sin aliento.

—Pero, majestad… —balbució—, no he dudado en jugarme el pellejo por esos reynos de Dios, pero esto, si me lo permitís… ¿La reliquia más sagrada de toda la cristiandad, arrancada de su ubicación originaria? Las consecuencias serían…

Felipe esbozó un ademán displicente, cortando sus reticencias de raíz.

Como si todo aquello no fuera más que un trámite menor.

Y eso, se estremeció Ambrosio, era más preocupante aún. El rey no hacía más que quitarle hierro a la operación cuando podrían estar hablando del mayor latrocinio que jamás se hubiera cometido.

—Descuidad, licenciado; este proyecto mío no es locura ni improvisación. Llevo años preparando el terreno. Monseñor Quiroga está tramitando la dispensa ante la Santa Sede. Ya solo falta que halléis un fundamento jurídico para el traslado de los restos. Nadie mejor que vos podría hallar en esa catedral el argumento que avale nuestra voluntad: que el señor Santiago duerma el sueño eterno aquí, en el mayor centro de santidad del mundo. Además, mi ilustre amigo…, no creeréis que he nombrado arzobispo a Sanclemente por casualidad…

El pulso del licenciado se desbocó definitivamente.

Lo que para el rey parecía ser una estratagema astuta, para él era un clavo de fuego en la tapa de su ataúd.

Juan de Sanclemente y Torquemada era su propio sobrino, y Felipe lo había nombrado arzobispo de Compostela de forma inesperada. Todos los naipes del soberano acababan de quedar boca arriba, y su cariz era aún más desconcertante de lo que Ambrosio había alcanzado a prever.

Felipe no tenía ni idea de las pesadillas que lo asolaban desde su visita a Compostela. No sabía nada de aquel amor proscrito que había terminado en tragedia, ni sobre aquella mujer asesinada ni sobre el purgatorio en el que llevaba quince años asándose a fuego lento.

—Debemos guardar el secreto hasta que la reliquia esté a buen recaudo —indicó el soberano, sacándolo de sus ensoñaciones—. No digáis nada mientras no la tengamos aquí, en El Escorial.

Aunque al borde del colapso, Ambrosio asintió.

—Como ordenéis, majestad —respondió, cabizbajo.

El peso de cien planetas acababa de posarse sobre sus hombros.

Traer a El Escorial aquello que el monarca había denominado «la última reliquia», como si fuera un apero de labranza o un vellón de lana, se le antojaba poco menos que imposible. Miles de peregrinos de toda Europa se rebelarían si tal cosa sucediese; y muchos hombres de fe iban a

montar en cólera en el seno de la Iglesia. Y, lo que era peor, él tendría que afrontar la furia de una ciudad contra el capricho de un rey.

El cabildo de Compostela no era un enemigo común.

Iba a tener que hallar razones de peso en el archivo de la catedral compostelana para justificar una acción de tal calibre. La voluntad del rey, en un caso así, no era suficiente.

Ni aunque viniera avalada por el mismísimo papa de Roma.

Al asumir su misión, Ambrosio se mordió la lengua.

Tenía por delante un camino plagado de odios y peligros. De intereses aviesos y hombres sin escrúpulos.

Y también de los recuerdos más amargos, que habitaban en la propia Compostela. Sombras que llevaban tres lustros aferradas a su cuello, y que se agrandaban ante la perspectiva de asestarle un golpe cruel a su propio sobrino.

El panorama era devastador. Sin embargo, no podía negarse.

Cómo hacerlo. Nadie más podría hacerlo.

La voz de Mundo le hizo volver en sí.

El relicario, el rey y hasta El Escorial entero se desvanecieron de su memoria ante el ruidoso alborozo del muchacho, que hacía encabritar a su montura.

—¡Maestro! —vociferó, mientras Cándido sonreía débilmente—. ¡Mirad!

Al seguir la dirección de su dedo, Ambrosio sintió un escalofrío.

Al fondo, asomando entre la niebla hecha jirones, unas torres de piedra sobresalían de unas lomas verdes. La estampa era inconfundible.

Allí estaba, al final de los caminos, la ciudad sagrada. El faro de Occidente, impasible al paso de los siglos, y también el cubil insospechado de sus pesadillas más funestas.

La tumba del señor Santiago.

La vieja Compostela.

V

Compostela, 1 de mayo de 1588

Al fin llegaron.

Los muchachos, con sus miradas expectantes, lo sacaron del aturdimiento. Aunque azorado, el anciano acabó por desmontar. Ellos, ya pie a tierra, aguardaban las instrucciones de su maestro.

Mientras amarraba su caballo ante el gran hospital, Ambrosio echó una mirada pesarosa en derredor. Jamás hubiera creído que acabaría por regresar a aquel lugar.

Aunque sacudido por emociones antiguas, esas que solo afloran ante los olores que se han grabado a fuego en lo más profundo de la memoria, se obligó a contemplar la gran plaza. Allí estaba la misma piedra gris en las fachadas recubiertas de musgo, y esas cornisas sombrías, modeladas por la lluvia durante cientos de años. A primera vista, nada parecía haber cambiado. Si acaso, los colores presentaban un cariz más gastado.

Más decrépito, se podría decir.

Su vista taciturna vagó en redondo hasta posarse, ya casi a la altura del propio hospital, sobre la puerta del Santo Peregrino. La salida de la ciudad en dirección al océano. Por allí, recordó, se iba a los confines últimos del continente. Al fin del mundo.

Al contemplar esa puerta, su melancolía se transformó en dolor. Por allí había visto salir un cortejo fúnebre quince años atrás. Aquella muerte, aunque nadie había llegado a saberlo, era lo que había motivado entonces su huida de la ciudad.

Compostela, al fin. Allí dormían sus demonios más inconfesables. Los secretos que había tratado en vano de enterrar bajo paladas de olvido.

Y, sin embargo, allí estaba de nuevo. Justo en el mismo lugar.

Ambrosio se giró hacia la fachada del hospital. Mundo ya había descargado todo el equipaje y ahora, tras ayudar a Cándido, silbaba al admirar la fábrica del edificio.

—Teníais razón, maestro —le sonrió, mal disimulando su entusiasmo—. Los reyes esos que llaman Católicos no escatimaron a la hora de exhibir su poderío en los mismos hocicos del arzobispo.

El licenciado, con aire aturdido, no contestó. Cándido, aunque demacrado, asintió. Lo que decía su compañero era cierto, sí.

Casi cien años atrás, Isabel y Fernando, los bisabuelos del rey Felipe, habían erigido aquel fastuoso hospital a unos pasos del palacio episcopal. Ponían así una pica de acero en el corazón mismo de la ciudad sagrada, dejándole bien claro a su señor que también ellos eran poderosos allí.

—¿Ves estas cadenas? —le susurró a Mundo, señalando el cerramiento que cercaba el recinto hospitalario mientras el maestro, a unos pasos, seguía sin reaccionar—. Delimitan la jurisdicción real. Una vez las hayamos atravesado solo el rey puede aplicar justicia sobre nosotros. Ni el prelado, como señor de la ciudad, ni los nobles locales. Solo don Felipe.

Pese a la discreción de los muchachos, sus cuchicheos provocaron que el cronista volviera en sí. Una vez más, la historia se empeñaba en rimar consigo misma. Un siglo después, de la

autoridad que el monarca actual lograse manifestar ante el cabildo iba a depender el futuro de sus designios.

—No hay memoria tan duradera como la que se labra en piedra —sentenció Ambrosio. Los dos jóvenes, que lo habían visto sumido en un extraño pesar a lo largo de todo el camino, sonrieron ahora con alivio—. Esta ciudad tendrá para siempre el ojo de los monarcas de Castilla sobre ella. Y en su mismo corazón, como podéis ver. —Los muchachos observaron con un asombro redoblado la fastuosa fachada del hospital mientras su maestro se les acercaba por detrás—. Entremos en esta casa de sabiduría y hospitalidad. El camino ha sido largo. Es hora de reposar.

Mientras Mundo se echaba todos los bultos a la espalda, Ambrosio ayudó a Cándido a entrar. El muchacho acumulaba ya seis días de fiebres. Su naturaleza endeble le hacía caer enfermo cada dos por tres. Solo con que el tiempo empeorase o saliesen a los caminos, la alteración más leve bastaba para ponerse pálido como un sol de invierno.

—¡Licenciado Morales! —En cuanto atravesaron la puerta, un vozarrón atronó en el vestíbulo del Hospital Real—. ¡Amigo mío!

Tras sentar a Cándido en uno de los enormes bancos labrados, el licenciado se dejó abrazar por un gigantón que parecía estar aguardándolo. El hombre, con ademanes de euforia apenas contenidos, le dio unas palmadas a la espalda de Ambrosio que el muchacho, desconcertado, temió que fueran a descoyuntarle los omóplatos.

Al fin y al cabo, el maestro pasaba ya holgadamente de los setenta años.

—Este es Cándido Suevos, mi discípulo. —Ambrosio se giró hacia el joven—. Como podéis ver, lo aquejan unas fiebres desde hace unos días. Cándido, este es mi viejo amigo José Formoso, el Boticario Mayor del Hospital Real. Él se encargará de restituirte la vitalidad que te ha robado el camino. Descuida: su maestro fue nada menos que el gran Nicolás Monardes.

El muchacho, aunque frágil, inclinó la cabeza desde el banco. Las credenciales de aquel hombretón, desde luego, también eran impresionantes.

—Tranquilo, joven amigo, mis hierbas os bajarán esa fiebre esta misma tarde —le sonrió Formoso, antes de volverse hacia el maestro con el ceño arrugado—. Pero, licenciado… En vuestra carta mencionabais a dos catecúmenos, ¿o es cosa mía? ¿Qué ha sido del otro, pues? ¿No os ha acompañado, finalmente?

Justo en ese momento, Mundo irrumpió por el portón cargado como una mula. Ambrosio, que se disponía a contestar, lo señaló con el mentón.

—Cierto, Pepe…, y aquí, precisamente, está el otro: Segismundo de Bretoña. Mundo, acércate: te presento a nuestro anfitrión, maese Formoso. Ya te he hablado de él.

Formoso, más regocijado incluso que antes, le dio un apretón de manos que hubiera hecho saltar por los aires los remaches del mismísimo botafumeiro. Cándido, desde el banco, sonrió una vez más.

Suerte que Mundo tenía la fortaleza de veinte bueyes.

—En fin, amigo… —interrumpió al fin Ambrosio—. Estamos deseando instalarnos… Como podéis ver, nuestro Cándido necesita reposar.

—Claro, claro. —El boticario asintió, sin dejar de sonreír—. Disculpad mi torpeza, Ambrosio… Qué mal anfitrión. Tantos años deseando veros… Vamos, vuestras alcobas están listas.

Los ayudantes del boticario ayudaron a Mundo con los equipajes, y Ambrosio volvió a ofrecer su hombro a Cándido, esta vez ayudado por Formoso. Se encaminaban ya al claustro

donde crecían las hierbas medicinales cuando una voz a sus espaldas los hizo detenerse.

—Bien hallados sean nuestros visitantes.

Todos se dieron la vuelta, desconcertados. Tras ellos, alguien había entrado en el hospital sin que ellos se percatasen.

Al ver de quién se trataba, los ayudantes del boticario soltaron los fardos y bajaron la cabeza exageradamente. Los discípulos de Ambrosio se miraron con sorpresa. Desde luego, tal visita sí que no se la esperaban. Ni ellos ni nadie, a juzgar por los rostros atónitos de los demás. Y, sin embargo, así era. Los ropajes color púrpura no dejaban lugar a dudas. Aquel, dedujo Cándido, tenía que ser Juan de Sanclemente.

El arzobispo de Compostela en persona.

Mundo buscó una explicación en la mirada de su compañero, pero Cándido, con los ojos muy abiertos, negó con la cabeza. Después, mediante un gesto, lo conminó a inclinarse también.

Aquella no era una visita cualquiera, desde luego. El Hospital Real era tierra hostil para cualquier prelado compostelano. El mero hecho de atravesar las cadenas que cercaban su recinto suponía un riesgo indeterminado para él. Algo que muchos de sus predecesores no se hubieran atrevido a hacer jamás, aunque el palacio episcopal se alzase a tan solo unos pasos.

Formoso, mudo de desconcierto, se quedó mirando a Ambrosio. El cronista, tras una breve indecisión, avanzó hacia el prelado. Ya ante él, hincó la rodilla en el suelo y le cogió la mano, dispuesto a besar su anillo.

—Monseñor… Ha pasado mucho tiempo.

Cándido pudo ver cómo el hombre, unos veinte años más joven que el maestro, esbozaba un ademán displicente. Después se alarmó al ver cómo Mundo, a su lado, bufaba de indignación. El muchacho seguía sin entender que el sabio más insigne de todos los reinos cristianos tuviera que agachar la cerviz ante semejantes petimetres, por muy obispos que fueran. Le dio un codazo amortiguado. Aquellas eran las indiscreciones contra las que el maestro lo había prevenido una y otra vez.

Sanclemente rehusó el gesto humilde de Ambrosio, obligándolo con delicadeza a incorporarse para después darle un abrazo sentido.

—Mucho tiempo, sí… Amado tío —respondió.

Mundo y Cándido cruzaron una nueva mirada de asombro, más intensa incluso que la anterior. ¿El arzobispo de Compostela era el sobrino del maestro?

Entonces también ellos bajaron la cabeza.

Aquello, sin duda, lo cambiaba todo.

VI

El Escorial, 1 de mayo de 1588

«Alejandro Farnesio, duque de Parma

Palacio Coudenberg, Bruselas

Alejandro, hijo mío:

Espero que las aguas estén más tranquilas ahí, en Flandes, que la última vez.

Respecto a la empresa que tenemos entre manos, todo sigue según lo previsto. La Gran Armada se prepara para dirigirse a tu encuentro.

El duque de Medina Sidonia te comunicará en breve que su flota está a punto de salir de Lisboa. Sé que no es lo que habíamos hablado, pero ya no hay vuelta atrás.

Juntos, estoy seguro, podréis culminar este plan trascendental. Inglaterra, con todos sus infieles y sus piratas, pronto estará postrada ante la auténtica Fe. Ya es hora de acabar con este asedio interminable.

Procura que tus ocupaciones como gobernador de Flandes no obstaculicen la campaña. De esta invasión depende, en gran medida, la paz futura de nuestros reinos. Desde que falta mi hermano ya solo puedo confiar en ti. Eres mi sobrino a ojos del mundo, pero en mi corazón eres, en verdad, el único hijo con el que ahora puedo contar.

El único que hoy puede ayudarme en esta encrucijada.

Siempre tuyo

Yo, el Rey».

Felipe levantó la vista del papel.

Hacía casi tres meses que la fiebre de Gafe había matado a Bazán. En mala hora, ciertamente. El insumergible marqués ya ultimaba los preparativos de la operación en Lisboa. Entonces fue cuando pensó en el duque de Medina Sidonia. Él tendría que encargarse de llevar los barcos a Flandes. La reserva de treinta mil hombres que el duque de Parma tenía allí bajo su mando bastarían para arrasar Londres. Lo único que necesitaban era que alguien los transportase a través del Canal de la Mancha. Que los hicieran desembarcar en Kent.

Ese era el plan.

Ya solo faltaba que la Armada recogiese al ejército de Farnesio en los puertos del canal. El resto, tal y como había previsto el propio Alejandro, no debiera ser más que una marcha triunfal por la campiña inglesa.

Al evocar el plan, con sus lagunas y sus contradicciones, su gesto se endureció. «¿Y qué haremos, majestad, cuando hayamos destronado a Elizabeth?». Eso le habían preguntado entre dientes los únicos consejeros que se habían atrevido a hurgar en la herida. ¿Obligarla a firmar unas capitulaciones que asegurasen la paz? ¿Tomar rehenes en el seno de su propia familia, para que no volviera a las andadas? El rey se mordió el labio.

Seguía sin tener una respuesta definitiva.

Al fin y al cabo, la única alternativa tangible había sido destruida por su culpa. Mary Stuart, la reina católica de Escocia, había sido decapitada por conspirar contra Elizabeth. Ella era la única que hubiera podido esgrimir derechos sobre el trono inglés. La única que hubiera supuesto una solución en caso de victoria. Sin embargo ahora, sin una alternativa para la Corona de Inglaterra, todos los caminos parecían cortados.

Funesta perspectiva ofrece una batalla cuando hasta la victoria presenta mal cariz.

No obstante, ya solo podían huir hacia delante. Que Farnesio y Medina Sidonia culminasen aquella empresa de una vez por todas. Tal vez dejar en el trono a una Elizabeth derrotada fuera la mejor de las soluciones.

Sin darse cuenta, Felipe volvió a acariciar el relicario que colgaba de su cuello. El futuro era un abismo abierto ante sus pies. Solo allí, rodeado de los vestigios más sagrados de todos sus reinos, se sentía seguro.

Para eso había construido El Escorial. Aquellas paredes acogían ahora casi siete mil quinientas reliquias gracias al trabajo del gran Ambrosio de Morales, que ya debía de haber llegado a Compostela para ejecutar una última misión. La mayor concentración de santidad del mundo avalaba las empresas del rey. El fracaso, en consecuencia, era impensable.

Felipe fue recuperando la calma gracias al tacto de la cajita dorada.

Los vestigios sagrados guiaban su mano. Con ellos a su lado nada podía salir mal.

VII

Compostela, 1 de mayo de 1588

—No me tratéis como a un extraño, tío.

Ambrosio se volvió para mirar por la ventana. No resistía la mirada de su sobrino, entre dolida y extrañada. Las paredes de la alcoba hacían reverberar los ecos de la conversación, acentuando la vibración de los silencios incómodos.

—Os ocupasteis de mi educación en Alcalá cuando no era más que un muchacho —insistió el prelado, con tono afable—. Compartisteis conmigo vuestra sabiduría, más valiosa para mí que todo el oro del Perú. El mismo magisterio que, años después, dedicasteis al medio hermano del rey. Querido tío…, me habéis tratado siempre como al mismísimo príncipe Juan. Estar a vuestro lado entonces es lo que me ha dado lo que hoy tengo. Todo lo que soy. No creeríais que iba a olvidarlo…

La calidez del hombre vestido de púrpura contrastaba con la aspereza del anciano. Era precisamente aquella actitud cariñosa la que acentuaba su desazón.

La misión que le había encargado el rey suponía una afrenta terrible hacia el señor de Compostela. Una auténtica infamia para los peregrinos y para la ciudad en sí. Por no mentar a los canónigos de la catedral, que aún lo maldecían entre dientes por lo que un día lejano había escrito sobre ellos.

Y ahora tenía que acuchillar por la espalda al que, en su memoria, seguía siendo el chiquillo aplicado que lo escuchaba arrebolado en su biblioteca de Alcalá.

—Debes comprenderlo, Juan… —se resistió, tratando de alzar una empalizada que a él mismo se le antojó de papel mojado—. Es un deber para mí el tratarte con el debido respeto, tanto en privado como en público. A tu persona, por descontado… Pero, sobre todo, a la dignidad que representas.

Harto de hablarle a su espalda, Sanclemente se colocó a su lado.

En silencio, se quedó mirando también a través del cristal que daba al obradoiro.

—Fijaos en todo eso, tío —musitó, al cabo de un rato—. Esa dignidad a la que aludís… En fin, no creo merecerla. Debo hacerme acreedor a ella, antes de nada. ¿Veis la decrepitud de esos tejados? ¿El lamentable aspecto de la propia catedral? Desde luego, el estado en que hallaréis esta ciudad no justifica esos honores que decís estar obligado a rendirme.

Ambrosio contempló el panorama. En efecto, a su sobrino no le faltaba razón.

Ya se había dado cuenta al atravesar la muralla de que los edificios estaban aún más deteriorados que la última vez. De hecho, la catedral se veía tan envejecida que parecía poco menos que una ruina. Al menos por fuera. Lo único que mostraba buena cara era el nuevo claustro, que se veía ya casi acabado a la derecha de la fachada.

Y, aun así, su lustre acentuaba la decadencia de los edificios contiguos.

—Solo llevas un año en la cátedra, Juan. No seas tan duro contigo mismo. Ese claustro está casi listo. Algo es algo, ¿no?

El arzobispo suspiró, meneando la cabeza.

—Es menester juzgar al arzobispo de Compostela, tío. No a la persona en sí, sino al cargo.

Cuesta encontrar algún miembro del cabildo que en las últimas décadas haya justificado las rentas que el Voto de Santiago les ha reportado con tanta generosidad. Olvidan que muchas personas pasan auténticas penalidades para pagar el diezmo que los hace ricos. Vos mismo lo señalasteis hace quince años, al regresar de vuestro viaje.

El cronista asintió en silencio. El diagnóstico del arzobispo, en efecto, era tan certero como penoso. Ese era su sobrino. Un hombre crítico y exigente. Sobre todo, consigo mismo.

Aquellas palabras le recordaron las consecuencias de su famoso Viage.

Quince años atrás, Ambrosio había sido muy duro con todo lo que rodeaba a la supuesta sacralidad de Compostela. El Voto de Santiago, ese privilegio que los prelados de la ciudad habían reivindicado en todos los tribunales de justicia de Castilla, seguía resultándole un abuso injustificable. Dinero sucio apuntalando santidad. Así crecían las arcas de aquellos canónigos podridos de avaricia. Mercadeando indulgencias. Vendiendo al mejor postor la salvación de las almas. En momentos así, hasta lograba entender los sapos y culebras que vomitaban los herejes como Lutero.

Allá se iban las rentas del Voto: en ropajes bordados de oro, en muebles labrados para sus palacios y en prostitutas adolescentes que eran arrancadas del seno de las familias más humildes. O en jovencitos de buen porte.

Eso, ya según los gustos de cada uno.

Pero también era cierto que al arzobispo de Compostela le correspondía un tercio de aquel impuesto abusivo y arbitrario, imposible de justificar de forma razonada, pero, al mismo tiempo, fijado a fuego por todos los reyes de Castilla.

La ciudad sagrada era intocable por muchos motivos.

—No solo denuncié eso, Juan —rebatió al fin Ambrosio—. Esta catedral es un nido de usureros, como también dije entonces… Da igual que hayan pasado tres lustros y que mi denuncia tuviese eco en todas las audiencias de Castilla. Según veo, nada ha cambiado. —Al ver que el metropolitano seguía mirando por la ventana en silencio, el cronista continuó—: Ese códice, el Calixtino… Es una vergüenza que la Iglesia siga avalando semejante sarta de patrañas. ¿Y qué me dices de tener las supuestas reliquias del señor Santiago repartidas por todos los altares del templo, como un cerdo troceado en una carnicería? ¿Es que hay alguna explicación para semejante infamia, aparte de exprimir el bolsillo de los incautos que aquí llegan en busca de indulgencias?

Un silencio tenso sucedió a sus palabras.

Sanclemente apretó los labios. Aquellas tropelías se estaban cometiendo en su diócesis, sí. Y él era el primer escandalizado por ello. Pero de ahí a ponerles remedio… mediaba un abismo. Los canónigos vivían demasiado bien como para consentir reforma alguna. Y eran demasiado poderosos.

Ambos, tío y sobrino, permanecieron hombro con hombro observando la explanada con la frente arrugada. A su izquierda, decrépita y muda, se alzaba la gran fachada de la catedral. En su parte más baja podían verse las coloridas figuras del pórtico mayor, el que algunos llamaban «de la Gloria» y otros «de la Trinidad».

—Acepto todos esos argumentos, tío —aceptó al fin Sanclemente, aunque entre dientes—. Y también los del maestro Erasmo y los doctores que instan a la gente a quedarse en sus casas y auxiliar a sus vecinos en lugar de peregrinar hasta aquí, pero…

Al ver que se mantenía callado, Ambrosio se volvió hacia él. Difícilmente podía imaginar un argumento que pudiera suceder a ese «pero».

Con una ceja alzada, escrutó su gesto.

El prelado, indeciso, buscaba las palabras precisas.

—… pero ahora soy el señor de esta ciudad, y por lo tanto el custodio de las reliquias sagradas. —Una nube ensombreció la frente del arzobispo. Siempre es así cuando un hombre sostiene una lucha contra sus entrañas, se dijo el viejo licenciado—. Es mi deber defender este santuario, tío. A capa y espada, además, por mucho que al hacerlo tenga que sostener falsedades vergonzantes y leyendas sin fundamento. Y eso haré, aunque suponga bregar contra mi propia conciencia. Aunque me vaya la vida en ello.

Ambrosio contuvo un escalofrío.

Aquel hombre estaba manifestando su intención de prolongar una situación insostenible bajo un pretexto trillado. Se sentía responsable de seguir proporcionando una esperanza, aunque basada en mentiras, a los peregrinos que allí acudían desde todos los rincones de Europa. Lo que muchos otros habían hecho en su lugar antes que él.

Hubiera podido tumbar su frágil resistencia con una argumentación sencilla, pero la culpabilidad le selló los labios. No podía obviar que él también estaba allí en virtud de una mera superstición. La de un monarca, sí, pero eso era. Por culpa de una leyenda.

Sumido en tinieblas, el licenciado se quedó callado. La conversación estaba acentuando su pesimismo inicial. Ahora le veía menos sentido, incluso, a la maniobra del rey. ¿Había creído, acaso, que nombrando arzobispo a su sobrino iba a ponérselo más fácil? ¿Había dado por hecho que le dejaría llevarse la reliquia a El Escorial así, sin más?

Definitivamente, la lógica del rey se antojaba cada vez más descabellada.

Al no tener la reliquia más sagrada de la cristiandad, aquel arzobispado perdería el sentido de su existencia. Y con él, todo el cabildo. De hecho, la ciudad entera estaría condenada a languidecer, privada de su razón de ser, hasta difuminarse en la niebla del olvido. No habría más peregrinos ni más riqueza. No habría ya motivo alguno para caminar hasta allí desde todas las esquinas del continente.

Ni más Voto de Santiago, por lo tanto.

La opulencia de toda la ciudad habría sido cercenada de la noche a la mañana. Y eso, como era obvio, no iba a ser un mero trámite sin consecuencias. Había conocido obstáculos en su trayectoria como delegado del rey, pero ni una algazara de campesinos soliviantados ni los malos humos de ningún abad se podían comparar con la furia de los canónigos compostelanos cuando viesen tambalear su riqueza. Lo sabía bien. Había pasado tres lustros sufriendo su ira desde la distancia.

Sin apartar la vista de la gran explanada, el licenciado meneó la cabeza.

Cruel capricho del destino, ser enviado a ese lugar para arrancarle el alma a aquel que había visto crecer en su propia casa. Y, sin embargo, aquello era exactamente lo que tenía por delante. Con el corazón encogido, le pareció que las últimas palabras empleadas por su sobrino flotaban en el aire como el preludio de un cataclismo inevitable. De una colisión apocalíptica donde solo podía quedar en pie uno de los dos.

El propio Juan acababa de profetizarlo.

—Eso haré —había sentenciado—. Aunque me vaya la vida en ello.

VIII

Compostela, 1 de mayo de 1588

—¿Por qué no nos ha dicho que el obispo es su sobrino?

Mundo ni siquiera se había sentado. Con Cándido acostado al fin en un jergón, sudoroso y pálido, el impetuoso joven no había parado de dar vueltas como un dragón amarrado a una estaca.

Los ecos de sus preguntas parecían reforzar su desasosiego.

—¿Crees que el maestro nos estará ocultando más cosas?

Estaban solos. Formoso había aplicado sus mejores remedios con el convaleciente y le había recetado reposo. Los útiles de Ambrosio ya estaban ordenados en su cámara, y ellos se habían instalado en un cubículo contiguo al gran dormitorio de los peregrinos.

Una enorme estancia que, para su sorpresa, hallaron vacía.

—¿Y qué estarán hablando ahí arriba con tanto secreto?

El desconcierto inicial había ido derivando en desconfianza.

—Tranquilízate. —Cándido se giró trabajosamente hacia él—. Debemos confiar en el maestro. Nunca nos ha fallado.

Mundo se recompuso al oír la voz fatigada de su compañero. Ofuscado por su propia falta de tacto, se acercó al camastro con gesto culpable y le dio a beber la infusión de milenrama que les había llevado el boticario.

—Ya verás cómo mañana estás bien —le sonrió, arropándolo con cuidado—. Igual que las otras veces.

Cándido cerró los ojos. El camino lo había dejado exhausto.

Entonces, alguien llamó a la puerta. Los dos se miraron con gesto de sorpresa. Acababan de instalarse. Ni siquiera conocían a nadie allí.

—Adelante —contestó Mundo, alzando la voz.

Ante la mirada alarmada de Cándido, se encogió de hombros. «¿Qué otra cosa íbamos a hacer?», sugería su expresión, entre culpable y divertida.

La puerta se abrió, y por ella asomó uno de los ayudantes de Formoso. El convaleciente respiró, aliviado. Por lo visto, venían a ver cómo evolucionaba. Sin embargo, pronto volvió a ponerse en guardia. El gesto contrito del oficial de botica no auguraba precisamente una consulta rutinaria.

—Señores… Yo… Vuestro maestro tiene visita. No me he atrevido a importunarlo… Él está ahora con…

Sus balbuceos les hicieron torcer el gesto.

¿Visita? No tenía sentido que visita alguna reclamase a Ambrosio. Su llegada a la ciudad no había sido anunciada.

No tuvieron tiempo ni para responder. El especiero, que seguía con su actitud indecisa en el umbral, tuvo que hacerse a un lado ante el ímpetu del visitante en cuestión, que irrumpió desde atrás sin contemplaciones.

Entonces, los dos muchachos se quedaron con la boca abierta.

—Es un honor conocer a los discípulos del mayor sabio de estos reinos —saludó al entrar, con voz burlona, una mujer de presencia deslumbrante.

El boticario clavó la vista en el suelo, avergonzado. Mundo y Cándido cruzaron una mirada de asombro, y sin tan siquiera incorporarse correspondieron al saludo bajando la cabeza.

No habían visto nunca antes a aquella dama, pero su peculiar aspecto permitía deducir su identidad. Su fama la precedía en todas las villas del camino. Los peregrinos brindaban por ella, borrachos, proclamando sus lujuriosas intenciones a los cuatro vientos para cuando llegasen a Compostela. Y eso hacía más desconcertante aún su presencia en el hospital; sobre todo si el motivo no era otro que reclamar la atención del ilustre licenciado Morales.

Plantada en mitad de su alcoba, con un porte resplandeciente y aquel inconfundible cabello, tan encrespado que casi rozaba los techos, la mujer a la que todos conocían como «la Crecha» les sonreía con descaro.

Confiada, la mujer observó a los dos pipiolos que componían el séquito del insigne erudito. Ellos tragaron saliva y se miraron con los ojos como platos, incapaces de reaccionar.

Era ella, sí. La Crecha en persona.

La mayor prostituta de Compostela.

IX

Compostela, 1 de mayo de 1588

—Jamás podrá constituir traición una verdad transparente —masculló el licenciado.

Ambrosio seguía contemplando la explanada desde su ventana.

Tras él, su sobrino le daba a la cabeza con frustración. Los argumentos de uno y otro se repelían como el agua y el aceite en cuanto entraban en colisión. La conmovedora declaración de intenciones que evocaba la infancia en Alcalá se había ido encaminando hacia un callejón sin salida.

—Por el amor de Dios, Juan, si la lápida del sepulcro supuestamente sagrado es la de un mercader romano… —siguió el cronista, en un tono cada vez más huraño—. Un gentil, nada más. Y osáis asegurar que una tumba así guarda la reliquia de un apóstol. ¡De un discípulo de Cristo! ¡Su primo hermano, nada menos!

Sanclemente tomó aire.

Ya sabía que la sepultura adjudicada ochocientos años atrás al señor Santiago —al Iacob que había acompañado a Jesús, al más querido de todos los apóstoles— presentaba, en realidad, una inscripción profana en su laude.

—Todo es una invención —siguió Ambrosio, con tono crispado—. Eligieron a Iacobus porque nunca se supo dónde había sido enterrado. Aprovecharon el hallazgo de una tumba antigua para inventarse ese cuento, por estrafalario que fuese. Y está bien claro por qué lo hicieron. Los infieles tenían cercado el pequeño reino cristiano de entonces en el norte de la Iberia. Si los reinos europeos enviaban a miles de peregrinos hacia aquí, podrían afianzar el territorio contra los invasores. Esa fue su intención al principio. Después, todo degeneró. —El arzobispo se mordió el labio. De aquellas trampas provenía en parte la decadencia que acusaba la peregrinación, en efecto. Y también de la irrupción de la reforma luterana en media Europa—. Antes mencionaste a Erasmo, Juan… Hago mías sus palabras cuando dijo que había que quemar el Codex Calixtinus página a página. Y también suscribo sus recomendaciones: más valiera que los romeros dedicasen todo lo que se van a gastar en el camino a ayudar a sus vecinos más necesitados. O a sus propias familias.

Sanclemente se giró hacia él con gesto fatigado.

—Incluso llegasteis a hacer vuestras las palabras del gran hereje, tío. Eso de que aquí no debe estar enterrado nada más que un caballo, o un perro —indicó, señalando con el mentón a la catedral—. Y no os culpo por ello, bien lo sabéis. Sin embargo…

Ambrosio cruzó los brazos sobre el pecho.

La alusión a Lutero le había dolido. Se había arrepentido muchas veces de haber manifestado su acuerdo con él respecto a la tumba del apóstol. Y no porque la afirmación fuese falsa, sino por lo que aquello implicaba para su rey. La política exterior de Felipe, al margen de la conquista de Indias, se había centrado en combatir la herejía protestante. Y el eje principal de ese movimiento lo constituían las tesis de aquel hombre. Lutero.

—Soy incapaz de negar la evidencia, Juan —rebatió ahora Ambrosio, con voz grave—. Pero en eso admito estar arrepentido. Jamás avalaré de nuevo las palabras de un hereje. Pero tampoco

me pidas que apruebe el despropósito que supone aceptar que aquí reposa un apóstol de Cristo. Ni las consecuencias que de ello se derivan.

El arzobispo se quedó mirando por la ventana con gesto atormentado.

—Conozco bien todos esos desmanes, tío. Y, como os dije antes, creo que la actitud negligente de mis predecesores ha facilitado que cundiese el pecado donde debiera haber reinado la santidad. —Tras otra pausa, Sanclemente tomó aire profundamente—. Sabéis bien que no soy ningún fanático dispuesto a defender a ultranza la autenticidad de esas reliquias. Y acepto la evidencia de que el apóstol nunca pudo llegar aquí, ni vivo ni muerto… No obstante…

Ambrosio lo observó con curiosidad.

De nuevo, difícilmente podía imaginar un argumento a favor de aquel negocio edificado sobre la inmundicia, salvo que fuese el mismo de siempre: que el arzobispo y todos sus canónigos vivían como reyes gracias, precisamente, a esas mentiras pestilentes.

Tras unos segundos de duda, el metropolitano continuó al fin.

—… no obstante, debo defender a los que vienen aquí buscando consuelo. A los que se sacrifican y rezan durante todo el camino por el perdón de sus pecados, o por agradecer la curación de una enfermedad. Es en ellos en quienes pienso, tío. En los inocentes que no tienen culpa de nada. ¿Qué será de ellos si el propio arzobispo de Compostela les da la espalda?

El cronista apretó la mandíbula.

Estaba claro que el prelado llevaba tiempo lidiando contra su conciencia. Cambiar la realidad era demasiado difícil, y aquella escapatoria ofrecía un aspecto viable. No era tan sólida como las tesis de Erasmo pero sí solvente, al menos, como para resistir en el cargo sin sucumbir a la presión de su propia conciencia.

Ambrosio asintió en silencio.

La postura que había decidido adoptar su sobrino estaba avalada por el pensamiento de un hombre sabio. Esas eran las ideas de Íñigo López, él las conocía bien. De hecho, había tenido ocasión de discutirlas con su autor cara a cara en los tiempos en los que aquel hombre había fundado el movimiento que ahora todos daban en llamar «Compañía de Jesús.»

Carraspeó para ganar tiempo. Era un asunto complicado.

—Ignacio de Loyola en persona trató de convencerme de la intención pía de ese engaño, Juan. —Cuando al fin respondió, había un deje de decepción en su voz—. Sin embargo, te digo a ti lo mismo que en su día le dije a él: si el consuelo que le vamos a proporcionar a la gente proviene de una mentira…, ¿qué somos? Por doquier proliferan las romerías para pedir a este santo o a aquel otro que cure la tiña de los ofrecidos, o la rabia. O que los proteja de la peste, o de cualquier plaga bíblica. Los incautos van de rodillas, desollándose la piel, o metidos en ataúdes. Hasta ahí llega la ceguera colectiva. —Aunque conturbado por la dureza de esas palabras, el arzobispo mantuvo la frente alta. No podía bajar la cabeza ante aquella lógica, por demoledora que fuera. Al percibir su turbación, el licenciado prosiguió con un tono más conciliador—: Bien, podríamos aceptar esas situaciones a cambio de la bocanada de esperanza que aportan a esas vidas miserables. Al fin y al cabo, esas peregrinaciones no duran más que un día, y después la gente se vuelve a sus casas, a dormir con los suyos y a trabajar para ganarse la vida. Hasta podríamos aceptar que sustituyan en su devoción al único y verdadero Dios por santos menores… Pero la protección que esa pobre gente busca depende siempre de las limosnas y donativos que entreguen, no lo olvides. La Iglesia sigue enriqueciéndose gracias a su desesperación. ¡A su candidez y a su necesidad! ¿Hay, acaso, negocio más rastrero?

Sanclemente desvió la mirada.

También quienes acudían a Compostela en busca de la indulgencia plenaria tenían que aflojar la bolsa. Esa era la extravagancia más espinosa de todas las que rodeaban al fenómeno de la peregrinación, y eso que las restantes no eran pocas ni triviales. Quince años después, su viejo tío volvía a proclamar que todo aquello suponía una vergüenza para la auténtica fe. Que aquella avaricia era lo que había provocado el surgimiento del movimiento protestante.

Las opiniones del brillante licenciado, publicadas entonces, habían levantado unas ampollas en la piel del cabildo compostelano que aún escocían. Y él, el arzobispo, estaba ahora entre la espada y la pared. Entre los canónigos que le profesaban un odio mortal al sabio castellano y el propio autor de esas afirmaciones apocalípticas. El hombre que lo había criado cuando era niño y que ahora, por algún misterioso motivo, estaba de vuelta en la ciudad sagrada. No podía imaginar con qué fin había viajado Ambrosio a Compostela, pero una cosa sí estaba clara: su presencia allí iba a traer problemas.

Por eso había decidido anticiparse. No sabía por qué había regresado ahora, después de haber dejado tras de sí un panorama devastado tantos años atrás. Ni entendía que hubiera estado esperando tanto tiempo para hacerlo.

Precisamente, a que lo nombraran a él arzobispo.

—Ya os he dicho cuál va a ser mi actitud ante la responsabilidad que ahora debo asumir, querido tío… A eso mismo he venido aquí, a este Hospital Real, en cuanto supe de vuestra llegada. Sospecho que de nada me va a servir suplicar vuestra colaboración, pues entiendo que habéis venido a continuar con lo que empezasteis hace quince años… ¿No es así?

Ambrosio se giró de nuevo hacia la gran explanada buscando un escondite, pero el silencio es un refugio precario para quien trata de atenuar su propia mentira.

El encargo del rey martilleaba su conciencia. Lo habían enviado para confiscar lo más sagrado que tenía aquella gente, aunque la supuesta sacralidad de esos vestigios no fuera más que una estafa. Tal vez la más grande mentira de todos los tiempos. Y eso lo complicaba todo. Meneó la cabeza. Tenía que ser precisamente allí, se lamentó. En la ciudad donde había vivido las horas más amargas de toda su vida. Y para rematarlo, su propio sobrino, a quien él mismo había visto crecer entre libros y juegos, decidía salirle al paso para anticiparse a sus actos. Se volvió hacia él, dispuesto a mentir.

Que iba a tener que apuñalarlo por la espalda era algo que había asumido desde el mismo instante en que el rey le había encomendado esa misión. Estaba dispuesto a afirmar que había regresado para exigir que cesase aquella inmensa mentira. Que esa estafa llamada Voto de Santiago debía ser revocada, y que el Codex Calixtinus tenía que ser destruido. Lo mismo que ya había sostenido tres lustros atrás.

Aquella era la mentira con la que había decidido justificar su presencia en la ciudad. Una versión que podía despertar las iras más furibundas de sus enemigos, pero que al menos era creíble. Y menos peligrosa que la auténtica razón de su visita, desde luego.

Se dispuso a esgrimirla, pero las palabras no terminaron de aflorar de sus labios.

Justo cuando abría la boca, unos toques inesperados en la puerta hicieron que los dos mirasen hacia allí, sorprendidos.

Mundo asomó por la rendija con gesto culpable.

—Maestro, yo… —Ambrosio alzó una ceja, extrañado. Era insólito ver azorado a aquel muchacho. Por un instante, temió por Cándido—. Esto… Habéis recibido una visita… Como le dije que no estabais disponible, me pidió que os entregase esta nota.

El maestro, cada vez más extrañado, recibió el papel de manos de su discípulo. Lo leyó

rápido; no eran más que unas líneas.

Al ver cómo se demudaba la tez del licenciado, el arzobispo le dedicó una mirada rápida al muchacho, que seguía allí con gesto atolondrado. Mundo, que también había percibido la reacción de Ambrosio, le devolvió una negación muda, encogiéndose de hombros. Después, al poner la vista en el viejo erudito, los dos se quedaron aliento.

El contenido de aquella misiva tenía que ser demoledor.

El gran Ambrosio estaba ahora pálido como un cadáver.

X

«Al ilustre licenciado Morales

Honorable señor:

Al parecer del personal de este Hospital Real no soy digna de ser recibida por vos. En fin, no puedo decir que me sorprenda, aunque creía que en un lugar así hasta una cortesana tendría derecho a solicitar audiencia.

Me han permitido garabatear estas líneas, aunque diría que arden en deseos de enseñarme la salida. Y con menos tacto del que merecería una dama, por cierto.

Debo citaros, pues, en mi casa. Ya sabéis dónde es; no os separan más de ella más que un ciento de pasos. A buen seguro estaréis interesado en conocer la verdad de lo que sucedió hace quince años en este lugar. Sus estancias aún contienen el aroma de vuestra pasión.

Sí, mi señor. Conozco vuestro secreto.

Recordad que, en vuestra precipitada huida, ni siquiera comprobasteis que las cosas fuesen lo que aparentaban. Y tal vez no lo fueran, caballero. Creedme; yo puedo iluminar vuestro camino.

Allí estaré, aguardando vuestra visita.

Siempre a vuestros pies

Magdalena de Alba».

XI

Hospital Real, 2 de mayo de 1588

Ambrosio amaneció con los nervios de punta.

La carta había devastado su ánimo. Tras leerla había despachado a Mundo y a Sanclemente con un apremio enloquecido, y aún se sorprendía de haber sido capaz de hacerlo. Tanto el uno como el otro aceptaron sin chistar al verlo así, balbuciente y aturdido.

El mensaje de la Crecha lo condenó a una interminable noche en vela. ¿Cómo iba a ser posible que aquella mujer le escribiese, si estaba muerta? Él mismo había visto pasar el ataúd ante sus ojos.

Una y mil veces releyó las líneas que ese fantasma del pasado había redactado. El nombre era el mismo, sí, pero la firma no correspondía. Y mucho menos el tono de su mensaje. Magdalena lo había amado con locura, igual que él a ella. Jamás se hubiera dirigido a él con aquella frialdad casi burlona. Y así, entre retales de una pesadilla inesperada, la madrugada fue dejando paso al amanecer.

Bajo la luz grisácea del alba, unos toques amortiguados le hicieron dar un respingo.

—Maestro… —A través de un resquicio de la puerta asomó Cándido, temeroso—. ¿Me habéis hecho llamar?

Ambrosio asintió en silencio, cabizbajo.

Sobrepasado por el pavor y el aturdimiento, había pensado que tal vez el muchacho pudiera ayudarlo a descifrar ese misterio macabro. Al fin y al cabo, él estaba junto a Mundo cuando aquella mujer se presentó sin avisar.

—Pasa, pasa… —le dijo—. Siéntate aquí.

El aspecto del muchacho apenas había mejorado. Aun así, el licenciado empezó a interrogarlo sin perder un segundo. Necesitaba conocer todos los detalles.

—Es una mujer muy hermosa, maestro —confirmó Cándido, desconcertado ante la ansiedad que desprendía el anciano—. Con una gran cabellera rizada, sí.

El pulso de Ambrosio se desbocó. La descripción coincidía, pero no podía ser. La Magdalena que él había conocido llevaba quince años muerta.

—El propio Mundo me dijo en cuanto ella se fue —siguió el muchacho— que jamás había visto a una joven tan bella.

El cronista se quedó petrificado.

¿«Joven»? Si Magdalena estuviera viva, rondaría los cincuenta años… Unos muchachos que no llegaban a los veinte no la considerarían una «joven», eso seguro.

—¿Qué edad crees que tendrá esa mujer? —preguntó.

Cándido se echó hacia atrás, pensativo.

Cada vez entendía menos aquel interrogatorio.

—Unos… treinta a lo sumo, maestro.

Ambrosio desvió la mirada para disimular un gesto de dolor.

Definitivamente, no podía ser ella. Aquel supuesto fantasma del pasado había reavivado unas ascuas moribundas durante tres lustros, pero había sido en vano. Aquella Magdalena de Alba no

era su amada, ya estaba claro. Tal vez tuviera el mismo nombre que ella, y tras su mensaje se intuyese un incomprensible conocimiento sobre lo que había sucedido en esos días nefastos, pero no era posible. Había llegado a creer que un milagro así podría darse. Había llegado a anhelarlo, de hecho. Que tal vez en ese ataúd no hubiera nadie y que, por alguna inexplicable pirueta del destino, pudiera volver a verla. A abrazarla.

Sin embargo, ahora estaba claro que todo había sido una ilusión vana. Un espejismo cruel que planteaba nuevos misterios, incluso más aterradores que la verdad antigua.

¿Quién era aquella mujer, y por qué estaba al tanto de todo?

¿Cómo explicar el sobrecogedor regreso de aquel secreto olvidado?

Mientras Cándido regresaba a su cuarto las incógnitas revoloteaban a su alrededor.

El maestro estaba más alterado de lo que jamás lo había visto antes, y todo por causa de aquella mujer, la famosa Crecha de Compostela. La cortesana más famosa de la ciudad sagrada. Nada tenía sentido, pero es que, además, Ambrosio no era el único que se había quedado al borde del colapso por la irrupción de Magdalena.

El muchacho volvió en sí al verse ante la puerta de su alcoba.

Allí dentro, encandilado hasta las trancas, estaba el otro.

XII

Hospital Real de Santiago, 4 de mayo de 1588

—Entre todas las mentiras, Cándido, solo hay una que jamás será desnudada.

Tres días más tarde, el maestro había recobrado su aplomo habitual.

La nota que le había enviado aquella mujer seguía bombardeando su ánimo, pero había decidido hacer todo lo posible por ignorarla. Y, aunque a duras penas, lo estaba logrando. Lo que tenía entre manos era demasiado importante como para dejarse distraer por misterios inexplicables.

El muchacho asintió, pensativo.

—Aquella que los propios engañados anhelan creer —convino el muchacho, con gesto de circunstancias.

Ambrosio le correspondió con un ademán resignado y se centró de nuevo en el texto.

Cándido se quedó observándolo de reojo. Llevaba un buen rato ya junto a él, comentando el ejemplar de la Historia Compostelana que el maestro se había traído a su cuarto junto con otros papelotes. Tras varios días bajo las atenciones de Formoso, el joven ya estaba casi recuperado. Por eso se había incorporado al ver aparecer al maestro con un fajo de documentos bajo el brazo.

Ambrosio había enviado a Mundo al palacio episcopal con un recado, y ahora le explicaba a su otro discípulo los fundamentos legales que iban a tener que manejar, aunque para los muchachos lo que habían ido a hacer allí fuese una incógnita.

—Difundir mentiras a propio intento y hacer que todos las acepten sin cuestionarlas —soltó Cándido—. En eso consiste el dogmatismo… ¿No, maestro?

El licenciado reprimió una sonrisa.

La lucidez de ese joven de naturaleza frágil nunca le decepcionaba. Aquel era el motivo por el que se había empeñado en acogerlo bajo su magisterio, aún contra el criterio de su familia.

Una recua de meapilas que no dejaban de rezar ni de día ni de noche.

—No hay peor ciego que el que no quiere ver, hijo mío— contestó Ambrosio, sin apartar la vista de los papeles.

Cándido sonrió como respuesta, pero al momento se puso serio. El cronista desplegaba un documento con gesto ausente. Mil ideas relampagueaban detrás de sus pupilas.

Ambrosio fijó el pergamino y cruzó los brazos sobre el pecho. Después tomó aire, y le echó una mirada a su discípulo con cierto pesar. No en vano, el muchacho seguía en tinieblas. Ni Mundo ni él podían saber lo que en realidad habían ido a hacer a Compostela. No era justo, pero no tenía alternativa. Iba a tener que morderse la lengua una vez más. Aquel secreto debía permanecer entre él y el rey mientras no estuviera todo encarrilado.

Era mejor que no supieran nada. Que siguieran creyendo que ese era un viaje más, destinado a recopilar datos y establecer descripciones. Al estilo de los otros que habían compartido ya. Bastante peligroso era ya todo aquello como para airear determinados secretos con una anticipación innecesaria.

—¿Qué es este documento, maestro? —preguntó Cándido, escrutando el papel.

—Una copia del Voto de Santiago —contestó Ambrosio.

El muchacho abrió mucho los ojos.

El maestro le había hablado de aquel documento. En él se estipulaba que todos los vasallos de Castilla, fueran plebeyos o señores, tenían que destinar una buena parte de todas sus ganancias a la catedral de Compostela. De ahí, recordó, provenía la inmensa riqueza del señor de la ciudad.

Y la de sus canónigos.

—Lee, y dime qué ves —indicó el licenciado.

Cándido entrecerró los ojos y empezó a descifrar trabajosamente una línea tras otra. En las primeras, un rey llamado Ramiro refería una batalla contra los sarracenos que había tenido lugar cerca de Albelda, una villa de Nájera. En concreto, en un collado llamado Clavijo.

El monarca relataba que antes de afrontar el combate, sin apenas esperanzas, se le había aparecido en sueños el apóstol Santiago sobre un corcel blanco para indicarle que él los había de guiar en la batalla contra el infiel.

Después, el propio rey narraba cómo el sueño se había hecho realidad. El mismísimo apóstol se había dedicado a matar musulmanes con su propia espada en el campo de batalla.

El muchacho se volvió hacia el maestro con gesto de escepticismo, y Ambrosio se encogió de hombros. En efecto, sobre aquella fantasía infantil se había edificado un negocio que seguía oprimiendo centurias después a cada familia del reino. Por muy necesitados que estuvieran, por mucho frío o hambre que pasasen sus hijos o sus ancianos, todos tenían que pagar religiosamente. «Nunca mejor dicho», sugería su sonrisa cargada de amargura. Por mucho que no tuvieran ni para costearse las atenciones de un médico o ante la agonía de un bebé, así era.

Ese impuesto estrafalario seguía, siglos después, en pleno vigor.

—Las joyas de oro no son baratas, Cándido. Ni las prostitutas de lujo.

El muchacho negó con la cabeza. Después frunció el entrecejo, haciendo memoria. Acababa de recordar una estafa similar a aquella. Otro documento que los canónigos compostelanos habían falsificado en beneficio propio.

—Aquello que me contasteis sobre la bula del Año Santo, maestro…, es un poco lo mismo, ¿no?

Ambrosio asintió. La dispensa papal que concedía la celebración de un Año Jubilar cada vez que el día de Santiago caía en domingo también era una falsificación. Bien elaborada, pero evidente ante sus ojos. Tan falsa como lucrativa, eso sí. El río de fieles que desbordaba la ciudad en los años señalados disparaba los ingresos del cabildo catedralicio en concepto de limosnas y ofrendas.

—El Vaticano está muy lejos, Cándido… Para ejecutar una infamia así solo hace falta un buen escribano… y una ambición desmedida. Al fin y al cabo, para cuando se descubren este tipo de engañifas ya a nadie suele convenir el desvelarlas.

—Todos salen ganando. —El muchacho entrecerró los ojos.

Aquella sucesión de falsedades sobrepasaba cualquier perfidia imaginable.

—Más bien, nadie sale perdiendo —contestó Ambrosio, trayéndolo de vuelta. Ante la expresión desolada del muchacho, el maestro esbozó una sonrisa de circunstancias—. Hasta los propios engañados defienden estas mentiras, no lo olvides. Y no oses contravenirlos, o sufrirás su furia. Pero sigue, sigue leyendo. En voz alta, desde donde estabas. Era la cláusula veintitrés, ¿me equivoco?

Cándido volvió a centrarse en el Voto y empezó a silabear.

«XXIII.- Teniendo, pues, en cuenta, después de la inesperada victoria, este tan gran milagro del apóstol, pensamos establecer para nuestro patrono y protector, el muy bienaventurado Santiago, algún don que durase por siempre. De consiguiente ordenamos por toda España, e hicimos voto, que se ha de guardar en todas las partes de España, que Dios nos conceda librar de los sarracenos por la intercesión del apóstol Santiago, de pagar perpetuamente cada año, a manera de primicias, de cada yugada de tierra una medida de la mejor mies, y lo mismo del vino, para el mantenimiento de los canónigos que residen en la iglesia del bienaventurado Santiago y para los ministros de la misma iglesia.

XXV.- Nosotros, todos los cristianos de España, hemos prometido con juramento dar cada año a la iglesia del bienaventurado Santiago todos estos donativos, votos y ofrendas que arriba se indican, y así tenemos canónicamente determinado que se observe perpetuamente por nosotros y nuestros descendientes».[1]

El muchacho volvió a alzar la vista, escandalizado.

Aquel rey establecía a perpetuidad un impuesto que el arzobispo debía recibir y administrar. Así, para siempre. Sin importar lo que pudiera suceder en el futuro.

—¿Y si alguien lo incumpliese, maestro?

Ambrosio esbozó una sonrisa desdeñosa y su memoria voló a otra época.

Quince años antes, al examinar el archivo de la catedral en busca de datos sobre las reliquias sagradas, había descubierto que esos estantes estaban atestados de pleitos contra el Voto. De hecho, allí había poco más que querellas contra el cabildo. Señoríos, burgos y obispados habían denunciado aquel abuso ante los tribunales durante cientos de años en vano. En todos los casos había ganado la sede compostelana, para mayor gloria de sus arzobispos y sus diáconos.

—Al incauto que no pague, hijo mío, nada le espera sino la cárcel… o algo peor. En la cláusula veintiocho está explicado.

Conteniendo el aliento, Cándido regresó al papel.

«XXVIII.- Y si alguno de nuestra familia o de otras llegase a quebrantar este nuestro testamento o no ayudase a cumplirlo, cualquiera que ese fuese, clérigo o seglar, sea para siempre condenado al infierno con Judas el traidor y Datán y Abirón, a quienes vivos tragó la tierra; y sus hijos queden huérfanos, y su mujer, viuda; y que su reino temporal lo posea otro; y sea privado de la comunión del Cuerpo y de la sangre de Cristo; y, finalmente, no entre jamás en la participación del reino eterno. Además, pague a cada una por mitad seis mil libras de plata a la regia majestad y a la iglesia del bienaventurado Santiago. Y que esta escritura quede en vigor para siempre. Del mismo modo, nosotros los arzobispos, obispos y abades, que por merced divina vimos con nuestros propios ojos aquel mismo milagro, que nuestro Señor Jesucristo, por mediación de su apóstol Santiago, se dignó mostrar a su siervo, nuestro ilustre rey Ramiro, confirmamos a perpetuidad el citado hecho de donación y voto del mismo rey, nuestro y de todos los cristianos de España, y sancionamos canónicamente su observancia.

XXIX.-Y si alguno llegare a quebrantar esta escritura y voto de la iglesia del bienaventurado Santiago o se negase a pagarlo, cualquiera que él fuese, rey o príncipe, plebeyo, clérigo o

seglar, le maldecimos y excomulgamos, condenándole a ser atormentado por siempre jamás en el infierno con Judas el traidor. Hagan esto mismo con devoción todos nuestros sucesores arzobispos y obispos. Y si no quieren, queden condenados por autoridad del omnipotente Dios Padre e Hijo y Espíritu Santo y por la nuestra; y queden ligados con excomunión y deudores del poder que Dios les entregó.

XXX.- Fue hecha esta escritura de votos, donación y ofrenda en la ciudad de Calahorra en el señalado día 8 de las Calendas de junio, era 872».

—¿Qué fecha es esta, maestro?

—Según mis cálculos, mayo del año 834.

Cándido hizo un recuento mental y abrió la boca, asombrado.

Habían pasado más de siete siglos y medio.

—¿Todo ese tiempo ha estado el cabildo compostelano cobrando ese arancel? —preguntó—. ¿Y siguen?

El cronista asintió con gesto cansado.

—Año tras año, querido Cándido. Año tras año.

El muchacho volvió al documento con la piel erizada. El resto de cláusulas referían la firma del rey Ramiro, de su esposa e hijo, y de un montón de obispos que figuraban como testigos.

—Pero… ¿cómo es posible que tanto tiempo después siga en vigor semejante tropelía? —Cándido meneó la cabeza, incrédulo—. ¿Es que ningún rey lo ha sabido después? ¿Cómo es que ninguno se ha molestado en revocar tamaño abuso sobre sus vasallos?

El maestro se recostó contra el respaldo.

Aquel muchacho era brillante, desde luego, pero a veces hacía honor a su nombre.

Los primeros reyes cristianos, en lucha contra las huestes musulmanas, habían sido los primeros interesados en afianzar aquel tránsito de píos caminantes. Miles de romeros, provenientes de todos los reinos de Europa, comenzaron a peregrinar hacia los confines del Finis Terrae. Los reinos peninsulares se garantizaban así el apoyo de los monarcas de toda la cristiandad, obligados a defender a sus vasallos en su peregrinaje. Gracias a ello, afianzaban así el territorio contra el invasor.

Una jugada maestra, pionera en la política mundial.

—¿Suprimir el Voto, mi joven amigo? ¿Y ganarse la enemistad del poderosísimo cabildo de Compostela y de su arzobispo? —Ante la expresión escéptica de Ambrosio, el muchacho se sintió avergonzado—. No, Cándido. Los mismos Reyes Católicos refrendaron la autenticidad de este documento hace noventa años, a sabiendas de que era una falsificación. Y lo hicieron sin dudar por mucho que el tal Ramiro, aun en el caso de haber existido, jamás hubiera ostentado una potestad tan desproporcionada… ¿Colocar un yugo eterno sobre las nucas de los castellanos? Es impensable, pero…

Ahí, el muchacho alzó las cejas.

Algo no encajaba. Habían pasado casi cien años desde que los bisabuelos del rey Felipe visitasen Compostela, pero él conocía los hechos acaecidos en aquel entonces. El maestro se los había narrado con todo lujo de detalles, y él jamás olvidaba una buena historia.

—Pero erigieron este hospital bajo las narices del arzobispo, ¿no? Quiero decir…, ¿por qué beneficiar después a Fonseca, si nada le debían?

El maestro hizo crujir los dedos.

—Sellar un acuerdo con un enemigo no implica que te fíes de él, hijo mío… Isabel y Fernando erigieron este hospital como recordatorio de lo que le podía suceder a Fonseca si los traicionaba. Este es el símbolo de su poder en la ciudad, ciertamente… Y una amenaza implícita a sus enemigos. —El maestro cogió aire—. Pero el Voto… Eso cumple otra función. Sabían que apoyar lo que propicia su riqueza les canjearía para siempre la fidelidad del arzobispo. Justo lo que necesitaban para afianzarse en el trono cuando aún el suelo temblaba bajo sus pies. Ese trono, recuerda, se lo habían usurpado a la auténtica reina. A doña Juana, a la que hicieron pasar a los anales con el burdo sobrenombre de «la Beltraneja». Como te digo, en ese momento necesitaban aliados poderosos. Y Fonseca lo era.

Los dos retornaron al pergamino.

Cándido seguía sin poder creer que algo así siguiese vigente, pero empezaba a entrever los oscuros mimbres que habían propiciado que aquella pantomima se perpetuase de forma indefinida.

Se dispuso a seguir descifrando el texto, pero cuando se inclinaba otra vez sobre el Voto un ruido de goznes a sus espaldas llamó su atención. Al mirar hacia la puerta, los dos vieron cómo Mundo entraba en la alcoba con gesto alterado. El maestro arrugó la frente. De nuevo, el aguerrido muchacho parecía perturbado al atravesar su dintel.

No era normal en él. Más aún, era insólito.

—¿Cómo fue, Segismundo? —le preguntó.

—Eeeh… Todo bien, maestro… El arzobispo dice que podéis examinar las reliquias a vuestro antojo… Y que el reliquiero de la catedral está a vuestra disposición.

Aunque satisfecho, Ambrosio se quedó observando al muchacho con el ánimo destemplado. Una sospecha indeterminada nublaba ahora el horizonte. Podía imaginarse fácilmente que Sanclemente había tenido que imponerse ante la furia de su cabildo para concederle aquel permiso. Casi podía oír los gritos airados de sus canónigos.

Traicionar a su sobrino seguía resultándole el trago más amargo de todo lo que tenía entre manos. No obstante, no había más remedio. El hombre más poderoso del mundo, se repitió una vez más, le había encomendado su anhelo más íntimo. Y él ya solo deseaba poder abandonar ese maldito lugar lo antes posible.

La voz de Mundo lo extrajo de su divagación.

—Eeeh… Maestro… —Ambrosio alzó la vista hacia él con gesto extrañado.

Ver de aquel modo, entre indeciso y acongojado, a ese joven habitualmente despreocupado, casi le resultaba más turbador que la labor que tenía por delante.

El muchacho, al verse traspasado por la mirada inquisidora del maestro, tragó saliva.

—Esto… Yo… Yo tengo… otro recado para vos.

[1] Texto real del Voto de Santiago (adaptado del castellano de la época).

XIII

Catedral de Compostela, 4 de mayo de 1588

Dicen que un lince puede ver el cepo antes de que se cierre sobre él.

Sin embargo, es cierto también que no siempre logra esquivarlo.

Sanclemente percibió una vibración extraña al entrar en el salón. En torno a lo que llamaban mesa capitular, los miembros del cabildo guardaban un sospechoso silencio mientras esperaban. De un solo vistazo percibió que no faltaba ni uno. A raíz de la forzada indiferencia que desprendían, comprendió que acababan de estar hablando sobre él.

Y no bien, seguramente.

Disimuló. Aunque se temía lo peor, no les ofrecería la ventaja de sacar el tema de la visita de Ambrosio. No sabía cómo podían haberse enterado de que su ilustre tío estaba en la ciudad, pero era igual.

Iba a tener que afrontar la reunión bajo aquel alud en ciernes.

—Comienza aquí la junta capitular del cabildo —empezó, tras hacerle una seña rutinaria al secretario— de esta sacrosanta iglesia catedral.

Como cada dos semanas, los canónigos debatieron sobre los temas que afectaban al funcionamiento del templo. Se hizo un recuento de los peregrinos que habían llegado a la ciudad, se dio cuenta de pleitos y sucesos y se propusieron soluciones para los problemas de intendencia que habían surgido en ese tiempo.

El arzobispo pudo apreciar cómo la tensión iba subiendo según la reunión avanzaba. Los indicios eran inequívocos: miradas hastiadas que se cruzaban cada vez con menos disimulo, tamborileo de dedos sobre la mesa y gestos ásperos que comenzaron explicitando impaciencia y que fueron transformándose poco a poco en muda crispación.

Aun así, él continuó impasible.

—Perfecto, entonces. Si no hay ningún otro asunto, levantamos la reunión —zanjó al acabar, en el tono más neutro que halló, mientras iniciaba la acción de levantarse.

Si se habían contenido todo aquel tiempo, caviló, quizás no se atreviesen ahora a intervenir. Reafirmándose en su idea inicial, decidió no darles pie. Tal vez, si nadie hablaba, podría escabullirse.

—Sí hay otro asunto —se escuchó de pronto.

Sanclemente volvió a sentarse, reprimiendo un mohín de fastidio.

Frente a él, Carmelo Ares, el reliquiero de la catedral, echaba chispas por los ojos. Y no solo eso; el tono de su voz traslucía indignación.

—¿Y bien, hermano? —preguntó el prelado con gesto inocente.

Todas las miradas se dirigieron hacia el reliquiero.

Reinaba la turbación, pero fray Carmelo estaba demasiado furioso para amilanarse.

—¿No tenéis nada que contarnos, monseñor? —siseó—. Creo que este cabildo debe conocer cualquier maniobra oscura que su arzobispo detecte en la ciudad… ¿No es así?

Todos los ojos se centraron en el metropolitano, que tuvo que esforzarse por mantener la compostura. Ares era un fraile enjuto que afirmaba hablar con Dios en sueños. Su fanatismo y su

carácter agrio provocaban que todos tratasen de eludir cualquier enfrentamiento con él. Eran conocidas sus habituales reprimendas, a voz en grito y en plena catedral, tanto a fieles como a novicios por nimio que fuese el motivo.

—Ya hemos tratado todos los temas previstos —respondió el prelado, aunque sin convicción.

Un rumor de disconformidad se elevó alrededor de la mesa.

Fray Carmelo, furibundo, se puso de pie con los puños cerrados.

—¿Y qué hay del licenciado Morales, monseñor? ¿Acaso la presencia de semejante difamador ha de ser ignorada?

Sanclemente se enderezó.

Allí estaban todos, mirándolo expectantes con cara de no dar crédito: el deán, los arcedianos, los priores, el chantre, el maestrescuela, el tesorero, el archivero y el reliquiero, que seguía atravesándolo con una mirada que desbordaba indignación.

Tras un carraspeo nervioso, el purpurado esbozó una sonrisa que no logró aparentar candidez.

—Hermanos… —dijo al fin, mirando a unos y a otros—. Ese hombre es un enviado del rey. No sé qué encomienda de Su Majestad habrá venido a cumplir a Compostela, pero no creo que este cabildo deba inmiscuirse…

—¡Nos acusó de ser corruptos! ¡De abusar de la buena fe de los peregrinos! —lo interrumpió Ares, fuera de sí—. ¡Nos llamó estafadores, señor mío! Y, lo que es peor…, ¡puso en duda la santidad de este lugar!

El metropolitano apretó la mandíbula.

Por mucho que en las reuniones capitulares todos los miembros del cabildo tuvieran voz y voto, interrumpir así a una dignidad de su rango suponía una afrenta inadmisible. Al menos, en condiciones normales.

Fray Carmelo, echando espumarajos por la boca, se dispuso a seguir ladrando contra Ambrosio y contra quien había permitido su presencia en la ciudad, pero el hombre ubicado a su izquierda le agarró una manga con discreción, conminándolo a tomar asiento.

Sanclemente alzó una ceja al ver cómo el furibundo monje se sentaba sin chistar con la cabeza gacha.

—Disculpadlo, monseñor. —La voz del hombre situado a la izquierda de Ares sonó particularmente cálida en contraste con la del reliquiero—. Pero debéis comprender la alteración de nuestro hermano. Ese hombre, Morales, ha atentado gravemente contra esta catedral. Y contra los peregrinos. Hasta la autenticidad de nuestra fe ha osado poner en entredicho.

El arzobispo no tardó en atar cabos.

Todo aquello había sido orquestado por ese hombre: Indalecio Cabana, arcediano de Trastámara. En el año escaso que llevaba ocupando la cátedra episcopal ya había intuido que era él quien manejaba los hilos en aquel cabildo. Podría asegurar que sus predecesores en el cargo habrían bailado al son de la música que él tocaba sin tan siquiera percatarse.

Y ahora, a raíz de la visita de Ambrosio, lo tenía a él en la palma de su mano.

—No hay nada que disculpar —mintió Sanclemente, buscando una salida—. Hermanos, si no me equivoco, los hechos que relata fray Carmelo sucedieron hace más de quince años. —Ares soltó un bufido que Cabana reprimió apretándole el antebrazo, que no había llegado a soltar—. No sé si el licenciado Morales habrá venido a enmendar sus faltas o a reafirmarse en sus opiniones, pero trae consigo una cédula firmada por el rey Felipe para que este cabildo le permita desarrollar su cometido dentro de la catedral. Es nuestro deber respetar la voluntad real.

Y diciendo esto, se levantó sin esperar más réplicas.

Después, aprovechando la estupefacción general, salió por la puerta más cercana a toda prisa, haciendo volar sus ropajes purpurados tras de sí.

Al cerrarse la puerta, fray Carmelo le dedicó una mirada de incredulidad a Cabana. Indalecio negó muy despacio y el reliquiero, aunque a punto de estallar, se hundió en su asiento.

Todos aguardaron a que el arcediano de Trastámara tomase la palabra.

—Bien, hermanos —comenzó al fin Cabana, muy despacio—. Ha quedado en evidencia lo que sospechábamos. El cronista del rey, el tío de nuestro propio metropolitano, se ha plantado otra vez en nuestra ciudad. Y lo ha hecho con el beneplácito de quien más debiera defender la tumba del señor Santiago: el propio arzobispo de su catedral.

Los miembros del cabildo cruzaron unas miradas nerviosas.

Lo que Cabana les había confiado horas antes en voz baja había resultado ser cierto. El viejo erudito estaba de vuelta. El mismo hombre que había denunciado las corruptelas de su sede por todas las villas y ciudades del reino. El que había acusado al Voto de Santiago de estafa; a ellos, de cobrar unas rentas que no les correspondían, y a la propia peregrinación a Compostela de no ser más que una engañifa para incautos.

Indalecio los dejó macerar un rato antes de continuar.

—Recordad, hermanos… Alineándose por momentos con la herejía protestante, el ilustre licenciado atacó entonces con fiereza a las indulgencias que aquí se otorgan —a favor de corriente, el arcediano omitió voluntariamente que lo que Ambrosio había atacado en verdad era el cobro que ellos hacían a cambio del perdón de los pecados— y a las limosnas que los fieles pueden dar para la salvación de sus almas, si así lo desean, ante las reliquias.

Los canónigos se miraron consternados.

El azote de la sede compostelana, su peor pesadilla, había regresado. Y esta vez no solo traía una cédula firmada por el rey en persona. Aunque pareciera imposible, las cosas habían ido a peor. Ahora, el arzobispo era su propio sobrino.

Los privilegios y las riquezas de cada uno de ellos pendían, por tanto, de un hilo muy fino.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó, casi sin voz, el prior de Sar.

Cabana bajó la mirada hacia sus manos durante un silencio que a los demás se les hizo eterno. Después alzó la cabeza con un brillo renovado en las pupilas.

—La situación es preocupante, hermanos… Aunque malintencionado y vil, ese hombre es un prodigio de inteligencia. Y, como he dicho, que sea tío y mentor de la máxima autoridad de esta catedral no es precisamente buena señal.

—El arzobispo tiene un voto en este cabildo —gruñó el archivero, a su lado—. Al igual que cada uno de nosotros. Ni más ni menos.

—Cierto, hermano. Pero su sola voluntad, sobre todo si supone la extensión de la de Su Majestad, puede abrir todas las puertas de este templo sin que nadie tenga autoridad para impedírselo —contestó Cabana, sin aspereza.

—¿Ah, sí? —preguntó Ares, más al aire que al arcediano—. ¿Aunque ese cronista sea tío, sospechosamente, del obispo en cuestión? ¿Aunque sus malas artes hayan puesto en entredicho la piedad de esta santa casa? —Indalecio lo dejó a sus anchas. Era como si las objeciones del reliquiero formasen parte de su propio discurso, reforzándolo—. ¡En pie, hermanos! Ese que puede ver en la noche… ¿no será capaz de ello precisamente porque es un enviado del diablo?

Un brillo justiciero destelleó en los ojos de Cabana. Lo tenía todo bien atado.

El mensaje estaba claro: o con ellos o contra ellos.

—¡Otros reyes de Castilla pretendieron someter a este cabildo antes que el actual! —siguió

Ares, ya a voz en grito—. Pues bien, a Felipe le digo lo mismo que a sus predecesores: ¡la casa del señor Santiago no se toca! ¡Su santidad vuela sobre palacios reales como una mariposa sobrevuela el fango! Solo un rey tiene autoridad sobre ella, ¡y es el rey de los cielos! ¡El único Dios verdadero!

Un clamor enardecido hizo eco a sus proclamas. El cabildo en su totalidad asintió de forma enérgica, provocando que la perorata del reliquiero fuera a más. Cabana los dejó hacer, complacido. Finalmente, el arcediano se levantó y puso una mano en el hombro de fray Carmelo, recuperando el control sobre la reunión.

—Estamos de acuerdo, pues —sentenció, aunque tal afirmación no hubiera sido ratificada en ningún momento—. No permitiremos que ningún conspirador husmee en nuestro templo. Como bien ha dicho fray Carmelo, el poder real en Compostela ha de plegarse al poder divino. Quede a discreción de los custodios de las reliquias sagradas, aquí presentes, la aceptación de esa cédula o su rechazo frontal.

Todos lo contemplaron con una incógnita suspendida sobre la mesa.

—¿Podemos negarnos a colaborar, decís? —aventuró el arcediano del Salnés, poniendo voz al gesto dubitativo de todos los demás—. Quiero decir…, si Morales solicita acceso al tesoro…, o al archivo o a las reliquias…, ¿debemos cerrarle el paso?

Los otros aguardaron la respuesta con inquietud. Una cosa era clamar contra aquel hombre entre aquellas cuatro paredes y otra, muy distinta, poner el pecho desnudo ante su espada.

—¡Os aseguro que no pondrá sus sucias zarpas sobre mis reliquias! —bramó Ares, antes de que Cabana volviera a tocarle el brazo reclamando silencio.

—Hermanos, por favor… —sonrió ahora el arcediano, aunque sus ojos eran de piedra—. Entre allanarle el camino y construir una muralla ante él hay muchas opciones posibles… Quién sabe, tal vez unas simples zarzas colocadas estratégicamente puedan detener su avance… O un atajo convenientemente colocado ante sus pies que al final resulte ser desvío… —Algunos esbozaron un gesto malicioso, pero la mayoría lo miró con ojos de vaca, sin comprenderlo—. Digamos que… nuestra resistencia ha de ser pasiva. Alargar sus insidias de forma indefinida es lo que debemos procurar. Evitemos una confrontación que no haría más que darle alas. Recordad, hermanos: nada mina más la determinación de un hombre que un paseo indefinido por un páramo sin lindes.

Aunque confusos, todos asintieron.

No alcanzaban a comprender cómo iban a materializarse aquellas intenciones, pero si algo les había demostrado el arcediano durante años era que siempre tenía un plan. Al ver que Cabana se sentaba otra vez, como dando por finalizado su discurso, algunos canónigos empezaron a levantarse con indecisión. Después, poco a poco fueron saliendo.

Ares y Cabana se quedaron solos.

Tocaba hacer balance de su puesta en escena.

—¿Crees que alguno pondrá la cara para detener a ese indeseable? —preguntó Carmelo.

—Es obvio que no —respondió el arcediano—. Llevamos años entre ellos; ya sabemos que son un hatajo de inútiles.

—¿Entonces? —insistió Ares, entre perplejo y furioso.

Cabana guardó silencio.

La reunión había transcurrido según sus planes, y a buen seguro que un cabildo arisco le iba a poner las cosas difíciles a Ambrosio, cualesquiera que fuesen sus intenciones. Sin embargo, si resultaba ser verdad que el monarca le había encargado ahondar en su argumentación con el fin

de restarles poder y privilegios, la tibia resistencia de esos pusilánimes no iba a bastar para detenerlo.

Y eso, en el caso de que aquella fuese en realidad la encomienda del rey.

Frunció el ceño. Las cosas no encajaban. Lo sucedido quince años atrás también le había acarreado serios problemas a Felipe… La iglesia de Compostela extendía sus tentáculos de poder e influencias por todo el reino. Algunas de las familias más poderosas estaban dispuestas a respaldar sin fisuras a esa sede, cuna del santo patrono de las Españas y símbolo de su identidad cristiana. Así pues…, ¿qué sentido tenía ahondar ahora, tanto tiempo después, en aquella afrenta?

Negó con la cabeza, preocupado. No, Ambrosio no había regresado para seguir clamando contra sus privilegios. Sin embargo, aquel hombre había decidido regresar a la mismísima boca del lobo. Por lo tanto, sus intenciones podían ser incluso más preocupantes.

La mirada expectante de su compañero le hizo volver en sí.

A su lado, Ares seguía aguardando una respuesta.

—¿Recuerdas a Jerónimo Román? —preguntó al fin el de Trastámara.

Por si las cosas se ponían feas de verdad, él ya había esbozado un plan.

—¿Román? —El reliquiero alzó las cejas—. ¿El devorador de libros?

Indalecio asintió. Así era como denominaban a aquel erudito, en efecto, en todas las audiencias del reino. Tal vez el único hombre cuyo prestigio estuviera al nivel del que precedía al licenciado Morales.

—Si Ambrosio ha venido a Compostela a culminar el ataque que inició hace tres lustros contra este cabildo, vamos a necesitar que un sabio de su misma talla esté listo para darle la réplica… Y si no… Bueno, sean cuales sean los planes de ese viejo insidioso, el único que podría desautorizarlo, llegado el caso, es Román.

Ares entornó los ojos mientras hacía memoria.

—Claro… Él recopiló la Historia Bracarensis, bajo encargo de la diócesis de Braga… —murmuró, pensativo—. Un tratado magnífico que apuntala la veracidad de lo sucedido durante los siglos de fe que acumula esa sede… Si hace lo mismo aquí, la santidad de la tumba del apóstol no podrá ser puesta en entredicho otra vez… Ni tampoco el Voto, ni las prebendas de la catedral… ¿Es eso, Indalecio?

El arcediano, complacido, esbozó una media sonrisa.

Por una vez Ares iba bien encaminado.

—Esperemos que no sea necesario, pero si nuestro cabildo se muestra incapaz de detener el ariete del licenciado Morales, Román será convocado. Estaremos preparados —sentenció Cabana, incorporándose—. Mientras tanto, dilatemos los asuntos de Ambrosio cuanto podamos. Tal vez eso sea suficiente.

Fray Carmelo asintió en silencio. Tal vez aquello bastase, aunque él casi prefería que no. Ver al licenciado Morales morder el polvo era lo que en realidad deseaba.

Ese era el mayor placer que podía imaginar.

XIV

Compostela, 4 de mayo de 1588

—Decidle a mi tío que pregunte por Carmelo Ares. —El arzobispo atendió a Mundo con amabilidad—. Él es el reliquiero de la catedral; ya le he indicado que debe permitirle examinar las reliquias sagradas si el licenciado así lo desea.

Aunque el recadero no se percató, el prelado desvió la mirada. De todos modos, aunque lo hubiera hecho, Mundo no habría sabido identificar tal gesto con una mentira.

Faltaban puñales en su espalda.

El joven agradeció la deferencia con una inclinación de cabeza. Ambrosio se iba a alegrar al recibir aquel mensaje. El maestro había augurado todo tipo de cortapisas por parte de esos canónigos retorcidos.

—Gracias, monseñor. Así lo haré.

Sanclemente lo despachó con un ademán de impaciencia y el muchacho se volvió, dispuesto a retirarse. Cándido y el maestro aguardaban su regreso en el Hospital Real rodeados de papelotes.

—Segismundo… —La voz del arzobispo a su espalda, cuando ya se acercaba a la puerta, le hizo girarse en redondo.

—¿Sí, monseñor?

Al girarse, el joven se encontró con el gesto atormentado del prelado.

El hombre miraba a través de él con el ceño muy fruncido.

—Los miembros del cabildo no están, digamos, muy… contentos con la presencia del ilustre licenciado Morales en la ciudad.

Mundo asintió en silencio.

El maestro les había advertido que aquello sucedería. Se hacía cargo del papelón del arzobispo al tener que debatirse entre la ira de los canónigos de su iglesia y la veneración que profesaba por su propio tío.

—Decidle a vuestro maestro que se ande con tiento… Es un favor que le pido.

Mundo salió del palacio con una sensación agridulce.

El arzobispo les daba vía libre para examinar todo lo que había en la catedral y en el archivo, pero podía intuir las tribulaciones que todo aquello le estaba acarreando.

Ni siquiera oyó cómo el portón se cerraba tras sus hombros.

Tampoco se percató de que una mujer se interponía en su camino, ya en la calle, hasta que estuvo a punto de chocar con ella. Sobresaltado, se dispuso a balbucir una disculpa y a sortearla, pero ella le colocó una mano en el pecho.

—Se diría que mil amoríos rondasen esa cabeza, caballerete —le espetó, con una sonrisa burlona en la cara.

Al ver de quién se trataba, el muchacho se quedó clavado.

Era la misma dama que se había presentado tres días antes en el hospital. La que llamaban «la Crecha», que regentaba la casa de peor fama de toda la ciudad… y a la que Ambrosio había ignorado bajo evidentes síntomas de aflicción.

Mundo no supo hacia dónde tirar. Ya le había pasado la primera vez. Era como si la insolencia de esa cortesana lo dejase sin argumentos. Trató de sobreponerse, pero se halló de frente con su gesto de descaro y… Y aquella belleza. Jamás había visto cosa igual. Andaría ya cerca de los treinta años, pero aquella piel…, aquel talle…

Y ahora, además, se daba cuenta de que olía tan bien…

—Vaya, y parece también que un gato se os hubiera comido la lengua —rio ella, y Mundo se puso rojo como un tomate. Él, que jamás se acobardaba, sentía ahora las piernas como de mantequilla—. Decidle a vuestro maestro que sigo esperando su visita. Le entregasteis mi mensaje, ¿no? —El joven asintió con un movimiento frenético del cuello—. Bien, pues han pasado ya tres días. No voy a pasarme la vida rondando este dichoso hospital. Decidle que venga a verme de una vez. Que sé lo que pasó en su anterior visita y que tengo información que darle. ¿Entendido?

Ante un nuevo asentimiento mudo del muchacho, la mujer le dio un toque pícaro en el mentón. Después, sin aguardar respuesta, se giró haciendo volar a la vez su vestido y su espectacular melena poblada de caracolas.

Tras una última mirada sarcástica y una leve carcajada, se alejó contoneándose.

Mundo pudo ver cómo saludaba a las beatas que se la cruzaban y cómo ellas se quedaban cuchicheando a su espalda, escandalizadas. Trató de recuperar el aliento, pero no pudo más que volverse hacia el hospital con el corazón acelerado. En lugar de un mensaje para el maestro, ahora tenía dos. Y no solo eso.

También tenía una palpitación desconocida en el pecho.

Un embrujo que jamás había sentido antes.

XV

Compostela, 5 de mayo de 1588

A la mañana siguiente los tres se encaminaron a la catedral.

Al rodear el gran templo hacia su lado norte, los dos muchachos miraron arriba con desaprobación. El aspecto de la fachada era anticuado y ruinoso. Las grandes catedrales góticas que habían visto a lo largo del camino eran luminosas y gráciles. Comparada con ellas, aquella parecía pesada y opaca. La que en su momento había sido una de las iglesias más imponentes del mundo se veía ahora como una mole anticuada y oscura con síntomas de abandono.

Además, la torre de las campanas presentaba una clara inclinación hacia el sur.

—Deberían adecentar esos muros —observó Cándido—. Se diría que esta iglesia, en lugar de acoger la reliquia más sagrada de la cristiandad, fuese una cochiquera. Lo único que se ve lustroso es ese claustro que acaban de adosar a la fachada, y solo porque es nuevo…

Ambrosio esbozó un gesto de circunstancias.

Poner orden en un obispado como aquel no era tarea fácil. Tanto más cuando se arrastraban décadas de indolencia y dejación de esas funciones, precisamente, por las que sus responsables tan bien cobraban. Hasta la llegada de Sanclemente, aquello había sido un pantano de desidia.

—Ya sabéis…, hasta ahora, la curia compostelana ha tenido otros gastos…

Los muchachos sonrieron con disimulo. No solo de peregrinos vivían los lupanares de la ciudad, desde luego.

Lentamente, bordearon el templo hasta una fachada lateral. En aquel lugar, el llamado pórtico del Paraíso recibía a los romeros que en tiempos habían acudido desde todos los confines del mundo conocido, aunque también en eso se viviese ahora una época de vacas flacas. Una gran fuente circular reinaba en mitad de la plaza de los azabacheros. En ella, y como muestra de respeto, los caminantes tenían a bien librarse de la suciedad del camino antes de entrar en la catedral. Eso, al menos, era lo que defendía la tradición, aunque en realidad ese lavado de pies fuese más ritual que higiénico. También se decía del botafumeiro, el mayor incensario del mundo, que su función era hacer el aire respirable.

Resultaba irónico pensar que tal vez su auténtica misión fuese justo la contraria.

Ambrosio sabía bien que aquel inmenso turíbulo que oscilaba como una exhalación divina sobre las cabezas de los sobrecogidos fieles no era más que otra manera de recaudar oro. Otro truco visual destinado a hacer más rentable, si cabía, el espectáculo que cada día se ofrecía en esa catedral.

El viejo licenciado tomó aire al traspasar el portón. Estaban entrando en la casa del señor Santiago. Lugar de santidad. Un templo edificado sobre una patraña, tal vez, y sobre un zoco de falsas esperanzas. Sin embargo, aquel lugar también había acogido los anhelos de millones de inocentes a lo largo de los siglos.

Aunque solo fuera por ese motivo, merecía el mayor de los respetos.

Una vez dentro, les mostró a los muchachos cómo los peregrinos iban desfilando ante cada capilla de la girola para dejar limosnas en todas ellas.

—Han ido repartiendo eso que llaman Sagrados Vestigios por todos los altares de la catedral.

Y lo han disfrazado de pía conmiseración hacia los fieles que llegan en busca de la indulgencia plenaria… —les susurró, con evidente disgusto—. Aunque en realidad no sea más que trocear un cadáver para multiplicar sus dividendos.

Los muchachos observaron el deambular de los romeros sin dar crédito a sus ojos. Cuanto más conocían de todo aquel negocio, más se asombraban de la falta de pudor de quienes se enriquecían con él.

Al fin, el maestro creyó divisar al hombre que estaba buscando.

Junto al altar, un canónigo enjuto vestido de riguroso negro amonestaba con acritud a los peregrinos que se demoraban demasiado tiempo delante de alguna reliquia. Entre ese detalle y la descripción que le habían dado, estaba casi seguro. Aquel tenía que ser el tal Ares. El reliquiero.

Ambrosio frunció el ceño.

—Esos infelices han caminado durante meses hasta aquí, y otro tanto les falta para volver a casa. Y, aun así, ya veis…, no tienen ni un minuto para disfrutar del momento. Cuantos más pasen al día, más monedas caerán en el cepillo.

Tras un asentimiento mudo, y forzando un rostro lo más inexpresivo posible, Ambrosio se acercó a aquel hombre con actitud sumisa.

—¿Fray Carmelo?

Al oír su nombre, el monje se giró hacia él con gesto hosco. Ambrosio no supo si le molestaba ser importunado o si esa era la reacción que le suscitaba, precisamente, su presencia. La suya en concreto, sí.

—Y vos sois…

—Ambrosio de Morales. Para serviros, hermano. Y estos son Cándido Suevos y Segismundo de Bretoña, mis ayudantes.

Los muchachos ejecutaron una reverencia, pero el canónigo se quedó rígido y con la misma actitud huraña.

—¿Ayudantes? ¿Y en qué se supone que tendrían que ayudaros aquí, licenciado? Un hombre no necesita ayuda para rezar, y mucho menos para pedir perdón por sus pecados. ¡Y eso es lo único que se debe hacer en este santo lugar, señor mío!

El tono de su voz concordaba con su gesto agrio.

Mundo se removió, inquieto. Ambrosio, conciliador, no entró al trapo.

—Bueno, hermano… Para un anciano como yo, toda ayuda es poca. Hasta para caminar me hace falta ya.

El hombre lo miró de través, tieso como un palo.

Su silencio y su altivez lanzaban un mensaje de desprecio hacia las palabras amables de su visitante. Ambrosio pudo oír cómo Mundo resoplaba a su espalda y le echó un vistazo fugaz a Cándido, que sujetó discretamente a su compañero para evitar que saltase.

—¿Y qué es lo que queréis de este humilde siervo de Dios, licenciado? —preguntó Ares, aún más altanero y resaltando con un retintín burlón el título de su visitante.

—Nada en absoluto, hermano… —contestó Ambrosio, más suavemente incluso que antes—. Desde luego, no deseamos importunaros. Es solo que hemos recibido permiso del arzobispo para examinar las sagradas reliquias que se custodian en esta casa, y queríamos saber cómo podemos…

—He recibido el recado de Sanclemente —lo cortó el reliquiero, con una brusquedad intencionadamente hostil—. Vuestro sobrino, ¿no es cierto?

El cronista asintió. Al parecer, nadie iba a andarse con rodeos. Se removió. No le preocupaba

la actitud de aquel canónigo malencarado; bien sabía que era de esperar un recibimiento así. Lo que empezaba a alterar su pulso era saber que Mundo, tras él, estaba a punto de perder la paciencia.

—Pues bien, licenciado… —continuó Carmelo, regodeándose—: como bien decís, estas reliquias son sagradas. Sa-gra-das, ¿comprendéis? Están exentas, por tanto, de que ningún mortal, sea religioso o seglar, se ponga a husmear sobre ellas. Ni Sanclemente, ni el papa de Roma ni el mismo Espíritu Santo bajado del cielo harán que os lo permita.

Hasta entonces, la conversación había transcurrido entre susurros. Sin embargo, la altanería de Ares sobrepasó el aguante de Mundo, ya minado previamente.

¿Quién se había creído aquel petimetre para hablarle así al maestro?

—¡Estáis hablando con el cronista mayor de Castilla, monje! —vociferó el joven, lo que provocó que todos los peregrinos de la catedral los mirasen, sobresaltados—. El mayor sabio que jamás tendréis ocasión de conocer, ¿comprendéis? ¡El enviado del rey Felipe en persona! ¡Contened esa lengua si queréis conservarla!

Cándido trató de sujetarlo, pero el muchacho vibraba de indignación.

Ambrosio se giró hacia él mientras Ares, amedrentado, retrocedía hasta la imagen del Santiago Matamoros que tenía detrás.

—Segismundo, te lo ruego —musitó el cronista, agarrándolo por la pechera.

El joven, temblando, retiró la mirada de fuego que había clavado en el reliquiero y se volvió hacia su maestro. La furia le hacía resoplar y sus enormes músculos parecían estar a punto de estallar, pero cuando Ambrosio le puso la mano en el pecho bajó la cabeza.

—Pero maestro…

—Cándido, llévatelo de vuelta al hospital. Y no salgáis de allí hasta que yo regrese.

A duras penas, el frágil muchacho arrastró a su compañero hacia la puerta. Aunque pasiva, su resistencia era comparable a la de un buey de tiro.

Antes de desaparecer, Mundo aún tuvo tiempo de fulminar al canónigo con la mirada. Al final, Cándido logró llevárselo consigo al exterior. Finalmente, para alivio de Ambrosio, los dos se perdieron de vista tras las columnas de la nave principal.

Las conversaciones en voz baja se reanudaron por los rincones.

El licenciado se acercó de nuevo a Ares, que alzó el mentón otra vez, desafiante. Lo publicado por Ambrosio quince años atrás hacía de él un enemigo irreconciliable.

—Hermano, no he venido a turbar vuestra paz —volvió a empezar con voz serena, pese a que aquello también fuese mentira—. Ni la del señor Santiago, creedme. Pero he recibido una encomienda del dueño y señor de estos reinos, y es mi deber cumplirla.

Ares ni siquiera respondió. Se limitó a atravesarlo con la mirada con una mezcla de odio y altivez reflejada en la cara.

—No os importunaré si me permitís hacer mi trabajo —remató Ambrosio—. Vendré, examinaré lo que aquí se guarda y elevaré el correspondiente informe, como me ha sido encomendado. Después me iré por donde he venido. Recordad: es vuestro soberano quien me envía.

Fray Carmelo lo escrutó con los dientes apretados.

Ambrosio creyó leer en aquel gesto sus intenciones. No iba a oponerse frontalmente a la voluntad del monarca, pero tampoco iba a dejarle campar a sus anchas por ese lugar.

Intuyó que una mano más sutil manejaba los hilos desde las sombras.

Al verlo así, impasible, Ambrosio se encogió de hombros. Tendría que renunciar a su empeño

por el momento. Aquel fanático era capaz de sacarlo a empellones del templo si se empeñaba en revisar las reliquias, y él no era más que un anciano.

Sin esperar respuesta se giró, dispuesto a regresar al hospital, y se fue alejando con la mirada del reliquiero clavada en la nuca. Tras unos pasos dobló la esquina del crucero y desapareció. Tocaba regresar con los muchachos.

Sin embargo, justo antes de la salida una mano lo agarró desde atrás. Sorprendido, Ambrosio se detuvo. Ante él, con mirada divertida y un aspecto peculiar, un monje pelirrojo y menudo lo observaba sin ocultar la sonrisa socarrona que asomaba a sus labios.

—Veo que habéis conocido a nuestro reliquiero —saludó el muchacho, con un marcado acento extranjero.

Ante el desconcierto del anciano, el joven se inclinó.

—Arlynn Sheridan, para servir a vuestra excelencia —se presentó. Al ver que Ambrosio se quedaba mirando su hábito, sonrió más abiertamente—. Sí, licenciado. Pertenezco a la compañía de vuestro viejo compadre, Ignacio de Loyola.

El cronista bajó la cabeza en señal de respeto.

Aquel joven jesuita debía de ser uno de los religiosos provenientes de otros países que se afincaban en Compostela para facilitar el sacramento de la confesión a los peregrinos extranjeros en su lengua materna. Un templo que recibía a tantos visitantes foráneos precisaba intérpretes que pudieran confesarlos para que expiasen sus pecados.

—Un lenguajero, supongo —aventuró Ambrosio.

—Para serviros —repitió el joven, risueño—. Somos varios los jesuitas irlandeses que hacemos de traductores aquí.

—Una gran labor, la vuestra —contestó el anciano, con prisa. Tras el desagradable episodio con Ares estaba deseando regresar al hospital. Además, aquella desconcertante sonrisilla empezaba a incomodarlo—. Ahora, si me disculpáis…

El joven bajó la nuca y Ambrosio se dispuso a salir hacia la plaza.

—No será hoy, Morales, pues miradas indiscretas nos vigilan, pero debéis venir a verme a la Corticela. Allí os espero; cualquier día al anochecer. Debéis conocer cuanto antes la verdad que se oculta entre las piedras de esta ciudad.

El cronista se volvió hacia el muchacho con gesto extrañado, pero él se dio la vuelta sin mirarlo y se escabulló entre los fieles que se agolpaban en la nave central.

Antes de irse, eso sí, le dedicó un último susurro.

—No sois la única amenaza que pende sobre esas reliquias.

XVI

Lisboa, 5 de mayo de 1588

La pesadilla se había materializado ante sus ojos.

Alonso de Guzmán contempló desde la popa de su galeón, el São Martinho, cómo hervían de actividad los muelles de la ciudad. A su alrededor, más de cien barcos cargaban munición y pertrechos para la inmensa campaña que se disponían a afrontar. En menor cantidad de lo que sería deseable, pero era lo que había.

Unas semanas más y tendrían que hacerse a la mar. El rey había sido tajante.

El duque de Medina Sidonia había sido nombrado almirante de aquella flota por designación directa del propio Felipe. Y lo cierto era que seguía sin explicarse cómo había podido tener tan mala suerte. Por Dios, si hasta se mareaba en cuanto pisaba la cubierta de los navíos.

Rumiando el infortunio, Alonso rememoró la sucesión de desdichas que habían dado con sus huesos en el centro de aquel remolino infernal. Recordaba perfectamente la reunión que habían mantenido —año y medio atrás— el duque de Parma y Álvaro de Bazán con el rey Felipe. Él también había acudido a esa juntanza secreta, pero solo en calidad de patrocinador de la campaña y como de hombre de confianza del monarca.

Allí había comenzado su desgracia.

No podía sospechar entonces que la responsabilidad de aquella maldita expedición iba a acabar recayendo sobre sus hombros. Pero, claro, quién hubiera podido adivinar que el gran almirante moriría tan solo unos meses antes de la fecha estipulada. Y que el rey lo nombraría a él, un político de secano, para sustituirlo.

Fue un día claro de invierno en la luminosa ciudad de Cádiz.

Cádiz, diciembre de 1586

—Os digo que lo ideal es emprender una invasión terrestre —insistió Farnesio.

Él era el sobrino del rey y gobernador de Flandes.

Su criterio debía ser tenido en cuenta. No obstante, llevaba casi una hora tratando de convencer al insumergible marqués de Santa Cruz, que defendía que un ataque naval era la mejor solución, de que solo la aplastante superioridad de su infantería garantizaría la rendición de Inglaterra. Ante la cara de escepticismo de Bazán, continuó:

—Nuestros tercios son la mejor infantería del mundo. Arrasaríamos sus campos y llegaríamos a Londres con fuerzas de sobra como para forzar una rendición sin condiciones.

Felipe se rascó la barbilla.

Las razones de su sobrino eran sólidas. Si lo que pretendían era que cesase el apoyo de Elizabeth a los insurgentes neerlandeses y se cortara de raíz el asedio que ejercían los corsarios ingleses sobre los galeones que traían el oro de las Indias, tal vez no bastase con un ataque sobre los puertos del sur de Inglaterra, como sostenía el marqués.

Farnesio defendía que solo rindiendo Londres y apresando a los principales nobles del séquito de Elizabeth se garantizaría que la reina cumpliese los acuerdos que la obligarían a firmar tras la derrota. Y tenía sentido.

Sin embargo, Bazán seguía negando sus tesis con tozudez. El viejo almirante sostenía que un ataque naval era menos arriesgado. Sus galeones aniquilarían a toda aquella flota de filibusteros y se volverían a casa tan campantes, tras despejar el océano para una buena temporada. Eso sí, pedía una armada de trescientos barcos.

De ellos, al menos la mitad debían ser de guerra.

Farnesio defendía que para su plan bastaba con la mitad de navíos, y que treinta o cuarenta galeones serían suficientes para escoltar al resto. El convoy estaría formado por cargueros con capacidad para transportar las tropas, la artillería y los bastimentos que la incursión requería. Recogerían a los tercios en Flandes, cruzarían el canal y marcharían victoriosos hasta el corazón de Inglaterra.

La perfidia de Elizabeth y de sus piratas habría acabado para siempre.

Tras escuchar a uno y otro, el rey estaba atrapado entre dos aguas. El joven Alejandro era casi un hijo para él, pero el veterano almirante había salido triunfante de mil batallas. Todos recordaban su magistral dirección en Lepanto.

Apremiado, puso en la balanza los pros y contras de cada opción.

La opinión del marqués se había ganado el derecho a ser respetada, pues era considerado el mejor marino de guerra que había en todo el mundo. Jamás, de hecho, había sufrido ni una sola derrota. Sin embargo, el joven Farnesio era también un militar talentoso. Y gobernador de los Países Bajos. Un detalle importante, teniendo en cuenta lo que estaban tratando. Ese era precisamente el territorio situado justo enfrente a las costas de la Albión. Su criterio, por tanto, también merecía atención.

Además, su propuesta era más asumible para las arcas del rey.

Entre la flota de trescientos navíos —la mitad, galeones artillados— que solicitaba don Álvaro y el convoy de cargueros escoltado por unos cuantos barcos de guerra que demandaba Alejandro mediaba una fortuna.

Y los tercios iban a cobrar igual en Flandes que invadiendo la Albión.

La discusión había ido subiendo y bajando bajo la mirada neutral de Guzmán. Al duque de Medina Sidonia todo aquello lo abrumaba. Él era un político de palacio que se movía como nadie de despacho en despacho. Un burócrata impecable que gozaba de la confianza del rey en lo concerniente a fiscalidad, tributaciones y reformas legales. Ni siquiera se explicaba por qué había sido convocado para preparar una guerra. Aquellos asuntos le eran totalmente ajenos. Y ojalá lo siguieran siendo para siempre.

Todos permanecieron callados observando el rostro pensativo de Felipe.

Guzmán lo conocía bien. Nada más verlo supo, tras la concienzuda reflexión que lo había tenido con la cabeza hundida entre los hombros, que la decisión estaba tomada.

—Perfecto, señores —anunció el soberano con concentración, como si le costara poner en orden las ideas. Los tres interlocutores, echándose hacia delante, escucharon con atención—. Ambas propuestas son interesantes, y creo que cada una de ellas aporta ventajas que pueden facilitarnos la victoria.

Farnesio y Bazán se quedaron mirándolo de medio lado.

Guzmán pudo apreciar la inquietud de los dos hombres gracias a un vistazo disimulado. Si las dos propuestas eran igual de buenas, parecían preguntar sus rostros expectantes…, ¿cuál sería la elegida?

El rey, al ver sus cejas alzadas, abrió los brazos con ademán conciliador.

Una estatua de Salomón coronaba la fachada de la basílica de El Escorial.

—Cogeremos lo mejor de las dos opciones. —Farnesio y Bazán esbozaron un gesto de escepticismo a la vez. En un caso así no convenía andarse con medias tintas—. A ver si me explico… Primero prepararemos media armada aquí, en esta ciudad de Cádiz. Esa flota aglutinará varias escuadras: la andaluza, la italiana y la castellana. Vos, marqués, estaréis aguardando en Lisboa al mando de otra flota en la que reuniréis a las escuadras portuguesa, guipuzcoana y vizcaína. Las urcas, los pataches… y otros navíos de carga que reclutaremos irán a vuestro encuentro. —Bazán, al oír aquello, esbozó una media sonrisa de triunfo. En principio, su opción era la elegida—. Después haremos que vuestros barcos recojan a los tercios en Flandes, donde estará aguardando Alejandro, para desembarcarlos en las costas inglesas. —Ahora fue el duque de Parma quien sonrió, aunque el rey lo atajó con un gesto cortante—. Al ver a nuestros barcos cerca de sus costas, los ingleses creerán que planeamos un ataque por mar. Eso los obligará a embarcar a muchos de sus soldados. De ese modo, Elisabeth no podrá detener el avance de nuestra infantería por tierra. Y así, todos contentos…, ¿no?

Bazán y Farnesio desviaron la mirada.

Medio ejército embarcaría en Lisboa en una especie de convoy acorazado. La mitad de los barcos irían cargados de caballos, pertrechos y comida. Lo necesario para invadir un territorio lejano. La flota se dirigiría al encuentro del duque de Parma. En cuanto llegasen a los puertos del Canal embarcarían a la otra mitad de la milicia, que Farnesio habría desplazado hasta allí desde las diecisiete provincias.

Nadie afirmó ni negó nada. Guzmán pudo apreciar por el rabillo del ojo que a ninguno le gustaba aquella especie de decisión intermedia, pero callaron. Debían de pensar, sonrió entonces para sus adentros, que era mejor perder media partida que la partida entera.

Maldijo la sonrisa disimulada que había esbozado entonces.

Si hubiera sabido que la campaña iba a acabar recayendo sobre su cabeza, el gesto más atormentado habría sido el suyo.

Con aquella decisión salomónica había acabado la reunión, recordó ahora.

Desde el castillo de popa del San Martín, y con la bahía de Lisboa atestada de barcos ante sus ojos, el señor de Medina Sidonia resopló. Habría incursión naval, según el criterio de Bazán, pero no como él había planeado, sino como escolta de un sinfín de cargueros. Y también habría invasión terrestre, con Farnesio al frente de los tercios de Flandes; pero tampoco como el duque de Parma había sugerido.

Felipe había concluido que, si quería forzar a Elizabeth a respetar un pacto de no agresión, rendir Londres se hacía imprescindible. Con los principales lords ingleses como rehenes en Castilla, a la reina no le iba a quedar más remedio que aceptar sus condiciones.

De ese modo, el rey español creía no dejar ningún cabo suelto. Al menos, sobre el papel. Lo que pudiera surgir en una expedición tan compleja, tal y como Guzmán estaba constatando ahora en su propia piel, era harina de otro costal.

Medio año después de aquella reunión, cuando ya la flota se iba preparando bajo los designios de don Álvaro, el desastre había estallado en forma de ataque a traición.

Aquel pirata de Drake, esbirro de la reina hereje, se había abatido sobre las sesenta naves que poco a poco iban estando listas en Cádiz para el ataque a Inglaterra. El Draco había caído como un rayo sobre el puerto andaluz, hundiendo o incendiando a treinta de ellas.

Guzmán recordó con un escalofrío cómo él mismo, a la sazón en Sanlúcar, había tenido que

galopar hacia allí para asumir la defensa de la plaza.

Después, no conforme con semejante tropelía, el corsario se había encaminado al norte con intención de atacar a los barcos que Bazán había reunido en Lisboa. Por suerte, el marqués había logrado repelerlo gracias a las fortalezas terrestres que defendían el estuario del Tejo.

Aquella incursión por sorpresa, recordó ahora Alonso, había truncado la expedición de la Gran Armada, retrasando su partida. Desde entonces había pasado ya un año, y todo había ido de mal en peor. Al menos, para él.

Cuando ya Bazán volvía a tener la flota casi lista, unas fiebres terribles lo habían invadido, postrándolo sin remedio. En vista de lo que el rey le había encomendado, Guzmán comprendía ahora que el viejo marino hubiera enfermado. La exigencia de preparar la Gran Armada era extenuante, y la presión a la que Felipe sometía al encargado de su expedición había acabado por tumbarlo.

El veterano capitán había muerto en febrero.

Después, sorprendentemente, el rey lo había puesto a él —un terrateniente que no sabía nada de barcos ni de guerra— al frente de todo aquello.

—Gozáis de mi máxima confianza, Alonso —había sentenciado Felipe, impertérrito ante sus balbuceos, al comunicarle la noticia—. Sois un excelente administrador, organizado y minucioso. Y siempre cumplís las órdenes de vuestro rey a rajatabla. Eso es exactamente lo que necesita esta misión.

De nada sirvieron sus ruegos, ni en ese día ni en los meses posteriores. Y para más infortunio, la Armada fue estando lista de forma inevitable, como consecuencia de la eficiencia propia de sus labores de intendencia.

Eso reafirmó la opinión del monarca, muy a su pesar.

El puerto de Lisboa seguía siendo un hervidero ante los ojos de Medina Sidonia, por mucho que su mirada reflejase la pesadumbre amarga de una tarea impuesta por la fuerza.

Cruda ironía, negó, mientras contemplaba sus barcos.

Que el buen hacer de un hombre justifique su condena.

XVII

Compostela, 6 de mayo de 1588

Ares divisó a Indalecio y corrió a cortarle el paso.

Como cada día, docenas de fieles transitaban por la cabecera de la catedral de capilla en capilla. Algunos rezaban ante una reliquia y otros conversaban con voz amortiguada bajo la mirada severa del reliquiero. Todos, eso sí, iban dejando limosnas ante los vestigios sagrados que los canónigos habían desperdigado por todo el templo.

Al ver cómo le salía al paso entre la penumbra, Cabana le hizo un gesto discreto y los dos se introdujeron en el coro. Allí estarían a salvo de miradas indiscretas.

Fray Carmelo, más irascible incluso de lo que en él era habitual, empezó a soltar sapos y culebras entre susurros. Indalecio lo miró con gesto cansado.

Como si aquellas imprecaciones baldías fueran a servir de algo.

—Aquí se plantó ese miserable, como si tal cosa, ¿te lo puedes creer? Después de haber insultado gravemente a esta santa casa… ¡Y aún dijo que venía de parte del arzobispo! ¡Que tenía su permiso para toquetear los restos del apóstol!

El arcediano, con el aire taciturno que llevaba cuando Ares lo atajó, cruzó los brazos ante el pecho.

—Me han dicho que incluso sus aprendices se atrevieron a insultarte…

—Solo uno de ellos, pero sí —confirmó el reliquiero, aunque restándole importancia como para demostrar que él no temía a Ambrosio ni a sus acompañantes, por mucho que uno de ellos pareciese un toro salvaje—. Pero les puse las cosas bien claritas: ¡para manosear las reliquias van a necesitar algo más que arrogancia! ¿Qué se han creído?

Cabana, pensativo y con la mirada baja, no respondió.

Ares, impaciente, se quedó esperando una respuesta. Empezaba a ver su falta de indignación ante la afrenta de Ambrosio como una muestra de flaqueza.

El silencio entre los dos se espesó durante unos instantes. Al cabo, cuando ya el furibundo canónigo estaba a punto de reiniciar la retahíla de improperios, Cabana volvió hacia él una mirada penetrante.

—¿Qué ha venido a buscar el licenciado Morales? —El gesto dubitativo del canónigo le confirmó lo que ya sospechaba: que su pregunta no hallaría respuesta alguna en aquel hombre—. Piénsalo bien… Ese tipejo, aunque indeseable, es un erudito de gran prestigio. En su visita de 1572 investigó en profundidad la historia y los procederes que rigen esta catedral. Se sumergió en el archivo durante semanas y se entrevistó con todos los miembros del cabildo, que lo atendieron con una sonrisa sin sospechar que los iba a traicionar de aquel modo… Ya lo sabe todo sobre nosotros, pues. Y también sobre las reliquias que aquí se guardan. Es más, sabe todo lo que aquí sucede mejor que el propio arzobispo… ¿Por qué trata de examinar los restos de Sant Iago, entonces? ¿Nada más que para importunarte? Detente un instante y piensa: ¿qué es lo que le falta por averiguar?

Ahora fue Ares quien permaneció callado. Era obvio que aquella no podía ser la intención del licenciado, y también que Cabana tenía razón. Todo lo que Ambrosio quisiera saber sobre las

reliquias ya lo había averiguado quince años atrás.

No tenía sentido que viniera a meter las narices en la catedral si ya no le quedaba nada por desentrañar. Más aún sabiendo de antemano el tipo de recibimiento que se iba a encontrar.

—He estado dándole vueltas desde ayer. —La voz de Indalecio lo trajo de vuelta al cabo de un silencio—. Es como si Ambrosio quisiera corroborar lo que ya sabe con algún fin oscuro. Como si buscase pruebas para hacer algo más. Algo que…, no sé, que necesita ser avalado sólidamente.

El reliquiero se rascó la barbilla. Su compañero le sacaba ventaja en tal razonamiento, estaba claro. Él no alcanzaba ni a vislumbrar los senderos brumosos por los que el arcediano ya había transitado con los ojos abiertos.

Hizo como que iba atando cabos, pero se limitó a esperar a que Cabana arrojase luz.

—Por otra parte —prosiguió al fin Indalecio—, tras aquella visita suya y a raíz de las infamias que publicó, modificamos los usos y costumbres del cabildo para que se ajustasen a las exigencias del rey. —Aquí el reliquiero bufó, nuevamente indignado. La difusión del Viage del ilustre cronista había hecho temblar las losas bajo los pies de los canónigos compostelanos, obligándolos a renunciar a gran parte de sus prebendas y a comportarse de forma más decorosa —. Esa misión, por lo tanto, ya la cumplió hace tiempo. Y, sin embargo, aquí está una vez más. Y con una cédula bajo el brazo, firmada por el rey en persona. Piénsalo, Carmelo; eso significa que el propio Felipe le ha encargado algo importante, ¿no crees? Y, visto lo visto, es algo que tiene que llevar a cabo aquí, en la catedral. Dime, hermano…, ¿qué podría ser?

De nuevo, Carmelo trató de ocultar su desconcierto tras un gesto de impostada meditación. Hizo como que cavilaba durante un rato, pero como pasaba el tiempo y Cabana no acababa de retomar su razonamiento, al final se decidió a hablar.

—Sea lo que sea, me temo que en algunas dependencias de esta catedral no se van a atrever a pararle los pies —se lamentó—. Como se dirija al archivo, apuesto a que se va a topar con las puertas abiertas de par en par. Hasta una alfombra de seda bajo los pies, si así lo desea. Entre lo apocados que son algunos canónigos y que cuenta con la permisividad de Sanclemente…

Indalecio interrumpió sus cavilaciones para asentir.

El arzobispo, aunque incómodo, no había manifestado su disconformidad con las intrigas de Ambrosio. Y el archivero, al igual que otros hermanos, era demasiado cobarde como para plantarle cara.

—Pues me temo que lo hará, y más pronto que tarde —musitó.

—De todos modos —el reliquiero le quitó importancia con un ademán—, entre todos esos papelotes no hallará nada relevante. En ese archivo poco hay más que pleitos contra el Voto de Santiago, ¿no?

Cabana torció el gesto. Al verlo así, Carmelo se enderezó. Al parecer, lo que Ambrosio pudiera encontrar en el archivo era más preocupante de lo que él creía.

—Por cientos, sí. Todas las denuncias que religiosos y seglares, ricos y pobres, campesinos y nobles de toda Castilla han ido interponiendo contra la aportación, bien humilde, por cierto, que permite mantener la santidad de este lugar. —El reliquiero meneó la cabeza con gesto mártir, como si le exasperase tan inexplicable inquina contra los santos varones que custodiaban el Locus Sancti Iacobi. Aunque aquella era una visión deformada de lo que ese impuesto suponía en realidad, todos los canónigos hubieran defendido aquella versión con uñas y dientes. No en vano estaban en juego sus riquezas y privilegios—. Pero hay más cosas ahí guardadas, hermano. Y me temo que ese enviado del demonio es capaz de dar con ellas.

Ares alzó la vista. Sobre ellos, las bóvedas de cañón hacían reverberar sus cuchicheos.

—Pero… ¿qué es lo que busca? —preguntó al fin, como para sí.

Un sonoro suspiro se impuso al eco de sus susurros.

—Aún no lo sé —le respondió el arcediano, rascándose el mentón—. Pero eso es, si cabe, más inquietante. Si lo que pretende es atacarnos como la otra vez, nos hallará preparados para dar réplica a sus insidias. Pero así, sin saber qué trama, estamos sordos y ciegos… Indefensos ante sus maquinaciones.

Carmelo alzó las cejas. ¿Qué había de preocupante en que Morales hurgase en todos aquellos pleitos archivados? ¿Qué podía hallar allí, y con qué malvado fin? Al fin y al cabo, el cabildo compostelano los había ganado todos a lo largo de los siglos.

—¿Recuerdas lo que te conté sobre el pleito de los cinco obispados? —sugirió Cabana, al verlo dudar.

Ares asintió, aunque con gesto atribulado.

Trató de hacer memoria. Una demanda interpuesta por cinco obispos de Castilla que se habían aliado para no pagar el Voto había ido cogiendo fuerza en los últimos tiempos. Un joven letrado había logrado hallar una fórmula jurídica para que su denuncia progresase en los tribunales. Por suerte, las querellas de aquel tipo caían al llegar a la Real Chancillería de Valladolid.

La historia estaba de lado del apóstol Santiago y de sus canónigos.

—Pues la chancillería la ha admitido a trámite —sentenció el arcediano, con cara de circunstancias.

El reliquiero palideció súbitamente. Aquello era incluso más grave que la presencia de Ambrosio en la ciudad. Si perdían ese pleito, todo podía venirse abajo. Sin las rentas millonarias que el Voto les reportaba, la catedral languidecería hacia la ruina y el olvido. Ya solo les quedarían las limosnas de los peregrinos. Y estos, recordó amargamente, desde la aparición de aquellos hijos de Satanás llamados protestantes, eran cada vez más escasos.

—Pero eso… —fue cuanto atinó a balbucir, consternado.

—… eso sería el fin —confirmó Indalecio, impertérrito.

Su mirada decía ahora muchas cosas. Ares, atando mil cabos de golpe, comprendió al fin la actitud taciturna del arcediano.

Estaban entre la espada y la pared.

—Pero no adelantemos acontecimientos, hermano —continuó Cabana, con decisión. Por suerte, respiró Ares, ese hombre siempre tenía un plan—. Nuestros abogados defenderán a capa y espada los derechos y la santidad de nuestro apóstol. Y no olvides que ya he contactado con Jerónimo Román por lo que pueda pasar. No creo que el devorador de libros ignore una oferta como la que le he hecho llegar en nombre del cabildo. —El reliquiero asintió. Contar con el sabio agustino para contrarrestar las argumentaciones de sus enemigos, cualesquiera que fuesen, era una garantía. Tras otra larga pausa Indalecio continuó, rotundo—: Ahora lo prioritario es otro asunto.

De nuevo, Ares se dedicó a pasar la mirada sobre el templo en penumbra para disimular su desconcierto. Y una vez más, la voz de Cabana lo rescató de sus divagaciones.

—Lo que es vital ahora es averiguar qué pretende el licenciado Morales.

El reliquiero asintió enérgicamente, aunque no tenía ni idea de lo que aquello implicaba.

—¿Y cómo lo haremos? —preguntó, sin tapujos esta vez.

Los ojos del arcediano destellaron con un brillo siniestro.

—Aún no lo sé —siseó, al cabo de un silencio tenso—. Pero nos va la vida en ello.

XVIII

Cádiz, 7 de mayo de 1588

Desde el puente de mando se podía ver toda la escuadra.

Ante aquel panorama, a Manuel lo asaltó el recuerdo de los días de Lepanto.

Pese a que ya habían transcurrido diecisiete años, la batalla naval más grande de cuantas jamás habían existido aún vibraba en su memoria. No podía ser menos.

Al fin y al cabo, ese episodio había marcado a fuego su destino.

Viendo las naves así, a punto de abandonar el puerto y con una campaña militar en ciernes, le pareció revivir las mismas sensaciones de entonces. Él ya no era el mismo, ni la Empresa de Inglaterra tenía parangón con la cruzada contra los otomanos, pero sintió que flotaba en el aire esa misma nebulosa que precede a la batalla. La incertidumbre, dulce y áspera a la vez, que augura un amanecer tintado de gloria.

Con el puerto de Cádiz tras la popa y Lisboa aguardando más allá del horizonte, la flota zarpó con decisión. En la capital portuguesa se reunirían las fuerzas de la Gran Armada bajo el mando del señor de Medina Sidonia.

Habían pasado muchos años desde la gran batalla que había incendiado los mares de Grecia. Él ya no era aquel joven animoso que había arrastrado a un soldado herido, salvándole la vida sobre la cubierta de su galera. Lepanto quedaba lejos. Tanto que era como si perteneciese a otra vida. Y que hubiera sido vivida por otra persona, además.

Con aire soñador, Manuel dejó flotar sus cabellos, ya grises, al viento de levante que empujaba las naves. Sin pretenderlo, su niñez regresó a su memoria, cargada de recuerdos descoloridos. Tal vez el hecho de hallarse ahora ante otra guerra, también a todo o nada, fuese lo que traía esas imágenes a sus retinas.

Manuel recordó su infancia en Poulo.

La aldea insignificante, ubicada a medio camino entre Compostela y el puerto de Faro, donde había nacido.

Coruña, la vieja An Chruinne, era para aquel niño que empezaba a vivir la promesa difusa de una vida cargada de aventuras. Hasta allí, narraban los caminantes que atravesaban la aldea —la mayoría, ingleses e irlandeses que peregrinaban hacia la casa del señor Santiago—, llegaban grandes buques cargados de mercancías exóticas. Tanto era el interés del pequeño por esas cosas que hasta había alcanzado a comprender, incluso a chapurrear, el idioma de aquellos concheiros de ultramar. Lo suficiente como para entenderse con los romeros que hacían noche allí, en Poulo. Desde aquel puerto de leyenda, también, partían los galeones que expandían por todo el mundo la grandeza de su majestad el rey Carlos.

Así, entre sueños enjaulados, el pequeño Manuel se pasó los primeros años de su vida jugando a ser un guerrero que combatía enemigos a bordo de barcos imaginados, o que exploraba las tierras ignotas de lo que la gente daba en llamar, misteriosamente, Nuevo Mundo.

Los vecinos reían al verle manejar un timón de aire mientras descuidaba las vacas, simular luchas a espada con una hoz en la mano o preguntar insistentemente a los romeros sobre cada detalle del buque que los había traído desde Inglaterra. Él no hacía caso de aquellas burlas. Tal

vez su pequeño cuerpo estuviera encerrado en un villorrio remoto, pero su imaginación volaba sobre todos los océanos a lomos de aves viajeras.

Así fueron las cosas hasta un día de junio de 1554, cuando él tenía ocho años.

Poulo, 25 de junio de 1554

Amanecía.

Los rescoldos de la hoguera de la noche de San Juan ya no eran más que un montoncillo de carbón frío junto al camino. Con el rocío del día 25 se presentaron en la aldea cuatro caballeros de aspecto deslumbrante. Tanto sus ropajes como sus monturas valían una fortuna, y su comportamiento, discreto pero desbordante de autoridad, llamó la atención de los vecinos que empezaban a deambular por las callejas con aspecto adormilado.

Nada más desmontar fueron recibidos en la casa más rica del lugar. Allí estuvieron apenas unos minutos antes de volver a salir. Lo hicieron acompañados por el dueño, al que dieron unas últimas instrucciones en voz baja. Después, desaparecieron a galope por donde habían venido como si nunca hubieran estado allí. Manuel se quedó observando con curiosidad la nube de polvo que sus caballos dejaron sobre el camino de Compostela. No solían verse personajes así en Poulo.

A media tarde, la criada de la casa grande no pudo resistirse más y cedió a la insistencia de sus vecinas, que no habían hecho más que preguntarle quiénes eran aquellos caballeros y qué habían ido a buscar.

—Vinieron a prepararlo todo para esta noche —confesó la muchacha, con timidez pero encantada al mismo tiempo de ser el centro de atención—. Hoy dormirá aquí su alteza el príncipe. Oí que va camino de Coruña para embarcarse hacia Inglaterra. Dizque se va a casar con la reina María.

La noticia se extendió como una deflagración por toda la aldea, y no tardó en llegar a oídos de Manuel. El niño, aún intrigado por el porte de los cuatro jinetes de la mañana, se quedó sin habla. El mismísimo hijo y heredero del rey Carlos estaba a punto de arribar a aquel caserío perdido donde nunca pasaba nada.

La aldea entera se paralizó. En la taberna del cruceiro se reunieron todos los hombres, emocionados, y las mujeres se pusieron la ropa de los días de fiesta. No se hablaba de otra cosa. Con el corazón exaltado, todos aguardaron la entrada de una majestuosa delegación cubierta de oro y rubíes. Sin embargo, la comitiva que se presentó era de lo más discreta. A los cuatro jinetes los acompañaban ahora otros siete, todos muy reservados y con aire fatigado. Pese a lo imponentes que eran sus monturas, se les veía deseosos de pasar desapercibidos.

Mientras el más joven, seguramente un escudero, recogía las riendas de todos, los caballeros se adentraron en la casa sin mediar palabra. El primero, un muchacho inexpresivo de cabello claro, centraba de modo intangible la atención de todos los demás. Ese era Felipe, el hombre destinado a convertirse en el rey más poderoso de la cristiandad. Y del mundo entero, susurraron los vecinos. De todos modos, el pequeño Manuel advirtió un deje de decepción en sus voces. Quien más y quien menos, todos se habían imaginado un guerrero de presencia imponente. Algo así como un Aquiles de armadura resplandeciente.

Pese a ello, el príncipe había resultado ser un joven apocado de apariencia gris.

Los vecinos se retiraron rumiando su desencanto. Pronto la taberna, la cruz de piedra y la propia calle se quedaron desiertas. Pese a saber que el heredero de la Corona iba a pernoctar esa

noche entre ellos, unos y otros se fueron a dormir con aire desilusionado.

La primera lección que aprendió Manuel aquel día lejano fue el modo en que las expectativas influyen sobre el ánimo de las personas. Cómo pueden transformar la plata en cieno si lo que se espera es oro labrado por arcángeles.

Ante sus ojos, la aldea fue vaciándose bajo la luz del atardecer. No obstante, él sí se mantuvo aguardando. La llegada del príncipe lo había sacudido como un rayo a un manzano bajo la tormenta. Sus sueños infantiles empezaron a volar, y todas las aventuras que tantas veces había imaginado se transformaron en una realidad tangible Así estuvo hasta que su madre lo sacudió desde atrás, como hacía con las esteras de esparto.

—¿Es que no me oyes? Llevo una hora llamándote. ¡Anda a cenar!

El pequeño se pasó la cena removiendo la taza de caldo con los ojos clavados en la pared. Al final, su madre, más bruscamente incluso que antes, lo mandó a la cama a cajas destempladas. «Cada día está más atontado», oyó que le decía a su padre, enfadada, mientras el niño subía al cuarto con el alma desordenada.

No fue capaz de dormir. En lugar de ello, contempló por el ventanuco cómo la luna se iba elevando sobre las copas de los castaños hasta que, traspasado por una emoción intensa, tomó una decisión.

Huiría con la comitiva al amanecer. Sí, los seguiría hasta el puerto y se las arreglaría para colarse en el galeón real. Aquel era el sueño que había estado aguardando sin saberlo.

Desde el tragaluz le echó un vistazo a la aldea, oscura y silenciosa. No quería seguir allí más tiempo. Las vacas y el labradío no eran más que un desierto para él. Su ilusión se proyectaba sobre tierras inexploradas; sobre puertos exóticos y navíos de guerra. Y aquella era su oportunidad. La única que tal vez fuera a presentársele jamás.

Esperó a oír como sus padres se acostaban y salió, arrebujado en un chaquetón raído, con los bolsillos llenos de pan por lo que pudiera pasar. Buscó un escondite a la salida de la aldea y se sentó contra un arbolillo solitario que crecía junto al camino de Faro, dispuesto a aguardar la partida de los caballeros. Sí, se reafirmó; estaría despierto toda la noche. Lo que hiciera falta, con tal de salir con ellos por la mañana.

Juró fervientemente que no se irían sin él.

La madrugada fue cayendo poco a poco, perezosa y sombría. El corazón de Manuel latió con violencia al principio de la vigilia, pero, con el paso de las horas vacías, el arrullo de las copas movidas por la brisa pudo más que aquella exaltación fugaz.

Al amanecer, el primero de los jinetes señaló, divertido, a un pequeño sentado junto al camino. Sorprendidos, lo observaron recostado contra el tronco de un árbol. Dormía profundamente. Todos, también Felipe, sonrieron al verlo. Supusieron que se había levantado antes del alba para verlos partir, y que el sueño lo había vencido.

A una orden del príncipe, el escudero lo arropó con una de las mantas de viaje que portaban en el equipaje. Después, sin más, siguieron camino. A Felipe pronto se le borró la sonrisa. Esa misma tarde tenía que embarcar, y la singladura que le aguardaba no hacía augurar un futuro dulce.

Más allá de las aguas, su matrimonio con María Tudor —la prima de su padre, mucho mayor que él y no especialmente agraciada— le hacía anticipar un porvenir amargo. Tanto que solo su sobrio sentido del deber lo mantenía anclado a aquel caballo.

Cuando despertó, ya con el sol alto, Manuel se extrañó al ver aquella manta sobre su regazo. Sin embargo, su perplejidad duró solo un segundo. El sobresalto de haberse dormido le hizo temer que los caballeros se hubieran marchado sin él. Desconsolado, se volvió corriendo a la aldea. Necesitaba comprobar que la casa grande seguía ocupada por sus insignes huéspedes. Sin embargo, solo se encontró con un puñado de vecinos que comentaban en voz baja la partida de la comitiva real.

Entre ellos estaba su madre, que llevaba un buen rato buscándolo.

De nada sirvió que llorase y patalease, y menos aún que tratase de salir corriendo tras los caballeros. La mujer lo agarró con firmeza por el cuello de la chaqueta y lo arrastró a casa mientras farfullaba entre dientes contra las rarezas de ese chiquillo.

Manuel lloró todo el día, pero sus padres fueron inflexibles. Bastaba de fantasías absurdas, sentenciaron con rudeza. Él calló ante la amenaza de unos azotes, pero las lágrimas siguieron aflorando a sus ojos durante días. De hecho, incluso al cabo de las semanas, no podía evitar que sus ojos se humedeciesen al recordar aquel despertar.

Guardó la mantita como un tesoro. Con el paso de los meses, cuando se sentía desconsolado al recordar ese día, hundía la cara en ella y secaba sus lágrimas.

Y así fueron pasando los días y las semanas. Y también las estaciones, lentas y adormecidas sobre la pequeña Poulo. Manuel no dejó de soñar. Pese al desconsuelo de haber perdido aquella oportunidad dorada, ahora su manta de viaje lo acompañaba. La vida vacía de la aldea le recordaba, jornada tras jornada, que había un mundo más allá.

Su corazón infantil luchaba contra el tedio y la desesperanza. Incluso pensó que tal vez jamás podría salir de allí.

Al final, una noche en que la tristeza no le permitía dormir, le juró solemnemente a aquel trozo de lana tejida —como si ella fuera el príncipe en persona— que en cuanto tuviera otra vez la más mínima ocasión, huiría. Que el puerto de Faro sería el arranque de una vida de aventuras, donde llevar a las vacas a pastar y extender estiércol sobre los sembrados no fuesen sino el recuerdo lejano de una pesadilla. De un mal sueño en el que Poulo aparecería como la celda que encarcelaba sus sueños.

La mantita del príncipe recogió su promesa del mismo modo que antes había recogido sus lágrimas.

Con la misma indiferencia que Felipe mostraba ante las lisonjas.

Cádiz, 7 de mayo de 1588

Ahora, tantos años después, Manuel esbozó una sonrisa soñadora.

El recuerdo de esos días lejanos volvía cada vez con más frecuencia. Ahora añoraba aquellos campos y aquella vida tranquila. La casa familiar. El calor del fuego.

La voz de su madre, ya anciana.

El contramaestre dio orden de arriar trapo en la mayor. Ya habían dejado atrás la bahía de Cádiz, y la brisa de levante les traía un viento sostenido en alta mar. El galeón volaba sobre las olas. Pronto tocaría virar hacia el norte.

Manuel regresó destemplado de su ensoñación lejana. Las imágenes borrosas de aquellos años, tras todo lo vivido desde entonces, cada vez lo enternecían más.

Tratando de reponerse, se sacudió. Lisboa era la próxima escala. Después, según lo previsto, la Gran Armada emprendería la invasión de Inglaterra. Al darse cuenta de lo que aquello

implicaba, no pudo evitar un estremecimiento.

Pensó en la mantita, cuidadosamente doblada en su arcón de viaje.

Al fin iba a culminar el viaje que había comenzado tantos años atrás.

XIX

Compostela, 7 de mayo de 1588

Adentrarse en el archivo fue más fácil de lo previsto.

Pese a ir mentalizados para enfrentarse a un recibimiento similar al que les había proporcionado Ares dos días antes, todo fue diferente. El archivero, un fraile encorvado de ademanes mudos, les franqueó la entrada en cuanto Ambrosio inició las presentaciones.

—Buen día, hermano. Soy el cronista de…

No pudo seguir. El hombrecillo, sin expresión en el rostro y con aire resignado, les señaló en silencio las estanterías que subían hacia el techo a su espalda y se retiró de vuelta a su mesa.

Los tres visitantes se miraron con desconcierto. Mundo, que llevaba día y medio concienciándose para no volver a perder los estribos, se encogió de hombros con gesto divertido. Cándido y Ambrosio lo reprendieron con la mirada.

No conviene tentar a la suerte cuando el destino hace regalos inesperados.

En la esquina opuesta a la que ocupaba el archivero había una repisa y un par de taburetes. Aunque indecisos, se encaminaron hacia allí y se acomodaron.

Seguían aguardando algún tipo de interrupción, pero esta no llegó.

—Parece que las órdenes del arzobispo surten más efecto en los archiveros que en los reliquieros —rio Mundo por lo bajo.

Cándido se dirigió a Ambrosio. Lo mejor sería comenzar cuanto antes.

—Bien, maestro, estamos dentro. No creímos que fuera tan sencillo, pero… En fin, decidnos: ¿qué hemos venido a buscar aquí?

El licenciado echó un vistazo largo en derredor.

Aquella estancia sombría y atestada de documentos tenía aspecto de laberinto sin salida. Confiaba en que lo que pudieran encontrar allí les allanase el camino, pero no las tenía todas consigo. Trasladar el cuerpo del apóstol Santiago a El Escorial iba a suscitar las iras más terribles en la sede compostelana y en las comunidades de peregrinos de toda Europa.

La nueva traslatio debía ser avalada sólidamente.

Lo primero era hallar algún documento que sirviese para argumentar que su acción tenía un fundamento, tanto ético como legal. No bastaba con la voluntad de un rey para ejecutar algo así si querían ahorrarse una sucesión interminable de pleitos de desenlace incierto. Causas judiciales que podrían desembocar, incluso, en una sentencia que obligase a Felipe a devolver las reliquias a su ubicación original. Por no hablar de los tumultos que todo aquello podría desencadenar.

Monseñor Quiroga, el gran cardenal del reino, estaba tramitando una dispensa que el papa debía emitir para avalar el traslado. Sin embargo, mientras ese documento no estuviese en su poder, todo eran castillos en el aire. Iban a necesitar pruebas que avalasen la misión. Escritos de hombres sabios que relatasen traslados de reliquias en tiempos pasados; argumentaciones a favor de la reubicación de vestigios sagrados de un lugar a otro… Algo así.

Ese era el gran escollo que tenían que sortear. A aquellas alturas lo sabía bien; no en vano se habían recopilado más de siete mil reliquias a raíz de su famoso Viage de 1572.

Sí; sumergirse en el archivo de aquella catedral era vital. Tal vez todo quedase en agua de

borrajas si los muchachos no lograban hallar nada, pero tenían que hallar algún argumento que sirviese para defender el traslado ante un juzgado civil.

Ante los tribunales eclesiásticos esgrimirían la bula papal.

El silencio expectante de los muchachos le hizo volver en sí. Los dos, animosos como siempre, esperaban instrucciones; pero él apenas podía concretarles nada. Tomó aire. Llevaban ya una semana en la ciudad y aún no habían dado un paso en ninguna dirección.

—Necesito que halléis algún documento que hable del traslado de reliquias sagradas de una sede a otra —les indicó al fin—. Algo así como… como una justificación para mover algún vestigio sagrado de su lugar de origen.

Mundo alzó una ceja, pero al momento se frotó las manos con decisión. Si eso era lo que el maestro quería, no pararían hasta conseguirlo. Era raro, pero no había problema. Sin embargo, Ambrosio percibió en los ojos de Cándido un destello de asombro. Tal vez había ido al grano más directamente de lo que le hubiera gustado. Entonces desvió la mirada.

Una cosa era requisar reliquias menores en parroquias y colegiatas y otra muy distinta, desafiar al todopoderoso cabildo de Compostela en su propia casa. Robarle el cuerpo del apóstol a la ciudad que había surgido en torno a su tumba era algo simplemente inimaginable.

Aunque con el corazón dando brincos en el pecho, Cándido se obligó a reaccionar. Al apreciar el momentáneo azoramiento de Ambrosio él también se puso manos a la obra.

—Vamos, Mundo —sonrió, aunque con gesto forzado—. Ya que esta vez no nos han recibido de uñas, preguntémosle al archivero por dónde podemos empezar. ¿Os parece bien, maestro?

Ambrosio, todavía aturullado por su propia torpeza, asintió.

—Eeeh… claro, sí —balbució—. Yo, mientras, me pondré con… otros asuntos.

Mientras los muchachos se acercaban a la mesa del monje, el cronista abandonó el archivo con la cabeza hecha un enjambre. Sentía el alivio de saber que al fin estaban en marcha; si había algo en aquella montaña de pergaminos polvorientos que pudiera avalar el traslado de la reliquia, Cándido lo hallaría. Sin embargo, era el mismo talento del muchacho el que suscitaba su desasosiego. El joven Suevos había intuido cuál era su secreto, y lo había hecho a raíz de esa pincelada que él había dejado caer. Se sentía viejo y falto de reflejos. Aquel encargo maldito… Aquella ciudad… Debía tener más cuidado. La vida de los tres estaba en juego.

Una bocanada de aire fresco lo recibió cuando salió a la calle. La catedral, su aire viciado y su ambiente opresivo le habían hecho contener la respiración. Inspiró profundamente y después, con los puños apretados, se dispuso a bordear el templo de regreso a la Azabachería. Dos días antes, aquel jesuita irlandés que se le había presentado con el nombre de Arlynn Sheridan lo había citado en la Corticela.

La pequeña iglesia llevaba siglos resistiendo las ampliaciones de la catedral a pie firme, hasta el punto de que ya casi había sido engullida por ella. Aquel era el lugar donde el lenguajero lo había citado para revelarle, según sus palabras, la verdad que ocultaba la ciudad.

—No sois la única amenaza que pende sobre esas reliquias —había zanjado.

Mientras se aproximaba, Ambrosio frunció el ceño.

¿Qué verdad oculta podía ser esa? Y lo que era más preocupante: ¿hasta dónde llegaba el conocimiento de aquel frailecillo sobre «la amenaza» que suponía, para el cuerpo del apóstol, el enviado del rey Felipe?

Destemplado por la clarividencia de Cándido y por la misteriosa insinuación de Sheridan, Ambrosio se plantó ante la Corticela.

Entonces, un escalofrío lo recorrió de arriba abajo. Acababa de recordar que un poco más arriba estaba la Casa de la Crecha. El lupanar más famoso de la ciudad. Un fantasma del pasado parecía haber resucitado para recordárselo con insistencia. Sacudió la cabeza al rememorar los mensajes que aquella misteriosa joven había estado enviándole. Esa era, tal vez, la mayor de sus tribulaciones.

Aún no había hallado las fuerzas necesarias para afrontarla.

Con el corazón en un puño, empujó la puerta de la iglesita. Mientras la hoja de tablas chirriaba, se asomó al interior en penumbra. Sobre el altar, un crucifijo de oro emitía destellos a la luz de las candelas. Ambrosio, con una nube en la frente, hincó la rodilla. Tal vez su fe fuese menos ortodoxa de lo que debiera, pero en ese momento necesitaba un anclaje.

—Las tormentas, de una en una, Señor —musitó—. Os lo suplico.

XX

Compostela, 7 de mayo de 1588

Así, rodilla al suelo, lo halló Sheridan al salir de la sacristía.

—Arrepentíos, porque el reino de los cielos se acerca —recitó el jesuita desde el altar.

Ambrosio se encontró con el gesto divertido del joven confesor. Más aturdido que avergonzado, se incorporó.

—Aquí estoy, hermano —saludó, alisándose la ropa—. Y no es el arrepentimiento lo que guía mis pasos, sino el anhelo de hallar luz.

El lenguajero trancó la puerta con un travesaño de roble. Por lo visto, no quería que nadie los molestase.

—¿Os ha visto alguien entrar aquí? —preguntó.

Ambrosio negó con la cabeza, dubitativo. Aquel muchacho pálido y menudo lo escrutaba ahora con una mirada penetrante que no supo descifrar. Una intensidad que contrastaba de un modo extraño con su aspecto aniñado. Casi afeminado.

—No he visto a nadie por la calle, pero no sé si…

—Descuidad, licenciado —volvió a sonreír el joven, conciliador—. De momento, no tendría nada de raro que entraseis en esta iglesia.

El cronista guardó silencio.

Ese «de momento» confirmaba que el muchacho guardaba algún secreto relacionado, de un modo u otro, con él. Lo que no era capaz ni de intuir era qué extraños intereses lo incitarían a confiárselo. Y, mucho menos, qué podría querer a cambio de hacerlo.

—Os estaréis preguntando por qué os cité aquí —sugirió Sheridan, adelantándose a sus pensamientos—. Y cómo puedo estar al tanto de vuestra tarea en esta ciudad.

Ambrosio esbozó un ademán de indiferencia, pero solo logró expresar indecisión. Entre la acritud de los canónigos, la resignación dolida de su sobrino y el hostigamiento de aquella mujer de identidad inquietante, su misión se estaba convirtiendo en un tránsito más penoso incluso de lo que había previsto inicialmente. Y ahora, para acabar de desordenar su alma, aquel muchacho extranjero afirmaba estar de vuelta de todo.

Todas las tempestades parecían haberse conjurado sobre su cabeza.

—No sé por qué dais por hecho que he venido a realizar tarea alguna —se resistió.

Arlynn esbozó una sonrisa desdeñosa.

—Os precede vuestra trayectoria como confiscador de reliquias, licenciado —lo retó, mirándolo a los ojos—. Más de siete mil le habéis conseguido a vuestro rey para su gran monasterio, ¿no es cierto?

Ambrosio contuvo el aliento.

Aquello confirmaba que el muchacho conocía sus intenciones. O que las sospechaba, al menos. No era ningún secreto lo sucedido en su Viage, quince años atrás. Sin embargo, a ojos de la gente aquello había llegado a su fin en 1573. De casi toda la gente, caviló. Era como si Arlynn hubiera adivinado lo que pretendía hacer allí.

De todos modos, se mantuvo en silencio. Tal vez fuese un farol. No estaba dispuesto a darle

más ventaja yéndose de la lengua antes de lo debido.

—Lo que tal vez vos no sepáis —siguió Sheridan, al ver que su visitante se resistía a soltar prenda— es que vuestra labor aquí tal vez no tenga sentido.

Ahora fue Ambrosio —aunque haciendo de tripas corazón— el que mostró una media sonrisa de desdén.

—Supongamos que tengo un cometido que cumplir, hermano —admitió, al cabo de un silencio frío—, y que no vais desencaminado en vuestras suposiciones acerca de su naturaleza. Supongámoslo, repito. Aun así…, ¿qué quiere decir eso de que no tendría sentido? ¿Cómo podríais vos adivinar la intención de mis acciones?

Su soniquete burlón se vio truncado por la expresión de suficiencia del joven. La seguridad que desprendía era tan sólida como los muros que se alzaban a su alrededor.

—Tal vez Felipe os haya encargado que le llevéis una reliquia una vez más. —La voz del lenguajero sonó cortante ahora, y la sonrisilla se borró definitivamente del rostro del anciano—. La más valiosa de toda la Cristiandad. No obstante, licenciado…, es posible que lo que hayáis venido a robar no sea más que una pieza falsa. Un timo. Una vulgar estafa para mentes manipulables.

Ambrosio se quedó inmóvil.

Definitivamente, aquel jovenzuelo imberbe estaba de vuelta de muchas cosas. Pretender negar la evidencia, visto lo visto, era un esfuerzo baldío; pero proclamar que las reliquias que se custodiaban en la catedral de Compostela no correspondían con el cuerpo de Iacobus era algo que no muchos podían sostener.

—Otros antes que vos han defendido esa tesis. —Aunque no estaba en desacuerdo, Ambrosio trató de restarle crédito a su afirmación—. Pero nadie ha llegado a demostrarlo.

—Yo voy más allá, os lo aseguro. Mi argumentación no se fundamenta en lo inverosímil de la traslación de un cuerpo decapitado desde Tierra Santa en una barca de piedra, ni en los desvaríos que componen la leyenda jacobea. ¿Tumbas señaladas milagrosamente por estrellas? —rio entonces, aunque en sus ojos serios había un rastro de amargura que Ambrosio no logró descifrar—. ¿Prodigios que hacen hincar la rodilla a reinas paganas? No, licenciado… Yo no necesito desacreditar leyendas infantiles… Os digo que aquí no puede estar enterrado Santiago porque esta ciudad no ha nacido en torno a ninguna tumba. Ni a la del apóstol ni a la de nadie. Aquí ya había una ciudad mucho antes de ese supuesto hallazgo. Y vos, precisamente vos, Ambrosio, tendríais que haberos percatado de ello.

Una corriente sacudió los miembros del cronista.

Al parecer, la caja de sorpresas que estaba abriendo Sheridan tenía doble fondo. O triple, incluso. Nuevamente, esperó en silencio. Unas ideas perturbadoras empezaron a destellar en su cabeza como relámpagos en la madrugada.

Si se demostraba que el origen de la ciudad sagrada no radicaba en el descubrimiento del sepulcro de Sant Iago, tal y como estaba sugiriendo aquel muchacho, la autenticidad de las reliquias podría ser aniquilada a ojos de la opinión pública. Y si eso sucedía, su misión en Compostela, tal y como el lenguajero había sugerido, no tendría sentido.

Si esa verdad salía a la luz, la reliquia no tendría ningún valor.

Entonces, de forma irremediable, los restos del apóstol dejarían de ser un anhelo para el rey. Desacreditados, su existencia sería intrascendente. Los peregrinos dejarían de visitar la tumba, y la catedral iría decayendo hasta no ser más que una iglesia local.

Aquello lo liberaría a él de su penosa encomienda. Al fin podría regresar a Alcalá.

En instantes, la historia oficial de la ciudad pasó ante sus ojos agitados. No necesitó ni hacer memoria. Para él, máximo especialista en la historia de las ciudades del reino, aquella leyenda era un camino trillado. Tanto que ni se había molestado en profundizar en él.

La versión oficial defendía que en aquel lugar, un monte antiguamente despoblado al que llamaban Libredón, un eremita llamado Pelagio había visto unas luces extrañas allá por el siglo noveno. «Campus stellae», decía la leyenda. Ahí radicaba el origen del topónimo «Compostela». Ese era el campo de las estrellas que milagrosamente habían indicado la posición del enterramiento del discípulo de Cristo en el año 830. Después, el obispo de la diócesis más cercana, la Iria romana, y el rey de los territorios cristianos que resistían a duras penas el asedio musulmán, habían extendido que aquella era la tumba de Iacobus.

Así se había construido la verdad que aún perduraba.

Una jugada magistral que había cimentado la reconquista de la península ibérica por parte de los reyes cristianos hasta el punto de haber expulsado, ocho centurias después, a la población musulmana que un día había dominado casi toda la Hispania.

Entre Teodomiro y Alfonso, el rey casto, habían ideado tal fábula. Tal vez la mejor estrategia política de su época. Tanto que todo seguía vigente siglos después.

Pero ahora la leyenda flotaba ahora ante sus ojos como una bruma fantasmal, salpicada de dudas. Bajo la mirada descreída de Sheridan, Ambrosio empezó a ver todo aquello como una patraña disparatada.

Casi demencial a ojos de cualquier hombre sensato, si se analizaba con lógica.

¿Era posible que el hallazgo sacro no fuera el auténtico origen de Compostela?

—La ciudad es muy anterior al siglo noveno, licenciado —siguió Arlynn, al apreciar en la mirada de Ambrosio paisajes turbulentos. El anciano volvió hacia él un gesto aturdido; estaba empezando a creer que aquel muchacho podía leerle el pensamiento—. Y digo que deberíais haberlo percibido porque nadie sabe más que vos sobre el nacimiento de las ciudades. ¿Cómo puede ser que no pusierais en tela de juicio el surgimiento de Compostela en vuestras Antigüedades?

El cronista clavó la vista en el suelo.

Sheridan también conocía su obra más laureada, las Antigüedades de las ciudades de España, publicada en 1577[2]. Era un dato revelador, por mucho que hiciese once años ya que había visto la luz.

En las Antigüedades, el licenciado Morales hacía un repaso a la historia de las poblaciones más importantes del reino. Toledo, Tarragona, Cartagena y otras. Basándose en documentos antiquísimos, remontándose incluso a la Roma de los césares, había logrado postular el origen de ellas, ganándose las alabanzas de doctores y profanos.

Y aun así, renegó ahora, no había visto lo que para aquel jovenzuelo era tan evidente.

De todos modos, no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer al primer quiebro.

—La ciudad del apóstol no tiene historia antes de Pelagio y Teodomiro —se resistió, aunque con menos convicción de la que le hubiera gustado—. No recogí su origen en esa obra que mencionáis, pues es de dominio público la naturaleza de su surgimiento. Para Compostela todo comienza en torno al año 830, cuando es hallado el sepulcro del Hijo del Trueno. No hallaréis cristiano en estas tierras que desconozca tales acontecimientos.

Sheridan rio ahora abiertamente, para acabar de desarmar su pretendida solemnidad.

—Entiendo que no quisierais meteros en líos cuando publicasteis las Antigüedades, mi señor —rebatió despreocupadamente, sin temor a ahondar en la perturbación del anciano—. Pero

seamos serios ahora que nadie nos escucha.

Ambrosio, con un rubor incómodo, miró alrededor buscando una salida. La seguridad de aquel muchacho había ido medrando al mismo tiempo que menguaba la suya. Por un instante, vaciló.

El joven percibió que se estaba mareando y se acercó.

—No tendréis un poco de agua —pidió Ambrosio, con un hilo de voz.

—Venid —dijo el lenguajero, sujetándolo por el brazo derecho—. Sentémonos.

Tras recostarlo contra el más alto de los tres escalones sobre los que se levantaba el altar, cogió el cáliz que reposaba en el sagrario y lo llenó hasta la mitad con vino de misa. Ambrosio, demasiado ido como para juzgar lo sacrílego de aquella acción, le dio un sorbo al copón y cerró los ojos. Definitivamente, había sido una semana de mucha tensión.

Sentado a su lado, Sheridan esperó a que recuperara el color.

Al abrir los ojos, el cronista comprendió que no había hecho más que empezar.

—No, Ambrosio —insistió el lenguajero, con voz grave, cuando él tuvo arrestos para enfrentarse de nuevo a su mirada—. Definitivamente, el origen de esta ciudad no es el que os han contado.

2 Obra real de Ambrosio de Morales.

XXI

Compostela, 7 de mayo de 1588

Locus Sancti Iacobi.

Ambrosio, con el cáliz entre las manos, repasó mentalmente la verdad oficial.

Así había sido llamado en los orígenes el germen originario de la ciudad: Lugar Santo de Jacob. También Arcis Marmoricis, en honor a los arcos de mármol que enmarcaban el enterramiento hallado por Pelagio. Y así fue durante mucho tiempo.

De hecho, el nombre de «Compostela» no había surgido hasta dos siglos después.

Todo aquello lo conocía a la perfección. No en vano, tal y como había dicho el propio Sheridan, él era el principal estudioso del origen de las ciudades de España. También sabía que, a diferencia de todas las demás, el nacimiento de tan singular urbe provenía de una leyenda piadosa. Un origen que se explicaba mediante el mito jacobeo, y nada más. Ni un puente antiguo sobre un río, ni un puerto bien abrigado ni una fortificación estratégica habían supuesto el motivo de su creación, a diferencia de cualquier otra. Tampoco un importante cruce de caminos, o una ubicación privilegiada respecto a determinados recursos naturales.

Compostela basaba su origen en la tumba del mejor amigo de Jesús de Nazaret.

Aquel era el lugar mítico del Finis Terrae donde, supuestamente, el apóstol había predicado en vida. Una teoría de dudosa credibilidad que aportaba una explicación más o menos convincente acerca del origen de la ciudad sagrada.

Sin embargo, las palabras de ese joven sugerían que había algo más. En lo que no había reparado hasta entonces, para su sonrojo, era en las evidencias que ahora lo golpeaban con una contundencia deslumbrante. ¿Cómo podía no habérselo planteado? Si aquella leyenda era tan poco creíble, era probable que el origen de la ciudad fuera otro.

Pero… ¿cuál?

—En torno a esa Arca Marmorica se edificó el primer santuario. —La voz de Arlynn lo sobresaltó. Ambrosio, aún con la copa entre las manos, se volvió hacia él—. Y con el paso del tiempo surgió el primer hospital, para los peregrinos que empezaban a llegar desde todos los confines de Europa. Esa primera institución hospitalaria, regentada por monjes, estaba en este mismo lugar. Apenas a unos pasos del sepulcro santo.

Ambrosio miró en derredor.

La pequeña Corticela había recibido a miles de romeros a lo largo de los siglos.

—Entonces… ¿asumís la leyenda como cierta? —preguntó, confundido. Aquella mención al lugar santo de Iacobus devolvía el discurso al mito del Campus Stellae. A la versión oficial de la Iglesia, por tanto—. ¿Es eso, Arlynn? ¿Nació la ciudad en torno a la tumba descubierta por Pelagio hace siete centurias? ¿Es este, pues, el Campo de la Estrella de la tradición jacobea?

Sheridan lo contempló con una mezcla de ternura y hastío.

—Tal vez esa pueda ser la refundación de la ciudad, licenciado. No esas historias sobre luces mágicas y barcas de piedra, sino el hallazgo de un sepulcro. Sin embargo, aquí tuvo que existir forzosamente una ciudad mucho antes de todo eso.

Ambrosio quiso formular mil preguntas de golpe, pero sus dudas invitaron al lenguajero a

continuar.

—Decidme…, ¿qué tienen en común estos nombres, licenciado: Combarro, Cambre, Camba…? ¿Los conocéis? —le preguntó, en un cambio de tercio tan inesperado que, por un momento, el licenciado creyó haber oído mal.

Ambrosio frunció el ceño. ¿A qué venía aquello? Claro que conocía esas villas del antiguo reino de Galicia. ¿Qué tenían en común, le preguntaba? ¿Es que tenían algo, pues?

—¿Y Cambados, mi señor? ¿También conocéis esa ciudad? —prosiguió Arlynn, recreándose en el desconcierto de su invitado—. Yo soy irlandés, ¿sabéis?

El cronista arrugó la frente, incrédulo.

Y bien, ¿qué desvarío era aquel? ¿Qué podían importarle unos nombres de poblaciones secundarias, y qué importaba la nacionalidad de ese muchacho? Meneó la cabeza, pero entonces un destello fugaz apareció en el horizonte. En alguna ocasión, recordó —tal vez en algún encuentro de doctores que no era capaz de precisar—, alguien le había comentado que había vestigios gaélicos en muchos topónimos de aquel territorio. Empezando por el nombre del propio reino: Galicia. Un rastro, seguramente, del origen común de los pueblos antiguos que se habían dispersado por todo el occidente europeo.

—¿Compostela? —intuyó finalmente, aunque todavía sumido en la niebla.

Sheridan esbozó ahora un gesto de complacencia.

—Esa raíz gaélica, licenciado, significa lo mismo en todos esos topónimos. Camb… Comb… Comp… Depende de la fonética, pero cualquiera de sus versiones se refiere a una corriente de agua que traza una curva en torno a un terreno… Lo sé bien; no pongáis esa cara —volvió a reír, ante el escepticismo del anciano—. Cerca de la granja de mis padres hay un lugar cuyo nombre suena casi igual. El río, por supuesto, traza una gran curva allí.

El licenciado se rascó la sien.

¿Podía ser cierto que el nombre «Compostela», atribuido a la estrella mítica que señalaba la tumba de Jacobo el Mayor, tuviera en realidad un origen gaélico?

Irlanda, pese a estar invadida por las fuerzas de ocupación de la reina de Inglaterra, conservaba su idioma originario. Y aquel muchacho, por aniñado que fuera su aspecto, afirmaba atesorar la clave del auténtico origen de la ciudad sagrada. Ambrosio asintió. Era posible, sí. Al fin y al cabo, la población se ubicaba en un gran meandro del río que la circundaba.

Además, las estrellas no se posaban para señalizar enterramientos.

—¿Una villa de origen gaélico, hermano? —preguntó al fin, con la frente arrugada.

Pese a que el topónimo correspondía con la orografía, seguía sin encajar una pieza: lo que allí se había hallado siglos atrás era un mausoleo romano.

—En absoluto, licenciado —negó con firmeza Arlynn, sin perder la sonrisa—. La fundación de la ciudad es mucho más antigua. Puede ser que después del abandono de la primera población, y de ese gran sepulcro que se descubrió cientos de años después, se instalasen por aquí temporalmente algunos hijos de Gael… —Un gesto significativo acompañaba a sus palabras al hablar de las estirpes que poblaban Irlanda, Escocia, Bretaña y Galicia—. Y que le adjudicasen ese nombre. Pero la verdad acerca de la primera villa que existió aquí no la hallaréis en el nombre de la ciudad, sino en sus calles.

Ambrosio volvió a fruncir el ceño.

¿La verdad se ocultaba en las calles? ¿Qué quería decir aquello? ¿Iba a tener que ir preguntándoles a los lugareños cómo había surgido su ciudad? Negó con la cabeza. Estaba seguro de que todos, sin excepción, se iban a remitir a la versión oficial. A Pelagio, a las luces

milagrosas y al Campus Stellae.

Arlynn lo dejó elucubrar un rato.

—Vos sois el mayor conocedor que hay en estos reinos del Itinerario Antonino, licenciado. —El joven se levantó del escalón con expresión pícara. Su actitud indicaba que ya bastaba de cháchara—. Pues bien, regresad a él. Revisadlo con atención. Ese viejo documento ha ocultado durante mil doscientos años una realidad que se os ha pasado por alto. Cuando halléis el dato, comprobad lo que implica para las propias calles de Compostela. No puedo deciros más.

Ambrosio se incorporó también. El aturdimiento se mezclaba ahora con la curiosidad, aunque las pistas del lenguajero fuesen tan crípticas que no supiera hacia dónde tirar. Además del nombre de origen gaélico, la ciudad sagrada ocultaba un secreto en sus calles que solo el Itinerario, el antiguo mapa de vías romanas de los tiempos de Caracalla, le podía facilitar.

Solo si sabía mirar correctamente, había insinuado el muchacho.

—Id, licenciado. —Sheridan señaló la puerta con el mentón—. Ya os he dicho más de lo que debería. Ahora os toca a vos.

Ambrosio se dirigió a la salida con aire pensativo. Las revelaciones del lenguajero podían facilitarle una huida. Eso era lo que le importaba.

Ya en el dintel, tras retirar la tranca de roble, se giró.

—Regresaré al Itinerario, hermano —aceptó—. Y trataré de hallar esa pista que me indique la verdad que oculta Compostela entre sus piedras. Pero decidme: ¿es cierto que esa revelación puede desnudar el mito?

Arlynn, que estaba recolocando el cáliz en su sitio, también se volvió. Su mirada ahora era dura como el granito. Allí estaba, de nuevo, la firmeza de la piedra con que los viejos maestros canteros habían levantado los muros de la vieja Corticela.

—No puedo augurar las consecuencias de ese hecho, licenciado —respondió, muy serio—, ni el uso que les podáis dar a los secretos que acabo de sugeriros. Sin embargo, sí puedo prometeros una cosa.

El eco de su voz reverberó bajo las bóvedas de piedra.

—En ese momento —remató Sheridan— tendréis en vuestra mano la única verdad.

XXII

Costa da Caparica, 8 de mayo de 1588

Lisboa ya se intuía en el horizonte.

Aquella ciudad era la joya de la corona para Felipe II. Una metrópolis moderna, a la que el poderoso monarca estaba exprimiendo todo el jugo de la guerra. Uno de los principales motivos por los que ahora la Armada española se disponía a invadir el suelo inglés era precisamente la sospecha de que la reina Elizabeth pretendía arrebatarle el trono de Portugal. Según se rumoreaba, pretendía sentar en él a un aliado de la Albión.

Felipe, con toda España y Portugal bajo su cetro, y con las inmensas posesiones que los dos reinos dominaban en América, en África y en Asia, era demasiado peligroso para el resto de monarquías europeas.

El grito de un vigía hizo que Manuel de Poulo volviera en sí.

Al girarse pudo ver cómo allá, en la proa, se abría ante ellos la desembocadura del majestuoso Tajo. Entonces echó un vistazo a todos los horizontes. De nuevo, al ver a su galeón flanqueado por otros barcos de guerra, unas imágenes difusas, ya casi olvidadas, asaltaron los espacios vacíos de su memoria. El recuerdo del primer contacto que había tenido con un navío apareció ante él.

Había sido en el puerto de Faro, veintisiete años atrás.

Poulo, 24 de junio de 1561

Desde el día en que el pequeño Manuel despertó con una manta ajena sobre el regazo, todas sus fantasías infantiles se convirtieron en anhelos tangibles. Sus ansias de huir se materializaron en planes de fuga, y se transformaron en una expectativa mil veces ribeteada en las tardes de hastío.

Tenía que huir. Ya solo esperaba la ocasión propicia.

Durante siete años aguardó con impaciencia, varado sobre la tierra húmeda de Poulo. Lo ataba allí la incertidumbre, pero también el cariño de unos padres que, si bien no comprendían su afán por volar lejos, siempre guardaban para él el mejor lugar junto al fuego.

Sin embargo, no se puede encerrar un huracán en una caja.

Fue al cumplir los quince años. Pese a su edad, el muchacho sentía que la vida se le escapaba entre los dedos. La impaciencia lo carcomía, y a la ilusión de descubrir nuevas fronteras la había ido eclipsando la angustia de sentir que se lo estaba perdiendo todo. Que, mientras el mundo giraba entre fuegos de artificio, él seguía allí anclado, sumido en la indolencia.

Aquel día, antes del amanecer, los últimos vecinos resistían junto a la hoguera de San Juan, que había sido de la altura de una casa y que ahora parecía el despojo humeante de un pequeño volcán. Los niños y las mujeres se habían retirado a dormir, y ya solo unos cuantos hombretones rudos resistían la resaca con sus tazas de vino en la mano.

Al evocar otro solsticio, igual que aquel pero ya lejano, su mirada se volvió hacia el norte. Allá, a dos jornadas de camino, hallaría el puerto en el que desembarcaban los peregrinos ingleses que atravesaban la aldea en dirección a Compostela.

Pasó por su cuarto con la única intención de recoger la mantita de Felipe, el príncipe al que aquel día había visto a lo lejos y que ya había sido coronado rey. Después, con el corazón dando brincos, abandonó la casa de sus padres sin saber si algún día regresaría.

Amparado por la hora fría que precede al alba, el joven Manuel, sin más pertrechos que aquella manta de viaje y una luz incombustible en la mirada, partió sin mirar atrás.

El amanecer lo sorprendió entre los campos. Rara vez se había alejado tanto de su casa, y por un momento el frío atenazó su pecho. Sin embargo, apretó los dientes y siguió adelante.

Si la ilusión vence al miedo en una encrucijada, es que partía con franca ventaja.

Antes de dos horas pasó por delante del viejo hospital de Bruma. Allí, un grupo de romeros se estaba preparando para iniciar la jornada. Con una sensación trepidante erizándole los cabellos, los saludó en inglés y continuó. Aquellos hombres componían una estampa familiar; eran los caminantes a los que llevaba viendo pasar toda la vida por delante de su casa. La única diferencia estribaba en que ahora él era uno de ellos.

Tres horas más tarde, después de una bajada larga y abrupta, llegó a un nuevo hospital. Este estaba ubicado junto a una iglesia. «Santiago de Sigrás», le indicó un cura orondo al verlo allí, en el atrio, escrutando el templo a través de la puerta abierta.

—Ese es el nombre de esta parroquia, muchacho.

Sea grass. Hierba del mar, tradujo él mentalmente, con una sonrisa.

La efervescencia que hormigueaba por sus venas le hizo continuar.

A media tarde alcanzó el Burgo de Faro. Otra iglesia dedicada a Santiago lo recibió allí, a unos pasos de un juncal. Lógico que esa fuera la advocación de los templos que se alzaban a lo largo del camino. Al fin y al cabo, los que iban de uno a otro tenían como destino último la tumba del apóstol.

Bajo las luces anaranjadas del ocaso se adentró en el puerto de la vieja An Chruinne. Allí, sobrecogido por el espectáculo del atardecer sobre el mar, llegó al final de su camino.

En una plazuela enlosada de la ciudad alta halló una nueva iglesia dedicada a Santiago. Aquel era el principio del trayecto a pie para los romeros irlandeses y para los pocos ingleses que resistían fieles a la fe católica, tras la singladura que los traía desde ultramar.

Ante su fachada, Manuel se vino abajo. El agotamiento de todo un día en camino, unido a la fragilidad provocada por la noche sin dormir, se mezcló con las mil emociones encabritadas que galopaban bajo su piel. Sin que pudiera hacer nada por evitarlo, unas lágrimas tozudas comenzaron a aflorar a sus ojos exhaustos. De esa guisa, inmóvil sobre los escalones de acceso, se lo encontró el hospitalero.

—Come in —le dijo, al creer que era un peregrino inglés recién desembarcado.

Manuel no se resistió. Sin decir palabra, lo siguió hasta una alcoba comunitaria con doce camastros vacíos. Tras darle unas sencillas instrucciones en inglés, el monje lo dejó solo. Había tenido suerte; iba a dormir aquella primera noche bajo techo. Sin embargo, al día siguiente tendría que apañárselas por sí mismo.

Buscaría un barco del rey a punto de zarpar y se enrolaría en la tripulación. No le temía al trabajo; haría lo que fuese. Así aprendería a navegar y podría recorrer el mundo.

Con los ojos fijos en las vigas del techo del pequeño hospital portuario, Manuel volvió a volar. El futuro mil veces soñado, sonrió débilmente, ya había empezado.

Tal vez aquella estancia supusiera el final de miles de singladuras para otros tantos romeros de las tierras del norte que habían abandonado sus hogares en pos de un sueño y que, tras surcar

el mar salvaje, pisaban las tierras de Galicia.

Para ellos, el puerto de Faro suponía el final de una travesía eterna.

Para Manuel, en cambio, el pequeño hospital era el principio de todo.

XXIII

Compostela, 8 de mayo de 1588

—¿Qué estamos buscando, maestro?

Cándido no lograba descifrar el extraño documento que Ambrosio estaba analizando. Formoso se lo había entregado como si aquel papel fuese un auténtico tesoro, pero él no veía allí más que unos listados de nombres sin sentido acompañados por números romanos.

Un esquema antiquísimo sin lógica aparente.

—Suerte que el bibliotecario de los franciscanos se precia de guardar los documentos más insólitos en su biblioteca —había dicho el boticario al desenrollarlo, pero ya casi llevaban una hora sin que el muchacho hubiera recibido ninguna indicación ni ningún dato.

—Eeeh… Disculpa, Cándido —contestó el cronista, saliendo de su abstracción. Sus ojos enrojecidos delataban la minuciosidad con la que había estado escrutando el documento—. A ver cómo te explico… Mira, acércate. Este es el Itinerario Antonino.

El muchacho se asomó ahora al papel con un gesto distinto.

Sobre el desconcierto de su expresión anterior brillaba ahora la luz de una intuición.

—Es algo así como… ¿Como una relación de vías romanas? —aventuró, a raíz del título otorgado por el cronista.

Ambrosio asintió con gesto ausente.

Aunque difícil de descifrar, eso era exactamente aquel documento: una enumeración de los itinera que trece centurias atrás permitían recorrer el imperio.

—Fíjate, cada vía está identificada con un número —indicó, señalando la llamada «Vía XIX», donde se había centrado su mirada casi todo el tiempo—. Esta, en concreto…, ¿ves dónde empieza y dónde acaba?

Cándido esbozó ahora un gesto de extrañeza. El maestro había ido a buscarlo al archivo catedralicio para pedirle con tono de urgencia que lo acompañase. Se mordió el labio al recordar que Mundo se había quedado allí, inmerso en aquella montaña de libros y tan animoso como siempre, pero incapaz de hallar nada por sí mismo.

¿Y todo, se preguntó, desconcertado, para ver cómo Ambrosio exploraba aquel rudimentario mapa de la época imperial romana?

—Sí, maestro… —respondió, mal disimulando su perplejidad—. Comienza en… «Bracara Augusta» y termina en… ¿«Asturica Augusta»?

—Exacto —confirmó el licenciado—. Pues ahí, el Itinerario nos describe el trayecto que transcurre entre las ciudades que hoy llamamos Braga y Astorga. ¿Ves los nombres que hay entre ellas? Corresponden con las poblaciones que nos iríamos encontrando si siguiéramos el trazado del antiguo camino imperial. Y los números romanos a su lado nos dicen a cuántas millas se encuentran unas de otras. A ver, lee.[3]



Cándido, ahora sí, comprendió el significado de un solo vistazo.

De hecho, lo vio de pronto como una forma ingeniosa de orientar a los caminantes a través de las vías construidas por los ingenieros de la antigua Roma.

—De Bracara a… Limia, dieciocho millas… Tal vez diecinueve. —Ahí, el muchacho levantó la vista—. ¿Limia?

—Tal vez se refiera al paso sobre ese río, sí. Si no me equivoco, debe de ser el lugar donde Décimo Junio Bruto pasó el Lethes, según la leyenda —señaló Ambrosio, con gesto pensativo—. Ese es el problema a la hora de estudiar este Itinerario, Cándido: que muchos de los nombres que aparecen en él se han perdido. Es decir; hoy en día no sabemos a qué lugar corresponden con exactitud. Esa es una de las principales dificultades que tuve que afrontar a la hora de escribir las Antigüedades.

El muchacho asintió. Conocía la obra enciclopédica en la que el maestro desgranaba el origen de las principales ciudades de España, pero no la había estudiado detenidamente.

—Entonces, la siguiente etapa, entre Limia y… ¿Tudae? —continuó, cada vez más interesado —, marca veintitrés millas. ¿No se puede calcular, a raíz de ese dato, con qué localidad corresponde a día de hoy?

—En ese caso sí es posible —sonrió el cronista—. Ese nombre, Tudae, muestra una evolución fonética en lo que hoy llamamos Tui… Con eso bastaría, pero, además, en la propia traza urbana de esa villa podemos encontrar vestigios de época romana que así lo corroboran. También nos dan una pista las distancias que marca el Itinerario, como bien has deducido. O los tramos de vía que conservan el empedrado original, y que podemos detectar en el presente… Incluso los miliarios que aún se pueden hallar en los flancos del camino.

Cándido entornó los ojos. Había visto miliarios, sí. Incluso había observado de cerca alguno de aquellos cilindros de piedra que se alzaban al pie de las viejas calzadas como indicadores. El maestro le había mostrado cómo en ellos se marcaban las distancias a las poblaciones más cercanas en millas romanas. O, lo que era lo mismo, en unidades de mil pasos tal y como las contaban los antiguos. «Desde que se posa el pie derecho», le había dicho entonces, «hasta que se vuelve a posar».

—Sin embargo —reflexionó el muchacho, en voz alta—, decís que algunas de estas localidades se han perdido. Que, en nuestros días, no sabemos dónde se ubicaban… ¿Es que fueron abandonadas, maestro? ¿Tanto como para que el polvo y el olvido las hayan cubierto por completo?

El anciano volvió la mirada hacia el Itinerario.

Así era, en efecto. Algunas se habían perdido, y otras dormían un sueño eterno bajo los empedrados de las modernas ciudades donde la memoria de los fundadores romanos se había perdido. Tal vez para siempre.

Ahí estaba la idea que lo había impelido a correr al hospital, tratando de conseguir una copia del Itinerario para examinarlo con lupa. Aunque no sabía por qué, Sheridan lo había puesto sobre esa pista; pero lo único que daría sentido a la misteriosa sugerencia del lenguajero era que Compostela figurase de algún modo en el viejo mapa viario. Que la ciudad ya existiese en tiempo de los romanos y que, en consecuencia, su origen no radicase en el hallazgo de ningún sepulcro en el siglo noveno.

Aquello haría caer el mito. Si se demostraba que allí había existido una población romana cientos de años antes del descubrimiento de la tumba del apóstol, la leyenda jacobea se derrumbaría con un estrépito que retumbaría en toda la cristiandad. Tal y como había indicado el irlandés, aquello desnudaría ante la opinión pública la falsedad de la reliquia más sagrada de todo el mundo. La misión de Ambrosio, por tanto, habría perdido su sentido.

Al fin, podría regresar a casa.

—En efecto —corroboró el maestro, aunque a media voz—. Eso ha sucedido con muchas de esas poblaciones romanas… Pero ya está, Cándido. Solo quería mostrarte esto… Puedes regresar con Mundo. A ver si lográis hallar algo en ese archivo de una vez por todas. Es muy importante que encontréis lo que os he encomendado.

El joven, más sorprendido aún, arqueó las cejas. El maestro llevaba conduciéndose de forma extraña desde su llegada a Compostela, pero, ahora, a unas actitudes sospechosamente turbadas había que sumarles aquellos encargos insólitos, el último de los cuales, de repente, se veía truncado así, sin más explicación.

De todos modos, se mordió la lengua y salió en silencio tras una leve reverencia. Recorrió el breve espacio que separaba el hospital de la catedral y se dirigió, como las últimas veces, directo al archivo. Allí debería estar esperando Mundo, con mil papeles revueltos sobre la repisa y una incógnita en la mirada.

Sin embargo, cuando atravesó la puerta sus previsiones se deshicieron como un papel quemado ante un soplo de viento. Algunas cosas seguían igual, sí: el archivero le lanzó la misma mirada de indiferencia, los estantes no se habían movido de su sitio y los libros que había dejado abiertos sobre la mesa seguían, exactamente, en la misma página.

No obstante, algo había cambiado de forma sustancial.

Mundo se había esfumado como un pájaro entre la espesura.

En cuanto se quedó solo, Ambrosio volvió a centrarse en el Itinerario.

Era mejor así. Pese a que Cándido siempre le aportaba claridad, esta vez iba a tener que descifrar el misterio sugerido por Sheridan sin su ayuda. No importaba la fatiga mental que acumulase: los muchachos debían permanecer al margen de aquello.

Ahuyentando las sombras, regresó al documento. Topónimos y distancias era cuanto allí se detallaba, y, sin embargo, algún secreto tenía que ocultarse entre esas líneas. Algo lo

suficientemente trascendente como para que el irlandés afirmase que podía demostrar que el origen de la ciudad no era el que afirmaba la versión oficial.

Que Compostela no había nacido en torno al sepulcro del apóstol Santiago.

Otras tribulaciones habían asaltado a su otro pupilo una hora atrás.

Al verse solo en el archivo entre aquella montaña de papeles, a Mundo le sobrevino una idea súbita.

El maestro se había presentado con una inusitada alteración reclamando a Cándido, y diciendo algo sobre que Formoso les había conseguido un documento y que lo necesitaba en el hospital. Él no tenía ni idea de qué podía significar aquello, pero calló. Al rato se percató de que estaba solo por vez primera desde su llegada a Compostela. Sin que nadie lo vigilase ni aguardase su regreso. Solo. Por lo tanto, libre.

Una corriente tibia le removió entonces las entrañas, y ya no pudo pensar más.

No había logrado quitarse a aquella mujer de la cabeza desde que le había salido al paso ese día, cuando retornaba del palacio episcopal.

Sin dar ninguna explicación al archivero, y ahogando con las dos manos los gritos de su conciencia, corrió al exterior y subió, con los pies ligeros de un gato, hasta un callejón cercano. Allí, frente a la puerta que ella misma le había indicado, se plantó en plena calle con el pulso acelerado.

El picaporte de hierro lo sobresaltó en su indecisión. Alguien abría desde dentro. Por un instante sintió el impulso de echar a correr, pero era demasiado tarde. A través de la puerta entreabierta asomó un monje pelirrojo de extraño aspecto infantil, que se quedó mirándolo con extrañeza mientras se cubría la cabeza con el capuchón de su hábito.

Mundo casi ni lo vio. Tras la espalda del frailecillo, la cabellera rizada con la que llevaba días soñando atrapó su mirada.

El monje pasó a su lado con discreción y sin hacerse ver, aunque hubiera dado igual que lo hubiera hecho vociferando y chapoteando en los charcos. Para Mundo no había nada ya fuera del remolino.

—Pasad, caballero —sonrió la Crecha, sabiéndose al timón—. Os estaba esperando.

Sheridan apenas tuvo tiempo de ver cómo se cerraba la puerta a su espalda.

El impetuoso pupilo del licenciado Morales que casi se había liado a golpes con Ares en plena catedral acababa de entrar en la casa de la mayor prostituta de Compostela. Incapaz de intuir qué podía significar aquello, se encogió de hombros y se alejó rumiando mil dudas.

Solo una certeza era indudable: aquello les daba la vuelta a muchas cosas.

3 Recreación del trazado de la Via XIX del Itinerario Antonino.

XXIV

Lisboa, 9 de mayo de 1588

Las aguas del estuario dieron cobijo a las naves.

La escuadra levantina hallaba una tregua momentánea en su camino hacia la guerra. Allí podrían aprovechar para recobrar fuerzas. Tal vez aquellos fuesen los últimos días de calma que fueran a conocer en sus vidas.

Frente a Lisboa, como cisnes dormidos, Manuel divisó a los buques que Guzmán, duque de Medina Sidonia, había estado pertrechando para la Empresa de Inglaterra. El plan era unirse a ellos antes de zarpar a Flandes. La estampa de la inmensa flota desató un torrente de sensaciones en su interior.

Primero vio a Bazán, su señor.

El gran almirante había caído por culpa, precisamente, de esa misión. Él había empezado a fraguar aquella armada que ahora, por vez primera, estaba reunida al fin. El insumergible marqués de Santa Cruz, invicto en mil batallas, había sucumbido a la enfermedad. Aún le costaba creerlo. El titán que había ideado la estrategia de la Santa Liga en Lepanto; que había sido clave en el sometimiento del reino de Portugal a Felipe, su legítimo rey, y que jamás había sucumbido a Drake ni al resto de piratas empeñados en saquear los galeones de Indias había muerto allí, en el lugar que ahora se abría ante sus ojos.

La memoria de Manuel siguió volando. Rememorar a don Álvaro le había hecho ir más allá, a sus años de juventud, y unos recuerdos agridulces volvieron a aflorar.

Una vez más, regresó a los inicios como en un sueño. Sin saber muy bien por qué, de repente aparecieron ante sus ojos los primeros días tras la huida.

Vio a un joven perdido y solo que vagaba por el puerto.

Errando sin rumbo fijo sobre los viejos muelles de Faro.

Coruña, 25 de junio de 1561

Al abrir los ojos en el camastro del hospitalillo y ver la mantita sobre su pecho, Manuel se dio cuenta de que se cumplían siete años exactos desde aquel amanecer lejano.

Con la manta anudada en torno a la cintura como una extraña faja se dirigió a los muelles, unos pasos más abajo del hospital. Con lo que le pareció una auténtica guisa de lobo de mar le sería más fácil enrolarse en el primer navío que se dispusiera a abandonar el puerto.

Sin embargo, ni siquiera aquel supuesto aire de marino curtido le facilitó tal logro.

Empezó preguntando por los barcos de guerra. Cuando le indicaron que el único que se hallaba en el puerto era un galeoncete vasco en labores de reparación se encaminó hacia el astillero con paso firme, resuelto a hablar con el capitán.

El soldado que hacía guardia en la pasarela lo miró con incredulidad.

—¿El maestre? —le preguntó, mientras examinaba su curioso aspecto—. ¿Traéis, acaso, alguna notificación oficial?

Aquel muchacho con aquella extraña faja de lana sujetándole las calzas no tenía guisa de emisario. Y, mucho menos, de hombre de mar. De hecho, lo único que sugería su aspecto era que

no tenía ni idea de qué estaba haciendo allí.

—Quiero enrolarme —respondió Manuel, enderezándose.

El soldado, tras unos segundos de estupefacción, tuvo que reprimir una carcajada.

—¿Enrolarte? —preguntó al fin, con sorna—. ¿Y en qué rango deseas empezar tu carrera, soldadito? ¿Contramaestre? ¿Almirante, tal vez?

El muchacho cayó en la cuenta de que tal vez no fuese tan fácil convertirse en marino de guerra al servicio del rey, y todos los sueños que le habían hecho volar sobre mares y océanos desde que tenía uso de razón se desmoronaron.

¿Y si no fuera suficiente con llegar y enrolarse? ¿Qué había que hacer, entonces?

El centinela se apiadó de él. Por lo visto, aquel pobre diablo estaba hablando en serio.

—No se admite a cualquiera en un barco como este, amigo —le aclaró, compasivo—. Ni como grumete ni como paje siquiera. —Al ver que el muchacho arqueaba las cejas, le aclaró—: Grumete es…, digamos, aprendiz de marinero. Y ni siquiera eso está a tu alcance, ¿comprendes? Todos los tripulantes de este navío han hecho carrera o han entrado a una edad suficientemente temprana como para aprender el oficio. Y eso, siempre que su familia tenga dinero o prestigio. O las dos cosas. ¿Entiendes?

Manuel, aunque desencantado, asintió en silencio y echó un vistazo a los otros navíos fondeados. Un par de naos y un patache aguardaban flete a unas cien brazas de la costa. Bien, se dijo; si los barcos del rey requerían de experiencia previa, tendría que adquirirla a bordo de mercantes. Eso retrasaría su intención de servir a don Felipe, pero estaba dispuesto a esperar. No había llegado hasta allí para rendirse al primer contratiempo.

—¿Y en esos? —preguntó, señalándolos con el mentón.

El vigía recuperó la sonrisa, pero ya no con el aire burlón de antes.

—No creo que los armadores quieran incrementar el lastre de sus naves con peso inútil —contestó, sin miramientos—. En serio, amigo… La carrera marítima es muy compleja. Las tripulaciones están formadas exclusivamente por gente que sabe navegar. Un aficionado podría poner en peligro a todo el buque… ¿Por qué no pruebas en los muelles, como mozo de estiba?

Más desilusionado de lo que se había sentido jamás, Manuel se giró sobre sus talones sin despedirse. Llevaba toda la vida soñando con aquel momento, pero había bastado un minuto para que todo se viniera abajo.

De acuerdo, se dijo al fin, tal vez la marinería necesitase una cualificación estricta, pero… ¿qué pasaba con el personal que manejaba el aprovisionamiento en los navíos? ¿Y los carpinteros? Había visto a unos hombres cambiando tablas en la cubierta del galeón… En travesía también necesitarían reparaciones de urgencia. Pues bien, ¿por qué no podría él hacer aquello? Había aprendido a realizar trabajos en madera junto a su padre.

Animado por esa idea caminó hasta los astilleros. Allí, los carpinteros de ribera se afanaban en trabajos de reparación y también en la construcción de nuevos buques.

—¿Buscáis algo? —le preguntó un hombre que esgrimía un mazo de madera al verlo allí plantado.

Manuel, que se había quedado embobado mirándolo todo, se puso firme. El hombre del mazo, con su gran bigote negro y su delantal de cuero, le pareció un profesional cualificado.

—Veo que hay mucho trabajo por aquí —sondeó—. ¿Creéis que algún patrón necesita mano de obra?

El carpintero lo miró de un modo similar al del centinela.

—¿Sois carpintero naval, muchacho?

—Soy carpintero —mintió él.

Al fin y al cabo, llevaba años ayudando a su padre con las cercas y las vigas.

—¿Naval? —insistió el hombre del delantal, con impaciencia.

El timbre de su voz mostraba un tono sulfurado, pero el muchacho resistió. No podía regresar a Poulo al primer revés. Aprender un oficio que algún día le permitiera conseguir un hueco en una tripulación era ya la única opción que tenía.

—Un carpintero lo es siempre, ya sea en tierra o en la mar —aseveró, con los brazos cruzados ante el pecho.

El artesano arrugó el bigote y Manuel se revolvió, incómodo. Por un momento temió que lo echaran de allí a cajas destempladas, pero el carpintero de ribera se encogió de hombros.

—Tienes suerte de que mi calafate se haya enrolado hace tres días, dejándome solo al frente de todo esto. —Con un ademán, señaló las cuatro embarcaciones que aguardaban a ser reparadas en su pequeño astillero—. Puedo admitirte como aprendiz si me demuestras que tienes ganas de trabajar.

Manuel asintió con energía.

Había llegado a verse de vuelta en la aldea con un clamoroso ridículo por todo bagaje.

—Pero antes de nada… —dudó el carpintero—. Necesito pedirte un favor…

El recién nombrado aprendiz se enderezó. «Estoy dispuesto a lo que sea», indicaba su actitud. Y lo estaba, en realidad. Fuera cual fuese aquel favor, lo haría sin dudar.

El carpintero, tras comprobar que nadie los estaba observando, esbozó un ademán de vergüenza ajena mientras señalaba al ombligo del muchacho.

—Quítate esa manta de la cintura, te lo ruego.

XXV

Compostela, 8 de mayo de 1588

Ambrosio llevaba ya un buen rato devanándose los sesos.

La pista oculta que Sheridan le había sugerido seguía sin aflorar ante sus ojos. Hacía ya casi una hora que había despachado a Cándido de regreso al archivo, pero el Itinerario seguía resistiendo los embates de su intelecto. Inclinado sobre el papel, repasó una y otra vez las vías romanas que habían atravesado en la antigüedad el Reino de Galicia, pero no logró hallar nada que vertiese luz sobre el misterio.

Al final, se recostó en el respaldo con la vista fija en el techo.

Si la leyenda jacobea no era más que una fantasía, no habría lugar en El Escorial para ella. Si él lograba que aquello saliera a la luz, su pesadilla habría acabado. Podría regresar a la tranquilidad del hogar y enterrar la amargura que esa ciudad hacía crecer en su interior.

Justo lo que había estado haciendo durante los quince últimos años.

Con esa idea rondando, regresó al Itinerario. Conocía bien aquella sensación de piloto ciego aproximando la nave a puerto entre la bruma. El documento se mostraba reacio a revelar sus secretos, pero él no iba a rendirse fácilmente. El viario Antonino había sido un compañero inseparable durante los años en los que había escrito sus famosas Antigüedades.

Si uno miraba con los ojos bien abiertos y sin ceder al desánimo, entre esas páginas podían acabar aflorando descubrimientos apasionantes. Justo lo que el lenguajero había sugerido. El auténtico origen de la ciudad sagrada, más allá de leyendas, podía estar allí escondido.

Ambrosio repasó punto por punto las vías XVIII, XIX y XX. Esas eran las tres que atravesaban el territorio galaico. Algunos nombres fácilmente identificables, como «Lucus Augusti» o «Pontis Veteri», permitían ubicar sin margen de error a las villas de Lugo y Pontevedra. Sin embargo, otros lugares como «Turoqua» o «Brevis» eran puras incógnitas. Pese a estar marcadas las distancias a las que se ubicaban las poblaciones contiguas, era imposible saber si sus cimientos yacían bajo las calles de alguna población actual que hubiese adoptado otro nombre con el paso de los siglos o si no serían ya más que unas ruinas indetectables, soterradas bajo algún descampado.

En el primer caso…, ¿podría alguna de ellas ser la moderna Compostela?

Sheridan había sugerido que sí. También había dejado caer que el nombre de la ciudad no podía ser el originario de la fundación romana, ni tampoco el Campus Stellae que defendía la leyenda, sino el vestigio de una ocupación gaélica posterior. Unas hipótesis que no hubieran bastado para desordenar su ánimo de no haber sido sostenidas con la escalofriante seguridad que desprendía aquel frailecillo pelirrojo.

Pronto descartó la vía XVIII. Los miliarios hallados indicaban que transcurría de una mansio a otra entre Braga y Astorga. Su trazado, por lo tanto, quedaba demasiado lejos de la ciudad del apóstol. Después recordó que la XX era llamada «Per loca maritima». Su recorrido, pues, tenía que ir paralelo a la costa. Y Santiago estaba a leguas de la mar océana.

Así pues, decidió centrarse en la vía XIX.

Desde Bracara, aquella calzada se encaminaba hacia el norte hasta Tudae. Era fácil identificar

que llegaba a la vieja Caldasderry, que los romanos habían llamado «Aquis Celenis». Sin embargo, entre esta villa y Lugo todo eran incógnitas.

Repasó los nombres y distancias que figuraban a continuación. En el viejo pergamino, desde Caldas se marcaban doce millas a Pria. Entonces recordó que, en su copia del Itinerario —la que le había servido para documentar en su biblioteca las Antigüedades—, esa población figuraba como «Tria.»

Sin embargo, ni un nombre ni el otro le decían nada.

Volvió al análisis. Desde Pria, o Tria, el documento marcaba veintitrés millas a Assegonia, otras doce a Brevis, veinte más a Martiae y, finalmente, Lucus a otras trece.

Hizo memoria. Con los ojos cerrados dibujó en el aire una línea entre Caldas y Lugo, las únicas villas que era capaz de identificar en aquel listado, pero no sirvió de nada. No se le acababa de ocurrir ninguna población que pudiera corresponder con alguna de ellas.

Con el ceño fruncido, siguió retorciendo las ideas. Tampoco lograba aventurar dónde estaría el paso sobre el caudaloso Ulla, pese a que en algún lugar de ese trayecto la vía tendría que cruzarlo. Recordó su desembocadura, sobre la que los romanos habían tendido un majestuoso puente que correspondía con el Pontecesures de su tiempo, construido por los ingenieros de Roma para dar acceso a Iria Flavia y que seguía en pie trece siglos después.

Entonces, de repente, una idea difusa, pero con el brío naciente de una tormenta, retumbó en mitad de su frente.

Las preguntas empezaron a relampaguear ante sus ojos.

¿Y si la vía entre Lugo y Caldas no siguiese una línea recta? ¿Y si se había desviado hacia el norte al principio, para salvar el Ulla por el Pons Caesaris? Cruzar el río era lo más complicado, y ese puente ya existía en aquel tiempo… Después, el camino podría dirigirse hacia el este sin más obstáculos.

Una nueva intuición, más demoledora incluso, le hizo poner los ojos como platos. ¿Y si los nombres «Pria» y «Tria» fuesen en realidad una mala transcripción de «Iria»?

Con el pulso desbocado, retornó al documento. Sus dedos temblorosos buscaron los datos que necesitaba. Las doce millas entre Aquis Celenis e Iria coincidían con el terreno que había que salvar. Sí, esa era la distancia que separaba ambas poblaciones. ¿Qué viene después?, se preguntó. ¿Veintitrés a Assegonia, en dirección a Lugo? En el mapa imaginario que su mente proyectaba trazó una línea entre Iria y Lucus. Al visualizar el resultado, casi se cayó de la silla.

En ese lugar, a unas veintitrés millas al este de la antigua villa Flavia —la sede episcopal de Teodomiro, el obispo que en el siglo ix proclamó haber hallado el sepulcro del Hijo del Trueno en el monte Libredón—, se ubicaba Compostela.

Exactamente ahí.

Nuevas preguntas lo asaltaron.

¿Era la ciudad de Santiago, en consecuencia, un burgo medieval que había surgido con un ímpetu arrollador sobre la antigua población romana? Repasó todos los datos con una mirada frenética durante un rato y al final se echó hacia atrás, pálido.

Las piezas encajaban.

Una nueva posibilidad se abrió paso entre la niebla. Si Compostela era la antigua Assegonia, que, tras ser abandonada por los romanos, había resurgido al cabo de los siglos con un nombre de origen gaélico…, ¿de quién era el mausoleo hallado por Pelagio?

Recordó que la lápida del sepulcro señalaba que allí yacía un ciudadano romano; y después recordó también el Ara de Antealtares, que él conocía tan bien… Otra laude. Esta, de una joven,

también romana, de dieciséis años. La conclusión era ineludible: bajo la catedral compostelana dormía la necrópolis de la ciudad romana de Assegonia.

Aun así, tenía que ser cauto. Aquellas deducciones no bastaban para convencer al rey de que todo era una patraña. Sheridan le había indicado que tendría que contrastar sobre el terreno los secretos que el Itinerario atesoraba. Que la verdad solo saldría a la luz si la encontraba sobre las calles de la ciudad.

Se puso en marcha.

Tocaba husmear un rastro oculto entre las piedras de la ciudad sagrada.

Lo que lograse sonsacarles podía cambiar para siempre la verdad establecida.

XXVI

Lisboa, 9 de mayo de 1588

Un esquife de remos transportó a Manuel hasta los muelles.

Una vez en Lisboa y ya con la Gran Armada al completo, había que ultimar los detalles. La bahía, como un espejo de plata teñido de naranja y púrpura, se abría ante la ciudad que trepaba colina arriba desde la misma orilla.

Poulo cerró los ojos y se dejó llevar por el silencio. Aquella paz efímera se desvanecería en cuanto pusiera pie en tierra.

En efecto, un golpe de frenesí lo recibió nada más atracar.

Cientos de carros se amontonaban en hileras por la ribera, esperando su turno. Todo tipo de víveres y pertrechos habían sido adquiridos por los funcionarios de Felipe para aprovisionar la flota. Manuel imaginó el rechazo que todo aquello habría provocado en los súbditos portugueses que lo consideraban un rey extranjero. Contar con posesiones en todos los continentes y reinar sobre todos los territorios ibéricos era lo que hacía de él el hombre más poderoso del mundo, pero su inmenso poder conllevaba ese tipo de contrapartidas.

Algo parecido sucedía en Flandes, con el agravante de que los insurgentes neerlandeses eran aleccionados en secreto por la reina Elizabeth desde Inglaterra. Incluso abastecidos con armas y soldados. Aquel era tal vez el factor principal de esa guerra.

El auténtico casus belli.

Al pasar junto a las filas de carros arrugó el entrecejo. Vio legumbres y verduras frescas, carne en salazón, fruta y toneles de vino; también animales vivos y sacos de harina. Madera, herramientas, velas nuevas. En vista de tal despliegue era lógico suponer que probablemente sería imposible encontrar en todo Lisboa nada que comer aparte de vísceras y pezuñas. Despojos de matarife que en otras circunstancias hubieran sido alimento para perros. Y aun así, todo aquello no bastaba ni de lejos para afrontar una expedición como esa con garantías de éxito. Los veintisiete mil hombres que zarparían de aquel puerto iban a tener que navegar durante semanas. Si las cosas se torcían, tal vez incluso meses.

El aprovisionamiento que requería semejante empresa era titánico.

Caminó hasta dar con el almacén que le habían indicado. Allí se había establecido una delegación de la Casa de Contratación que tanto había frecuentado en Cádiz y en Coruña. El administrador de aguas del puerto de Lisboa era un hombre muy solicitado, no en vano era él quien determinaba el orden en que los cargamentos de toneles de manantial debían llegar a cada navío. La alternativa a aquella aguada era abastecerse directamente del río.

Un auténtico peligro, como él bien sabía.

Manuel se puso a la cola que halló ante las puertas. Aunque los funcionarios actuaban con diligencia, tuvo que esperar durante casi dos horas antes de ser atendido.

—¿Navío? —le preguntó el escribano cuando le tocó su turno, sin levantar la vista.

Fuera, la noche ya había caído. Sin embargo, el trasiego no cesaba.

—La Ragazzona —contestó Manuel, apresurado—. Necesitamos veinte toneles. El agua que acopiamos en Cádiz se ha corrompido en la travesía.

El funcionario se quedó escrutándolo con displicencia.

—¿Un barco veneciano?

—Propiedad de Jacome Regazon, sí… De ahí su verdadero nombre, Regazona —aclaró Manuel—. Es uno de los que Su Majestad ha alquilado para la Empresa de Inglaterra.

El escriba siguió con sus anotaciones tras preguntarle el nombre del maestre.

—Martín de Bertendona es quien comanda el barco… —Manuel bajó la voz—. Os lo ruego, amigo…, enviadnos el agua cuanto antes. Este navío es uno de nuestros galeones más imponentes. No podemos seguir malgastando vino. Estamos dando doble ración a toda la tripulación, y quién sabe la falta que nos puede hacer en los próximos tiempos…

—Todos decís lo mismo —gruñó el funcionario, sin bajar el volumen—. El agua está tardando de tres a cinco días en llegar a los barcos. Y vos habéis pedido nada menos que veinte toneles.

Con una brusquedad que no admitía réplica, el funcionario de aguas despachó a aquel provisor listillo con un gesto malhumorado. Manuel, sonrojado, se dispuso a regresar al barco. La oscuridad había caído ya sobre Lisboa, pero la cola ante la puerta del administrador de aguas era más larga aún que cuando él había llegado.

Durante el trayecto de vuelta, Manuel contempló los trabajos de mantenimiento que estaban ejecutando los carpinteros de a bordo a la luz de la luna. Los vio suspendidos en las amuras, eliminando tablas maltrechas por la acción de la broma y calafateando. No había tregua para aquellos hombres.

Se dirigían a la guerra. Toda dedicación era poca.

Aunque iba preocupado por la escasez de agua en La Ragazzona, aquella imagen hizo que una sonrisa nostálgica aflorase a sus labios.

Él también había sido calafate, en su día.

Coruña, febrero de 1565

Aún no había cumplido los veinte, pero se sentía viejo.

Decenas de muchachos habían desfilado ante sus ojos para enrolarse en flamantes barcos de guerra. No eran más que unos mozuelos, pero todos de buena familia. Mientras tanto, él, un joven sin raíces que había huido de casa con lo puesto, se veía atado al mísero trabajo de calafate que a duras penas había logrado conseguir. Y bien afortunado podía sentirse, le repetía el patrón, pues, para un jovenzuelo sin credenciales aquello suponía un auténtico privilegio.

Él, sin embargo, soñaba con el día en que pudiera alistarse en alguna tripulación.

No hacía más que revisar una y otra vez las juntas de las dornas y las xeiteiras que unos mareantes hoscos varaban, siempre con prisas, en el pequeño astillero de su patrón. Labores menores, eso era todo. Nada que ver con la gloria de las batallas navales que había recreado entre juegos una y mil veces en Poulo, siendo niño.

Pese a todo, Manuel realizaba las reparaciones con minuciosidad. Pese al aspecto del patrón, siempre con su delantal de cuero y su bigote fruncido en un sempiterno mohín avinagrado, jamás recibió ninguna reprimenda. Cuatro indicaciones sencillas bastaban; de ahí que, con el paso de los meses, el carpintero llegara a demandarlo a su lado en todo momento.

Aprendió rápido y sin esfuerzo.

Su anhelo por embarcarse cuanto antes propiciaba que captase al vuelo cada concepto. Docenas de nombres extraños que no había oído jamás pasaron a formar parte de su vocabulario

habitual; y los farragosos procesos que requería el ensamblado o el mantenimiento de un navío fueron asimilados con naturalidad.

Y al final se dio su oportunidad.

Cuatro años después de ingresar como aprendiz, Manuel se hizo a la mar. De nada sirvió la suculenta contraoferta que le hizo su patrón, súbitamente servil, al saber que había conseguido plaza en un mercante cántabro. El contramaestre de una nao había hecho correr la voz por los astilleros de que necesitaba un carpintero para zarpar al día siguiente. El de su nave quedaba ingresado en el hospital de San Andrés. Una verga se le había caído encima, descalabrándolo sin remedio.

En cuanto el joven Poulo se enteró, se presentó corriendo, con una saltaembarca nueva y una sonrisa radiante. Después de las cuatro preguntas de rigor, fue admitido sin más. El muchacho conocía el oficio y era entusiasta. Justo lo que estaban buscando.

Nada más soltar amarras, la emoción encendió sus mejillas. Aún sobre las aguas tranquilas del Magnus Portus Artabrorum, Manuel oteó las suaves cumbres que asomaban, en la lejanía, sobre los tejados de la que había sido su ciudad en los últimos años. Allá arriba, amparada por los bosques siempre verdes y los regatos de agua transparente entre los que había crecido, estaba la pequeña Poulo.

—Algún día volveré, lo juro —musitó—. Entonces, todo habrá valido la pena.

Pero la nostalgia solo duró los minutos previos a la incursión en mar abierto. En cuanto la nave abandonó la protección del gran golfo ártabro y las olas de la mar océana empezaron a hostigarla, el joven carpintero sintió que el mundo entero giraba sin control dentro de su cabeza.

Ningún efecto tuvieron las burlas de los marineros vizcaínos, curtidos en innumerables singladuras. No hacía más que vomitar. Ni tampoco sirvieron de nada los consejos del grumete, el único en todo el barco que se había apiadado de aquel carpintero de secano. Lo sacudían unas náuseas incontrolables noche y día. No tenía fuerzas para más.

Tampoco sirvieron de nada los requerimientos del contramaestre para que estibase el pañol.

—Está todo patas arriba —lo amonestó al tercer día, con los brazos en jarras, mientras él, con la tez azulada y unas ojeras inmensas, se esforzaba por no seguir vomitando—. Tablas, brea, cuerdas, mazos… Todo vuestro material está manga por hombro, y empezamos a necesitar reparaciones en cubierta. Es vuestra responsabilidad, Poulo. Reponeos de una vez y empezad a trabajar.

Él lo intentó varias veces, pero fue en vano.

Lo único que fue capaz de hacer durante las dos primeras semanas fue vomitar sin parar, aferrado a la borda y deseando que se lo llevase la muerte de una vez por todas.

Sin embargo, resistió. Tras esa primera travesía a Flandes con una valiosa carga de vino en la panza de la nao, su cuerpo comenzó a acostumbrarse a la dura vida de a bordo. Le sorprendió ver cómo todo se desarrollaba en cubierta, contrariamente a lo que él se había imaginado. Allí se pasaban las horas, allí dormían y allí capeaban los embates de los elementos día y noche todos los hombres del barco. También se admiró al ver que cada tripulante tenía su propio rancho donde comía, se aseaba y guardaba sus pertenencias. Un espacio mínimo sobre cubierta que suponía la posesión más preciada para esos rudos lobos de mar.

Pronto comprendió el porqué de aquella vida a la intemperie. Las bodegas eran un agujero nauseabundo e insalubre donde flotaban los gases tóxicos de la sentina y corrían las ratas. Hubiera sido imposible pasarse allí ni una noche entera.

También le sorprendió que no hubiese cocina a bordo, y que casi nunca se pudiera encender

el pequeño fogón de cubierta para guisar las viandas, que al cabo de unos días de travesía se reducían casi exclusivamente a bizcocho y carne salada.

Y, sobre todo, aprendió a convivir con la sed. Algo que jamás había sentido.

La ración diaria de agua apenas bastaba para refrescar su garganta, abrasada por aquella dieta rica en salazones, por la brisa y el salitre. Y el vino, aunque suponía un alivio momentáneo, al final acababa por acentuar su sufrimiento bajo los rayos del sol, en alta mar.

No obstante, también a esto resistió.

El sueño de servir en un barco del rey aún no se había materializado, pero él estaba orgulloso de contribuir, aunque de aquel modo más bien modesto, a engrandecer el imperio que el todopoderoso Felipe dominaba a lo largo de varios continentes. La tarde en que lo había vislumbrado en su aldea, siendo tan solo un niño, seguía relampagueando en su memoria.

Durante cinco años, Manuel de Poulo endureció la piel en la nao cántabra. De calafate pronto pasó a carpintero auxiliar y, tras mucha dedicación y ninguna queja, a ayuda de contramaestre. Su espíritu abnegado y la pulcritud de su trabajo, así como su carácter discreto, acabaron por facilitarle un ascenso que lo llevó, con veinticuatro años recién cumplidos, a adquirir un protagonismo principal en el aprovisionamiento de cada escala.

Y ahí, en los últimos días de 1570, fue cuando apareció su gran oportunidad.

Justo lo que había soñado desde aquel amanecer lejano en el que se había despertado con una manta de viaje sobre el regazo.

Fue durante una escala en Ferrol. Al dirigirse a su proveedor habitual para adquirir bizcocho, el joven se encontró con que todos los suministros disponibles habían sido adquiridos por un administrador real. Según le dijeron, Felipe se había aliado con la Santa Sede, con la república de Venecia y con otros reinos del Mediterráneo para plantar cara al turco.

—La Santa Liga ultima preparativos para combatir a los otomanos en los mares del este —le dijeron—. En cuanto completen sus tripulaciones, los navíos de guerra que hoy se abastecen en este puerto partirán hacia aguas griegas.

Sin perder un instante, Manuel corrió a presentar sus credenciales al veedor de la flotilla. Para su sorpresa, alistarse en la urca que transportaría suministros y hombres a las galeras que se aprestaban en los puertos de Levante le resultó fácil. Sus manos y su tez evidenciaban que era ya un lobo de mar, y la suficiencia que mostró ante las preguntas del funcionario no tardaron en despejar las dudas.

Estaba claro que aquella empresa necesitaba de todas las manos disponibles.

Ya sobre la urca, mientras bordeaba la península sobre la que Felipe reinaba enteramente, sus ojos brillaban de exaltación. Aún no sabía que la más gloriosa batalla de todos los tiempos aguardaba tras el horizonte.

Que las aguas cristalinas de Lepanto iban a forjar para siempre su destino.

XXVII

Compostela, 9 de mayo de 1588

Ambrosio repasó la carta por tercera vez.

Tenía que asegurarse de que cada palabra fuese la precisa.

De momento, era mejor no confiarle nada al monarca sobre sus pesquisas respecto al origen de la ciudad. Los secretos del Itinerario Antonino hacia los que Sheridan lo había encaminado debían permanecer ocultos.

Eso sí; si algún día lograba demostrar que la historia del apóstol no era más que una invención, abandonaría Compostela para no volver jamás.

«A su católica majestad el rey Felipe II.

Soberano de las Españas, Nápoles, Sicilia y Cerdeña; duque de Milán y de Borgoña, rey de Portugal y de los Algarves, soberano de los Países Bajos y de la Nueva España de las Américas, señor de las Islas Felipinas y de los territorios de Asia

Señor:

Me dirijo hoy a vos desde Compostela, alarmado por la demora de la dispensa papal, tan necesaria para el traslado de la reliquia desde este lugar al monasterio de San Lorenzo. Sabed que mis pupilos llevan ya días afanándose en el archivo de la catedral tratando de hallar, bajo mis auspicios, algún documento que pueda servir para afianzar nuestro propósito. Temo que algún día nos veamos obligados a justificar ante los tribunales tal acción por mucho que el santo padre esté dispuesto a respaldarla. Los jueces —a quienes los canónigos compostelanos van a denunciar la confiscación en cuanto se materialice, como si fuera un robo— podrían requerir una justificación para determinar la legalidad de nuestros actos. Pues bien, mi señor; a eso nos estamos dedicando desde nuestra llegada. Sin embargo, no acaba de aparecer ningún documento que indique que el traslado de reliquias sacras pueda ser considerado un acto tan piadoso como legal.

Consolidar esa defensa, pues, no está resultando nada fácil.

Sé que ahora ocupan vuestros días las naves que se aprestan en Lisboa para la guerra, y que la purga de Inglaterra es vuestro deber como adalid de Cristo. Sin embargo, no olvidéis a este humilde servidor que trata de culminar lo que vos mismo le habéis encomendado en estas tierras remotas del Finis Terrae. La Empresa contra la reina hereje es sagrada misión, mas también lo es esta que afecta a los sacrosantos restos del apóstol Sant Iago. Os ruego, pues, que intentéis remitirnos la bula a la mayor brevedad posible.

Sin ella, el poderoso cabildo de esta ciudad nos tiene a su merced.

Siempre vuestro

Ambrosio de Morales. Cronista de Castilla».

El Escorial, 15 de mayo de 1588

Seis días más tarde, el rey recibió la carta.

El correo real era veloz cuando las circunstancias lo requerían.

Felipe leyó el mensaje de Ambrosio con los dientes apretados. El cronista tenía razón. Su hombre fuerte en la corte vaticana no acababa de facilitarle la dispensa, y se hacía cargo de las dificultades que estaría afrontando el viejo licenciado en la ciudad sagrada. Seguramente estaría pagando la furia acumulada durante años por los canónigos de Compostela. Ni siquiera haber nombrado arzobispo a su sobrino le aseguraba el éxito.

De hecho, Ambrosio se había quedado corto: el traslado de la reliquia y la Empresa de Inglaterra eran los dos asuntos que le robaban el sueño, sí, pero también la situación en Flandes, con los rebeldes de Holanda confabulando contra Farnesio gracias al oro inglés tras la toma de Amberes. La reina Elizabeth sabía bien que reforzar a los revolucionarios equivalía a minar el poder de España, y aquella era una de las claves de su reinado.

Invadir suelo inglés se había convertido en una necesidad.

No se trataba solo de castigar a aquella reina por hereje, ni por haber ejecutado a la reina católica de Escocia. Se trataba de pura supervivencia. De conservar los valiosísimos territorios del norte de Europa; la herencia que con tanto sacrificio le había cedido su padre gracias a una vida de luchas, y de proteger el comercio con ultramar, cada vez más hostigado por los corsarios de la Albión. En efecto, en todo aquello Ambrosio tenía razón.

No obstante, había algo en lo que se equivocaba.

Ninguna de aquellas cuestiones era, al fin, la que más turbaba su ánimo.

En realidad, era la situación de Ana Mendoza la que le robaba el temple. La princesa de Éboli, a la que había encerrado de por vida en su propio palacio. Aquella mujer a la que había amado en su juventud como a ninguna otra; a la que había casado con un hombre de su absoluta confianza para que le diera su apellido al vástago que ella aguardaba.

Al niño que, en verdad, era el hijo del rey.

Los últimos informes que habían llegado desde Pastrana habían erosionado su ánimo como ninguna otra cosa. La salud de la princesa se deterioraba por momentos, y él no era capaz de hallar una solución. Muchos eran los que exigían que fuera liberada, pero unos celos incontrolables lo impedían. Ella lo había traicionado, no podía olvidarlo.

Y una traición al rey se pagaba con la vida.

Felipe cerró el cajón con la carta de Ambrosio dentro como quien clavetea la tapa de un ataúd. Por esta vez, el licenciado iba a tener que arreglárselas solo. Entre la muerte de Bazán, los retrasos de la Gran Armada y los recuerdos que lo atormentaban, no tenía fuerzas para más. Los rostros de la princesa emparedada y de su amante sometido a tortura volvieron a sus retinas con faustos de cataclismo.

Por mucho que anhelase ver cumplida la misión del licenciado Morales, aquello iba a tener que esperar. Ojalá la bula viniese pronto, pero él no tenía fuerzas para más.

Su ánimo, devastado, no podía sostener más frentes.

Pastrana, 11 de mayo de 1588

La primavera avanzaba, radiante, sobre las colinas de la Alcarria.

Un verano esplendoroso de cigarras en las ramas y holganzas a la fresca se anunciaba cada atardecer. Mil colores flotaban entonces sobre el horizonte.

—¿Por qué está ahí la princesa, madre? —preguntó Teresita.

La aguadora, mientras la niña aguardaba junto a la fuente, iba rellenando los cántaros que las dos repartirían después por todas las casas nobles de la villa ducal.

No necesitó levantar la vista. Era la hora. Allí, en el balcón de su palacio, sobre aquella plaza en la que reverberaba día y noche el soniquete animoso del chafariz, estaría sentada doña Ana. Melancólica y sola, como siempre. Aislada del mundo en su propia alcoba.

Emparedada como en un mausoleo por orden del rey.

Solo le dejaban ver la luz del día —aunque fuese la de aquel vigoroso sol de primavera que arrancaba millones de flores de las tiernas entrañas de la campiña— durante una hora al día. De ahí que la gente de Pastrana ya hubiese comenzado a denominar a aquel lugar con el sobrenombre tétrico de «plaza de la Hora».

—Lo ha ordenado el rey —contestó la madre, bajando la voz—. Ya te lo he dicho… Don Felipe ha ordenado tapiar la puerta de su alcoba.

—Pero… ¿por qué, madre?

—Dicen que lo ha hecho por despecho, pero yo eso no lo sé. Fíjate y aprende, hija mía… Una mujer como ella, toda una princesa, castigada de ese modo por meterse donde no debía. Le han quitado a sus hijos, a los que no podrá volver a ver nunca, excepto a la más pequeña, que decidió quedarse con su madre en su encierro. —Al ver que el cántaro rebosaba, regresó a la tarea—. Pero ayúdame, anda… Y déjate de preguntas.

La aguadora no pudo evitar un vistazo rápido a la mujer del balcón.

Por mucho que llevase siete años enterrada en vida, y aunque aquel parche tapase su ojo derecho desde que era niña, seguía siendo una belleza.

Entendía que el todopoderoso Felipe se hubiera encandilado en su juventud. Lo que ya le costaba más comprender era que se ensañase así con una mujer indefensa a la que tanto había amado. Y no solo eso, renegó después.

Se rumoreaba que el rey la denominaba «la marrana» con desprecio, y que el hijo mayor de doña Ana, Rodrigo, era en realidad un bastardo real. Era también de dominio público que habían sido amantes de jóvenes, y que el matrimonio de ella había sido una maniobra para tapar lo que en realidad había entre ellos. Después habían venido tiempos dorados, en los que Felipe le había concedido el título de princesa. Incluso tras la viudez de ella, y pese a los matrimonios e hijos que tuvo Felipe, nunca habían dejado de ser cómplices. Demasiados momentos compartidos, tal vez. Demasiados secretos forjados entre caricias clandestinas.

Ni siquiera la erosión del tiempo llegó a romper las cadenas invisibles que los habían mantenido unidos. Sin embargo, la corte es un lugar despiadado donde el amor, antes o después, acaba por marchitarse.

El hombre de confianza del rey, su secretario personal, se había visto envuelto en un asunto turbio. Una incómoda conspiración que, al salir a la luz, también salpicó a Felipe.

El consejero de su medio hermano, aquel apolo llamado Juan de Austria, había sido asesinado en Madrid. El hombre en cuestión, un tal Juan de Escobedo, había sido asaltado por encapuchados y acuchillado entre las sombras sin que mediase palabra ni provocación.

Ya entonces se había corrido la voz de que habían sido los celos del rey hacia su hermano los que habían provocado tan terrible suceso. Que Escobedo había venido a España a exigir una corona para don Juan, y que Felipe le había encargado a Antonio Pérez, su secretario, que solucionase aquel problema. Sin importar cómo, pero de raíz.

Vinieron después tiempos sombríos, pero el monarca se mantuvo firme junto a su hombre de confianza. Tanto que su inexplicable fidelidad acabó por dar tintes de veracidad a lo que hasta entonces no había sido más que una sospecha.

Pero el pecado más grande a los ojos del rey aún estaba por cometerse.

Cuando Felipe supo que Antonio y Ana —su hombre de confianza y la mujer a la que había nombrado princesa— se amaban a escondidas, su templanza se desmoronó.

A raíz de aquello, Antonio Pérez se retorcía ahora bajo los hierros candentes de la Inquisición mientras Ana, la princesa emparedada, languidecía entre sombras con el único alivio de una hora de luz al día sobre una plaza vacía.

El lugar donde las dos aguadoras llenaban sus cántaros entre susurros.

—Ya, pero… —siguió Teresita, ignorando la reprensión de su madre— ¿por qué ha ordenado el rey que no le dejen salir?

La mujer le echó otro vistazo fugaz a la princesa.

Entonces, el reloj de la plaza sonó y doña Ana se incorporó.

Le esperaban veintitrés horas de tinieblas y soledad.

—Puede que Felipe sea el hombre más poderoso del mundo —musitó la aguadora, mientras Teresita la ayudaba a cargar los cántaros—, pero el corazón de una mujer no se gana por la fuerza.

En la villa de Pastrana la fuente de la plaza era una clepsidra rota.

Las horas vacías colmataban, gota a gota, una cruel eternidad.

XXVIII

Lisboa, 11 de mayo de 1588

El alcázar de popa de La Ragazzona dominaba el estuario.

Manuel contempló el panorama plagado de naves y frunció el ceño. Aunque las gabarras no cesaban en sus idas y venidas, el aprovisionamiento de los buques dejaba mucho que desear.

Una voz lo sobresaltó a sus espaldas:

—¿Cuándo llegará el agua, señor Poulo?

Manuel se estiró al girarse. Había reconocido la voz del maestre.

—Debería estar aquí mañana, señor —afirmó, aunque vacilante.

De tres a cinco días, había dicho el administrador de aguas. Y Manuel mucho se temía que fuesen a ser más bien cinco que tres.

El puerto era un caos de prisas, y ellos habían solicitado veinte toneles.

—Estamos malgastando vino —gruñó Bertendona—. Cuando llevemos semanas en alta mar y todas las costas cercanas nos sean hostiles, ¿qué haremos? —Manuel se removió. Él estaba haciendo todo lo posible, pero aquella flota era un monstruo ávido de alimentos—. Algunos hombres ya vienen enfermos desde Cádiz. ¿Habéis encargado ya otra aguada para más adelante? Quién sabe si los toneles que nos envíen esta vez también harán que el agua se pudra en días… Necesitaremos aprovisionarnos justo antes de partir.

El provisor apretó los puños.

Las viandas frescas que necesitaban los hombres aquejados de escorbuto eran el bien más codiciado para todos los provisores de la Armada. Él tenía que pelearse cada día con los auditores portugueses, aragoneses y castellanos que gestionaban el puerto. Sin embargo, estaba resultando inviable conseguir algo que no fueran restos de salazón, o unos paquetes rotos de galleta mal cocida que no tardarían en criar gusanos. Ni verduras frescas ni legumbres; ni siquiera aquel tubérculo tan socorrido que empezaba a venir de la Nueva España, la patata. Era insípido y extraño, pero se conservaba razonablemente bien y era nutritivo. Pero nada, ni siquiera de eso había ya.

Los requerimientos del almirante sonaban más a quimera que a cometido realizable.

—Lo estamos gestionando todo, mi señor, pero la Armada es demasiado grande —balbució —. Lisboa no es capaz de proveernos de lo que necesitamos.

Bertendona oteó el horizonte con gesto de contrariedad.

Iniciar una guerra en aquellas condiciones hacía auspiciar una campaña al límite. Antes incluso de soltar amarras había muchos hombres que habían enfermado o se habían intoxicado por ingerir productos en mal estado. Empezaba a ver más probable que los derrotasen antes sus propias miserias que los cañones ingleses.

Tal y como solía suceder, por otra parte.

—Haced todo lo posible —le indicó, con una voz más implorante que imperiosa—. La muerte ronda ya nuestros mástiles y aún no hemos levado anclas.

Manuel volvió a posar la mirada sobre la bahía en ebullición.

Viejos recuerdos de una expedición similar lo asaltaron de nuevo. Su memoria voló sobre el

mar y se posó, sin darse cuenta, en una mañana de octubre que había cambiado el mundo.

Diecisiete años atrás, los mares de Grecia habían ardido entre pólvora y sangre.

Golfo de Patras, 7 de octubre de 1571

El viento y las corrientes lo eran todo.

Esa fue la primera lección que le enseñó el mar.

La duración de cada travesía dependía completamente de la combinación de esos dos factores. Si el viento era contrario, no quedaba más remedio que dar un enorme rodeo para arribar a destino. Y si las corrientes se empeñaban en apartar a un barco del puerto, solo restaba adaptarse a ellas y aguardar. O eso, o ejecutar un trabajoso remolque a remo.

No había más.

Así eran los dos hados que determinaban el éxito de una singladura: caprichosos e inopinados. Sin embargo, en una batalla no cabía resignarse a sus designios. En combate, el problema no se reducía al retraso en la entrega de un flete, ni a un sobrecoste por demora.

Ahí era la propia vida la que estaba en juego.

Por eso la Santa Liga había reunido una armada plagada de galeras. Aquellos inmensos barcos de remo eran capaces de maniobrar contra el viento gracias a los brazos de los galeotes que bogaban encadenados a sus bancos.

Cuando la maniobrabilidad era el factor clave, aquellas embarcaciones no tenían rival.

En batalla eran propulsadas más eficazmente por los brazos poderosos de los esclavos que por las velas que sostenían sus palos. De ahí que los almirantes de los reinos católicos se decantasen por ellas, en detrimento de las naos o las carabelas.

No podían fallar. El futuro de Europa estaba en juego.

Manuel se había pasado dos semanas haciendo reparaciones de urgencia en la galera barcelonesa a la que lo habían enviado. El barco, curtido en mil travesías, se había pasado demasiado tiempo esperando a que se reuniese la flota. Muchas de sus tablas estaban carcomidas y las cuadernas habían dado de sí, combando la cubierta. Además, el espolón estaba prácticamente podrido. Tanto que el gran almirante de la flota cristiana, don Juan de Austria, había estado a punto de descartarlo para la campaña. Aun así, al final fue aceptado gracias al trabajo abnegado y silencioso de ese carpintero al que llamaban Poulo. La galera, rehabilitada por él, se hizo a la mar. Por eso, allí estaba aquella mañana.

En medio de un enjambre de cuatrocientos navíos a punto de colisionar.

—¡Estamos en aguas de Lepanto! —gritó el piloto, sobre los cánticos de los galeotes.

Los ciento sesenta remeros que hacían volar la galera habían recibido una ración extra de vino y carne con especias, además de una promesa de libertad si salían victoriosos. Los sesenta marineros habían despejado la cubierta al amanecer, dejándola lista para el combate, y ahora los cincuenta soldados que mandaba el capitán contenían la respiración mientras aferraban sus arcabuces.

Esclavos, marinos y militares se aprestaron para el choque.

Manuel, el carpintero jefe y los dos calafates habían preparado las pasarelas para el abordaje y se mantenían en su puesto, listos para ayudar donde pudieran hacer falta. El capellán bendijo a la tripulación y el maestre les prometió la gloria eterna si vencían.

Bajo el sol de mediodía, un cañonazo lejano hizo que todos los corazones se encogiesen. Desde la Sultana, el almirante otomano retaba a don Juan de Austria. Su inmensa galera, la Real,

no tardó en aceptar el desafío.

Un infierno envolvió entonces a las dos armadas.

El intercambio inicial fue beneficioso para la escuadra cristiana. Las galeazas venecianas, avanzando como inmensos castillos flotantes entre las filas enemigas, fueron abriendo paso gracias al poderío de su artillería. Luego irrumpieron los demás. Don Juan había ordenado desmantelar los espolones de todas las galeras para favorecer el fuego de proa, y sus falconetes arrasaron las cubiertas de los navíos turcos justo antes de la mayoría de los abordajes.

Manuel, reprimiendo las náuseas que le provocaban los cuerpos desmembrados y el olor a vísceras, consolidó las pasarelas con ganchos entre flechas enemigas. Desde la retaguardia, Álvaro de Bazán iba enviando barcos a uno u otro flanco, donde sus navíos estaban en inferioridad, facilitando que la batalla se decantase del lado cristiano antes de que hubieran pasado ni cinco horas.

Todo parecía decidido.

Poulo respiró, aliviado, pero aún quedaban enemigos con sed de sangre. La vetusta galera barcelonesa necesitaba un retiro en aguas tranquilas. Sin embargo, no iba a ser tan fácil.

La embarcación de Manuel acababa de abordar con éxito un navío otomano, y maniobraba para desencajarse y huir. No obstante, los jenízaros plantearon una resistencia numantina en la popa de su navío, impidiéndoselo. Con las amuras de las dos embarcaciones encastradas entre sí y sin margen de maniobra, las cubiertas acogieron un intercambio de disparos durante casi una hora. La artillería pesada, ya descargada, estaba fuera de uso. Era la hora de los mosquetes y los arcabuces, para quien tuviera la fortuna de tenerlos, y de los arcos y las ballestas para los demás.

Al cabo, la galera cristiana empezó a hundirse por popa. Manuel sintió que se le erizaban los cabellos. Estaban atrapados entre el fuego enemigo y las frías aguas que empezaban a lamerles los pies. Y lo peor aún estaba por venir: un navío enviado desde la retaguardia turca la embistió por el costado que en aquellos barcos llamaban izquierdo y, en todos los demás, de babor. La particular batalla del viejo navío barcelonés, en ventaja hasta unos minutos atrás, se había dado la vuelta.

Ahora eran ellos los que resistían a duras penas, acantonados en la carroza de popa.

Suerte que otra galera cristiana, la Marquesa, embistiese a su vez la proa de la nave que acababa de abrir el costado de la galera donde Poulo resistía junto a sus compañeros.

Con los cuatro navíos empotrados, las cubiertas se convirtieron en un campo de batalla múltiple donde silbaban los disparos y las flechas en todas las direcciones. Al rato, y viendo que su barco se iba a pique sin remisión, el capitán de la galera de Manuel ordenó a toda su tripulación que tratasen de alcanzar la Marquesa para salvarse.

Los primeros castellanos corrieron entre las flechas turcas, pero ninguno logró llegar. Los galeotes, aterrados, aguardaban su turno tras los soldados. La gran mayoría ni siquiera sabía nadar, y el agua empezaba a entrar ya por todos los resquicios. Manuel, detrás de ellos, se estremeció al percatarse de que estaban atrapados.

La galera barcelonesa se había convertido en una ratonera. La popa cada vez estaba más sumergida, y la precaria escapatoria que les había abierto la Marquesa requería atravesar el barco entero bajo un torbellino de plomo. A su espalda, el barco se iba a pique. Si no hacían algo, acabarían en el fondo del mar.

Los remeros, liberados de sus cadenas, tenían ya el agua por los tobillos. Invadidos por el pánico, salieron en estampida hacia delante, buscando una última oportunidad de salvar sus vidas.

Fue en vano.

El fuego cruzado desde las dos embarcaciones otomanas acabó con todos ellos mientras corrían.

Tras la barricada, en popa, la situación se volvió crítica. Los treinta soldados españoles que aún resistían allí parapetados empezaron a mirarse unos a otros con los ojos fuera de las órbitas. Desde la Marquesa, los tiradores trataban de darles cobertura para que pudiesen alcanzar su proa, pero era imposible. De hecho, a ellos también les estaba costando resistir el fuego que llovía sobre ellos desde los dos frentes.

Ya con el agua por las rodillas, dos arcabuceros castellanos abandonaron sus filas de repente, en un arranque de locura muy parecido al de los galeotes. Manuel se dio cuenta de que aquella reacción provenía del pánico a no saber nadar, y durante una fracción de segundo recordó con agradecimiento a su padre, que lo había obligado a aprender en un remanso, allá en Poulo.

Casi ninguno de los hombres, ni de guerra ni de mar, flotaba mejor que el plomo.

Los dos soldados dejaron caer sus armas y salieron en estampida como pollos descabezados. No pudieron dar más de diez pasos. Acribillados a flechazos, se quedaron tirados boca abajo sobre la cubierta.

La galera barcelonesa se hundía por momentos.

El capitán ordenó resistir. Si sus hombres empezaban a desertar, iba a tener que ordenar fuego contra ellos. La traición era el peor delito a bordo de un buque de guerra. Si abandonaban la formación, vociferó, lo pagarían con la muerte.

—¡Fuego a discreción! —chilló después, fuera de sí.

Ya sin munición, malgastada en aquella descarga sin criterio, el capitán organizó a los que aún resistían, ya con el agua por los muslos, para intentar un último abordaje.

—¡Que sientan lo que es un acero toledano! —bramó, con los ojos inyectados en sangre—. ¡Los carpinteros, emplead vuestros martillos para machacarles la cabeza!

Espoleados por la desesperación, los pocos supervivientes de la galera se lanzaron hacia delante entre alaridos. Manuel arrancó entre los últimos, pero al ver cómo caían los que lo precedían en esa avalancha suicida, soltó el mazo y se giró, dispuesto a saltar por la borda.

Él no sabía luchar. Ya poco más podía hacer que tratar de sobrevivir.

Ni siquiera se planteó la idea de estar desertando como un vil cobarde. Ya solo podía pensar en salvar la vida.

—¡Traición! —vociferó el capitán, que venía a su espalda, al ver que pretendía huir.

Manuel se giró, aturdido, y se dio de bruces con él. El oficial alzó su sable para matar a aquel traidor.

El carpintero alzó los brazos para protegerse de la estocada de su propio mando, pero una flecha enemiga abatió al militar antes de que lograse descargar el golpe. Cuando Manuel volvió a abrir los ojos vio, para su sorpresa, que el hombre había sido fulminado. Al verlo allí tirado, con un flechazo en un ojo, cogió impulso y saltó sobre la popa medio hundida. Un movimiento ágil fue suficiente para caer en las aguas teñidas de rojo.

Un silencio frío lo ocupó todo.

Pataleó frenéticamente, tratando de ganar la superficie. El pánico había agarrotado sus miembros, y se sentía como un pedrusco tratando de salir a flote. En pleno baile espasmódico, su mano golpeó algo duro que flotaba sobre su cabeza. Con un último manotazo, y sintiendo los pulmones a punto de estallar, Manuel logró aferrarse a una tabla medio podrida que se había desprendido de su galera.

Era el último vestigio de aquel navío decrépito que, al fin desempotrado de los otros tres en liza, se hundió mientras él lograba salir a flote, medio ahogado. Toda la tripulación había sido acribillada. La vieja galera barcelonesa quedaría sepultada para siempre como un inmenso ataúd en las aguas de Lepanto.

Manuel se impulsó con las piernas para ganar el costado de la Marquesa. Eran solo veinte brazas, pero llegó exhausto. Por suerte, los tiradores turcos no prestaban atención a lo que sucedía en el mar.

Tuvo que esperar unos minutos, aferrado al costado del barco, antes de poder subir. Los balazos que seguían cayendo sobre la borda lo disuadieron en los dos primeros intentos.

A la tercera trepó, clavando las uñas entre los tablones, y se plantó en cubierta justo a tiempo para ver cómo un soldado castellano caía al suelo a solo un par de pasos de él. El hombre, alcanzado por una bala, se aferraba el brazo herido mientras se retorcía, incapaz de ponerse a cubierto. Manuel, sin pensárselo dos veces —y a pesar de que los disparos otomanos pasaban zumbando junto a sus orejas—, se lanzó a por él.

El hombre trataba de reptar para ponerse a salvo, pero era incapaz. Además del disparo en el antebrazo, había recibido otro en un lateral del pecho. Tirando con todas sus fuerzas, Manuel logró arrastrarlo hasta unos cofres tras los que se resguardaban los tiradores españoles.

Tras ponerlo a salvo, se derrumbó boca arriba y así se quedó, boqueando como un pez y casi inconsciente, hasta que un estruendo de vítores le hizo volver en sí. Al principio, no tuvo fuerzas ni para moverse.

Después, cuando al fin logró alzar la cabeza, comprendió lo que había pasado.

La flota otomana se batía en retirada. Las dos galeras turcas encastradas contra la Marquesa, al ver que otros buques de la Liga se acercaban a ellos, hicieron ondear la bandera blanca. La tarde caía en las costas griegas. La mayor batalla naval que jamás habían conocido los océanos de todo el mundo había llegado a su fin.

Manuel de Poulo, el carpintero que se había embarcado casi por azar en la galera barcelonesa ahora hundida, se incorporó, aturdido, y estuvo a punto de desplomarse de nuevo al darse cuenta de lo que había sucedido. Contra todo pronóstico, él era el único superviviente de su embarcación.

Tal vez, se estremeció, pronto dejase de serlo.

En aquellas aguas la traición se castigaba con la horca.

XXIX

Compostela, 12 de mayo de 1588

«A Indalecio Cabana, ilustre arcediano de Trastámara

Monseñor:

Vaya por delante mi gratitud ante vuestro ofrecimiento. La diócesis de la vieja Bracara sigue confiando en mi asesoramiento para su venerable y santísima sede. Es un gran honor que vuestro cabildo confíe en mí para narrar la historia de tan sagrada ciudad como la que acoge los restos de Jacobo el Mayor.

Viajaré a Compostela a la mayor brevedad posible. Si vuestra sede desea encargarme una nueva Historia Compostelana al estilo de la crónica que publiqué hace años bajo el título de La antigüedad y metrópoli de Braga, hágase su voluntad.

Ese es el más alto cometido al que este humilde siervo de Dios podría aspirar.

Nos vemos pronto, pues.

En Braga, 7 de mayo de 1588

Siempre a vuestros pies

Jerónimo Román».

Indalecio emitió un suspiro de satisfacción.

Si el indeseable de Ambrosio volvía a la carga con sus insidias, iban a necesitar que un erudito de su misma talla y prestigio le diese una réplica contundente. Ya se encargarían ellos de difundirla a los cuatro vientos. Un gigante para combatir a otro gigante, ese era el único camino. Y el único que estaba a la altura del legendario licenciado Morales era aquel hombre.

El agustino aseguraba que llegaría a Compostela «a la mayor brevedad posible», pero no concretaba una fecha. Y él no sabía de cuánto tiempo disponían antes de que el cronista de Felipe empezase a escupir veneno sobre la santidad de la sede compostelana.

Quizás, incluso, sobre la propia autenticidad de las reliquias sagradas.

El tiempo corría en su contra. No podía resignarse a lo que dispusiera el destino. Era demasiado arriesgado. Aún no sabía qué iba a pasar, pero una cosa sí tenía clara: esta vez no iba a permanecer mano sobre mano.

Hasta entonces solo la tinta había intervenido en aquella batalla silenciosa, pero, si no le dejaban opción, estaba dispuesto a cambiar el color de sus armas.

Si hacía falta, los puñales sustituirían a las plumas.
Ellos teñirían de rojo aquella guerra de tinta y papel.

XXX

Compostela, 12 de mayo de 1588

Ambrosio llevaba tres días rastreando las calles.

Había repasado los textos de Vitruvio una y otra vez. El viejo manual que había empleado en la redacción de las Antigüedades era la principal obra de referencia ahora, mientras trataba de hallar las trazas de una población romana bajo la moderna Compostela.

Las piezas seguían sin encajar.

La sutilidad de Sheridan, si bien había dado sus frutos en el Itinerario Antonino, había desembocado en un rompecabezas. Si no lograba demostrar que aquella era en realidad la Assegonia romana, refundada con un nombre gaélico tras siglos de decadencia, no conseguiría desmontar la leyenda jacobea.

Y seguiría encadenado al maldito encargo del rey Felipe.

No era el primero que planteaba esa cuestión. Sabios como Erasmo de Rotterdam o Thomas Moore habían proclamado a los cuatro vientos que la supuesta historia del apóstol no tenía ni pies ni cabeza. Sin embargo, la veracidad de la reliquia seguía siendo aceptada por la inmensa mayoría. Aquella fábula sustentaba la peregrinación de miles de concheiros cada año, y también el inmenso negocio que todo ello suponía.

Si no lograba probarlo con hechos, no tenía nada.

El cronista estaba dispuesto a examinar cualquier indicio que asomase entre las piedras floridas de Compostela y para ello había decidido centrar sus pesquisas en la calle más señorial de la ciudad. La «rúa», la llamaban los lugareños.

En la supuesta ciudad romana esa sería la vía más importante.

Plantado en mitad de la calle, miró con ojo experto en ambas direcciones y asintió. Tenía sentido. Según los tratados clásicos de urbanismo aquel tendría que ser el cardo maximus de la urbe romana; la calle principal de la cuadrícula con orientación norte-sur. La denominada rúa del Vilar en los tiempos modernos no se ajustaba exactamente a los puntos cardinales, pero aquella era la hipótesis más plausible. Recordó que los agrimensores romanos podían alterar la disposición de las calles respecto al sol si la orografía lo hacía recomendable.

—Bien —aceptó entre dientes—, supongamos que hemos hallado el cardo de este supuesto vicus. Sin embargo…, ¿dónde diablos se ha metido el decumanus?

Esa era la primera pieza que no encajaba.

No había una calle perpendicular a la principal con orientación este-oeste. También la extraña orientación de la catedral, en una angulación distinta a la de las vías que morían contra sus muros, lo desconcertaba. Si tanto el templo como las calles se habían edificado según la línea del sol, ¿por qué había aquel inexplicable descuadre entre el uno y las otras?

Pero aún había más: seguían faltándole el foro, con sus templos en la confluencia de cardo y decumanus, y algún edificio más. Un circo, un estadio o un teatro. Una población con semejante cardo maximus hubiera tenido algo así.

Las cuentas seguían sin cuadrar.

Apenas había asomado el hocico una débil hipótesis, aunque ya llevaba tres días husmeando

sin descanso. Era desesperante; el tiempo pasaba, los muchachos aún no habían hallado nada en el archivo que pudiera justificar el traslado de la reliquia y él seguía sin recibir noticias del rey. Ni respuesta alguna ni, por descontado, el aval de la Santa Sede.

Su ánimo, ya desgastado antes de comenzar, empezaba a acusar síntomas de agotamiento. Aquella ciudad lo asfixiaba, y eso sin contar la mayor de sus tribulaciones.

Aquella mujer, la Crecha, seguía insistiendo para tratar de contactar con él. De ahí que se hubiera pasado esos tres días con el rostro cubierto por la capucha. Hasta los muchachos se habían quedado mirándolo con gesto de consternación al verlo desaparecer de tal guisa. El licenciado meneó la cabeza con frustración, pero al evocar a sus jóvenes aprendices una lucecita se encendió.

Cándido era un buen conocedor de los textos de Vitruvio.

Habían trabajado juntos en los tratados más selectos de la época clásica. Tal vez pudiera pedirle ayuda con aquello. Su inteligencia podía ayudarlo a descifrar ese enigma. Durante un rato Ambrosio se debatió entre dudas, pero al final claudicó.

Él, que había sido venerado por los bachilleres de todas las universidades del reino, se sentía ahora obtuso y encasquillado. Empezaba a pensar que tal vez su legendaria brillantez fuera ya cosa del pasado.

El ocaso de su vida anunciaba horas sombrías.

El único capaz de ver en la noche era, ya, su joven aprendiz.

XXXI

Lisboa, 13 de mayo de 1588

—¿Cómo llega a oficial el hijo de un campesino?

La voz del maestre hizo volver en sí a su provisor.

Manuel llevaba una hora con la mirada perdida sobre la bahía. En las cubiertas de algunos barcos, los militares ensayaban maniobras de asalto una y otra vez bajo los gritos de sus oficiales. En otros, los grumetes desafiaban al vértigo para afianzar las cofas. Las lanchas cargadas de suministros no cesaban de surcar las aguas, y los calafates reforzaban los cascos para que pudieran resistir la artillería enemiga.

La guerra era una empresa exigente. Había mucho por hacer.

Los pajes sacaban brillo a los cañones, y los pilotos revisaban cartas y portulanos. Sobre sus mesas, los valiosísimos instrumentos de navegación que solo ellos sabían manejar destellaban como joyas bajo los rayos del sol.

En alta mar, entre la niebla, solo ellos podrían guiar a los navíos hacia su destino.

—Un día lejano, en mi aldea, vi al rey. —Manuel esbozó una sonrisa nostálgica. No era fácil explicar cómo un pequeño campesino de un lugar remoto, tierra adentro, había logrado enrolarse en la marina real—. Yo no era más que un niño, pero la imagen se grabó en mis retinas. Don Felipe se encaminaba al puerto de Faro, desde Compostela, para embarcarse rumbo a Inglaterra. Por aquel entonces aún era un joven príncipe. Según me contaron lo sería por poco tiempo, pues aquella singladura iba a convertirlo en rey de Inglaterra. No sé si esa información será cierta, pero me dijeron que iba a casarse con Mary Tudor.

Bertendona esbozó un gesto de sorpresa, primero, y de complacencia después.

—Ese viejo retorcido —rio, como si acabara de dejar al descubierto una broma enrevesada. Manuel lo miró con extrañeza. ¿De qué «viejo» estaba hablando? Por un instante lo asaltó una premonición difusa: ¿acaso se referiría a su señor, don Álvaro? Bertendona se volvió hacia él—. Decidme, Poulo…, fue el propio Bazán el que os encomendó que me ayudarais a organizar esta escuadra, ¿no es cierto?

El provisor asintió, dubitativo. Sí, don Álvaro era quien lo había enviado al encuentro de la Ragazzona. El marqués de Santa Cruz era quien le había encomendado que ayudase al almirante Bertendona, que a la sazón trataba de reclutar nueve navíos en las costas de Valencia.

—«No hay abastecedor más eficiente que vos, amigo Poulo. Id con Bertendona: su flotilla es vital para la Empresa. Aseguraos de que llega en las mejores condiciones. Nos va la vida en ello».

—Así es —confirmó Manuel, desconcertado por la sonrisa burlona del almirante—. Desde que entré al servicio del marqués, solamente estuve alejado de él en dos ocasiones: en esta singladura y cuando me encomendó lo mismo en el San Pedro. Eso fue hace tiempo.

—¿El San Pedro? ¿El galeón que manda Cuéllar en esta misma armada o algún otro con ese mismo nombre?

—El mismo, sí. El navío de Francisco de Cuéllar. Después regresé con don Álvaro.

Bertendona asintió de nuevo, como atando cabos. Durante un silencio indeterminado se

dejaron mecer por el cabeceo de la Ragazzona con el horizonte atestado de mástiles reflejado en las pupilas.

—Pues bien, amigo Poulo —sonrió finalmente el almirante—. Debéis saber que no es ese el único motivo que llevó al viejo Bazán a poneros a mis órdenes.

El provisor no supo qué responder.

En cuanto cesasen las labores de aprovisionamiento y los buques zarpasen a la guerra, él se encargaría de organizar el reparto de comida y bebida en la singladura. Así lo había hecho ya en el San Pedro, con Cuéllar; y así se le había encomendado de nuevo ahora.

Eso era cuanto sabía. Las migas de pan que el maestre estaba soltando en el bosque no lo estaban guiando por ningún sendero.

—Sabed, mi leal provisor, que mi padre era el capitán del barco que condujo a Felipe a su boda con la Bloody Mary en 1554. Al parecer, a don Álvaro le resultó buena idea que cerraseis el círculo que iniciasteis aquel día lejano en vuestra aldea… ¿No creéis?

Manuel se quedó mudo de asombro.

El marqués conocía su historia, claro que sí. Y, según indicaba la lógica, de algún modo había querido hacerle aquel regalo enviándolo a la Ragazzona. La desgracia lo había privado de la revelación cargada de sentimiento que su señor le habría confiado de no haber muerto. Unas lágrimas incómodas afloraron a sus ojos. Incluso tras su muerte, la grandeza del gran Bazán, la leyenda de los mares, seguía conmoviéndolo. El almirante, al apreciar su turbación, lo dejó tranquilo. El tiempo de hacer chanzas había quedado atrás. La emoción de un hombre puede ser más embarazosa que su desnudez.

Poco duró el silencio.

Los gritos provenientes de dos barcazas que se acercaban cargadas de toneles hasta los topes les hicieron girarse. Manuel se enderezó, y sus ojos se secaron de golpe.

El agua había llegado.

«De tres a cinco días», había dicho el administrador de la casa de contratación. Bien, habían sido cuatro. Bertendona hizo llamar al contramaestre. La estiba no iba a ser fácil. Mientras contemplaba el despliegue de los guindastes, Manuel volvió a perderse en viejas evocaciones. Nubes de mil colores que enmarcaban el ocaso.

Bazán le sonrió desde el cielo, satisfecho.

Emocionado, el provisor recordó la primera vez que lo había visto.

Había sido en Lepanto. Cómo no.

Golfo de Patras, 7 de octubre de 1571

Un atardecer rojizo hacía arder el cielo sobre el mar de Grecia.

Tras la desbandada otomana, las fuerzas cristianas maniobraban. A su alrededor, los vestigios de la batalla les recordaban que, pese a la victoria, no habría descanso esa madrugada.

Había mucho por hacer.

La mayoría de prisioneros iban a ser ejecutados. Apenas había víveres para los hombres de la Santa Liga; no podían permitirse alimentar al enemigo si querían tener alguna esperanza de regresar a casa. Solo unos pocos oficiales y nobles señores serían encadenados hasta el final de la singladura. Aquellos cuyos rescates justificasen tantos desvelos.

Todos los demás pronto serían comida para peces.

También había que disponer las embarcaciones apresadas. El reto, tras la batalla, era regresar a casa. Muchas galeras de la Liga habían naufragado, o habían quedado tan destrozadas que ya no había forma de salvarlas. Sus supervivientes tripularían los navíos otomanos que no habían logrado huir.

Los barcos capturados pasaban al bando contrario. Así funcionaba la guerra.

El botín habría que repartirlo entre las potencias que habían financiado la batalla. Oro, joyas, pertrechos. Con todo, era la artillería lo que más codicia despertaba. Aquellos cañones valían más que las propias embarcaciones sobre las que navegaban.

Manuel se encogió de hombros. Jamás se le había pasado por la cabeza que la victoria pudiera ser tan agotadora. De todos modos, él tenía cosas más importantes en las que pensar. Desde la Marquesa, posiblemente alguien habría presenciado cómo el capitán de la galera barcelonesa había tratado de castigar su traición ensartándolo como a un cochinillo antes de ser abatido.

De nada iba a servir haber logrado escapar, ni haber salvado a aquel soldado herido nada más subir a bordo. Si los generales se enteraban de que era un traidor y un cobarde, podía darse por muerto antes de ver un nuevo amanecer. Mientras caía la noche, derrumbado sobre la cubierta junto con los heridos de la Marquesa, contempló el atardecer triunfal con gesto sombrío.

Estaba seguro de que pronto se dictaría su ajusticiamiento.

—¿Cuál es vuestro nombre, amigo? —Una voz desconocida lo sobresaltó. Al girarse, se topó de lleno con una amplia sonrisa. Pálida y demacrada, pero franca—. Un hombre tiene derecho a saber quién le ha salvado la vida, ¿no creéis?

En principio, Manuel no reconoció al soldado herido.

Estaba aturdido y agotado, y todo a su alrededor era una nebulosa gris. Sin embargo, el brazo en cabestrillo que lucía el hombre le hizo caer pronto en la cuenta.

—Manuel… de Poulo —titubeó, temeroso.

Lo último que le apetecía era ponerse de charla. Ni siquiera con aquel hombre, al que había salvado de los disparos enemigos.

—Ajá. Un marinero… ¿del reino de Galicia, tal vez? —aventuró el soldado, al que se le veía dolorido pero animoso—. También son de allí mis apellidos, amigo. Cervantes y Saavedra. ¿No seremos parientes, por casualidad?

El hombre le guiñó un ojo buscando complicidad, pero Manuel bajó la cabeza.

La actitud jovial del herido contrastaba con su pesadumbre.

—Yo… soy carpintero —fue lo único que acertó a decir—. No marinero.

El herido esbozó una sonrisa, pero un dolor intenso le atenazó el codo.

El balazo del pecho, aunque superficial, también le impedía coger aire. Contempló a Manuel con curiosidad. Tal vez ese hombre lo hubiera salvado de una muerte segura, pero desde luego no lo iba a salvar del aburrimiento. Ni siquiera en aquel anochecer jubiloso.

Ya se disponía a responderle que no importaba su profesión, sino su valentía, al haberlo puesto a salvo entre una lluvia de balas, cuando la irrupción de un tercero, otro soldado que guardaba un sospechoso parecido con el convaleciente, cortó sus palabras.

—¡Miguel! —El recién llegado se agachó junto al herido sin percatarse de que estaba hablando—. ¿Cómo estás?

El hombre del brazo en cabestrillo volvió hacia él la misma sonrisa.

—Hace falta algo más que un par de disparos para tumbar a este soldado. Si te soy sincero, me he sentido peor estos días, aquejado de esas fiebres que pretendían dejarme sin fiesta, que

ahora, pese a mis heridas. —Aunque seguía aturdido, el carpintero se admiró de la entereza de aquel hombre—. Pero dime, Rodrigo, ¿qué está pasando en las otras galeras?

—Nada, todo bien. Los capitanes están organizando la maniobra, los veedores haciendo cuentas… Ha sido un triunfo sin paliativos. Los almirantes están visitando a los heridos de barco en barco, y disponiendo qué hacer con los prisioneros.

Manuel se removió, angustiado.

Él iba a tener que responder ante los oficiales por su abandono en plena lucha. Al percibir su turbación, el soldado del cabestrillo retomó la conversación.

—Mira, te presento a Manuel de Poulo. Un carpintero de Galicia con más valor que la mayoría de guerreros que conozco. Vi cómo saltaba por la borda de esa galera decrépita que teníamos al lado. La barcelonesa que se hundió, ¿sabes? —Los dos asintieron y se volvieron hacia Manuel—. Amigo Poulo, este es mi hermano Rodrigo. Hemos combatido codo con codo; pero, como podéis ver, él es mejor soldado que yo.

Los dos hermanos sonrieron, pero Manuel se quedó callado. El militar había visto su deserción. Esa era la peor de las noticias. Pronto, todos sabrían que era un traidor.

Ya Rodrigo se disponía a preguntarle si había más supervivientes de la galera hundida, aparte de él, cuando una nueva interrupción trajo una expectación indeterminada a la cubierta de la Marquesa. Al ver que todos estiraban el cuello hacia la parte posterior del barco, ellos también se giraron. Alguien estaba subiendo a bordo, y debía de ser alguien importante.

—Es Bazán —susurró Miguel—. Vendrá a visitar a los heridos… A visitarnos, quiero decir.

Manuel acabó de derrumbarse.

El gran Álvaro de Bazán estaba allí. Jamás había soñado siquiera con llegar a conocerlo; un honor demasiado grande para un insignificante marino. Y ahora que estaba a punto de hacerlo, hubiera deseado que se lo tragara la tierra.

La imagen de sí mismo colgado de un mástil apareció ante sus ojos.

El marqués le pidió al maestre que lo condujese hasta los heridos. Una vez allí se interesó por todos, uno a uno, recalcando que la gloria de haber vencido en Lepanto los acompañaría durante el resto de sus vidas.

Cuanto le tocó el turno a Miguel, los otros dos guardaron silencio. La conversación fue breve, pero el trago se le hizo eterno a Manuel.

—Una cosa más, almirante —dijo el soldado, señalando a Manuel, cuando ya Bazán se disponía a retirarse—. Quisiera hablaros de este hombre que está aquí, a mi lado… No está herido, pero también merece un minuto de vuestro tiempo.

El marqués se giró hacia aquel tipo que lo contemplaba con un terror indeterminado en las pupilas.

Parecía estar al borde del colapso.

—Se llama Poulo, mi señor. Es tan solo un carpintero proveniente del reino de Galicia —continuó Miguel—. Sin embargo, debéis saber que hoy es todo un héroe. Además de salvarme la vida cuando ya me daba por muerto, él es el único superviviente de uno de nuestros barcos.

Bazán inclinó la cabeza ante Manuel, pero él clavó la vista en el suelo.

Ya no sabía si era peor que el soldado lo delatase o tener que guardarse dentro ese tizón candente. Al fin y al cabo, no era más que un traidor. No deseaba ser castigado, pero recibir honores de héroe era demasiado.

Tras el reconocimiento del soldado Cervantes, Bazán decidió ahondar en el agradecimiento que toda la marina real le debía a aquel valiente.

—Mi más sincera gratitud, señor Poulo —empezó el almirante—. Lamento la pérdida de vuestros compañ…

—¡Yo los traicioné! —lo interrumpió Manuel. Los otros tres se quedaron mudos ante sus lágrimas de rabia. El agotamiento había acabado por minar su maltrecha conciencia—. ¡Hui del barco como una rata cuando los estaban masacrando!

Un silencio atónito sucedió a la explosión del calafate.

Rodrigo, con los ojos muy abiertos, miró con pena a aquel muchacho que vomitaba culpa con una vehemencia desbocada. No daba crédito. Bazán, con gesto de perplejidad al principio, esbozó un ademán de comprensión al ver cómo sus lagrimones mojaban las tablas de cubierta. Sollozos y convulsiones sacudían todo su cuerpo.

Al cabo, Miguel reaccionó.

—Mi señor, este hombre no es un soldado. No está acostumbrado al sabor de la sangre, y tanta tensión le está pasando factura. En verdad os digo que es un auténtico héroe, almirante… No le importó que lloviesen disparos a mi alrededor. Aunque estaba prácticamente sin resuello, se lanzó a por mí para apartarme de la línea de fuego. No lo acribillaron a él de milagro.

—Todos los demás presentaron combate. —La voz de Manuel sonó ahora más extenuada que perturbada. El alivio de su propia confesión había dejado paso a un abatimiento más pausado. Además, estaba exhausto—. Pero yo me escapé. Como un cobarde.

Miguel y Rodrigo, conturbados, se miraron con cara de circunstancias. Unas lágrimas gruesas rodaban de nuevo por las mejillas de Manuel.

—Sois carpintero, ¿no es cierto? —preguntó al fin Bazán, con voz reposada—. No un arcabucero, ni un piquero, ¿verdad?

Sorbiéndose los mocos, Manuel asintió.

Cuando volvió a hablar, el tono de don Álvaro era incluso más suave que antes.

—Hay heroicidad más allá del suicidio, creedme —prosiguió el marqués, compadecido. Aquel pobre artesano había sido superado por la crudeza de la guerra—. De nada serviríais en el fondo del mar, Poulo. —Manuel, ligeramente reconfortado, elevó la mirada hacia él—. Sin embargo, eso que vos llamáis cobardía es lo que ha permitido que este soldado, Miguel de Cervantes, siga vivo. Que siga respirando, y que algún día pueda regresar a casa y seguir haciendo el bien para su familia y su país. Tal vez para toda la humanidad. ¿Comprendéis? Tranquilizaos, pues. Esa supuesta deserción que tanto insistís en confesar ha evitado que haya dos muertos más en mis filas. Por esta vez, señor mío, voy a quedarme con esa parte.

Manuel le dedicó una mirada desorientada. Llevaba horas esperando un desenlace terrible entre el terror y la culpa.

Sin embargo, sus temores habían resultado infundados.

—Poco daño habríais podido infligir a los otomanos con vuestro martillo y vuestros clavos, Poulo. —Miguel apoyó la argumentación del almirante, y Rodrigo asintió—. Levantad la cabeza, os lo ruego.

Manuel lo miró entre hipidos.

—Ante la encrucijada de la muerte, el instinto toma el timón. Dejad de lamentaros por ello y congratulaos por lo que ese impulso nos ha facilitado —dijo aún Bazán, antes de retirarse—. Habéis salvado la vida del soldado Cervantes. Quedaos con eso. Vuestros actos están por encima del bien y del mal.

Los militares se despidieron del almirante, y la cohorte de nobles se dispuso a continuar la ronda. Aún había muchos heridos a los que confortar.

Al regresar, Rodrigo, que había acompañado al marqués hasta el portón de popa, traía una sonrisa enigmática en los labios.

—Dormid lo que resta de noche, Poulo —le indicó a Manuel, mientras se tumbaba junto a su hermano—. Don Álvaro me ha encargado deciros que os quiere mañana en su barco; necesita reparaciones para regresar a puerto y vos os habéis quedado sin el vuestro.

Así fue como Manuel entró a formar parte del séquito del insumergible Álvaro de Bazán. Nunca llegó a saber si fue por aquel arranque de sinceridad desesperada o por haberle salvado la vida al soldado Cervantes, pero desde ese día sus destinos estarían entrelazados para siempre.

Su discreción y su carácter abnegado acabarían por hacerlo imprescindible para el mejor marino que jamás existió en todos los océanos.

Y ahora, diecisiete años después, Manuel lo recordaba todo como un sueño.

Mientras los toneles de agua iban estibándose en la panza de la Ragazzona, el provisor volvió la mirada al estuario del Tejo.

Allí había pasado Bazán sus últimos meses de vida.

Bertendona, muy atento, seguía de cerca la maniobra de aguada. Cuidar de aquel hombre y de su escuadra había sido el último encargo que le había hecho su señor. Y así lo haría, aunque le fuese la vida. Tal vez fuese casi imposible salir vivo de aquella campaña monstruosa, pero de una cosa estaba seguro.

Cumpliría su promesa o caería en el intento.

XXXII

Compostela, 13 de mayo de 1588

Cándido corrió tras los pasos de Ambrosio.

Llevaba un gesto de intriga en el rostro y un libro antiguo bajo el brazo. Por mediación de Formoso, el bibliotecario franciscano les había facilitado un nuevo manuscrito.

—Estos son Los diez libros de Arquitectura de Vitruvio —anunció el licenciado.

—Y no es poca cosa, mi joven amigo —había puntualizado el boticario—. Este fue el arquitecto personal de Julio César en los albores de nuestra era.

El joven asintió, aun sin saber qué se suponía que iban a hacer con aquel códice.

—Mañana saldremos a las calles —le indicó el maestro antes de despacharlo.

El muchacho pasó la noche sin que nadie le aclarase nada más y ahora, al amanecer, cargaba con el pesado ejemplar del De Architectura sin saber adónde rayos iban ni qué se disponían a hacer.

De repente, el cronista se detuvo con actitud pensativa. Cándido echó un vistazo en derredor. Estaban en medio de una calle amplia y recta en la que desembocaba, junto a una iglesia de proporciones modestas, otra calle más pequeña de forma transversal. Vio cómo el maestro se rascaba el mentón. Su gesto indicaba que algo no encajaba allí.

Estuvieron así un buen rato.

—¿Busco algo aquí, maestro? —preguntó al final Cándido, señalando el libro.

Quedarse allí como pasmarotes era, cuando menos, poco apropiado. La calle estaba vacía aún, pero pronto empezarían a circular decenas de lugareños.

El anciano se volvió hacia él como si regresara de un sueño. El muchacho hasta sintió que se había olvidado de que él estaba allí, a su lado.

—Ah, Cándido… Sí… —titubeó—. No, descuida… Mira, ven.

El joven se acercó con el libro entre las manos, listo para ayudar. Muchas ideas confusas revoloteaban en la cabeza del maestro.

—Mira bien. —Al verlo a su lado, Ambrosio pareció centrarse—. Esta calle, con su orientación norte-sur y su trazado, bien podría ser uno de los cardines de una población romana. De hecho, su paralela hacia ese lado —el licenciado señaló en dirección contraria a la iglesita— sería el cardo maximus si aquí debajo —entonces pateó el suelo con el tacón— yaciese un antiguo vicus de la época imperial… ¿Qué opinas?

La sorpresa dejó mudo al muchacho.

Lo último que esperaba era que hubieran ido hasta Compostela para seguir con las Antigüedades. Aunque sorprendido, evaluó las afirmaciones de Ambrosio. Todo era muy extraño, pero él estaba allí para ayudar.

Tras un silencio largo, asintió. No tenía ni idea de a dónde quería llegar el maestro, pero su razonamiento tenía sentido. Tuvo que disimular un gesto de extrañeza. ¿Cómo iba a presentar Compostela un trazado romano bajo sus calles? ¿No había nacido la población en el siglo noveno a raíz del milagroso descubrimiento de Pelagio, el eremita?

Con un fogonazo, visualizó lo sucedido días atrás. ¿Tendría que ver aquello con el extraño

documento de época romana, aquel Itinerario Antonino que habían estado examinando? Intrigado, asintió para sus adentros. La conclusión era inevitable. Por el motivo que fuera, el maestro estaba buscando el origen de la ciudad en la Roma de los césares.

La voz de Ambrosio disipó su ensimismamiento.

—Supongamos que esa calle de al lado, la que llaman «del Vilar», es el cardo maximus, y que esta Rúa Nova, al ser su paralela, es otro de los cardines… ¿Dónde estaría el decumanus, pues?

Cándido se hizo cargo de la confusión del maestro.

Junto a la iglesia bajaba una calle, perpendicular a la Nova, que bien podría ser lo que Ambrosio estaba buscando. Sin embargo, al otro lado de la vía principal, por donde debiera prolongarse, las fachadas le cortaban el paso.

Durante un rato examinaron el lugar. Dieron vueltas, escrutaron los rincones con atención y estimaron otra vez la orientación, pero nada. Entonces se colocaron frente a la iglesia y la rodearon tratando de encontrar algún callejón que pudiera haber servido de decumanus, pero fue en vano. La que debiera haberse prolongado hacia poniente como eje principal de la ciudad se cortaba allí mismo, ante sus narices.

Se quedaron observando los edificios, pensativos.

En efecto, algo no encajaba allí. Finalmente, al percatarse de que el muchacho se había fijado en la estatua que presidía el imafronte del templo —una virgen que le daba el pecho a un bebé—, Ambrosio se colocó a su lado.

—Esta es la iglesia de María Salomé —le indicó—. Este culto a la maternidad en una ciudad con una devoción tan marcadamente masculina… Es llamativo que hayan dedicado un templo a la madre del apóstol Santiago, ¿no crees?

Cándido sonrió, más desconcertado aún.

Era curioso, sí, pero una evocación lejana asaltó entonces su memoria.

En las ciudades romanas solía darse, en pleno foro, un culto a la maternidad. Y lo hacía en la figura de Isis, la diosa que Roma había importado al incorporar a Egipto como una provincia más. Sin lograr enlazar lo que aquello podía significar, se quedó contemplando la efigie de virgen lactante. Ambrosio también esbozó una sonrisa, pero se puso serio de repente. Había recordado algo más.

Todas las tribulaciones se reflejaron en las arrugas de su rostro.

—Ven —le espetó, antes de salir a toda prisa en dirección a la catedral.

Cándido corrió tras él. Mientras recorrían la rúa en dirección norte, unas ideas difusas danzaban en su cabeza. No habían sido capaces de hallar el decumanus, pero tanto aquella calle como sus paralelas podían considerarse propias de un trazado en cuadrícula. La hipótesis del maestro, por tanto, tenía sentido. No obstante, ¿qué pretendía demostrar Ambrosio hallando ese supuesto origen? ¿Qué consecuencias se derivarían si demostraban la falsedad de la leyenda jacobea? Pronto cayó en la cuenta.

Si aquello sucedía, la autenticidad de la propia reliquia se vería en entredicho.

—Aquí —murmuró el maestro, al final de la calle—. Déjame el libro.

El muchacho volvió a contemplar el lugar.

Casas señoriales flanqueaban la vía, unas con estructura de madera y otras, más modernas, ya de piedra canteada. De hecho, una de las más cercanas estaba en pleno proceso de construcción sobre el mismo solar donde hasta hacía poco se había alzado una de las más antiguas de la ciudad. Cándido pudo ver cómo los albañiles colocaban conchas de ostra sobre cada bloque de

granito antes de posar encima la hilera siguiente. Supuso que lo harían para que las piedras se deslizasen mejor unas sobre otras.

El maestro, con el ceño fruncido, hojeaba el manuscrito. Allí la calle moría en una transversal que bajaba en dirección oeste, hacia la catedral. Al asomarse pudo ver al fondo, a su izquierda, uno de los laterales del inmenso templo.

—Esta es la rúa que llaman «de Gelmírez» —le indicó Ambrosio, enfrascado en el libro, mientras su joven pupilo oteaba la lejanía—. Una de las paralelas a ese decumanus que tan misteriosamente se ha esfumado del centro de la cuadrícula. Un buen nombre para una calle principal, ¿no crees?

Cándido asintió.

Aquel hombre, «Gelmírez», había sido el primer arzobispo de Compostela y quien había construido la catedral sobre un templo anterior, mucho más modesto. Mediante una compleja estrategia había hecho de una aldea perdida del Finis Terrae uno de los principales polos de la cristiandad, junto con Roma y Jerusalén.

—Eso es —dijo Ambrosio con satisfacción. Cándido dedujo que había hallado entre las páginas de Vitruvio lo que había estado buscando—. Mira, lee aquí.

El joven empezó a traducir el texto.

«Una vez terminadas las murallas circunvalantes, en su interior haremos la distribución de su superficie, plazas y callejuelas en dirección a los cuatro puntos cardinales. Esta distribución se trazará correctamente en el supuesto de que los vientos no afecten de modo perjudicial a las callejuelas, pues si son fríos, ocasionan daños; si son cálidos, provocan verdaderas alteraciones, y si son vientos húmedos, causan serios inconvenientes. Por ello, parece que debe evitarse y anularse este posible fastidio, con el fin de que no suceda lo que suele pasar en muchas ciudades».[4]

Su mirada interrogante chocó con el gesto absorto de Ambrosio.

El maestro observaba con ojo experto la confluencia de las dos rúas.

—Según el texto, el ligero desfase en la orientación de las calles puede ser debido a los vientos dominantes —oyó que murmuraba, como para sí—. Pero… ¿por qué la catedral presenta semejante cambio de angulación respecto a ellas?

Le dieron vueltas al mensaje cifrado que todo aquello podría componer, pero sin resultados. De vez en cuando planteaban alguna hipótesis, pero ninguna acababa de ser convincente.

Al final, encorvando su cerviz, Ambrosio se encogió de hombros.

—No tenemos nada —se lamentó— salvo tenues pinceladas. Tal vez el fortín originario en la plaza del Campo sea lo único fiable. Allí se instalaría el campamento primigenio, tal y como indican su nombre y su posición. La necrópolis de esa población romana se hallaría bajo el suelo de la catedral, pero… solo tenemos un cardo maximus en la rúa. Ni un decumanus creíble, ni el foro… ni rastro de un circo o un teatro… Nada.

El cronista miró hacia arriba.

Una gaviota surcaba el cielo, planeando sobre los tejados. «Si yo pudiera volar», dedujo Cándido de su expresión, «tal vez lograra atisbar lo que estas calles ocultan».

El joven, aunque frustrado, se percató de que el maestro había dejado de ocultar su empeño. Acababa de reconocer de forma implícita que estaban buscando una ciudad romana bajo el

trazado de la moderna Compostela.

—Vuelve con Mundo —ordenó Ambrosio, al final—. Lo que podáis hallar en el archivo vuelve a ser nuestra primera opción.

Cándido, de regreso, iba invadido por un mal presentimiento.

Había salido al alba del hospital tras acordar con Mundo que se encontrarían en el archivo catedralicio en cuanto Ambrosio lo dejase ir.

Resopló. Durante todo aquel tiempo entre polvo y papeles aún no habían hallado nada de interés. En esa montaña de documentos lo único que no faltaban eran pleitos y más pleitos contra el Voto de Santiago. Demandas interpuestas contra el cabildo compostelano, cuyos miembros se enriquecían año tras año mientras las gentes de Castilla pasaban hambre y penurias para cumplir con aquel impuesto fundamentado en mitos y fantasías. Temía que fuera imposible hallar algo que se refiriese a reliquias trasladadas de su ubicación, como había pedido el maestro. Sin embargo, no era nada de aquello lo que ahora ensombrecía su mirada.

El temerario proceder de Mundo era lo que arrugaba su frente.

En las últimas noches había advertido que su compañero se estaba ausentando a hurtadillas del Hospital Real en plena madrugada. No sabía a dónde se dirigía para hacer Dios sabe qué, pero se había percatado de que no estaba la primera vez al despertar en mitad de la noche … Y las dos siguientes había sucedido lo mismo.

Era estremecedor.

No sabía a ciencia cierta qué pretendía el maestro, pero probar la falsedad de la tumba del apóstol aparecía una y otra vez como eje central de sus actos. Y si ese era su cometido, a buen seguro que el camino no iba a estar exento de peligros. De ahí que las correrías nocturnas del bueno de Mundo fueran una danza a ciegas al borde de un abismo.

Sin darse cuenta llegó al archivo.

La misma puerta entreabierta, el mismo canónigo con cara de tabla y los mismos anaqueles lo recibieron, tan faltos de expresión como cada día. El mismo silencio frío. La desazón vacía de un laberinto hostil.

Con el corazón encogido y una premonición negra, Cándido miró hacia el fondo. Desde allí, dos taburetes vacíos le devolvieron un gesto de circunstancias.

Lo que tanto se temía se confirmaba ante sus ojos.

Mundo tampoco estaba allí.

4 Texto real extraído de la obra

De Architectura,

de Vitruvio.

XXXIII

Lisboa, 14 de mayo de 1588

Los recuerdos de Lepanto seguían latiendo en su memoria.

Con tanto preparativo todo le recordaba aquellos días, dos décadas después.

Manuel rememoró el día en que su vida cambió para siempre. La mañana en la que el más legendario almirante del mundo se mostró interesado en él.

En un campesino insignificante de la remota aldea de Poulo.

Golfo de Patras, 8 de octubre de 1571

Con la luz del amanecer, se incorporó sobresaltado.

El duermevela frágil de la madrugada había propiciado que se reavivaran sus pesadillas. Aves de rapiña sobrevolaban los palos de la Marquesa, lanzándole sonrisillas aviesas.

Pese a la actitud distendida con la que Rodrigo le había transmitido al atardecer el recado de Bazán, los augurios más funestos regresaron al despertar.

La hora más oscura para una conciencia atormentada.

Llegó a creer que las palabras reconfortantes de la noche anterior no habían sido más que un señuelo para, cuando él solito se dirigiese al barco del almirante, ahorcarlo en su bauprés. Llegó a verse como un cordero encaminándose al matarife que le sonreía en la distancia mientras afilaba sus cuchillos.

Unos gritos en la popa llamaron su atención.

Un patache se había amarrado al costado de la Marquesa para solicitar su presencia.

—El marqués de Santa Cruz nos ha ordenado recoger aquí a un tal Poulo —le indicó el timonel al maestre de la galera—. Tiene que presentarse de inmediato.

La travesía fue tan breve como oscura para el joven Poulo.

Un sol plácido se iba alzando poco a poco sobre el horizonte, pero todo parecía hecho de sombras a su alrededor. Sin embargo, sus augurios eran vanos.

Nada más embarcar por el portón de popa con su petate y su angustia cargados al hombro, un rostro sonriente lo recibió bajo la tolda de la carroza. La mirada limpia del marino que lo aguardaba deshizo su pesimismo con un soplo de viento. Aquel hombre, uno de los oficiales del gran Bazán, no hubiera recibido con una sonrisa a un condenado a muerte.

—¿Maese Poulo? —lo saludó el contramaestre. Ante el tímido asentimiento del recién llegado, el hombre le dio un apretón de manos—. Desde este mismo momento pasáis a formar parte de la tripulación de este buque. Así lo ha dispuesto el almirante.

Después empezó a atosigarlo con un torbellino de instrucciones durante media hora. Cuál era su sitio en cubierta, qué era lo más urgente que había que hacer, cuáles iban a ser sus funciones en las singladuras que vendrían…

La mirada errante de Manuel lo recorrió todo, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Aún no se creía que el poderoso almirante lo hubiera acogido a su servicio. Al apreciar su expresión, el contramaestre decidió aflojar. Orgulloso, le señaló el fanal labrado que indicaba que aquella era la galera capitana de la escuadra de Nápoles.

—Este no es un navío corriente, maese Poulo. Bienvenido a nuestra tripulación —le volvió a sonreír, tras el chaparrón—. Algo habrá visto mi señor en vos para reclamaros en su círculo de confianza nada más conoceros.

Manuel prefirió callar.

Quería suponer que su buena estrella se debía al episodio con el soldado Cervantes, pero algo le decía que su vergonzante confesión había sido el detonante de aquella decisión. La desesperación hace aflorar la auténtica forja de un hombre, recordó. Tal vez aquella honestidad brutal había sido clave para que don Álvaro se fijase en él.

Fuera como fuese, allí comenzaba una nueva vida.

Cinco meses más tarde, tras un aprendizaje intenso, ya era él quien se encargaba de administrar los pertrechos del navío.

El contramaestre, liberado de aquella responsabilidad abrumadora —pues de ello dependía la supervivencia de la tripulación— pudo centrarse en sus funciones al frente de las maniobras. Maese Poulo era el provisor del barco. El despensero. También alcalde de aguas. Aquel hombre discreto y eficiente —hasta entonces un humilde ayudante de carpinteros— empezó a asistir a la mesa de oficiales como si fuera uno más.

Cada día se asombraba de su buena suerte. Haber llegado a ser uno de los hombres de confianza del gran Álvaro de Bazán era un honor inimaginable para alguien como él.

Sin embargo, cada día también, un frenesí inacabable le recordaba que así era.

Al margen de la espontánea confesión del primer día, el almirante halló en aquel joven callado muchas de las virtudes que más valoraba en un hombre. Pronto conoció la historia de la mantita de viaje, que Manuel le mostró, avergonzado y orgulloso al mismo tiempo. También pudo entrever —a través del rubor de sus mejillas y del entusiasmo de su voz— la devoción que sentía por servir a su rey y a su patria. Luego vinieron la pulcritud y la abnegación en cada una de las funciones que le fueron asignadas.

Un día, el joven estuvo a punto de desmayarse en su presencia. Al investigar qué era lo que le pasaba, el almirante supo que llevaba cuatro días renunciando a su ración.

Temía que no hubiera bastante hasta el final de la travesía.

—Me siento responsable, mi señor —confesó, bajo la mirada severa del marqués—. Yo organicé el aprovisionamiento.

Ese fue el aldabonazo que tiró abajo la última puerta.

El señor fue confiándole nuevas encomiendas sin que jamás tuviera que arrepentirse. Incluso una vez, en un parlamento en alta mar, tras haber neutralizado un navío inglés bajo sospecha de filibusterismo, el dominio del idioma por parte del muchacho fue esencial en la resolución pacífica del conflicto.

Así fue que, al final, el marqués acabó por asignarle la misión más delicada. Algo que solo se atrevía a encomendarles a sus hombres de máxima confianza.

—Necesito que sirváis al capitán del San Pedro con la misma fidelidad con que habéis permanecido a mi lado durante este medio año —le soltó un día de finales de mayo, cuando el eco de la gran victoria en Lepanto empezaba a difuminarse—. Pero primero os daré una licencia para que volváis a ver a vuestros padres. —Al ver la desolación que había aparecido en la expresión de su provisor, lo atajó con vehemencia—. Hacedme caso, Poulo. Id a casa una temporada. Después os incorporaréis al equipo de oficiales del capitán Cuéllar.

Manuel deambuló por la cubierta como un alma en pena.

No sabía qué podía haber hecho mal para que don Álvaro lo echase de su lado de un modo tan brusco. Sin una explicación. Sin un porqué.

—No lo estáis comprendiendo, Poulo —le susurró el contramaestre, divertido ante su abatimiento—. El marqués no suele confiar en nadie, y sabe que el recurso más valioso a bordo de un galeón es un alter ego. Alguien que lo supervise todo como solo él mismo sería capaz de hacerlo. Que garantice que las cosas importantes se van a hacer a la perfección.

Manuel se giró hacia él con una incógnita en la mirada.

Aquello confirmaba su impresión. Cuéllar era el hombre de confianza de Bazán a bordo del San Pedro, y a él se lo estaba quitando de encima como quien se arranca un pelo enquistado.

—Alguien, amigo Poulo, a quien el almirante confiaría su propia vida.

La mirada risueña del contramaestre acabó por desconcertarlo.

Sin embargo, al final su frente se despejó. Lo que aquel hombre estaba intentando decirle era que el capitán Cuéllar era, precisamente, la persona que don Álvaro necesitaba que él vigilase. Que quería que su hombre a bordo del San Pedro fuera él.

Una oleada de sangre tibia sacudió su cuerpo de arriba abajo. El oficial, al ver que había captado el mensaje, se alejó con una sonrisilla.

Manuel inspiró. Pocos hombres podían soñar con alcanzar tan alto honor entre las filas de la Armada Real.

Aquella certeza iba a requerir de una digestión lenta.

Veinte días después, Manuel desembarcaba en el puerto de Faro.

An Chruinne lo recibió envuelta en un halo de nostalgia. Sus aromas, ya olvidados, lo sacudieron por dentro como ráfagas huracanadas. Los lienzos polvorientos que obstruían su memoria se libraron de un sedimento gris, acumulado durante años.

Según las órdenes del almirante, lo primero que debía hacer era volver a casa.

Después, Cuéllar lo estaría esperando en su galeón.

Coruña, 17 de junio de 1572

Ese mismo mediodía, Manuel partió de regreso.

Poulo, en el horizonte, era un rayo entre tinieblas.

Se puso en marcha con una sonrisa nostálgica en los labios. Su sueño se había cumplido. No solo había servido en un barco del rey, sino que regresaba victorioso de la mayor batalla naval que jamás había tenido lugar. Aunque el sueño hubiera perdido su halo al materializarse, él había completado su camino. La sed y el dolor no componen epopeyas, pero a veces ribetean estampas doradas.

En cuanto dejó atrás la ciudad, comprobó que recordaba el camino al dedillo.

La voz de Bazán resonó entonces en su cabeza. Ya empezaba a echarlo de menos.

«Hay momentos que se fijan en la memoria con una forja indeleble».

Eso le había oído decir tras Lepanto.

Ahora, más si cabía que entonces, le dio la razón. Cada recodo del sendero a Compostela fue apareciendo en sus recuerdos como una imagen infantil tintada de nebulosas.

Lisboa, 14 de mayo de 1588

Enternecido, se vio a sí mismo como aquel muchacho de quince años cuyo único patrimonio era la silueta de un sueño. Al recordar esos tiempos, se asombró más todavía de todo lo que había logrado. Los años de hastío, las manos agrietadas, la garganta abrasada… todo se dulcificó ante la perspectiva del regreso.

Entonces sintió que todo había valido la pena.

Tras el Burgo de Faro llegó al recodo último de la ría. Desde allí, sonrió, había visto el mar por vez primera. Con la piel destemplada, le echó un último vistazo sobre el hombro. Jamás lo había visto hasta aquel día lejano.

Sin embargo, desde entonces nunca había dejado de verlo.

Desbordando emociones, arribó a Sigrás. Al reconocer la aldea se detuvo, con el vello erizado y un nudo en la garganta. Sea grass, sonrió de nuevo.

Esta vez, en lugar de un cura, fue una niña de pelo enmarañado la que le salió al paso.

—Good morning, sir —lo saludó en mitad de la tarde, con la fluidez de un autómata.

Manuel reprimió una sonrisa. Seguramente fuese el único saludo que conocía en aquel idioma. Trató de sortearla. No podía perder tiempo si quería llegar a casa antes de la puesta de sol.

Sin embargo, la chiquilla se interpuso ante él con decisión, plantándole delante de la cara un puñado de conchas de vieira.

—A coin, a coin —insistió, cortándole el paso.

Él se detuvo para mirarla.

La pequeña comerciante —que no tendría más de siete u ocho años— no estaba dispuesta a franquearle el paso sin que aflojase la bolsa. Hizo un amago por un lado, más por probar su reacción que por una intención real de huir, y después por el otro, pero ella se plantó ante él con los brazos en jarras.

—A coin —volvió a decir, y tanto su gesto como el tono de su voz eran amenazantes.

Manuel, divertido, posó el petate en el suelo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

La pequeña, con un mohín de decepción, bajó las manos llenas de conchas. Aquel hombre no era un peregrino inglés. Y tampoco escocés. Ni siquiera irlandés, que en los últimos tiempos eran los que más transitaban el camino.

—Mayor —respondió ella.

—Mayor… ¿Qué más?

Ante el extraño interés del desconocido, ella recuperó la esperanza de hacer negocio.

—Fernández de la Cámara y Pita —puntualizó, antes de continuar atropelladamente—. Señor, sabed que, si vais a Compostela, tenéis que llevar una venera. Nadie puede dirigirse a la casa del señor Santiago sin portar una. No os permitirían entrar.

Él sonrió ante una patraña tan descarada, pero decidió seguirle el juego.

—¿Ah, no? —fingió, compungido—. ¿Y quién me lo habría de impedir?

Su gesto de preocupación le dio alas a la pequeña.

—El… ¡obispo! —improvisó ella—. Elegid una. Vamos. Solo una moneda.

Manuel se quedó observándola con gesto risueño.

Al parecer, la pequeña timadora no tenía un segundo que perder. No fuera a aparecer otro concheiro y se le escabullera el siguiente negocio por culpa de aquel pasmarote.

—Por desgracia, mi destino no es Compostela —zanjó él, mientras se colocaba otra vez el

petate sobre el hombro—. Mejor aguarda al siguiente incauto, pequeña… Yo tengo que llegar a casa.

Ella aún trató de obstaculizar su avance en los primeros pasos, pero ante la actitud decidida del caminante y su sonrisa desdeñosa, se rindió.

Mientras dejaba atrás la iglesia y el hospital de Sigrás, Manuel supo que llevaba clavada en la nuca la mirada enfurecida de la jovencita. Eso fue antes de sentir cómo la contundencia de una piña lo golpeaba con fuerza en la coronilla para acabar rebotando en la calzada a unos pasos. Un reguero de piñones quedó extendido sobre sobre el sendero como prueba flagrante de la agresión.

Sorprendido, se giró.

Plantada en el mismo sitio, con las piernas separadas y el mentón alzado, la chiquilla lo miraba desafiante. Todas las conchas de vieira descansaban ahora en su mano izquierda. En la derecha, otra piña ya estaba lista para ser lanzada.

Manuel reanudó la marcha. La tarde se le echaba encima y aún faltaba un buen trecho por andar. Levantó el petate sobre el hombro como protección contra los proyectiles, pero la siguiente andanada no se dio. Al salir de Sigrás, rio con ganas. Desde luego, aquella diablilla no se andaba con monsergas.

Pronto, nuevos reencuentros reclamaron su atención.

Los hombres con boina que lo saludaban al pasar; el olor de esa tierra, siempre húmeda; los niños con las vacas, en los prados, el adobe que revestía la armazón más recóndita de su memoria… Comprendió que no eran simplemente recuerdos.

En realidad, todo aquello era él mismo.

Cuando ya el sol poniente vertía una tonalidad rosácea sobre los campos, Manuel divisó la aldea. Con el corazón dando brincos, se acercó despacio. Los haces de luz que iluminan toda infancia fueron golpeando sus ojos ávidos al ritmo pausado de su caminar. Sobrecogido, lo contempló todo con una mirada líquida. El manzano contra el que había dormido aquella madrugada, solitario y mudo. Las chimeneas humeantes recortadas contra el cielo que siempre cubría sus sueños. El olor de Poulo.

El inconfundible aroma que ningún otro lugar del mundo podría igualar.

Con un tamborileo inquieto latiéndole bajo la piel, Manuel se plantó ante la vieja casa de piedra que lo había visto nacer. Tras inspirar varias veces sin llegar a colmarse en ninguna de ellas, llamó a la puerta.

Al rato, su madre abrió.

Él sonrió, pero ella, golpeada en mitad del alma, tuvo que apoyarse en el dintel. Así estuvo un rato, boqueando un silencio atónito para no derrumbarse sobre el barro de la entrada.

Manuel, invadido por mil remordimientos, la abrazó para sujetarla.

—He vuelto —le susurró, con la cabeza hundida entre sus cabellos grises, mientras ella empezaba a sollozar.

La mujer se apartó para observarlo.

Temblando, enmarcó su cara con aquellas manos nudosas que él ya casi no recordaba. Al intuir lo que expresaban los silencios de ese hombre tras cuyos ojos asomaba su pequeño, pareció tranquilizarse. Hay mensajes que nadie sabe interpretar como una madre.

Nadie. Ni siquiera quien los emite.

Aunque entre lágrimas, ella también sonrió. El viento había arrastrado una ventura inesperada hasta su puerta.

Manuel había regresado a casa, y traía una luz.

Por fin había firmado la paz consigo mismo.

XXXIV

Poulo, 1 de julio de 1572

Dos semanas después, Manuel regresó al mar.

Esa era la licencia que Bazán le había dado. Que le había impuesto, más bien. Al acercarse la hora, agradeció que el destino hubiera puesto al marqués en su camino. Regresar a la raíz era algo que llevaba tiempo necesitando.

Por vez primera, cayó en la cuenta de que las necesidades del alma pueden ser incluso más imperiosas que las del cuerpo. Nunca lo hubiera sospechado, y menos sobre aquellos barcos donde el mañana era un regalo improbable, pero ahora lo veía.

Ese mañana no es nada para quien solo porta sombras en su interior.

En Poulo, tras el impacto inicial, los reproches se vistieron de frialdad.

El dolor aún latía en el pecho de sus padres. Él trató de explicarles con humildad que no los había abandonado. Que, aunque de forma alocada, lo que había hecho era volar tras sus sueños. El alma de un muchacho se había rebelado. Eso era todo.

La madre no tardó en claudicar. La felicidad del reencuentro pronto venció al resentimiento del abandono, y las conversaciones empezaron a fluir en la cocina.

Su padre necesitó más tiempo, pero, al final, todo retornó a su cauce.

—Así que Lepanto, ¿eh? —Se le aproximó al cuarto día, dejando aflorar una clara intención de hacer las paces—. Y dime…, ¿cómo es eso de que has conocido a Bazán?

Cruzaron una sonrisa que ondeaba como una bandera blanca.

Ni siquiera el anuncio que hizo Manuel al décimo día pudo borrar la felicidad de su inopinada resurrección. En una semana tendría que partir; el capitán Francisco de Cuéllar esperaba su llegada. Iba a hacerse cargo de los suministros de su galeón; del agua y los pertrechos. De la comida y los bastimentos. Ellos cruzaron una mirada de asombro al oír aquello. Su hijo, un labriego de Poulo, era ahora un alto funcionario del rey.

En la despedida, esta vez, sí hubo abrazos. Y sonrisas.

Se puso en marcha. El ancestral sendero de los ingleses lo llevaría al puerto de la vieja Faro. El mes de julio despuntaba, con sus cielos luminosos y sus tardes somnolientas. El San Pedro estaría fondeado en Coruña, tal y como había dispuesto don Álvaro.

En el camino de regreso, su sonrisa brilló sin fisuras por vez primera. Su corazón, hasta entonces embrollado sin saberlo, había hallado al fin la auténtica paz.

La sabiduría de Bazán iluminaba los senderos.

Tras cuatro horas de marcha volvió a pasar por Sigrás. El recuerdo de aquella niña de cabellos enmarañados lo asaltó al acercarse. Fue poco antes de doblar un recodo y encontrársela de nuevo, entre la iglesia y el hospital. Allí estaba otra vez, tratando de convencer a dos hombres en su inglés de conveniencia de la irrenunciable necesidad de adquirir sendas conchas de vieira para poder entrar en Compostela. Al verla, reprimió una carcajada. Seguramente estaría contándoles que el obispo no les permitiría entrar en la ciudad si no portaban tan distinguida enseña.

Ella, enfrascada en la negociación, ni siquiera se dio cuenta de que un joven se aproximaba a

su espalda con gesto burlón. «A coin», repetía, ante la actitud desconcertada de los romeros.

—Hasta la vista, Mayor… Fernández… de la Cámara —soltó él al pasar, mientras recogía del suelo la única piña que se veía por los alrededores.

Ante un carácter como aquel era conveniente ser precavido.

Tras un leve titubeo la niña lo reconoció. Él sintió cómo una mirada furibunda se clavaba en su espalda.

—¡Y Pita! —le gritó ella, provocando la estupefacción de los dos peregrinos.

Ya fuera de la aldea, Manuel de Poulo rio con ganas otra vez. A falta de otra munición, la jovencita le había lanzado una buena carga de odio al recalcar su segundo apellido.

El mal genio de la chiquilla le hizo sonreír hasta llegar a Faro.

Allí, al abrigo del islote que protegía el puerto, divisó un galeón fondeado.

Entonces se puso serio. Tocaba reanudar la vida que había elegido. La que el viaje al interior de sí mismo había interrumpido unas semanas atrás. Tras su última encomienda, tocaba iniciar el siguiente mandato del gran Bazán.

Ya a bordo del San Pedro, mientras cuarenta marineros se dejaban las manos en voltear el molinete que haría levar el ancla, contempló una vez más las verdes colinas que se alzaban a lo lejos, sobre las chimeneas humeantes de la ciudad. A la imagen de sus padres se sumó, esta vez, la de una niña vivaracha de cabello enmarañado. La pequeña había despertado una emoción difusa en su interior. Una extraña simpatía. Un insólito interés por volver a saber de ella.

No podía imaginar que sus destinos estaban entrelazados a vida o muerte.

Y mucho menos que, en un futuro no tan lejano, los dos habrían de protagonizar unos hechos que cambiarían para siempre el orden mundial.

Sin embargo, pese a las brumas, una premonición extraña había enraizado en el pecho de Manuel de Poulo con la convicción de una montaña. Algo le decía que se reencontraría con ella, y que la vida no sería nunca igual ante sus ojos.

Una niña de Sigrás de carácter endiablado.

Una indómita y certera lanzadora de piñas.

XXXV

Compostela, 14 de mayo de 1588

El arzobispo era ahora una estatua de sal.

Un nubarrón de tormenta ensombrecía su frente.

Con su mano derecha sujetaba la carta que había estado temiendo. El salón lo sofocaba como un ataúd de penumbra y silencio. Era como si todo el palacio se hubiera convertido en un mausoleo.

Frente a él, la figura de un Santiago a caballo repartía mandobles sobre las cabezas de los infieles. Los sarracenos, pisoteados por su montura, sufrían la furia justiciera del látigo de Dios. Así lo afirmaba la leyenda de Clavijo.

El mito del Matamoros, tantos siglos después, seguía sustentando el Voto.

Como despertando de un mal sueño para descubrir que la realidad era aún peor, Sanclemente se acercó a la ventana. Al otro lado, la plaza del Hospital acogía el bullicio cotidiano de las gentes de Compostela.

La estampa cotidiana del obradoiro, con su realidad jovial, le recordó que aún era gente de carne y hueso la que habitaba su ciudad; y que de él dependían el bienestar y la seguridad de todos ellos.

Recordó los proyectos que había empezado a idear tras su nombramiento.

Una hermosa escuela donde las niñas huérfanas pudieran ser acogidas. Un nuevo catecismo para que los párrocos de las parroquias rurales pudieran difundir mejor la palabra del Señor. Un imponente colegio de pasantes.

Entonces, Sanclemente había elaborado un informe sobre las necesidades más acuciantes de Compostela. El laborioso documento, que incluía un mapa detallado de la ciudad, era algo que nadie se había molestado en hacer hasta entonces. Acabar el nuevo claustro y reforzar las murallas sería lo primero, indicaba el primer párrafo. Después vendrían muchas partidas más. La casa del señor Santiago había sido descuidada durante demasiado tiempo. Era su primer cometido recuperar el esplendor perdido.

Aquellos eran los trabajos que se había impuesto a sí mismo. Y lo había hecho en agradecimiento al inmenso honor de haber sido nombrado personalmente por el rey Felipe; pero también por una conciencia, la propia, que jamás se había tomado un día libre. Así había arrancado su aventura en Compostela. Cargada de buenas intenciones y la mejor disposición.

Y, pese a ello, nada había salido bien.

Llevaba poco más de siete meses al frente de la sede, pero las tempestades no daban tregua. Primero se había topado con el recibimiento discretamente hostil de aquel cabildo que había pasado demasiado tiempo hibernando en una cueva revestida de oro.

Unas siluetas esquivas manejaban unos hilos invisibles desde las sombras. Así eran los canónigos compostelanos. De repente, un lobo extranjero había irrumpido en un corral bien organizado donde siempre habían mandado las gallinas.

—Devolver al santo lugar la gloria perdida. Eso haremos, hermanos. Honrar, como se merece, al señor Santiago.

Daba igual lo que dijera. Una conjura previa lo había condenado sin necesidad de enjuiciamiento. Y los problemas no habían hecho más que empezar.

Después había aparecido Ambrosio.

Aquello había despertado nuevos recelos, y lo había colocado a él entre una espada invisible y un abismo nebuloso que se abría a sus espaldas.

Tal es la vida de un hombre bajo una amenaza incierta.

La trayectoria del cronista llevaba tres lustros levantando ampollas entre aquellos hombres. No sabía cuál podía ser el cometido que el rey le había encomendado, pero su mera presencia suponía una ballesta apuntándole al corazón.

Cualquier paso en falso podía hacerla disparar.

Al volver en sí se dio cuenta de que la misiva seguía en su mano.

Sus ojos abandonaron la plaza que bullía tras la ventana para regresar a la carta que había llegado esa misma mañana para alterar la escasa calma que le quedaba.

Con gesto atormentado, releyó los párrafos centrales.

En ellos, su hombre de confianza en la ciudad de Valladolid le relataba cómo la Real Chancillería, el más alto tribunal de justicia de toda Castilla, estaba considerando aceptar la denuncia conjunta que cinco obispos castellanos habían interpuesto contra el Voto de Santiago.

Burgos, Calahorra, Osma, Palencia y Sigüenza, nada menos. Todos confabulados contra Compostela. Contra su arzobispo y su cabildo.

Si el tribunal aceptaba su querella, la ciudad entera pendería de un hilo.

Hasta entonces, los letrados de la catedral habían sido capaces de vencer en todas las contiendas. Con la inestimable cobertura que les otorgaba la Corona, los obispos compostelanos habían salido victoriosos de cada batalla legal. Los reyes de Castilla habían defendido aquel privilegio porque afianzar el territorio de las peregrinaciones equivalía a asentar su propio reinado. Por eso, uno tras otro, los recursos habían sido desestimados por la audiencia sin que las arcas del cabildo sufrieran ni un solo desaire.

Sin embargo, ahora, las cosas habían cambiado.

A diferencia de sus predecesores, Felipe ya no necesitaba protegerse contra esa amenaza. España era un reino consolidado, y el último feudo musulmán había caído cien años atrás con la toma de Granada. El Voto había dejado de ser un arma política de importancia estratégica para la Corona.

Un horizonte sombrío se acercaba a las torres de Compostela.

La misiva confirmaba que la amenaza era incluso más grave de lo que había creído. El abogado de los cinco obispados no se había limitado, como sus predecesores, a cuestionar la legalidad del Voto. Ni a alegar si era justo o no, o si provocaba miseria y hambre.

Eso ya lo habían intentado muchos antes que él.

El joven letrado, un jurista brillante llamado Lázaro González, había decidido atacar directamente la autenticidad del documento. Las copias que los órganos judiciales de Castilla custodiaban no eran más que eso: copias. Por mucho que habían buscado, nadie había sido capaz de hallar el manuscrito original, firmado por el rey Ramiro. Y la carta procedente de Valladolid informaba al ilustre arzobispo de Compostela de que el tal Lázaro estaba esgrimiendo uno de los principios fundamentales del derecho: la copia de un documento no tiene validez si no puede ser cotejada con el original.

Sanclemente sabía que ese viejo manuscrito no resistiría el examen de los peritos,

sobradamente cualificados, que la Real Audiencia podía enviar a su catedral en cualquier momento. Aquel papel apolillado jamás sería admitido como el Voto que habían firmado el rey y sus ilustres testigos.

Tenía que detener aquella bola de nieve antes de que derivase en avalancha.

Si la demanda progresaba, lo arrasaría todo. La catedral, la ciudad y la propia reliquia. Compostela estaría condenada a desaparecer entre el olvido y la intrascendencia.

El arzobispo regresó a su sillón ribeteado de oro.

Su mirada volvió a clavarse en el Matamoros sin tan siquiera verlo. El rey, Ambrosio y ahora los cinco obispos del centro de Castilla. Las amenazas hacían tambalear los cimientos de su sede. No había explicación posible para tal sucesión de catástrofes cayendo sobre su cathedra.

Maldijo su mala suerte.

Entonces, por algún motivo, redescubrió al guerrero montado en su caballo blanco. Sin saber muy bien por qué, en ese instante una llamita se reavivó en su interior. Allí estaba el héroe, con la espada en alto.

Aunque con el ceño fruncido, sonrió.

No valía de nada lamentarse, ni bajar la testuz. Tal vez todo estuviera en su contra, pero Juan de Sanclemente no era un hombre que se rindiese fácilmente.

Al apartar la vista del Santiago ecuestre, el gesto de abatimiento del prelado estaba iluminado por una luz de esperanza. Tenue, tal vez, pero, al mismo tiempo firme.

Los hados habían orquestado una debacle, pero él tenía de su lado al Matamoros.

Al igual que el apóstol, Sanclemente también estaba resuelto a defenderse.

En ese mismo instante, unos hombres cuchicheaban entre las sombras del coro.

Sobre el mismo centro de la nave central de la basílica compostelana, el monumental conjunto escultórico protegía los susurros de tres canónigos en penumbra.

El archivero presenciaba el diálogo entre el reliquiero del templo y el arcediano de Trastámara. Muy a su pesar, Cabana lo había convocado a aquella reunión secreta.

Ni sabía qué estaba haciendo allí ni anhelaba más que regresar a su archivo.

Por mucho que los aprendices de Ambrosio también estuvieran allí metidos alterando su calma, el scriptorium era un remanso de paz comparado con aquel tipo de conjuras.

—Tenéis que hacer que Román se presente en Compostela de inmediato —siseó Ares, echando chispas por los ojos—. En tanto eso no suceda, estamos expuestos a las insidias de ese indeseable.

El reliquiero había soltado un bufido al ver que Indalecio traía consigo al archivero.

—Ya sabéis que lo estoy intentando —respondió Cabana, indicándole por señas que bajase la voz—. Pero no está de más que le vayamos allanando el camino.

Ares prefirió guardar silencio.

Al parecer, el arcediano estaba preparando la llegada del gran sabio agustino.

—Hermano… —Indalecio se volvió ahora al hombrecillo que los contemplaba con ojos de oveja—. Esos muchachos llevan días metidos en vuestro archivo. Mientras ellos hurgan por allí, vos trabajáis en la esquina opuesta, ¿me equivoco?

Ares atisbó la intención del arcediano.

Los pupilos de Ambrosio habían estado visitando el archivo desde que el traidor de Sanclemente le había dado permiso a su maestro para ir a meter las narices. Averiguar qué era lo que estaban buscando allí podía esclarecer las intenciones del cronista.

—Bueno… Yo simplemente les dejo entrar —balbució el archivero—. Ellos se ponen al fondo y rebuscan entre los anaqueles, pero… En fin, me temo que no están hallando lo que buscan.

—Y lo que buscan ¿qué es, exactamente? —lo apretó Cabana—. Vos también estáis allí; algo habréis visto…

El hombrecillo tragó saliva.

No solo no le importaba qué era lo que estaban buscando allí los muchachos, sino que lo único que deseaba que acabasen cuanto antes y abandonasen aquel lugar para siempre.

—Eeeh… Ellos trabajan por su cuenta y yo transcribo códices en mi scriptorium.

La mirada de hierro de los canónigos horadaba su resistencia, precaria de antemano.

—Hermano… —Bastó un susurro airado de Ares para que se pusiera firme.

—Sí, sí —rectificó él—. El otro día, sí… Recuerdo que me preguntaron si había algún texto que tratase sobre reliquias. —Cabana arrugó la frente, escéptico. Semejante desliz no era propio de Ambrosio. Aquel viejo taimado jamás le habría desvelado sus intenciones a ningún miembro del cabildo, y sus pupilos tampoco. No obstante, los titubeos del archivero pronto despejaron sus dudas—. Bien, en realidad… Fue el más joven quien me lo preguntó, una de las veces en que se quedó solo conmigo. —Ares apretó los dientes. Se estaba refiriendo a Segismundo, el botarate que había osado amenazarlo allí mismo, en plena catedral—. El otro es mucho más prudente, pero a este… No sé, es como si una extraña impaciencia lo corroyera. Aprovechó una ocasión en la que el otro se ausentó. No le dije nada, por supuesto.

Ares y Cabana cruzaron una mirada fugaz.

—¿Sobre reliquias? —Indalecio aparentó una candidez que podía facilitarle más información que la ira de fray Carmelo—. Estamos en la casa del señor Santiago, hermano… En cierta medida, cualquier documento del archivo se refiere de uno u otro modo a la reliquia que le da sentido a todo esto, ¿no es cierto?

El archivero, temiendo que Ares fuera a explotar en cualquier momento, se refugió en el gesto comprensivo del arcediano.

—Sí, claro… —Sus titubeos provocaron un nuevo bufido de Ares—. Quiero decir… El muchacho, este tal Mundo, me preguntó si había algún documento que tratase sobre el traslado de reliquias de un lugar a otro. —La mirada de alarma que cruzaron ahora los dos canónigos le hizo apresurarse más aún—. En vano, como os digo… Tanto me cerré en banda que al cabo de unos minutos, él también se marchó. Segismundo, sí. No sé si siguió los pasos de su compañero o no, pero él también abandonó el archivo.

Indalecio esbozó un gesto de extrañeza.

Estaba al tanto de las correrías de Ambrosio por las calles de Compostela. Sus informadores le habían confiado que el licenciado se había comportado como un demente, examinando el suelo y oteando las alturas; renegando entre dientes y husmeando por los rincones con gesto de desaprobación. Nadie sabía qué era lo que podía estar buscando, pero sus espías, convenientemente camuflados entre los lugareños, le habían confirmado que, fuera lo que fuese, algo no encajaba en sus cálculos.

También sabía que el mayor de sus aprendices, aquel al que llamaban Cándido, lo había acompañado en alguna de sus extrañas incursiones, y que otro día había sido reclamado por él en el Hospital Real. Hasta había llegado a averiguar que el joven, al igual que su maestro, también se había mostrado contrariado en las comprobaciones que los dos habían efectuado sobre las rúas compostelanas.

Por eso mismo sabía que Mundo nunca se había unido a tales indagaciones.

—Bien, señores… —sonrió, disimulando el torbellino que se había desatado dentro de su cabeza a raíz del desliz del muchacho—. Parece que ese jovenzuelo tiene extraños asuntos que atender aquí, en nuestra ciudad. Y se diría que van al margen de los de su maestro. —El arcediano decidió no ahondar en el espinoso objeto de la búsqueda que los muchachos estaban llevando a cabo en el archivo. Los ases ya empezaban a asomar en las mangas de aquellos tahúres de medio pelo; ya decidiría cómo abordar la evidente intención del licenciado Morales de robarles su tesoro más preciado—. Abramos bien los ojos y mantengámonos firmes.

Ares leyó un gesto de precaución en su mirada y, de nuevo, calló.

Ya hablarían sin la exasperante presencia de ese hombrecillo sobre aquella misteriosa pesquisa entre viejos manuscritos. Traslado de reliquias. Torció el gesto.

Un instinto asesino tomó por un instante las riendas de su cordura.

Cada cual volvió a sus quehaceres.

Mientras abandonaba la catedral, una nueva idea iba tomando forma en la mente del arcediano. Hasta entonces no había caído en la cuenta, pero el carácter indómito de ese joven podía ser el talón de Aquiles de aquel canalla de Ambrosio. Ahora que la perfidia del cronista iba quedando al descubierto, tal vez Segismundo fuera la escama mellada de su armadura.

Solo tenía que dirigir al punto exacto la saeta adecuada.

Habían venido a robarles, al fin estaba claro. Y no unas monedas, o un caballo. Habían venido a expoliar lo más valioso que tenían. Lo que daba sentido a todo. La razón de ser de aquella ciudad.

Evitar el latrocinio de la reliquia sagrada iba a requerir de todo tipo de recursos, y someter a Mundo a una vigilancia estrecha, visto lo visto, podía ser clave. En tanto no llegase el único hombre que podía desacreditar las insidias del licenciado Morales, las extrañas ausencias del muchacho eran el único asidero que tenían.

Cabana se encaminó a su palacete a toda prisa. Tenía que modificar la consigna que había dado a sus informadores. La vigilancia estrecha que había ordenado sobre Ambrosio podía pasar a segundo plano.

Segismundo de Bretoña era ahora el objetivo.

XXXVI

Compostela, 15 de mayo de 1588

Una mirada viscosa se había adherido a su piel.

De nuevo entre papeles, Cándido tenía una sensación extraña. Algo había cambiado en la actitud del archivero desde el día anterior. Su habitual mimetismo entre el polvo y los pergaminos, como si fuera un estante más, había mutado en una indiferencia forzada que quedaba en evidencia a causa de unas miradas temerosas que nunca les había dirigido. Al principio el muchacho pensó que tal vez fuese una impresión suya, pero pronto se convenció.

Desde su scriptorium, el hombrecillo los vigilaba.

Una nueva pedrada en su yelmo. Aquel acecho incómodo se sumaba al hermetismo del maestro, ahora empeñado en hallar pruebas que demostrasen que bajo la Compostela de su época dormían los vestigios de una ciudad romana. Algo inexplicable. Días atrás el muchacho había concluido que estaban allí para llevarse la reliquia del apóstol, pero tal cambio de rumbo había hecho trizas sus suposiciones.

¿Acaso el maestro pretendía derribar el mito para sacudirse aquella carga de encima? ¿A tanto estaba dispuesto, con tal de que Felipe le permitiese abandonar la ciudad?

En la penumbra del archivo, Cándido se debatía en silencio.

Entre sus manos, un códice llevaba un buen rato abierto en la misma página.

—El grullo ese no deja de echarnos miraditas. —La voz de Mundo lo sacó de su turbia ensoñación—. Está empezando a hartarme.

Los dos echaron un vistazo hacia la otra esquina.

El hombrecillo, súbitamente azorado, se recolocó de forma atropellada y simuló estar centrado en su trabajo.

—Sí —corroboró Cándido—. No sé qué le pasará hoy, pero no hace más que vigilar lo que hacemos.

Era, cuando menos, curioso.

Justamente ese día, en el que Mundo parecía haber perdido toda motivación hacia la búsqueda encomendada por Ambrosio, habían permanecido encallados en la arena. No tenía sentido que precisamente en una jornada tan estéril hubiera surgido un interés tan súbito.

—No le habrás dicho nada de lo que estamos buscando… ¿Verdad, Mundo?

Una sospecha surgida de improviso hizo que Cándido arrugase el entrecejo.

A las inexplicables ausencias diurnas del muchacho y a sus incursiones nocturnas había que sumar ahora el control que el archivero había empezado a ejercer sobre ellos.

—¿Yo? No… Eeeh… ¿Qué dices? Yo no…

Cándido tomó aire, preocupado.

Los titubeos, la mirada clavada en el papel y esa actitud entre esquiva y culpable evidenciaban que su compañero mentía. Se habría ido de la lengua en alguna de sus ausencias. Por eso el archivero los vigilaba ahora como un mochuelo desde una rama.

De todas formas, prefirió callar. De nada hubiera servido apretarle las clavijas al bueno de Mundo. Presionarlo ahora hubiera supuesto que se cerrase en banda. Eso hubiera cegado todas

las salidas.

Y tenía muchas cosas que hablar con él.

Al cabo de un silencio largo, la voz de Mundo lo trajo de vuelta otra vez.

—¿Te pasa algo, Cándido? —Al elevar la mirada hacia él, el joven Suevos no supo interpretar si se mostraba interesado por tapar su mentira o si estaba preocupado de verdad. Se encogió de hombros. Su propia actitud, admitió, contrastaba con la animosidad de los días anteriores—. Llevas todo el día callado… Parece que te faltase el aliento. ¿Qué has estado haciendo con el maestro? ¿Te ha encargado algo que no sabes resolver? Es eso, ¿verdad?

Ahora fue él quien le echó una mirada furtiva al archivero.

Por mucho que sus voces no fuesen más que susurros, no era un lugar seguro para tratar determinados temas. Ni las maniobras de Ambrosio ni los inexplicables tejemanejes de Mundo por Compostela —ni los diurnos ni, desde luego, los nocturnos— eran asuntos que se pudieran hablar allí.

—El maestro está buscando unos extraños indicios en las calles de la ciudad. Pruebas que demuestren que todo lo que aquí hay montado no es más que una engañifa. Hoy mismo ha ido a inspeccionar el Ara de Antealtares. Oí cómo le decía a Formoso que necesitaba desentrañar la inscripción en latín que presenta en su reverso —asentó entre susurros, apresurado—. Pero no nos salen las cuentas. Faltan pruebas… Cosas que tendrían que estar.

Mundo arqueó las cejas, sorprendido.

Su silencio expectante invitaba a continuar.

—Hay pistas que sí encajan —continuó Cándido en voz baja, con cuidado de no irse de la lengua—, pero no sé… Es como si faltasen piezas… Y claro, haría falta ver la ciudad desde el cielo… Pero eso es imposible.

Un inesperado respingo de Mundo lo sobresaltó.

—¿Quieres ver la ciudad desde las alturas?

Cándido asintió con cara de intriga.

No comprendía la pregunta, ni la súbita exaltación que la acompañaba. ¿Acaso Mundo pretendía hacerle surcar los cielos?

—Sígueme. —Sin más explicación, Mundo se encaminó a la salida.

Cándido, aunque dubitativo, salió tras él.

El archivero les vio abandonar la estancia con gesto extrañado.

El comportamiento de aquellos dos era cada vez más errático. Después de todo un día sin hacer nada, ahora salían disparados sin despedirse siquiera. Entonces renegó entre dientes. La estrecha vigilancia que le habían encomendado acababa de quedar sin efecto.

Ni Ares ni Cabana iban a estar contentos.

Los muchachos rodearon la catedral hasta la fachada del Paraíso.

Pese al desconcierto de Cándido, Mundo siguió cuesta arriba con decisión. De vez en cuando le echaba alguna sonrisilla pícara y se reafirmaba, asintiendo. Finalmente, se colaron en el espacio angosto que quedaba entre la Corticela y la catedral.

La iglesita había sido casi engullida por las ampliaciones que había sufrido la basílica con el paso de los siglos. Entre ambas no quedaba ya más que el hueco estrecho a donde los pasos de Mundo los habían conducido.

—El otro día vi cómo unos niños subían por aquí —le indicó por lo bajo—. Después los vi

corriendo por el tejado de la catedral. Supongo que suben para jugar. Vamos.

Sin más preámbulos, empezó a trepar.

La pared, allí, tenía la altura de dos hombres. No parecía muy difícil agarrarse a los canecillos del alero para encaramarse sobre las tejas. Mientras subía tras él, Cándido no podía dejar de pensar hacia dónde se estaría dirigiendo su compañero cuando avistó a aquellos chiquillos. Debía de haber sido en una de sus inexplicables incursiones.

De todos modos, pronto olvidó sus tribulaciones.

El ascenso no era complicado, pero él no tenía ni la fuerza ni la habilidad de Mundo. Ya casi en lo alto, analizó el último paso. Desde la cubierta de la iglesita no sería muy difícil saltar al tejado del primer ábside de la catedral. Allí, la cabecera del gran templo era igual de alta que la Corticela.

Ya desde lo alto, Mundo le dio una mano y lo alzó en vilo sin ningún esfuerzo. Cándido, jadeante, tuvo que cerrar los ojos. Después saltaron al tejado del ábside. Aunque oscilante y pálido, le indicó a su compañero que estaba listo para seguir. No era buena idea quedarse allí. Cualquiera que pasase por la calle podía verlos sobre las tejas y dar la voz de alarma.

Caminaron agachados por el tejado de la cabecera. Entonces, al levantar la cabeza para otear lo que tenía ante sí, comprendió por qué los niños subían a jugar allí arriba.

La cubierta de la catedral era una inmensa superficie empedrada. Una especie de escalinata de granito de escasa pendiente desde donde se podía ver toda la ciudad.

—Fíjate —señaló Mundo, en cuanto llegaron al punto más alto—. Por este lado apenas hay altura, pero por el otro hay un abismo.

Cándido asintió, impresionado.

Se hallaban justo sobre el crucero, a una altura de vértigo. Desde dentro, al mirar hacia lo alto del cimborrio, se veía cómo aquel tejado se alzaba a una altura de veinte hombres sobre el altar mayor. Sin embargo, no habían ascendido más que unos pocos pasos desde el tejado de la Corticela.

La catedral había sido erigida sobre una fuerte pendiente.

Hacia el noreste, donde se hallaba la iglesita, la catedral apenas se elevaba del suelo a una altura de dos o tres hombres. Sin embargo, en toda la vertiente sur y oeste, las paredes del templo eran altísimas.

—Sí —respondió al fin—. Levantaron la basílica en un auténtico barranco.

Tras la cabecera de la catedral, el terreno seguía subiendo. Las casas que rodeaban a la plaza del Campo, que Ambrosio había identificado con el asentamiento originario de las legiones romanas, eran más altas incluso que el lugar donde ellos se hallaban en ese instante.

Bien, se dijo.

Todo concordaba en ese punto. La supuesta fortificación primaria que había deducido el maestro estaría enclavada en una ubicación lógica según los postulados clásicos. Eso confirmaría sus sospechas, al igual que el trazado del cardo maximus… Sin embargo, falta todo lo demás. ¿Dónde está el decumanus? ¿Y el foro? ¿Cómo no iba a haber un circo o un teatro en una población así?

Las cuentas seguían sin salir.

La teoría de Ambrosio seguía cojeando, pero precisamente para eso estaban allí arriba. Para ver a ojo de halcón lo que el maestro y él habían buscado en vano sobre el enlosado de las calles. Para encontrar lo que a ras de suelo no habían logrado hallar.

Contra pronóstico, Mundo había facilitado que pudiera ver la ciudad desde las alturas.

Miró en derredor. Al otro lado de la linterna y hasta las dos torres que se elevaban sobre la plaza del hospital, toda la cubierta de la nave central estaba conformada por las mismas losas escalonadas que tenía ante él.

Los señores de la ciudad habían construido así su catedral porque aquello la convertía en un bastión inexpugnable. Cientos de soldados podrían apostarse allí arriba y disparar contra sus enemigos. Una inmensa fortaleza en la que el ejército arzobispal podía defender a su señor, si fuese necesario, desde las alturas.

Al fin reaccionó. No estaba allí para descifrar los enigmas de la catedral. Después, al volverse hacia la ciudad, sus pupilas relampaguearon.

Compostela se extendía a sus pies. Trataría de desgranar sus secretos.

Solo así podría hallar el supuesto vicus romano que había intuido Ambrosio.

Mundo caminó tras él con gesto de alivio.

Iba a tener que andarse con más cuidado. La perspectiva de atisbar la ciudad desde las alturas le había dado el pretexto perfecto para desviar la atención de su compañero, pero tenía que ser más precavido.

Cándido rodeó la linterna delante de él, ansioso por otear la ciudad hacia el otro lado, pero una presencia inesperada hizo que los dos se quedasen clavados.

En pleno tejado de la catedral, un cerdo husmeaba sobre las losas del escalonado.

Atónitos, los muchachos cruzaron una mirada de asombro. Después, Mundo reprimió una carcajada al ver que toda la cubierta era una especie de corral. Cinco ovejas mordisqueaban dos haces de hierba que alguien les había dejado y doce o trece gallinas vagaban picoteando por los rincones.

Cándido tiró de él, y los dos se ocultaron tras el cimborrio.

El tejado, además de patio de recreo para los niños de la ciudad, estaba habitado. A una seña suya, Mundo miró hacia el fondo y abrió la boca.

Adosada a la fachada trasera de la torre de las campanas, cuya cara principal tantas veces habían admirado desde la explanada del obradoiro, una casita se erguía sobre la cubierta de la catedral. Su mirada interrogante llevó a Cándido a susurrarle una suposición.

—La casa del campanero, me imagino… Y estos animales deben de ser suyos.

Iban a tener que andarse con pies de plomo.

Ya tenían bastantes problemas con el cabildo por el mero hecho de acompañar al maestro; no era conveniente que nadie los viese fisgoneando por allí y corriera a contárselo a los canónigos.

Casi reptando, se mantuvieron al abrigo de la cresta del crucero para llegar a la balaustrada que cerraba la cúspide de la fachada sur. Desde una altura de vértigo que les hizo aferrar la baranda con las uñas, contemplaron allá abajo la plaza donde los orives tenían sus platerías.

Cándido oteó el panorama.

Las rúas que había estado recorriendo con el licenciado se abrían ante él como ríos que fluyesen en paralelo hacia el sur.

Durante un largo silencio escrutó las calles que, según Ambrosio, se correspondían con el trazado romano. Pronto localizó lo que bien pudiera ser el cardo maximus. La calle que la gente llamaba «del Vilar». La recorrió con la vista de principio a fin. Allí estaba, sí. Todo apuntaba a que aquella podía ser la vía principal de una ciudad imperial.

Sin embargo, sin un decumanus que le diera sentido no tenían nada.

Mientras el cerdo seguía husmeando a sus espaldas, los ojos del joven rastrearon sin descanso los tejados rojizos del caserío compostelano. Al final, cuando ya Mundo se disponía a apremiarlo para que abandonasen el tejado, Cándido puso los ojos como platos y dejó de respirar.

Mundo vio cómo perdía el poco color que le quedaba en la tez.

Tras un silencio tan intenso que hizo enmudecer hasta a la brisa, Cándido volvió a toda prisa sobre sus propios pasos, pálido y desencajado, en dirección a la Corticela. Pasó junto al cerdo sin hacerle ni caso y se dirigió de vuelta al tejado de la iglesita. Necesitaba contrastar a pie de calle lo que acababa de vislumbrar desde las alturas.

Iba a precisar también un plano.

Las ideas relampagueaban en su cabeza. Formoso era ahora la única persona que podía ayudarlo. Con nuevas luces destellando en sus pupilas, se apresuró a bajar. O mucho se equivocaba o tenía algo grande. Enorme.

El maestro, aunque no pudiera probarlo todavía, había intuido la verdad.

El trazado romano de la Compostela ancestral acababa de aflorar ante sus ojos.

XXXVII

Lisboa, 16 de mayo de 1588

La Ragazzona estaba casi lista para levar anclas.

Toda la Armada lo estaba, de hecho, según el criterio de los almirantes. En cuanto fue informado de ello, la mirada de Manuel se tornó de piedra. «Casi lista», en semejantes condiciones, no era más que un eufemismo.

Una consideración nacida de la urgencia que acabó de disparar sus inquietudes.

El caótico abastecimiento no cejaba ni de noche ni de día, pero era tan descomunal la empresa a la que estaban abocados que todos los esfuerzos se quedaban cortos. Los suministros no dejaban de fluir, pero había tantas bocas que alimentar que todo era insuficiente. Hasta las reservas de agua dulce, que habían llegado apenas unos días atrás, estaban disminuyendo con una rapidez tan alarmante que ya había tenido que racionarla.

Y eso que aún no había fecha para la partida.

El provisor contempló cómo los mozos estibaban nuevas partidas de alimento en su pañol. Hacía días que solo recibían bizcocho y carne en salazón; las verduras, la fruta y las legumbres se habían agotado en todo Portugal.

Podía imaginar la angustia de los campesinos que iban a tener que alimentar a sus hijos con poco más que vísceras y frutos silvestres, y también el rechazo que la campaña del rey Felipe estaría suscitando entre sus súbditos portugueses.

Desde la boca de la bodega, el provisor apremió a los operarios para que acabasen cuanto antes. Las miradas hambrientas de los soldados lo impelían a trancar cuanto antes la puerta de tablones. Solo él tenía la llave de la despensa. Los hombres atormentados por el hambre y la sed son impredecibles, y aquellos empezaban a acusar ya síntomas de necesidad pese a que ni siquiera habían soltado amarras.

De repente, una vocecita deshizo sus aflicciones de un plumazo.

—¿Cuándo estaremos listos, maese Poulo?

Manuel sonrió.

A su lado, asomado al combés en la misma pose que él, un pequeño grumete observaba la estiba sin perder detalle.

Era el pequeño Tristán, el huérfano de diez años que Cuéllar había puesto a su servicio como paje en el San Pedro. El capitán —ante la insistencia del chiquillo, que desde que él había abandonado su galeón le había preguntado una y mil veces a dónde se había ido maese Poulo— había acabado por enviarlo a la Ragazzona junto con una nota:

«Permitid que Tristán se quede a vuestro lado, os lo ruego. Desde vuestra incorporación a la escuadra de Bertendona no ha dejado de martillear mis oídos preguntando por vos. Casi preferiría escuchar los cañones de Drake antes que esa vocecilla taladrando mis tímpanos día y noche.

Que Tito Rey vuelva a ser el paje de maese Poulo, por Dios. Es un favor que os pido.

Y que así la tripulación del San Pedro pueda recuperar la calma perdida».

Manuel había sentido una gran alegría en el primer envite, enfriada casi al instante.

Él también había echado de menos al pequeño en aquel tiempo. Más, de hecho, de lo que jamás había añorado a nadie, pero prefería no tener persona alguna a su cargo en esa maldita expedición. Ni pajes ni criados. Y mucho menos a aquel niño. Su sonrisa permanente y su ánimo incombustible despertaban en él una ternura que no era capaz de controlar. De ahí que le hubiera pedido al almirante que el pequeño fuese ascendido a grumete. El viento entre los mástiles zumbaba con voz siniestra, empeñado en susurrarle que nunca podría regresar a Poulo.

Que, al igual que don Álvaro, no iba a salir vivo de tan demencial campaña.

—Nosotros ya casi estamos —le contestó al pequeño, que seguía observando la descarga con los ojos muy abiertos—. Y la Armada… Bueno, supongo que en una semana nos haremos a la mar.

El niño asintió con energía, entusiasmado.

La espera en el estuario de Lisboa se le estaba haciendo eterna. Él quería navegar, como en el San Pedro. Surcar los mares en busca de aventuras. No entendía a qué venían tantos preparativos.

La guerra, con su gloria y su esplendor, aguardaba más allá del horizonte.

—¿Fueron tan tediosos los preparativos para Lepanto?

Manuel desvió la mirada.

El rastro de leyenda de la mayor batalla naval seguía resonando, casi dos décadas después, sobre mares y océanos. El pequeño grumete estaba fascinado por ese relato.

Casi cada día lo interrogaba acerca de sus pormenores.

—Aquella batalla fue distinta. Los remeros de las galeras eran en su mayoría esclavos, y el Mediterráneo no es tan fiero como el mar que nos disponemos a cruzar. Además, estos galeones están atiborrados de gente. Fíjate, entre marinería y soldados, somos casi quinientos hombres en la Ragazzona… No te extrañe que tardemos tanto en completar los preparativos.

El pequeño asintió, aunque no muy convencido.

Si por él fuera, podían zarpar de inmediato. Y que temblasen esos piratas ingleses.

Manuel quiso atajar su expresión llameante.

—Una vez en alta mar, va a ser imposible conseguir nuevos suministros. Ni agua ni comida, ¿comprendes? Y no sabemos cuánto puede durar esta campaña.

Tristán se volvió hacia él con extrañeza.

—Ah, ¿no? —preguntó—. Pues a mí me han dicho que este navío es capaz de alcanzar las costas de Inglaterra en menos de diez días…

El provisor se mordió el labio.

Claro que la Ragazzona era capaz de eso. Al menos, en las condiciones idóneas. Lo que el chiquillo no sabía era que en primer lugar se dirigían a Flandes para recoger a los tercios de Alejandro Farnesio. Y que aunque los vientos y la mar fuesen favorables, lo cual era mucho suponer, era probable que los ingleses empezasen a hostigarlos nada más divisarlos cerca de sus costas.

—Los vientos y las corrientes pueden alargar una travesía indefinidamente. Ya deberías saberlo. —Su voz sonó más severa de lo que le hubiera gustado, y el niño esbozó un ademán contrariado al bajar la mirada.

Admiraba a maese Poulo por encima de todos los soldados y lobos de mar.

Lo último que quería era que se disgustase con él. Aquel hombre había sido la mano derecha del gran Bazán, y era capaz de organizar un barco como ese para la guerra. O toda una escuadra, si hacía falta. Él inspiraba más respeto entre los marineros, y entre la gente de guerra, incluso, que cualquier capitán. Pero, sobre todo, había algo mucho más importante.

Manuel era la única persona que lo había tratado con cariño en toda su vida.

Por nada del mundo quería contravenirlo. Ni incomodarlo.

Los dos, ahora en silencio, contemplaron cómo los mozos estibaban el último fardo en el pañol de suministros. Ya solo tenían que retirar el guindaste y el acceso al almacén quedaría expedito. Con gesto de preocupación, Manuel se dispuso a bajar, llave en mano. Tenía que trancar la puerta con tres vueltas.

Cada vez estaba más seguro de que era imposible que la Empresa llegase a buen puerto. Había demasiados factores en contra. Una navegación demasiado compleja, a merced del capricho de las galernas. Una flota demasiado grande, casi imposible de mantener unida en alta mar y abastecida precariamente en medio de tal caos. La improbable coordinación entre aquellos ciento cuarenta barcos y los treinta mil soldados de Farnesio, de sobra ocupados en resistir las acometidas de los rebeldes de Flandes.

Tras comprobar el portón, Manuel se dispuso a regresar a cubierta.

Al mirar hacia lo alto, se encontró con la mirada compungida del grumete, que seguía contemplándolo desde la baranda del combés como un perrillo abandonado.

Entonces, su mirada se empañó..

Rogó fervientemente que el destino le permitiera un último regreso a casa. Desembarcar en Coruña una última vez, y caminar hasta Poulo por el camino de los ingleses. Los ojos del pequeño le habían recordado a los de una niña de melena enmarañada que había conocido mucho tiempo atrás. La misma a la que había reencontrado, años después, en el puerto de la vieja Faro. Una sagaz vendedora de conchas y certera lanzadora de piñas.

La imagen de la indómita Mayor Fernández regresó entre la bruma desdibujada que hace opaca la memoria. Bajo los recuerdos más desgastados apareció, desde algún rincón indefinido, el gesto resuelto de la muchachita.

Indefenso, Manuel voló desde los ojos de Tito hasta ese lugar remoto.

A un tiempo que creía perdido para siempre.

A lo que un día había sido y que jamás volvería a ser.

Sigrás, 2 de noviembre de 1577

Cinco años habían pasado desde su primer regreso a Poulo.

Se extendía ante sus pies el viejo camino de los peregrinos, que se alejaba del mar para internarse entre colinas boscosas.

El reencuentro con el niño que uno ha sido siempre es un viaje complejo.

Las flores del día de difuntos aún lucían frescas en los camposantos. Una mañana desapacible extendía un manto gris sobre las aldeas. El humo de las chimeneas se mezclaba con la niebla casi a ras de suelo, y el frío se colaba por el cuello de su camisa.

Cuéllar le había dado una licencia de diez días. El San Pedro afrontaría unas reparaciones en las atarazanas de Coruña, y él, tras visitar a sus padres, estaría de vuelta a tiempo para reembarcar.

Después zarparían hacia nuevos horizontes.

Manuel se encaminó hacia las alturas de Poulo.

Al acercarse a Sigrás, no pudo evitar sonreír al preguntarse si seguiría por allí la muchachita despeinada que había tratado de timarlo con tanto descaro la primera vez. Sin embargo, la aldea estaba desierta en aquel mediodía áspero.

Aunque un tanto decepcionado, siguió camino.

Nueve días después, ya de regreso hacia el puerto, el panorama no había cambiado mucho. Con los besos de su madre palpitando aún en las mejillas, Manuel volvió a pasar por el Sea grass de sus recuerdos. Un orballo cansino había ido empapando su ropa a lo largo de toda la mañana, y ni la parada en el hospital de Bruma había reconfortado su ánimo.

Muchas horas de caminata bajo la llovizna otoñal.

Aunque el frío lo impelía a correr hasta el puerto de la vieja An Chruinne para reponer fuerzas en una de las tabernas portuarias antes de regresar a bordo del San Pedro, decidió asomarse a la iglesia. Una nostalgia acuciante lo aguijoneaba desde que Cuéllar le había concedido —casi impuesto— aquella licencia. Por algún motivo inexplicable, el recuerdo de esa chiquilla lo había acompañado durante los años de singladuras. Era como si, de algún modo, ella fuera el nexo que lo mantenía unido a un tiempo y un lugar que la vida, aliada con su tozudez, le había arrebatado.

A la edad que destella en el paisaje descolorido de la memoria primigenia.

—¿Mayor Pita? —El cura se mostró perplejo al saber de su interés por la niña—. ¿La hija de Simón?

Manuel no le supo dar razón.

Apenas podía dar el nombre y una descripción vaga de una pequeña que, cinco años después, tal vez no se ajustase ya al aspecto que él recordaba.

—Si es ella, andará ahora por los trece años —siguió el párroco, pensativo—. De vez en cuando viene toda la familia, y se pasan aquí una temporada. Tienen viñas en esta parroquia, y también un par de fincas de cereal. Supongo que habrá sido en una de esas ocasiones cuando vos la conocisteis… Siempre está tratando de venderles a los peregrinos esas conchas, sí. No obstante, la mayor parte del tiempo están en Coruña. Sus padres tienen una taberna en el barrio de la Pescadería.

Manuel decidió continuar.

Ahora tenía un nuevo motivo para llegar cuanto antes a la ciudad portuaria.

Allí, siguiendo las indicaciones del sacerdote, buscaría el establecimiento en cuestión. El cura le había dado una descripción del sitio, y una dirección.

Con eso bastaría.

La vieja Faro era un burgo dúplice que florecía al amparo de su puerto.

Coruña era una ciudad dividida en dos poblaciones contiguas pero de espaldas. Dos ciudades en una, y muy distintas entre sí.

En la zona alta se alzaba una ciudadela rodeada de mar por todas partes excepto por el muro que la separaba del barrio portuario. La ciudad fortificada resguardaba su abolengo tras una muralla anticuada que ya había visto pasar varios siglos sobre sus piedras gastadas sin renovación alguna. Esa era toda su defensa.

Desde allí, los vecinos de alta alcurnia reivindicaban que se alzase una fortificación en un

islote rocoso, situado a unas cien brazas de la orilla. Un fuerte artillado que pudiera proteger de un posible ataque naval a las riquezas de nobles y comerciantes. Hasta entonces, lo único que había existido allí era una ermita ruinosa dedicada a San Antón que hacía las veces de lazareto.

Sin embargo, era el barrio bajo, aquel que llamaban «la Pescadería», el que acogía entre sus callejuelas la legendaria vitalidad de la ciudad portuaria. Sus muelles bullían de actividad entre descargas y transacciones. Armadores que organizaban fletes para los puertos de Flandes, marineros con ganas de gastarse la soldada en vino y mujeres, soldados con licencias de dos días que tenían que exprimir al máximo…

Ese era el día a día de aquel lugar.

Y allí, en un callejón cercano al puerto, estaba el almacén de Simón Fernández.

Tras un vistazo lejano al San Pedro, Manuel se internó en las callejas en penumbra.

Estaba calado hasta los huesos, y la noche invitaba a buscar refugio frente al fuego.

Lo que el cura de Sigrás había llamado «taberna» era en realidad un tugurio oscuro, atestado de toneles y de sacos de harina hasta el techo, que recibía a los clientes con un intenso olor a moho y humedad. Almacén y taberna a la vez; eso era lo que pretendía ser aquel lugar, aunque en realidad no fuese más que un antro de borrachos.

Manuel pidió un pichel de Rivadavia y se sentó en una esquina.

Pudo oír cómo en la trastienda dos voces femeninas conversaban mientras llevaban a cabo algún tipo de trasiego. El tal Simón era un hombrecillo calvo de aspecto tristón que parecía estar cansado de vivir. En la mesa de al lado, unos muchachos con atuendo militar, soldados de algún navío de guerra fondeado en la bahía, bebían vino a espuertas mientras apostaban sus salarios a los naipes. Poulo les echó un vistazo de preocupación antes de volver a su taza. El juego a bordo estaba prohibido en los barcos del rey.

Las risotadas de los jovenzuelos eran tan molestas que Manuel, aun sin haberse terminado todavía ni la primera taza de vino, decidió marcharse. No había logrado ver a la niña, pero era mejor ir a la fonda de siempre y tratar de descansar. Al día siguiente, con la marea de la mañana, se reincorporaría a la tripulación del capitán Cuéllar. Seguro que se encontraría con problemas de aprovisionamiento que tendría que resolver. Como siempre.

Sin embargo, no había hecho más que iniciar la acción de incorporarse cuando la mesa de los muchachotes cayó con estrépito a su lado, salpicándole los zapatos con el vino de las tazas hechas añicos. Se echó hacia atrás justo a tiempo para apartarse de la trifulca. Uno de los jóvenes, rojo como un tizón, acusaba a otro de estar inventándose las normas. Al punto, todos tomaron partido por uno u otro bando. Manuel se apretó contra su esquina. Conocía bien aquel tipo de situaciones.

Sin la supervisión de sus oficiales, los reclutas borrachos eran fieras desatadas.

Vio cómo el bueno de Simón trataba de calmar los ánimos desde la barra, aunque sin demasiada convicción. Pese a las voces del propietario, que llamaba al orden sin que nadie le hiciera ni caso, los muchachos no tardaron en enzarzarse en unos agarrones torpes que acabaron por tirar otra mesa al suelo.

Se dispuso a escabullirse, pero una nueva intervención le hizo detenerse.

Una mujer de mediana edad, que él supuso la esposa del tal Simón, irrumpió desde la parte de atrás como un huracán. A base de gritos y empellones se interpuso entre los soldados y, repartiendo sopapos, logró apaciguar por un momento la pelea.

No fue más que un espejismo.

Uno de los que habían iniciado la trifulca le lanzó una taza al presunto tramposo y los empujones se reiniciaron con más saña que antes. Pese al arrojo de la mujer, que repartía bofetadas a diestro y siniestro, los soldados siguieron con su porfía desgarbada hasta que uno de los muchachos, tras recibir un tirón de pelo que le hizo gritar, reaccionó de forma instintiva lanzando a su atacante contra un tonel. No se percató de que acababa de estrellar a la dueña hasta que la vio tirada en el suelo tras él, hecha una madeja y tratando de levantarse.

Entonces, todos se detuvieron otra vez.

De nuevo, solo fue durante un par de segundos. Al ver que la mujer, aunque aturdida, empezaba a incorporarse, se reanudaron las acusaciones a voz en grito y las actitudes desafiantes. No obstante, al poco rato, una nueva irrupción inesperada provocó que todos se quedasen clavados por tercera vez.

Esta fue la definitiva.

Manuel contuvo la respiración al ver cómo irrumpía desde la trastienda, con el cabello enmarañado y una mirada asesina en la cara, una muchachita de doce o trece años que enarbolaba una horquilla como si estuviera deseando la más leve provocación para ensartar a los soldados.

Desprendía esa furia indómita que algunas personas son capaces de difundir con tan solo respirar.

Con las palmas alzadas en señal de rendición, los reclutas retrocedieron poco a poco hacia la puerta. Después, en cuanto pisaron la calle, se dieron la vuelta y salieron en estampida en dirección al puerto.

La chiquilla, que todavía soltaba chispas por los ojos, posó la horquilla contra la pared y se acercó a socorrer a su madre. La mujer se tocaba el hombro del topetazo con gesto dolorido. Manuel pudo apreciar que el tal Simón, con su gesto aburrido y su calva brillante, no se había llegado ni a mover de la barra. La doña, renqueante, regresó a la parte de atrás ayudada por su hija. Solo entonces su marido, sin cambiar el semblante, salió para recoger los destrozos. Manuel, disimulando una sonrisa, lo interrumpió un segundo para pagarle y salió discretamente.

Ya en la calle, inspiró la brisa marina.

Entonces sonrió. No se había equivocado con aquella jovencita. Fuese lanzando piñas o blandiendo aperos, la pequeña Mayor era una fuerza de la naturaleza.

Una de esas personas que atesoran una energía incontenible.

Que difunden una furia indómita con tan solo respirar.

XXXVIII

Coruña, 16 de mayo de 1588

Once años después del episodio con la horquilla, Mayor seguía en Faro.

A diferencia de la ira de aquel día, ahora la invadía una desazón indefinida.

Un puñado de buques se preparaban en el puerto para unirse a una gran flota que venía desde Lisboa. Después, se rumoreaba en los muelles, partirían todos hacia el norte.

A Inglaterra.

Tras entregar el último pedido, la joven le echó un vistazo al puerto y meneó la cabeza. Extraños vientos de guerra ululaban sobre los tejados. La vieja Faro, siempre festiva, podía teñirse de sangre en cualquier momento.

Un amigo de muchos años atrás estaba en ese mismo instante en Lisboa. Manuel de Poulo, se llamaba, y había venido a su memoria porque, al igual que el hombre que acababa de pagarle la mercancía, formaba parte de esa expedición. Él también era despensero real.

Acababa de oír que en unos días saldrían hacia el norte. A la guerra. Según fanfarroneaban los reclutas, los almirantes de Felipe se disponían a colgar de una verga al canalla de Drake y a derrocar a la reina hereje. El fervor bélico se propagaba, con una euforia absurda, por todas las cantinas de la Pescadería.

Mayor apretó el paso. Tenía mil cosas que hacer en sus almacenes. Eran establecimientos modestos, pero no admitían holganza. Además, estaba la carnicería que había heredado de Juan, su primer marido, en la ciudad alta. O la que regentaba Gregorio, el actual, aunque de esa, por suerte, no tenía que encargarse ella.

Se había casado en segundas nupcias hacía unos meses; apenas tres años después de enviudar. Y, pese a que solo tenía veinticuatro recién cumplidos, llevaba tiempo arrastrando la sensación de haber sufrido ya demasiados cataclismos. Aunque también —y esto era lo que le resultaba más curioso— sintiese que todavía le quedaba todo por vivir.

En esos años se había ganado que armadores y maestres la tratasen como a una igual. Sin embargo, eso también era lo que provocaba que unas risitas malintencionadas corriesen por todo el puerto, a sus espaldas, cada vez que los rudos hombres de mar la veían pasar al frente de su carreta.

Todo eso le daba igual; solo tenía que girarse para que las sonrisas burlonas se congelasen en las caras de los bravucones. Ni capitanes ni oficiales, ni mucho menos marineros o soldados, osaban encararse con ella. De hecho, alguno ya había salido escaldado en más de una ocasión. No obstante, sí había algo en ellos que despertaba una desazón profunda en su interior.

Ver cómo aquellos bobalicones brindaban por la guerra le provocaba escalofríos.

Manuel le había confesado algo terrible en su última escala en Faro.

Una campaña de tales proporciones era un juego de azar. Una moneda a cara o cruz. Se lo había explicado allí, en su propia casa. El aprovisionamiento de aquellos barcos solía ser precario, y los navíos empezaban pronto a acusar los embates del océano. Al fin y al cabo, estaban hechos de madera y cáñamo. Las terribles condiciones a bordo provocaban que los conatos de rebelión fueran frecuentes. Ni siquiera hacía falta que la gente empezase a morir de

hambre o sed.

Además, ahora había un enemigo aguardando con los cuchillos afilados.

Los ingleses, con el apoyo cercano de sus puertos y la experiencia de toda una vida surcando aquellas aguas, no iban a quedarse quietos.

Y lo peor de todo: esa guerra no era más que una cortina de humo en la que todo era mentira. Ni Felipe pretendía derrocar a la reina de Inglaterra ni lo hacía para recuperar el trono que un día había sido suyo por matrimonio. Y mucho menos como una cruzada de religión. No. Todo se reducía a una jugada estratégica de política internacional para seguir siendo el hombre más poderoso del mundo. Que Elizabeth dejase de espolear a los rebeldes de Flandes contra él, y darles una lección a los corsarios ingleses que asediaban a los galeones españoles que traían el oro del Perú.

Y, sobre todo, evitar que la reina de Inglaterra reivindicase la independencia de Portugal. Eso hubiera arrebatado a Felipe la mitad de sus posesiones en todos los continentes.

—El rey ni siquiera desea ganar esta guerra, Mayor —le había confesado aquel día su viejo amigo, con la mirada oscurecida—. Simplemente quiere obligar a la Jezabel a firmar un acuerdo que proteja sus intereses.

Mayor dejó atrás el puerto y caminó cuesta arriba, de regreso hacia la calle Herrerías. Allí, en su propia taberna, cuatro niñatos con uniforme de oficial brindaban por la guerra que se avecinaba. No tardó en percatarse de que pertenecían a la tripulación del navío que ella acababa de visitar.

Uno de los que, en breve, se sumarían a la flota que venía de Lisboa.

Reprimiendo a duras penas el impulso de echarlos, se encerró en la parte de atrás. Allí se encontró con Carmen, y las dos menearon la cabeza.

La chiquilla solo tenía catorce años, pero la ayudaba con los pedidos del almacén con más energía que un rudo estibador. Carmen le dedicó una mirada de circunstancias, y ella le respondió con un soplido. Fuera, el jolgorio de los muchachos no cesaba.

Mayor decidió marcharse a casa para no oírlos.

Un pájaro siniestro había anidado en su cabello enmarañado. Mientras se alejaba, atisbó que un nuevo barco se acercaba al puerto.

A la vieja Faro, hoy festiva, la cercaba una marea de sangre.

Extraños vientos de guerra silbaban sobre sus tejados.

XXXIX

Compostela, 16 de mayo de 1588

Mundo y Ambrosio se encontraron ante la botica.

Los dos traían desconcierto en la mirada.

Los ayudantes de Formoso les habían comunicado por separado que el joven Suevos y el propio boticario los estaban esperando en la apoteca. Aún no había salido el sol, pero algo muy urgente había llevado a Cándido a levantarlos de la cama.

Tras cruzar un gesto de incomprensión, entraron sin llamar.

Formoso y Cándido hablaban por lo bajo, claramente agitados, mientras examinaban un papel que reposaba sobre la mesa.

Al percibir una presencia a sus espaldas, se giraron.

—Maestro, disculpad la urgencia —saludó el joven, sonriente pese a la cara de cansancio que exhibía—, pero he dado con lo que estábamos buscando.

Al apreciar sus signos de agotamiento el licenciado arrugó la frente, pero no dijo nada. En lugar de ello, se acercó a la mesa con gesto de interés.

Allí, cuidadosamente extendido, había un mapa.

—El bibliotecario de los franciscanos me prestó ayer el original —le dijo Formoso—. Y este muchacho tuyo se ha pasado toda la noche haciendo esta copia.

Ambrosio se inclinó sobre el documento.

Pronto advirtió que era el plano de la ciudad. Allí estaban la catedral, el hospital y la gran explanada; y también las dos calles que él había identificado como los cardines romanos, con aquella extraña angulación respecto a la basílica.

También pudo identificar la plaza del Campo, tal vez la fortificación originaria que había dado lugar al vicus, pero… nada más. Al igual que en las calles, no había ni rastro de más vestigios romanos en aquel papel.

Cándido leyó la desazón en sus ojos y tomó una pluma que mojó en tinta azul. Sus trazos formarían un buen contraste sobre las calles dibujadas en negro.

—Fijaos, maestro… —empezó. Su gesto de ilusión contrastaba con la fragilidad que desprendía todo su ser, y también con el ceño fruncido de Ambrosio—. Lo primero que podemos identificar en este mapa es el perímetro de la muralla romana.

Mientras hablaba, fue dibujando un rectángulo de esquinas redondeadas que englobaba las rúas principales y llegaba hasta la catedral.

Mundo y Formoso, en torno a la mesa, observaban en silencio.

—Aquí arriba, en una de las esquinas, está la plaza del Campo. Las piezas empiezan a encajar, ¿verdad? —prosiguió el joven. Ambrosio se debatía ahora entre el interés y el escepticismo. Aquel punto ya lo había alcanzado él tiempo atrás—. También es coherente la ubicación de la necrópolis romana en la esquina noroeste del asentamiento… Aquí; justo debajo de lo que hoy es la catedral.

—En el lugar donde se halló el sepulcro romano que, en su día, unos listillos atribuyeron al mismísimo apóstol Sant Iago —suscribió el boticario.

Ambrosio se volvió hacia él. Al parecer, Formoso había estado ayudando a Cándido. Después regresó al mapa para ocultar su contrariedad. Había cuestiones que era mejor no airear, ni siquiera con un buen amigo.

Y la pista que a él le había sugerido Sheridan era una de ellas.

—En el mismo sitio, eso es —corroboró el muchacho—. Pues bien, maestro… A nuestro cardo maximus le falta un decumanus que lo cruce. Es ahí donde no salen las cuentas, ¿no es verdad? —Con tinta azul, trazó la línea de la rúa del Vilar, de la Rúa Nova y de la rúa que llamaban «del Franco». Las tres paralelas que corresponderían con los cardines del vicus romano. Ahí se detuvo, recreándose en el gesto expectante de su maestro—. Pero lo que no sabíamos es que hay un cuarto cardo. Una calle, paralela a estas tres, que ha quedado oculta con el paso de los siglos.

Ambrosio contuvo el aliento.

En efecto, bajo la pluma de Cándido se veía perfectamente el trazado antiguo de una calle intermedia entre la del Vilar y la Nova. El vestigio de otra rúa que, por algún motivo, daba muestras de haber sido clausurada tiempo atrás.

—La llaman «de la Balconada». —Formoso tomó la palabra—. O así era denominada en tiempos, al menos… Hace unos cientos de años, no sabría decir cuántos, fue cerrada para siempre y purificada con sal porque en ella asesinaron a un obispo. —El licenciado, volcado sobre el plano, abrió mucho los ojos—. Lo que en principio era un cierre temporal acabó por ser definitivo. Los dueños de las casas cuyas fachadas daban a las dos calles principales empezaron a ampliar sus huertas hacia atrás. Al fin y al cabo, sus fachadas traseras no daban ahora más que a un callejón cegado que no tenía salidas. Y así fue durante décadas, como os digo. Tal vez durante centurias hasta que, entre unos y otros, acabaron por comerse la rúa cegada. Si salís por la trasera de cualquier casa de la Nova, o del Vilar, os hallaréis con el antiguo trazado de lo que un día fue una calle. Por mucho que hoy no sea más que una sucesión de cercas y tapias.

Los ojos del cronista volaban sobre el plano, descubriendo cosas que hasta entonces habían permanecido ocultas. Cándido le dejó hacer, pero al cabo de un rato volvió a acercarse con la pluma entintada.

Entonces, trazó una línea transversal a las otras.

La calle que bajaba justo al lado de la iglesia de Salomé, y que se truncaba allí donde debiera continuar para conformar el decumanus perdido, había sido cegada al construirle una casa encima.

Ahí, el pecho de Ambrosio se desbocó definitivamente.



—Exacto, maestro… —sonrió el muchacho—. Al cegar la calle intermedia, esa de la Balconada, el decumanus también se vio interrumpido. Tanto por un lado como por el otro, lo que permaneció fueron dos callejuelas sin salida que morían en la cerca que cerraba la rúa maldita. Dos callejones truncados, abocados a acoger ratas y maleantes. No es de extrañar, por lo tanto, que la ciudad acabase dando permiso para construir sobre esas dos parcelas. Eran estrechas y alargadas, no en vano hasta entonces habían sido una calle, pero servían para levantar una casa por cada lado.

El cronista enmudeció. En efecto, allí estaba el decumanus perdido.

—Yo también me asombré al principio —apuntó Formoso—, pero este joven tiene una vista de lince. Conozco bien esas dos casas que se dan la espalda con el vestigio de la Balconada entre ellas. He estado dentro, de hecho, pues sus dueños son clientes míos. Y, en efecto, siempre me parecieron extrañamente estrechas, y larguísimas.

Ambrosio cruzó los brazos ante el pecho.

Al fin habían hallado el decumanus. El trazado romano, por tanto, había aflorado en sus vías principales. Sin embargo, iban a necesitar más pruebas para defender que aquel había sido el auténtico origen de la ciudad sagrada. Al pasear de nuevo la vista sobre el mapa, negó en silencio.

Seguía habiendo incongruencias.

—Pero hay más —se apresuró a continuar Cándido—. ¿Recordáis que en el foro de las ciudades romanas solía haber templos? En aquel tiempo, en concreto…, ¿un templo dedicado a la maternidad? Un rito importado de una de las provincias más remotas del Imperio. Vos mismo me lo enseñasteis.

Un destello de sorpresa alumbró las pupilas del viejo erudito.

—Isis —murmuró, retornando la vista a un lugar concreto del mapa.

Allí donde se cruzaban cardo y decumanus, Cándido estaba ahora señalando el templo dedicado a María Salomé.

La madre del apóstol, nada menos.

—Exacto —corroboró el joven—. Ya tenemos, pues, nuestro foro. Aunque solo sea un vestigio, en el lugar exacto donde debería estar.

Sin acabar de verlo claro, Ambrosio siguió contemplando el plano con expectación. Seguía habiendo incógnitas que despejar. ¿Y la extraña angulación de la catedral? ¿Y la inexplicable ausencia de un anfiteatro, o de algo similar?

Cándido volvió a mojar la pluma en el tintero azul y Ambrosio se mantuvo impasible. Aún había cabos por atar en ese rompecabezas.

—Mirad aquí, maestro… —El muchacho empezó a trazar una línea en semicírculo en una esquina del rectángulo que había dibujado al principio, bordeando la plaza del Campo—. En esta esquina del vicus, también en el lugar más lógico…, estaría el teatro. —Ambrosio, por primera vez, alzó las cejas y negó. Aquello era ir demasiado lejos. Cándido apreció su gesto y se reafirmó —. Es difícil de apreciar aquí, en el papel, pero sobre el terreno no hay lugar a dudas. Las plazuelas que se abren cada poco en esta calle semicircular presentan una extraña forma trapezoidal. Un trazado que solo puede corresponder a los antiguos vomitorios.

Ambrosio se giró hacia él, extrañado.

Así que también había tenido tiempo de recorrer la calle que rodeaba el convento de Antealtares… Mientras asentía, recordó que la callejuela mostraba un peculiar trazado curvo para el que no había explicación, pero eso era suponer demasiado.

—De verdad, maestro —insistió el joven—. El desnivel corresponde con el graderío de un teatro, y el proscenio se hallaría en la parte llana de abajo. Tal vez aquí no se aprecie con claridad, pero creedme: desde las alturas se aprecia claramente.

De nuevo, el licenciado se quedó observándolo.

«¿Desde las alturas?».

¿Acaso sus pupilos se dedicaban ahora a emular a Ícaro? ¿O tal vez habían hallado la manera de escalar hasta la cúspide de las torres más altas de la catedral?

Mundo, a su espalda, se mordió la lengua.

No había entendido nada, pero aquello sí lo entendía. El maestro se estaba preguntando a qué venía aquello de ver la ciudad desde las alturas, y aunque Cándido se había azorado ante su propia imprudencia, el que más tenía que ocultar en tal asunto era él. Al pensarlo, la imagen de una melena rizada ondeando al viento sobre los tejados de la catedral relampagueó ante sus ojos con un sabor dulce y ácido a la vez.

Por suerte, Cándido se rehízo y volvió al mapa con la pluma.

Al parecer, aún tenía un último as en la manga.

—Y, por último, maestro… No hallábamos explicación para la angulación de la catedral respecto a la cuadrícula romana, ¿no es cierto? —Entonces dibujó un ángulo entre la pared del templo y la línea del cardo—. He medido este ángulo. Son diecisiete grados; pues bien, he calculado el tiempo que pudo haber pasado entre la construcción de la ciudad imperial y la basílica del señor Santiago. ¿Cuánto estimáis que pueda ser, maestro? ¿Unos ochocientos años? —Ambrosio asintió, indeciso—. Bien, pues he buscado cuánto puede haber variado la declinación del sol en ese tiempo, y adivinad la magnitud…

Su sonrisa desprendía una convicción arrolladora. Tanto que Ambrosio palideció.

—Diecisiete grados —acertó a aventurar, sobrecogido.

Las piezas encajaban definitivamente.

Las pruebas que avalaban el origen romano de Compostela estaban allí, en tinta azul, sobre el plano de la ciudad. La variación del eje de rotación de la Tierra a lo largo de ocho centurias había proporcionado la solución a la única incongruencia que aún se resistía a sus indagaciones.

El talento deslumbrante del joven Suevos había desvelado el misterio.

En la mente de Ambrosio destellaron a la vez Sheridan y el rey. El lenguajero lo había puesto sobre la pista que podía servirle para convencer al monarca de que la supuesta reliquia de

Iacobus no era más que un fraude. Si acaso, tal y como rezaba la lápida originaria, aquel sería el cuerpo de un mercader romano que había muerto en la Assegonia originaria cuyo mausoleo habrían descubierto siglos después los creadores del mito.

Su misión allí ya no tenía sentido.

Sí, pero… ¿por qué?, se preguntó ahora. Desnudado un misterio, se revelaba con más fuerza otro. ¿Qué interés podía tener el jesuita, un monje irlandés que no lo conocía de nada, en desvelarle aquella verdad?

La claridad empezó a colarse por la ventana. Un amanecer somnoliento asomaba ya sobre los tejados de Compostela.

—Recoge esto, Cándido —ordenó Ambrosio, mientras se giraba para abandonar la botica—. Tenemos que comprobar sobre el terreno todas las hipótesis. Ah, y… que nada de esto salga de aquí, os lo ruego a los tres.

Todos lo vieron salir con un caminar cansado.

Ambrosio se encaminó a su alcoba. Tenía que dejar por escrito todo lo que su joven discípulo había desvelado a lo largo de esa noche en vela.

Más pronto que tarde iba a tener que exponérselo al rey, junto con la intención de abandonar la misión que le había encomendado. No había dudas; tenía que salir de allí cuanto antes. Y por más de un motivo.

Ya no se trataba solo de que aquel lugar despertase sus peores recuerdos.

Que los muchachos merodeasen sus tejados era incluso más inquietante.

XL

Compostela, 19 de mayo de 1588

La luna teñía de plata el escalonado de piedra.

Los amantes, aún agitados, se ocultaban de la luminosidad delatora entre las sombras pétreas. La capa del muchacho los protegía de la brisa nocturna sobre el tejado de la catedral. Las noches aún eran frescas para la piel desnuda. De miradas indiscretas los protegía el cimborrio, contra el que estaban recostados.

Mundo, con la nariz hundida entre los rizos de la Crecha, observó la ciudad.

Pese al frenesí que acababa de sacudir la raíz más profunda de sus cimientos, se puso serio. Desde ese mismo lugar, tan solo unos días antes, Cándido había desvelado los secretos del Locus Sancti Iacobi. El supuesto origen romano de la ciudad que el maestro, quién sabe por qué, había estado buscando desde su llegada a Compostela.

Su ceño se nubló. Su brillante compañero estaba, desde entonces, postrado en el hospital. Por mucho que Formoso desplegase con él toda su sabiduría, no había logrado rebajar la fiebre tozuda que lo flagelaba. Ambrosio se había pasado los días examinando las calles con la vista clavada en las paredes, o en el suelo, y murmurando entre dientes.

La gente lo miraba como si estuviera trastornado.

—¿Qué piensas? —musitó ella de pronto, cobijada en su regazo.

El joven volvió en sí al oír su voz.

Al sentir la suavidad de la piel que tocaban sus dedos, se sumergió nuevamente entre sus cabellos e inspiró.

Las cubiertas habían sido testigo de sus encuentros secretos desde el día en que él se había presentado ante su puerta, confundido y sin argumentos. «Búscame esta noche en el tejado de la catedral», le había susurrado ante la puerta, muy seria.

Esa fue la primera madrugada en que él se escabulló por la ventana del hospital, aprovechando el sueño de Cándido. Desde entonces, ninguno de los dos había faltado a su cita nocturna. Ni siquiera cuando ella lo plantó a plena luz del día, ante su casa, el día en que él se presentó allí de nuevo, ilusionado y sonriente.

—No vuelvas por aquí —le advirtió entonces, tras echar una mirada temerosa a los dos lados de la calle—. Solo podemos vernos de noche. Y solo en los tejados.

Mundo no tuvo más remedio que dar media vuelta.

La actitud angustiada de ella le hizo deducir que, inevitablemente, todos sus encuentros tendrían que ser clandestinos. Tras el portazo, se giró con la cabeza gacha para arrastrarse al archivo. Aunque consternado, se apresuró. Se había pasado un buen rato bajo la mirada inquisidora del archivero antes de decidirse a salir, y Cándido podía volver en cualquier momento. De regreso a la catedral, la decepción y las dudas torturaban su entendimiento. El extraño sigilo que ella blandía en su contra le parecía sorprendente.

Al fin y al cabo, ella regentaba el lupanar más famoso de toda la ciudad. Un establecimiento que siempre presentaba las puertas cerradas a cal y canto, pero tras las que sucedía lo que todo el mundo sabía. Además, era ella la que había buscado al maestro una y otra vez, solicitando que

fuera a verla con insistencia. ¿A qué venía, pues, tanta agonía?

La primera noche se sentaron allí para susurrar y reír durante horas. Tan solo las primeras luces de alba pudieron separarlos. Ella, angustiada al ver cómo asomaba la claridad tras el horizonte, se había despedido con un beso apresurado.

Desde ese instante, Segismundo fue incapaz de pensar en nada más.

Algo debía de haber cambiado en el corazón de ella en aquel tiempo. La que hasta entonces había sido una mujer descarada de mirada desdeñosa se había convertido en una joven tierna a la que se le humedecían los ojos cuando lo miraba frente a frente.

Nada hubiera podido desinflar el revuelo que se había desatado dentro de él. Ni las sospechas de Cándido ni el gesto atormentado del maestro. Nada.

Ella, con su mera presencia, ponía el universo entero a sus pies.

—Estás muy callado —La voz de ella, arrebujada contra él, volvió a sacarlo de su ensoñación —. ¿Te preocupa tu compañero?

Mundo la apretó contra sí.

—Se recuperará —dijo en su oído, muy bajito—. Está bien atendido.

—¿Entonces?

El gesto del muchacho se endureció.

Sí había algo. Una idea oscura llevaba días flotando a su alrededor. Una duda ácida que había surgido a lo lejos con apariencia inocente, pero que se había ido agrandando como una sombra.

Durante unos segundos, Mundo se debatió entre las ganas de prolongar el paraíso de sus caricias y la necesidad de espantar aquel espectro.

Finalmente, la desazón fue más fuerte.

En esas ocasiones siempre lo es.

—¿Por qué no podemos vernos de día? —le espetó, con brusquedad—. Tú recibes… gente… en tu casa. ¿Por qué no a mí?

De repente, ella se puso rígida.

Los titubeos del joven, y aquella hiperbólica mención a «la gente» en lugar de a «los hombres» que ella recibía evidenciaban su tormento. Debería haber visto venir el nubarrón, pero ella también llevaba tiempo sin tocar el suelo.

Los dos cuerpos desnudos se despegaron y ella se cubrió con su propia ropa. Él esperó muy serio, con la mirada fija en la lejanía.

Al fondo, las siluetas de las colinas se recortaban el cielo estrellado.

—Escúchame bien, Mundo. —Los labios de ella temblaban y un dolor profundo asomaba a sus pupilas, que él vio titilar bajo la luz de la luna—. Nada te pido, pues nada te puedo ofrecer. Mi corazón es tuyo, supongo que a estas alturas ya lo sabes. Sin embargo, eso es cuanto tengo. Ni mi tiempo, ni mi casa ni mi vida me pertenecen. Solo poseo estas horas que le robo al sueño para estar contigo.

Al ver que su voz se quebraba, él la abrazó de nuevo.

Al apretarla contra él notó su corazón, acelerado como el de un pajarillo.

—Tranquila —susurró, entre remordimientos.

Sin tiempo para treguas de artificio, ella se apartó y le cogió la cara entre las manos.

—Si esto no te vale —insistió, y unas lágrimas gruesas empezaron a rodar por sus mejillas—, comprenderé que no quieras volver a este tejado nunca más. Pero si sientes lo mismo que yo, no vuelvas a preguntarme nada. Las noches y este lugar: eso es cuanto tenemos. Eso es lo que te puedo ofrecer.

Después salió corriendo, mal envuelta en su vestido, en dirección a la Corticela.

Mundo la vio alejarse con el alma agrietada.

No podía olvidar que, durante el día, ella se pasaba las horas entreteniendo a otros hombres. Sabía que algunos canónigos, viejos y grimosos, eran recibidos cada atardecer en la casa de la Crecha. También el frailecillo pelirrojo de aspecto afeminado con el que se había cruzado ante la puerta el primer día.

Y, sin embargo, a él solo le permitía verla de noche y en secreto.

Su vista errante vagó sobre los tejados, y cuando se topó con las torres del templo esbozó un mohín de disgusto. Al final de la cubierta, la casa del campanero dormía contra la trasera de la gran torre que, al otro lado, se asomaba al obradoiro.

Los primeros rayos del amanecer lo arrancaron de aquel enfrascamiento amargo.

Entonces reaccionó. En unos minutos, Formoso se pasaría a visitar a Cándido. Sacudiéndose el entumecimiento, se levantó. Para entonces tenía que estar de vuelta.

Inspiró profundamente.

Pese al frío, las dudas y el dolor de huesos, una sonrisa asomó a su cara al recordar lo que ella le había dicho antes de marcharse. Las palabras que ella había pronunciado, aunque lo hubiera hecho entre lágrimas.

«Mi corazón es tuyo», le había dicho. No había espacio para nada más.

Rendido a sus pies, el universo se desperezaba ante sus ojos.

XLI

Lisboa, 20 de mayo de 1588

Un atardecer esplendoroso teñía el cielo de colores.

Sobre la línea recta del horizonte, retales de nubes iban mudando de tono entre el añil y el naranja. La luz de la primavera reverberaba en las aguas tranquilas del estuario.

Desde la popa, Manuel observaba la estampa con el alma desordenada.

Como una bandada de ánades durmientes, cien barcos cabeceaban en torno a sus anclajes. El más próximo a él era la majestuosa Girona. La inmensa galeaza imponía su poderío como lo habría hecho un castillo sobre unas casas humildes que se alzasen a su alrededor. La rodeaban un puñado de mercantes armados, entre los que Poulo se fijó en la urca hanseática, la Santiago, por el ambiente festivo que propiciaban las mujeres de a bordo. Ellas, junto con sus maridos, eran las responsables de cuidar a las mulas que debían arrastrar los cañones de Felipe por los caminos de la campiña inglesa.

La artillería que acompañaría a los tercios de Farnesio, si todo salía bien.

El estuario de Lisboa acogía la alegre somnolencia de la Gran Armada en aquel ocaso plácido. Salvo por el trasiego de las cuatro barcazas que iban y venían con fardos, la estampa desde allí era la viva imagen de la tranquilidad.

Sin embargo, un desasosiego mudo flotaba alrededor.

Desde la Ragazzona, dos hombres contemplaban el panorama con desaprobación.

Acodados en el galeón más imponente de la flota, el maestre y su provisor sopesaban aquella calma como un preludio de tempestades. Lo que debiera ser un hervidero de actividad a unos días de la partida no era más que un páramo. Los funcionarios, pese a tener a todos los despenseros haciendo cola ante su puerta, no hacían más que tomar nota de sus peticiones y despacharlos con buenas palabras. Era imposible cumplir con todas las demandas. De hecho, malamente podían asumir ya alguna que otra de menor entidad.

Apenas quedaban suministros en todo Portugal.

—¿Cómo van nuestras reservas? —preguntó Bertendona, tras un largo silencio.

Sabía que algunos barcos habían empezado a cargar agua del río. Los toneles de manantial habían dejado de llegar y la marinería, alimentada casi exclusivamente a base de salazón, protestaba por no tener qué beber pese a estar rodeados de agua dulce.

Manuel apretó los dientes al recordar los cientos de toneles de buena calidad perdidos en el ataque a Cádiz del año anterior.

—Al ritmo actual tenemos para un mes… Tal vez un poco más.

Pese a las malas caras, había logrado imponer el racionamiento propio de una travesía en alta mar. Tres cuartillos de agua y dos de vino sería la dosis diaria. Y que nadie buscase atajos, había advertido con severidad. El líquido recogido del estuario podía transmitir enfermedades. De hecho, unos veinte hombres estaban postrados junto al bauprés, sospechosamente aquejados de vómitos. No lo querían admitir, pero él estaba seguro de que habían estado bebiendo directamente del río.

—Más vale que podamos abastecernos en el Canal con provisiones de Flandes —apuntó la

voz grave del maestre—. De lo contrario, no veo cómo vamos a arreglárnoslas para regresar a casa sin morir de sed.

Manuel no contestó.

También la comida escaseaba ya, en función de lo que se necesitaría en una campaña de semejante magnitud. Los mercantes tenían aún un buen acopio, pero la flota era inmensa.

De lo que pudieran conseguir en los puertos de Calais dependía cualquier esperanza de supervivencia, pero esa, visto lo visto, no era una apuesta fiable. El plan indicaba que treinta mil soldados subirían allí a bordo. Era mucho esperar que trajesen pertrechos para ellos y para los demás. Cada nuevo avatar iba confirmando la impresión primera de Manuel. El propio Bazán se lo había confesado entre dientes, apenas un par de meses antes de caer enfermo para nunca más alzarse.

Maese Poulo contempló la Gran Armada con el corazón en un puño. No le preocupaba lo que pudiera pasarle a él. Sin querer, dirigió la mirada hacia la cubierta de estribor. Allí, desde su rancho, el pequeño Tristán lo vigilaba con admiración, como siempre. Conturbado, Manuel desvió la vista hacia el estuario. Si algo le dolía, tras la muerte de don Álvaro, era el temor a que el chiquillo no lograra sobrevivir.

Bertendona vislumbró su reacción con el rabillo del ojo.

—¿De dónde ha venido vuestro pequeño paje, señor Poulo? —preguntó, más por hablar de algo que por auténtico interés. Tristán llevaba tiempo ya a bordo de la Ragazzona, pero el maestre nunca había llegado a saber el porqué de la incorporación de aquel niño a su tripulación. Simplemente, había aceptado el envío de Cuéllar sin hacer preguntas.

Venía avalado por su provisor. Con eso bastaba.

Manuel sintió cómo el rubor encendía sus mejillas. Para hacer tiempo, contempló durante un rato a los hombres que yacían en cubierta, cada uno acomodado en su parcela. Todos tenían su baúl de viaje, único equipaje permitido, como cabecera. Algunas conversaciones apagadas aún se oían aquí y allá, pero la quietud de la noche se iba imponiendo poco a poco.

—El chiquillo es un grumete, en realidad. No es mi paje —carraspeó—. No necesito… No quiero a nadie a mi servicio.

La mirada silenciosa del capitán lo invitó a continuar.

Ya sabía que era uno de sus grumetes; su pregunta hacía referencia a la especial relación que los unía desde que habían coincidido a bordo del San Pedro.

Un cariño evidente para todos, el de maese Poulo hacia el pequeño Tito, pero que era auténtica adoración en el sentido inverso.

—Y no tengo mucho más que contar, la verdad —continuó, incómodo—. Ni siquiera él conoce mucho más sobre sí mismo. Todo lo que sabe es que lo dejaron siendo recién nacido en el Hospital Real de Compostela. Allí hay un orfanato…

—Por eso se apellida Rey —asentó Bertendona.

El almirante se puso serio.

Conocía la inclusa del hospital compostelano. De hecho, había estado allí con intención de reclutar nuevos grumetes, tiempo atrás. Por eso mismo sabía que aquel lugar no debía ser tomado a broma. Manuel alimentó sus sospechas con un meneo de cabeza. Los huérfanos que se criaban en una institución sostenida por la Corona solían tener ese apellido, en efecto.

Y el pequeño Tristán Rey no era una excepción. Ni en eso ni en otras cosas.

—En el hospicio creció hasta los seis años —siguió, con una sombra en la mirada—. Trabajando en el huerto del hospital y haciendo de recadero para los canónigos del cabildo. Así,

hasta que asomó por allí un enviado del rey Felipe solicitando reclutas. Primero lo embarcaron al servicio de Cuéllar, como sabéis. Él lo puso bajo mi responsabilidad, y…

—Y bajo vuestro sayo continúa —remató el almirante, aunque sin tono de burla.

El provisor, cabizbajo, asintió de nuevo.

No podía negar que el pequeño alegraba sus días. Que había llegado a ser, de hecho, el único asidero que lo mantenía vinculado a la esperanza. A la vida.

Como si quisiera incrementar su azoramiento, el pequeño lo saludó con la mano antes de tumbarse para dormir. Manuel le devolvió el saludo con el mentón y el niño, con una sonrisa de oreja a oreja, se arropó con una manta hecha de trapos viejos.

—Sí, aquí sigue, siempre sonriente —admitió—. Y creo que su alegría debiera ser un ejemplo para todos nosotros…

Bertendona se giró hacia él con una alarma indeterminada en los ojos.

El ademán avergonzado de su oficial había demudado en un indescifrable gesto de dolor. Como si hubiera recordado algo que le partiese el alma en dos, pero que al mismo tiempo lo llenase de orgullo.

—Mientras estaba en el hospicio, uno de los canónigos del cabildo solía hacer visitas nocturnas a los huérfanos. Sobre todo, a los más pequeños.

El maestre perdió el color de la tez.

—¿Os referís a…?

Sus palabras se vieron cortadas por el fúnebre asentimiento de Poulo, y una furia sorda le trepó por la columna vertebral.

—Eso me contó él, sí. —Manuel desprendía una mezcla de rabia y dolor—. Un tal Indalecio. Un arcediano. Y no fue fácil que lo confesara… Tuve que preguntarle una y otra vez cómo podía ser que lo hubieran alistado siendo tan joven.

El capitán asintió en silencio. Por muy mal que estuvieran las cosas, no era normal que los reclutadores se llevasen al frente a criaturas de seis años.

—¿Fue por culpa de ese tal Indalecio? —preguntó Bertendona.

Los dos tenían ahora los puños apretados.

—Tito chilló y pataleó cuando ese indeseable se plantó en su camastro. —Manuel fijó la vista en estribor, donde la cubierta en penumbra ya estaba en silencio—. Hasta le mordió una mano. Me contó que llegó a notar el sabor de la sangre. La del arcediano, me refiero. Después, como es obvio, también llegó a saborear la propia.

No hubo más conversación.

Sobre la cubierta de la Ragazzona, al final de aquel atardecer luminoso ya solo se oía el ulular de la brisa entre los obenques.

Al rato, el capitán se retiró a su cámara sin tan siquiera despedirse. La oscuridad era ya casi total, pero el provisor pudo entrever su rostro consternado.

—Tratad de conseguirnos un último abastecimiento, Poulo —fue cuanto dijo al abandonar la tolda—. Temo que nuestras vidas vayan a depender de ello.

Manuel se quedó contemplando el cielo de poniente.

A lo lejos, los últimos rayos teñían los retales de nubes que flotaban sobre el horizonte. La oscuridad había caído ya sobre los buques, silenciosos como ánades durmientes. La primavera resplandecía en lo alto cada día, pero una sombra cansina, muy fría y muy negra, se había posado sobre sus cabezas.

Faltaban unos días para el comienzo de aquella empresa suicida.

En estribor, bajo una manta vieja, un niño sonreía en sueños.

XLII

El Escorial, 22 de mayo de 1588

Las noticias transformaron a Felipe en un bloque de granito.

Dos cartas impactaron en su pecho como dos disparos.

Al cabo de una eternidad, el sabor de la bilis le hizo renegar en voz baja mientras su cuerpo se crispaba. Se diría que unos diablos burlones se hubieran confabulado para tirar por tierra todos sus planes.

Mas no eran diablos, no. Se trataba de hombres de carne y hueso. Y no unos cualesquiera, sino sus más íntimos colaboradores.

Los que él mismo había enviado para arreglar los dos asuntos clave de su reinado.

El primero era el duque de Medina Sidonia.

Su primo y consejero venía clamando desde su mismo nombramiento que no era la persona adecuada para comandar la Empresa de Inglaterra. Una y otra vez insistía, con la obstinación de una rueda de molino, en que él no era un hombre de mar. Ni de guerra. Que no debía ser él, en consecuencia, quien dirigiese a la gloriosa armada en aquella gran campaña.

—Os lo juro, alteza. Yo no pinto nada ahí —se había opuesto, con una obstinación que rayaba en insurrección—. Contáis con los mejores marinos del mundo. Nombrad a Oquendo, o a Recalde. A Bertendona o Valdés. Elegid, mi señor. Esos almirantes son los mejores del mundo. Yo no sé surcar los mares ni organizar una flota.

Curiosa es la porfía, resopló el rey, del hombre empecinado en su ineptitud.

Claro que tenía a los mejores navegantes entre sus filas; las naves españolas llevaban cien años cruzando el Atlántico para explorar el Nuevo Mundo. Habían sido las primeras en circunnavegar el planeta y habían explorado todos los continentes. Eran las más avanzadas, y sus tripulaciones, las más profesionales.

Pero ahí, exactamente ahí, estaba el problema para Felipe.

Para imponer el criterio del monarca hacía falta un hombre abnegado y fiel. Los almirantes eran demasiado altivos. Era, precisamente, su excepcional pericia lo que hacía que actuasen con soberbia. En cuanto las cosas se torciesen en las aguas del Canal, o en Flandes, las órdenes del rey serían papel mojado. Sin embargo, el duque era un grande de España con una fidelidad a prueba de fuego. Si le otorgaba plena potestad al frente de sus barcos, todo se haría tal y como Felipe dispusiera. Ese era el motivo.

Con Guzmán al mando todos acatarían su voluntad so pena de horca.

Tras la muerte de Bazán, que tantas trabas había puesto, el rey lo vio claro. Al fin podía poner al frente a un hombre dócil, en lugar de un viejo cascarrabias. La sabiduría de don Álvaro era legendaria, y su aureola de héroe deslumbraba a todos los marinos del reino. Y no era para menos; el insumergible marqués jamás había sido vencido en batalla alguna.

Sin embargo, ahí mismo radicaba el problema.

Tal era la adhesión de sus capitanes que no hubieran dudado en seguirlo hasta el fin del mundo, aunque para ello tuvieran que traicionar a su rey. Por eso sus quejas respecto al plan, a

los suministros, al número de barcos y a cada detalle insignificante habían frustrado durante meses, incluso años, aquella campaña.

Pero, por suerte o por desgracia, Bazán había muerto.

Y Medina Sidonia era un hombre inmensamente rico y fiel. Un buen gestor, eficiente y constante, que podría organizar esa flota como nadie. Y no, no había influido el hecho de que el duque estuviera casado con la hija de la princesa de Éboli, como afirmaban por lo bajo las malas lenguas. La propia hija del rey, susurraban las peores.

No, sacudió la cabeza, tratando de ahuyentar a los fantasmas que lo llamaban desde Pastrana. Claro que no era aquella la causa. Había recabado la fidelidad de Medina Sidonia porque solo así las cosas se harían como él dispusiese.

Para que se cumplieran a rajatabla los deseos del rey.

Sin embargo, en su última carta —la que temblaba ahora, en El Escorial, entre los dedos del monarca— Alonso volvía a solicitarle a Felipe, más desesperado que nunca, que lo eximiera de su carga.

Y aún había otra misiva. Y no sabía cuál de las dos podía ser peor.

En ella, el que anunciaba debacles era Ambrosio de Morales. El erudito le había hecho llegar un estrambótico mensaje en el que trataba de justificar que no tenía sentido trasladar los restos del apóstol Santiago a San Lorenzo.

Apartando la vista del meridiano que los astrónomos habían dibujado en el suelo de su cámara, regresó al papel y buscó el párrafo central. En él —en la carta entera, en realidad—, el cronista aseguraba que la reliquia sagrada tenía que ser falsa. Para ello cimentaba su argumentación en el supuesto origen romano de Compostela.

«Por eso os digo, majestad, al igual que han hecho antes que yo otros grandes sabios de nuestra amada Iglesia Católica, que la leyenda jacobea no puede ser sino un mito. Ni unas luminarias milagrosas le señalaron a Pelagio el lugar del enterramiento de Iacobus ni perviven allí más vestigios que los que en su día acogió la tumba de un mercader romano. Así lo atestiguan las pruebas que los ojos adecuados pueden leer en sus calles y en sus piedras.

Comprended que mi misión aquí, en consecuencia, no tiene ya sentido.

Consentid, pues, alteza, que este anciano pueda regresar a su hogar».

Una retahíla de datos referidos al urbanismo de la ciudad que, según el licenciado, evidenciaban que su origen no podía ser el que sostenía la historiografía oficial acompañaba a sus afirmaciones. Que si había descubierto el cardo maximus y el decumanus, que si aún subyacían las trazas de un gran teatro romano bajo un monasterio llamado Antealtares… El perímetro de una muralla desaparecida, la angulación de las calles respecto a la catedral… La ubicación del Campo romano originario… Las referencias a su magna obra, las famosas Antigüedades, eran constantes.

Incluso había enviado un mapa de la ciudad pintarrajeado en azul, como prueba.

El rey arrugó el papel. En lugar de limitarse a cumplir con el cometido que le había encomendado, Ambrosio se había dedicado a buscar pretextos para contravenir su voluntad.

¿Qué le importaban a él sus excusas?

Lo único que quería era tener en El Escorial la última reliquia que faltaba en su impresionante colección. La más valiosa de toda la cristiandad. La única que necesitaba para acabar de consolidar el carácter sacro de su reinado y, con él, su dominio en el norte de Europa, en Portugal y en las colonias que se extendían por medio planeta. Para que los santos de los altares, representados en una rutilante compilación de huesos y otros vestigios, avalasen todas sus empresas a ojos de Dios y de los hombres.

Todo lo demás sobraba. Sobre todo, la palabrería.

Jamás lo hubiera esperado, rumió.

No hacían más que buscar evasivas para desbaratar sus planes.

Ya que no le dejaban más remedio, tendría que poner las cosas en su sitio. Impulsado por una indignación ciega, cogió papel y pluma.

Una carta volaría en dirección a Compostela y la otra a Lisboa. Destinos diferentes, aunque en las dos viajaría un mismo mensaje. Una orden común debía llegar de inmediato a los dos hombres en los que había depositado toda su confianza. Su alma entera.

Su vida, casi.

Con la mano temblando por la furia, Felipe se dispuso a redactar una única orden en dos cartas distintas. Simple, directa y categórica.

Tal y como él mismo era.

Haced lo que debéis, caballero.

Todo lo demás sobra.

XLIII

Compostela, 25 de mayo de 1588

La tarde caía sobre los tejados de Compostela.

Ajeno a su calor, Ambrosio rumiaba una frustración amarga en las profundidades de su alcoba. Sobre la mesa, un sobre lacrado con el sello real acentuaba su agonía desde esa misma mañana.

La respuesta tajante —malhumorada, incluso— de Felipe había tirado por tierra sus ilusiones. De nada servía ya la pista de Sheridan. Tampoco sus averiguaciones sobre el Itinerario Antonino. Ni siquiera los brillantes descubrimientos de Cándido que él se había pasado días corroborando, después, sobre el trazado de la ciudad.

El rey, sencillamente, se negaba a atender sus razones.

Todo había sido una pérdida de tiempo. Un esfuerzo baldío.

Tocaba volver a empezar.

Visto lo visto, no tenía más remedio que retornar al plan inicial. Y eso significaba seguir buscando un amparo legal para la confiscación de la reliquia. Ante la probable denuncia que el cabildo presentaría en cuanto se consumase la confiscación, ese era ya el único camino.

La única manera de dejar atrás aquel maldito lugar.

Empezó por recalcarles la urgencia de la búsqueda a los muchachos. La búsqueda, interrumpida por el hallazgo de la Assegonia, se había convertido ahora en necesidad.

Lo que ellos pudieran hallar entre esos papeles era su última esperanza.

Aquel día, Mundo y Cándido no pararon ni para comer.

El maestro, extrañamente alterado, les había insistido en el apremio ineludible de redoblar esfuerzos. Como si no hubiera sido él mismo quien había interrumpido su trabajo con esa estrafalaria obsesión por encontrar indicios romanos bajo las calles.

Cándido volvió en sí tras un largo ensimismamiento.

Acababa de percatarse de que llevaba en la misma página más de media hora. En todo el día, de hecho, no había logrado arrancar. Se lo había pasado con la cabeza dando vueltas entre la aridez de aquellos párrafos y la actitud contradictoria de Ambrosio.

Distraído, miró la tapa del códice para recordar su título. «Registrum», releyó.

Todo el libro consistía en una loa al primer arzobispo de la ciudad, Diego Gelmírez, quien había gobernado Compostela en los albores del siglo xii. El carácter propagandístico del volumen se hacía evidente en cada párrafo. Todo estaba escrito con el fin de ensalzar unas bondades que, precisamente por ese motivo, al muchacho se le antojaban especialmente sospechosas. También que el propio libro hubiera sido encargado por el propio interesado.

Si tanto necesitaba alardear de sus virtudes, por algo sería.

En cualquier caso, trató de concentrarse. A esas alturas, dudaba que fuese a hallar algo que le pudiera servir al maestro, pero no había más remedio que seguir buscando. Ya habían descartado cientos de denuncias contra el Voto de Santiago y los documentos restantes; a decir verdad, tampoco eran muy prometedores. Hallar algo útil entre aquella montaña de pergaminos polvorientos empezaba a parecerle imposible.

Y tanto más ahora, con la cabeza de Mundo sobrevolando países lejanos.

Lo contempló de soslayo. Las incursiones nocturnas de su compañero seguían teniendo lugar cada madrugada, lo sabía bien. Por mucho que él hubiera estado postrado por las fiebres, lo había visto salir a hurtadillas cada noche. Por un resquicio mínimo entre los párpados, pero sí: Mundo se ausentaba en secreto y no regresaba hasta el amanecer para meterse en la cama, como si nada hubiera pasado, un poco antes de que Formoso entrase en la alcoba con su vozarrón y sus pócimas bajo el brazo.

Al darse cuenta de que había vuelto a distraerse, Cándido sacudió la cabeza. Tenía que concentrarse en el texto de una vez por todas. Aunque tal empeño, con el maestro comportándose como un chiflado y el bueno de Mundo correteando sobre los tejados, le resultase también algo irrealizable. Aun así, se forzó a intentarlo.

Si había alguien capaz de hallar algo, ese era él.

Desde la otra punta el archivero no perdía detalle.

Los muchachos habían vuelto con bríos renovados. Al menos, el tal Suevos, aunque aún mostraba un aspecto desmejorado tras unos días tumbado en un camastro del hospital.

El otro, el más joven, hacía tiempo que había dejado de buscar.

La tarde caía sobre los tejados de Compostela.

Al cabo de tres horas descifrando el Registrum, Cándido entornó los ojos. Acababa de leer algo que, de algún modo, hizo repicar su intuición. Con el pulso acelerado, releyó el párrafo muy despacio. Aquel latín con tanto sesgo antiguo se le hacía engorroso, pero con cada nueva lectura empezaba a verlo claro. Al rato, la ratificación del descubrimiento lo dejó clavado.

«Encontrad algo que trate sobre el traslado de reliquias de un lugar a otro», había ordenado el maestro. «Algo que sirva para justificar que unos vestigios sagrados puedan cambiar de ubicación».

Con el vello erizado, Cándido aferró el códice con las dos manos. Sus ojos, frenéticos, se movían por las líneas como felinos que acosasen a una presa. Mundo, a su lado, percibió su agitación. Su compañero se había quedado pálido como la cal.

—¿Estás bien, Cándido? —musitó.

El archivero, al atisbar movimiento en el fondo, enderezó las orejas.

Tembloroso y desencajado, Cándido se puso en pie y echó a andar sin darse cuenta de que había derribado la silla. Mundo, al ver que se dirigía a la salida con el manuscrito bajo el brazo, se alarmó. No tenían permiso para extraer ningún documento. Es más, les habían advertido que no podían sacar nada de allí.

Al ver que el archivero se interponía en el camino de su compañero, salió hacia allá como accionado por un resorte.

—Está prohibido sacar nada… —balbució el hombrecillo, tratando de agarrar el libro.

Cándido, como si junto al habla hubiera perdido la razón, solo intentaba esquivarlo.

—Será solo un momento, hermano —acertó a decir Mundo, llegando desde atrás.

No tenía ni idea de lo que podía estar pasando por la cabeza de su compañero, pero estaba decidido a apoyarlo sin fisuras. Fuese en aquella locura o en cualquier otra, siempre estaría a su lado. Hombro con hombro. Sin dudar.

Cándido era la persona que más admiraba, con permiso del maestro. Si él creía que había que

sacar el libro de allí, eso era exactamente lo que harían.

Al ver que el hombrecillo seguía interponiéndose en el camino de Cándido, Mundo decidió tomar la iniciativa. Sin apenas esfuerzo, agarró al archivero por los brazos y lo alzó en vilo. El canónigo pataleó cómicamente, incluso trató de resistirse durante un par de segundos, pero el muchacho lo sacudió como hubiera podido hacer con una camisa mal tendida y él, aterrado, permaneció quieto.

Al ver que claudicaba, el joven lo posó de nuevo en el suelo.

—Ya os he dicho que será solo un minuto —insistió, en un tono que quiso ser conciliador, antes de salir a toda velocidad tras Cándido.

El joven Suevos, con el códice bajo el brazo, corría de regreso al hospital.

Su carrera desquiciada iba dejando un rastro de llamas tras de sí.

En su alcoba, Ambrosio seguía rumiando la reprimenda del rey.

Sin embargo, su gesto de abatimiento se transformó en sorpresa al ver entrar a sus discípulos con el ímpetu de un huracán. Pálido y sudoroso, Cándido irrumpió en la cámara de su maestro sin tan siquiera llamar a la puerta y Mundo, con actitud confundida, apareció tras él encogiéndose de hombros.

—Lo he encontrado, maestro —musitó Cándido, con una voz débil pero vibrante.

Sus ojeras y su aspecto aún febril denotaban que todavía no se había recuperado del todo, pero en su gesto prevalecía una convicción victoriosa.

El cronista, atónito, se giró hacia la mesilla donde reposaba la carta del rey y se incorporó. Tal vez tuvieran al fin una opción para poder abandonar aquella maldita ciudad.

—Vosotros diréis.

Mundo dirigió una mirada aturdida hacia su compañero.

Si había alguien capaz de dar con lo imposible, ese era Cándido Suevos.

XLIV

Lisboa, 25 de mayo de 1588

Alonso de Guzmán dio la orden definitiva.

La Gran Armada debía hacerse a la mar.

El duque observó el izado de velas con una mirada vacía. Una desolación fría se ocultaba tras su fachada. Pese a la última respuesta del rey, más tajante incluso que las anteriores, seguía pensando que ese no era su lugar.

Y eso mismo opinaban los auténticos almirantes, lo sabía bien.

Era consciente de que aquellos hombres lo miraban con desconfianza. Recalde, Oquendo, Bertendona, Valdés. Auténticos gigantes de la mar, venerados por sus tripulaciones y temidos en todos los océanos. Leyendas vivientes que forjaban hazañas como quien zurce camisas.

El señor de Medina Sidonia contempló desde su galeón las escuadras que aquellos hombres comandaban, y su gesto se endureció. Todos ellos se habrían plegado a Bazán con tan solo un ademán, pero, claro…, él no era don Álvaro.

Él era, más bien, su antítesis.

Conteniendo el abatimiento que rugía en su interior, el duque contempló a las escuadras como bandadas de aves migratorias que se desperezasen para despegar.

Tocaba partir. Allí morían, definitivamente, sus vacilaciones. Así lo había dispuesto Su Majestad en la misiva urgente de esa misma mañana. Tal vez le costase la vida, pero no había vuelta atrás. Aunque la empresa en sí se le antojase una locura, y por mucho que la flota distase mucho de ser lo que le habían prometido, la voluntad de su soberano era lo único que importaba. Por mucho que faltasen barcos, pertrechos y hombres; aunque él hubiera insistido, ya no había lugar para más vacilaciones.

Felipe lo había dispuesto así.

«Invadiremos Inglaterra, querido primo», le había dicho un día ya lejano. Con una nube en la frente, Alonso hizo memoria. Alcanzar la luna le parecía ahora igual de factible.

Por enésima vez, echó de menos su palacio. Su despacho. Las montañas de papeles con las que solía lidiar. El zumbido ajetreado de sus secretarios. Su hogar entre los campos, tierra adentro.

En su inmensa nave, la «generala» de la flota, el contramaestre dio orden de izar la mayor. La majestuosidad del San Martín empezó a desplegarse, reflejada en las aguas del Tejo.

Mientras contemplaba la maniobra de su galeón, Alonso apretó la mandíbula.

No era solo la muerte de Bazán lo que había desatado un apocalipsis sobre su cabeza. También el ataque de Drake a Cádiz en abril del año anterior, que mal rayo partiese a ese pirata por la mitad. Aquello había retrasado la expedición más de un año, al hundir cien barcos de un solo golpe. Por eso zarpaban casi trece meses después, y con tan solo ciento treinta navíos en lugar de los doscientos cincuenta que había solicitado el almirante.

El galeón se puso en marcha con una pesadez extrañamente grácil.

Alonso, aferrado a la borda, cerró los ojos y tomó aire. Pronto comenzaría la tortura.

Aspiró todo el aire que cabía en su pecho. El estuario del Tajo se abría ya ante él, despejando

el horizonte hacia la luminosidad de la mar océana. Más adelante virarían hacia la derecha para encarar el lejano norte. A… a estribor, dudó.

Ni siquiera dominaba aquella terminología que le sonaba a chino.

El San Martín empezó a cabecear ante los embates del mar abierto. En breve, vendrían los bandazos. Y en breve, también, lo asaltaría ese mareo atroz que lo obligaba a encerrarse en su camarote deseando la muerte. Aquella era la única certeza que se veía capaz de aseverar.

Por lo demás, no concebía singladura más incierta.

Aunque las tempestades los respetasen, y suponiendo que la flota lograse mantenerse unida hasta las costas de Flandes, que los hombres de Farnesio estuviesen prestos a su arribada se le antojaba ahora mucho esperar. Felipe había asentido enérgicamente ante sus dudas. «Así se hará, primo», le había asegurado entonces, tajante.

Como si algo así pudiera garantizarse desde las estancias doradas de El Escorial.

De nada le sirvió argumentar que las cartas que había enviado al duque de Parma no habían recibido más que evasivas; y eso en las escasas ocasiones en que había habido respuesta.

Demasiadas cabriolas enlazadas como para confiar en la victoria.

En la retaguardia, la escuadra de Levante inició la maniobra.

Bertendona indicó a sus barcos que levasen anclas. Desde la generala, Guzmán acababa de dictar la orden a toda la flota. Los maestres de las nueve naves hicieron ondear sus banderas. Tocaba hacerse a la mar.

Los marinos más corpulentos hicieron girar el molinete que enrollaba la cadena del ancla. Mientras ayudaba a izar una vela bajo el código de pitidos del contramaestre, los ojos de Tito brillaban de entusiasmo.

Pronto sabrían los ingleses qué era enfrentarse a auténticos soldados.

Desde el puente de mando, Manuel contempló cómo la inmensa flota se ponía en marcha. Treinta navíos de guerra, entre los más poderosos del mundo, escoltaban a unos cien mercantes fuertemente artillados. Las escuadras pusieron proa al Atlántico en apenas minutos. La estampa era imponente.

No obstante, a ojos del provisor, aquella armada resplandeciente no era más que un gigante torpe con los pies engrilletados. Un gran animal, poderoso pero desmañado, que amenazaba con hundirse en el cieno a causa de su propia inmensidad.

El agua empezaba a escasear a bordo, muchos hombres ya estaban enfermos antes de partir y la comida era insuficiente para una campaña así.

Mientras negaba, su mirada errante se cruzó con la de Tristán. El pequeño, pese al ajetreo, buscó en los ojos de maese Poulo el mismo júbilo que desbordaba su pecho. Sin embargo, no halló en ellos más que pesar.

Pese a ello, elevó un puño al aire en señal de victoria antes de seguir ayudando en la maniobra con un brío renovado. Al verlo así, exultante, una daga helada atravesó el corazón de Manuel.

Solo la gloria o la muerte eran las expectativas.

Una disyuntiva trágica imposible de eludir.

XLV

Compostela, 28 de mayo de 1588

Llevaban dos días volcados sobre el viejo códice.

El amanecer del tercero los encontró de nuevo en la cámara de Ambrosio. Cándido, aunque con síntomas de agotamiento, tenía un brillo de exaltación en las retinas. Se había pasado semanas encerrado en el archivo con la mirada de aquel hombrecillo en la espalda, pero al fin había dado con lo que el maestro les había encomendado. Por algún motivo, el licenciado necesitaba argumentos que avalasen un traslado de reliquias sagradas de un lugar a otro.

Y tal evidencia solo podía desembocar en una conclusión lógica.

Ambrosio de Morales pretendía confiscar el cuerpo de Sant Iago.

Cándido ató cabos.

Al fin y al cabo, aquello era algo que el maestro ya había hecho antes. No a la misma escala, tal vez, pero él sabía que Ambrosio se había dedicado a seleccionar vestigios sagrados durante años para El Escorial. De ahí que sus intenciones se hubieran hecho transparentes.

El maestro pretendía dejar a Compostela sin su reliquia.

Atrás quedaban las excentricidades sobre la Assegonia romana; y aparcado quedaba también —aunque aquel tema aún encabezase su lista particular de dolores de cabeza— el peligroso comportamiento de su compañero.

Mundo entró en la cámara como si tal cosa.

Cándido se mordió la lengua. Traía una sonrisa radiante y aire inocente, como si no se hubiera pasado la madrugada entera, una vez más, haciendo sabía Dios qué. De hecho, aún no hacía ni media hora que había regresado.

El licenciado levantó la vista del manuscrito.

—Ya estamos todos. Sentaos —ordenó—. He acabado de descifrar el texto.

Los muchachos tomaron asiento a los lados. Mundo, sin parar de sonreír, elevó la vista hacia el techo. Él poco tenía que aportar en esas lides. Que fueran las mentes privilegiadas de los dos sabios las que se encargasen de abrir paso. Ya se lo explicarían después a él, si les parecía conveniente.

Total, ni aun así solía entender gran cosa…

Cándido, sacudiéndose de encima las tribulaciones, observó a Ambrosio con preocupación. Según indicaba su aspecto, aquel asunto era una obsesión para el anciano.

Ni siquiera les había confesado aún el fin último que los había llevado hasta allí, pero se le veía extenuado.

—Veamos… —carraspeó el maestro, volviendo atrás unas cuantas páginas del libro—. En efecto, se confirma tu impresión inicial, Cándido. En este capítulo del Registrum se narra cómo el obispo Gelmírez, hace ya casi quinientos años, confiscó las reliquias de los santos que se custodiaban en la ciudad de Braga para traérselas consigo a Compostela. Y lo justifica, además, indicando que es en esta ciudad donde deben estar.

—¿Lo dice así, maestro? ¿«Confiscar»? ¿Es esa la palabra? —se interesó Mundo, con gesto

divertido, como si hubiera bajado de una nube.

Algo había creído entender el día que habían sacado el códice del archivo, pero no esperaba que un obispo se jactase de haberle robado a otro lo más sagrado que había en su sede. La confirmación le hizo enderezarse con un regocijo burlón en la voz.

—De hecho… —dudó el cronista, buscando una línea en particular—, se utiliza textualmente el término «pío latrocinio». Están hablando, pues, de robar. Disfrazándolo de acto piadoso, pero llamándolo por su nombre. Aquí está: un robo, sí. Un auténtico robo.

Cándido arrugó el morro al ver la risa bailando en las pupilas de Mundo.

Era el gesto avieso de un niño cuando un adulto suelta una palabrota.

Y sí: el maestro estaba en lo cierto. De hecho, él ya había descifrado aquellos términos el primer día. Por eso había salido del archivo por la fuerza con el libro bajo el brazo.

Ese era el argumento que Ambrosio les había pedido una y otra vez. Los canónigos jamás habrían permitido que pudiera esgrimir aquel texto contra ellos. O les robaba el manuscrito o todo su esfuerzo hubiera sido en vano.

En el códice, Gelmírez había hecho constar los hechos que lo habían convertido en poderoso arzobispo de una sede hasta entonces modesta; apenas una pequeña ciudad del Finis Terrae donde lo único que tenían por aquel entonces era una reliquia que presentaba demasiadas incógnitas a su alrededor. Un vestigio de nombre imponente, sí, pero cuya autenticidad distaba mucho de haber sido contrastada.

Esa era, pues, la hazaña del tal Gelmírez.

El que había sido obispo de una iglesia mediana se había convertido, gracias a tal golpe, en el más poderoso prelado de la Gallaecia, robándole el título a la sede de Mérida y relegando a la magnífica Braga, hasta entonces la ciudad más importante del noroeste de la Hispania, a la categoría de urbe secundaria. Como la hermana pobre del nuevo faro de Occidente.

La deslumbrante Compostela, rival desde ese instante de la mismísima Roma.

Incluso por encima de Jerusalén.

—No te confundas, Mundo —advirtió Ambrosio, ante el gesto burlón de su pupilo—. No digo que hurtar las reliquias más sagradas de la iglesia de Braga sea algo loable, pero todos los actos de ese hombre obedecían a un fin estudiado. Él pretendía lograr algo que muy pocos han conseguido jamás.

El cronista señaló a las cuatro paredes con un ademán circular.

—¿Ves lo que hoy es esta ciudad? Millones de personas a lo largo de los siglos han recorrido los senderos de toda Europa para llegar hasta aquí. Pues bien; él fue quien la hizo grande. Gelmírez, sí. Él le dio leyes; y prestigio más allá de la reliquia de Sant Iago, ya por aquel entonces en tela de juicio. Él creó la Compostela que conocemos hoy.

Los muchachos alzaron las cejas.

El gesto del maestro, junto con la gravedad de su voz, indicaba que nada de lo que tenían entre manos debía ser tomado a broma. De hecho, más bien, les sobraban los motivos para estar preocupados.

Por no olvidar que habían robado aquel códice en las narices del archivero.

—¿Y qué reliquias son esas que ese obispo confiscó, maestro? —se interesó Mundo, más por escabullirse del aire de reprimenda que porque le interesase el tema.

El licenciado hojeó de nuevo el manuscrito con los ojos entrecerrados.

—Un momento… Veamos… —Descifró, trabajosamente—: Era diciembre de 1102… Aquí está. Pues, según indica el texto, son los cuerpos de san Cucufate, san Silvestre, santa Susana…,

la cabeza de San Victor y la del patrón de la ciudad, san Fructuoso.

—¿Se llevaron también al patrón de Braga? —Abrió los ojos el muchacho, nuevamente alborozado—. ¿Ni eso les dejaron?

Ambrosio volvió a mirarlo en silencio. El regocijo contenido del muchacho, esta vez, hizo aflorar un leve asomo de sonrisa entre las arrugas que enmarcaban sus ojos enrojecidos.

—Ya ves que su ambición no tenía límites, hijo mío —asentó el anciano, enternecido por la inocencia de su pupilo. Cándido respiró al verlo sonreír. Era la primera vez en muchos días—. Pero no lo infravaloréis, repito: Gelmírez fue el que protegió estas costas de los ataques normandos, el que construyó fortificaciones para defenderlas y el que creó una marina de guerra imposible de abatir para sus enemigos. Ese hombre es el que hizo grande a Compostela, sí, pero también el que le dio un rey a la vieja Gallaecia. Tal vez robase unas cuantas reliquias, pero todos sus actos, como dije antes, comportaban una clara intención.

Lo cierto era que la talla de aquel hombre impresionaba. Él había convertido una aldea perdida entre bosques en el polo más importante de toda la cristiandad. En el final del camino que había vertebrado todo un continente durante cientos de años.

—Engrandecer a su patria —murmuró Cándido.

Mundo, que seguía riéndose por dentro al pensar en la cara de tontos que tenía que habérseles quedado a los curas de Braga, se encogió de hombros. Él lo que quería era ver si aquella estrafalaria historia tenía más recorrido.

Como si le hubiera leído la mente, Ambrosio cerró el Registrum sobre la mesa.

Una nubecilla de polvo se mantuvo flotando entre los tres.

—Mis fieles ayudantes —empezó el licenciado, en un tono nuevamente solemne—. Os preguntaréis por qué os encomendé buscar algo así, y por qué tenía que ser precisamente en el archivo de la catedral. ¿No es cierto?

Ellos aguardaron en silencio. Sus miradas, aunque expectantes, desprendían respeto. Era como si quisieran expresar que las explicaciones no eran necesarias, en realidad. Que estaban dispuestos a acatar lo que él ordenase sin cuestionar nada.

Él era el gran Ambrosio de Morales. Su maestro.

No necesitaban nada más.

—Bien —continuó el cronista, satisfecho, pero con una sombra de culpabilidad—, agradezco esa fidelidad sin fisuras hacia este anciano, y también vuestra discreción. Pero dime tú, Cándido Suevos, el más brillante bachiller de todos estos reinos…, ¿qué diría tu familia, plagada de beatas y santurrones, si supieran lo que nos disponemos a ejecutar? —El muchacho contuvo la respiración. El maestro acababa de evidenciar que era consciente de que él estaba al tanto de sus intenciones—. Y tú, Segismundo de Bretoña, que llegaste a mí tras propinarles una soberana paliza a los hijos de un marqués por un lío de faldas…, ¿esperabas que una misión junto a un viejo ratón de biblioteca pudiera resultar más peligrosa que la ira de ese hombre?

Un nuevo silencio sucedió a las palabras del cronista.

A través de la ventana, un amanecer azul de mayo se abría paso con firmeza sobre las chimeneas. Los primeros ruidos de cada mañana empezaban a resonar en la plaza. El chirrido cansado de los carros de leña, las voces de las aguadoras, las conversaciones triviales de los que se encontraban en la calle por casualidad.

—¿Así que era eso, maestro? —La voz de Mundo sorprendió a los otros dos, que se habían quedado mirándose fijamente a los ojos. Un asombro contenido, como el de quien no ha querido aceptar una verdad y al final claudica sin remedio, vibraba en su garganta—. ¿Hemos venido a

robar el cuerpo de Santiago?

Ambrosio esbozó una sonrisa de circunstancias, y Cándido suspiró. Aquella era la primera vez que se verbalizaba de forma explícita tan inverosímil sospecha.

Los dos asintieron al volverse hacia Mundo.

Aquel era el bueno de Segismundo, sí. Fuerte como un buey de tiro, pero atolondrado como un cachorro. Con la atención siempre dispersa entre las nubes y pendiente de cualquier mariposa que pasase revoloteando. Sin embargo, no era la primera vez que les sorprendía con alguna revelación inesperada. Algo habría visto el maestro, se había dicho muchas veces el joven Suevos, para acogerlo bajo su magisterio. Algo, más allá de su fuerza sobrehumana y su impetuosidad. Aunque la mayor parte del tiempo no entendiese qué hacía a su lado, entre cálculos complejos y deducciones inalcanzables, a veces aparecía algún destello.

Y ahora, ese algo acababa de aflorar en forma de pregunta.

«¿Hemos venido a robar el cuerpo de Santiago?».

—El propio rey nos envía —confirmó el licenciado, bajando el tono—. Pese a ello, los que pretenden impedirlo son extremadamente poderosos. Harán lo imposible por detenernos, ¿comprendéis? Nada contéis a nadie, hijos míos. Nos va la vida en ello.

—¿Y cuándo lo haremos, maestro? —insistió Mundo, echándose hacia delante.

A raíz del relámpago que destellaba en sus ojos, Cándido supo que estaba dispuesto a entrar en la catedral sin más demora, cargar la reliquia al hombro y salir tranquilamente, a la vista de todos, por la puerta principal. Algo parecido a lo que habría hecho aquel intrépido arzobispo compostelano, solo que medio milenio después.

—Gelmírez obvió los requerimientos del papa para que devolviera las reliquias a Braga, pero nosotros no podemos hacer eso —apuntó Ambrosio, y sus ademanes indicaban que debían ser prudentes—. Felipe no osaría desafiar a la Santa Sede; eso comprometería su política a nivel mundial… Por eso debemos aguardar. Su Majestad aún no me ha remitido la dispensa papal que lleva tiempo tramitando, y que ha de avalar el traslado ante la Iglesia de Roma. Así pues, esperaremos. Ya tenemos algo que esgrimir ante el cabildo cuando llegue el momento. Ese era el primer paso. Ahora, como os digo, hay que ser prudentes. Es el turno del rey.

Mundo se dejó caer hacia atrás contra el respaldo.

—¿Servirá esto para avalar nuestra acción ante los tribunales de justicia? —preguntó Cándido, mientras señalaba con el mentón al viejo códice.

Ambrosio bajó la mirada.

—Nada puede proporcionarnos esa seguridad, Cándido. Ni siquiera la conformidad del papa de Roma. Los canónigos compostelanos son casi intocables aquí, en su ciudad. Fuera de las cadenas que rodean este hospital, el poder de la Corona es débil en Compostela. Los miembros del cabildo solo bajan la cabeza ante el señor Santiago. Hasta el santo padre tiene que pedirles permiso cuando viene aquí.

Los muchachos asintieron. Así era.

Aquellos canónigos eran demasiado poderosos. Tenían que amarrarlo todo antes de mover ficha y, aun así, nada era seguro.

—¿Por eso tratasteis de abortar la misión hace unos días, maestro? —preguntó Cándido, ante el gesto de extrañeza de su compañero—. ¿Por eso estuvimos buscando a la supuesta Assegonia bajo estas calles?

El cronista esbozó ahora un gesto que expresaba a la vez culpabilidad y orgullo.

Ese joven, cuya fragilidad temblaba en su voz, volvía a hacer alarde de una agudeza mental extraordinaria.

—Mantengámonos a la espera, mis jóvenes amigos —zanjó, mientras se ponía en pie como si todas las bisagras de su cuerpo estuvieran oxidadas—. El cabildo, ahora sí, tiene motivos para declararnos prófugos. Hemos sustraído por la fuerza este valioso ejemplar de su archivo. Un libro de un valor incalculable. Trataré de ultimar los detalles que necesitamos para completar nuestra misión. Participad de la vida del hospital, compartid tareas con los boticarios y visitad su pequeña biblioteca. Mientras aguardamos, haced lo que queráis. Tan solo os pido una cosa.

Los dos muchachos, aún sentados, lo observaron en silencio.

El erudito, al verlos así, no pudo evitar sonreír una vez más.

—No salgáis del hospital bajo ningún concepto —sentenció, poniéndose serio por última vez, antes de abandonar la estancia—. Solo eso.

Cándido se quedó mirando su espalda con gesto pensativo.

Supuso que iría a por papel y tinta para escribirle al rey. Ya casi todo estaba listo para que pudieran efectuar el traslado, y al fin habían puesto las cartas sobre la mesa. Después de tanto misterio y tanto esfuerzo a ciegas, solo faltaba la bula para que pudieran ponerse en acción. Un suspiro de satisfacción y una leve sonrisa traspasaron entonces sus pensamientos. Aquello era algo grande. Muy grande.

Sin embargo, una energía desconcertante deshizo su complacencia de un plumazo. Una ira intangible acababa de surgir a su lado. De soslayo, el joven Suevos pudo apreciar que las palabras de Ambrosio habían dejado a Mundo con la mandíbula apretada y el gesto tenso.

Pronto cayó en lo que tal cosa significaba. Fuera lo que fuese lo que salía a hacer cada noche, el muchacho ya no iba a poder hacerlo más.

«No salgáis del hospital», había ordenado Ambrosio.

Mundo, perdido en sus propios infiernos, parecía batirse contra un escuadrón de demonios. Cándido, al verlo así, también apretó los dientes. O mucho se equivocaba o iba a tener que encargarse él de que aquella orden fuese respetada.

«Bajo ningún concepto», había recalcado el maestro.

Sin embargo, un volcán borboteaba en el pecho de Mundo.

Una fuerza de la naturaleza que tal vez no lograse retener.

XLVI

Coruña, 2 de junio de 1588

Aquel trasiego de velas en el horizonte.

Aquel inquietante olor a pólvora por todas partes.

Todo lo que se respiraba últimamente en el puerto de la vieja Faro le erizaba la piel. Como si una marea de sangre avanzase hacia sus orillas.

Mayor llevaba días visitando barcos de guerra. Algunos de los que habían zarpado apenas unos días atrás estaban de vuelta, y demandaban reparaciones. Otros, procedentes de puertos más lejanos, acusaban los embates de las olas en los desperfectos de sus cascos.

Todos exigían abastecimientos como polluelos en un nido.

El principio del verano había arrastrado unos vendavales inesperados. El cielo presentaba un cariz inhóspito y un viento racheado dificultaba la navegación incluso dentro de la ría.

Las nubes corrían por el cielo como si estuvieran huyendo.

—¿Sabes algo de Sigrás? —le preguntó Gregorio al verla entrar en la carnicería.

Traía una sombra en la frente que no supo descifrar.

Ante la avalancha de pedidos que les había caído encima, los dos se habían puesto a buscar suministros hasta debajo de las piedras. Los padres de ella, retirados en la aldea, se habían comprometido a tratar de comprarles víveres a los vecinos de la parroquia. Al menos, a los que aún tuvieran algo que vender.

Sin embargo, pasaban los días y la mercancía no llegaba.

—Le dije a María que saliera para allá de inmediato. Y he mandado a Carmen con ella, por si acaso. —Él se mantuvo en silencio. A Mayor le aterraba que su hermana y su joven ayudante anduvieran solas por los caminos—. A última hora estarán de vuelta… Pero no esperemos gran cosa. La gente apenas tiene para subsistir. Los despenseros del rey tendrían que haber sido más previsores.

Gregorio asintió. Ya apenas había nada que esquilmar en muchas millas a la redonda. Aquella descomunal empresa llevaba más de un año absorbiendo comida y vino como un pozo sin fondo y ahora, cuando al fin habían zarpado, todo había vuelto a empezar.

Los galeones estaban regresando a puerto con un hambre renovada.

Los dos se quedaron mirando los pedidos pendientes. Allí estaba esa lista interminable, con el sello de la marina real. Productos de primera necesidad eran reclamados a todas horas por capitanes y maestres. Hambre y penuria plasmadas en papel.

Mayor se encogió al recordar la primera vez que se había encontrado con algo así.

Hasta aquel día, el negocio familiar se había limitado a comprar grano en las aldeas del interior para vendérselo en los almacenes portuarios a los armadores que fletaban mercantes con destino a Flandes o a Portugal. Y también vino, que servían por picheles a cualquier vecino que se pasase por allí.

Pero una tarde de invierno ya lejana, un hombre había tocado a su puerta con un pedido muy distinto.

El joven se había presentado como Manuel de Poulo, provisor real y despensero del galeón

San Pedro. Los padres lo recibieron entre reverencias lisonjeras, pero Mayor, descreída, le señaló con aspereza mal disimulada que allí no comerciaban con el género que él buscaba.

No obstante, por algún motivo inexplicable, el hombre decidió insistir.

—Me importa más la honradez de mis proveedores que su experiencia en el negocio —rebatió él, sujetando la puerta que ella pretendía cerrar en sus narices.

La muchacha lo observó con curiosidad.

Había varios establecimientos en el puerto especializados en aquel tipo de abastos. ¿Qué había conducido a ese oficial a llamar a su puerta? Al fin y al cabo, el suyo no era más que un almacén mohoso donde había poco más que sacos apilados y toneles medio podridos.

—Permitidme ver esa lista —contestó ella, tras unos instantes de indecisión.

Desde bien pequeña había sido capaz de vender hasta lo más inverosímil, como las conchas que recogía en el Orzán en cuanto sabía que iba a pasar unos días en Sigrás. Aquellos incautos de Irlanda y de la Albión habían ido engordando su hucha con el paso de los años.

Un peto que siempre había guardado bajo el colchón como garantía de supervivencia.

Mientras leía, una nueva perspectiva se fue desplegando ante ella con brillos insospechados. Nunca había soñado con llegar a ser abastecedora real, pero… si la ocasión llamaba a su puerta, ¿por qué rechazarla?

Manuel contempló cómo sus ojos volaban sobre el listado.

«Bizcocho, naranjas, carne salada. Manzanas, jamones, harina. Verduras, pescado en conserva. Vino de Rivadavia».

—Eso sí —le advirtió él—, lo necesito todo en un día, como máximo.

Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Mañana a esta hora lo tendréis todo en vuestro barco —sentenció.

Él, reprimiendo una sonrisa, asintió. La pequeña lanzadora de piñas no se iba a amedrentar.

Mientras se alejaba por el callejón, dejó aflorar al fin la sonrisa que se había estado guardando, y que tenía más de satisfacción que de burla. No se había equivocado. Comenzaban para la muchacha veinticuatro horas frenéticas, pero estaba convencido de que sería capaz de cumplir con su compromiso.

Ella se quedó mirando cómo el desconocido se perdía entre la niebla.

Después se crujió los nudillos. Tenía muchas puertas a las que llamar. Si aquel pedido salía bien, otros vendrían detrás.

Pese al frío y el viento, la joven Mayor Fernández empezó su periplo sin hacer caso a la lluvia que caía sobre su cabeza.

Si el destino rola, murmuró, sujeta el timón.

Solo de esa manera podrás elegir tu derrota.

Un gruñido de contrariedad la trajo de vuelta.

A su lado, Gregorio meneaba la cabeza. No tenía ni idea de dónde rayos iban a poder sacar todo eso. Ella suspiró. Tenían que hacerlo. Llevaba años demostrando ser la mejor; ya desde aquella primera visita de Manuel.

Tras ese pedido, que la tuvo toda la noche en vela, vinieron otros.

El hambre y la sed de los hombres que surcaban el desierto azul no daban tregua.

Así empezó un ajetreo que, con el tiempo, se transformó en aluvión. Ahí fue cuando tuvo que

contratar a Carmen.

Maese Poulo debía de haber hecho correr la voz entre los provisores de la armada. Él les habría dicho que había una nueva abastecedora en Faro que, a diferencia de otros, satisfacía las demandas con diligencia y honradez. Sin comisiones sospechosas. Sin maniobras oscuras que, pese a estar penadas con cárcel, eran constantes. De hecho, Manuel le había contado que un soldado que había salvado en Lepanto, un tal Miguel de Cervantes, había dado con sus huesos en prisión a causa, precisamente, de sus tejemanejes como recaudador para la Gran Armada en Andalucía. Las comisiones fraudulentas que se había metido en el bolsillo fueron el detonante.

Al evocar a maese Poulo, Mayor volvió en sí con una sensación dulce.

El bueno de Manuel, sonrió, con gesto ausente.

Para cuando él regresó a su puerta, tiempo después de aquel primer pedido, ella ya se había convertido en una próspera comerciante.

—Veo que las cosas han cambiado un poco por aquí —dejó caer, al encontrársela al frente de un negocio que bullía de actividad.

Había pasado el tiempo, y había pasado bien.

De un sótano sombrío con olor a rancio la joven se había mudado a un almacén luminoso que se veía atiborrado hasta el techo. Además, Mayor ya no estaba sola. Una chiquilla se afanaba al fondo con los fardos.

La propietaria sacó la nariz del listado que estaba revisando y abrió mucho los ojos.

Después se le quedó mirando con una sonrisa pícara.

—Y vos no tendréis nada que ver con ello, ¿verdad, maese Poulo?

Él, divertido, esbozó un ademán de indefensión.

—Los despenseros estiman más a un abastecedor honrado que a sus propias esposas, señora. Podéis creerme.

Mayor dio unas órdenes rápidas a dos mozos de estiba que habían estado cargando un carromato y dedicó a Manuel la mejor de sus sonrisas.

—Pasad a la trastienda, caballero. Os presentaré a mi marido —dijo, señalando el camino hacia la parte de atrás—. Si vuestro capitán os concede unas horas antes de volver al San Pedro, Juan y yo estaremos encantados de compartir mesa con vos.

La tarde transcurrió entre vino y risas.

Cuando se despidieron, lo hicieron mediante abrazos. Una amistad luminosa había surgido entre Mayor y Manuel. Algo que ni la temprana muerte de Juan Alonso de Rois, poco tiempo después, lograría truncar.

Ella lo recibió vestida de negro en su siguiente visita, pero eso fue lo único que cambió entre ellos. Para él, que no sabía ni cómo actuar ante la desgracia de la joven viuda, el recibimiento fue definitivo. El cariño que desprendían sus ojos seguía siendo el mismo.

Con el paso del tiempo, Manuel empezó a llevar consigo a los oficiales del galeón, atraídos por la perspectiva de un buen yantar portuario en lugar de la dieta tediosa de bizcocho y salazón que se repetía a bordo, cada día, como una maldición periódica.

—No pensé que vender conchas pudiera ser tan lucrativo —le soltó un día desde la puerta, con cara de risa.

Ella, conteniendo el aliento, esbozó una sonrisa congelada.

No entendía cómo podía saber Manuel lo de las conchas en Sigrás. Al ver las dudas

relampaguear en los ojos de ella, él hizo por señas como si algo lo golpeara desde atrás en mitad de la nuca.

Entonces a ella se le pusieron los ojos como platos; y con un gesto de asombrada incredulidad lanzó una pregunta muda que él, también en silencio, respondió con una gran sonrisa afirmativa. Después de un segundo suspendido, los dos rompieron a reír.

Su historia se entrelazaba en los albores de la memoria.

Así habría de ser hasta la eternidad.

La irrupción de un oficial hizo que Mayor levantara la cabeza.

Su estampa demacrada la devolvió al crudo presente de un manotazo.

Barcos armados transitaban aquellas aguas, dispuestos para la batalla. La guerra, con su sonrisa mellada, rondaba por los muelles como una bestia que solo ella parecía ver. Las llagas y la fiebre saltaban de cuerpo en cuerpo, y una suciedad infecta hacía emanar miasmas de todas las bodegas. El hambre hundía los ojos de los hombres, y la sed transformaba sus gargantas en lija. Sus voluntades, domadas por la penuria, se reducían a un afán salvaje de supervivencia. El vómito y los piojos reinaban por doquier.

El oficial extendió un listado ante Gregorio, y Mayor se estremeció.

No podía olvidar que Manuel se encontraba en ese mismo instante a bordo de uno de aquellos buques. La desazón reptó a su pecho como una alimaña sin ojos para oprimirle el corazón. En el puerto de la vieja Faro, el aire traía un inquietante olor a pólvora que solo ella parecía percibir.

Una marea de sangre seguía avanzando hacia sus orillas.

XLVII

Compostela, 2 de junio de 1588

—Recuperaré ese libro, señores —repitió Sanclemente, con aire fatigado.

Era la enésima vez que lo decía.

Ares, rojo de furia, no paraba de vociferar. Un robo indigno. Una vejación. Daba igual lo que le pudieran responder. La ira visceral que escupía también taponaba sus oídos.

A su lado, Cabana apuntalaba los improperios de su compañero con argumentos sueltos. Razones bien calibradas que dejaba caer cada poco como por descuido, pero con la contundencia de un batán. Para el prelado, los apuntes que el arcediano iba intercalando con voz tranquila eran mucho más dolorosos que los gritos desaforados del reliquiero.

La mella implacable de la razón pausada.

—¡No se trata de un simple libro, monseñor! —bramó Ares, recalcando la palabra «libro» con un retintín de indignación—. ¡Es nada menos que un Registrum de quinientos años! Y eso no es lo más grave, no… ¡Se lo han robado de las manos a un hermano del cabildo! ¡Al encargado del archivo, nada menos! ¿Y qué hay de que el licenciado haya estado husmeando sobre el Ara de Antealtares? ¿Tampoco vamos a hacer nada al respecto? ¿Dejaremos que cunda la irreverencia sobre todo lo sagrado que queda en esta ciudad?

Las venas de su cuello parecían a punto de estallar.

—He requerido la presencia de los culpables, pero llevan desde ese día sin salir del Hospital Real —se defendió Sanclemente—. Ya sabéis que allí dentro están bajo jurisdicción real. Mientras no salgan, no hay nada que yo pueda hacer.

Ares, aferrando los brazos de su sillón, inició una réplica aún más furibunda que las anteriores, pero Indalecio le tocó sutilmente la muñeca. Sanclemente, al apreciar la maniobra, respiró. El arcediano, auténtico artífice de todo aquello, había decidido ponerle el bozal a su mastín.

Ahora vendría la parte en la que él hacía de buen samaritano.

—Sabemos que no es culpa vuestra, monseñor —sonrió Cabana, con cariz bondadoso. El arzobispo se mantuvo impasible, pero un escalofrío recorrió sus vértebras—. No obstante, ese insidioso de Ambrosio ha hallado abiertas de par en par las puertas de esta sede sagrada, a la que tanto daño hizo ya en el pasado. No nos entendáis mal, por Dios; para nosotros está fuera de duda vuestro compromiso con el señor Santiago. ¡Por delante de cualquier otra cosa, desde luego! Como el de todos los que formamos parte del cabildo, claro que sí. Ni nuestras haciendas, ni nuestras armas… ¡ni nuestra propia sangre, siquiera, podría anteponerse a tan alto honor!

Un relámpago atravesó las pupilas del metropolitano.

Aquella referencia a «la sangre» era intencionada. Ambrosio era su familiar más querido, y era precisamente ese vínculo lo que más exacerbaba los ánimos de los canónigos. El auténtico motivo de semejante escandalera.

Sanclemente, acorralado, guardó silencio.

El comportamiento de Ambrosio no ayudaba. Sus indagaciones en la catedral y aquellos merodeos en los que se había conducido como un viejo chiflado llevaban semanas suscitando

cuchicheos. Y ahora, para colmo, sus muchachos habían perpetrado un robo en el archivo. Muy a su pesar, los hechos les estaban dando la razón a sus canónigos.

Cabana atajó con una maniobra imperceptible los nuevos improperios que fray Carmelo se disponía a escupir. Para sorpresa de los otros dos, el arcediano se levantó de su asiento como dando por finalizada la reunión.

—El cabildo confía en el buen criterio de su arzobispo, monseñor —se despidió, antes de agarrar por una manga al reliquiero—. Al fin y al cabo, es la santidad del apóstol Santiago la que depende de vos.

Sanclemente hundió la cabeza entre las manos.

El asunto del libro era feo, y echaba leña al fuego que lo cercaba por varios frentes.

Desde Valladolid recibían noticias inquietantes, y los canónigos estaban en pie de guerra contra él. Su tío, su amado tío, estaba empeñado en hacerle la vida imposible a causa de la misteriosa encomienda que le había solicitado el rey en persona.

El dichoso Felipe y sus oscuras intenciones. ¿Para eso lo había nombrado arzobispo de la noche a la mañana? Llegó a desear que la guerra se eternizase. Que los ingleses fueran capaces de resistir. Incluso anheló que lograran poner en problemas a la Gran Armada. Que Drake hundiera todos sus navíos.

Al menos, así, tendría un resquicio de esperanza.

Mientras se alejaba del palacio episcopal, Indalecio empezó a pergeñar nuevos planes.

Lo primero era encargarse de borrar la inscripción del Ara de Antealtares. No sabía qué había estado buscando allí Ambrosio, pero era mejor prevenir que lamentar. La presión ejercida por fray Carmelo sobre el arzobispo le había facilitado su consentimiento para actuar como creyese conveniente.[5] Y eso haría, por descontado.

Y sin perder ni un instante.

Ares refunfuñaba a su lado, pero él ni siquiera lo oyó. Sanclemente estaba arrinconado, pero acabar con él no era la solución.

Morales había vuelto para acabar con la ciudad entera y hasta con el mismísimo apóstol. Al sospechoso hecho de husmear en busca de información sobre traslados de reliquias sagradas se sumaba ahora el robo del Registrum. En dicho manuscrito se narraba el «pío latrocinio» protagonizado por Gelmírez cientos de años atrás.

Ahora estaba seguro de que estaba decidido a robar el cuerpo de Sant Iago.

Habría que aceptar que estaban inmersos en una guerra, pues. Sibilina e invisible, tal vez, pero cruel y sin escrúpulos también. Y en la guerra, todo está permitido.

Tal vez no bastase ya con la inminente llegada de Jerónimo Román para detener tal infamia. El sabio agustino había confirmado que pronto estaría allí, pero quizá no fuera ya suficiente.

La imagen de un muchacho emergió de repente en su memoria.

Un joven con la fuerza de un caballo, pero que cojeaba de un tiempo a esta parte. Sus hombres le habían confiado que el discípulo menor del licenciado Morales llevaba un par de semanas escabulléndose por un ventanuco del hospital en plena madrugada.

Noche tras noche y sin faltar a su cita.

Quizás las correrías nocturnas del joven Segismundo —tal y como él había intuido en un cónclave secreto entre las estatuas del coro pétreo— podían poner a Ambrosio en la palma de su mano.

Una sonrisa siniestra asomó a sus labios. Aún no sabía qué le podría facilitar aquello, pero todas las armas eran bienvenidas. A saber qué batallas podía arrastrar el viento hasta su puerta.

Un hado caprichoso los había abocado a la guerra.

Sagradas o no, en todas acaba por correr la sangre.

5 La destrucción de la inscripción romana del Ara de Antealtares a cargo de los hombres del arzobispo Sanclemente es un hecho histórico documentado.

XLVIII

Hospital Real de Compostela, 2 de junio de 1588

Como un caballo de batalla atascado en un cenagal.

Así se sentía Mundo desde aquella mañana.

Hacía tres días ya que el maestro les había prohibido abandonar el hospital. Tal orden no hubiera supuesto mayor problema en condiciones normales. Era capaz de escabullirse por la ventana sin que nadie se enterase.

El problema era que, por algún extraño motivo que no alcanzaba a atisbar, Cándido se había empeñado en pegarse a él como un cepo.

Ya en la primera mañana, mientras él simulaba colaborar con Formoso en el cuidado de las plantas medicinales del claustro, su compañero los había contemplado durante horas desde un banco sin decir palabra. Allí se había quedado, en silencio, aparentando que se deleitaba con la observación de los pajarillos que revoloteaban entre las matas. Sin embargo, Mundo pudo percibir en todo momento su mirada vigilante en la espalda.

Casi podía sentir el calor que desprendían sus ojos.

Al cabo de las horas empezó a impacientarse. No se explicaba qué diantres le podía estar pasando a aquel muchacho, habitualmente retraído, para comportarse de ese modo. En lugar de encerrarse con sus libros, vagaba tras sus pasos fuera donde fuese. Como si todo su interés se hubiera focalizado en tenerlo controlado. Al cabo, unas dudas incómodas empezaron a rondar su nuca.

¿Sabría Cándido de sus incursiones nocturnas, tal vez? ¿Había estado disimulando durante todo aquel tiempo?

Aguardó sin rechistar. La noche sería su aliada.

Aparentando una despreocupada jovialidad, Mundo dejó pasar el día. Se sentía arder por dentro, pero se concentró en respirar hondo y en sonreír. La soledad de la madrugada le facilitaría la huida.

No fue así. Un insomnio sospechoso afectó a Cándido sin explicación. El muchacho se pasó toda la noche sentado contra el cabecero con los ojos muy abiertos. Para desesperación de Mundo, se mantuvo así, inmóvil, durante horas y horas. Contemplando las estrellas a través del ventanuco mientras a él lo carcomía la ansiedad.

Ella estaría aguardándolo en el tejado, como siempre.

Sin embargo, él no podía ir a su encuentro.

Simuló dormir plácidamente. Hasta llegó a roncar durante un buen rato, pero nada cambió. Entre los párpados pudo ver cómo en el camastro de al lado unos ojos bien abiertos resistían, impasibles, mientras a él lo consumía la agonía. Así cayó la noche, minuto a minuto, con una lentitud exasperante.

Así, hasta que el alba despuntó.

Al asomar los primeros rayos, Mundo se desperezó como si hubiera estado durmiendo a pierna suelta. Se estiró y bostezó ruidosamente, y hasta le dedicó una sonrisa somnolienta a su compañero.

Cualquier otra reacción le hubiera dado la razón a Cándido.

El segundo día fue aún peor.

Formoso los vio deambular por los claustros con gesto cansado. No hablaban entre sí, pero los encontró vinculados por una especie de energía distorsionada que no supo identificar. Supuso que habrían discutido.

Al caer la noche, los dos se fueron a la cama sin haber cruzado palabra.

Cándido se sentó en la misma posición, con los ojos como platos y mirando por la ventana. Mundo, hirviendo de impaciencia, simuló que dormía. Dio vueltas, permaneció inmóvil… Incluso amagó un nuevo repertorio de ronquidos.

Finalmente, al ver que todo transcurría igual, explotó.

—¿Se puede saber qué es lo que pretendes? —le espetó, soltando chispas por los ojos.

Cándido, que llevaba día y medio esperando aquella reacción, ni se inmutó.

—No tengo sueño —mintió, pese a que su aspecto demacrado evidenciaba lo contrario—. No te preocupes por mí. Duerme.

Mundo, estupefacto, no supo qué contestar.

Entre resoplidos de indignación, se volvió contra la pared y aguardó. Iban ya dos días y una noche. En algún momento tendría que caer rendido aquel metomentodo. No podía quitarse de la cabeza que ella estaría sola en el tejado por segunda noche consecutiva.

Durante horas, siguieron con su batalla silenciosa.

Cándido, sentado contra el cabecero y con los ojos fijos en las estrellas que titilaban a través del ventanuco, se pellizcaba el brazo de tanto en tanto para resistir. Mundo, mordiéndose las uñas mientras le daba la espalda, echaba humo por las orejas.

Al final, casi a la vez, los dos sucumbieron. El agotamiento fue más fuerte y, unos minutos antes del alba, los jóvenes discípulos del licenciado Morales cayeron rendidos.

Fue cosa de un instante.

El amanecer hizo que los dos se incorporasen al unísono con un salto torpe y desaliñado. Con la sensación de estar de vuelta del mismísimo inframundo, se miraron con suspicacia.

El joven Suevos le echó un vistazo fugaz al ventanuco, pero vio que seguía trancado. El sueño había acabado por vencerlo, pero había hecho lo propio con el bueno de Mundo.

Formoso arrugó el bigote al verlos llegar como almas en pena.

Si no hubiera conocido lo modélicos que eran, hasta habría sospechado que estaban borrachos. Hasta parecía que fuesen a dormirse en cualquier esquina. Algo les pasaba a aquellos dos, no había más que verlos para deducir que se encontraban al límite del agotamiento humano. Y si bien Segismundo podía afrontar tal estado, su compañero corría serio peligro.

El tiempo no tardó en darle la razón.

Al atardecer del tercer día, Cándido se desmayó.

Mundo corrió a socorrerlo, pero cuando vio que Formoso se lo llevaba a la enfermería una corriente de euforia lo sacudió.

Al fin se había quedado solo. Ya solo tenía que aguardar a que cayera la noche.

Sin tan siquiera cenar, subió a su alcoba ansiando que llegase la puesta de sol. Tenía un nudo en el estómago. Ni siquiera sabía si ella acudiría, tras dos noches en blanco. Además, se ahogaba al pensar que iba a traicionar a Cándido. Al brillante muchacho que jamás permitía que nadie le hablase con suficiencia y que cada día le explicaba con toda la paciencia del mundo las

maravillas del cielo y de la tierra.

Al amigo que siempre estaba ahí. A su hermano, en verdad.

Iba a aprovecharse de su enfermedad para dejarlo tirado.

Bajo la luz del crepúsculo, Mundo abrió la ventana.

Cabalgando a medias entre la impaciencia y la culpabilidad, esperó a que la noche extendiera su manto negro. Al final, la oscuridad ocultó las fachadas de Compostela.

Sin embargo, fue incapaz de salir por el ventanuco. A horcajadas sobre el alféizar, el remordimiento lo mantuvo atado como una cadena invisible.

Mundo regresó al interior maldiciendo todo lo maldecible. Medio sonámbulo, se encaminó a la apoteca con la frente ensombrecida. No podía huir así.

El boticario le dedicó una sonrisa al verlo aparecer, pero pronto el gesto se desdibujó en su cara. Tumbado en un camastro, Cándido respiró de alivio al ver que, finalmente, no había abandonado el hospital.

Se volvió. A través de la ventana ya solo había tinieblas.

—Menos mal —le susurró—. Es mejor así, Mundo. Hubiera sido una locura.

—Solo he venido para decirte que no te preocupes —respondió él, mientras le secaba el sudor con su propia manga—. Y que regresaré sano y salvo. Como siempre.

Al oír sus palabras, el pulso del enfermo se disparó.

¿Qué significaba aquello? ¿Acaso pretendía salir de todos modos?

Al percibir su alteración, Mundo se le acercó aún más.

—Locura, Cándido, es permitir que mueran nuestros sueños.

Después le dio un beso en la frente y salió sin mirar atrás.

Para cuando Formoso se giró, ya solo halló la mirada perdida de su paciente.

—¿Qué quería Segismundo? —le preguntó, extrañado.

Unas lágrimas rebeldes asomaron a los ojos de Cándido.

Para evitar que lo delatasen, miró hacia la ventana. En el mismo cielo que llevaba dos noches escrutando brillaban, tímidas pero inalterables, las primeras estrellas.

—¿Qué quería, Cándido?

El muchacho solo alcanzó a musitar unas palabras que el boticario no pudo comprender.

—Que no se mueran sus sueños.

XLIX

Compostela, 2 de junio de 1588

Calculó que ya sería medianoche.

Mundo corrió cuesta arriba como si ella llevara horas esperándolo. Las fachadas silenciosas le devolvieron una mirada cómplice, y entonces fue capaz de tomar aire.

Solo, pero decidido, llegó a su destino.

A su derecha, la mole negra de la catedral resaltaba contra la luminosidad del cielo estrellado. Dos zarpazos sobre la pared le bastaron para alcanzar el primer canecillo de la Corticela. Ya solo tenía que alzarse en vilo hasta las tejas.

Desde allí, apenas lo separaba un salto de la cubierta de la catedral. Ya sobre el escalonado de piedra, corrió agachado. Una vez en el brazo sur, se asomó con cuidado de no ser visto.

Bajo la luz plateada de la luna, todo era un gran juego de sombras y penumbras. Volúmenes indeterminados se sucedían a su alrededor, en una escala de grises nebulosa e incierta. Miró con atención. Salvo por las cuatro gallinas del campanero —que picoteaban allá, en el extremo oeste, junto a la casa adosada a la torre principal—, nada alteraba la calma de aquel extraño lugar.

Al ver el tejado desierto, su pecho se desinfló.

Todavía era temprano, pero había imaginado que tal vez ella ya estuviera allí. La excitación había dado alas a su huida, pero las tinieblas enfriaron su ánimo. Empezó a temer que ella no acudiese. Que dos noches en blanco habrían desbordado su frágil paciencia.

Se reclinó contra el cimborrio, como siempre hacía cuando estaban juntos. Aún es pronto, se repitió una y otra vez, tratando de calmarse. Sus ojos inquietos pasearon sobre los tejados. Pensó en Cándido, tirado en la botica, sudoroso y febril, y también en el maestro. A la impaciencia se le sumó la mala conciencia. Ambrosio les había prohibido salir del hospital.

Una mano fantasma, posada en su hombro, le hizo dar un respingo.

Se giró frente a aquella presencia espectral, presto a presentar batalla, pero fue cosa de un segundo. Nada de eso iba a ser necesario.

Pese a la oscuridad, Mundo logró vislumbrar unos ojos que brillaban bajo la silueta encapuchada de una melena encrespada. Sin mediar palabra la estrechó entre sus brazos, y una desesperación muda lo llevó a enterrar la nariz entre sus rizos.

—No sabía si vendrías —le musitó al oído.

Respirando aquel aroma, Mundo sintió que todos los pedazos de su alma rota —que un minuto atrás componían un panorama calamitoso— habían encajado de golpe. A lo largo de su vida había conocido la alegría y la tristeza; la decepción y la risa; el enfado y la nostalgia.

Pero allí, perdido entre esos cabellos, supo que nunca antes había sabido lo que era la felicidad.

—Eres tú el que ha faltado dos noches a la cita —respondió ella, mientras le acariciaba la nuca.

Él la apartó con suavidad para poder mirarla a la cara.

—Te juro que no he podido. Me estaban vigilando.

Ella esbozó un gesto de comprensión y desvió la mirada.

—Entonces ya somos dos —susurró. Al intuir que su voz se quebraba, Mundo la estrechó. Entre sus brazos enormes, aquel cuerpecillo era como el de un gorrión.

—¿Cómo que ya somos dos? —preguntó él, mientras trataba de desasirse para poder mirarla a los ojos otra vez—. ¿Qué quieres decir con eso?

Ella se mantuvo aferrada a él para no enfrentarse a su mirada, pero él se desembarazó y volvió a cogerle la cara entre las manos.

Tenía las mejillas mojadas.

—Somos dos insensatos, Mundo —dijo ella, con la voz rota—. Esto no es ningún juego. No temo por mí; hace tiempo que mi vida no me importa.

—No hay cuidado —replicó él—. Es solo un asunto con los curas de la catedral. El maestro no quiere que salgamos del hospital porque les hemos cogido un libro. Nada grave.

Ella se quedó observándolo con abatimiento.

Ningún asunto con aquellos hombres podía considerarse trivial. El mero hecho de que él lo creyera así acarreaba peligro de muerte.

—Yo te avisaré cuando podamos vernos. —La voz de ella era de hielo al desasirse. Ante la protesta que inició Mundo, lo cortó con un ademán tajante—. No podemos seguir así. Sería una locura.

El muchacho quiso resistirse, y durante un rato buscó argumentos, pero no tuvo más remedio que aceptar. Al fin y al cabo, si ella decidía no acudir, ¿de qué serviría que él sí lo hiciese?

Ella, de nuevo cariñosa, se acurrucó contra su pecho como para agradecerle que no le llevase la contraria.

Los ojos de él, duros como la piedra, vagaron sobre los tejados. Pese a saber que no iba a servir de nada, al final murmuró entre dientes su frustración.

—Locura sería permitir que murieran nuestros sueños.

Desde la casa del campanero, unos ojos vigilantes no perdían detalle de aquel abrazo. El centinela no lograba oír lo que los amantes se decían, pero el arcediano de Trastámara iba a estar muy satisfecho al conocer lo que habían acogido los tejados solitarios de su catedral.

Sus ojos no eran los únicos que vigilaban a los amantes.

También desde el otro extremo había quien espiaba.

Al escuchar un ruido incierto al otro lado de la pared, en la Corticela, un joven con el pelo color fuego y un rostro extrañamente aniñado había decidido perseguir al misterioso escalador y ahora, tras seguir su rastro, acechaba entre las sombras.

—Quince años después, la historia se repite —murmuró para sí en gaélico irlandés—. Increíble, pero cierto.

No necesitaba ver más. Sería mejor regresar abajo.

Mientras descendía con cuidado, un torbellino se había desatado en la cabeza de Sheridan. La misma amenaza que tres lustros atrás había estado a punto de desbaratar el cometido de su orden se había reencarnado con un paralelismo asombroso. Diferentes protagonistas, pero mismo desenlace. Y, al igual que entonces, un asunto tan turbio no podía acabar bien.

La brisa nocturna removió sus cabellos rojos.

El viento anunciaba ahora una tragedia repetida.

L

Valladolid, 5 de junio de 1588

Los últimos retazos de la primavera cubrían de verdor la llanura castellana.

Los sembrados de cereal se extendían hasta los horizontes rectilíneos donde cielo y tierra se difuminaban entre jirones de niebla descolorida.

En la ciudad de Valladolid, las calles bullían de actividad.

En contraste con el ajetreo exterior, una casa pequeña, de modesta apariencia, enmarcaba la tensión de un joven que se sabía frente al reto más importante de su carrera.

«Lázaro González de Acevedo. Abogado», rezaba el cartel de su puerta.

Sus clientes más ilustres estaban a punto de llegar.

Era un momento crucial. Tenía grandes noticias que comunicarles.

En el salón más noble de la casa —apenas un comedor para uso diario— yacían, abiertos sobre la mesa, sus libros de derecho. Decenas de anotaciones, cuidadosamente ordenadas, estaban dispuestas a un lado por si las pudiera necesitar.

Unos toques hicieron que un hormigueo recorriera su espinazo.

Su criada asomó con gesto orgulloso para anunciar que habían llegado «sus santidades». Lázaro, sonrojado, le agradeció el servicio y se apresuró a hacer pasar a los invitados. Pese al gesto grave de los prelados, no corrigió la torpeza de la mujer.

Al fin y al cabo, era culpa suya si no podía pagarse un secretario.

—Tomen asiento vuesas mercedes. —La estampa de las sillas de madera carcomida que les estaba ofreciendo no ayudó a mitigar su turbación—. Tengo grandes avances que transmitirles.

Solo los obispos de Palencia y Burgos aceptaron la copa de vino que les ofreció. Los de Calahorra y Sigüenza, mucho más serios, se limitaron a esperar en silencio. No había más que verlos para deducir que estaban deseando acabar cuanto antes.

El de Osma ni siquiera quiso sentarse.

Se quedó allí, de pie y junto a la puerta, observándolo todo con gesto atormentado como si estuviera a punto de poner pies en polvorosa. Denunciar los abusos del Voto chocaba en su conciencia con la veneración que sentía hacia el Matamoros, a quien creía estar traicionando.

Razón y fe colisionan, se lamentó Lázaro. No está escrito, pero es ley.

Los cinco hombres contemplaron cómo el abogado les servía el vino, pero no tardaron en cruzar unas miradas de impaciencia.

—Vos diréis, letrado —saltó el obispo de Calahorra, tieso como un palo—. ¿Qué novedades son esas?

Lázaro posó la jarra y carraspeó.

—Ilustrísimas —empezó, al fin—. Como saben, hace unos meses presentamos una demanda ante la Real Chancillería, sita en esta misma ciudad, contra lo que consideramos un impuesto abusivo y arbitrario. Ese documento antiguo llamado Voto de Santiago.

Los prelados asintieron en silencio.

El de Osma, como si le faltara el aire, tragó saliva.

—Pues bien —continuó el abogado—, dado que todas las denuncias han sido rechazadas en los tribunales, entendí que no valía la pena seguir ninguna de las estrategias empleadas anteriormente. De nada serviría alegar en sede judicial que el impuesto es injusto, o que está fundamentado en un mito. Tampoco que genere miseria entre miles de campesinos castellanos para enriquecer a los canónigos de Compostela. Todos esos argumentos han sido trillados a lo largo de ochocientos años… y nunca han sido admitidos.

—De ahí que hayamos recurrido a vos, Acevedo —lo cortó el metropolitano de Sigüenza—. La claridad de vuestra mente ha impresionado a vuestros profesores, ilustres doctores y amigos de algunos de nosotros. Pero dejaos de preámbulos, os lo ruego… Todo eso ya lo sabemos. ¿Qué hay de nuevo, para que nos hayáis hecho venir desde tan lejos?

Lázaro estiró el pescuezo. Siempre le pasaba lo mismo; su obsesión por exponer con exhaustividad todos los hechos le hacía ser repetitivo.

—Por supuesto, monseñor —aceptó, bajando la cabeza—. A ello voy. Los he citado para comunicarles la feliz noticia de que la chancillería ha admitido a trámite nuestra querella. Por primera vez, el Voto va a ser sometido a juicio.

Los obispos se miraron entre asentimientos y gestos de aprobación.

No era un logro menor. Un tribunal de justicia iba a considerar en firme la denuncia que ellos habían interpuesto contra el Voto.

El primer paso para acabar con el dichoso impuesto estaba dado.

—¿Y cómo habéis conquistado tal hazaña, amigo Acevedo? —preguntó el de Burgos, mientras alzaba su copa en señal de brindis—. ¿De qué modo habéis logrado desentrañar un entramado que ha resistido los embates de los juristas más egregios?

—Como decía, monseñor, de nada sirve repetir una estrategia que ha fallado con anterioridad. La jurisprudencia, en estos casos, es demoledora. —Lázaro señaló los libros abiertos sobre la mesa—. Lo que yo hice fue buscar algo que jamás se hubiera intentado. Me pasé semanas revisando cada caso. Dándole vueltas. Explorando cualquier camino que no hubiera sido hollado aún, por extravagante que pudiera parecer. Si algo concluí en firme es que el Voto ha sido protegido por la Corona desde el inicio de los tiempos. El documento firmado por el rey Ramiro y por todos sus testigos, pese a estar basado en fantasías —aquí, el obispo de Osma se revolvió como si un reguero de hormigas estuviera trepando por su entrepierna—, ha bastado para desacreditar las acusaciones de injusticia, arbitrariedad y abuso que otros abogados han vertido sobre él en innumerables ocasiones. Sin embargo…, al final, acabé por concluir una verdad arrolladora: en el propio documento es donde reside, también, la debilidad del Voto.

Los prelados cruzaron ahora una mirada de perplejidad.

—Ah, ¿sí? —continuó el de Burgos, con tono de escepticismo—. ¿Y qué habéis descubierto vos en ese texto que se les haya pasado por alto a tantos sabios?

Lázaro simuló buscar algo en uno de los códices.

La expectación creciente le hizo reprimir una sonrisilla de triunfo. Aquella era una de las maniobras teatrales que nunca le habían fallado ante un auditorio interesado.

—No me refiero al texto, señores —sentenció, con un ademán victorioso—, sino al propio documento. Al pergamino en sí. Al papel.

Nuevos gestos de incredulidad acogieron sus palabras.

—Después de revisarlo mil veces, me percaté de que la copia que me facilitaron estaba muy manoseada —aclaró Lázaro, risueño—. Al intuir que algo importante podría haberse emborronado entre tanta tinta sobada y tantas huellas de dedos, decidí solicitar otra copia en la

chancillería, pero no tenían. Entonces pedí ver el original. Por mucho que el manuscrito firmado por el puño del propio rey Ramiro esté guardado en el archivo compostelano, las altas instituciones del reino deberían albergar otro. No obstante, ahí saltó la gran sorpresa. Los secretarios me dijeron que esa vieja reproducción era la única que había en el archivo de la chancillería, y que nunca habían visto otra. Ni tampoco, desde luego, el documento original del Voto.

Los obispos escuchaban con curiosidad y extrañeza a partes iguales.

—Llegué a la conclusión de que las escasas copias del Voto de Santiago que están archivadas en los tribunales de justicia nunca han sido cotejadas con el original —continuó el abogado—. Y ahí fundamenté mi argumentación: no contra el texto, como os digo, sino contra el propio documento. Contra el papel sobre el que está escrito.[6]

El obispo de Burgos, atisbando una luz indecisa, arqueó las cejas.

La genialidad de la estrategia estribaba en su simpleza. Y en una osadía sin límites, también. Esbozó una leve sonrisa, pero al mirar a sus compañeros de mesa pudo apreciar que una profunda incertidumbre se reflejaba todavía en sus pupilas.

—Uno de los principios fundamentales del derecho afirma que la copia de un documento no es válida si no puede ser contrastada con el original —les explicó Lázaro, con una sonrisa resplandeciente—. Ya que no hubiera servido de nada ir contra esa ley tributaria llamada Voto de Santiago, hemos interpuesto la demanda contra la autenticidad del papel que la contiene.

Los cinco prelados se quedaron ojipláticos.

Jamás hubieran imaginado que un argumento de apariencia tan banal pudiera albergar la más mínima opción de éxito, pero los hechos demostraban que así era.

Por vez primera en siglos, una demanda contra el Voto albergaba expectativas de éxito. Los privilegios del cabildo de Compostela se tambaleaban ante la inaudita solidez de una estrategia de apariencia pueril.

—¿Y cuál es el siguiente paso? —preguntó el primero en reponerse de la sorpresa.

Los otros asintieron con entusiasmo.

Seguían impactados, pero empezaban a atisbar la grandeza del momento.

—La chancillería va a enviar a sus veedores a Compostela para que examinen el Voto original. A día de hoy —asentó Lázaro, cada vez más risueño— estoy seguro de que el Voto que se guarda en Compostela es una falsificación.

El obispo de Osma, que seguía de pie junto a la puerta, estaba horrorizado ante unas afirmaciones que rayaban en el sacrilegio. Sin embargo, en su gesto prevalecía un escepticismo demoledor. Lázaro se encontró de refilón con su semblante atormentado.

—Eso, señor letrado —le espetó el prelado, con una voz dura y trémula a la vez—, solo sucederá si los auditores de la chancillería no se dejan sobornar.

Un silencio de plomo aplastó el entusiasmo de Lázaro.

Los demás apoyaron la suposición con unos asentimientos de cabeza sorprendentemente firmes. Al parecer, estaban seguros de que aquella posibilidad era plausible. Demasiado plausible, de hecho.

La sonrisa se congeló en la cara del anfitrión.

Ni siquiera había sospechado que algo así pudiera pasar, pero para sus clientes era evidente que sí. El cabildo compostelano era inmensamente rico, y los veedores de la audiencia, unos modestos asalariados.

Lázaro empezó a barajar mil ideas por segundo. El rigor de los auditores debería ser tan

inquebrantable como los cimientos de una catedral, pero tuvo que reconocer que tal vez los obispos tuvieran razón.

Esperar que así fuera, en Castilla, era demasiado esperar.

6 La estrategia inicial del abogado Lázaro González de Acevedo en el denominado Pleito de los cinco obispados es un hecho histórico documentado.

LI

El Escorial, 12 de junio de 1588

Ni el frescor de la montaña podía apaciguar su ánimo.

Desde la soledad de sus aposentos, el rey contemplaba con gesto ausente el panorama desdibujado que se abría ante su ventana. El amparo de El Escorial había dejado de ser abrigo frente a las tempestades.

Ya solo las visitas al relicario de su iglesia mitigaban la oscuridad.

Cada día, Felipe se adentraba en la penumbra del templo, abría las puertas de sus armarios enormes y cogía con veneración algunas de las reliquias entre sus manos. Entonces las besaba con delicadeza, y se las pasaba por la frente y por los ojos.

Solo en esos momentos se disipaban las sombras.

Él no podía permitirse un descanso, ni maldecir a los hados ni lamentarse. Algo así no hubiera sido digno de su posición. Ni de su cuna. Ni de su sangre.

Él era el rey.

Batallas gloriosas, tapices de oro y bailes al anochecer.

Todos daban por hecho que en eso consistía la existencia de un monarca. Y él era el más poderoso del Orbe, además. No podían ni entrever la presión a la que estaba sometido. La silueta inquietante de todos los calvarios que flanqueaban su senda.

Y siempre, como un nubarrón vigilante y frío, sentía la mirada severa de su padre. La sombra inmensa del emperador, con quien todos se empeñaban en compararlo. De él había recibido posesiones en todos los continentes, era cierto; pero también la condena agridulce de conservarlas. Más aún, de incrementarlas so pena de caer en bancarrota.

Así era su vida: una permanente huida hacia delante aderezada con otros páramos, como la montaña de papeles frente a la que se pasaba desde el alba hasta el ocaso. Pleitos, deudas, pactos envenenados. Reformas legales imposibles de encajar, favores que se cobraban bajo la mesa, campañas militares que jamás se acababan. Banqueros a los que no sabía cómo iba a pagarles; rebeliones, galeones cargados de oro que los piratas hundían en lo más profundo de la mar océana.

Un desierto vacío de sentimientos donde debía afrontar mil debacles por jornada. Eso, y no otra cosa, era en realidad su vida.

Un vencejo pasó como una sombra fugaz ante la ventana. La mirada de Felipe se sobresaltó por un instante, pero después cerró los ojos y esbozó un gesto de sarcasmo. Hasta las distracciones que le traía la vida eran así.

Fugaces. Efímeras. Apenas la silueta esquiva de una ilusión.

Después tenía que volver a aquella travesía lóbrega. A las amenazas que se ocultaban entre las sombras. Al odio contenido que veía latir en los ojos de sus cortesanos. Las sonrisas falsas. Las loas interesadas. La falta de privacidad desde su más tierna infancia.

Él no había podido decidir nada sobre su vida. No había tenido ese espacio íntimo que todos los niños necesitan para jugar y soñar, ni se había sentido querido por un amigo que lo apreciase por sí mismo.

Tampoco había tenido unos padres como los demás.

Tras la muerte de su madre, la soledad que siempre propiciaba ese extraño vacío a su alrededor se había acentuado. Entre tanta seda y tanto oro, el amor; ese amor sencillo que se respira hasta en el hogar más humilde había sido siempre un misterio para él.

Ante sus ojos pasaron ahora dos vencejos persiguiéndose.

Suspiró. Qué tristes serían sus días, si hasta el cortejo de unos pájaros tras su ventana le hacía sentir envidia.

Sin pretenderlo, su memoria voló ahora también, como los vencejos grises sobre los campos floridos. Y lo hizo, caprichosa y veloz, hasta posarse en un tejado ilustre de la villa alcarreña de Pastrana. Allí, en la penumbra de una estancia enrejada, estaba la única mujer a la que había amado de verdad. Por un instante, un destello dulce alteró su lucidez. No fue más que un espejismo. También aquello había resultado una derrota.

Incluso ella lo había traicionado.

El sol iba bajando ya sobre los montes, tiñendo de un azul anaranjado la llanura. Allá, en algún lugar del horizonte, la noche estaría cayendo poco a poco sobre la joven villa de Madrid.

Con un ademán entumecido, Felipe regresó a su escritorio. Allí, con aspecto inocente pero presencia inquietante, descansaban dos cartas. Meneó la cabeza. Era como si ese bucle no fuera a terminar jamás.

Las dos habían llegado esa misma tarde para robarle el aliento. Para obligarlo a asomarse a la ventana en busca de aire.

Con gesto cansado, se decidió a afrontar su contenido.

Los asuntos que traían no podían aguardar.

De nuevo, Ambrosio y Guzmán.

Y de nuevo, también, las malas nuevas que los dos estaban empeñados en reportarle. Los anhelos que había vertido en Compostela y en la Empresa de Inglaterra, los más relevantes para el futuro de su reinado, habían derivado en sendas pesadillas.

El cronista le indicaba que había hallado al fin un aval legal para el traslado de la reliquia. Había sido en un viejo manuscrito que sus ayudantes habían encontrado en el archivo de la catedral. La posibilidad de que el cuerpo de Sant Iago viajase desde Compostela a El Escorial, por lo tanto, empezaba a materializarse.

Bien, había sonreído el rey.

Sin embargo, después Ambrosio volvía a quejarse del recibimiento que le habían dispensado los canónigos compostelanos, y lo urgía a que le enviase de una vez por todas la dispensa papal. Acometer la operación era una necesidad acuciante. Aquellos curas retorcidos empezaban a sospechar de sus intenciones.

Felipe negó con la cabeza.

Qué podía hacer él, si Quiroga no conseguía que el santo padre expidiese de una vez la dichosa bula. No obstante, decidió convocar al cardenal sin más tardanza. Ambrosio tenía razón en que el trámite se había prolongado ya demasiado tiempo.

Después estaba la carta del duque, su primo. Tras palos, cuernos.

Alonso informaba que las inclemencias habían empezado a vapulear su flota nada más

abandonar Lisboa. Las escuadras se habían dispersado a merced de los vientos, y muchos de los barcos habían tenido que refugiarse en el viejo puerto de Faro. Casi todas las galeras necesitaban reparaciones urgentes, los pataches habían sido arrastrados por las corrientes y varias de las urcas acusaban desperfectos en el aparejo. Las naos, las carabelas y los galeones habían logrado resistir. No obstante, la dispersión de la flota había sido terrible.

Tal vez algunos navíos no hubieran abandonado aún aguas portuguesas; mientras que otros, los que habían sido arrastrados más al norte por la tempestad, era probable que hubieran sido avistados ya desde algún puerto inglés.

Así las cosas, el duque trataría de reagrupar la armada para reiniciar la ofensiva. A ser posible lo haría en Coruña, pues la mayoría ya estaban allí. Sin embargo, casi todo eran suposiciones. Perdido el contacto visual, las incógnitas se habían multiplicado. Tal vez algún barco se hubiera ido a pique, o tal vez no. En cualquier caso, el viento había desbaratado sus planes al primer soplido. El duque estaba ciego y casi sordo. Ya solo podía confiar en el criterio de sus almirantes.

Trataría de reunir sus barcos, pero no sabía cuánto tardaría en lograrlo.

Y eso —se lamentaba en su despedida— en el caso de que fuera posible.

Felipe volvió a elevar la vista.

Al otro lado de la ventana, las sombras se iban extendiendo sobre la llanura.

Podía imaginar las náuseas que habrían flagelado al duque entre tanto vendaval, y el trabajo que le habría costado escribir aquella carta desde la vieja Faro. Él también había sufrido arcadas durante toda la travesía que había iniciado en ese mismo puerto, rumbo a Inglaterra, muchos años atrás.

Entonces, un recuerdo muy distinto relampagueó en su memoria.

Algo brilló en el fondo, como un destello dorado en una balsa de cieno. Las imágenes de aquel viaje de juventud habían quedado grabadas en algún rincón amable de su memoria.

Felipe respiró al evocar el camino verde que había recorrido entonces a caballo desde Compostela. Pese a la perspectiva acre de casarse con la prima de su padre, la expedición había supuesto, de algún modo, un paréntesis de paz en sus años de juventud. Cabalgar sobre un paisaje florido a través del antiguo reino de Galicia, siempre brumoso y húmedo. Las cúpulas arboladas, las fuentes cristalinas y las paradas junto a los regatos.

Y una aldea perdida en la que había hecho noche.

Sin saber por qué, el rey vio una imagen que durante años había permanecido oculta. Un amanecer lejano en el que habían tapado con una mantita de viaje a un niño que se había dormido contra un árbol, tal vez con la esperanza de ver pasar su comitiva.

Miró por la ventana y, esta vez, una sonrisa melancólica asomaba a sus labios. Al rato, el vuelo nervioso de otro vencejo lo sobresaltó.

La noche ya había caído sobre las agujas de El Escorial.

En algún punto perdido entre Galicia y Bretaña, Manuel oteaba el horizonte.

Jamás hubiera imaginado que en ese mismo momento el rey sonreía pensando en él.

La Ragazzona batía los mares tratando de reagrupar en torno a sí a la escuadra de Levante. El temporal los había sacudido sin piedad, agravando la precaria situación de partida.

En cubierta, todos los marinos forcejeaban contra el viento. Se les veía exhaustos. No habían dejado de bregar desde Lisboa. Consternado, Manuel contempló cómo Tito se afanaba en la

maniobra que el contramaestre iba dictando con su código de pitidos. El aparejo chirriaba, azotado por las inclemencias, y el galeón entero parecía quejarse ante tanto castigo.

Unos presentimientos fríos volvían a rondar el pecho de Manuel.

Al cabo, cerró los ojos. Cuando las sombras lo arrinconaban de aquel modo buscaba refugio en las cosas sencillas. En las memorias dulces que le recordaban que había otra vida en otros lugares. Un fuego en el hogar; la lluvia rebotando contra las tejas. Su madre de espaldas, trasegando entre pucheros. Los juegos infantiles en Poulo, cuando soñaba con enrolarse en un navío de guerra al servicio del rey. Su imaginación viajó de vuelta a los días borrosos que habían determinado su destino. Que habían hecho de él lo que ahora era.

Entonces, un pez de plata saltó sobre el mar plomizo.

Con él, sin que pudiera decir por qué, un centelleo emergió en la memoria más íntima del oficial. Acababa de recordar la imagen más lejana de su aventura vital. La más valiosa.

La que aún le hacía sonreír.

Bajo la tolda de la Ragazzona, bien doblada en el fondo de su arcón de viaje, dormía la posesión más preciada del veterano provisor.

La manta que había hallado sobre su cuerpecillo en un despertar lejano.

LII

Coruña, 13 de junio de 1588

El gran puerto de los ártabros dio refugio a la Armada.

Docenas de navíos maltrechos entraron en las aguas mansas del Magnus Portus Artabrorum en busca de abrigo. Algunos se internaron en la ría de Ferrol, en el extremo norte de la inmensa ensenada, pero fue el puerto de Coruña el que acogió a la mayoría.

Su faro milenario vio llegar a los buques de la más imponente flota que jamás había existido. En los muelles, pronto empezó a cundir el caos. En apenas unos días, eran ya más de cincuenta los maestres que solicitaban agua y comida.

En plena vorágine, Mayor se vio obligada a rechazar a los provisores que llamaban a su puerta. «Por piedad», rogaban con voz lastimera. Contaban que sus hombres estaban sedientos, y que algunos empezaban a acusar síntomas de escorbuto.

Tras cada negativa ella regresaba al frenesí con el alma hecha pedazos.

Un ruido rompió la quietud nocturna de la calle Herrerías.

En plena madrugada, alguien se puso a golpear la puerta de su establecimiento. Con el corazón en un puño, Mayor contuvo el aliento. A esas horas nunca había nadie atendiendo el negocio. Ella seguía al pie del cañón porque los despenseros a los que había decidido atender estaban desesperados.

Por eso estaba intentando conseguirles comida hasta debajo de las piedras.

La insistencia de los golpes fue tal que al final no tuvo más alternativa que encaminarse a la puerta. Los vecinos debían de estar a punto de empezar a soltar improperios desde sus ventanas. Muy despacio, abrió un resquicio mínimo. Iba con la intención de echar a cajas destempladas a semejante impertinente, pero de pronto se quedó sin habla.

Ante la puerta de su almacén, el contramaestre del San Pedro en persona le dedicó una mirada implorante desde su rostro demacrado. Mayor, sobrecogida, notó que le faltaba el aliento. Jamás hubiera creído que algún día volvería a ver en su almacén a aquel malhechor.

La última vez que se había topado con él aún latía en carne viva en su memoria.

Fue una tarde de invierno, un par de años atrás.

Manuel había traído a todos los oficiales a cenar a la taberna de Mayor. El capitán Cuéllar se había quedado a bordo, pero había dado permiso para que los demás disfrutasen de una noche de asueto. Confiaba en su provisor. Si iban con él, nada malo podía pasar.

Al cabo del banquete, los ánimos empezaron a rolar como vientos caprichosos.

Tres oficiales andaluces se pusieron a cantar, y Manuel, al ver que el ambiente empezaba a ser demasiado festivo, se dispuso a abonar la cuenta. Las instrucciones de Cuéllar, aunque tranquilas, habían sido rotundas. Cuando a los marineros empezaba a resbalarles la lengua, podía pasar cualquier cosa.

El tiempo estaba a punto de darle la razón.

El contramaestre, que se había pasado la última media hora cabeceando en su silla, no tuvo mejor ocurrencia que la de agarrar a la dueña por la cintura al verla pasar a su lado. Mayor, que

iba de camino a la cocina con unas escudillas llenas de sobras, trató de desasirse, pero él, entre divertido y lascivo, no la soltó.

Ella le descargó un golpe en la cabeza con la pila de loza sucia, y un silencio estupefacto ocupó de repente todo el comedor. El contramaestre miró su ropa cubierta de desperdicios y se levantó hecho una furia.

—¡Maldita zorra! —gritó, con voz de borracho—. ¿Cómo te atreves?

Manuel tuvo que ir corriendo desde la otra punta para evitar que le descargase un puñetazo en plena cara. Ella, de todos modos, aguantó desafiante, con los brazos en jarras. Todos la miraron con estupor.

El oficial era un gigante a su lado, pero ella no parecía tenerle ningún miedo.

—Fuera de mi casa, miserable —siseó la joven, con un aplomo que frenó en seco la ira del marino. Además de una cólera pausada que daba escalofríos, la muchacha esgrimía un enorme cuchillo que acababa de coger de la mesa—. O te ensarto como a un cerdo.

Los marinos se retiraron mascullando unas disculpas avergonzadas.

Bajo la mirada asesina de la joven, Manuel ordenó que acompañaran fuera al oficial. Él aparentó resistirse durante un breve forcejeo, pero en realidad se dejó llevar, aliviado. Una vez en la calle, todos cruzaron miradas de circunstancias. Hasta se habría dicho que maese Poulo había librado de una buena a su superior.

El orgullo pisoteado del hombretón al despertar al día siguiente, resacoso y humillado, le hizo presentar cargos ante los tribunales de la ciudad.

Solo la intercesión de Manuel ante Cuéllar evitó que Mayor Pita fuera encerrada. Agredir a un oficial del rey estaba penado con cárcel, y aquella mujer no había recibido ningún agravio «más allá de lo normal en una taberna como la suya» y «para una mujerzuela como ella». Eso afirmaron los letrados que redactaron la demanda.

Eso, y que había pretendido asesinarlo.

Al cabo de una espera tensa se dictó la sentencia. «Mayor Fernández de la Cámara», rezaba la notificación, «es condenada a cumplir dos años de destierro». Ella, al enterarse, quiso agarrar el mismo cuchillo y salir hacia el juzgado.

Suerte que Maese Poulo era ya un reputado miembro de la marina real.

Manuel tuvo que mover todos sus hilos para impedir que semejante despropósito llegase a término. A él todo aquello le acarreó un rencor tangible por parte del primer oficial de su galeón. A ella, innumerables noches de insomnio.

Por suerte, al final todo quedó en una multa.

Fueron días duros, pero ella jamás bajó la cabeza. Eso sí, el afecto que ya antes sentía hacia el provisor del San Pedro se hizo eterno tras ese episodio.

Un cariño cincelado en piedra que ya nada podría extinguir.

Pero ahora —se estremeció Mayor— aquel hombre estaba allí, ante su puerta.

Aciagos tenían que ser sus días para ir a suplicarle auxilio precisamente a ella.

—¿Está maese Poulo con vos? —preguntó Mayor, con un hilo de voz.

El contramaestre negó débilmente.

—Poulo ya no está en el San Pedro. Ahora se encarga del aprovisionamiento de la Ragazzona y de toda la escuadra de Levante —contestó, y a ella le pareció apreciar sangre en su dentadura y unas manchas violáceas en sus mejillas. Los primeros síntomas del escorbuto empezaban a manifestarse—. Nuestro despensero es otro… Por piedad, señora…

Mayor ni se movió.

Y no era por rencor, vive Dios, pero tenía las manos atadas. No había provisiones en toda la ciudad, ni a tres leguas a la redonda. No era cuestión de piedad, sino de paliar la carestía apocalíptica que aquel aluvión de barcos hostigados había traído a su ciudad.

—Lo siento —murmuró al fin, cerrando la puerta—. No puedo ayudaros.

Él trató de resistirse, pero ella logró trancar sin mayor esfuerzo.

—Maldita zorra —oyó que decía a través de las tablas—. Lo hacéis por venganza.

Mayor se volvió hacia la parte de atrás sin responder siquiera.

Después, regresó a sus quehaceres con el cuerpo destemplado. Hasta salir a la calle podía ser peligroso en semejantes circunstancias. Había oído historias de singladuras demasiado prolongadas, donde los hombres habían acabado comiendo el cuero que revestía los mástiles. O ratas.

Incluso una leyenda terrible, donde se contaba que los hombres habían dejado de tirar los cadáveres por la borda. Y no porque se hubieran agotado las mortajas.

Para ahuyentar los espectros, regresó al trabajo.

La bruma mojaba los muelles de la vieja Faro.

LIII

Puerto de Coruña, 14 de junio de 1588

El peor de los escenarios se había hecho realidad.

El duque contempló el puerto con gesto serio. Sus barcos estaban desperdigados como pollos sin cabeza. Los almirantes de cada escuadra, desnortados y batiendo los mares día y noche. Y casi todos sus hombres, enfermos. O desnutridos. O desalentados.

O las tres cosas a la vez.

El agua se pudría en los toneles, los piojos se daban un festín perpetuo con la sangre de sus hombres y el bizcocho, ya agrio al poco de zarpar, estaba lleno de gusanos.

Y él, un grande de España que recibía a las visitas envuelto en perfumes, se había pasado dos semanas vomitando sin parar. Estaba sucio y débil, y no lograba quitarse aquel sabor ácido de la boca.

La sombra del fracaso tomaba forma como un sol negro que anunciase el fin del mundo. Al margen de la muerte de miles de hombres, tal perspectiva era lo que más oprimía su conciencia. Si llegaba a consumarse, él pasaría a la historia como el inútil que le buscó la ruina al rey más poderoso del mundo.

Las cartas que le había ido enviando al duque de Parma para que tuviera listas sus tropas en la fecha prevista no habían recibido respuesta. Pese a la enorme distancia que separaba Lisboa de Flandes, los correos solían funcionar. Sin embargo, en aquel caso no.

Y esa adversidad no hacía más que disparar su pesimismo.

El hambre y las enfermedades imperaban, y los vendavales parecían empeñados en contravenir todos sus esfuerzos. Y aun así, había algo peor que todo aquello.

Lo imposible comenzaba a semejar factible. Tanto que cada vez veía más probable que todo se viniera abajo en el momento clave con el más vergonzante de los estrépitos.

Ya ni siquiera esperaba que Farnesio acudiera a los puertos del Canal.

LIV

Hospital Real de Compostela, 15 de junio de 1588

Mundo se pegó día y noche al camastro de Cándido.

Se sentía responsable de su estado febril; y tampoco tenía nada mejor que hacer.

Las horas parecían haberse solidificado, y ni siquiera sabía si algún día llegaría a recibir un nuevo mensaje. Según ella, sus vidas corrían peligro si seguían viéndose.

Él no hallaba respuestas. ¿Se referiría a aquellos curas avinagrados, tal vez? ¿O a sus propios clientes? Por muchas vueltas que le daba, no acababa de ver el riesgo por ningún lado. Y, aun así, no podía hacer más que seguir allí encerrado, en el hospital.

Como un caballo de batalla atascado en un lodazal.

Cándido, ya casi repuesto, seguía bajo la vigilancia de Formoso.

Mundo regresó a su lado con gesto culpable, y pronto las aguas volvieron a su cauce. «Si los cimientos son sólidos», decía el maestro, «podrán con cargas pesadas».

Mundo le contó que Ambrosio había pasado días encerrado, y que no había dejado de escribir en todo aquel tiempo. Se había quedado desolado al saber que los esbirros del arzobispo habían destrozado a mazazos las letras de una piedra muy antigua. Desde entonces, estaba preparando un documento.

Cándido supuso que sería la argumentación para lo que estaban a punto de acometer, pero se encogieron de hombros. Era difícil estar seguros.

Al cabo de una semana, Cándido salió de la enfermería.

Mundo preparó cuidadosamente el cuarto. Hizo el camastro con sábanas limpias de lino, trajo agua fresca de la fuente del claustro y hasta puso unas flores junto a la ventana, recién cortadas del jardín. Cuando Cándido entró, renqueante, él ya llevaba un rato esperando su llegada con una sonrisa nerviosa en sus labios.

—Sabes, yo… Yo ya… —titubeó Mundo, después de arroparlo—. Ya… No salgo por las noches.

Cándido sonrió, enternecido.

Claro que no; él ya lo sabía. Había estado seis madrugadas sin moverse de su lado. Durmiendo en una silla mientras vigilaba que no le faltara de nada.

No quiso hablar del tema. Seguía preguntándose qué rayos habría estado haciendo todas aquellas noches en las calles oscuras, pero no tenía fuerzas.

De momento, era mejor dejarlo estar.

Durante días leyeron conjuntamente un tratado médico.

Era un escrito del mismísimo doctor Laguna, el médico del rey, que Formoso les prestó como si estuviera cediendo un bebé a un jovenzuelo atolondrado.

Poco a poco, Cándido bajó la guardia. El maestro seguía encerrado a cal y canto con sus papeles, pero la prohibición de salir del hospital sí estaba siendo ahora respetada.

—¿No crees que es absurdo todo esto? —preguntó Mundo un día, de sopetón.

Cándido levantó la vista del libro que tenía entre las manos y apretó los dientes.

Mundo parecía un dragón torturado. Un dolor intenso flagelaba el corazón del muchacho. Resopló. Habían pasado ya diez días desde su última incursión de madrugada.

—¿Absurdo? —preguntó—. ¿El qué?

Mundo guardó ahora un silencio que Cándido no supo identificar. Esa actitud indecisa era más bien producto de una desazón amarga.

De la incertidumbre que despierta en un corazón puro la ausencia de lógica.

—Toda esta ciudad —respondió el muchacho, señalando con un gesto a través de la ventana —. Venerar así el cuerpo de un muerto… Levantar una catedral en torno a su tumba, incluso una ciudad entera. Y todo, para custodiar unos huesos mohosos…

Cándido alzó las cejas.

El culto a las reliquias sagradas era práctica habitual en toda la cristiandad.

No supo qué contestar.

—Es enfermizo —insistió Mundo—. Esa adoración por los restos de un muerto. O por una gota de su sangre solidificada… Hasta por un simple pelo de su cabeza.

Cándido creyó entrever a qué se debía su desasosiego.

Una turbación indeterminada socavaba el ánimo del muchacho. La impaciencia le quemaba por dentro, y hacía hervir su cabeza.

También él se quedó contemplando el panorama a través de la ventana. Desde la cama, no alcanzaba a ver la catedral. Lo único que podía atisbar, de hecho, eran unas nubes grisáceas que corrían por un cielo desapacible, como si huyeran despavoridas. El final de la primavera estaba resultando ventoso y agitado. Era como si el mundo entero estuviera inquieto por algún motivo.

—¿Recuerdas que el maestro nos habló de las más imponentes construcciones que el ser humano ha construido jamás? —preguntó hacia la nuca de Mundo—. Las pirámides, ¿te acuerdas? Esas también son tumbas.

Vio cómo Mundo asentía de espaldas a él. Claro que se acordaba.

—Y no solo eso —continuó Cándido—. Sabes, también, que muchos de los edificios más asombrosos de cuantos existen en el mundo son eso mismo: sepulcros. O eso, o templos erigidos a la memoria de hombres y mujeres notables cuyo legado se venera en ellos. Y, otras veces, las dos cosas a la vez. Monumentos y tumbas.

—Exacto, Cándido —corroboró Mundo, con vehemencia—. ¿No consideras absurdo tanto culto a la muerte? ¿De qué sirve una tumba fastuosa? Un muerto no necesita palacios, ni estatuas doradas. Y eso no es lo peor… ¿Qué sentido tiene pasar mil penurias para visitar una tumba, como la gente que llega aquí caminando?

Cándido se rascó la barbilla.

Había percibido una debilidad en el razonamiento de Mundo. Lo que él veía como una veneración macabra tal vez fuese en realidad algo muy distinto. A su silogismo tal vez le fallase la premisa mayor.

La que casi siempre falla, por otra parte.

—Cuando un hombre construye una de esas tumbas —rebatió, con voz pausada— no está edificando un palacio para un muerto. —Mundo se volvió con un ademán de extrañeza—. Ni tampoco cuando se alza una basílica como la que ahora tienes ante ti.

Mundo miró la catedral y negó en silencio. «¿Cómo que no?», parecía preguntarse.

—¿Y qué es ese edificio de ahí enfrente, más que un mausoleo para un cadáver que ni siente ni padece? —preguntó, al fin.

—Todas esas tumbas, con su lujo y su magnificencia —le contestó Cándido—, se construyen pensando en la otra vida. También esa catedral, y los más fastuosos edificios del mundo, ¿comprendes? Como las pirámides, y tantos otros. Su razón de ser es la necesidad acuciante que siente el ser humano de creer en la vida eterna. Necesitamos convencernos de que no somos simples animales condenados a morir. Destinados a desaparecer sin haber dejado un rastro tras nuestros pasos. Una huella en la eternidad.

Un silencio largo sucedió a sus palabras.

Mundo acusó el golpe. Sus creencias más firmes pugnaban, rebeldes, por volverse del revés.

—¿Y qué me dices de todos esos peregrinos que afrontan mil peligros para venir a Compostela? ¿No lo hacen para visitar a un muerto? —se resistió, incrédulo.

Cándido cogió aire. Aquellas realidades eran complejas, ciertamente.

Hacía falta una lucidez capaz de despejar senderos tenebrosos.

—Tal vez la motivación última de los jacobitas tampoco tenga que ver con la adoración hacia unos simples huesos —contestó, al fin—. Cuando los romeros visitan un relicario, o una tumba como la que tienes enfrente, están tratando en realidad de ganarse un hueco en el paraíso. Por eso vienen, Mundo: buscando una vida eterna donde el sufrimiento que han conocido en esta no tenga lugar. No vienen por el mero hecho de visitar a un muerto.

Mundo siguió inmóvil con la mirada fija en la catedral.

—No es la muerte, sino la propia vida la que impulsa sus pasos.

El muchacho asintió. Aún aguardaba una citación que nunca acababa de llegar, pero al menos ya no veía la ciudad como una tumba siniestra.

Quizá Compostela no escenificase el tétrico culto a la muerte que había recreado. Hasta podría decirse que era todo lo contrario. Su mirada vagó por el panorama que se abría al otro lado de la ventana, pero todo había cambiado ante sus ojos.

Aquella ciudad gris no velaba un sepulcro con una veneración macabra.

Más bien, condensaba la expresión más descarnada del amor hacia la vida.

La puerta de la alcoba se abrió sin previo aviso.

Los dos muchachos, al ver quién osaba interrumpir su retiro, se pusieron firmes. El maestro, tras una eternidad encerrado, había entrado como una ráfaga de viento.

—Preparaos —ordenó Ambrosio—. Vamos a ejecutar de una vez por todas el encargo del rey.

Ellos se limitaron a asentir con aire aturdido, pero las incógnitas empezaron a restallar con vida propia dentro de sus cabezas.

En la de Cándido empezaron a desfilar unos canónigos enfurecidos y miles de peregrinos frustrados. Después vio el rostro de un rey que sonreía, pero a cuyas espaldas ardían los tejados de una ciudad en pie de guerra.

Y, sobre todo ello, el gesto irado de un arzobispo.

Para Mundo, sin embargo, el universo entero se convirtió en tinieblas. En su imaginación ya solo ondeaba al viento una cabellera rizada que tal vez jamás volviera a ver.

La voz de Ambrosio acabó de disparar el pulso de los dos muchachos.

Por motivos distintos, pero sí.

—Estad prestos. Mañana mismo abandonaremos Compostela.

LV

Compostela, 15 de junio de 1588

Ambrosio llevaba una semana dándole vueltas a una idea.

El rey no contestaba a sus requerimientos, y no había llegado la bula. Eso lo dejaba al pie de los caballos, pero no podía seguir esperando. Viejos fantasmas seguían rondando su cabecero; y la inexplicable insistencia de aquella mujer lo tenía en un sinvivir.

Ardía de impaciencia por salir pitando de Compostela.

Además, al fin disponía de un argumento sólido para ejecutar la confiscación: un nuevo pío latrocinio. Era una apuesta a todo o nada, pero ya no aguantaba más.

De ahí que se hubiera pasado todo ese tiempo volcado sobre su escritorio, elaborando un documento que neutralizase las denuncias que los canónigos presentarían ante los tribunales en cuanto todo saliera a la luz.

Si actuaba rápido, no les daría tiempo a reaccionar.

A la voluntad del rey se sumaba ahora el demoledor discurso que acababa de redactar. Por poderosos que fuesen, seguían estando sometidos a la ley de Castilla.

Asintió con firmeza, tratando de convencerse, pero un pálpito frío se rebelaba en lo más profundo de sus entrañas, negándose a aceptar que todo fuera a resultar tan fácil.

Haciendo oídos sordos al pesimismo releyó todos y cada uno de los argumentos que había redactado. El texto era claro. Sólido. Por momentos, demoledor.

No obstante, algunas de sus tesis no eran tan consistentes como le hubiera gustado.

En el primer párrafo, Ambrosio esgrimía la voluntad del soberano, así como la conformidad del gran canciller del reino.

La primera en la frente, rumió. Aquel era uno de los puntos débiles de su discurso. Por mucho que ese hombre fuera el primero de los eclesiásticos del reino, jamás podría ostentar la misma autoridad que el santo padre.

A continuación, una extensa relación de motivos resaltaba la necesidad de llevarse de allí el cuerpo de Iacobus Magnus: que si el monasterio de San Lorenzo era el único lugar adecuado para acoger la reliquia; que si los peregrinos hallarían muchas más facilidades para venerarlo allí que en ese remoto rincón del Finis Terrae; que si la catedral de Compostela no estaba en condiciones…

Después, Ambrosio desacreditaba la Historia Compostelana hasta reducirla a mera superstición. Toda esa parte se basaba en los descubrimientos de Cándido sobre el origen romano de la ciudad, refrendados por su extenso conocimiento sobre las Antigüedades de las ciudades del reino. También en las tesis de otros sabios de la Iglesia: que si el mito jacobeo no era más que una leyenda piadosa del pueblo de Compostela; que sostener la veracidad de la reliquia atentaba contra el Martirologio…

Y lo que era más grave: contra la propia biblia, pues nada se narraba en los Hechos de los Apóstoles de la presencia en aquellas tierras de un apóstol llamado Jacob…

Todo ello debería servir para corroborar una verdad última.

Que mover de allí los vestigios no tenía nada de sacrílego.

Siguió leyendo. Aún faltaba el motivo principal.

Pronto lo halló. Allí estaba el gran argumento que Cándido había hallado en el archivo.

Era el gran Gelmírez en persona —el primer arzobispo, e impulsor de ese santuario del fin del mundo; el hombre que había consagrado la catedral y nombrado un rey de Galicia— el que había abierto una senda.

Era él mismo quien narraba con voz altiva, incluso con orgullo, cómo había robado las reliquias más sagradas de Braga, la más poderosa sede de la Gallaecia, para portarlas a Compostela.

No podrían oponerse sus canónigos, en consecuencia, a que el cuerpo de Iacobus se acomodase en un lugar acorde al sino de los tiempos. San Lorenzo de El Escorial, el edificio más soberbio de cuantos se elevaban sobre la faz de la tierra.

Ese era su gran argumento.

Ambrosio finalizó el repaso.

Allí estaba, lista al fin, su argumentación. Había llegado el momento de actuar.

Enviaría una convocatoria al arzobispo Sanclemente bajo el pretexto de devolver el Registrum robado, y le pediría que todo el cabildo estuviera presente. La cédula real mantendría a raya cualquier tentativa de encarcelarlo por parte de los canónigos. O eso esperaba, al menos.

A toda prisa, garabateó un mensaje en un papel.

Después llamó a uno de los ayudantes de Formoso y le encargó que se lo entregase a Sanclemente en persona. Finalmente, aunque con el ánimo alterado, se dirigió al cuarto de los muchachos.

Por el camino se percató de que hacía más de diez días que no los veía.

Abrió la puerta de su alcoba sin llamar.

Los dos muchachos, sobresaltados, se giraron hacia él.

—Preparaos —ordenó el maestro—. Vamos a ejecutar de una vez por todas el encargo del rey.

Por un instante estuvo a punto de preguntarles qué era lo que les pasaba, pero prefirió dejarlo estar. A saber lo que estaría desfilando por la cabeza de aquellos dos.

Ignorando a propio intento la obvia desolación de sus pupilos, Ambrosio encaró la puerta. Su voz, al abandonar la alcoba, resonó como el preludio de un cataclismo

—Mañana mismo abandonaremos Compostela.

LVI

Palacio episcopal de Compostela, 16 de junio de 1588

Sanclemente convocó de urgencia a todo el cabildo.

La reunión tendría lugar al mediodía siguiente. Ambrosio y sus ayudantes manifestaban la intención de devolver el libro sustraído, y para ello exigían un salvoconducto que garantizase que no iban a ser apresados aunque abandonasen el Hospital Real.

Dentro de sus cadenas no lo necesitaban.

Allí solo respondían ante el rey.

Cándido echó un vistazo de desconfianza hacia las esquinas de la gran explanada.

El arzobispo se había comprometido a responder por su seguridad, pero podía pasar de todo. Al fin y al cabo, estaban a punto de robarles a plena luz del día.

Seguro que aquellos curas taimados se habrían pasado la noche entre cuchicheos y elucubraciones. A esas alturas, era probable incluso que hubieran deducido las intenciones del licenciado Morales. O que las atisbaran, al menos.

De soslayo, pudo apreciar el gesto despreocupado de Mundo al caminar. Para él, aquellos meapilas protestones no suponían ninguna amenaza.

Dos centinelas guardaban la puerta, pero el secretario en persona salió a recibirlos. Instintivamente, Ambrosio aferró el viejo códice. Cándido se percató de su reacción. Él también estaba tenso.

Subieron al salón noble.

Mundo lo miraba todo con desinterés. Él ya había estado allí, al poco de su llegada a la ciudad. Ahora, el maestro iba a darle al obispo aquel libro rancio y a comunicarles lo que el rey había ordenado. Punto. Así se acabaría todo el embrollo. El cronista de Su Majestad comunicaría la voluntad de Felipe y no habría más que hablar. Y que nadie se atreviese a contradecirlo.

Las puertas del gran salón se abrieron ante ellos.

Dentro hallaron una penumbra espesa, solo iluminada por unas candelas temblorosas. Cándido lanzó una mirada de admiración a los techos. Capiteles y arcos decorados con majestuosidad enmarcaban una escena tenebrosa. Bajo ellos, el cabildo en pleno los miraba con gesto hostil.

El arzobispo, en el centro, aguardaba con los dientes apretados.

Un solo vistazo le bastó a Ambrosio para confirmar que la reunión no iba a ser amistosa. Todos lo miraban con reprobación; hasta el archivero, siempre timorato. De refilón, apreció cómo el hombrecillo contemplaba su avance con gesto belicoso.

Con la frente erguida, Ambrosio se acercó al arzobispo.

Entonces, dudó.

Tras los ojos serios del purpurado, tras la majestad de su pose sobre la cátedra ancestral del prelado de Compostela, pudo entrever el gesto de dolor de un niño traicionado. Muy a su pesar, su memoria regresó a Alcalá con voluntad propia.

A un chiquillo animoso que siempre lo había tenido en un pedestal.

Tratando de hallar un refugio contra la tristeza que emitían aquellos ojos, el licenciado alzó la frente ante los canónigos. Tal vez así pudiera recobrar la convicción perdida.

No fue así.

Para su sorpresa, en dos de ellos no halló la hostilidad que destilaban los demás. Ni el rostro de Ares ni el de Cabana reflejaban la indignación que había esperado. Al contrario, hasta le pareció atisbar un brillo risueño, casi de regocijo, bailando en sus pupilas.

—Bienvenido sea nuestro ilustre visitante. —La voz grave de Sanclemente rompió el silencio, y los religiosos se removieron en sus sillas como si les quemasen las posaderas—. Tal y como veis, hemos atendido vuestra demanda con total diligencia. Aquí está el cabildo en pleno, como solicitasteis ayer. Vos diréis, licenciado.

Todas las miradas se centraron en el libro que el viejo cronista traía bajo el brazo.

Aún confundido por el gesto alegre de aquellos dos, Ambrosio se aclaró la voz.

—Eeeh… Sí, monseñor… —Sus titubeos hicieron que Cándido se girase con expresión alarmada. No era el mejor momento para mostrarse dubitativo, desde luego. Mundo, en cambio, empezó a rascarse una oreja con aire distraído—. Os indicaba en la notificación que os hice llegar, en efecto… Necesito comunicaros una trascendental decisión que ha adoptado su majestad el rey Felipe, con relación a esta sede.

Los canónigos cruzaron unas miradas llenas de significado.

Sus peores sospechas se iban confirmando.

Una voz inesperada hizo que todos volvieran la cabeza hacia un lateral.

—¿Acaso os ha ordenado el rey que robéis los libros de esta catedral, cronista? —La voz de Ares, más burlona que furibunda, surgió desde las tinieblas.

Cabana sonreía a su lado. Ambrosio trató de mantener la compostura, pero cada vez tenía más claro que guardaban un as bajo la manga.

Un rumor de indignación se elevó entre los religiosos.

—Hermanos, por favor —alzó la voz Sanclemente—. Dejemos que el licenciado Morales se explique.

Cándido recogió el libro de las manos de Ambrosio, que ese había quedado inmóvil bajo la mirada de Indalecio, y se lo entregó al archivero.

Al verlo actuar, el licenciado volvió en sí.

—Antes de nada, restituimos este manuscrito que mis pupilos… tomaron prestado. Pedimos disculpas por las molestias.

—Está bien, licenciado —dijo el reliquiero, en un tono incluso más socarrón que antes—. Habéis devuelto el libro, ya lo vemos. Decidnos de una vez qué es lo que habéis venido a hacer aquí. No pretenderéis robarnos nada más, ¿no?

Sanclemente bajó la mirada, y una daga atravesó el pecho de Ambrosio.

Estaba poniendo entre la espada y la pared al niño al que había visto crecer en su propia casa. Obligándolo a debatirse entre sus responsabilidades y el cariño hacia su familiar más querido.

—En este documento se especifica lo que don Felipe ha dispuesto —respondió Ambrosio, con una voz que pretendía ser firme pero que estaba a punto de quebrarse.

—Y lo que ha dispuesto, licenciado…, no será que profanéis la tumba del más amado discípulo de Cristo, ¿verdad? —vociferó ahora Ares, cambiando súbitamente sorna por indignación. Al ver que el cronista callaba con la mirada fija en el arzobispo, se levantó de un salto—. ¡Al fin su infamia, al descubierto, hermanos! Eso es lo que pretende este viejo sacrílego. ¡Robar la reliquia sagrada!

El rumor se convirtió en algarabía.

Todos se levantaron en sus escaños como si se fuera a acabar el mundo. Cabana, sonriente, se quedó observando. Cándido leyó la fruición en su gesto, y sus alarmas acabaron de dispararse. Era como si todo aquello figurase en un sainete que el arcediano había escrito de antemano.

El arzobispo ordenó silencio con un ademán, y todos se fueron sentando a regañadientes.

—Vos diréis —sentenció entonces, dirigiéndose a Ambrosio—. Esas acusaciones son graves, licenciado. Tenéis la oportunidad de desmentirlas.

Al ver que al maestro no lograba articular palabra, Cándido perdió el color. El escenario había sido preparado con minuciosidad para frustrar su intervención. Por mucho que el venerable erudito hubiera redactado un alegato, que sus razones fueran de peso y que representase al soberano del reino, estaban perdiendo la partida.

Sin pensárselo dos veces, el muchacho decidió tomar la palabra.

—Tal y como figura en ese mismo libro, el Registrum que el gran Gelmírez ordenó redactar —irrumpió, ante la sorpresa de Mundo y del propio maestro—, el traslado de una reliquia a una sede más adecuada es otra manera de honrar a Dios. Así pues…

—Bueno, bueno… —Indalecio tomó la palabra para atajarlo—. Esto es lo que nos faltaba por ver… ¿Un jovenzuelo interpelando al arzobispo de Compostela? —Levantándose, se colocó frente a sus compañeros, dándoles la espalda de una forma más que grosera al licenciado Morales y a sus dos ayudantes—. Dejemos a un lado la falta de decoro de vuestro ayudante, cronista…, y acabemos de una vez. ¿Confirmáis que el rey ha dispuesto que os llevéis las reliquias sagradas a El Escorial?

Ambrosio guardó silencio. La mirada de Sanclemente seguía escociéndole.

Además, no estaba dispuesto a hablarle a la nuca de aquel intrigante.

—Dado que el que calla otorga, doy por hecho que el licenciado Morales ha venido a esta ciudad para robar los restos del apóstol. —Una andanada de miradas acusadoras cayó sobre Ambrosio, pero las palabras del propio canónigo deshicieron el hechizo de un plumazo—: Pues bien…, ¡propongo que tal petición sea aceptada por este cabildo! ¡Que se contemple la posibilidad de trasladar el cuerpo del señor Santiago a San Lorenzo, tal y como ha dispuesto Su Majestad!

Una exclamación de asombro resonó bajo las nervaduras.

Sanclemente y Ambrosio contuvieron la respiración.

—Eso sí —siguió Cabana, recreándose en la estupefacción que había provocado su actuación. Al ver de refilón la expresión de Ares, extrañamente sonriente, el licenciado confirmó que todo aquello obedecía a un plan—, habrá que determinar las condiciones. Este cabildo debe sopesar la argumentación esa que habéis preparado. Si vuestras razones son convincentes, estaremos encantados de cumplir con la voluntad de nuestro soberano.

Los dos muchachos cruzaron una mirada de sorpresa.

Tal vez hubiera esperanza. Al fin y al cabo, no había nadie como el maestro para apuntalar un discurso. Aquellos curas mediocres no podrían rebatir sus argumentos ni en un millón de años. Por un instante, hasta llegaron a saborear la victoria.

Sin embargo, no fue más que un espejismo.

Indalecio aún no había acabado aún.

—Y para efectuar ese análisis —sonrió, mientras hacía un ademán al guardia de la puerta para que la abriese— tenemos entre nosotros al mejor especialista. Hermanos…, permitidme que os presente al único hombre que está a la altura de tan elevado fin.

Ambrosio, extrañado, se giró hacia la puerta entreabierta.

Casi al instante, reconoció al hombre que se adentraba con paso firme en el salón. Entonces, el alma se le cayó a los pies. Aturdido, volvió la vista hacia la cátedra del arzobispo. Tan pálido como antes, pero con gesto de convicción, Sanclemente le sostuvo la mirada con la frente erguida. Tras unos momentos de confusión, Ambrosio comprendió que también él estaba al tanto del plan de Cabana. Bajó la cabeza.

Su querido sobrino había sacado su espada para defenderse.

Al llegar a su altura, Jerónimo Román inclinó la cerviz en señal de respeto.

Ambrosio, incapaz de reaccionar, ni siquiera respondió al saludo.

Cabana tenía que llevar tiempo preparando el golpe. El sabio agustino había sido convocado con un fin obvio: desacreditar las razones del cronista de Castilla. Esa era su estrategia. Traer a un gigante para desarmar a un titán.

Sanclemente empezó a dictar instrucciones.

Román disponía de tres meses para rebatir la argumentación del licenciado Morales. Después, el cabildo emitiría un dictamen ajustado a derecho que sería refrendado por su arzobispo. Solo así se podría dar por resuelto aquel asunto.

Ambrosio apenas oyó sus palabras.

Con la mirada perdida, se dispuso a regresar al hospital. Cándido y Mundo lo sujetaron al ver sus ademanes vacilantes. El anciano estaba abatido, y no era para menos. Después de tanto trabajo y de tantos desvelos, su misión —y, con ella, la esperanza de abandonar la ciudad cuanto antes— se había prorrogado de un modo indefinido.

No sabían que lo que más lo devastaba era la actitud de su sobrino.

LVII

Compostela, 17 de junio de 1588

—No podemos rendirnos, maestro. Hemos trabajado mucho.

Ambrosio no respondió.

Una arruga gruesa fruncía su entrecejo.

—Hemos hecho hallazgos increíbles —insistió Cándido—. No podrán rebatirlos.

El cronista meneó la cabeza, pero no dijo nada.

La aparición de Román había desbaratado sus planes de un soplido. Claro que ninguno de los canónigos era capaz de rebatir sus argumentos. Ni siquiera el arzobispo podría hacerlo. Sin embargo, el sabio de la orden agustina estaba a otro nivel.

Sanclemente había dictado que los deseos del rey quedaban supeditados a la aprobación del cabildo. Aquella decisión lo enfrentaba con el hombre más poderoso del mundo, pero parecía resuelto a llegar hasta el final. También lo enfrentaba a su amado tío.

Ambrosio desvió la mirada.

A través de la ventana se vislumbraba una estampa desapacible. Un viento racheado ululaba entre las gárgolas del hospital, y de cuando en cuando arrastraba unos chaparrones súbitos. Las nubes lanzaban goterones gruesos contra la fachada como quien arroja piedras.

Negó en silencio. Le escocía no haber visto venir la jugarreta que los canónigos habían orquestado, pero, sobre todo, estaba triste.

Juan había abandonado el salón con rostro de piedra y sin tan siquiera despedirse, y los remordimientos martilleaban su mala conciencia. Ahora que había sido desvelada, la traición hacia su sobrino se había hecho notoria.

Al percatarse de que Cándido seguía allí plantado, se encogió de hombros.

—¿No podrán, dices? —le espetó—. No es solo que nos veamos obligados a esperar tres meses, Cándido. —Negó después, al ver que el muchacho bajaba la cabeza—. La jugada es irrefutable. No rehúsan cumplir con la voluntad del rey, pero han encontrado el modo de postergarla… de forma indefinida. Jamás pensé que se les ocurriera contratar a Román.

—Vuestros argumentos son sólidos, maestro —se resistió el muchacho—. No le será fácil desacreditarlos.

Ambrosio meneó la cabeza con más pena que sarcasmo.

—¿No le será fácil? —preguntó—. Ni siquiera necesita hacerlo, Cándido… ¿Es que no lo ves? Van a pagarle una montaña de oro para que afirme que la leyenda jacobea es la única verdad. Proclamará que unas luces milagrosas guiaron a Pelagio hasta el Campus Stellae, claro que lo hará. Y que Santiago, ese Matamoros que no es más que una tosca fantasía, estuvo predicando en vida por este rincón de la Hispania, por mucho que esa afirmación atente contra el más elemental sentido común. Defenderá que sus discípulos lo trajeron en una barca de piedra para enterrarlo en este confín del mundo. También que, al llegar aquí, una reina pagana llamada Lupa los quiso burlar… Lo que haga falta. Román va a proclamar a los cuatro vientos que esa sarta de patrañas es cierta. Para eso lo han traído. Y todo el que se atreva a contravenirlo será tildado de hereje. No lo dudes.

El muchacho se mordió el labio y Ambrosio, al apreciar su arrebol, rebajó el tono.

—No te estoy recriminando que hagas honor a tu nombre, mi joven amigo —sonrió, y el muchacho correspondió, aunque de forma un tanto forzada—. Tendrías razón si fuese la honestidad lo que mueve a esos hombres. Pero no es así. Con una contraargumentación como esa, el cabildo puede neutralizar mis tesis. Yo tengo a mi favor a las Antigüedades, pero él ha escrito grandes libros también. Y sobre esta misma temática, además. Es un hombre sabio. Por algo lo llaman «el librorum helluo».

—Pero, maestro… —Cándido tradujo mentalmente el apodo del agustino—, ¿y si hablamos con él? Quizás le hayan ofrecido una fortuna, pero sé que siente un gran respeto por vos y por vuestra obra… Él será «el devorador de libros», pero el gran Ambrosio de Morales es «el que puede ver en la noche»…

El licenciado se giró de nuevo hacia la ventana.

Un nuevo día inhóspito. Las mismas rachas de viento. La misma oscuridad.

—Eso es imposible. —El mismo rictus de derrota en su semblante—. Estamos sometidos a vigilancia, Cándido. Y él también, aunque no sea consciente. Jamás permitirán que podamos acercarnos a él, o que le hagamos llegar una carta. Los canónigos saben que les va la hacienda en ello. Además… El oro es el oro, hijo mío. Él ha aceptado su oferta. No podemos competir con esos indeseables.

Ahora fue el muchacho quien desvió la mirada.

Se resistía a creer que no hubiera más que hacer. Llevaba todo el día tratando de buscar una alternativa, pero tal vez el maestro tuviera razón. Sin la bula papal, los argumentos de Ambrosio estaban en franca desventaja.

—¿Entonces, maestro? —claudicó, desde el centro del laberinto—. ¿Qué podemos hacer?

Ambrosio volvió a encogerse de hombros.

Supeditados a la réplica de Román, y obligados a respetar la prórroga de tres meses que había impuesto el prelado, poco les quedaba por hacer allí. Poco más que permanecer mano sobre mano en el hospital hasta mediados de septiembre, como mínimo.

O eso, o abandonar aquel maldito lugar de una vez por todas.

Ambrosio sopesó las escasas opciones que tenían. Su mirada perdida vio pasar las nubes, en su carrera enloquecida, sobre las torres de la catedral. En cuanto unas desaparecían, otras asomaban por el horizonte.

La inmensa borrasca parecía no tener fin.

Al cabo, su gesto cambió de repente. Aquellas nubes huidizas acababan de traer una nueva perspectiva a su cabeza atormentada. Entonces miró a su joven ayudante con una extraña luz en sus retinas.

—Nos han ganado por la mano, Cándido. —El muchacho alzó una ceja—. Y solo deberíamos asimilar un fracaso así en una circunstancia concreta.

El muchacho se quedó observándolo de medio lado, y Ambrosio, como si hablase para sí mismo, se volvió una última vez hacia la ventana.

—Solo es asumible la derrota cuando una nueva batalla asoma en el horizonte.

LVIII

Mar de Ortegal, 20 de junio de 1588

La Ragazzona seguía batiendo los mares.

La escuadra de Levante ya había logrado reagrupar a cuatro de sus nueve naves, y Bertendona había sido informado de que otras dos estaban en Coruña restañando sus heridas. Sin embargo, les faltaban tres más.

Manuel de Poulo sopesó desde la distancia los desperfectos que la mar había ocasionado en el San Juan de Sicilia, que navegaba a unas cincuenta brazas por estribor.

Aquel soberbio navío era una de las más impresionantes obras de ingeniería que jamás se habían construido en el mundo entero. Era terrible ver así, renqueante y maltrecho, a un barco tan hermoso.

Lo vio navegar en la distancia como una ballena herida.

Esa era la tónica general en la Gran Armada. Hacía casi un mes que habían abandonado Lisboa, y los barcos no habían hecho más que desperdigarse por un océano hostil que seguía sin mostrar la más mínima intención de apaciguarse.

—¿Es cierto que los ragusanos son unos salvajes, maese Poulo? —Una voz infantil lo sobresaltó, disipando sus presagios. Al volverse, Manuel vio a Tito a su lado. El pequeño también observaba el barco vecino con cara de preocupación—. ¿Y que por eso el San Juan se cae a pedazos?

Manuel contempló cómo el maltrecho galeón rompía las olas a unas brazas de la Ragazzona. Su estampa, ciertamente, era alarmante.

—No se cae a pedazos, Tristán —respondió, tratando de restarle importancia—. Llevamos tres semanas de marejada; es normal que los barcos necesiten reparaciones. Los hombres de Kinkovic son diestros marinos. No hagas caso a esos vizcaínos con los que duermes.

El niño no dijo nada, pero su expresión dejaba ver que no le salían las cuentas.

El buque estaba hecho polvo, no había más que verlo. Y su marinería, aquellos eslavos que hablaban en una retahíla de gruñidos, no parecía gente de fiar.

—Lo que sí es cierto —apuntó el chiquillo, pensativo— es que estos barcos se comportan como hojas movidas por el viento. Teníais razón: de nada sirven las maniobras contra los vendavales. Ni todo el esfuerzo de los trescientos marinos que viajamos a bordo. Si al menos la Ragazzona fuera una galera, podríamos remar…

Manuel, pendiente de otras cosas, no le respondió.

Era verdad que estaban a merced del viento, y también que la Gran Armada era una especie de torre de Babel en la que entenderse suponía una auténtica odisea. Y cuánto más, llegar a acuerdos.

El niño contempló cómo escrutaba el cielo con gesto preocupado.

Era difícil de creer, pero aquel viento desapacible no había parado de soplar ni un solo día, arrojando sobre sus mástiles un nubarrón tras otro. La única buena noticia era que habían sido capaces de recoger una gran cantidad de agua dulce. Sin embargo, las malas eran muchas. Y la peor de todas ellas era que nada hacía prever que el tiempo fuese a mejorar.

—¿Cuándo atacaremos a los ingleses? —preguntó ahora el niño.

El pequeño miró hacia arriba, esperando una respuesta.

Manuel, al verlo así, llevó la vista hacia la lejanía. Seguía rondándole un presentimiento funesto, que se acentuaba al ver el aspecto demacrado del chiquillo. Tenía los ojos hundidos y los labios agrietados; estaba escuálido y su piel se veía curtida por el salitre.

—Antes de nada, Bertendona necesita reagrupar su flotilla —le contestó, girándose hacia el San Juan de Sicilia para disimular la desazón—. En cuanto el resto de almirantes consigan hacer lo propio, pondremos proa al norte.

Los ojos de Tito relampaguearon de impaciencia, pero Manuel volvió a mirar al cielo.

La reunificación de la flota distaba mucho de ser inminente, y con cada día que pasaba había más enfermos. Las reservas bajaban de forma alarmante, y los temporales habían zarandeado tanto los buques que muchos estaban descoyuntados.

Y aquello no era lo más grave. El viento del sudoeste arrastraba un olor salvaje desde latitudes lejanas. Un aroma acre, como a mar embravecido, que solo podía augurar nuevas debacles.

Una nueva tormenta se avecinaba.

La enésima, y más furibunda que todas las anteriores.

LIX

Palacio episcopal de Compostela, 20 de junio de 1588

Artefactos incendiarios cercaban las torres.

Sanclemente rumiaba nuevas tribulaciones.

Los últimos acontecimientos habían acabado de minar su entereza.

Primero, se había topado con una campaña de desprestigio contra la peregrinación a Compostela. Algo que algunos doctores de la Iglesia llevaban décadas aireando. Y no un hijo de satán como ese Martín Lutero, que se había atrevido a afirmar que lo que se hallaba enterrado en Compostela no habría de ser sino un perro o un caballo. El mismísimo Erasmo de Rotterdam había reclamado tiempo atrás la destrucción del Codex Calixtinus, y recomendaba a los peregrinos de toda Europa que se quedasen en sus casas y ayudasen a cualquier vecino necesitado en lugar de abandonar a su familia durante meses para correr una aventura de incierto final.

Aunque no le faltaba razón, estaba dispuesto a negarlo hasta el final.

Era cierto que los lupanares que flanqueaban la calzada eran buena muestra de la corrupción que asolaba al Camino, contra la que el sabio Erasmo había blandido su espada de fuego desde los púlpitos. Y, peor aún, se contaban por docenas los burdeles que celebraban bacanales cada noche en la propia ciudad sagrada. No solo para los concheiros, también para sus propios canónigos.

Al principio, quiso creer que la disminución de romeros que peregrinaban a Compostela era el principal problema que iba a tener que afrontar a lo largo de su mandato. El único realmente serio, de hecho. Pero no. Para más calamidad, había aparecido de la nada el dichoso pleito contra el Voto de Santiago que la chancillería de Valladolid había admitido a trámite. Tras la sorpresa inicial, empezó a investigar de dónde provenía todo aquel embrollo. Conocía desde siempre el tributo del rey Ramiro, pero no tenía ni idea de que el archivo catedralicio estaba atestado hasta el techo de denuncias contra él.

Así se lo había confirmado el archivero, al ver su cara de asombro; eran cientos los procesos judiciales que la catedral había tenido que librar contra los que se negaban a pagar.

—Por suerte —sonrió el hombrecillo, y él se había estremecido al apreciar que incluso su sonrisa era gris—, hasta hoy los hemos ganado todos.

Sanclemente aparcó entonces la preocupación que había despertado la denuncia, pero las cosas parecían haber cambiado en los juzgados de Castilla.

La brillantez de un joven letrado de Valladolid, un tal Lázaro González, estaba detrás de todo. Él estaba logrando que la Real Audiencia se posicionase a favor de los demandantes. Torció el gesto al recordarlo. No debería haberse fiado de su archivero. Los hombres que habían denunciado el Voto no eran esta vez simples labriegos, ni nobles de baja alcurnia.

En esta ocasión eran cinco poderosos obispos del corazón mismo de Castilla.

El abogado estaba poniendo en duda la autenticidad del documento firmado tras la batalla de Clavijo, y todo apuntaba que los magistrados podían acabar por darle la razón. Al saberlo, él mismo había corrido a revisar la copia del Voto que se guardaba en la catedral. Y el resultado de

tal examen no podría haber sido más desolador.

Aquel papelote infundía una extraña mezcla de pena y risa.

La falsificación era tan mala que no hubiera resistido ni a la mirada de un niño. ¿Cómo iba a superar el análisis minucioso de los peritos más expertos de la Audiencia de Valladolid?

Todos los incendios parecían haberse conjurado contra sus torres.

Aun así, había otro asunto que le dolía más.

Lo que destrozaba los recuerdos más dulces de su niñez, transformándolos en bilis, tenía que ver con el ilustre Ambrosio de Morales, enviado del rey. Y no por sus credenciales, que no bastaban para amedrentar a todo un arzobispo de Compostela. El señor de la ciudad era casi intocable dentro de su sede.

Para Sanclemente, Ambrosio era como un padre.

Él le había enseñado cuanto sabía, guiándolo primero como bachiller y apadrinando después su fulgurante carrera en el seno de la Iglesia. Él protagonizaba las estampas más dulces de su infancia.

Y, sin embargo, un destino caprichoso lo había convertido en enemigo.

Lo precedía una trayectoria que había despertado las iras más implacables. Él era quien había esquilmado las iglesias de todo el reino quince años atrás para llevarse las reliquias más valiosas a El Escorial. El que había criticado con dureza al cabildo de Compostela, acusando a sus canónigos de ser corruptos y embusteros. También a la propia catedral, a la que había tildado como el envoltorio podrido de una farsa demasiado rentable.

El licenciado Morales había culpado a aquellos hombres de sostener el culto en torno a una reliquia a sabiendas de que así perpetuaban un descomunal fraude durante siglos para financiar la vida de lujo y pecado que ni se molestaban en disimular.

Ese era Ambrosio, sí. El hombre al que más admiraba. Su familiar más querido.

El que lo había colocado entre el fuego y las brasas.

Así había acabado él en la única postura posible, aunque hacerlo le partiera el alma: respaldando el ímpetu justiciero de sus propios canónigos.

El secreto de Ambrosio había quedado al fin al descubierto. El rey lo había enviado con una misión a Compostela, ahora lo sabía a ciencia cierta. Siete mil reliquias santas no eran suficientes para el corazón supersticioso de aquel hombre. Le faltaba la más importante en su colección. La más valiosa de todo Occidente.

La última reliquia.

Los tres meses que se había sacado de la manga les daban una tregua, pero nada más. En cuanto expirase el plazo, Felipe y Ambrosio volverían a la carga. Si Indalecio no hallaba algún otro ardid en su cajón de maldades, estaban perdidos.

Sanclemente alzó los ojos al techo. Él era un hombre sensato que no creía en cuentos, pero empezaba a creer que ya solo un milagro podía salvar su sede.

Una leyenda brumosa, una ensoñación.

Una fantasía afortunada como la de Clavijo.

LX

Compostela, 21 de junio de 1588

La paciencia humana es una virtud impredecible.

Y eso, si es que podemos llamarla «virtud».

Ambrosio se presentó sin previo aviso en el palacio de Sanclemente.

Se había pasado mes y medio dándose cabezazos contra un muro de piedra. El primer lance era historia. Tocaba cerrar puertas y buscar un nuevo camino. Sin la dispensa del papa, cualquier avance hubiera sido vano. Ni el Itinerario Antonino, ni el Registrum ni mil argumentos más habrían bastado. Los canónigos no habían escatimado recursos. La presencia de Román indicaba que habían estado afilando sus cuchillos desde el mismo momento de su llegada. Aquello iba más allá de viejas rencillas. De algún modo, habían intuido a tiempo que había venido a quitarles lo más valioso que poseían.

La fuente de su riqueza.

El verano estaba a las puertas. Felipe, abstraído por la descomunal ofensiva bélica que había lanzado contra los herejes de la Albión, ni siquiera se había dignado a contestar a sus cartas.

Por eso estaba decidido a marcharse de Compostela.

Viajaría a la corte y reclamaría más recursos para afrontar un regreso con garantías. Quedarse allí durante meses, esperando para poder dar una contrarréplica a Román, sonaba a pataleo estéril si antes no se allanaba el camino.

—Soy el enviado del rey —ya en el salón noble, Ambrosio trató de mostrarse afable pero firme—; por mucho que en esta catedral se haya obviado. Y, en lo que atañe a este mandato, no se está respetando la voluntad de Su Majestad.

Sanclemente se reclinó contra el respaldo de su cátedra.

Tampoco esta vez habría viejos recuerdos, ni buenas razones. Algo se había roto entre uno y otro, tal vez para siempre. Ambrosio entrelazó las manos. Constatar que solo había displicencia entre ellos le destrozaba el alma, pero no podía bajar la cabeza.

Una gran responsabilidad reposaba sobre sus hombros.

—Querido tío… Desde que llegasteis a esta ciudad ordené a todos mis canónigos que se pusieran a vuestra disposición —dijo al final Sanclemente, con un ademán de indefensión—. Decidme qué más puedo hacer.

Ambrosio lo miró con incredulidad.

Si negar la evidencia iba a ser el argumento, bien poco tenían ya por hablar.

—De uno u otro modo, tus esbirros se las han arreglado para esquivar mis peticiones— rebatió—. Lo único que dudo a estas alturas es si tú también te has propuesto entorpecer mi cometido… O si simplemente consientes su actitud irreverente.

Sanclemente apretó las mandíbulas.

La dureza de aquellas palabras era una afrenta para todo un purpurado compostelano. Un insulto que en su fuero más íntimo había deseado que jamás se produjese.

Su tío, su propio tío, le estaba echando la culpa con la crudeza del padre que reprende a un hijo díscolo. Acusándolo de impedir el robo que había tratado de perpetrar con total alevosía. Lo

estaba culpando por defender su sede y su ciudad. Por amparar a los peregrinos.

La sensación de injusticia desbordó su ánimo.

Ambrosio pudo leer su expresión. Uno defendía su obligación de proteger la iglesia que le había sido encomendada. El otro, la obediencia a su rey. Un dilema sin solución.

Pese al dolor, mantuvo la cabeza alta.

—Tío… —la voz del arzobispo sonó ahora como una campana rota—, tal vez debierais haber empezado por aclararnos qué cometido era ese.

El anciano alzó el mentón, desafiante.

Juan había decidido alinearse junto a los curas del cabildo y sus corruptelas. Era un camino sin retorno.

—Debo informar al rey de que en vuestra ciudad no se respetan sus órdenes, monseñor —le espetó al fin, regresando a la distancia gélida del tratamiento protocolario.

No tenía más remedio que desenfundar sus armas como respuesta.

—Saludos a Su Majestad de sus más fieles servidores. Este cabildo, como él sabe, siempre ha estado a sus pies. —Sanclemente se levantó, dando por finalizada la reunión—. Pero decidle también que el pueblo de Compostela es el único dueño de la reliquia más sagrada del mundo, y que no va ni a permitir que se la roben con malas artes ni a bajar la cabeza ante ningún tirano.

Ambrosio también se incorporó.

Haber sido vencido le quemaba las entrañas, pero, sin duda, lo más doloroso era el sentimiento árido que imperaba en aquella despedida.

La tristeza de un niño apuñalado por su padre ardía tras los ojos de Juan.

Por un instante dudó, pero las palabras se atragantaron en su garganta. Ya solo le quedaba regresar a El Escorial.

El rey iba a tener que tomar cartas en el asunto.

De regreso al Hospital, murciélagos de lodo revoloteaban en su conciencia.

Aunque sentía alivio por dejar atrás la ciudad, y, con ella sus recuerdos más dolorosos, sus pasos arrastraban una triple derrota.

El primer fracaso era no haber cumplido con la voluntad de su rey. El segundo, la fractura insalvable que acababa de separarlo, tal vez para siempre, de la persona más querida. Sin embargo, era el tercer fracaso el que más le perturbaba.

La sombra de una mujer seguía vagando por aquellas calles.

LXI

Monxoi, cerca de Compostela, 25 de junio de 1588

Estaba en el mismo lugar.

Ni siquiera habían pasado dos meses desde que Mundo, regocijado, señalase desde allí las torres de la catedral. Breve lapso para todo lo que habían tenido que arrostrar.

Ambrosio dio un leve toque de espuelas.

No quería mirar atrás. El panorama desde el Monxoi ya le había resultado bastante duro al llegar. En el momento de la partida, el dolor que se imponía a todo lo demás era el que seguía latiendo quince años después. El que había traído la incertidumbre, primero, en aquellos días convulsos. El que se había transformado en confusión y vértigo a continuación. El que había derivado en la demoledora certeza, al final, de que la habían matado. A ella, sí. A Magdalena.

A la única mujer que había amado en toda su vida.

Un plan atropellado iba tomando forma en su cabeza.

Cándido no había dejado de dar vueltas a las palabras del arzobispo desde la reunión en palacio. «Tres meses», había dicho el purpurado.

Tocaba rearmarse para una nueva ofensiva. Se negaba a creer que tantos esfuerzos fueran a quedar en agua de borrajas. Y se resistía también a aceptar que un hombre como Román, el famoso devorador de libros reconocido y admirado en todas las universidades, fuera un cura corrupto que se vendía al mejor postor.

Mientras cabalgaba tomó una decisión.

El maestro les había dicho que tenía que visitar al rey en El Escorial. Que necesitaba sellar nuevos compromisos antes de nada y que, mientras tanto, ellos debían regresar a casa con sus familias. Que ya los avisaría cuando hubiera novedades.

Tanta imprecisión había disparado su impaciencia. Pedirle que se resignase era tanto como pretender atarle las cuatro patas a un potro desbocado. Un fuego crepitaba dentro de su pecho.

En cuanto le fuera posible volvería sobre sus pasos.

Las torres sobresalían, lejanas, entre las mismas lomas verdes que recordaba de la primera vez. Mundo, que las había señalado entonces entre cabriolas, cabalgaba ahora a su lado en silencio. Llevaba una furia indeterminada latiendo bajo la piel. Iba a necesitar que lo acompañase en su regreso, y no iba a ser fácil. Sin embargo, estaba decidido.

Cándido Suevos no iba a bajar la nuca.

Aún tenía cartas por jugar.

Tocaba regresar a casa, había dicho el maestro.

Como si eso fuera posible ya.

Mundo recogió sus cosas con expresión fúnebre. Fuera a donde fuese, jamás habría otro hogar para él. Su corazón permanecería para siempre allí, entre las tinieblas plateadas de aquel tejado de piedra. Tal vez su cuerpo respirase y comiese; tal vez pudiera caminar, incluso hablar, pero en tanto no pudiera retornar no sería más que un muerto con apariencia de vivo.

Partieron.

Al rato, identificó el mismo lugar donde había vislumbrado la catedral por vez primera. Vio cómo Cándido echaba un vistazo atrás, pero él ni se movió. Allí quedarían, de nuevo, las mismas torres grises entre lomas verdes. Ya lo sabía. También estaría el tejado a sus pies, con aquella superficie de granito escalonado. El rayo que lo atravesó ardía por dentro, pero aguantó. Su cabeza, aunque atormentada, ya había pergeñado un plan.

No tenía más remedio que volver a casa.

Ni quería disgustar al maestro, que ya bastante tenía con aquellos meapilas protestones y con los dichosos encargos del rey, ni ella había vuelto a dar señales de vida desde esa noche. Tocaba partir, por tanto.

No obstante, eso no equivalía a abandonar.

En cuanto estuviese solo, regresaría. Sus ojos destellaron al pensarlo. La vida lejos de Compostela había dejado de tener sentido.

Junto a ella, varado en los tejados, quedaba su corazón.

El Escorial, 25 de junio de 1588

Bazán volvía cada tarde con gesto de reprobación.

El recuerdo del insumergible marqués parecía empeñado en aparecerse cada dos por tres. «Os lo dije», indicaba su gesto de reproche. Ahora lo veía, sí. Tal vez don Álvaro no se hubiera empeñado en posponer indefinidamente la ofensiva sobre Inglaterra. Quizás tuviera razón al solicitar trescientos barcos de guerra, y no los ciento cuarenta escasos —la mayoría, mercantes— que tan apresuradamente él había logrado reunir.

Ahora solo podía confiar en que sus navíos, que los vientos habían desperdigado por la mar océana como haría una brisa de otoño a las hojas secas de un jardín, lograsen reagruparse para poner proa a Flandes de una vez por todas. No había vuelta atrás. Sus planes habían sido desvelados ante el mundo entero mediante un desastroso corrimiento de telón.

No había más opción que intentarlo hasta el final.

Felipe contempló el techo desde su aparatosa silla.

Sus días y sus noches consistían en un ajetreo incesante para reorganizar la flota desde la distancia. Todo se había reducido a unas idas y venidas frenéticas, a correos que salían a galope y a jinetes sudorosos que llegaban sin resuello a El Escorial. Una vorágine inacabable de órdenes y contraórdenes que habían relegado otros empeños que un día le habían robado el sueño. La guerra contra Inglaterra era su gran castigo.

La Gran Armada, su única tribulación.

Compostela, 25 de junio de 1588

No hacía ni una hora que los había visto partir.

Sheridan libraba una batalla en lo más profundo de sus propios infiernos.

A través del ventanuco había podido ver cómo tres jinetes sigilosos abandonaban la ciudad. Aunque era lo que él había pretendido desde el principio, la estampa de aquellos hombres derrotados había desatado una guerra en su interior.

Unas dudas ácidas corroían ahora sus entrañas. Él había cumplido con su parte, y lo había hecho sin vacilar. Había logrado desviar la atención de Ambrosio de su objetivo último. Le había hecho vagar por las calles sobre un rumbo difuso mientras sus enemigos le iban dando forma al

plan que, finalmente, lo había obligado a abandonar.

Había vigilado sus afanes en el descubrimiento de los vestigios de Assegonia. También supo de las maquinaciones del arcediano de Trastámara y de su títere, el reliquiero, antes de que Jerónimo Román se presentara en Compostela. No es que le complacieran tales confabulaciones, pero le convenían. Pese a estar fundamentadas en motivaciones bien distintas, las intenciones de los canónigos respecto a Ambrosio coincidían con las suyas.

Todo cambió cuando descubrió los secretos del pupilo del licenciado.

Segismundo había arrastrado a Magdalena, a la famosa Crecha que regentaba una casa de citas a unos pasos de allí, hacia una relación prohibida. Aquello era lo que había desatado los demonios en su interior. Haberlos descubierto esa noche, sin pretenderlo, tras oír unos pasos apresurados sobre el tejado de la Corticela.

La mujer había traicionado a la organización.

Al igual que su predecesora, Magdalena se había dejado llevar por sus instintos más arcaicos. Y en un paralelismo asombroso, además. Tal vez fuese verdad, renegó, moviendo de lado a lado su matojo de pelo color fuego, eso de que la historia siempre rima.

No habían tenido más remedio que hacerla desaparecer.

Lo mismo que otros habían hecho con la mujer que, quince años atrás, regentaba el mismo negocio en la misma ciudad y se ocultaba tras el mismo nombre. Tras una identidad ficticia. La misma persona, por tanto, solo que tres lustros después. Lo único que había cambiado era el protagonista masculino de la historia.

Ahora se trataba del joven Segismundo de Bretoña.

Entonces, lo había sido el gran Ambrosio de Morales.

Palacio episcopal de Compostela, 25 de junio de 1588

La guerra propicia extraños compañeros de cama.

Sanclemente alzó su copa con gesto adusto, conformando una estampa asimétrica que reflejaba su estado de ánimo. Ares y Cabana se habían presentado por sorpresa en sus aposentos con aire festivo, alardeando de su victoria sobre el ilustre licenciado Morales, al que habían visto partir desde las ventanas de palacio. Pese al rostro de piedra del prelado, el regocijo de los dos hombres había sido tan insistente que los tres habían acabado así.

Brindando por su huida.

—¡El que puede ver en la noche! —reía el reliquiero—. ¡Pues hala, que vea ahora el camino de regreso!

El arzobispo participó de los brindis y los parabienes, pero no halló arrestos para recrearse en su triunfalismo bravucón. La victoria todavía estaba en el aire. Ellos no conocían a Ambrosio. Tal vez fuera ya un anciano, pero jamás se daba por vencido.

En cuanto pasasen los tres meses, el problema llamaría de nuevo a su puerta.

Aunque Román desmontase todas sus tesis, una por una —algo que aún estaba por ver—, hallaría otras. Y más demoledoras, si cabía. Al fin y al cabo, si había alguien en este mundo capaz de encontrar argumentos debajo de las piedras, ese era el gran Ambrosio de Morales.

Y aún había más.

Nadie en el cabildo era consciente todavía de la amenaza que se cernía sobre el cielo de Compostela, pero una nueva nube de tormenta había empezado a jarrear pedrisco sobre ellos.

Una nueva carta había llegado desde Valladolid esa misma mañana. Su escueto mensaje

había bastado para fulminar la tregua mínima que le había proporcionado la partida del licenciado.

La Real Chancillería había aceptado enviar a sus peritos a Compostela.

Los veedores saldrían pronto, y venían dispuestos a someter a examen la copia del Voto que se custodiaba en la catedral.

El cabildo en pleno iba a tener que implicarse. Él solo ya no podía.

—Señores. —Sanclemente alzó la voz sobre Carmelo, que hacía burla con la copa en la mano del acento cordobés del licenciado Morales—. Tenemos que hablar.

Los dos canónigos volvieron hacia él una sonrisa suspendida.

Al tiempo que se sentaban, el arzobispo cogió aire. Una nube ensombrecía su mirada. Mientras trataba de encontrar las palabras precisas, la imagen derrotada del licenciado daba vueltas en su memoria.

Frente a él, Ares y Cabana aguardaban expectantes.

La guerra propicia extraños compañeros de cama.

Puerto de Faro, 25 de junio de 1588

Mayor contempló entre lágrimas cómo el galeón izaba el trapo.

Desde que se había enterado de que aquel barco pertenecía a la misma escuadra en la que navegaba Manuel, había insistido en hacerse cargo personalmente de su aprovisionamiento.

Los oficiales del navío, gratamente sorprendidos, aceptaron sin dudar. Al fin y al cabo, todos los provisores del puerto se daban codazos ante la puerta de aquella mujer.

—Juráis que lo vais a compartir todo con los otros buques de vuestra escuadra, ¿verdad? —le insistió por quinta vez al maestre en el instante de la entrega.

El oficial volvió a garantizarle que así se haría. Que siempre se hacía así, de hecho. Los buques de Levante, le aseguró, cuidaban unos de otros.

—El almirante Bertendona ya lo dispuso así en Lisboa, señora.

Aunque intranquila, le dejó marchar. Ya le había hecho jurar lo mismo seis veces al despensero.

Los barcos de guerra fueron abandonando Faro.

Hoy cuatro, mañana siete; las maltrechas naves que habían fondeado en busca de refugio regresaron al mar. En cuanto lograran reagruparse, se dirigirían al norte. A la guerra.

Al fin, zarpó el último. Mayor contempló su partida entre premoniciones lúgubres.

Algo le decía que los mismos tambores que hoy empezarían a oírse en unos puertos lejanos podían virar en redondo y regresar, más pronto que tarde, sobre sus estelas. Que la guerra podía acabar cayendo sobre las mismas aguas que ella veía cada atardecer desde su ventana. Que la marea de sangre que ahora avanzaba hacia la Albión podía darse la vuelta en cualquier momento.

Unas lágrimas de angustia empañaban su mirada.

El viento seguía arrastrando un extraño olor a pólvora.

Mar Céltico, 25 de junio de 1588

Ya solo les faltaba uno.

Ocho de los nueve barcos de la escuadra navegaban ya unidos. El último, les habían gritado desde un barco correo, se disponía a zarpar ya desde Coruña. Guzmán había ordenado aprestarse

para la partida definitiva. En unos días todo empezaría otra vez.

Tito lanzó su gorra al cielo en señal de júbilo. Pronto recibirían su merecido aquellos piratas, se regocijó, con las mejillas encendidas por la brisa.

Desde el puente de mando, Manuel torció el gesto al ver su alborozo.

Pocos motivos había para la alegría. Hasta para la esperanza, en realidad. Hacía ya un mes que habían zarpado de Lisboa, y las cosas no habían hecho sino ir a peor. La empresa estaba todavía en el punto de partida, pero con los barcos en peores condiciones, menos provisiones en las bodegas y más cansancio acumulado. Piojos, hambre y escorbuto. Eso era cuanto tenían. Y aún faltaban días para que los barcos volvieran a navegar juntos.

Para que aquella empresa suicida pudiera dar comienzo.

Otra vez.

Londres, 25 de junio de 1588

—Entonces… ¿nuestras informaciones eran ciertas?

La reina Elizabeth aferró los brazos de su sillón dorado.

Su visitante, sin cambiar la expresión desdeñosa que ya traía al entrar en el salón del trono, se encogió de hombros.

—No hacían falta espías, majestad… —observó él, displicente—. Con conocer el tipo de hombre que es Felipe y las cuentas que os tenía guardadas…, bastaba y sobraba.

Ella se mordió la lengua. No era momento para impertinencias. Sin embargo, calló; si alguien podía permitírselas, incluso ante la reina, era aquel hombre.

—¿Cuántos barcos habéis avistado? —preguntó.

Si era cierto que el rey de las Españas estaba en condiciones de mandar sobre ella cientos de barcos, estaba perdida. Inglaterra ni siquiera disponía de una armada como tal.

La esperanza de su reino estaba depositada en las manos de un puñado de armadores y comerciantes a los que ella expedía ordenanzas corsarias para que defendieran sus costas.

—¿Barcos? Yo ninguno, por descontado… —sonrió él—. Mis hombres…, unos cinco o seis, creo. Pero no parecen ninguna avanzadilla. Más bien, es como si su armada se hubiera visto sorprendida por las tempestades. Supongo que se habrán dispersado sin querer.

La reina respiró. Bien, aquello les daba algo de margen.

—Y bien, almirante… —dijo, con voz temblorosa—, vos sois el encargado de defender nuestros puertos… ¿Qué podemos hacer?

El hombre, sin abandonar el mismo aire indolente, hizo una reverencia en señal de despedida. Tal pregunta no podía responderse con palabras.

—Yo regreso a Plymouth, majestad —respondió, mientras se alejaba—. Mis hombres siguen organizando las fuerzas disponibles. Este mar es nuestra patria y sus puertos, nuestro hogar. Tened por seguro que los defenderemos con cada gota de nuestra sangre.

Elizabeth contempló en silencio cómo abandonaba el salón.

Después, cerró los ojos. Junto con aquel lobo de mar viajaban todas sus esperanzas. No todo estaba perdido, se repitió. Al fin y al cabo, era el más grande marino de cuantos surcaban los mares del mundo entero. De él se decía que era el único hombre vivo que había circunnavegado el globo. El que había atacado Cádiz y Lisboa, hundiendo docenas de barcos y logrando retrasar, precisamente, lo que ahora se les venía encima.

Tal vez el hombre más famoso sobre la faz de la Tierra.

Y un héroe invencible para sus compatriotas. Sí; tenía que confiar en él. Y no solo porque no tuviera más alternativa. Al fin y al cabo, solo él era capaz de infundir un terror incontrolable en el ánimo de sus enemigos. «El Draco», lo llamaban los españoles. Así lo veían: como un dragón de los mares, implacable y terrible.

Una leyenda viva en todos los mares del mundo.

Su última esperanza. Ese era Francis Drake.

Parte tercera

Los sueños naufragados

(Julio de 1588 a junio de 1589)

«Incluso en la victoria,
la guerra es más parecida al infierno
que a la gloria».

LXII

«El Escorial, 1 de julio de 1588

Duque primo: [7]

La carta de vuestra mano del 24 he recibido, y por lo que de vos conozco creo muy bien que todo aquello que allí me acordáis nace del celo de mi servicio y deseo del acertamiento puramente. El estar tan seguro desto me hace declararme con vos mucho más que hiciera con otro; y así, para que veáis que las dificultades que se encarecen contra el pasar adelante con la empresa no estriban en fundamentos ciertos y entendáis algunos de los motivos con que aquellas se deshacen, he mandado hacer el papel que con ésta recibiréis. Las causas que allí se tocan me confirman en proseguir lo comenzado en teniendo vos reparada la armada, como me prometo de vuestra diligencia que lo estará ya la hora de ahora.

Yo tengo ofrecido a Dios este servicio; para ayudármelo a hacer os tomé por instrumento. No ha podido ser mayor la confianza que de vos hago; por lo mucho que hicisteis en Lisboa para arrancar, merecisteis las gracias que os di; de lo sucedido en la tormenta vos no tenéis culpa ninguna; de haberlo reparado aprisa creo que habrá ya que agradeceros; de los efectos de adelante placerá a Dios que os resulte mucha honra.

Alentaos, pues, a lo que os toca, pues veis que entre las necesidades de dinero en que me hallo, y las demás dificultades estoy yo con resolución de que las venzamos todas con ayuda de Nuestro Señor.

Para esto haced lo posible en recoger las naos que faltan y aprestarlo volando todo, pues con poco o con mucho es necesario volver luego a salir, y avisadme al recibir désta con cuántas velas y cuáles podríais salir aquel día, y la gente de mar y guerra que tenéis en ser, si ya no lo hubiereis escrito, como me lo persuado de vuestro mucho cuidado, y ponedlo todo a punto, que a lo más largo podáis partir a los 10 del presente sin falta ni más dilación, dejando algo, antes que tardando por llevarlo todo, y reforzaréis lo que fuere con la artillería, gente y vituallas de lo que quedare.

De San Lorenzo, a primero de julio de 1588.

De todo esto estoy muy cierto de que haréis mucho mejor que aquí se dice.

Yo, el Rey».

7 Carta original, enviada por Felipe II al duque de Medina Sidonia el 1 de julio de 1588 (adaptada del castellano de la época).

LXIII

El Escorial, 7 de julio de 1588

—¿Cómo va la Empresa de Inglaterra, majestad?

Quiroga cambió de tema con brusquedad.

Felipe estiró el cuello como si le ahogara la camisa.

No había concertado aquella reunión para charlar sobre ninguna campaña naval. Quiroga era su contacto directo en el Vaticano. Llevaba semanas rogándole que consiguiese de una vez por todas una bula que avalase el traslado del cuerpo de Santiago el Mayor a El Escorial.

¿«La Empresa»? Era obvio que las cosas se habían torcido nada más empezar.

Sus naves habían pasado semanas tratando de reagruparse. Unas cuantas habían sido arrastradas hasta el golfo de Vizcaya y otras habían tenido que regresar a puerto. Algunas habían sido avistadas ya desde las playas del sur de Inglaterra y otras, como las dos flamantes galeras llamadas la Diana y la Princesa, ya nunca saldrían de Coruña.

Un comienzo desastroso que, por mucho que le escociese, le daba la razón al duque de Medina Sidonia. Su más fiel servidor, al que había llegado a tachar de agorero, ordenándole con aspereza que se limitase a cumplir su cometido.

Un trato que se revelaba ahora injusto, a tenor de los resultados.

—Perded cuidado, monseñor —respondió al fin, aunque con cara de palo—. De un modo u otro, la herejía anglicana será extirpada de las islas. Conozco bien esas tierras, y también a la mujer que ostenta ahora su corona. No olvidéis que un día fui su rey, cuando ella no era más que una niña a cargo de la reina María, mi esposa en aquellos días.

El cardenal esbozó una inclinación de cabeza.

No quería importunar a Felipe más de la cuenta. Ya le había dejado caer que el Vaticano observaba con lupa su lucha contra las herejías; podían cambiar de tercio.

—Respecto a la dispensa del santo padre, alteza —puesto que Felipe había lanzado sus huestes contra los enemigos de la fe verdadera, habría que recompensarlo—, el cometido del licenciado Morales en Compostela cuenta ya con el aval de la Santa Sede.

Felipe apretó los puños bajo la mesa.

Al fin algo de viento a favor. Ambrosio podía ya ejecutar su cometido.

—No ha sido fácil —siguió el gran canciller, con tono de admonición—. Su santidad era muy reticente, como podéis imaginar… He tenido que presionarle, y aun así lo hizo a regañadientes. Compostela es uno de los grandes polos de santidad de todo el orbe. Siente un gran respeto por esa sede, y… Bueno, su cabildo es inmensamente rico. E igualmente poderoso, por tanto. Y los miles de peregrinos que acuden allí año tras año…

Felipe asintió, impaciente.

—Gracias, monseñor. Gracias.

No le importaban lo más mínimo los remilgos del papa. Lo importante era que ya tenían la dispensa. Todo lo demás sobraba.

Una llama alumbraba ahora los caminos, hasta entonces sumidos en tinieblas. La Iglesia había autorizado el traslado. Semejante cambio de rumbo haría rolar de una vez por todas los

vientos funestos, y dispersaría todas sus aflicciones. Llevaba tiempo rondándole la idea de que sus sueños más íntimos podían naufragar, pero ya no.

Ahora el señor Santiago manejaba el timón de sus naves.

Quiroga disimuló un ademán de escepticismo. Ante él, con un gesto ausente y eufórico a la vez, Felipe desprendía un ardor victorioso que le pareció injustificado. Sin embargo, decidió callar. Él ya había cumplido.

Unos toques en la puerta llamaron su atención. Al girarse hacia allí, los dos cruzaron una mirada de extrañeza. El rey había ordenado que nadie les molestase.

Aun así, la puerta se entreabrió.

—Majestad, tenéis visita —musitó el secretario del rey, con cara de estar deseando que se lo tragara la tierra.

Felipe ni respondió.

Quiroga se volvió hacia la puerta y colocó las manos tras la espalda. Ardía por saber quién era tan importante como para contravenir las órdenes del rey.

No tuvo que esperar mucho.

Irrumpiendo desde atrás con decisión, un anciano envuelto en polvo apartó al secretario sin miramientos y se adentró en la cámara. Pese a su aspecto demacrado, exhibía un desparpajo que denotaba urgencia y autoridad al mismo tiempo.

—¡Ambrosio! —saludó Felipe, arqueando las cejas. Quiroga reprimió una sonrisilla al percibir que, tras el sorprendido saludo del monarca, llameaba algo así como una rara desconfianza—. ¡Os hacía en Compostela! —El viejo cronista, sudoroso y exhausto, esbozó una reverencia fugaz—. Venid, amigo mío… No os lo vais a creer. Precisamente, el canciller me estaba comunicando que ya disponemos de la dispensa papal…

El licenciado se enderezó súbitamente.

Eran grandes noticias, desde luego. De hecho, se había pasado varios meses esperando su llegada. Sin embargo, las cosas habían cambiado en los últimos tiempos.

—Me temo, majestad… —dudó.

El silencio se hizo de plomo en los aposentos reales.

Que el licenciado Morales se temiese algo amenazaba con arrebatarle de los labios la única gota de miel que Felipe había podido paladear en los últimos tiempos.

Consciente del varapalo que traía en las alforjas, Ambrosio alzó el mentón. Él había sufrido un completo abandono en territorio hostil durante dos meses. Estas eran las consecuencias. Y no podrían ser achacadas a su indolencia, ni a su inacción.

Así, con la frente erguida, el licenciado asestó el hachazo.

—… me temo que eso ya no va a ser suficiente.

LXIV

El Escorial, 7 de julio de 1588

El camino había sido largo, pero al fin estaba a las puertas.

Trece días había tardado desde Compostela. Entre los rodeos que había tenido que afrontar para acompañar a los muchachos hasta sus casas y las pocas ganas que tenía de encontrarse con el rey, Ambrosio empleó casi dos semanas en recorrer el camino.

Arrastraba la penosa tarea de ir cerrando puertas de piedra tras su espalda.

Primero había dejado a Mundo a cargo de su madre tras encomendarle encarecidamente que no se metiera en líos. La expresión del muchacho en la despedida —entre rebelde y contenida— le dio mala espina, pero no podía hacer más. Cándido ya llevaba días acusando síntomas de agotamiento, y tenía que ponerlo cuanto antes al cuidado de su familia.

Para cuando llegaron a su casa dos jornadas más tarde, el muchacho ya ardía de fiebre.

Tras quedar Cándido en manos de sus hermanas, el maestro siguió camino. Aún tenía por delante un buen trecho hasta El Escorial. La extraña actitud del muchacho durante el viaje había suscitado un desasosiego indeterminado en su pecho, pero debía continuar.

Al igual que había pasado con Mundo, Cándido se estaba guardando dentro un malestar que Ambrosio no fue capaz de concretar. Era como si los dos muchachos guardasen algún secreto inconfesable. Algo que no le podían confiar a su maestro. O que no querían.

Aunque destemplado, siguió adelante.

Al otro lado de las montañas, en el cuartel general del imperio, hallaría al todopoderoso soberano. No iba a ser una sorpresa agradable para Felipe, eso seguro.

Suspiró. Para él tampoco suponía un trago dulce.

Mientras desmontaba, un centinela corrió a avisar al secretario del rey.

El alto funcionario se encaminó a toda prisa hacia la entrada principal de San Lorenzo. «Pero cómo que el licenciado Morales está aquí», le preguntó al soldado cien veces por el camino. Era la segunda visita del día que no anunciaba nada bueno.

Ambrosio lo vio acercarse haciéndose cruces.

El hombre lo saludó con la amabilidad que tan ilustre visitante merecía, pero él, sudoroso y polvoriento, fue directo al grano. Necesitaba ver al rey inmediatamente.

Poco después, el secretario guiaba a Ambrosio por los corredores entre sudores fríos. Felipe había ordenado que nadie los molestara. Y, sin embargo, tenía que hacerlo. Si Su Majestad se enteraba de que había hecho esperar a su cronista, se iba a poner hecho una furia.

Casi sin voz, el secretario se asomó a la puerta entreabierta.

—Alteza… Tenéis visita —le oyó balbucir Ambrosio desde atrás.

El hastío de dos meses de impotencia tomó las riendas.

Ambrosio de Morales se adentró en el despacho como si estuviera en su propia casa. Mientras Felipe lo saludaba, entre sorprendido y preocupado, él respondió con una reverencia fugaz. Ya le había advertido el secretario que Quiroga estaba allí. Lo que no había previsto era la noticia que el cardenal acababa de anunciar a su rey.

La bula vaticana había llegado.

A buenas horas, rumió Ambrosio. Gracias a las conjuras del cabildo, aquel factor había quedado sin efecto. Que el santo padre autorizara el traslado avalaba la operación ante los miembros de la Iglesia, pero el arzobispo compostelano, responsable último de la custodia de las reliquias, había puesto en manos de Jerónimo Román el dictamen definitivo.

Aquello regiría los destinos del proyecto, por regio que fuese.

El sabio agustino gozaba de sobrado prestigio ante la Iglesia y ante los tribunales de los hombres. Lo que él dictaminase sería considerado criterio de legalidad.

—Me temo, majestad… —rezongó, y sus dudas dispararon todas las alarmas.

Quiroga y Felipe contuvieron el aliento.

Ambrosio, al verlos así, alzó la frente. Uno debería haber conseguido la dispensa del papa tiempo atrás. Y el otro, cuando menos, debería haber respondido a sus cartas.

—… me temo que eso ya no va a ser suficiente.

LXV

El Escorial, 7 de julio de 1588

Ambrosio se atrincheró en la máxima de los buenos artilleros:

—Jamás salió un buen disparo de un cañón de mecha corta.

A medida que iba escuchando su relato, el rey empezó a darle a la cabeza. Su impaciencia fue transformándose en cólera, y cuando supo que era el arzobispo en persona quien avalaba aquellas conjuras, resopló.

¡Pero si se trataba del mismo Juan de Sanclemente al que él había nombrado con la intención de allanarle el camino al bueno de Ambrosio!

—Haré que os acompañe un batallón, licenciado —siseó al fin, pálido de ira—. A ver si son tan valientes esos curas cuando vean llegar a mis soldados.

Quiroga y el propio cronista insistieron en quitarle tal idea de la cabeza.

Aquella solución solo podía desembocar en desastre. El orgulloso pueblo de Compostela se alzaría contra el expolio si veían su ciudad invadida por el ejército del rey. Convenientemente aleccionados por los canónigos, acabarían por levantarse en armas.

—Sería una masacre, majestad —sentenció Ambrosio.

A su lado Quiroga asintió, circunspecto.

Felipe maldijo a aquella banda de meapilas. Ahora que tenían la dichosa bula, ahora que el alegato del ilustre licenciado contaba con el aval del mismísimo papa, entre esos curas pervertidos y el traidor de Sanclemente se las habían arreglado para tirar por tierra sus planes. Entre resoplidos de ira, renegó una y mil veces.

Ambrosio y Quiroga cruzaron una mirada grave, pero callaron.

Suerte que apenas podía levantarse de aquella silla aparatosa.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó por fin, cuando fue capaz de respirar.

Ambrosio clavó la mirada en la mesa.

Tal vez hubiera alguna alternativa si regresaba a la ciudad sagrada y buscaba la manera de forzar las cosas. Con los abogados del rey a su lado, se veía capaz de acortar los famosos tres meses que el arzobispo había otorgado a Román.

Sin embargo, regresar a Compostela se le antojaba tan apetecible como darse un paseo en cueros por un ortigal.

—Ahora que el traslado está avalado por la Santa Sede, necesitamos que las leyes de los hombres se manifiesten también a favor —respondió al fin—. Hacerlo de forma ilegal, o por la fuerza, podría suscitar una revolución.

El cardenal corroboró las palabras del licenciado con un asentimiento mudo.

Aun así, Felipe se quedó observando a su cronista con las cejas arqueadas. Tras un silencio impregnado de escepticismo, el rey hizo rodar la mano en el aire, como invitándolo a continuar.

—¿Entonces? —preguntó, al ver que Ambrosio no acababa de concretar nada.

«Alguna alternativa tendría que proponer», parecía decir su gesto.

—Román se las arreglará para desacreditar todas mis tesis, estoy seguro —respondió Ambrosio—. Necesitaré nuevos argumentos.

El rey lo miró desconcertado, sin saber cómo interpretar aquella actitud.

—Regreso a Alcalá —sentenció Ambrosio finalmente, clavando una mirada llena de determinación en los ojos del rey—. Ahora necesito pensar. Cuando esos tres meses hayan pasado podré replantear el caso.

El rey buscó motivos para objetar algo, pero no los encontró.

No era la opción que él hubiera elegido, pero tampoco tenía razones para contravenirla. Él no había cumplido con su parte.

Ambrosio se mantuvo firme. El cardenal contuvo el aliento ante su osadía, y se volvió hacia Felipe con expectación.

«¿Entonces?», había preguntado el rey.

—Entonces, majestad, tendré munición para plantear una nueva batalla.

LXVI

Mar de Bretaña, 29 de julio de 1588

Manuel contempló la maniobra con los dientes apretados.

El mar estaba revuelto, y el patache que traía al maestre del San Salvador subía y bajaba como una cáscara de nuez. Cinco de aquellos ágiles navíos habían sido destinados a correo para coordinar a los barcos de la Armada.

También para transportar la correspondencia de los almirantes a tierra firme.

Era un momento delicado. En las dos bandas de la pequeña embarcación, los mejores marinos de Pedro de Valdés se empleaban con los remos para acercarla a la amura de sotavento de la Ragazzona. Si no lo hacían con precisión, podían chocar.

Muchas vidas estaban en juego.

A unas cuarenta brazas, la «almiranta» de la flotilla andaluza trataba de mantenerse al pairo mientras durase el parlamento. Después el patache trasladaría al capitán de vuelta a su galeón. Valdés tenía que completar la ronda con todas las escuadras de la inmensa flota.

Tras unos minutos angustiosos y mucha brega, la lancha logró abarloarse a estribor del galeón levantino.

Uno a uno, los oficiales fueron subiendo hasta la cubierta de la Ragazzona.

Bertendona y su visitante se encaminaron hacia la tolda con gesto adusto.

El almirante de la escuadra del sur traía el último mensaje del duque de Medina Sidonia, que ya había ido difundiendo para reorganizar las formaciones.

Los oficiales de uno y otro navío entraron tras ellos. Al cabo de un rato, el contramaestre de la Ragazzona salió para hacerle una seña de impaciencia a maese Poulo. El provisor, que hasta entonces había permanecido indeciso junto a la borda, salió hacia allí a toda prisa. Se había quedado fuera por pura prudencia, pero el capitán había ordenado que estuviera presente en la reunión.

Todos escuchaban atentamente las instrucciones de Valdés.

—Ha dicho que sigáis progresando hacia el Canal. —Manuel, estirándose, percibió que aquel hombre estaba transmitiendo unas órdenes con las que no estaba de acuerdo—. Eso ha dicho, pese a que Recalde le ha insistido en que podríamos atacar Plymouth y acabar con la flota que Drake ha montado a toda prisa. Sus barcos están allí encerrados como ratones en una trampa.

Los oficiales cruzaron miradas de preocupación.

El duque había ordenado seguir a ciegas con el plan establecido por el rey. Le daba igual la opinión de sus almirantes, la evolución de la armada durante meses y las circunstancias que se presentaban ahora ante sus ojos como un regalo del cielo.

Ni siquiera había querido oír el consejo de Recalde, su vicealmirante. El hombre al que Felipe había colocado tan solo un escalafón por debajo de su primo. Sabía que este, a causa de su inexperiencia, iba a necesitar de toda la sabiduría que atesoraba el curtido lobo de mar.

—¿Recalde ha enviado a alguien a explorar el terreno? —preguntó Bertendona, con el ceño tan arrugado que parecía que su piel no pudiera dar más de sí.

—Una de sus naves se acercó a la costa —confirmó Valdés, negando con la cabeza—. Al ver

lo que había en puerto, enviaron una chalupa de vuelta a golpe de remo. Llegaron al borde del desfallecimiento, pero traían una información que vale oro. Habían alcanzado a divisar unos sesenta barcos fondeados en Plymouth. Tal vez más. Todos ellos amarrados a sus anclas para no irse contra las piedras.

Un murmullo de indignación se extendió entre los oficiales

—¿A sotavento de nuestras fuerzas? —insistió Bertendona, incrédulo.

Era inaudito que alguien dejase pasar una oportunidad tan evidente de aniquilar al enemigo. Acorralados en un fondeadero mal defendido, los barcos de Elizabeth estaban atados de pies y manos.

Solo tenían que caer sobre ellos y destrozarlos.

—Atrapados en su puerto. Sí, como lo oís. Si vamos a por ellos, están muertos.

—Y aun así… ¿Guzmán ha ordenado no atacarlos?

La estupefacción hacía que el almirante repitiese las preguntas como si esperase que la próxima respuesta fuese a ser distinta. Pero no.

La decisión de Medina Sidonia era inamovible.

El rumor de desaprobación de los oficiales fue subiendo hasta impedir que se oyesen las voces de los dos maestres. La oportunidad era de auténtico oro, y, aun así, el duque estaba empecinado en cumplir a ojos cerrados con el plan del rey.

Bertendona alzó una mano y se hizo de nuevo el silencio.

Valdés repitió las instrucciones y se echó hacia atrás con impotencia.

—El duque dice que las órdenes del rey son intocables. Que debemos eludir cualquier enfrentamiento mientras no hayamos recogido a las tropas de Farnesio. Podríamos mandarlos al fondo ahora que los tenemos a nuestra merced, pero qué vamos a hacerle. Son órdenes. Punto.

Manuel vio cómo los hombres empezaban a renegar entre dientes. El rey y el duque estaban insuflando vida al enemigo justo cuando lo tenían a tiro.

—¿Qué dicen los otros? —volvió a preguntar Bertendona.

Poulo contuvo la respiración al advertir un tono de rebeldía en su voz.

El almirante estaba entrando en terreno pantanoso. Cualquier insurrección, en el seno de la Armada, sería castigada con la horca.

—¿Los otros? Pues… imagina —rezongó Valdés, con impotencia—. Acabo de estar con Cuéllar en el San Pedro. No da crédito. —Manuel sintió una punzada en el pecho. Se hacía cargo de la frustración de su viejo amigo—. Y Recalde está que trina… Pero es lo que hay. Las órdenes son claras.

El maestre de la Ragazzona bajó la cabeza en señal de derrota.

—De acuerdo —aceptó, y Manuel emitió un suspiro de alivio—. Llevaré mi escuadra con las otras. Reagruparemos la armada y cruzaremos el Canal.

—Al menos, habremos dejado atrás a los ingleses —observó Valdés, levantándose—. Ya solo nos falta recoger a los hombres de Parma y poner proa a la Albión.

La comitiva fue saliendo entre un silencio hosco. Tocaba regresar al San Salvador para seguir avisando al resto de flotillas de que la Gran Armada se disponía a cruzar La Manche unida. Nada de atacar Plymouth, pese a que los barcos ingleses estaban acorralados.

Esas eran las instrucciones: llegar cuanto antes a los puertos de Calais.

Valdés se despidió de Bertendona.

—Están atrapados —le sonrió, tratando de recuperar el ánimo—. Si en algo tiene razón Medina Sidonia es en que los ingleses no pueden navegar contra este viento. No van a poder salir

del puerto de Plymouth en las próximas horas. Ni salir en nuestra persecución, por lo tanto. Todo lo que podrán hacer es vernos pasar a lo lejos. Para cuando el tiempo cambie, ya tendremos a los tercios a bordo. Solo nos quedará desembarcar la infantería en suelo inglés y arrasar Londres de una maldita vez. Confiemos, Martín…

El maestre de la Ragazzona parecía haber perdido las ganas de hablar.

Manuel lo observó y se estremeció. Su mirada, sombría, auguraba tempestades.

Mientras el patache cabeceaba de regreso, Manuel se colocó junto a su capitán.

—¿Deberíamos atacar Plymouth? —le preguntó por lo bajo.

La consternación del capitán era casi tangible. Su expresión le recordó una consigna que Bazán solía emplear ante encrucijadas inciertas.

—No hay lucha más amarga, amigo Poulo, que la que un hombre libra contra su propia conciencia.

El maestre se mantuvo inmóvil, con la vista fija en el navío que se alejaba.

—Nunca hay que dejar pasar una batalla ganada —respondió al fin.

Manuel asintió despacio. Eso decía siempre Cuéllar.

Entonces recordó sus tiempos en el San Pedro. Lo que había comenzado siendo una relación cortés entre un maestre y su provisor había ido derivando en una amistad franca.

Así había sido con Cuéllar y, en cierto modo, también con Bertendona. Por eso le dolía constatar la desesperación que los ahogaba al ver cómo el general cerraba los ojos ante una oportunidad que tal vez jamás volviera a presentarse.

Los maestres de la Gran Armada eran los mejores marinos del mundo, pero eran dos hombres de secano quienes estaban tomando las decisiones. El más poderoso de ellos, además, desde una distancia insondable en el espacio y el tiempo. Sus carreras, sus barcos y las vidas de los hombres que estaban bajo su mando dependían de la estrategia que Felipe había diseñado entre los muros de El Escorial.

Un plan demasiado rígido, a tenor de las circunstancias.

—Tal vez pasar el Canal sin entrar en combate sea también una victoria —se atrevió a sugerir Manuel—. Al fin y al cabo, si los barcos ingleses no logran salir del puerto, tampoco podrán detener nuestro avance.

Bertendona negó con escepticismo.

—El rey está en su palacio, cien leguas tierra adentro —rebatió entre dientes—, y esa marioneta que ha puesto al frente de la armada ni siquiera sabe lo que significa para estos barcos estar a sotavento del enemigo. Contar con el viento a favor lo es todo, vos lo sabéis. Y nuestros buques lo tienen ahora mismo. La victoria sería aplastante.

Manuel oteó el horizonte. Docenas de velas se movían hacia el noreste.

—Y lo más importante de todo… —continuó el almirante—: jamás olvidéis el factor principal en esta guerra, señor Poulo…

A Manuel le pareció que las olas se hubieran congelado sobre la superficie del mar.

—Con Drake al mando, nada es imposible.

LXVII

Valladolid, 29 de julio de 1588

Lázaro tuvo que contenerse.

Se las había arreglado para averiguar cuándo saldrían los peritos de la chancillería en dirección a Compostela. No podía acusarlos de nada explícitamente, o podía ser él quien tuviera que rendir cuentas ante los tribunales; pero tampoco iba a quedarse mano sobre mano. Sin más armas, se dejó caer por allí en el momento justo. El oro del cabildo compostelano ya había servido para comprar voluntades en otras ocasiones.

Los auditores cruzaron miradas de circunstancias al verlo aparecer.

Trataron de hacer como que no advertían su presencia, pero sus caras lo decían todo. Allí estaba de nuevo el jovenzuelo insidioso, revoloteando a su alrededor como una polilla con esa mirada censora que todo lo parecía reprobar.

Lázaro, con un estudiado aire jovial, saludó despreocupadamente.

—¡Vaya, vaya, señores! ¡Qué coincidencia! ¿Ya se disponen a partir?

Solo uno de ellos llegó a refunfuñar una afirmación hosca.

—Excelente, excelente… —siguió el letrado, tratando de aparentar que su soliloquio no había sido ensayado—. Hoy mismo informaré a mis clientes de tan feliz acontecimiento. —Entonces bajó la voz, como si la confidencia que se disponía a susurrarles lo escandalizara hasta a él—. Los obispos han manifestado dudas sobre el buen funcionamiento de esta sala… Incluso alguno, que Dios lo perdone, sobre la profesionalidad de sus funcionarios. ¿Pueden creer tamaño desacierto? Tendrá que darme la razón, sin duda. Yo siempre he defendido que los veedores de la chancillería son unos excelentes profesionales… ¡y totalmente incorruptibles, además!

Los auditores se miraron fugazmente.

Era obvio que aquel mozuelo se había plantado allí para recordarles que llevaban la mirada de cinco obispos castellanos clavada en la espalda. Que los poderosos señores iban a estar vigilando, a través de los ojos de su abogado, cada paso que ellos dieran.

Lázaro pretendía amedrentarlos para que no se dejasen sobornar.

Del dictamen que ellos emitiesen sobre el Voto de Santiago dependía la riqueza del cabildo compostelano. Su legendario poder y su secular opulencia. Su misma supervivencia.

Convertirse en canónigo de aquella catedral garantizaba unas rentas inmensas de por vida. Los ingresos provenientes de ese tributo no tenían parangón en todo el reino: harían falta los señoríos de diez duques para igualarlos. De ahí que las familias más poderosas utilizasen todo tipo de influencias para colocar allí a sus hijos.

Los ingresos que donaban los peregrinos, aun siendo suculentos, eran mucho más modestos que los que proporcionaba el Voto, y el número de concheiros que visitaban la ciudad sagrada había caído en picado en las últimas décadas.

Era una montaña de oro la que estaba en juego.

El campo estaba abonado para que tres funcionarios de a pie, con sus sueldos modestos y sus ropajes baratos, fuesen tentados por hombres sin escrúpulos. Los curas de Compostela ya habían comprado voluntades antes, era un secreto a voces. Hasta habían hecho correr la sangre al ver

peligrar sus privilegios.

¿Cómo no habrían de ofrecer algún regalo a unos simples chupatintas?

Los hombres arrearon sus caballos sin tan siquiera despedirse.

Lázaro meneó la cabeza al ver cómo partían. Su mirada sombría solo pudo contemplar cómo se alejaban en dirección a Compostela. Resopló. Si era cierto que ya habían sido tentados, tal y como daba a entender aquella actitud hosca, iba a necesitar una nueva estrategia.

Llevaba tiempo dándole vueltas a una nueva idea.

Tal vez tuviera que apostar el todo por el todo. No podía comentarlo con nadie, pues lo hubieran tachado de loco, pero tal vez ese fuese el único camino que le quedase por explorar. Mientras los peritos se perdían en la lejanía, un destello de determinación le hizo asentir con firmeza. Locura o no, iba a tener que intentarlo. Si el Voto no era desacreditado por los hombres que ahora se alejaban con aire ofendido, atacaría más arriba.

Ni leyes ni documentos se verían entonces en entredicho. No. En ese caso, serían los cimientos de la fe de millones de personas los que se tambalearían peligrosamente.

Una convicción de acero relampagueaba en sus pupilas.

El mismo Dios temblaría si aquello llegaba a suceder.

LXVIII

Plymouth, 29 de julio de 1588

Plymouth se había convertido en una caldera a presión.

Los maestres que Drake había reclutado esperaban sus órdenes en la bolera de la ciudad portuaria. Las noticias eran demoledoras.

Una flota inmensa había sido avistada en la lejanía; de ahí que la sorpresa fuese mayúscula al saber que el almirante los había convocado a una partida de bolos.

Aunque alarmados, todos acudieron. Allí, con una tranquilidad desconcertante, sir Francis los recibió con una bola en la mano. Juguemos, sonrió.

Ellos se miraron con consternación.

Su actitud risueña empezaba a parecer pura temeridad.

Los primeros barcos españoles habían sido vistos días atrás.

Las siniestras informaciones de los espías del Canal se confirmaban con cada nuevo avistamiento. La Empresa de Inglaterra, sobre la que corrían rumores indeterminados desde hacía meses, era ya una realidad.

Así denominaba Felipe, el rey fanático, a aquel ataque contra su soberanía.

España había completado su Gran Armada pese a que el corsario de la reina había caído sobre Cádiz en abril del año anterior. En el milenario puerto andaluz, Drake había masacrado docenas de barcos que se disponían a atacar los puertos ingleses. Después había tratado de caer sobre Lisboa, pero Bazán había logrado a duras penas defender el baluarte.

Los ingleses celebraron el golpe, pero la euforia se enfrió en poco tiempo.

La temible armada española no tardaría en recomponerse. Inglaterra, en cambio, ni siquiera disponía de una marina propiamente dicha. La reina podía sufragar el flete de unos cuantos barcos de guerra, pero todo lo demás dependía de lo que los armadores privados estuvieran dispuestos a arriesgar.

No tenían más remedio que confiar en Drake. Él era el único que podía compensar la situación, decantada de antemano en favor de los españoles. Solo el trabajo incansable de un hombre como él podría haber propiciado aquel imposible: que las fuerzas de uno y otro bando estuvieran igualadas.

Los ingleses tenían ahora más barcos, y estaban cerca de sus puertos base. Iban a tener, por tanto, provisiones y pólvora siempre a mano. Los españoles poseían navíos más grandes y modernos, y con más armamento. Habían desarrollado una tecnología superior, pero era previsible que tanto tiempo en el mar acabaría por debilitarlos. Además, venían muy sobrecargados, con tanta munición, caballería y suministros como iban a necesitar. Ese era el problema de un ataque a un objetivo lejano; por eso la mayoría de los barcos de su flota eran más mercantes que navíos de guerra.

El resto lo había propiciado el tiempo adverso de un verano casi invernal.

La gran amenaza había caído al fin sobre las costas de la Albión.

Sin embargo, los capitanes ingleses estaban conteniendo la respiración mientras

contemplaban la actitud impasible de su almirante en pleno puerto de Plymouth.

Varados, contra todo pronóstico, en una bolera.

Drake, la leyenda viviente en todos los océanos, también era el alcalde de la ciudad.

De ahí que se hubieran metido en su bahía, siguiendo órdenes, los más de setenta navíos que había logrado reunir en primera instancia. El resto permanecía a la espera, preparándose en otros puertos por lo que pudiera pasar.

Esa misma mañana, los capitanes recibieron su extravagante convocatoria.

¿Ir a la bolera? ¿En semejantes circunstancias?

Sus barcos estaban atrapados en puerto por un viento contrario que hacía imposible desplegar cualquier vela, y los vigías anunciaban que la flota española podía caer sobre ellos en cualquier momento. Y sin embargo el prestigioso corsario, el almirante de la reina, el único hombre entre todos ellos que había circunnavegado el Globo…, ¿quería jugar una partida de bolos?

La partida transcurrió en silencio.

Solo las chanzas despreocupadas de sir Francis rompían la tensión del ambiente de cuando en cuando. La inquietud de los capitanes crecía más y más, junto con su impaciencia.

De repente, un hombre irrumpió en el recinto, agitado y sudoroso.

—¡Almirante, mensaje de Fleming! ¡El Revenge acaba de fondear!

Drake, con la bola en la mano, detuvo el lanzamiento.

Su lugarteniente le mandaba noticias desde su propio barco, que él había enviado en misión de reconocimiento días atrás, cuando aún el viento permitía salir del puerto.

Todos se giraron hacia él conteniendo el aliento.

—¿Más barcos de Felipe? —preguntó Drake, mientras volvía a apuntar con un ojo cerrado.

—¡Por docenas, mi señor! —confirmó el mensajero—. Han logrado reagruparse y poner rumbo a nuestras costas.

Los capitanes se enderezaron, prestos a salir en tropel hacia sus naves.

La guerra había arribado al fin a sus puertos. El rey más poderoso del planeta pretendía descerrajar la caja de Pandora sobre sus cabezas y la amenaza, más que inminente, era ya una realidad. No podían zarpar, pero tenían que prepararse para repeler la ofensiva. Su situación era crítica por culpa de aquel maldito viento en contra. Tenían que actuar de inmediato si querían tener alguna probabilidad, por mínima que fuera, de no ser masacrados.

Sin embargo, la voz serena del almirante los detuvo en seco.

—¿Os dijo el capitán Fleming que los españoles venían hacia aquí? —le preguntó al emisario, sin soltar la bola.

El mensajero, todavía jadeando, negó con la cabeza.

—No, mi señor. Solo que la armada española se ha reagrupado.

Todos se quedaron mirando a Drake con incredulidad, pero él, como si estuviera estudiando la jugada, observó los bolos durante un silencio eterno.

—Señores —dijo después, mientras acariciaba la bola—. ¿Seríamos capaces de sacar los barcos del puerto… si no tuviésemos más remedio?

Los marinos se miraron unos a otros, intimidados. Al cabo, el más veterano titubeó una respuesta.

—Eso… Eso sería imposible… Si el viento no cambia, mi señor…

Drake dirigió hacia él una mirada capaz de fulminar a una montaña.

—¿Hay chalupas en este puerto, caballero?

El hombre, rojo como un tomate, asintió de forma atolondrada.

—¿Saben remar vuestros hombres? —preguntó ahora Drake, pasando una mirada asesina sobre todos los demás.

Un asentimiento general fue la respuesta unánime.

Los capitanes se miraron conteniendo el aliento. ¿Estaba pensando sir Francis en remolcar los barcos, acaso? ¿En sacarlos del puerto? No parecía que aquello fuera posible, con semejante viento de bolina. En caso de que fuese factible, semejante maniobra requeriría de un esfuerzo titánico. Además, los españoles verían lo que estaban haciendo y caerían sobre ellos sin dudar.

Los habrían destrozado antes de que pudieran colocarse con el viento a favor.

Era una locura. De hecho, más bien era un suicidio.

A no ser…, caviló el hombre que había hablado, en un relámpago. Si lo hacían de noche, tal vez pudieran maniobrar sin que los descubrieran… Pero, claro, tal cosa también era imposible. Haría falta ser capaz de navegar por aquellas aguas con los ojos cerrados.

Entonces, ayudado por la mirada de Drake, lo comprendió todo.

Un calambre recorrió su cuerpo.

La convicción del almirante adquirió sentido, al fin, ante los ojos del veterano capitán. De algún modo, sir Francis sabía que Plymouth no iba a ser atacada. Y, además, tenía un plan al respecto.

Claro. Él no necesitaba ojos en aquellas aguas.

Las conocía mejor que la palma de su mano.

—Bien —asentó el almirante, volviéndose de nuevo hacia los bolos—. Ya que tenemos chalupas y que vuestros hombres saben remar, tenemos tiempo de acabar la partida.

Nadie se atrevió a moverse.

Por un momento pareció que algunos estuvieran a punto de salir de allí echando humo, pero todos se quedaron quietos. Unos soltaban chispas por los ojos y otros mostraban un rictus de resignación, pero nadie osó contravenir a Drake.

Los capitanes lo vieron apuntar con cuidado, sin apresurarse.

Entonces, con una frialdad insultante que contrastaba con la tensión que atenazaba a todos los demás, el almirante soltó una última sentencia.

Una estremecedora profecía hizo que vibrasen todas las conciencias.

—Juguemos —dejó caer—. Después derrotaremos a los españoles.

LXIX

Costa de Plymouth, 30 de julio de 1588

Un poco antes del ocaso, Tristán se acercó a la popa.

Había pasado un rato observando a maese Poulo desde la distancia. Algo torturaba la moral de aquel hombre, habitualmente sosegada.

—Pronto sabrán esos piratas lo que es un hombre de honor —dijo el pequeño al acodarse junto al oficial.

Manuel se volvió hacia él. No lo había oído llegar.

Los dos se quedaron contemplando la costa que se intuía hacia el norte. Allí estaban, al fin; frente a Inglaterra.

Tras la popa, un sol pálido iba descendiendo perezosamente sobre las aguas.

Seguían con un tiempo más propio del mes de marzo que de finales de julio.

—No tengas prisa por entrar en combate, Tito —contestó Manuel—. Incluso en la victoria, la guerra es más parecida al infierno que a la gloria.

El chiquillo no quiso contestar.

Él llevaba semanas deseando darles una lección a los indeseables que se habían atrevido a atacar los barcos del rey, pero para el despensero aquella misión se asemejaba más a una carga impuesta que a una cruzada gloriosa.

—¿No es en este caso necesaria? —preguntó Tito, desazonado—. Ellos atacaron nuestros puertos. Mataron a mucha gente, y hundieron nuestros navíos. No son más que unos piratas.

Manuel contuvo un gesto de escepticismo.

Aquel era el discurso oficial que imperaba en la Gran Armada, de buque en buque y de taberna en taberna. Era lógico que hubiera calado en el niño.

—La guerra nunca es necesaria —respondió, con gesto apagado—. Lo que sería necesario es hallar la manera de evitarla.

Tras ellos, un horizonte desapacible desdibujaba el cielo de poniente.

Los días claros de mayo habían volado, y un viento revuelto sacudía los veleros con brusquedad. Unos nubarrones de consistencia metálica se cernían a lo lejos. Tito los observó con el morro alargado.

Al ver su gesto, Manuel negó con la cabeza.

—Luz y tinieblas —musitó—. De eso están hechos los hombres.

El niño miró los acantilados blancos que asomaban sobre la mar encrespada.

—Pero ese Drake es un asesino —se resistió el pequeño—. Hay que darle su merecido.

Manuel se encogió de hombros. En la lejanía, la oscuridad iba cayendo poco a poco sobre los puertos de la Albión.

—No es simplemente un asesino, Tito.

Su gesto era sombrío.

Más, incluso, que antes. El pequeño se quedó otra vez a la espera de una respuesta, y el provisor clavó la vista en el lejano norte.

Proteger la inocencia de un niño es el único fin que enaltece la mentira.

—En realidad, Drake… es un hombre de negocios —murmuró.

En el puerto de Plymouth la actividad era frenética.

Aquel ocaso anunciaba una jugada a vida o muerte para la flota de Drake. Nada más acabar la partida de bolos los capitanes habían regresado a sus barcos con una única consigna. En cuanto cayera la noche, todos los navíos al servicio de la reina debían ser remolcados a remo para colocarse a retaguardia de la armada española. Parecía imposible llevar a cabo tal proeza, pero, si lo lograban, le habrían dado la vuelta a la situación. En ese caso, serían ellos los que tendrían el viento a favor. Una ventaja definitiva, que los españoles habían dejado pasar de un modo inexplicable.

Daba igual lo que costase. Sudor, sangre, sufrimiento.

Ya que aquellos españoles estúpidos habían decidido perdonarles la vida, aprovecharían el regalo. Tenían lanchas, y hombres de sobra. Que se turnasen hasta desfallecer, si era preciso. Sir Francis, tras derribar el último bolo, había anunciado que prendería fuego a cualquier barco que no lograse salir del puerto. Victoria o muerte eran los únicos caminos posibles. De ahí que una única idea sobrevolase los mástiles. Sacar los buques a mar abierto, sí o sí. Esa era ya la única alternativa.

Los marinos recibieron las órdenes de sus maestres entre gestos de estupefacción, pero se pusieron manos a la obra sin dudar. El esfuerzo era propio de titanes, pero cualquier vacilación abriría el infierno sobre sus cabezas. Cuando Drake daba una orden, solo había dos opciones.

La primera era cumplirla a rajatabla.

La segunda, morir en el intento.

LXX

Costa de Darmouth, 31 de julio de 1588

El navío de Recalde recibió el primer ataque.

Cruel ironía. Él era quien más había insistido en atacar Plymouth.

La luz de la mañana trajo una estremecedora visión a popa de la Gran Armada. Docenas de barcos ingleses se habían posicionado tras ellos, y ahora contaban con el viento a favor. Los españoles no se explicaban cómo habían podido salir de puerto, pero ya daba igual. El caso era que allí estaban.

Tal y como había profetizado Bertendona, Drake había sido capaz de lo imposible.

A mediodía, el San Juan de Portugal —el poderoso galeón de Juan de Recalde, vicealmirante de la Armada— comenzó a recibir un castigo inmisericorde. Varios buques enemigos empezaron a cañonearlo en cuanto lo tuvieron a tiro.

El aire pareció incendiarse bajo una lluvia de plomo incandescente.

Al cabo del día acabaría por recibir más de trescientos cañonazos. Entre el humo y la metralla, su maestre maldijo una y mil veces la decisión del duque de no caer sobre los barcos acorralados el día anterior.

Su navío, al menos, logró resistir.[8]

Menos suerte tuvo el San Salvador del capitán Valdés, que acabó cayendo en manos de los ingleses después de que explosionase su santabárbara, haciendo caer el palo mayor. La nave almiranta de la escuadra andaluza fue el mayor botín de la flota de Drake, pero no el único. Otro de sus navíos, el Nuestra Señora del Rosario, también fue apresado.

Además de ser dos de los más imponentes buques de guerra de toda la Armada, eran los que transportaban casi toda la reserva de provisiones que les quedaba a los andaluces.

Los almirantes apretaron los dientes. Apenas podría considerarse batalla a aquella primera escaramuza, pero las pérdidas habían sido especialmente dolorosas.

Acabada la refriega, muchos marinos renegaron en voz baja del rey y de su primo. Aunque estaba prohibida la blasfemia, despotricaron por lo bajo durante horas contra las órdenes absurdas cuya rigidez había insuflado vida al enemigo cuando lo tenían a su merced. La impotencia de haber dejado pasar de largo la victoria escocía más que la modesta derrota que habían cosechado en ese primer envite. Al margen de un cañoneo lejano sobre una veintena de barcos españoles —el San Juan, principalmente— y el apresamiento de aquellos dos, pocas consecuencias más había que lamentar.

Ni el castigo ni la frustración eran lo peor.

Lo más preocupante era la posición de ventaja que la armada inglesa había adquirido sobre ellos. El futuro, tras la jugada maestra de Drake, se presentaba incluso más incierto que antes. Sin embargo, había que seguir adelante. La apuesta inicial de Felipe —aunque demasiado inflexible, a tenor de la situación del día anterior— era ahora su único camino. Tenían que arribar cuanto antes a los puertos que habían acordado y recoger a los hombres de Farnesio. Con sus treinta mil soldados más los que viajaban a bordo desde Lisboa, la campaña terrestre por la

campiña inglesa se preveía aplastante.

A eso se aferraron todos. Era cuanto tenían en aquella hora oscura.

Ni Bertendona ni ninguno de los otros almirantes quisieron abrir la boca tras la batalla. Ni siquiera Recalde, al mando de la escuadra más castigada y de su galeón, ahora decrépito, que solo se mantenía ya a flote gracias al trabajo frenético de los buzos y los calafates. No quisieron ni hablar entre sí. El impulso de la insurrección reverberaba en sus pechos con más estruendo que los cañones. Debían acallar sus conciencias. Eran como tambores traicioneros. Podían delatarlos si los dejaban sonar.

Mas no era fácil hacerlo, en verdad.

Las estelas se iban incendiando tras ellos, cortándoles la línea de vida que los unía a sus puertos base. El cordón umbilical que cualquier barco va dejando tras de sí, sea cual sea su singladura, estaba hecho jirones. El camino de regreso a casa se había difuminado con las primeras luces de aquel amanecer funesto.

«Avante» era ya la única voz. Llegar. Esa seguía siendo la consigna.

Llegar cuanto antes al paso del Canal. Y no solo por recoger a los tercios, ni por huir del asedio de Drake, que ahora les pisaba los talones.

Llegar, porque ya no había más.

Porque ese era, ahora, el único camino posible.

Ese mismo día, Alonso de Guzmán deseó la muerte.

Al anochecer volvía a estar aferrado a su tinaja de vómito. Una constante intermitente desde que la Gran Armada soltara amarras.

En la soledad de su camarote, el gran duque se debatía entre la amargura y la culpa. Aquella combinación de desastres estaba resultando demoledora para su moral, ya antes maltrecha. Y también para sus jugos gástricos.

Había hecho oídos sordos al clamor amortiguado que sus capitanes habían elevado desde todas las escuadras. Los almirantes se habían llevado las manos a la cabeza ante la decisión de no atacar el puerto donde los ingleses estaban atrapados. Nadie había osado rechistar, pero él lo sabía. Ya había oído antes rumores similares. Un burócrata de tierra adentro había tomado la decisión más crucial en alta mar, y, como casi siempre, había salido mal. No había querido contemplar las circunstancias que cualquier grumete hubiera sabido leer, y el resultado era aquel desastre que él había perpetrado en nombre del rey. Otro hombre de secano cuyas instrucciones habían sido dictadas desde los lujosos salones de su palacio perdido entre montañas.

¿Qué otra cosa hubiera podido hacer?, se repetía, entre arcadas.

Sin embargo, autoconvencerse no estaba siendo suficiente. Los remordimientos, en una repulsiva alianza con sus entrañas, estaban decididos a flagelarlo hasta el fin. Esa noche no habría tregua. El mar se había teñido con la sangre de valerosos soldados españoles.

Ya no podía hacer más que aparentar que creía en el plan del rey a pies juntillas y confiar en que todo se enderezase. Sin embargo, era precisamente la perspectiva de que tal vez no fuese así la que más lo devastaba por dentro. No le faltaban motivos, desde luego.

Hacía ya semanas que se temía seriamente que Farnesio acabase por no acudir a la cita. Desde los días de Lisboa, ninguna de sus cartas había recibido respuesta. Las comunicaciones no estaban funcionando, y el rey tampoco había sabido darle una razón convincente. Flandes estaba muy lejos de los puertos españoles.

El duque de Parma no estaba recibiendo sus misivas o, lo que sería peor, estaba decidiendo no hacerles caso. Fuera como fuese, el desastre asomaba ante la proa con una inminencia aterradora. Si nada cambiaba en los próximos días, estaban perdidos. Hasta el momento no se había evidenciado ningún síntoma de amotinamiento, pero la cuerda se estaba tensando demasiado.

Un nuevo acceso de náuseas le hizo convulsionar sobre su tinaja. Cuando se incorporó, más mareado que nunca y babeando un líquido verde, un buitre negro volaba en círculos sobre su cabeza.

Insurrección. Fracaso. Ignominia. Muerte.

Si las tropas de Farnesio no acudían a la cita, lo más terrible podía suceder.

8 Por fortuna para Coruña, en cuya defensa participó diez meses después.

LXXI

Tierra de Campos, 7 de agosto de 1588

Una luna casi llena iluminaba la planicie castellana.

Las plantaciones de cereal se mecían bajo la brisa de la madrugada. Sus rachas dibujaban olas sobre los campos de espigas trescientas millas tierra adentro.

La llanura, por momentos, parecía la superficie de un océano gris.

Cándido escrutó el panorama.

Pronto, la oscuridad sería su aliada. Y buena falta le iba a hacer. Él no era un guerrero. Más bien, se lamentó, era justamente lo contrario.

Aun así, no tenía más remedio que afrontar su destino.

Liberar a Mundo era vital para sus intenciones. Además, no podía abandonarlo allí, encerrado en un calabozo. Sus destinos estaban entrelazados desde que no eran más que unos chiquillos. Era su compañero de batallas.

Un hermano de aventuras y de cabalgadas.

Esa misma mañana, Cándido se había presentado con intención de reclutar a Mundo.

Lo necesitaba a su lado para emprender el regreso a Compostela con garantía de seguridad. El camino era peligroso, y la ciudad, más. Y era muy probable que él enfermase al cabo de unos días.

Sin embargo, nada más llegar se había topado con un inconveniente inesperado. El otro discípulo del licenciado Morales estaba preso en casa de un noble.

El joven de la casa de Bretoña había sido arrestado por el marqués del villorrio. Él se mostró sorprendido, pero los vecinos no. Qué esperaba, el tunante, tras propinarles una tunda a los hijos del señor. Había sido tiempo atrás. Entonces se había salvado gracias a un doctor de Alcalá, pero había dejado guerras abiertas tras su espalda.

—Y los nobles castellanos no olvidan, caballero.

Cándido recordaba aquellos días.

Ambrosio había aparecido justo a tiempo para llevárselo en volandas, alegando la voluntad del rey ante los alguaciles. No obstante, esa gente se había quedado masticando su ansia de venganza.

—Es lo que tiene andar jodiendo con la novia de un marquesito.

Lo habían atrapado al poco de regresar a casa.

De nada había servido que el muchacho se defendiera como un león. Los hombres del marqués eran muchos, y habían acabado por reducirlo. De nada, tampoco, le valió gritar a los cuatro vientos que aquella jovencita ya no le interesaba lo más mínimo.

Cándido se pasó la tarde dando vueltas. Necesitaba regresar a Compostela cuanto antes para hablar con Jerónimo Román. Tal vez, de hecho, ya fuera tarde.

El agustino, a buen seguro, ya tendría su respuesta bien avanzada. Tal vez acabada, incluso. Habría ido desgranando los argumentos del maestro uno a uno, y habría formulado una réplica para cada uno.

El oro de los canónigos compostelanos haría el resto, si fuese necesario.

Por eso tenía que hablar con él cuanto antes. Estaba dispuesto a acechar sus pasos, incluso a asaltarlo en plena calle, con tal de que le prestase atención durante un minuto. Nadie contaba con Ambrosio en la ciudad, y tampoco con ellos dos. Aprovecharía que el cabildo habría relajado la vigilancia sobre él y apelaría a su conciencia de hombre sabio para atajar semejante infamia. El alegato del maestro era sólido, él lo sabía mejor que nadie. Solo podría ser rebatido si se aceptaba la superstición como tesis válida. Si se admitían las patrañas infantiles que conformaban la leyenda jacobea. Milagros cargados de moralejas, mitos piadosos… Relatos fantasiosos que se basaban en dogmas absurdos. Eso era cuanto Román podía confrontar al razonado discurso del licenciado Morales.

Y él no lo podía consentir.

Pero, antes de nada, necesitaba a Mundo. Sin él, no creía ser capaz siquiera de llegar a la ciudad sagrada. Además, por algún motivo, Mundo ardía en deseos por regresar. Lo había percibido claramente. Eso reforzó sus planes. Pasaría por su pueblo y lo reclutaría, sí.

Pero no.

Mundo estaba preso en el sótano de un marqués, a la espera de juicio.

Sin más opción, Cándido decidió explorar el terreno. El caserón del marqués se erguía en un lateral de la plaza mayor de la villa, pero por la parte posterior daba a una callejuela por donde se accedía también a las traseras de otras casas. Allí, en unos patios alargados, se levantaban los cobertizos con sus pajares y sus gallinas picoteando. Desde atrás, pudo ver que la mansión del noble señor presentaba unos ventanucos enrejados a ras de suelo. Supuso que su compañero debía de estar en alguna de aquellas mazmorras, pero comprendió que iba a ser imposible sacarlo por las bravas. Ni en una semana hubiera sido capaz de limar esos barrotes.

Necesitaba una estrategia más sutil.

Entrar por la fuerza estaba descartado, y colarse como un ladrón tampoco era una alternativa. Una a una, fue desechando todas aquellas opciones disparatadas. No fuera a acabar habiendo dos presos en lugar de uno.

Al caer la tarde, una idea apareció por sorpresa ante sus ojos. Cuando ya estaba a punto de encaminarse a Alcalá para informar al maestro, una luz encendió el cielo de Castilla.

Mejor así. Involucrar a Ambrosio no parecía buena idea. De hecho, el plan de abordar a Román excluía al licenciado a propio intento. Él no hubiera aceptado tal maniobra. Era demasiado orgulloso como para consentir que se tratase de coaccionar la voluntad del agustino, por mucho que hubiera sido contratado por el cabildo con medios poco honrados.

Mientras la tarde caía, Cándido le fue dando forma a su estrategia.

Cuando el sol estaba ya bajo sobre el horizonte, se puso en marcha. Tenía mil cosas que preparar si quería tener alguna posibilidad de éxito.

Después, cruzaría los dedos.

Qué otra cosa, ante semejante locura.

Y allí estaba ahora, bajo la luz ondulante de una luna casi llena.

Contemplando la llanura desde lo alto de un teso que se alzaba, vertical y solitario, a las afueras del pueblo. Ya lo había preparado todo; solo quedaba ejecutar el plan.

Fue bajando poco a poco, con el caballo por la brida, hasta la primera casa. Junto a ella salía el camino que se adentraba en los campos en dirección a poniente. A Compostela. El sendero por el que huirían si todo salía bien. Dejó allí al caballo, ensillado y listo. Nadie lo hallaría a aquellas horas. Luego se encaminó, con una yesca en la mano, al callejón trasero que había estado

estudiando por la tarde.

Su corazón redoblaba de un modo tan atronador que llegó a pensar que cualquiera podría escucharlo. Con pies de gato, se coló en la era del marqués. En ella, un gran montón de leña seca se alzaba junto al pajar. Tratando de no hacer ruido, prendió un pequeño fuego. Luego cogió un hachón de hierba seca y, sin pensárselo dos veces, le prendió fuego al almiar que se amontonaba junto a las paredes del caserón.

Mientras las llamas empezaban a crepitar él corrió a la puerta trasera.

Casi sin aliento, llamó y cruzó los dedos. Era el momento clave. Si la jugada salía bien, tendrían alguna opción de escapar. Si, por el contrario, las cosas se torcían, podía pasar lo peor. Prisión, tortura…, incluso la horca, si lo condenaban por incendiario.

No pudo evitar estremecerse.

Las llamaradas se elevaban ya casi a la altura de los tejados. Empezó a temblar. Tal vez hubiera condenado a Mundo a una muerte terrible. Con la boca seca, volvió a llamar. La única huida ya se abría hacia poniente.

Al rato, un hombre abrió. Dedujo que sería un empleado del marqués. Al toparse con la cara de desazón de aquel desconocido, el hombre se le quedó mirando con extrañeza.

—¡Hay fuego, señor! —lo urgió él, señalando hacia la era.

El criado se asomó al dintel, y al ver la luminaria que subía hacia el cielo se echó las manos a la cabeza.

—¡Fuego! ¡Fuego! —empezó a gritar, mientras corría a por un cubo.

Otros seis criados salieron en tropel, alarmados por sus voces.

Cándido vio cómo miraban las llamas con la boca abierta y cómo acababan reaccionando a duras penas, aturdidos por la catástrofe que se cernía sobre ellos. El fuego se extendía rápido. Si seguía así, acabaría por alcanzar la casa.

Cándido supuso que el caballero debía de estar ausente. Y también su familia. De otro modo, no se entendería que ni siquiera asomasen la nariz. Al cabo de unos minutos, mientras todos vertían agua de forma frenética sobre el montón de leña, él se acercó al primer criado.

—¿Hay alguien más en la casa? —preguntó, alzando la voz sobre el fragor de las llamaradas —. No vaya a quemarse nadie por estar durmiendo…

El hombre negó en principio, pero después se quedó clavado.

Sin pensárselo dos veces, desapareció en el interior de la mansión junto con un compadre al que agarró de camino. Cándido se retorció los dedos. Tardaron un buen rato en salir, pero, cuando lo hicieron, Mundo venía con ellos. Con las manos atadas a la espalda, pero sí.

Por suerte, el hombre había decidido sacar al prisionero por si el fuego acababa consumiendo la casa del marqués. Aquello era lo que Cándido había previsto en su estrategia desesperada. De momento, todo había salido extrañamente a pedir de boca.

Había llegado la hora de jugar la carta definitiva.

—¿Es vuestro prisionero? —preguntó, señalando al joven maniatado con cara de desprecio. Los dos hombres, que intentaban atar al reo a un árbol mientras sus compañeros trataban de proteger la casa por todos los medios, asintieron con gesto de impotencia—. Id a ayudar a los otros, no os preocupéis por él. Está atado; yo lo vigilo.

Los criados dudaron un instante, pero salieron disparados. Las cosas se estaban poniendo feas de verdad, y las llamas lamían ya las tejas de su señor. Todas las manos eran pocas.

En cuanto se fueron, Cándido sacó un cuchillo y empezó a cortar las ligaduras de Mundo.

—Ya hablaremos —le susurró, justo antes de que echaran a correr.

La lucha frenética de los criados propició que nadie advirtiera su fuga.

Antes de un minuto los muchachos galopaban, alejándose del fulgor anaranjado que iluminaba el cielo de la villa castellana con tintes de apocalipsis. Ya habría tiempo de conseguir otra montura, y también un equipaje para Mundo.

Ahora, lo importante era huir.

Al pasar junto al otero vieron que el tejado del marqués había prendido, y que el caserón ardía ya por los cuatro costados. Cándido sintió que sus piernas se convertían en mantequilla, pero Mundo soltó una risotada salvaje y le propinó una palmada en la espalda que casi lo parte en dos.

—¡Madre mía! ¡Y yo que estaba preocupado por haberles calentado las costillas a esos mequetrefes…! —exclamó, con regocijada fascinación—. ¡Tú sí que la has liado parda!

Y soltó una nueva carcajada, más recia incluso que la anterior.

Cándido, con el corazón a punto de explotar, clavó espuelas. Si los apresaban después de aquello, la cosa no iba a limitarse a una simple reprimenda. De nuevo, las ideas más funestas asaltaron su imaginación, azuzadas por el temor y la culpa.

«Prisión, tortura y horca», repetía un eco siniestro al ritmo del galope. Más valía correr.

La ciudad sagrada ya no era solo el objeto de sus anhelos.

Compostela era, ya, su último refugio.

LXXII

Isla de Wight, Inglaterra, 4 de agosto de 1588

Una neblina azulada flotaba sobre las aguas.

La estrategia de los ingleses había quedado al descubierto. En lugar de buscar abordajes que facilitasen la habitual lucha cuerpo a cuerpo, se habían limitado a cañonear al enemigo desde la distancia.

En tales condiciones, su ventaja era incontestable. Los navíos españoles tal vez fueran más grandes, y desde luego tenían mejor armamento, pero cuatro quintas partes de ellos eran cargueros atestados de hombres y pertrechos. Además, en su huida hacia el este les daban la espalda todo el tiempo. Sacar los buques de Plymouth de aquel modo tan inverosímil les había facilitado la ventaja del viento a favor, y tenían sus puertos a mano. Eso incrementaba su superioridad. A diferencia de los españoles, ellos podían regresar a por pólvora y munición cuando lo necesitasen.

El duque de Medina Sidonia convocó a todos sus almirantes a un consejo de guerra.

Los dirigentes de cada escuadra debían presentarse de inmediato en el San Martín.

Manuel vio partir al capitán con gesto de preocupación.

Era previsible que el encuentro entre Guzmán y sus almirantes fuera mucho más que una simple reunión.

Tres horas después, el maestre regresó a la Ragazzona con el gesto ensombrecido. Los hombres que presenciaron su regreso a bordo vieron cómo se encerraba en el castillo de popa sin tan siquiera saludar.

Ante las miradas significativas de varios de ellos, Poulo decidió asomarse al interior. Él era el único que podía albergar alguna esperanza de ser recibido por el almirante.

—Señor… —susurró a través de una rendija, tras haber llamado varias veces a la puerta sin recibir respuesta.

Entró.

Sumido en la penumbra, halló al gran marino vasco contemplando la lejanía a través de un ojo de buey. Sus ojos reflejaban una mezcla de lástima e impotencia.

Manuel se quedó parado, pero arrimó la puerta tras de sí.

—Los otros almirantes… ¿cómo están? —preguntó, con un hilo de voz.

Bertendona siguió con la mirada clavada en el horizonte.

Finalmente, al ver que su oficial no mostraba ninguna intención de marcharse, volvió hacia él una mirada apagada.

—¿Cómo están? Bueno…, estaban indignados cuando subimos a bordo del São Martinho —se lamentó, y Manuel sintió una nostalgia lejana al oír el nombre originario del galeón portugués en el que había navegado junto a Bazán—. Sin embargo… Nada más ver al duque, se quedaron mudos de espanto.

El provisor guardó silencio.

Entre los fogonazos que lo asaltaban desde los rincones más castigados de su memoria y el abatimiento de aquel hombre de apariencia indestructible, no halló nada que decir que no sonara

ingenuo o ridículo en sus oídos.

O las dos cosas a la vez.

—Está en los huesos —continuó Bertendona, girándose de nuevo hacia el ventanuco—. Su piel es de un color verdoso y tiene el cabello encanecido. Como lo oís, Poulo… En apenas un par de meses, todo su pelo se ha vuelto blanco… Es ya poco más que un cadáver andante.

Manuel contuvo el aliento.

Le resultaba imposible que el cabello del duque se hubiera vuelto cano desde Lisboa, pero recordó el quebranto incontenible que la navegación en alta mar provocaba en sus órganos internos. Por un instante se estremeció al imaginar al gran señor convertido en una especie de espectro, pero trató de reponerse. Los oficiales de la Ragazzona aguardaban noticias al otro lado de la puerta. Tenían que seguir adelante con la campaña. La guerra no iba a detener su danza macabra. Ni por lástima ni por ningún otro motivo.

—¿Cuáles son las órdenes? —preguntó al fin, enderezándose.

Recuperar la presencia de ánimo era vital para sus hombres.

El barco aún aguantaba el tipo, pero las provisiones, ya de inicio justas, empezaban a escasear de verdad. Las lluvias habían facilitado una reserva de agua dulce, pero hasta ahí llegaban las buenas noticias. Aquel verano de cariz invernal se mostraba empeñado en retrasar su avance una y otra vez. Las galeazas, inmensas naves de remos construidas para la bonanza del Mediterráneo, empezaban a mostrar síntomas de un desgaste alarmante.

Ante el tono decidido de su oficial, el comandante pareció volver en sí.

—Sí… Las órdenes, claro —respondió, haciendo memoria—. Hay que dar orden al contramaestre de que mantenga la escuadra unida. Toda la armada se va a encaminar hacia la isla de Wight. Allí nos haremos fuertes a la espera de noticias.

Manuel arqueó las cejas.

—¿Noticias? —preguntó, confuso—. ¿Sobre qué?

Un silencio apesadumbrado redobló la intensidad de su eco. Esa era la cuestión, parecía indicar el gesto, nuevamente sombrío, del capitán.

—Guzmán no ha recibido aún ninguna respuesta de Farnesio —dijo Bertendona—. Desde que partimos de Lisboa, nada. Ni una palabra.

Maese Poulo sintió que se le paraba el corazón.

El peor de los escenarios que podía afrontar la Gran Armada era que los tercios de Flandes no se presentasen a la cita. Los barcos del rey estaban avanzando a ciegas, hostigados por Drake a raíz de un plan que ahora se revelaba inconsistente. Huían hacia los puertos del Canal sin saber siquiera si las tropas acudirían a su encuentro.

O, lo que era peor aún, bajo la seria sospecha de que no iban a aparecer.

—¿No habrá enemigos en Wight? —preguntó al fin, con un tono forzado de normalidad.

El almirante le dedicó una mirada de circunstancias.

—Los buques de vanguardia nos abrirán paso —contestó Bertendona, con una pretendida seguridad que también sonó a fuegos de artificio—. Una vez en puerto se establecerá una formación de defensa. Eso ha ordenado el duque.

Manuel apretó los puños

Una decisión tan temeraria solo podía ser fruto de la desesperación. Seguir avanzando hacia el paso de Calais, donde debería presentarse Farnesio, era meterse en una trampa. Hasta que Guzmán recibiera una confirmación desde Flandes no podían hacer más que resistir. El viento les impediría regresar si se alejaban demasiado hacia levante. Tras sus popas, el enemigo les

enseñaba los dientes desde la distancia. La visión de aquellos barcos listos para disparar era una amenaza permanente.

Cien lobos perseguían a un rebaño que corría hacia un acantilado.

Buscar refugio era la única opción. Ahora eran ellos los que se iban a ver encerrados en un puerto con el viento en contra, pero no había más remedio en tanto no llegasen noticias de Amberes.

Manuel se dispuso a retirarse. Los oficiales debían conocer las órdenes lo antes posible. Ya desde la puerta, una duda terrible le hizo detenerse.

—¿Lograremos resistir? —preguntó.

Antes de entrar había visto cómo el pequeño Tristán se afanaba en las maniobras con los marinos más experimentados. Lo mismo que le había visto hacer durante la batalla, tres días atrás, ignorando los disparos que silbaban a su alrededor.

—En condiciones normales, deberíamos aguantar —titubeó Bertendona, y ante su actitud el provisor supo que había un pero—. Pero…

Poulo aguardó el final de la frase con los dientes apretados.

En su fuero interno ya había adivinado lo que venía después.

—… pero no olvidéis que ellos tienen a Drake.

LXXIII

Paso de Calais, 6 de agosto de 1588

Los cañones retumbaron sobre las aguas de Wight.

Tras siete horas de lucha, y gracias al viento a favor, los ingleses lograron que los barcos españoles se vieran obligados a huir.

Y suerte que hallaron un resquicio. Las fuerzas de la isla, pese a ser escasas, contribuyeron a que Medina Sidonia tuviera que ordenar la retirada. Los almirantes de la Gran Armada, con la ocasión perdida en Plymouth aún escociéndoles bajo la piel, pusieron de nuevo proa a levante. Tocaba buscar aguas más favorables para la defensa.

Tampoco esta vez hubo grandes pérdidas para los buques españoles, pero su situación era, si cabía, más crítica. Sin noticias de Farnesio, la deriva impuesta no los conducía a ningún destino. Las inclemencias de aquel verano sin sol continuaban hostigándolos sin tregua; las provisiones seguían disminuyendo alarmantemente y algunos barcos empezaban a acusar una fatiga que comprometía su maniobrabilidad.

Y, por si fuera poco, a muchos de sus artilleros ya apenas les quedaba munición.

Desde la huida de Wight, las escuadras se vieron forzadas a mantener un rumbo este-noreste casi constante, facilitado por un viento de popa que los empujaba sin remisión.

Habían vuelto a alejarse de la costa inglesa.

Al verse cerca de Calais, Guzmán ordenó esperar otra vez.

Los almirantes respiraron al conocer la segunda parte de su mensaje. Al fin —dijeron los emisarios—, el duque había recibido una carta procedente de Flandes.

Alejandro Farnesio había contactado por fin con el señor de Medina Sidonia.

El duque de Parma se excusaba por no haber podido ponerse en marcha a tiempo y les pedía unos días más. Entre los problemas con el correo, que afirmaba no haber recibido en tiempo, y la convulsa situación que se vivía en «las diecisiete provincias», le había sido imposible. Además, el escaso calado de la costa holandesa lo había obligado a abrir canales para que pudieran pasar las barcazas de fondo plano que había ordenado construir a toda prisa para transportar las tropas a Dunkerque. Y todo ello bajo el asedio constante de los insurgentes neerlandeses. La operación de ingeniería militar le había costado semanas, y todavía no había tenido tiempo ni ocasión de culminarla.

Bertendona, Recalde y los demás renegaron entre dientes.

Había noticias, pero no las que necesitaban. Para llevar la campaña a término hacía falta algo más que promesas difusas. Bajo el asedio de los cañones ingleses, el tiempo amenazaba con acabarse.

Y lo hacía al mismo ritmo que las provisiones.

—Nos haremos fuertes en Calais o en Gravelines. Lo más lejos, Dunkerque.

El maestre de la Ragazzona reunió a sus oficiales en cuanto el patache del emisario partió de regreso al San Martín.

—No deberíamos pasar de ahí —siguió Bertendona—. Si el viento nos arrastra más allá, va a ser imposible navegar en su contra. De nada serviría que los tercios estuvieran por fin a bordo de

la armada. Ya solo nos quedaría huir.

Una vez más, el diagnóstico del maestre era desolador.

Manuel negó en silencio.

Las cosas también iban a ponerse feas si al final la infantería salía a su encuentro. Por lo visto, venían con lo puesto. Con treinta mil bocas más que alimentar, desembarcar en Inglaterra y empezar a saquear graneros era su única opción para no morir de hambre.

Una sombra empañó su mirada. Aunque todo saliese según lo previsto, la situación seguiría siendo crítica. Los hombres empezaban a parecer muertos vivientes, con sus encías sangrantes y esas barbas raídas por donde corrían los piojos.

Los oficiales volvieron a sus quehaceres con la cabeza gacha.

Como siempre, él permaneció junto al almirante.

La guerra era aquello, más que ninguna otra cosa. Hambre, agotamiento, enfermedad. Parásitos, vómito, hombres que agonizaban durante días sobre un lecho de mugre. Mutilaciones, colgajos de carne putrefacta. Piernas gangrenadas por accidentes o balazos, brazos amputados. Eso era, sí. No batallas gloriosas ni hazañas que recordar.

La miseria más denigrante. La soledad de la muerte.

—Los ingleses nos pisan los talones —musitó, tras un silencio largo. Las nuevas órdenes del duque dejaban un hueco mínimo para la esperanza. Si se confirmaba la llegada de Farnesio, tal vez aún pudieran reconducir la situación, pero los barcos todavía se estaban lamiendo las heridas —. ¿No nos pasará como en Wight?

El maestre se encogió de hombros.

—Tendremos que diseñar una defensa más efectiva —asentó—, pero aquí los ingleses no nos cogerán entre dos fuegos. Calais es territorio francés, tampoco tendrán sus puertos al alcance de la mano. Reponer pólvora y metralla no les será tan fácil como allí.

Manuel no respondió, pero desvió la mirada.

No acababa de ver que la situación hubiera mejorado. Según el emisario, Farnesio había pedido seis días más para que sus gabarras arribasen desde Flandes a Calais. Tenían que aguantar como fuera si querían conservar un resquicio de esperanza. Sin embargo, los precedentes no hacían augurar un futuro prometedor. Y no solo por la escasez de provisiones y munición, ni por el mal estado de muchos barcos. Ni siquiera por la vergonzante descoordinación que había tenido lugar entre los dos ejércitos del rey.

El factor desestabilizador, como había señalado el propio Bertendona, era otro.

El ejército enemigo contaba entre sus filas con el dragón de los mares.

La astucia de Drake oscurecía todos los horizontes.

LXXIV

Costa de Flandes, 7 de agosto de 1588

No hay lucha más amarga que la que un hombre libra contra su propia conciencia.

Alejandro Farnesio contemplaba la inmensidad con mirada ausente.

Solo, en pie y frente al mar, hasta respirar se le hacía cuesta arriba.

La culpa y la responsabilidad tiraban de él, cada una por su lado. Felipe había apoyado su plan para invadir Inglaterra contra el criterio del mismísimo Bazán. En aquel entonces, lo había visto claro. Atacar a Elizabeth en su propio territorio truncaría sus maquinaciones para acabar con el dominio español de Flandes.

Ese era el gran anhelo del duque de Parma.

Aquella mujer endiablada no cesaba de enviar armamento y munición a los insurrectos. Incluso tropas. A los mismos rebeldes que atacaban a sus milicias. Que tendían emboscadas a los tercios que, según ellos, habían invadido su país para robar su riqueza y su libertad.

«¡Muerte al rey extranjero!», bramaban.

De ahí que ese día hubiera insistido en embarcar a su ejército para invadir Inglaterra. Solo así estarían en condiciones de rendir Londres y llevarse a las prisiones españolas a los rehenes más valiosos. Duques, lores, incluso príncipes.

Los hombres más poderosos de la nobleza inglesa.

De aquel modo se asegurarían de que la reina dejase de boicotear el comercio de Indias y de alentar a los traidores que se empeñaban en alzarse contra su gobernador.

La propuesta de Bazán, un ataque naval sobre las costas de la Albión, no habría bastado para lograrlo. Por eso él se había cerrado en banda ante Felipe y, al menos en parte, había acabado por salirse con la suya.

Pero claro, eso había sido entonces.

Ahora, con el paso del tiempo, las cosas habían cambiado.

Tal vez gobernar Flandes pareciese un asunto sencillo desde la seguridad de los alcázares de Castilla, mas no era así. Las emboscadas no habían hecho más que recrudecerse. ¿Cómo iba a mantener el control de semejante territorio renunciando a treinta mil soldados? ¿Cómo, si él mismo se ausentaba para invadir un país al otro lado del mar?

Una sucesión de revueltas asolaba los Países Bajos. Aquí y allá iban apareciendo fuegos que él, y nadie más que él, tenía que sofocar haciendo auténticas cabriolas militares y políticas. Ausentarse para caer sobre Inglaterra pondría las diecisiete provincias a merced de los revolucionarios. Desvestir a un santo para vestir a otro, con el agravante de que el santo que acabaría desnudo era precisamente el que estaba bajo su responsabilidad.

No había sido buena idea.

A medida que se había ido acercando la fecha convenida para embarcar a sus tercios, el malestar había ido creciendo hasta convertirse en una mar gruesa que sacudía su conciencia. Sus colaboradores más estrechos habían empezado a cribar las cartas que debían llegar a sus manos, y en ese filtro habían ido quedando, como borra en un cedazo, las que había remitido en los

últimos meses el señor de Medina Sidonia.

Supo de la demora en Coruña; y también del avance errático por el mar de Bretaña. Al conocer todo aquello, deseó fervientemente que las tempestades frustrasen la expedición.

Tal vez no alcanzasen nunca las costas de Calais, se dijo, aunque una voz insistente y chillona le gritase al oído que sí, que algún día habrían de arribar para recoger a su ejército.

Y ese día había llegado, sí, y su ejército no estaba listo.

Se había decidido a responder, al fin. Qué remedio, ante el apremio amenazante de Guzmán. Necesitaba tiempo, le había escrito entonces. Una semana; diez días quizás.

«Por desgracia, vuestras misivas se han perdido por el camino de algún modo inexplicable».

La situación en Flandes, convulsa y trepidante, había propiciado aquella fatal descoordinación. No obstante, acudiría. Así se había acordado y así se haría.

Y ahora, tres días después, allí estaba. Solo y en pie, frente al mar.

Algunas de sus tropas ya habían llegado, y se preparaban para embarcar en las gabarras que habrían de llevarlos hasta los puertos del Canal. Y no era una operación simple en absoluto. La somera costa holandesa, prácticamente un cenagal, apenas tenía calado para las barcazas. Necesitaban una operación logística sin precedentes en la ingeniería bélica mundial, y, aun así, sus capitanes manifestaban que acudir era una irresponsabilidad mayúscula. Bastante les costaba ya mantener bajo control sus territorios.

A su regreso, renegaban, no habría nada por lo que luchar.

Farnesio elevó la vista al cielo.

Había previsto atacar Inglaterra para pacificar Flandes, pero ahora veía que nada de aquello tenía sentido. Si los tercios abandonaban ahora las provincias, los revolucionarios dejarían de necesitar a los ingleses. Si eso sucedía, todo estaría perdido.

Con mil remordimientos mordisqueando su conciencia, tomó una decisión.

El camino de en medio era el único posible. Reuniría a las tropas que pudiera y se encaminaría al encuentro de la armada. Si Guzmán y sus almirantes lograban resistir el asedio de Drake, embarcarían en Normandía. No serían treinta mil, tal vez ni siquiera diez mil, pero ya vería cómo salir del paso. Al fin y al cabo, con tanta mar revuelta y tantos vendavales desatados, era posible que los barcos no estuvieran esperándolos ya para cuando ellos arribasen.

Una voz a su espalda lo sacó bruscamente de su ensoñación.

—Mi señor… —anunció un soldado, tras él, con voz azorada—, han llegado más tropas desde Amberes. Pero son… menos de la mitad de lo que aguardábamos.

El gobernador lo despachó con un ademán, sin tan siquiera girarse.

No sabía si le preocupaba más que Amberes hubiera quedado expuesta o que otro de sus regimientos se hubiera presentado a medio hacer. No obstante, no había vuelta atrás. La decisión era firme. Se plantaría en Calais con lo que pudieran reunir. Ya se preocuparía después de justificar el desaguisado. La demora, el vacío y la escasez.

Aquel vergonzante fallo en una ensambladura concertada de antemano.

LXXV

Gravelines, norte de Francia, 7 de agosto de 1588

Con la flota reunida en Calais, una consigna se extendió de barco en barco.

Tenían que resistir costara lo que costase.

Aunque les fuera la vida en ello, todas las escuadras tenían que mantener la posición.

Un pertinaz viento del sudoeste seguía empujándolos contra la costa, y los navíos ingleses los tenían arrinconados. Aguantar era ya la única opción que les quedaba. Farnesio había anunciado que estaba en camino. Si se hacían fuertes allí durante el tiempo necesario, podrían embarcar a su ejército, pero si Drake lograba deshacer su defensa, no habría vuelta atrás. La deriva los arrastraría hacia el este, imposibilitando que pudieran volver hacia poniente. Con la flota enemiga a barlovento, el camino de regreso estaría cortado. Desembarcar en Inglaterra se habría hecho imposible, pero eso no era lo más aterrador.

También sería inviable regresar a casa por donde habían venido.

La alineación ordenada por Guzmán se llevó a cabo con presteza.

Los almirantes organizaron sus escuadras en formación defensiva. Anclados y al través, los barcos presentaron todo su poderío artillero hacia el oeste. Con la costa normanda a sus espaldas, ese era el flanco que tenían que defender.

La armada inglesa, desde la distancia, iba extendiendo una sombra sobre las aguas.

—¿Lograremos aguantar? —preguntó Manuel.

Bertendona observaba las últimas maniobras de su escuadra.

Las naos y los galeones ya habían tensado los cabos de sus anclas. Las galeazas, acostumbradas a la bonanza mediterránea, chirriaban ante los embates de la marejada atlántica como si se quejasen. Un frente de zabras y pinazas se había dispuesto en primera línea, por si los ingleses lanzasen barcos incendiarios contra ellos. Si tal cosa sucedía, había indicado el duque, todos debían permanecer en su lugar. Era vital que Drake no lograse romper su línea. De evitarlo se encargarían los bravos tripulantes de aquellos barquitos. Según Guzmán, ellos serían los encargados de desviar los brulotes para que no alcanzasen al resto de la flota. Ese era el plan, y así debía cumplirse sin vacilar.

Manuel contempló las evoluciones de las urcas, unos mercantes panzudos que habían sido pertrechados con bombardas. Vio cómo bregaban torpemente para colocarse en posición con un pataleo desmañado y frunció el ceño. De la carga que contenían aquellas naves barrigudas dependía en gran medida la supervivencia de toda la armada.

—No tienen ninguna posibilidad si vienen de frente —masculló al fin el almirante, cuando ya Manuel había perdido la esperanza de recibir respuesta—. Los destrozaríamos antes de que sus cañones de proa llegasen a tocarnos… Pero siguen contando con el viento a favor —siguió el maestre, al cabo de un silencio en el que las palabras parecían estar pugnando contra su voluntad —. Y no necesitan hundirnos; con dispersarnos les basta. Si continuamos derivando hacia el este, ya no podremos desembarcar en Inglaterra. Habrán vencido sin tan siquiera luchar.

Manuel torció el gesto.

La única opción, entonces, sería tratar de volver a casa a la desesperada. Con las reservas de

suministros al límite, el regreso a los puertos españoles sería el único horizonte posible.

Desde la popa de la Ragazzona, los dos contemplaron la puesta de sol.

No habría descanso esa madrugada. Tendrían que mantenerse bien despiertos hasta que despuntase el alba. No esperaban un ataque frontal, pero desconfiaban de lo que los ingleses lograsen maquinar.

—Quién sabe —susurró el maestre, cuando ya la oscuridad había caído sobre ellos—. Tal vez se contenten con habernos empujado contra la costa tan al este. Hasta podría ser que se hubieran dado la vuelta, para defender sus puertos.

Manuel meneó la cabeza con desconfianza. Quizás fuera el pesimismo provocado por la negrura de la noche o la imposibilidad de encender los faroles de cubierta, pero aquella hipótesis se le antojó demasiado optimista.

Un lobo no afloja cuando tiene a un cordero panza arriba.

Allá, cerca del horizonte, Drake estaría afilando sus cuchillos.

LXXVI

Gravelines, 8 de agosto de 1588

Los peores augurios se hicieron realidad a medianoche.

Un fulgor iluminó las mismas aguas tras las que se había ocultado el sol, y un cataclismo de fuego asomó en el horizonte.

—¡Brulotes! —vociferaron los vigías de todas las naves.

Los veintisiete mil hombres de la expedición contuvieron el aliento al ver cómo los barcos incendiarios partían hacia ellos. Los vieron aproximarse desde el mismo centro de la formación enemiga con un aplomo fantasmal. Un fuego aterrador avanzó a favor del viento sobre las aguas negras, extendiendo hacia ellos unos regueros anaranjados que parecían anunciar el fin del mundo.

Pronto se empezaron a escuchar los primeros siseos.

La certeza de que venían cargados de explosivos hizo cundir el pánico en los barcos españoles. En lugar de emplear barcos viejos o en mal estado, como era habitual, Drake no había dudado a la hora de prender fuego a ocho de sus navíos más grandes. Si seguían avanzando así, la línea defensiva no podría contenerlos.

Un pavor incontrolable se extendió sobre los buques de la Gran Armada.

Manuel se aferró a la borda.

El duque había ordenado mantener la formación, pero algunos contramaestres estaban ordenando una maniobra evasiva. Sus capitanes les dejaron hacer. Incumplir las órdenes podía acarrear la horca, pero la razón enmudece cuando el pánico toma las riendas. Poco valían las razones al ver el infierno que se les estaba echando encima.

Los brulotes navegaban a favor de la brisa, soltando chispas como si fueran a estallar en cualquier momento. Sus mástiles aún no habían empezado a arder, pero en cubierta crepitaban las llamas alimentadas por madera seca y toneles de brea.

En sus proas, y al alcance del fuego, se amontonaban unos barriles de aspecto sospechoso que empezaron a chisporrotear peligrosamente. Estaban llenos de pólvora y metralla. Si llegaban a explotar, el desastre estaría asegurado.

—¡Traen los cañones armados! ¡Y apuntan hacia aquí! —bramó el vigía de la Ragazzona.

Los marinos que Guzmán había ordenado apostar en las zabras de la línea defensiva bregaban entre los navíos incendiarios. Con sus pértigas y sus bicheros trataban de engancharlos para desviar su trayectoria. Su valentía era admirable, y también su destreza, pero desde los barcos de la Armada parecían polluelos afanándose en el camino de un dragón.

Pese a lo heroico de su acción, prácticamente suicida, las escuadras que se hallaban a proa de los brulotes empezaron a maniobrar de forma frenética.

Algunos maestres ordenaron cortar los cabos de ancla.

—¡Izad todo! —vociferaban, presas del pánico—. ¡Hay que salir de aquí!

Manuel contempló la escena con el pulso disparado.

La escuadra de Levante no se encontraba en el rumbo de las bombas flotantes, pero bajo la luminaria vio que unos cincuenta navíos españoles sí. Y el primero de ellos, que vio huir a toda

vela, lo conocía bien. No en vano había navegado sobre él durante años.

Era el San Pedro. El barco del capitán Cuéllar, su gran amigo.

Una pinaza logró echar el lazo al brulote que avanzaba más al norte, y sus remeros empezaron a bogar con brío para encaminarlo a mar abierto. Algunos de los barriles ya humeaban y los cañones comenzaron a detonar, pero sus disparos cayeron en el agua. La actividad era frenética, pero Manuel creyó que no iban a ser capaces de desviarlos todos. Se volvió hacia las escuadras amenazadas.

Casi todos sus barcos habían salido en estampida.

Entre gritos, explosiones y esfuerzos agónicos, la madrugada fue avanzando.

Más de cuarenta navíos españoles habían huido ya, y la formación en media luna que había dispuesto Medina Sidonia estaba hecha jirones. Las escuadras que no habían levado anclas empezaron a temer que los cañoneros ingleses aprovechasen el desconcierto para descerrajar sobre ellos una lluvia de plomo al amanecer.

Así fue.

En cuanto el alba asomó sobre las costas normandas, a espaldas de la Gran Armada, empezó el bombardeo. Los españoles, sin el sustento de la formación, estaban vendidos. La disposición inicial aseguraba la solidez de un rebaño de toros, pero la desbandada convirtió a gran parte de ellos en ovejas solitarias que podían ser asediadas desde varios frentes.

Justo lo que Drake había planeado.

Gracias a la consistencia de Bertendona, su escuadra resistió con solidez. Sin embargo, un tropel de barcos enemigos rodeó al San Martín. El imponente navío de Alonso de Guzmán, la nave generala de todas las almirantas, se había quedado desprotegida tras la desbandada. El centro de la media luna no existía ya, y un cañoneo inmisericorde empezó a llover sobre el galeón. Manuel llegó a contar diez navíos ingleses en torno a él. Después, doce. Finalmente, catorce.

Bertendona ordenó que toda la escuadra levantina partiese en su ayuda.

El primero fue el San Juan de Sicilia, y justo tras él, la propia Ragazzona. Dos de los mejores navíos de guerra del mundo entero. Cuando los ingleses vieron que se acercaban aquellas fortalezas flotantes, emprendieron la huida.

A una orden de Drake, todos escaparon sin mirar atrás.

Ya no tenían nada que ganar allí. Tras ellos dejaban a un San Martín maltrecho. Si no hubiera sido construido con la robustez de un castillo, se habría hundido sin remedio.

Había recibido más de cien cañonazos.

La escaramuza, de nuevo, fue intrascendente.

A la orden de fuga, los ingleses huyeron como gamos en dirección norte. A los puertos de Kent, o tal vez al propio Támesis. Precisamente donde debieran haber desembarcado los españoles tiempo atrás.

Manuel contempló el desastre con el corazón en un puño.

Los cuarenta barcos que habían salido en estampida ante el avance de los brulotes debían de haber sido arrastrados hacia el este. Hasta Gravelines o quizás más allá, a Dunkerque. Muchos otros habían derivado peligrosamente hacia la costa durante la refriega, y ahora bogaban contra las mareas vivas para no embarrancar en los bancos de arena normandos. El panorama era desolador. El duque tendría que reagrupar la flota y, para ello, todos tendrían que dejarse

arrastrar hacia el nordeste.

Ya no iban a poder ganar la costa inglesa.

El viento los llevaría demasiado al norte. A tanta distancia de su objetivo, y habiendo fracasado en el empeño de recoger al ejército de Farnesio, caer sobre Londres se antojaba ya imposible.

Manuel clavó la mirada en el horizonte de poniente. Por allí deberían regresar a casa, sobre sus pasos, si el enemigo no hubiera cerrado el cepo tras ellos. Aquel era ahora un camino cortado.

Resopló. Sin los tercios a bordo, con una flota desperdigada y sin apenas provisiones, la situación era crítica. Entonces, como tantas otras veces, su mirada se dirigió hacia la banda de estribor con voluntad propia. Allí, un muchachito de aspecto demacrado colaboraba en las maniobras de la Ragazzona. Parecía estar a punto de echarse a llorar.

El entusiasmo bélico del pequeño Tristán se había enfriado de golpe.

El fracaso de la Gran Armada acababa de consumarse ante sus ojos.

LXXVII

Tilbury, Inglaterra, 19 de agosto de 1588

La puesta en escena era vital. Drake se lo había advertido.

Elizabeth respiró hondo. La multitud, expectante, atestaba la llanura.

Sir Francis también había recalcado que les iba la misma vida en que ella lograse aunar en torno a sí a todas las fuerzas del reino. Incluso a ancianos y niños, había dicho.

El reino entero estaba en juego.

«Y eso tendréis que hacerlo vos, majestad. Yo ya he cumplido con mi parte. Los españoles no han podido recoger a sus tropas flamencas. Nuestro plan, por tanto, ha sido un éxito. No obstante, ahora se trata de impedir que desembarquen. Si sus ejércitos de tierra logran llegar a Londres, todo estaría perdido».

El almirante tenía razón; todas las fuerzas disponibles tendrían que ponerse inmediatamente al servicio de la causa común. La supervivencia de Inglaterra estaba en juego.

Tras el milagro de Gravelines había cundido la alegría, pero no podían bajar los brazos. El duque de Parma seguía reclutando tropas en los puertos neerlandeses. Tal vez ya no hubiera logrado embarcar a sus tercios en la Gran Armada, pero tenían gabarras que podían servirles para cruzar el Canal.

Elizabeth, envalentonada, siguió los consejos del almirante.

—Puede ganar más batallas la propaganda adecuada que el mejor de los cañones.

De ahí que hubiera convocado a todo su pueblo allí, en la desembocadura del Támesis. Haciendo oídos sordos a las voces de los agoreros que la prevenían contra un atentado, se presentó rodeada por un séquito de tan solo seis caballeros. Las fuerzas vivas del reino esperaban en las riberas pantanosas de Tilbury. Habían acudido en masa para escuchar la arenga de su soberana. Tenía que estar a la altura.

De aquella puesta en escena dependía su futuro.

Todos estiraron el cuello al verla llegar.

Un silencio expectante se extendió por los campos mientras ella, a lomos de un alazán tordo, se adentraba con paso firme entre la muchedumbre. Su cabello rojo contrastaba, como el fuego sobre la nieve, contra el vestido blanco que había elegido para la ocasión. La coraza que cubría su torso hacía palidecer al mismo sol.

La puesta en escena, tal y como había dicho Drake, era vital.

Elizabeth apretó los labios.

Muchos de los que allí estaban eran enemigos. Algunos habían anhelado verla muerta ya en la cuna, y unos pocos incluso habían conspirado contra ella para derrocarla. Sin embargo, arreó al caballo con decisión. Ahora, el enemigo común de todos los ingleses era el invasor que venía del lejano sur. Si quería que Inglaterra fuera una sola, tenía que poner su pecho ante los embates del oleaje. Solo de ese modo la causa de todos sería la de uno solo.

La libertad de su reino, atacado en aquella hora oscura.

La reina alzó el mentón. Había llegado la hora.

—¡Mi querida gente[9]! —comenzó, elevando la voz sobre el silencio sepulcral que imperaba en el llano—. Algunos han insistido en que vigilemos nuestra seguridad. Que tengamos cuidado al mezclarnos entre las multitudes armadas por temor a la traición; pero os aseguro que no deseo vivir desconfiando de mi fiel y amada gente. ¡Que teman los tiranos! Siempre me he comportado de manera en que, bajo Dios, he puesto mi principal fortaleza y salvaguardia bajo el cuidado de los leales corazones y buena voluntad de mis súbditos; y así he acudido aquí entre vosotros, como podéis ver en este momento, no para divertirme o recrearme, sino para estar en medio del calor y el fulgor de la batalla, para vivir o morir entre vosotros; para rendir cuentas a mi Dios, mi reino, mi gente, mi honor y mi sangre. Incluso a la tierra.

Frente a ella, sus súbditos escuchaban con el pulso disparado.

Era como si el tiempo se hubiera detenido sobre la planicie. Como si ya solo el río continuase en movimiento, con su avance pausado pero imparable, hacia la eternidad.

—Sé que mi cuerpo es el de una mujer débil y extenuada; pero poseo el corazón y las entrañas de un rey. Y de un rey de Inglaterra, además. ¡Condeno profundamente a Parma, o a España, o a cualquier príncipe de Europa que se atreva a invadir las fronteras de mi reino! En ese caso la deshonra crecerá dentro de mí, y yo misma empuñaré las armas. Yo misma seré vuestro general, juez y recompensadora de cada una de vuestras virtudes en el campo de batalla.

La alusión a Farnesio era vital, tras el triunfo en Gravelines.

Si sus gabarras partían de Dunkerque; si aquel ejército legendario lograba cruzar el Canal, la situación volvería a ser crítica.

—Sé de antemano, por vuestros avances, que merecéis recompensas y coronas; y os aseguramos, dándoos la palabra de un monarca, que seréis debidamente pagados. Mientras tanto, mi teniente general ocupará mi lugar, llevando la más noble e importante causa que le he encomendado jamás. —Su voz se elevó, disparando definitivamente la excitación del gentío—. No dudo de que, gracias a vuestra obediencia a mi general, vuestra unidad en el campo y vuestro valor en la batalla, ¡pronto obtendremos una gran victoria sobre los enemigos de mi Dios, de mi reino y de mi gente!

La multitud estalló en vítores, y Elizabeth reprimió una sonrisa de triunfo.

Aquí está mi ejército, asentó.

Esto es Inglaterra.

9 Discurso de la reina en Tilbury el 19 de agosto de 1588. Once días después de la batalla de Gravelines.

LXXVIII

Monxoi, cerca de Compostela, 20 de agosto de 1588

Los ejes de coordenadas eran veletas enloquecidas.

Cándido y Mundo estaban en el mismo lugar, pero todo era distinto. Y no solo porque hubieran transcurrido casi cuatro meses.

Compostela, otra vez, se adivinaba en lontananza.

Mundo sonrió. Al fondo, entre las mismas lomas verdes y la misma neblina hecha retazos, se alzaban las torres de piedra de la catedral. Sus ojos relampaguearon, y aferró las riendas. Aún no habían pasado dos meses desde la partida junto al maestro, con la cabeza gacha y el corazón encogido, pero era como si hubieran transcurrido mil eternidades.

Cándido esbozó un gesto de preocupación. Y no por causa de las fiebres que habían regresado, dejándolo pálido y ojeroso, sino porque adentrarse en aquellas calles suponía, para ellos dos, un peligro mortal.

No tenían al maestro para protegerlos. Si los canónigos reparaban en su presencia, esgrimirían cualquier pretexto para que las autoridades los encerrasen en la Falcona. A lo largo del camino, el villorrio castellano envuelto en llamas se le había aparecido cada noche entre pesadillas. Mundo se había convertido en un proscrito en los campos castellanos, y él ni siquiera sabía cómo podría abordar a Jerónimo Román.

No podían acercarse al Hospital Real, ni rondar las calles. Nadie podía verlos. Tenía que averiguar dónde encontrar a Román, o cómo hallarlo. Lo que fuera. Solo necesitaba un minuto a solas con él.

A medida que se aproximaban a las murallas, el gesto de Cándido se endureció. Estaban a punto de alcanzar las puertas de la ciudad, y el regocijo que brillaba en la cara de su compañero estaba empezando a atraer en demasía las miradas de los comerciantes.

No sabía cuál podía ser su causa, pero algo estaba claro: el muchacho había dejado un asunto pendiente en Compostela. Algo, a buen seguro, que tendría que ver con las incursiones nocturnas que él había tratado de cortar.

Cándido meneó la cabeza, preocupado.

No solo traía una misión improbable y un plan a medio dibujar. Aunque no habría logrado llegar a Compostela sin él, Mundo constituía ahora una nueva preocupación. Lo miró por el rabillo del ojo. Bajo la capucha, su sonrisa radiante resplandecía como un sol de mayo.

Un nuevo factor, imprevisible y salvaje, que iba a tener que domeñar.

LXXIX

Costa de Scarborough, norte de Inglaterra, 23 de agosto de 1588

El San Martín avanzaba renqueante.

Quince días después de la batalla de Gravelines, los navíos de la Armada aún no habían conseguido reagruparse. Lo más probable, de hecho, era que ya jamás lo lograsen. Y no solo por culpa de la terrible tormenta —otra más— que los había vapuleado tras la batalla, ni por el daño que les había infligido el enemigo. Una vez más, las bajas en combate eran escasas. Los ingleses no habían logrado apresar ningún barco y las pérdidas, en realidad, se debían más al hambre y a las enfermedades que a la acción bélica en sí.

Aunque la línea de pinazas había bastado para desviar los brulotes ingleses, más de cuarenta barcos habían desobedecido las órdenes de Medina Sidonia. El pánico había destrozado la formación que él había dispuesto la tarde anterior. Un motín en toda regla.

Consecuencia del pavor, pero amotinamiento al fin.

Los maestres insurrectos fueron sometidos a consejo de guerra.

Su conducta había puesto en peligro a toda la flota, y habían dejado a la nave generala a merced del fuego enemigo. Además, habían facilitado que toda la armada perdiese su posición, imposibilitando que pudieran aguardar la llegada de las tropas de Farnesio.

El plan de Felipe se había venido abajo, y los auditores exigían responsabilidades. De ahí que los capitanes huidos hubieran sido encadenados.

Siete de ellos, condenados a muerte.

Los ingleses se habían aprovisionado en sus puertos y habían regresado a la carga, hostigándolos desde la distancia con más bombardeos. Unos ataques a los que los españoles no podían ya responder.

Apenas tenían pólvora y munición.

La única alternativa era dirigirse hacia el norte para rodear las islas británicas. Solo así podrían regresar a España; con suerte. Ya casi no tenían agua potable ni comida, pero sí a miles de hombres enfermos o heridos. Bordear Escocia suponía una opción desesperada, pero no había más. Recoger las tropas de Flandes se había hecho imposible. El plan de Felipe se había venido abajo antes de echar a rodar, y no era lo único que se había desmoronado con estrépito.

Recalde se había rebelado al conocer las sentencias de muerte.

El almirante, pese a ser la mano derecha de Guzmán al frente de la Armada, había ordenado un sálvese quien pueda desde su galeón. La noticia se había extendido como una deflagración, y unos días después ya solo un puñado de navíos permanecía en torno al San Martín. El resto se había perdido. Voluntaria o involuntariamente, todos habían emprendido la misma huida enloquecida hacia el norte, acuciados por el hambre y la sed.

La catástrofe se había consumado.

En un intento desesperado, el duque dictó una nueva batería de instrucciones.

Daba ya por buena cualquier acción que permitiera a los maestres conducir sus buques de

regreso a casa. Lo único que les pedía era que no se dejasen apresar. Que no se acercasen a la costa.

Tanto Escocia como Irlanda eran tierra hostil.

La campana del San Martín sonó una vez.

El duque se esforzó por mantenerse en pie. No había levantado cabeza desde los juicios sumarísimos. Un silencio de muerte se extendió por toda la cubierta del galeón. Marineros y soldados de aspecto cadavérico se enderezaron al ver salir de la bodega a un hombre encadenado. Las cuencas hundidas de los tripulantes reflejaban tristeza y rabia a partes iguales. Una infamia terrible estaba a punto de cometerse.

Guzmán, con un nudo en la garganta, ignoró los dientes apretados de la marinería al mirar de soslayo al prisionero. Los auditores del rey habían dictado sentencia, y el general de sus ejércitos estaba obligado a ejecutarla.

Había intentado renunciar a la empresa desde el día de su nombramiento. Llevaba meses vomitando sin cesar, y había deseado la muerte en cientos de ocasiones. No obstante, infundir firmeza era lo único que podía hacer ya. Tenía que conducir a aquellos hombres de vuelta a casa como fuese.

Aunque devastado, alzó la frente.

El encadenado era uno de los capitanes sentenciados.

LXXX

Mar de Dunbar, 28 de agosto de 1588

La costa de Escocia se recortaba contra el horizonte.

El San Juan de Sicilia se había perdido de vista durante la noche. La imposibilidad de encender los fanales había propiciado que varios de los navíos de Bertendona se extraviasen entre las tinieblas.

Aun así, mantuvieron las linternas apagadas. No podían arriesgarse a sufrir una emboscada en plena madrugada. Llevaban días en aguas escocesas, pero los buques ingleses, repuestos y aprovisionados, habían convertido la desbandada de los barcos de Felipe en una cacería a sangre fría.

Con las primeras luces del amanecer, Manuel recordó lo sucedido unos días atrás.

Se había puesto a temblar al ver cómo subían a bordo del San Juan a Francisco de Cuéllar cargado de cadenas. El maestre del San Pedro había sido condenado por el general Bobadilla, jefe militar de su escuadra, a morir en la horca. De ahí que lo hubieran enviado al buque de Kinkovic. En aquel barco viajaba el auditor real, Martín de Aranda. El alto funcionario era el único hombre que podía ejecutar una sentencia de semejante magnitud.

Después Cuéllar había acabado, cargado de grilletes, en el galeón de Téllez.

Él había sido el primero en romper la formación en Gravelines. Estaba acusado, por tanto, de alta traición. Que la maniobra evasiva tuviera como fin salvaguardar su barco y las vidas de sus hombres no fue aceptado como justificación.

Lógico que Recalde hubiera dejado al duque con un palmo de narices, mascullaban los marinos más veteranos.

—Si no estuviera casado con la hija de esa marrana de Éboli, otro gallo cantaría.

—Di mejor la hija espuria del rey. O la hija de una puta, ya puestos.

La Ragazzona cabeceaba sobre una mar gruesa salpicada de espuma parda.

El castigo al que el océano la había sometido durante meses la hacía chirriar por los cuatro costados, y el palo mayor había empezado a oscilar peligrosamente sobre las cabezas de sus tripulantes. Tempestad tras tempestad, y sin posibilidad de amarrar unos días en puerto para que los carpinteros pudieran tensar sus costuras, era cada vez más difícil de gobernar. La bomba de achique funcionaba día y noche, salvaguardando su flotabilidad, pero algunas tablas del casco estaban medio desprendidas ya.

El tañido fúnebre de la campana sobresaltó a Manuel. En tan solo un instante Cuéllar, el San Pedro y el San Juan de Sicilia se esfumaron de su imaginación atormentada.

Un funeral estaba a punto de ser celebrado en cubierta.

El capellán de la Ragazzona rezó por el último tripulante muerto, un muchacho que apenas había cumplido los veinte, pero no había podido resistir al escorbuto. No era de extrañar. Hacía semanas que no había nada más que restos de salazón y algo de vino que se iban repartiendo a razón de un tercio de cuartillo al día. El bizcocho era poco más que una masa enmohecida. Los hombres estaban pagando pequeñas fortunas por las ratas que los más hábiles lograban cazar en los pañoles, y alguno había sido sorprendido rascando serrín de los mamparos para tener algo

que echarse al estómago.

Desde Gravelines habían muerto ya treinta hombres. A razón de dos por día, muerto arriba, muerto abajo. De los casi quinientos que habían partido de Lisboa habían perdido a unos cincuenta.

Manuel buscó al pequeño Tristán.

El muchacho era amigo del fallecido, lo sabía bien. Le costó dar con él, pero al fin lo encontró. Tenía la cabeza gacha, y trataba de ocultar las lágrimas que le corrían por la cara. El provisor se puso rígido. Tito parecía un pequeño cadáver, con los pómulos huesudos y aquellos ojos hundidos. Estaba amoratado por el frío, como todos los demás. Nadie había previsto que una campaña veraniega derivaría en una travesía por el gélido mar de Escocia.

De nuevo, la campana sonó.

El repique a muerto se sobrepuso a los últimos latinajos del cura, y el barbero que hacía de amortajador dio las últimas puntadas al trozo de vela vieja con el que habían envuelto el cuerpo del napolitano. La última costura, como siempre, atravesó la nariz del muerto con la gruesa aguja de remendar velas.

No fueran a estar lanzando al mar a un hombre todavía vivo.

—Ahí va nuestra última mortaja —musitó Bertendona, mientras cuatro soldados arrojaban el cadáver por la borda.

Manuel apretó los labios. Ni un enterramiento digno podían ofrecer ya a sus muertos. Hacía tiempo que los veían flotando a popa, como pasto para tiburones. Meter una bala de cañón en el sudario era un lujo que no se podían permitir.

Los próximos tendrían que ir cubiertos tan solo con aquellos andrajos que tenían por ropa, como si fueran los despojos de un matadero en lugar de héroes.

—Habrá que buscar algo para el siguiente —respondió por lo bajo, desolado.

Cruzaron una mirada de circunstancias.

La carestía había alcanzado esos límites. Apenas nada les quedaba ya; ni dignidad para sus fallecidos. Era espantoso, aunque aquello, en realidad, no era lo más terrible.

Una certeza flotaba como una neblina espectral. Eso era lo peor.

Saber que el siguiente muerto no tardaría en llegar.

LXXXI

Alcalá, 29 de agosto de 1588

El plazo estaba próximo a expirar.

Los tres meses otorgados por Sanclemente para que Román rebatiese la argumentación del licenciado Morales estaban a punto de cumplirse. Faltaba un par de semanas. Más o menos, el tiempo que Ambrosio hubiera necesitado para llegar a Compostela.

Aquellas jornadas se le habían hecho largas como toda una edad.

No había parado de debatirse entre la responsabilidad y la aversión que le provocaba la idea de regresar a Compostela. Entre la voluntad del rey y aquella nube turbia que le robaba las ganas de vivir bajo la presencia implacable de un metrónomo hecho de remordimientos.

Felipe le había mandado ya cuatro cartas desde El Escorial.

«A buenas horas», masculló al abrir cada una. Eran cuatro más que las que habían llegado a la ciudad sagrada cuando más las había necesitado. En ellas, el soberano lo conminaba a encontrar una solución definitiva para el asunto que había dejado a medias.

«Al fin y al cabo, licenciado, Sanclemente es vuestro sobrino. Si no se muestra razonable con vos, no sé con quién lo habría de hacer. Por mi parte, insisto en poner a vuestro servicio los servicios jurídicos de la Corona. Y, si eso no bastase, recordad que hay varios destacamentos preparados para presentar armas en Compostela en cuanto el cronista de Castilla así lo requiera».

Ambrosio ni siquiera se dignó a contestar.

Aquellas misivas redundaban en caminos cortados. Ni los abogados del rey podían desautorizar en su terreno a un sabio de la talla de fray Jerónimo ni la irrupción de soldados en la ciudad sagrada hubiera acarreado otra cosa que un derramamiento de sangre que hubiera imposibilitado definitivamente el traslado de la reliquia.

Tan solo su erudición podía ya servir. Ganarle la partida dialéctica a Román.

Pero eso, resopló, eran palabras mayores.

No estaba en condiciones de afrontar una guerra así. El desaliento se había instalado en su pecho desde su regreso a Compostela, y no parecía que fuera a difuminarse.

Quince años después, la sombra que había intentado enterrar bajo paladas de olvido había resurgido con más intensidad que nunca. La ciudad sagrada la había reavivado, y no solo porque las réplicas del Viage de entonces se hubieran reactivado bajo sus pies.

No.

La voz que le susurraba que no era más que un anciano decrépito al que ya nadie podría amar provenía de una ausencia. De una silueta vacía, desdibujada al principio, pero que había ido tomando forma a medida que iban pasando los días y las noches en la ciudad. La sombra de una mujer, sí. La única a la que jamás había amado.

Su recuerdo se había convertido en tortura en el mismo momento en que Felipe le había

comunicado su misión en la iglesia vieja de El Escorial. Un suplicio que solo se había atenuado al abandonar la ciudad sagrada.

El regreso a Compostela se le antojaba un infierno inasumible.

Una travesía donde era siempre de noche. Donde aquella tristeza acabaría por hundirlo en un pozo que llevaba tiempo rondando, y del que no estaba seguro de poder salir.

Ambrosio suspiró al recostarse contra el respaldo.

Un nuevo crepúsculo caía al otro lado de la ventana.

No podía seguir así. Después de tantos días de dudas, al fin lo veía claro. Tal vez su inacción supusiera traicionar a su rey, pero no tenía fuerzas. Ya no.

Con el alma desgarrada, pero sintiendo al mismo tiempo un bálsamo de alivio en las entrañas, Ambrosio asintió con la sensación de haberse sacudido de encima el peso de un castillo. Le había costado años de vida, pero la decisión era firme. Si de él dependía, el señor Santiago podía quedarse para siempre donde estaba.

No había vuelta atrás.

Ambrosio de Morales no regresaría a Compostela.

LXXXII

Mar de las Órcadas, norte de Escocia, 12 de septiembre de 1588

La Ragazzona llevaba más de un mes derivando hacia el norte.

En cuanto superasen el punto más septentrional de Escocia tratarían de rodear también Irlanda. Cualquier opción de supervivencia pasaba por completar aquella travesía interminable.

Desde Gravelines, las tormentas no habían hecho más que entorpecer la navegación. Entre el viento contrario, las idas y venidas en busca de otros barcos y el deplorable estado de su aparejo, el avance del galeón era desesperantemente lento.

Tanto más, teniendo en cuenta que el hambre estaba diezmando a la marinería.

Contraviniendo a Guzmán, Bertendona ordenó acercar el barco a la costa.

Escocia era territorio ocupado por fuerzas inglesas, pero pretendía desembarcar cerca de alguna fortaleza recóndita para comprar algo de grano y un par de reses. Había muchos escoceses, y también irlandeses, que se resistían a bajar la cabeza ante Elizabeth.

—A uno de esos señoríos tenemos que aproximarnos —había indicado, con un apremio sombrío.

Manuel se había puesto tenso, pero no se atrevió a objetar nada. Los hombres estaban cayendo como moscas. Ser acusado de insurrección era ya un temor secundario.

Lo único que importaba era encontrar comida y bebida.

En aquello se había transformado la gloriosa Empresa de Inglaterra: un sálvese quien pueda penoso y humillante donde no morir de hambre era ya el único fin.

Pese a los temores de maese Poulo, no lograron divisar más que brezales yermos y alguna choza decrépita en las tierras cercanas al litoral. El mar seguía encabritado, y no valía la pena afrontar el riesgo.

Al atardecer, un cielo de color metálico se cernía sobre los mástiles del galeón.

El viento había rolado a nordés, y el frío era intenso. Más, incluso —renegó Manuel, arrebujado en su chaquetón—, que en cualquier día de marzo en su aldea natal.

Tras supervisar el racionamiento, regresó a la popa con el alma destemplada. Otros dos de aquellos valientes no verían un nuevo amanecer. Dos soldados de la infantería real que habían embarcado en Cádiz; dos muchachos animosos que ni siquiera habían tenido ocasión de entrar en combate. Esa era la más tétrica de las ironías.

La armada no había sufrido bajas en los enfrentamientos con los ingleses, y tampoco se podía afirmar que los barcos españoles hubieran perdido batalla alguna, si es que se podía llamar así a las peleas deslavazadas que habían librado.

Caminó con cuidado.

La cubierta, atestada de hombres que apenas eran capaces de ponerse en pie, presentaba cada vez más tablas sueltas. El barco entero era una ruina que, aunque todavía se mantenía de una pieza, cada vez se mostraba más torpe y desastrado.

Al pasar cerca del palo mayor, algo llamó su atención. Tratando de abrigarse con la camisa del último cadáver estaba el pequeño Tristán. Lo vio tiritar en su rancho, con los labios azulados,

y su frente se arrugó incluso más. El pequeño, con su ropa de verano y esa manta vieja hecha con trapos, tenía que estar helado bajo el azote de aquel viento glacial.

Sin pensárselo dos veces se agachó a su lado.

—¿Tienes frío, Tito?

El pequeño se encogió de hombros, quitándole importancia.

—¿Eh? —Su gesto, aunque aterido, se iluminó. Siempre que estaba con maese Poulo sus ojos brillaban—. No, no… Qué va. Estoy bien.

Manuel le cogió una mano y el alma se le cayó a los pies.

Aquellos deditos morados estaban al borde de la congelación.

—Ven conmigo.

Tristán se levantó entre crujidos y fue tras él tiritando. Los marineros y los soldados se habían ido repartiendo los chaquetones de los muertos, y para los pajes y los grumetes habían dejado las fajas y alguna que otra camisa.

Ya en popa, Manuel se sacó una llave del bolsillo y abrió su arcón de viaje.

Allí, cuidadosamente estibadas, guardaba todas sus pertenencias.

—Toma, póntela —le ofreció su chaqueta de recambio, avergonzado.

Mientras el pequeño se helaba sin una prenda de abrigo, él tenía aquella allí guardada.

Tito puso los ojos como platos y se echó hacia atrás.

—Pero yo… No puedo —balbució—. No puedo, no…

Manuel hizo caso omiso de sus reticencias y se la puso él mismo, con una firmeza que casi resultó brusquedad ante la debilidad del pequeño. Después, cuando se la fue a abrochar, se estremeció.

El niño no era más que un saquito de huesos.

—Ahora agáchate —le ordenó.

Oculto tras la tapa del arcón, Manuel rebuscó en el fondo del cofre y sacó una botella de vino que estaba por la mitad. Con cuidado, extrajo el corcho y la acercó a los labios de Tristán. El chiquillo hizo un ademán de oponer resistencia, pero fue demasiado frágil.

—Bebe —gruñó Manuel, inflexible.

Era una costumbre extendida que la marinería emplease parte del espacio que les era asignado en acumular provisiones. Más allá de los útiles personales, las armas o el dinero de cada cual, una reserva de emergencia en alta mar podía salvarles la vida.

El niño le dio un trago al vino y puso los ojos en blanco. Llevaba dos semanas sin comer más que una ración de galleta mohosa y algún pedazo de cecina saladísima; y sin beber más que un cuartillo de un agua verdosa que sabía a moho rancio.

—Gracias, señor —musitó, con lágrimas en los ojos.

Manuel le alzó el cuello de la chaqueta por hacer algo.

Así abrigaría un poco más al pequeño, aunque en realidad lo hacía para disimular la consternación que lo ahogaba.

—Ahora vuelve a tu sitio y trata de dormir —le indicó, forzando una sonrisa—. Ya verás cuánto abriga este chaquetón.

El pequeño se giró, pero pareció pensárselo mejor y, en un arrebato, se lanzó a su cintura y lo abrazó. El oficial, con el alma hecha trizas, lo dejó estar un rato y después se deshizo suavemente de su abrazo.

—Escúchame bien —le dijo, arrodillándose ante él—. En este arcón no queda ya gran cosa, pero puedes coger aquí lo que necesites. A partir de ahora no lo cerraré con llave. No te

preocupes, nadie lo advertirá. Tú simplemente pásate por aquí de vez en cuando y acaba cuanto antes. Es mejor así que si venimos los dos. En ese caso, los otros no tardarían en desconfiar. Y es mejor que nadie sepa lo que tengo aquí guardado. ¿De acuerdo?

Tito asintió antes de girarse para regresar a su rancho.

Manuel leyó en sus ojos un inmenso agradecimiento, pero también supo que no cogería nada de allí si no fuera cuestión de vida o muerte. Maldita fuera aquella guerra, para que un pequeño héroe de diez años se viera asolado de ese modo por el hambre y la miseria.

Al menos ahora, trató de reconfortarse, no tendría frío.

Al agacharse para cerrar con llave, sus ojos distraídos se detuvieron en una esquina del arcón. Allí dentro, doblada con la pulcritud de siempre, estaba la mantita de viaje con la que había amanecido un día lejano, en Poulo.

Mientras la contemplaba, suspiró profundamente.

Si no fuera por ella, tal vez jamás habría participado en tan desastrosa campaña. No obstante, la manta le sugirió un nuevo significado. Una expectativa inesperada, en mitad de la catástrofe, le hizo sentirse vivo por primera vez en mucho tiempo.

Todavía había un camino. Poulo seguía estando en el lugar de siempre.

Tenía que regresar a casa. Contemplar el fuego que ardía cada día en el lar. Comer algo caliente ante el hogar encendido. Sí, ese era ya el único anhelo posible. El último hilo que lo mantenía anclado a la vida. Regresaría a Poulo, sí, y se llevaría a Tito consigo.

Se volvió hacia estribor. El pequeño, renqueante, acababa de llegar a su sitio. Manuel lo vio tumbarse con ademanes de anciano sobre el suelo de tablas y apretó los puños.

Regresar a casa vivos.

A eso se había reducido su gloriosa cruzada.

Ya en su rancho, Tristán se recostó con mil trabajos.

El trago de vino lo había reconfortado y la chaqueta había propiciado que dejara de tiritar, pero su rostro estaba ensombrecido. Había conseguido que maese Poulo siguiera sin sospechar nada, pero las cosas se estaban poniendo cada vez más difíciles.

Una semana antes había detectado los primeros síntomas en su propio cuerpo. Primero, una hinchazón en las encías y un constante sabor metálico a sangre y herrumbre en la boca. Después, un dolor en las piernas que casi le impedía andar. Seguía tratando de disimular, pero cada día que pasaba la enfermedad avanzaba más.

Con los ojos cerrados, se puso a rezar.

No tenía una casa a la que volver ni una madre que esperase su regreso al hogar, pero no quería ser otro cadáver más al que arrojasen desnudo para que lo acabasen despedazando los monstruos marinos.

Mientras el viento ululaba a su alrededor, rogó en silencio por no acabar siendo otra víctima de la dolencia que se había apoderado de su pequeño cuerpo.

El escorbuto.

LXXXIII

Compostela, 12 de septiembre de 1588

Cándido y Mundo llevaban ya dos semanas en Compostela.

El hospital más apartado de la ciudad contenía a duras penas su impaciencia.

Desde que se había repuesto, Cándido había empezado a buscar el modo de abordar a fray Jerónimo.

—Por supuesto que no podemos ver a Formoso, Mundo. Ni pasar por el hospital, ni nada. Ya te he dicho que nadie puede enterarse de que estamos aquí.

El joven mejoró rápido esta vez. Apenas tardó tres días.

Sin embargo, para decepción de su compañero, no se dirigieron después al palacio de Sanclemente para zarandear a Román por la pechera y exigirle el respeto debido al licenciado Morales. Cándido le comunicó que solo él saldría a la calle. Y así fue.

Solo se permitía salir de su cuartucho el tiempo imprescindible para vigilar, cubierto con la capucha de su hábito, las calles que rodeaban la catedral. Dejó caer preguntas, simulando ser un peregrino desorientado, a la gente que se podría haber cruzado con el monje en aquel tiempo. Un método lento pero seguro; y que le había permitido averiguar que el agustino se encaminaba cada día a un sitio que él conocía a la perfección.

El archivo catedralicio. Allí era donde trabajaba.

Mundo ardía entre aquellas cuatro paredes como un volcán a punto de explosionar.

Cándido le había hecho prometer que no saldría de su mal llamada alcoba, apenas un sótano lleno de moho que solo recibía algo de luminosidad a través de un tragaluz enrejado. Al verlo asentir de un modo sospechoso y desviando la mirada, se había puesto serio.

—Esta vez voy a sellar esa promesa con un compromiso —le advirtió—. No te importará, ya que has jurado no salir, que cierre la puerta con llave.

Mundo se puso rojo como un tomate, pero bajó la cabeza.

Al margen de que podían meterse en un buen lío si los pillaban merodeando por las calles de Compostela, Cándido se había jugado el pellejo por liberarlo. Por eso, y también por respeto al maestro, aceptó.

Eso sí; aquellos catorce días se le estaban haciendo eternos.

Se cumplían dos semanas.

Ese día, al oír como la llave descorría el cerrojo, Mundo ocultó bajo la manta lo que tenía entre manos y disimuló.

—Lo intentaremos mañana. —Cándido entró con un extraño brillo en la mirada. Había logrado averiguar que Román trabajaba en el archivo desde el amanecer hasta la misa de doce; y que después, tras el rezo, solía almorzar con el arzobispo y los canónigos. Luego seguía hasta que se ponía el sol—. Tú podrías descolgarme desde el tejado de la catedral hasta el claustro, ¿verdad?

Mundo asintió, disimulando el azoramiento.

La llegada de su compañero había interrumpido una tarea inconfesable. Una acción

comprometida que el joven llevaba horas ejecutando en solitario.

—Eeeh… Sí, claro… —Se encogió de hombros, mientras trataba de evitar que su mirada se dirigiese a la manta de su propio jergón—. Te puedo bajar por uno de los pilares con una cuerda. No será difícil.

Cándido, a quien la exaltación le impedía percibir su sospechosa actitud, se mostró cauto.

—Tal vez para ti sea fácil —rebatió—, pero no creo que lo sea para mí. Y recuerda que soy yo el que tiene que verse cara a cara con Román.

Mundo se enderezó.

—Mañana al atardecer, ¿dices? —Cándido asintió. Ese era el momento en que abordarían al monje a la salida del archivo. Un par de minutos bastarían para apelar a su conciencia de hombre sabio. Para convencerlo de que no podía ser cómplice de una injusticia contra una persona íntegra como el licenciado Morales—. Sí, no te preocupes. Para entonces ya habré conseguido una cuerda.

Cándido regresó a su cuarto tras trancar de nuevo la puerta de Mundo.

La tarde caía ya sobre los tejados de la ciudad sagrada.

Al día siguiente emprenderían el abordaje; necesitaba repasar los argumentos que emplearía para persuadir a Román.

Mientras repasaba el plan, hablando solo a los pies de su camastro, vio caer la noche a través del ventanuco. Al atisbar el cielo negro, resopló. La inminencia del desenlace le recordaba lo expuestos que estaban en aquella ciudad. Si Cabana averiguaba que estaban merodeando alrededor de su catedral, acabarían encerrados en la Falcona. Sin el maestro, no tenían nada. No eran más que un par de jovenzuelos sobre los que aún pendía la acusación de haber sustraído un valiosísimo códice del archivo de la catedral. Y de haber sacudido como a un trapo a uno de los miembros del cabildo.

Meneó la cabeza.

Mejor no pensar en esas cosas. Al día siguiente iba a necesitar de todo el aplomo que pudiera reunir. Salirle al paso a un erudito de la talla de Román y poner después pies en polvorosa ya suponía una perspectiva suficientemente preocupante. Por no hablar de la tarea de descolgarse desde el tejado de la catedral al claustro. Para él, algo aterrador.

Al evocar el descenso, un recuerdo súbito le golpeó como un mazo.

«Para entonces ya habré conseguido una cuerda», había dicho Mundo.

Un presentimiento frío le robó el aliento.

¿Y cómo iba a hacerlo, si estaba encerrado? Extrañado, Cándido se quedó contemplando a las llaves que descansaban, con aspecto inocente, junto a su camastro.

Tal vez se había referido a conseguirla cuando salieran.

O tal vez no.

En ese mismo instante Mundo sonreía, pletórico.

Al fin había conseguido desencajar los barrotes del tragaluz.

Tal y como había hecho un rato antes, al oír a Cándido hurgar en la puerta, se guardó el cuchillo entre las mantas. Iba blanqueado por la cal que había ido desprendiendo del ventanuco durante aquellos catorce días.

Entonces tiró de los hierros con todas sus fuerzas.

Ya con el enrejado entre las manos, miró arriba. El conducto era estrecho, pero suficiente. La oscuridad lo ampararía, y podía dejar los barrotes nuevamente encajados hasta su regreso. Miró más arriba, al exterior. En lo alto, la luna que conocía tan bien brillaba sobre los tejados de Compostela. Al verla, sonrió.

Esa noche la contemplaría de nuevo desde la cubierta de la catedral.

Seguramente ella no acudiese, pero quiso creer que tal vez sí. Y si no, preguntaría por ella. No podía haberse volatilizado. En cualquier caso, no estaba dispuesto a quedarse encerrado ni un minuto más.

Aquella eternidad vacía tocaba a su fin.

Había surcado mil desiertos para encontrarla.

LXXXIV

El Escorial, 12 de septiembre de 1588

El tiempo se había detenido en sus estancias, recubiertas de oro.

Cada día, la misma monotonía gris acompasada con el runrún de las cigarras. La misma montaña de papeles al despuntar el alba. También el dolor, ya familiar, que taladraba sus piernas a causa de la enfermedad.

No obstante, recordó el rey, el universo seguía girando fuera de aquellas paredes.

Aunque no podía decir que lo hiciera a su favor.

Felipe contempló cómo las sombras se iban extendiendo bajo su ventana. Un ocaso plácido caía poco a poco sobre El Escorial. Hacía un mes que no recibía más que imprecisiones desde la Gran Armada. Comunicaciones vagas que hablaban de una interminable sucesión de tempestades y de refriegas a distancia que nunca acababan en derrota ni en victoria.

También de una espera sin efecto en los puertos de Calais.

Farnesio tampoco concretaba nada desde Flandes, y la sombra del fracaso había empezado a sobrevolar su estancia en órbitas cada vez más pequeñas.

Los viejos fantasmas que habitaban las esquinas empezaban a agitarse, y se sentían vívidos los ecos que llegaban desde Pastrana. O el recuerdo de un hijo muerto que seguía siendo, en el fondo, el mayor de sus fracasos. La celda en la que había gritado durante semanas que su padre quería matarlo. El cuerpo escuálido de un muchacho que se había dejado morir de inanición.

Felipe contempló la lejanía con un nudo bajo la nuez.

La noche iba cayendo lentamente sobre la llanura.

Felipe volvió en sí al atisbar el horizonte.

Allá, a lo lejos, la alegre villa de Madrid estaría despertando al jolgorio de sus tabernas. Empezaba una nueva noche, que daría amparo a los amantes y un asidero de vino y susurros a los insomnes. Haciendo un gran esfuerzo, cambió de posición sobre su silla, aparatosa y sórdida. Había pasado horas con el pie en alto sobre esa especie de potro de tortura.

Finalmente, regresó al escritorio.

Allí, la pila de documentos que lo aguardaba cada día le devolvió una mirada de circunstancias. Aquel era su paisaje cotidiano. No había lomas verdes para él, ni campos floridos. Ni risas ni brindis. Ni juegos ni tabernas.

Con el ánimo destemplado, contempló la lejanía.

Más allá, las luces estarían encendiéndose también en la ciudad universitaria de Alcalá. Sus bachilleres y sus prostíbulos estarían preparándose para una noche de esas que pintan el cielo negro de colores vivos. Para otra aventura de ensueños impostados. Para otra huida.

Para mantener a raya a los abismos a base de celebrar la vida.

Con gesto sombrío, se sentó ante su mesa.

Se rendía por ese día. Los millares de asuntos pendientes que allí palpitaban tendrían que aguardar. Evocar a la alegre villa de Alcalá le había recordado que, de entre todos sus asuntos, el que más le importaba llevaba meses varado entre hielos perpetuos.

Tomó papel y pluma, y escribió un encabezado.

Era la quinta misiva que enviaba a la ciudad universitaria. No enviaría una sexta. Él era el rey. Ni siquiera el licenciado Morales podía ignorarlo como si fuera un don nadie. Ofuscado, miró hacia fuera. La oscuridad reinaba ya al otro lado de la ventana.

Felipe apretó los puños. No podía detener el avance de la noche, pero tampoco lo necesitaba.

Al fin y al cabo, en sus dominios jamás se ponía el sol.

LXXXV

Compostela, 13 de septiembre de 1588

Román se recostó contra el respaldo.

Después dejó que su mirada vagase por los anaqueles con cara de satisfacción. El archivero le dedicó una sonrisita servil desde su escritorio, junto a la entrada.

Él bajó la frente para corresponderle. Apenas habían cruzado palabra en todo aquel tiempo, y hasta tenía la impresión de que, en algún modo, había estado vigilando su trabajo con disimulo. No había motivos, pues, para las cortesías. Aunque fueran a distancia.

Sin embargo, ese atardecer Román estaba de buen humor.

Al fin había acabado el trabajo. No podía decir que le hubiera resultado fácil, pero lo había hecho tres días antes de que expirase el plazo otorgado por el arzobispo.

Ambrosio había asentado su argumentación sobre una base sólida.

Tres eran los pilares del proyecto del licenciado Morales.

El primero indicaba que ya Gelmírez —el arzobispo que había hecho de Compostela lo que era— había justificado el traslado de reliquias basándose en varias razones.

El segundo sostenía que la leyenda jacobea no era más que un mito piadoso, sin fundamento real. Para ello se apoyaba en sus amplios conocimientos, referidos en las Antigüedades. La obra enciclopédica que tanto prestigio le había otorgado en todas las universidades de Europa. Para apuntalar esta tesis, Ambrosio había llegado a demostrar que Compostela tenía su auténtico origen en una población romana, Assegonia.

El tercer argumento, que no hacía sino desarrollar el anterior, se basaba en las afirmaciones de grandes doctores de la Santa Madre Iglesia —con Erasmo de Rotterdam a la cabeza—, que indicaban que era imposible que aquellos restos pertenecieran a ningún discípulo de Cristo. Y esto lo justificaba citando uno de los libros que componen la biblia. En los Hechos de los Apóstoles se concluía que Iacobus jamás había hollado el suelo de la Hispania. Que aquello no era más que una leyenda de origen medieval.

Román llegó a creer que el trabajo que le habían encomendado era inviable.

¿Cómo podría uno oponerse al intelecto del gran Erasmo y salir victorioso? Y, más allá…, ¿quién podría atreverse a contradecir a la mismísima biblia?

No tenía más remedio que cambiar de estrategia.

Por suerte, aún tenía fresca la Historia que le habían encargado los canónigos de Braga para gloria de su venerable sede. En ella, Román se había hecho eco de todo tipo de mitos piadosos y leyendas místicas. En el caso de Compostela, ese bagaje era incluso más rico. Se contaban por cientos las historias milagrosas que componían el relato tradicional conocido como Leyenda Jacobea.

Decidió probar ese camino. Por mucho que el licenciado clamase contra lo que denominaba «cuentos infantiles», él defendería a capa y espada que todas esas creencias eran sagradas. Que estaban englobadas dentro del dogma católico y que, por tanto, ponerlas en duda podía ser considerado sacrilegio. Que nadie se atreviera a poner las zarpas sobre tan sagrada reliquia, clamaría desde el púlpito. Si el señor Santiago había decidido reposar en los lugares donde —

según la leyenda— había predicado siendo joven, sería porque así lo había querido su maestro. Nada menos que el mismísimo Jesús de Nazaret.

¿Quién osaría contravenir un mandato divino?

Esa fue su estrategia: recopilar todos los detalles del mito compostelano para otorgar a cada uno de ellos la categoría de milagrosa verdad.

Era la única posibilidad de cumplir con lo que le habían encargado. Si esgrimía un criterio racional, no tenía nada que hacer contra el argumentario de Ambrosio.

Por suerte, tenía de su parte al dogma.

Así habían transcurrido aquellos tres meses que ahora llegaban a su fin.

Una nueva mirada del hombrecillo hizo que volviera en sí.

Tras responder otra vez a la sonrisilla grimosa del archivero, fray Jerónimo recogió sus papeles y se levantó. El sol ya estaría cayendo sobre el Hospital Real, al otro lado del obradoiro. Tocaba retirarse a descansar. Los tres días que le quedaban los dedicaría a repasar su Historia Compostelana, todavía un borrador, antes de entregársela a Sanclemente. No sospechaba que sus previsiones se iban a venir abajo nada más adentrarse en el claustro.

Tras salir del archivo, se dispuso a rodear el espacio porticado hasta la escalera que conducía a la calle. Lo que hacía cada día.

Antes de haber dado dos pasos se encontró con una escena insólita.

Un joven de aspecto inquieto trataba de desatar una cuerda que le rodeaba la cintura y que ascendía por una de las columnas hasta el tejado de la catedral. El muchacho, al percibir su presencia, se olvidó de la soga y caminó apresuradamente a su encuentro.

—Hermano —saludó el joven, aún con la cuerda atada a la cintura—. Fray Jerónimo, mi señor… Os ruego que me escuchéis. Será solo un minuto.

El agustino estuvo a punto de salir corriendo en dirección contraria, pero una intuición difusa lo detuvo. Había algo en el joven que le resultaba familiar.

—Un segundo tan solo… —insistió el muchacho, mostrando las palmas de las manos con ademán implorante—. Mi nombre es Cándido Suevos. Soy uno de los ayudantes de Ambrosio de Morales. ¿Me recordáis?

Una nueva irrupción hizo que Román se sobresaltase.

Un nuevo muchachote, este más fornido, se descolgó por la misma columna de la que aún pendía la cuerda. Aunque traía el otro extremo en la mano y a él no lo sujetaba nada, lo hizo sin despeinarse.

Román dio un paso atrás, vacilante.

Esa nueva aparición no contribuía a tranquilizarlo. Aun así, esperó. Era cierto que recordaba vagamente a los jovenzuelos. Sí, posiblemente fuesen los que acompañaban a Ambrosio aquel día en el palacio episcopal.

—Escuchad a Cándido, mi señor —saludó el recién llegado—. No os arrepentiréis.

Cándido empezó a hablar atropelladamente. Como alguien diese la voz de alarma, acabarían en la cárcel. Había pensado que el factor sorpresa le daría el tiempo necesario para desaparecer, pero ese factor siempre es imprevisible.

—Señor… —empezó el muchacho, con un temblor en la voz—. Mi maestro ha realizado una argumentación impecable… Nada, salvo una insensatez dogmática podría rebatirla… Sé que os habrán ofrecido mucho dinero. —Ahí, el monje aferró los papeles que llevaba bajo el brazo—. No me interpretéis mal, mi señor… Solo os ruego que seáis honesto.

El gesto de perplejidad de Román hizo que Cándido se retorciese los dedos.

Había incluso un reflejo de ofensa brillando en sus retinas.

—Pensad en Ambrosio —suplicó Cándido—. Él es un hombre sabio, y también honrado. Echad abajo sus razones si halláis otras más poderosas, pero, por lo más sagrado…, no utilicéis axiomas en su contra. —Al ver que el religioso contenía la respiración, el muchacho decidió apostar el todo por el todo. Mundo se estaba impacientando a su espalda. En cualquier momento podía aparecer por una esquina cualquiera de los meapilas y llamar a los guardias—. Desbaratad el alegato de Ambrosio si en algo está errado, pero no utilicéis como argumento la voluntad divina. No sería justo.

Román apretó los puños.

De algún modo, aquel jovenzuelo había anticipado su réplica con una certeza desconcertante. Empezaba a pensar que no era un aprendiz cualquiera.

—Los maestros no acostumbran a recibir consejos de simples bachilleres —se resistió, sin saber qué contestar. Lo cierto era que las palabras del muchacho habían desordenado su entendimiento—. Y mucho menos órdenes.

Cándido abrió la boca para rogarle, pero no tuvo tiempo de decir nada.

Por las cuatro esquinas del claustro irrumpieron, espada en mano, veinte centinelas del ejército arzobispal. Los precedían dos personajes que tanto Cándido como Mundo conocían sobradamente. El primero era el reliquiero de la catedral, Carmelo Ares. Tras él, con las manos a la espalda y gesto complacido, venía el arcediano de Trastámara.

—Vaya, vaya… —saludó, precisamente, fray Indalecio—. Qué sorpresa…

Mundo sopesó la opción de huir por donde había bajado, pero la descartó al punto. A él solo le hubieran hecho falta un par de saltos y una rápida escalada hasta el tejado, pero no podía abandonar a Cándido.

—Dejadnos ir o lo lamentaréis —siseó, desenvainando su cuchillo.

Mientras Román se hacía a un lado, desencajado, los centinelas que acompañaban a los canónigos se miraron con inquietud. La mirada del muchacho era de fuego. Sería mejor evitar un enfrentamiento con él. Aquellas espaldas hercúleas intimidaban con solo verlas.

Sin embargo, no todos permanecieron quietos.

Uno de los que venía por detrás agarró la cuerda que había quedado estirada sobre el suelo del claustro y dio por sorpresa un tirón tan violento que Cándido salió despedido hacia atrás y rodó hasta acabar entre los pies de cuatro soldados, magullado e indefenso.

—Tira ese cuchillo —ordenó el capitán, mientras tres de sus hombres apuntaban al joven derribado con la punta de sus espadas—. Y pon las manos a la espalda.

Mundo bufó de impotencia, haciendo que a Román se le acelerara el pulso, pero al final claudicó. Tras soltar su arma, se dejó caer con las manos en la cabeza. Al momento, seis soldados se abalanzaron sobre él y lo maniataron sin ningún tipo de miramientos.

—¡Tened cuidado con él! —bramó al ver que se disponían a engrilletar a Cándido. No parecía importarle que le hubieran pisoteado el cuello a él ni que lo estuvieran zarandeando como un saco de piedras, pero no estaba dispuesto a consentir que le tocaran un pelo a su compañero —. ¡No le hagáis daño, os digo!

Mientras los centinelas se llevaban a los intrusos, Cabana se acercó con actitud servil.

—¿Todo bien, hermano? —le preguntó a Román, quitándole importancia con un ademán a lo que acababa de suceder—. No os preocupéis. A veces, la juventud comete estupideces…

—¿Qué va a pasar con ellos? —inquirió Román, muy serio.

Su alma, trastocada de antemano por el discurso del primer muchacho, acababa de recibir un impacto perturbador para un hombre de paz. La violenta captura de aquellos dos jóvenes honestos y arriesgados había desbaratado su ánimo.

Y también estaban los argumentos del tal Cándido, lúcidos y contundentes.

Tras ellos se adivinaba, discreta pero imponente, la sombra inconfundible de su maestro.

—Ah, no os preocupéis… —sonrió Indalecio, con displicencia—. Todos los delincuentes son custodiados y puestos a buen recaudo en tanto no pasan a disposición judicial.

Román sintió que se le helaba la sangre.

Aún no era capaz de procesar con lucidez lo que acababa de pasar, ni el papel del licenciado Morales en todo ese embrollo, pero una cosa sí tenía clara.

La Falcona no era lugar para aquellos dos muchachos.

LXXXVI

Compostela, 13 de septiembre de 1588

Desde esa misma mañana, el campanero se hallaba en alerta máxima.

Todo el cabildo tenía la consigna de mantener los ojos bien abiertos. También las fuerzas arzobispales en masa. El motivo era de lo más perturbador: uno de los discípulos del licenciado Morales había sido visto de madrugada en la Casa de las Crechas.

Cabana convocó a todos a primera hora.

No había aguardado ni a que saliera el sol para hacerlo. El tal Segismundo había estado haciendo preguntas incómodas a la vista de todo el mundo y aquello, cómo no, había llegado a sus oídos antes de que terminara la noche.

Tras la reunión, el hombre de la casa en los tejados se puso en guardia. Él no era más que un simple campanero, pero era precisamente su vigilancia la que había desvelado meses atrás los encuentros entre aquel mismo joven y la mujer. Su casa, adosada a la torre de las campanas, era un observatorio privilegiado.

Los resultados no se habían hecho esperar.

Esa misma tarde vio a los discípulos de Ambrosio caminar a hurtadillas por su tejado.

Uno de ellos llevaba una cuerda en la mano. No comprendió qué pretendían pululando por allí, pero acabó por concluir que se disponían a descolgarse hacia el claustro.

Entonces salió en busca del arcediano.

Él y Ares estaban en alerta permanente. Si alguno de sus vigías volvía a dar con uno de los aprendices de Ambrosio, tenían que saberlo de inmediato.

Al parecer, era vital para ellos darles caza.

Nada más oír la historia del campanero, Cabana puso en marcha a los veinte soldados que tenía consigo. Él corrió tras ellos. Gracias a su premura, acudieron a tiempo. Los soldados habían sorprendido a los dos muchachos en el claustro, hablando con aquel fraile ante el que todos bajaban la testuz como si fuera un santo de los altares.

Casi sin mediar palabra, los hombres de armas habían revolcado a uno por el suelo y habían obligado al otro a rendirse. Y a fe que daba miedo, el mozo, con esos hombros inmensos y esos bufidos de toro acorralado.

El campanero se mordió las uñas al ver cómo los jóvenes pasaban ante él, maniatados. Para sus ojos sobrecogidos, fue como ver a dos sentenciados que tuvieran ya la horca sobre sus cabezas. Según oyó entre susurros, el arcediano les ordenó a los guardias que los condujeran a la Falcona.

Al lugar de donde nadie salía siendo el mismo.

Y eso, en el caso de que lograsen salir.

LXXXVII

Gaillimh, Irlanda, 9 de octubre de 1588

Lo que mal empieza mal acaba.

Una galerna violenta —una más— arrastró a decenas de barcos españoles hacia los ásperos acantilados del occidente irlandés.

El desastre se había consumado al fin.

Los pilotos habían errado el posicionamiento por culpa de un río en el océano, hasta entonces desconocido, que un día sería denominado «Corriente del Golfo». La huida desesperada de una armada hecha trizas había propiciado la debacle definitiva. Sin apenas agua ni comida, todo se había reducido a no sucumbir.

A la improbable hazaña de regresar a casa.

La carestía fue la otra gran causa de la hecatombe.

La escasez de provisiones hizo que algunos maestres acercasen demasiado sus barcos a la costa, tratando de conseguir algo que echarse a la boca. Uno tras otro, nueve navíos habían ido encallando contra los bajíos afilados. Ya eran más de mil los prisioneros españoles del virrey inglés de Irlanda.

Los muertos en naufragio multiplicaban varias veces esa cifra.

El virrey, William FitzWilliam, estaba sobrepasado. Algunos rehenes se hacinaban en graneros; otros, en calabozos. Después, las órdenes enviadas desde la corte lo dejaron atónito. Durante un tiempo dudó, pero al final acabó por acatar las directrices de la reina.

Elisabeth había sido tajante:

«Aprehender y ejecutar a todos los españoles que pudieran ser hallados, de cualquier estado que fuera. Puede emplearse la tortura en el seguimiento de esta causa».[10]

A juicio de la soberana, no podían arriesgarse a que cientos de soldados españoles fueran socorridos por los nobles locales a cambio de un apoyo armado a su causa contra la invasión inglesa.

Y así fue como se consumó la infamia.

Bajo la tarde sombría que oscurecía la salvaje costa irlandesa, la voz de la reina Tudor retumbó con fragor de truenos sobre los acantilados.

Hasta el mar pareció enmudecer ante tanta barbarie.

Cientos de náufragos españoles cargados de cadenas, enfermos y exhaustos, fueron pasados a cuchillo con frialdad. Sus súplicas, su agonía y su sangre, derramada sobre la tierna hierba de la isla esmeralda, jamás abandonarían la memoria en carne viva de los testigos.

Los lobos de mar de Gaillimh, rudos irlandeses de piel de esparto, fueron obligados a presenciar cómo las fuerzas invasoras aniquilaban a aquellos náufragos sureños que el mar había arrojado a sus costas.

Lo que sucedió en su puerto latiría para siempre, como un hierro candente, bajo su piel. Ellos

serían los encargados —obligados, más bien— de dar sepultura a los muertos entre lágrimas de rabia y furia contenida. Allí se quedaron para siempre los náufragos españoles; en un hoyo excavado a toda prisa en la parte trasera de un monasterio ruinoso.

Todo sucedió en un recóndito puerto irlandés rodeado de bruma.

Un pueblo ribereño llamado Gaillimh en el idioma local.

El lugar que los invasores ingleses habían rebautizado como Galway.

10 Texto real de las instrucciones remitidas por la reina de Inglaterra, Elizabeth I.

LXXXVIII

Alcalá, 10 de octubre de 1588

El silencio suele ser un bálsamo para las almas destempladas.

A no ser que sea impuesto, aunque sea por uno mismo. Entonces puede hacerse siniestro. Atronador. Llega a ocupar cada resquicio, como lo hace el aire, y el extraño vacío que genera acaba por engullirlo todo. La calma, las sonrisas. Las caricias grabadas a fuego.

Hasta los pensamientos.

Ambrosio llevaba horas inmóvil.

Ya pasaba casi un mes desde que se había agotado el plazo. El plan del rey ya debía de haber recibido, por lo tanto, una sentencia en contra. Sin embargo, él no había tenido ninguna noticia al respecto.

Desde aquel día, el silencio se había ido agrandando a su alrededor. Tras la quinta carta de Felipe nada más había vuelto a alterar la calma de su alcoba en penumbra.

Ese vacío era más perturbador que cualquier ruido.

Por fin, se plantó ante la ventana con las manos a la espalda.

El otoño, con su cara somnolienta, iba dejando atrás aquel verano ventoso y frío que había hecho correr a las nubes cada día. Entonces recordó la Empresa de Inglaterra, y asintió. El rey estaría ocupado en zurcir los rotos de tan descomunal desaguisado.

Aquello explicaba que lo hubiera dejado en paz.

No obstante, tampoco había recibido noticia alguna de Cándido. Y eso sí que era raro. Tanto él como Mundo habían hecho el petate a la fuerza, bien que se había dado cuenta. Era evidente que ya hervían por regresar a la ciudad sagrada desde antes incluso de haber partido.

Sin embargo, aunque se hubiera cumplido el plazo holgadamente, el muchacho no había dado señales de vida. Ni un mensaje, ni muestra alguna de impaciencia. Nada.

Con el ánimo mordisqueado por mil sospechas, Ambrosio tomó aire.

Esa calma era precisamente lo que él había ido a buscar allí, a casa. Tanta batalla contra el mundo y contra sí mismo había minado su resistencia, dada de sí tras tantos años de brega. Sin embargo, le estaba costando hallar la paz.

Era como si se rebelara contra un alma forjada en la guerra.

Como si tras tantas batallas hubiera demasiado silencio.

LXXXIX

Mar de Irlanda, 12 de octubre de 1588

La Ragazzona iba progresando poco a poco hacia el sur.

Tras bordear Escocia por el norte, Irlanda iba quedando a babor. Esa era la única buena noticia, aunque eclipsada por los chirridos agónicos de un galeón que amenazaba ruina.

Aun así, sus tripulantes eran unos privilegiados.

Habían podido presenciar a lo lejos los naufragios de otros navíos contra las afiladas costas de Irlanda. El 21 de septiembre una galerna espantosa había dejado al pairo a muchos de ellos, desarbolándolos y rompiéndoles el timón. Sus tripulantes habían intentado mil maniobras, pero había sido en vano.

Los buques estaban tan maltrechos que ya no respondían a nada.

Esa misma mañana, un patache de Guipúzcoa apareció en la distancia.

En la Ragazzona, todos se aferraron a la borda para escuchar las noticias que traía.

Por eso oyeron cómo su maestre le gritaba a Bertendona que había visto al San Juan de Sicilia fondeado en el norte de Escocia ocho días atrás. En un pequeño puerto de una isla casi desierta, anunció a voces; un lugar que se llamaba algo así como «Mull». Al parecer, el maestre había decidido acercarse a la costa en un intento desesperado por conseguir alimentos.

El galeón, según él, estaba hecho un desastre.

Manuel se sintió desfallecer.

Hasta donde él sabía, Cuéllar seguía a bordo del Sicilia. Se imaginó una espera fúnebre en algún pañol mohoso. La sentencia de muerte que pendía sobre su cabeza desde Gravelines podía ser ejecutada en cualquier momento.

Después oyó más noticias, y ninguna buena.

Los barcos apenas lograban avanzar, con tanto viento en contra y tanta endemoniada corriente. Ya casi no lograban maniobrar debido a las vías de agua, al velamen destrozado y al timón hecho pedazos. Las costuras estaban ya tan remendadas que amenazaban con descoyuntarse, pero arribar a puerto en un territorio controlado por las milicias de Elizabeth era una maniobra demasiado arriesgada. Prácticamente, un suicidio.

Tal vez no hiciera falta que se ejecutase la pena de muerte que pendía sobre Cuéllar. Podía ser, de hecho, que todos los tripulantes del Sicilia acabasen ajusticiados por las fuerzas inglesas.

No sería la primera vez.

Tras la partida del patache, Poulo miró a su alrededor.

Aunque a bordo de la Ragazzona no quedasen ya más que unos espectros escuálidos, aún tenían la esperanza de volver a casa. Ellos se habían mantenido a buena distancia de la costa gracias a la maestría de su almirante. Bertendona había corregido los cálculos del piloto porque su ojo experto había sido capaz de percibir la corriente desconocida que rodaba bajo su quilla, pero dos docenas de barcos habían navegado demasiado pegados al litoral. Tanto que muchos de ellos ya habían embarrancado.

Manuel meneó la cabeza, desazonado. Se imaginó a los náufragos vagando por aquella costa, tratando de eludir la furia asesina de los ingleses y los ataques de los lugareños, unos salvajes greñudos que tratarían de robarles sus alhajas, sus ropajes. Todo.

Entre cientos de siluetas sin rostro, un hombre lo miraba desde la distancia con unas cuencas vacías. Una expresión de inmensa soledad se dibujaba en su rostro.

Era el capitán Cuéllar, el maestre de los tiempos del San Pedro.

Otra víctima más de aquel descomunal despropósito.

No podía imaginar maese Poulo lo errados que estaban sus cálculos.

La realidad era más terrible aún que el peor de sus augurios.

Cuéllar había sido liberado de sus cadenas en el extremo norte de Escocia. El auditor real había concluido que no tenía sentido mantener cautivo a uno de sus mejores marinos. Como en el San Juan de Sicilia apenas quedaban víveres, fue transferido a la Lavia, un barco en mejor estado que navegaba en compañía de la Santa María del Visón y la Juliana. Los maestres de aquella escuadra improvisada recibieron con satisfacción el ingreso del experimentado capitán. En cuanto embarcó, lo pusieron al frente de la maniobra.

Ya rendiría cuentas ante el rey, en el mejor de los casos.

Sin embargo, la gran tormenta de septiembre había sorprendido a las tres embarcaciones demasiado cerca de la costa de Sligo. Tanto que acabaron encallando entre las rompientes puntiagudas que enmarcan la playa de Streedagh.

La hecatombe explotó en un parpadeo.

En apenas una hora, mil hombres de los tres barcos perecieron tratando de ganar la orilla. Apenas un puñado de ellos lo lograron, sin saber que lo que les esperaba en tierra era todavía más horripilante que haber muerto entre las olas.

Cuéllar, que ni siquiera sabía nadar, alcanzó la costa de Irlanda perdido, solo y famélico. Aferrado a un tablón, sus ropas eran apenas jirones y él, poco más que piel y huesos.

Ahí comenzó su odisea. [11]

Mientras vagaba en solitario tratando de encontrar auxilio fue asaltado varias veces, robado y desnudado. Después, vestido con unos matojos, sufrió más ataques y fue herido en una pierna. Aunque a duras penas, huyó, y durante semanas logró mantenerse oculto.

Ese fue el destino de los pocos españoles que lograron sobrevivir. Los lugareños despojaban a los náufragos de sus escasas posesiones, y las tropas inglesas husmeaban tras su rastro para ejecutarlos sin piedad. La mayoría acabaron muertos.

Cuéllar, no obstante, logró salir con vida.

Durante casi un año, el capitán vagó por Irlanda ocultándose, mendigando y robando, hasta que logró embarcarse rumbo a Flandes gracias a la ayuda de una familia de nobles católicos, ya en Escocia. En ese tiempo fue asediado y perseguido; tuvo que esconderse entre ruinas; durmió al raso, desnudo bajo el relente helado; se topó con los cadáveres de otros españoles ajusticiados y hasta fue hecho esclavo durante un tiempo por parte de un herrero que lo apresó al hallarlo indefenso en tierra hostil.

Él fue un afortunado. Logró sobrevivir.

Otros náufragos no tuvieron tanta suerte.

11 La historia del capitán Cuéllar está documentada, así como el naufragio de las tres

embarcaciones.

XC

Valladolid, 15 de octubre de 1588

Lázaro perdió el color.

El amargor de la bilis, por esperable que fuera, no era asumible en su cruzada por socavar la tiranía.

El letrado leyó el peritaje de la Real Audiencia con los dientes apretados. Los veedores de la chancillería afirmaban sin pudor que la copia del Voto de Santiago que se custodiaba en Compostela podía ser considerada válida en función de su aceptación por los tribunales a lo largo de los siglos.

«No podemos atestiguar que el documento sea original, mas tampoco podríamos garantizar lo contrario».

Ese era su inverosímil argumento.

Sirviese, pues, la tradición como ley. La ceguera, como jurisprudencia. Eso afirmaban, sin sonrojarse, esos funcionarios corrompidos por el brillo del oro. Porque corruptos tenían que ser quienes osaban sostener tal aberración ante los tribunales.

Lázaro vituperó una y otra vez las maniobras de aquellos canónigos sin escrúpulos.

Maldijo la avaricia de su arzobispo y despotricó contra la falta de moral de unos curas dispuestos a corromper lo más sagrado que para él existía en el mundo de los hombres.

La justicia.

Solo cuando logró serenarse empezó a ver con claridad.

Nada arreglaba dejándose ahogar por la sensación de injusticia. Precisamente ahora era cuando necesitaba ser más frío.

Al cabo de un tiempo, una lucecita empezó a titilar en el horizonte.

En su mente, de hecho, había empezado a bosquejarse una estrategia difusa en el mismo momento de verlos partir en dirección a Compostela. Era un plan arriesgado; de ahí que entonces lo hubiera guardado en un cajón. Sin embargo ahora, en vista de los acontecimientos, no tenía más opción que ponerlo en marcha.

En cuanto le diera forma al argumento legal que lo sustentaba, convocaría a sus clientes. Los cinco obispos que se habían querellado contra el Voto tendrían que reunirse con él una vez más.

Ahora lo veía. Había equivocado el objetivo a base de ser demasiado prudente, por miedo a pasarse de vueltas. Pero no; si no atacaba a la línea de flotación de la sede compostelana, no tenía nada que hacer. Los privilegios de su cabildo seguirían manteniéndose por los siglos de los siglos salvo que alguien lograse socavar los cimientos que los habían mantenido en pie durante ochocientos años. El Voto no era la llave.

Había que ir más allá.

Lázaro asintió con determinación. Su corazón atronaba dentro de su pecho con ecos de guerra. El próximo ataque sería a vida o muerte. Ya no se trataba de poner el entredicho la validez de ningún documento; había que incendiar el cielo de una vez por todas. Socavar los

muros de aquella catedral construida sobre falsedades.

Atacar con cañones el corazón de la mentira.

Someter a peritaje la reliquia del señor Santiago.

XCI

Lacada Point, Irlanda del Norte, 28 de octubre de 1588

La tarde caía sobre las aguas septentrionales de Irlanda.

La miseria y el hacinamiento reinaban sobre la cubierta de la Girona.

La galeaza napolitana, medio hundida por el deterioro y la sobrecarga, se batía en franca desventaja con el mar de fondo. La gruesa marejada arrastrada por el enésimo temporal la hacía chirriar por los cuatro costados.

Su maestre había tenido que jugárselo todo un mes atrás, al fondear en el puerto norirlandés de Killybegg para afrontar reparaciones de emergencia. Ni el trabajo incansable de los carpinteros de a bordo ni las inmersiones de los buzos bastaban ya para mantenerla a flote.

Los rigores del Atlántico norte eran devastadores para los navíos mediterráneos.

La fortuna se había aliado con sus tripulantes, pues el generoso pago entregado por el capitán al jefe del clan local les había facilitado agua, comida y tiempo sin que los ingleses llegasen a enterarse.

Las cosas habían salido a pedir de boca, contra todo pronóstico. Sin embargo, cuando estaban a punto de zarpar había irrumpido en el puerto una legión de españoles harapientos. Tras sobrevivir a los naufragios de sus respectivas naves habían sabido del fondeo de la Girona en aquel lugar y habían corrido hacia allí. Cómo no hacerlo.

Era su última oportunidad de regresar a casa.

—La galeaza de Girón está fondeada en Killybegg —había anunciado un rastreador.

Llevaba días batiendo el litoral en busca de barcos españoles, y al fin había hallado una opción de rescate.

El improvisado líder de aquella caterva de náufragos, un militar llamado Alonso de Leyva, ordenó ponerse en marcha de inmediato y los casi ochocientos supervivientes se plantaron allí, demandando desesperadamente un sitio a bordo para regresar a España.

Tras una agria disputa entre los que creían que la embarcación ya no podía soportar más peso y los que insistían en que no se podía abandonar a unos compatriotas en territorio enemigo, los oficiales de la Girona acordaron que se embarcaría a una parte de ellos. Lo que se hubiera considerado tope de carga en condiciones idóneas.

Poco después, casi mil doscientos hombres partían sobre los castigados lomos de la galeaza. Más del doble de los que habían embarcado en Lisboa entre soldados, marinería y chusma.

El barco, atestado, salió del puerto ya medio hundido.

No cabía un alfiler.

Hacinamiento y miseria, esa era la estampa de la gloriosa embarcación en el momento de zarpar. Y las cosas pronto iban a empeorar.

El maestre dio orden de poner proa al este, para pasar entre Irlanda e Inglaterra. Era la ruta más peligrosa, pero afrontar el océano embravecido del occidente irlandés era ya inasumible para un barco tan decrépito. Lo habían intentado con una carga normal y habían fracasado. Cuánto más en aquellas condiciones.

Con el aparejo dañado y las tiernas costuras levantinas dadas de sí hasta la extenuación, los

embates del oleaje empezaron a castigarlos nada más abandonar el puerto.

Con el paso de los días todo fue a peor, y una semana después las olas estaban empezando ya a barrer la cubierta. El navío empezó a derivar hacia las rompientes.

Se dio la voz de alarma. Todos los hombres se pusieron a remar, achicar o tratar de manejar el trapo de la mejor manera posible, pero fue en vano. Los bajíos estaban cada vez más cerca, y el viento era demasiado fuerte para un barco medio hundido.

No tardó en oírse el sálvese quien pueda.

Cada cual buscó una opción para ganar la costa. Algunos trataron de embarcarse en las chalupas, pero las olas las hicieron trizas en cuanto tocaron el agua. Otros se lanzaron al océano, pero el mar acabó por tragárselos en segundos. Los esclavos encadenados a los remos fueron liberados, pero de poco sirvió.

El barco escoró tanto que todos los que estaban en cubierta acabaron en el agua. Desde los nobles de más abolengo hasta los esclavos más desastrados, todos sintieron el sabor amargo de aquel mar helado y cruel. La única virtud de la muerte es que trata por igual a un mendigo y a un rey.

Una tarde gris caía sobre las aguas septentrionales de Irlanda.

De los mil doscientos tripulantes de la Girona solo se salvaron nueve.

XCII

Compostela, 12 de noviembre de 1588

Sanclemente vio entrar a Cabana y arrugó el entrecejo.

El arcediano esbozaba su habitual sonrisilla de suficiencia, pero el arzobispo parecía asediado por las llamas del averno.

Por un instante, envidió a aquel hombre. La falta de escrúpulos debía de ser algo similar a un oasis en perpetua primavera. Nada había alterado su conciencia: ni sobornar a Román para que rebatiese el buen juicio de Ambrosio con una sarta de patrañas ni el pago a los auditores de la chancillería para que mintieran en documento oficial.

Con tal de conservar sus privilegios, él estaba tranquilo.

Al ver cómo se acercaba su sonrisa de serpiente, no pudo evitar recordar que dos días atrás había llegado una nueva partida de huérfanos al Hospital Real.

—¿Me habéis hecho llamar, monseñor? —saludó Indalecio, ajeno a todo.

El arzobispo cambió de postura sobre su cátedra.

—Sentaos, os lo ruego —le señaló.

El arcediano apreció su actitud huraña, pero le dedicó una nueva sonrisa de aspecto cándido. Sus dedos tamborileaban contra sus brazos, cruzados ante el pecho, y su gesto transmitía interés.

—Ha pasado un mes desde que expiró el plazo que le di a fray Jerónimo —dijo Sanclemente, tras un carraspeo—. Sin embargo, aún no me ha llegado el informe que en su día se comprometió a redactar.

Cabana esbozó un gesto de displicencia. Bien; así que se trataba de aquello.

—Bueno, no hay prisa…, ¿no? —Se encogió de hombros—. El licenciado Morales no ha vuelto a dar señales de vida. Mientras no vuelva a la carga con su proyecto disparatado, no vamos a necesitar el argumentario de Román. Y eso, en el caso de que algún día vuelva…

El arzobispo se quedó mirándolo con una ceja alzada.

Semejante tranquilidad era desconcertante en un hombre amenazado. Debía de tener bien controlado a Ambrosio. En tan solo un instante, ató cabos.

Si podía sobornar a sabios por proclamar sandeces a los cuatro vientos y corromper a altos funcionarios para que sostuvieran razonamientos pueriles, bien podía pagar a espías para que vigilasen a sus enemigos.

La actitud del canónigo confirmaba que su tío no sabía de la presencia de sus dos aprendices en Compostela, y mucho menos de su cautiverio en la cárcel de la ciudad.

En el mes que llevaban encerrados nadie se había interesado por ellos.

—Descuidad, monseñor —insistió Cabana, al ver que el arzobispo lo contemplaba con suspicacia—. Fray Jerónimo sigue retocando su alegato, pero en el momento en que lo necesitemos estará listo. Eso me ha confirmado, hace ya tiempo.

Sanclemente zanjó la conversación con un toque en la mesa.

—Perfecto, entonces —sonrió, mientras se incorporaba—. Gracias, hermano.

Indalecio se levantó también, disimulando su perplejidad. Aquella sonrisa forzada lo había descolocado. Aun así, tras una leve inclinación de cabeza, se dispuso a salir.

—Cualquier cosa, ya sabéis —se despidió.

El rostro del arzobispo volvió a ser de piedra al contemplar cómo se alejaba. No lo había convocado para interesarse por el discurso de Román, claro que no. Ya suponía de antemano que el insigne erudito lo habría acabado.

Lo que quería era tantear a Cabana. Saber por dónde iban sus previsiones.

Pues bien, ahora ya lo sabía. Ni Ambrosio estaba en camino ni se le esperaba en la ciudad sagrada. Sintiendo al fin suelo firme bajo las suelas, asintió en silencio. No podía decir que estuviera de acuerdo con los métodos de su arcediano, ni que le agradase tener encarcelados a los dos muchachos, pero tenía que reconocer que todo aquel infortunio era, en realidad, un mal menor.

Lo importante era que el señor Santiago siguiera durmiendo el sueño eterno en Compostela. Y eso, con el pleito de los cinco obispados atorado en el limo y el plan del rey Felipe vagando por tierra de nadie, era algo que tenía bajo control.

Sanclemente contempló cómo la puerta se cerraba tras las espaldas del arcediano.

—Por esta vez, Indalecio —masculló—, el fin justifica vuestros medios.

Después sacudió la cabeza y cogió aire.

A veces, no hay más opción que ahogar los alaridos de la conciencia.

A escasa distancia de allí, Román libraba una batalla.

Llevaba semanas haciéndolo, y a cada paso los remordimientos iban ganando terreno. La determinación inicial era ahora una sombra desdibujada. El encuentro con los aprendices del licenciado Morales había destrozado su paz, y eso había sido solo el principio.

El paso del tiempo había ido removiendo convicciones más profundas.

Desde aquel atardecer no había vuelto a entrar en el archivo. El alegato por el que tan generosamente le habían pagado seguía allí, sobre su mesa, tal y como había quedado ese día. Estaba listo para ser entregado, pero lo veía ahora como un pegote de papel mojado por una lluvia de culpabilidad.

Todo se había embrollado de un modo endiablado tras aquel episodio.

A raíz de lo sucedido con los muchachos, había abierto los ojos a una nueva realidad. Al fin era consciente de lo que esa compilación de fábulas llamada Leyenda Jacobea significaba para el cabildo compostelano. Ya había efectuado antes trabajos así; de hecho, era su Historia sobre la sede de Braga lo que le había proporcionado la fama de erudito que lo precedía. Pero claro, en aquella ocasión no había buscado más efecto que el de ilusionar a romeros y devotos. Nada malo había en tratar de acrecentar el fervor en los creyentes a base de recopilar y difundir esas hermosas leyendas que tanta esperanza traían a sus corazones.

Sin embargo, el encargo del cabildo compostelano era harina de otro costal.[12]

Los canónigos pretendían utilizar su relato como arma arrojadiza contra el gran Ambrosio de Morales. Aunque había asumido el reto con la ilusión de confrontar su talento con el de tan ínclito alfaquí, sus dudas se habían multiplicado al presenciar el apresamiento de los dos jóvenes.

No podía dejar de pensar en aquel muchacho frágil que lo había asaltado en el claustro con una cuerda atada a la cintura. Sus fuerzas eran escasas, obviamente. Y su salud, quebradiza.

Sin embargo, no había dudado en arriesgar el pellejo por su maestro.

Aquello era: la fidelidad inquebrantable de los muchachos. Su convicción, hecha de hierro. Su amor por el viejo erudito, que estaría en Alcalá, ajeno a todo.

Entre crujidos, el agustino acabó por claudicar ante la vocecilla que llevaba semanas

martilleando su cabeza. No podía sostener más sangre sobre su maltrecha conciencia.

Por vez primera en todo un mes, tomó papel y pluma.

Tocaba redactar una nueva Historia Compostelana.

Le habían pagado por elaborar una, pero no le habían indicado que tuviera que ser similar a la Bracarense. Esta vez, el discurso sería bien distinto. Emplear fantasías y cuentos para niños era un golpe bajo para un argumentario brillante como el de Ambrosio. Hubiera sido indigno rebatir con trampas ventajosas al licenciado Morales.

El joven llamado Cándido tenía razón.

Con un nuevo amanecer asomando tras el horizonte, Román trazó la primera línea de su nuevo documento. La hoja en blanco le proporcionó la tregua que anhelaba su corazón atormentado. Esa que un hombre necesita firmar con su propia conciencia.

Cómo silenciar los tambores bajo su almohada.

Ni el brillo del oro podía acallar sus redobles.

12 El trabajo de Jerónimo Román en Braga y en Compostela es un hecho histórico.

XCIII

Mar de Gael, 17 de noviembre de 1588

La Ragazzona logró dejar atrás Irlanda.

El viento, tras una eternidad soplando en su contra, se había puesto de su parte para empujarlos hacia el sur con decisión.

La brisa del norte, pertinaz y desapacible, los hacía arrebujarse en sus ropajes deshilachados. Y aun así, bendita fuera. Al menos, los estaba llevando a casa. Valía la pena pasar frío. Por vez primera, su singladura no se encaminaba hacia el desastre.

Aunque escorado y casi sin gobierno, el galeón dobló el extremo occidental de Bretaña. Sus tripulantes, pese a ser ya poco más que esqueletos sobre la cubierta desvencijada, celebraron con abrazos el anuncio del piloto. Pronto asomaría en el horizonte alguna costa española. Los que aún tenían fuerzas hasta lo festejaron con vítores.

Casi llegaron a olvidar que el estado del navío era crítico.

Si la vetusta Ragazzona resistía, podrían alcanzar un puerto amigo.

Todos anhelaban verse cuanto antes en el litoral Cantábrico, o el de Galicia. Poder comer algo fresco por primera vez en meses. Un sorbo de agua cristalina.

Era mucho esperar; de ahí que los dos turnos diarios de oración fueran destinados a rogar que el barco aguantase. Ya no pedían victorias, ni gloria para su rey.

Volver a casa vivos era ya su único anhelo.

Las noticias que llegaban al barco desde otros navíos errantes eran confusas y contradictorias. Era difícil hacerse una idea de lo que podría haber sucedido con la armada. Algunos les gritaban que había encallado este o ese barco; otros, que habían visto con sus propios ojos cómo zozobraba alguno. Con sus retales, Bertendona se fue haciendo una idea aproximada del estado de la expedición.

No tenía buena pinta, desde luego. Pese a no haber sucumbido apenas ningún navío en las refriegas con los ingleses, la travesía alrededor de las islas había sido catastrófica.

—Calculo que habremos perdido unos veinte bajeles —le confió un día a su provisor, con gesto sombrío. Acababan de anunciarles a voces desde un galeoncete ruinoso que habían divisado a la Santiago a punto de naufragar en Escocia—. Tal vez veintidós… Y rezo por que no pase de ahí la cosa.

Manuel, pensando en la Santiago, ni siquiera le respondió.

Aún recordaba el ambiente alegre a bordo de la famosa «urca de las mujeres» en las tardes plácidas del estuario de Lisboa. En el navío hanseático, bien conocido en toda la flota, viajaban treinta y dos esposas acompañando a sus maridos. Entre todos debían cuidar a las mulas que navegaban a bordo, y que deberían haber arrastrado la artillería terrestre cuando los ejércitos de Felipe hubieran desembarcado en Inglaterra.

Algo que ya jamás sucedería.

—Y eso si ha logrado salvarse la «nave de los casados» —apostilló el almirante, dándole a la cabeza con pesar—. Teniendo en cuenta el caso de la Santiago, tal vez sean veintitrés los barcos que hayamos perdido.

El provisor se retiró con el corazón encogido.

El hambre y la debilidad llevaban semanas minando su ánimo, pero eran aquellas noticias terribles las que amenazaban con hundirlo. Hombres valerosos, perdidos para siempre. Muchachos animosos que se habían enrolado confiando en la victoria.

Miles de ellos yacían ahora en las profundidades.

El panorama devastado que imperaba en la cubierta de la Ragazzona no contribuía a aliviar su angustia. De los quinientos tripulantes que habían partido de Lisboa ya solo quedaban cuatrocientos. El resto había sucumbido a la miseria y al frío glacial de una singladura al borde del ártico. Él mismo estaba abrigado con toda la ropa que había podido rescatar de su baúl de viaje, pero ya nada era suficiente.

Su corazón estaba cubierto de escarcha.

Tres días después de doblar el Finistére bretón, un navío se acercó por popa.

—¡Ha caído la Girona[13]! —anunció un oficial, a voz en grito—. ¡Iban a bordo los supervivientes del Ratta, y también los del Santa Ana! ¡Más de mil doscientos hombres!

El silencio se extendió por la cubierta como una palada de nieve.

Bertendona ordenó arriar la chalupa con gesto serio.

Cuando regresó a la Ragazzona, al cabo de media hora, todos los oficiales volvieron una mirada ansiosa hacia su despensero. Él era el único con suficiente confianza como para abordar a su maestre.

Aunque con el ánimo destemplado, Manuel se decidió a seguirlo hasta su camarote.

—Capitán… —murmuró, abriendo la puerta con cuidado—. ¿Más naufragios?

Al igual que la otra vez, el almirante contemplaba el horizonte a través de un ojo de buey. Mil arrugas cercaban sus ojos marchitos.

—El San Juan de Sicilia ha saltado por los aires.

Manuel tuvo que apoyarse para no caer.

Aquel barco era el segundo de la escuadra de Bertendona tras la propia Ragazzona, el principal orgullo de su almirante. Muchos amigos viajaban a bordo. Kinkovic, el ragusano. El maestre Téllez, al mando de la marinería. Los capitanes Valcárcel y Garros, jefes de aquellos soldados que ni siquiera habían entrado en combate.

Bertendona se volvió entonces hacia él.

—Cuéllar también se ha perdido, Manuel. —La voz del marino se quebró. Sabía bien lo querido que era ese hombre para su provisor—. La flotilla de tres buques en la que navegaba se ha ido a pique. Lo siento.

El despensero, lívido, sintió que le fallaban las piernas.

Intentó sujetarse de nuevo, pero su mirada se nubló y perdió el apoyo. Esta vez fue el almirante quien tuvo que sujetarlo. Desasiéndose torpemente de su abrazo, Manuel abandonó el camarote. Los oficiales lo vieron salir como un espectro sonámbulo y lo dejaron pasar. Terribles tenían que ser las noticias para que aquel hombre, habitualmente sereno, estuviera en semejante estado.

Maese Poulo salió con la mirada perdida.

Más por inercia que con la intención de llegar a ningún lado, vagó por la cubierta hasta regresar a la tolda. Permaneció allí en silencio, mirando al suelo, hasta que un pantocazo del barco le hizo trastabillar. Como si hubiera despertado súbitamente para encontrarse con que su peor pesadilla se había hecho realidad, se derrumbó sobre su arcón de viaje con la cabeza entre

las manos.

Ahora, más que nunca, ya solo podía pensar en regresar a casa. Encerrarse en Poulo con su anciana madre y tratar de olvidar tanta devastación. Dejar que el tiempo se encargase de apaciguar el dolor que lo abrasaba por dentro, si era posible.

La imagen del hogar hizo que lo asaltara una idea. El frío lo traspasaba con más intensidad que nunca, y tal vez pudiera reconfortarlo su mantita de viaje. Aquel pedazo de tela era un refugio para su alma rota.

Ansioso por recuperar la calma, abrió la tapa del cofre.

Al primer vistazo apreció que la manta no estaba en el rincón de siempre. Buscó bajo las escasas pertenencias que aún tenía, pero tampoco. Ya no había provisiones, y las botellas de vino estaban vacías. Entre él y Tristán habían acabado con todo, pero al menos el pequeño había logrado resistir. Estaba demasiado débil para moverse de su rancho, pero con suerte sobreviviría hasta que hubieran arribado a puerto.

Buscó y rebuscó, cada vez más ansioso, pero nada.

El terror se fue apoderando de su templanza, deteriorada de antemano por las noticias de Bertendona. Su búsqueda se hizo cada vez más atropellada hasta acabar en un frenesí desesperanzado. Al final, tras vaciar el cofre, tuvo que asumir la evidencia.

La mantita de viaje había desaparecido.

Ahora sí que no le quedaba nada. Desorientado por la debilidad, el hambre y la desolación, deambuló hacia el costado de estribor.

¿Qué hacer, cuando la última de nuestras esperanzas se desvanece?

Un relámpago restalló en su pensamiento, destrozando los últimos anclajes de su lucidez. La angustia le impedía respirar, y era incapaz de razonar.

Todo se alineó con el desastre. La fragilidad extrema. La devastación con cada nueva noticia. La pérdida. Una opresión en el pecho que convertía cada inspiración en una tortura. Todo se confabuló en su interior para tomar las riendas de su voluntad. A sus ojos, el mundo se había convertido en un páramo sombrío.

Así las cosas, tirarse al agua era ya el único horizonte.

Manuel se aferró a la borda y cerró los ojos.

Un pequeño salto y todo habría acabado. El dolor, el sufrimiento.

Con los ojos cerrados y todo el cuerpo en tensión, tomó impulso para saltar.

—Maese Poulo. —Una vocecita endeble, apenas un hilo de voz, llamó su atención en el último instante. Como una bofetada que propiciara un amargo despertar, unas palabras lo golpearon para destrozar su ensoñación funesta—. ¿Estáis bien?

Aún aturdido, se giró hacia su espalda.

Tito, blanco como la nieve, se había incorporado sobre los codos y lo miraba con gesto alarmado. Al verlo así, Manuel acabó de volver en sí.

Dicen que solo es posible regresar desde el infierno a base de amor.

—Eeeh… Sí, Tristán —alcanzó a musitar, aunque le pareciese que su lengua estaba hecha de lana—. No te preocu…

Pero entonces, bajo la luz de aquella tarde otoñal que caía sobre sus cabezas, algo llamó su atención. La estupefacción inicial dio paso a la ira en apenas un segundo. El niño advirtió el cambio en su expresión, desencajada de golpe, y se puso más pálido todavía.

Manuel sintió cómo una marea de lava empezaba a hervir en su interior. El pequeño había osado coger su manta, la mantita con la que un día lo había arropado el mismísimo príncipe

Felipe, para cubrirse con ella.

La aflicción por los amigos perdidos se alió con la decepción, y Manuel de Poulo acabó de perder los estribos. Había compartido sus escasas pertenencias con aquel jovencito; su vino y los pocos víveres que le quedaban.

¿Y así se lo agradecía?

Aquello era una profanación inaceptable de su intimidad. Hurgar en sus sentimientos más profundos. Era demasiado hasta para el muchacho. Estar enfermo no justificaba semejante afrenta.

Soltando chispas por los ojos, se acercó al pequeño. Tito, asustado, trató de balbucir una disculpa aún sin saber por qué, pero no tuvo tiempo. El provisor le arrebató la manta de un tirón y se giró, dispuesto a devolverla al baúl.

Al niño, todavía confuso, le desgarró el alma verlo así.

—Lo siento, maese Poulo… —musitó débilmente, mientras lo veía alejarse hecho una furia —. Dijisteis que podía coger…

Fuese porque nadie le escuchaba o por flaqueza, el pequeño no llegó a terminar la frase. Tratando de cobijarse con su ropa raída, pero sintiendo más frío aún en el corazón que en sus miembros azulados, Tristán se encogió sobre sí mismo y empezó a llorar. Sus encías llevaban días sangrando sin parar; el dolor en las extremidades lo torturaba con saña y ya no era capaz ni de mantenerse sentado.

Y pese a todo, nada de eso era lo que le dolía.

El enfado de su amigo era lo que desgarraba su alma.

Manuel regresó a la tolda con lágrimas en los ojos.

Aún estaba enfadado, pero esa frialdad culpable que nos asalta tras haber perdido los nervios estaba empezando a invadir su conciencia. Mientras iba hacia su arcón empezó a atisbar que tal vez la situación se le había ido de las manos. La pérdida de Cuéllar lo había devastado; por eso la desolación se había apoderado de su voluntad. Por eso había acabado comportándose como un energúmeno con el pequeño Tito.

Tratando de serenarse, inspiró.

No pasa nada, se dijo. Todo tiene arreglo. Decidió que se abrigaría él con la manta como pudiera y que pondría su chaquetón sobre el cuerpecillo de Tristán. Eso le permitiría aguantar mejor el frío penetrante hasta que arribasen a puerto. Su chaqueta, una disculpa y una sonrisa arreglarían lo que su furia acababa de descomponer.

Sin embargo, no tuvo tiempo.

Una sacudida terrible lo lanzó de espaldas contra el mamparo más próximo.

—¡Alerta! —oyó que vociferaba el timonel—. ¡Hemos perdido el codaste!

Al oír sus gritos, a Manuel se le heló la sangre.

—¡Zafarrancho! —La voz del contramaestre resonó sobre la cubierta—. ¡Maniobra de emergencia!

Incorporándose de un salto, Manuel se presentó en cubierta. Los que aún se tenían en pie se acercaron en tropel, y hasta los que llevaban días postrados hicieron mil esfuerzos para ponerse a disposición de los oficiales.

Era cuestión de vida o muerte.

El galeón había perdido el timón por culpa de un golpe de mar. Sin gobierno, el barco se

pondría de costado contra las olas inmensas que había ido cortando con la proa. Si eso sucedía, los embates del océano destrozarían lo que quedaba de la vetusta Ragazzona.

Manuel se integró en un trasiego frenético para recuperar la maniobrabilidad. Bertendona, colocado junto al timonel, vociferaba órdenes mientras los buzos se preparaban a toda prisa para la inmersión. Los oficiales se habían distribuido en los tres palos y arengaban a los hombres de las jarcias, tratando de aproar la embarcación con las velas. El contramaestre coordinaba toda la maniobra con los pitidos frenéticos de su silbato, que resonaba sobre las aguas con ecos de desesperación.

El galeón, sacudido por el oleaje, crujía y cabeceaba sin control. La noche iba a ser larga, en el mejor de los casos. El provisor notó cómo se le desollaban las manos al cazar un cabo suelto y se apartó. Los gritos de los hombres en faena resonaban a su alrededor mientras el sol iba bajando sobre el horizonte. Tras limpiarse la sangre que le goteaba de las palmas de las manos con agua salada, contempló por un momento el ocaso que caía sobre el mar plomizo. Después echó un vistazo al caos que lo rodeaba antes de regresar a la faena.

Un presentimiento lo atravesó como un acero helado.

Tal vez nadie viviera para ver un nuevo amanecer.

13 La historia de la Girona, de la Santiago y del resto de naves también está documentada.

XCIV

Mar de Gael, 18 de noviembre de 1588

La madrugada fue un infierno a bordo de la Ragazzona.

Entre gritos de aliento, todos los hombres bregaron sin pausa para mantener el barco aproado a aquel mar de fondo que entraba en tromba desde poniente. Aun así, por momentos, el viento los hacía virar. Entonces, unas olas inmensas rompían contra los costados del galeón, escorándolo hasta el límite de lo imposible.

El agua saltó varias veces sobre la borda, barriendo la cubierta en plena oscuridad. Los tablones superiores del casco llegaron a desprenderse, hasta dejar a la vista las cuadernas.

Los grumetes se turnaban ante las bombas de achique y los calafates; trabajando a ciegas, cerraban las vías de agua. Los carpinteros se pusieron al servicio de los buzos, que se descolgaron con maromas desde el castillo de popa.

Manuel forcejeó contra el aparejo para mantener el barco al pairo. Sin timón, ya solo las velas podían ofrecer algo de gobernabilidad a aquel enorme cascarón sin voluntad. Entumecidos, todos lucharon sin tregua a lo largo de una eternidad oscura y gélida.

Y al final, cuando ya casi no tenían fuerzas ni esperanza, vino la luz.

Con los primeros rayos del alba, los buzos emergieron.

Traían la piel amoratada y eran incapaces de mantenerse en pie, pero lo habían conseguido. Con la ayuda de los carpinteros, habían logrado acoplar un codaste de emergencia a lo que quedaba del timón.

La Ragazzona tenía el esqueleto al aire, estaba medio hundida y apenas era capaz de maniobrar, pero al menos había recuperado el gobierno. Superado el envite a muerte, Bertendona ordenó ahora aunar todos los esfuerzos en seguir progresando hacia el sur. Según los cálculos del piloto, la costa española tenía que estar a punto de asomar en el horizonte.

Exhausto, Manuel se encaminó a la tolda.

Las olas lo habían empapado durante horas y tenía las manos en carne viva de tanto halar cabos. Necesitaba tumbarse un rato antes de nada, o acabaría por derrumbarse. Después trataría de entrar en calor.

Sin embargo, en cuanto llegó a su sitio un escalofrío lo clavó al suelo.

Allí, junto a su arcón de viaje, estaba la mantita que tan precipitadamente había dejado sobre la tapa al oír las voces de alarma. Las sacudidas la habían tirado al suelo, pero, por suerte o por milagro, no se había perdido. Al verla, recordó con pavor que Tito se había quedado sin abrigo al anochecer. Más bien, que él se lo había negado. No había tenido ni un respiro en aquella lucha frenética por no irse a pique, pero ahora, al constatar lo sucedido, la culpabilidad lo golpeó como un mazo.

Con una angustia mortal atravesada en la garganta, recogió la manta y corrió al costado de estribor. Allí, cerca del palo mayor, tenía su rancho el pequeño. Al acercarse, respiró. Pese a los embates del océano, que con tanta violencia los habían zarandeado durante toda la noche, Tristán seguía allí tumbado.

Al ver que dormía, se arrodilló a su lado y desplegó la mantita para arroparlo.

—Tranquilo, ya ha pasado lo peor —susurró, mientras la extendía sobre su cuerpecillo y lo abrazaba para darle calor—. Quédate la manta, pronto llegaremos a puerto…

Una sensación extraña lo invadió al abarcar aquel cuerpo helado.

Se apartó, llamándolo en voz baja. El pequeño no respondía, y la reacción de sus miembros ante su abrazo tampoco era la de un cuerpo dormido.

Con el terror propagándose por sus venas como una deflagración de escarcha, Manuel trató de hacerlo reaccionar.

—Tristán —le dijo, en voz más alta—. ¡Tristán! ¿Me oyes?

El pánico se apoderó de él, y sintió que se le nublaba la vista.

Con el vello erizado y ya casi sin respiración, el provisor empezó a sacudir al pequeño mientras lo llamaba a voz en grito.

Al rato, dos lobos de mar se acercaron con lágrimas en los ojos. Maese Poulo parecía haber enloquecido, y trataba de hacer reaccionar al pequeño Tito con bramidos que no eran de este mundo. Lo agarraron entre los dos, pero ni así. Tuvieron que ayudarlos tres más.

La desesperación de Manuel, mientras lo sujetaban contra el suelo, les partió el alma en dos. Aquel hombre cabal había enloquecido de dolor. Por fin, tras un forcejeo interminable, el provisor se derrumbó sobre la cubierta, derrotado y sin fuerzas.

Todos sus esfuerzos eran baldíos.

Por mucho que lo intentase, el chiquillo no iba a volver en sí.


ORKNEYS
HÉBRIDAS
ESCOCIA
IRLANDA
Galway
INGLATERRA
Londres
Tilbury
Kent
Amberes
Dunquerque
Gravelines
Calais
Plymouth
Portland
ISLA de WIGHT
Ámsterdam
París
FRANCIA
Cabo Finisterre
Ferrol
Coruña
Muros
Santander
Lisboa
RUTA DE
LA GRAN ARMADA de 1588
Combates en el Canal de la Mancha
Naufragios

XCV

Compostela, 19 de noviembre de 1588

Llevaban más de dos meses encerrados.

Las rayitas que Cándido había ido trazando en el suelo cada día lo confirmaban. Sesenta y siete marcas que indicaban otras tantas jornadas. Una estimación basada en deducciones, ya que allí dentro no existían los días ni las noches. Las rayas contabilizaban, en realidad, las comidas que los carceleros habían ido dejando ante las rejas de su celda.

Desde la tarde en el claustro no había vuelto a saber nada sobre el maestro, ni sobre Román. Ni sobre los canónigos que habían decidido encerrarlos allí.

Nada, tampoco, sobre el bueno de Mundo, salvo un griterío desaforado.

Habrían pasado una semana allí dentro cuando un jaleo lejano lo sobresaltó. Las bóvedas de piedra le habían traído el eco de su compañero, y unas palabras reverberadas que decían algo así como «Soltadlo, se pondrá enfermo». Después, ruido de golpes, alaridos de dolor y, por fin, la nada. Un silencio frío, más estremecedor que cualquier algarabía.

Cándido dedujo que Mundo habría recibido una buena paliza por defenderlo a él.

Por rebelarse contra aquel encierro que su precaria salud no iba a poder resistir durante mucho tiempo. Ese día había deseado que Mundo no hubiese montado tal alboroto y que se hubiera ahorrado los golpes.

Sin embargo, el tiempo estaba empezando a darle la razón.

La humedad subterránea y la frialdad de la piedra le estaban pasando factura.

Empezaba a sentirse febril, y una tosecilla sutil pero persistente sacudía su pecho de tanto en tanto. Además, unos pensamientos funestos habían aparecido con aquellos síntomas para robarle el aliento.

Si aún no habían recibido noticias del maestro, era posible que ya jamás las recibiesen. De hecho, lo más probable era que Ambrosio hubiera decidido no regresar nunca a Compostela. En ese caso todo habría sido en vano.

Sus desvelos, sus esfuerzos, todo. Y no solo eso.

Si aquello era cierto, jamás saldrían de allí.

Los ataques de furia sacudían a Mundo varias veces al día.

Estaban allí por su culpa, lo sabía bien. Alguien lo habría visto en casa de Magdalena la noche que se escabulló a través del tragaluz. Quienquiera que fuese había corrido a chivárselo a los curas de la catedral.

La culpa le corroía la conciencia.

Cándido no era capaz de soportar esa humedad fría durante mucho tiempo. Y por encima, todo había sido en vano. Ni siquiera había sacado nada en limpio de su incursión clandestina. Ni ella estaba en casa ni nadie le había sabido dar razón de su paradero.

Tras el jaleo de la primera semana, su ira se había enfriado un poco.

Después de cinco días atado de pies y manos, amordazado y con una venda tapándole los ojos, lo habían tirado de nuevo en su celda, tras otra somanta, con un mendrugo de pan duro por toda comida. Desde entonces, estaba a pan y agua.

No sabía nada de su compañero ni de ninguna otra cosa.

A eso se había reducido la vida.

Negrura, silencio y soledad. Y una amargura que roía su conciencia como la carcoma horada un tronco joven. Ahora entendía el dicho que había escuchado una vez, al poco de llegar a Compostela. Una sentencia que entonces no había comprendido, pero que ahora se revelaba ante él con una crudeza apabullante.

Aquella era la famosa Falcona. Ahora lo veía.

La prisión de donde nadie salía siendo el mismo.

XCVI

Mar de Fisterra, 19 de noviembre de 1588

Un sol pálido pendía sobre el horizonte.

Los supervivientes contemplaron cómo el cielo se iba tiñendo de púrpura por estribor. Un ocaso otoñal iluminaba con tonos anaranjados los mástiles marchitos del inmenso galeón.

Congregados en cubierta, los tripulantes de la Ragazzona estaban sumidos en un silencio tembloroso. Hacía menos de una hora que los vigías habían avistado el cabo del Finis Terrae desde las jarcias. Casi medio año después de soltar amarras en Lisboa, al fin tenían a la vista un refugio. Al día siguiente arribarían a un puerto amigo.

Habían sobrevivido. Sin embargo, no había lugar para el alborozo en aquel atardecer.

El último de sus muertos estaba a punto de ser enterrado en el mar.

—Ni siquiera tenemos con qué amortajarlo —susurró el capellán—. Será pasto de los peces.

El chiquillo había sido la alegría de la tripulación en las horas más oscuras. Cuando los víveres empezaron a escasear, él había conservado la sonrisa. Cuando toda la armada salió en desbandada tras la escaramuza de Gravelines, mantuvo el ánimo alegre. Cuando el frío empezó a atenazarles los huesos, les dedicó palabras de aliento.

Nunca había abandonado el ansia de darles su merecido a aquellos piratas.

Él siempre desprendía calidez, aunque no hubiera comido más que un trozo de bizcocho agrio en todo el día. Tanto así que había logrado ocultar lo que le estaba ocurriendo.

Nadie había reparado en la gravedad de su estado.

Solo ahora, al contemplar los estragos que la enfermedad había provocado en su cuerpecillo, tomaron conciencia de lo que tenía que haber sufrido. Debilitado hasta el extremo por el escorbuto, febril y sin fuerzas, no había sido capaz de soportar aquella noche gélida bajo el azote de las olas que barrían la cubierta.

No era de extrañar. No vestía más abrigo que la camisa gastada de algún muerto.

Manuel se pasó el día arrodillado junto a su pequeño cadáver.

Aunque muchos trataron de animarlo, nadie lo logró. Parecía haber perdido la razón. Sus ojos, secos y erráticos, eran los de un demente. Algunos llegaron a pensar que también él iba a sucumbir.

Solo cuando Bertendona se arrodilló a su lado, susurrándole al oído, se dejó llevar.

La tarde caía, y había que dar digna sepultura al pequeño héroe.

Manuel, aunque desencajado, accedió.

Sin embargo, no estaba dispuesto a arrojarlo al mar así, como si fuera el despojo de un matadero. Antes de apartarse, llamó al barbero y le entregó un trozo de tela que había tenido entre las manos durante todo el día, mientras velaba a Tito.

—Como le cosas la nariz, te mato —le murmuró al retirarse.

Mientras el sol se iba hundiendo poco a poco en el agua, el capellán ofició un funeral fugaz con voz trémula. También él estaba devastado por la pérdida del pequeño Tristán Rey.

El pequeño cuerpo fue arrojado por la borda entre lágrimas de adiós.

El cadáver flotó un instante, pero el peso de la última bala de cañón acabó por arrastrarlo al

fondo. El almirante había accedido al ruego de su provisor. Además, ya no iban a necesitar más munición.

Sobrecogidos, los supervivientes de la Ragazzona lo vieron hundirse. Los abismos oceánicos del fin del mundo serían su última morada. Allí habría de dormir el sueño eterno.

Al menos, su cuerpecillo no iba desnudo.

Lo cubría la manta de viaje de Manuel de Poulo.

Parte cuarta

No hay lugar en el mundo

1589

«¿No es más fascinante una tumba vacía que un puñado de huesos?
¿No le ves más sentido a galopar tras una ilusión
que a honrar un cadáver desmembrado?
No yace aquí ningún muerto, claro que no.
Pero sí palpita la esperanza viva de millones de caminantes,
y se han forjado incontables sueños a lo largo de los siglos.
No hay lugar en el mundo como Compostela, Cándido.
Una ciudad construida
sobre mentiras y sueños».

XCVII

Londres, 2 de febrero de 1589

El Exchange Alley era un hervidero.

La callejuela acogía a una muchedumbre vociferante, y los hombres de negocios se daban codazos para coger el mejor sitio. Por toda la ciudad se había corrido la voz de que se avecinaba una gran campaña naval. Inglaterra se disponía a aprovechar que la «Spanish Armada», a la que algunos habían empezado a llamar «la Invencible» con soniquete burlón, había huido con el rabo de las piernas.

Era el momento idóneo para lanzar un contraataque.

Elizabeth había puesto en marcha un ambicioso plan para devolverle el golpe a Felipe. Ahora era ella la que podía atacar. Si Drake tenía éxito, el botín de aquella guerra podía ser el más grande que jamás se hubiera obtenido. De ahí que todos los inversores del reino estuvieran congregados esa tarde en el «callejón de los Intercambios», exhibiendo divisas con intención de invertir en la campaña. Las acciones de la compañía gestora podían reportar más beneficios que ningún otro negocio en el mundo entero.

Si el triunfo acompañaba, la expedición les haría dueños de medio planeta.

Los rumores se extendieron por los docklands como una deflagración.

Sir Francis en persona iba a comandar la operación. Ese era el primer indicador de fiabilidad, y el que había hecho subir las acciones como la espuma. Drake había ejecutado ya un sinfín de ataques. Si volvía a salir victorioso, los dividendos serían inmensos.

Además, pese a haber obligado a huir a los barcos de Felipe, el almirante apenas había obtenido ganancias. Nada más que un par de barcos y unos cuantos rescates. Los demás habían huido o se habían estrellado contra los acantilados de Irlanda.

Por eso se presagiaba un gran negocio. El propio almirante era el primer interesado en recuperar los inmensos gastos de la expedición anterior. Al fin y al cabo, capturar barcos y saquear ciudades era, tal vez, la forma más rápida de hacerse millonario.

Y en eso, Drake era un maestro.

Además, la propia reina financiaba un cuarto de la campaña.

Se había hecho público que su principal motivación era arrebatarle Portugal al rey español. En su lugar pondría a Antonio de Avís, un primo lejano de Felipe que había pretendido disputarle la corona tiempo atrás. Una marioneta cuyos hilos se manejarían desde Londres. Con tal de que lo hicieran rey estaba dispuesto a convertir el territorio portugués en una colonia inglesa, incluyendo los territorios de ultramar. Eso le proporcionaría a Inglaterra un imperio intercontinental con todo su comercio, sus súbditos y sus riquezas.

Participar en semejante negocio era una ocasión excepcional.

Lógico que cientos de inversores se diesen codazos bajo el cielo invernal para conseguir su propio trozo de pastel. Hasta los rebeldes holandeses, aliados de la reina en la lucha contra España, habían puesto otras diez mil libras sobre la mesa.

Eso había acabado de disparar la confianza de los inversores.

Las cincuenta mil restantes eran las que se ahora se ofertaban en aquella calle londinense en forma de acciones. Nobles señores, representantes de gremios, terratenientes y poderosos comerciantes gritaban ante los corredores tratando de adquirir participaciones. El Exchange Alley era, en ese momento, la sede de la mayor empresa que jamás había conocido el mundo entero.[14]

14 Ese fue el germen de lo que un día sería el principal centro financiero del mundo. Una entidad que sería conocida con un nombre bien distinto al de aquellos primeros tiempos. La Bolsa de Valores de Londres.

XCVIII

Poulo, 2 de febrero de 1589

Por fin, Poulo.

Al divisar las primeras casas, Manuel se detuvo.

La brisa invernal removió sus cabellos durante una eternidad helada y sus ojos recorrieron lentamente el panorama sosegado y vacío. Las mismas casitas de piedra con sus chimeneas humeantes recortándose contra el cielo gris. Y los prados, descoloridos en sus recuerdos desgastados por los horizontes planos de la mar océana. También los regatos de agua transparente que casi había llegado a olvidar. Contempló el campanario que se alzaba sobre los tejados con su humilde elegancia.

Nunca antes lo había visto así.

Manuel lo observó todo durante un largo silencio.

Después de lo que había vivido, parecía que el tiempo se hubiera detenido en aquel lugar. Al final, cerró los ojos. El olor inconfundible a tierra mojada, humo de leña y pan recién hecho hizo que aflorasen mil imágenes desde los resquicios de su memoria.

Allí estaba el árbol contra el que se había dormido aquella madrugada lejana.

Su corazón empezó a latir con tanta violencia que tuvo apoyarse un segundo en su cayado. Contra ese tronco había despertado al amanecer, con la mantita del príncipe arropando su cuerpo infantil. La misma que había visto desaparecer bajo las aguas un par de meses atrás, envolviendo el cuerpo de otro niño.

Los recuerdos lo golpearon con dureza al evocar aquella imagen. Era mucho lo que quedaba a su espalda. Tanto que pensó que jamás iba a poder dejarlo atrás.

Como si de un huracán súbito se tratase, un dolor intenso lo arrastró al pasado.

Desde la entrada de la aldea, recordó a la Ragazzona.

La vio adentrándose en la ensenada de Muros como un gran monstruo marino a punto de agonizar. El galeón, ya casi incapaz de maniobrar, se había limitado a dejarse llevar por las corrientes hasta aquella ría desde las aguas del Finis Terrae. Tras el fondeo se vivió una celebración triste, más cargada de miradas llorosas que de vítores de regocijo. Habían sobrevivido, pero no olvidaban que miles de compatriotas habían caído. Muchos, de su propia tripulación. Y el último se había ido apenas unas horas atrás.

El entierro del pequeño Tristán todavía quemaba tras sus ojos.

También era palpable la desolación muda de maese Poulo. Nada más fondear, el provisor, con la tez lívida y el corazón devastado, le comunicó a Bertendona que abandonaba. Desembarcaría allí mismo y se encaminaría a casa. No le preocupaba que pudieran tacharlo de desertor. Ni el pago por sus servicios le importaba ya lo más mínimo.

El almirante lo miró a los ojos con conmiseración.

—Ayúdame con el abastecimiento una última vez —le pidió con la voz quebrada—. Te lo ruego, amigo mío. No nos abandones ahora.

Manuel aceptó.

Necesitaba huir, pero el futuro tampoco ofrecía ningún horizonte cálido. Ya solo volver a

casa era una opción, pero tampoco sabía qué iba a encontrarse allí.

Además, el almirante se lo había suplicado con lágrimas en los ojos.

La Ragazzona hizo acopio de alimentos en la noble villa de Muros.

También trataron de remendar los destrozos del casco con la ayuda de los carpinteros de ribera. Lo justo para mantenerla a flote.

Una vez más, la pericia de su despensero fue vital a la hora de conseguir los cuatro quintales de manzanas y peras que los enfermos de escorbuto royeron con fruición. También las setenta libras de limones y naranjas que crecían junto a las casas cercanas a la ría, y que Manuel pagó a precio de oro. Poco a poco, todo empezó a funcionar de nuevo a bordo del buque.

Hacían falta reparaciones en seco, pero la gran Ragazzona se había salvado. Sin embargo, poco duró la calma para sus tripulantes.

El último día de noviembre, el maestre recibió una notificación que reactivó todas las alarmas. El marqués de Cerralbo, gobernador de Coruña y capitán general de todo el reino de Galicia, exigía que todos los barcos fondeados en los puertos del antiguo reino se dirigieran a Faro de manera inmediata. Los espías del rey habían informado de una contraofensiva inglesa que se estaba preparando en los puertos de la Albión.

Los oficiales se reunieron en el camarote del capitán.

—¿Y si nos negamos? —preguntó el contramaestre.

Manuel volvió hacia él una mirada de contrariedad.

Ya iban demasiadas condenas por insurrección.

—Bueno, sí… La verdad es que le envié una carta alegando que nuestro barco apenas es capaz de navegar —dijo Bertendona—, pero no ha atendido a razones. Dice que es causa de fuerza mayor. De vida o muerte.

—Sabrá que llevamos quince días recuperándonos de la travesía. —Se encogió de hombros el piloto—. Creerá que ya estamos listos para acudir…

Todos empezaron a mascullar con rabia contra los políticos y contra el propio Felipe.

—Más bien —alzó la voz el contramaestre— tiene pavor a lo que le puede caer encima si es cierto que Drake está preparando una armada. No creo que Coruña sea objetivo para él, pero lo cierto es que ese puerto está en su camino… hacia Lisboa.

Todos lo miraron con cara de circunstancias.

—En cualquier caso —zanjó Bertendona—, no hay nada que hacer. Junto con las órdenes venía un recordatorio de lo que nos pasará si no obedecemos.

La imagen de una horca osciló sobre los oficiales, y todos bajaron la mirada.

Manuel, desde su esquina, simplemente asintió.

Y así, aunque a regañadientes, los supervivientes levaron anclas.

Más bien, renunciaron a recobrar la penúltima que les quedaba, gracias a la cual habían logrado fondear en Muros. El molinete de la maroma estaba tan deteriorado que no resistió la operación de alzado, y los marineros se vieron obligados a cortar la cuerda.

Confiando en realizar un fondeo de emergencia en Coruña, los tripulantes del galeón veneciano pusieron de nuevo proa al norte. El puerto de Faro temía un ataque de los ingleses en respuesta a la ofensiva de la Gran Armada. Había que defender sus murallas, frágiles y anticuadas.

Sin embargo, la Ragazzona nunca logró arribar a la vieja An Chruinne.

La singladura, pese a ser corta, fue una auténtica calamidad.

Varias veces estuvieron a punto de irse hacia los acantilados, y si no hubiera sido por el auxilio de unos balleneros vascos que los remolcaron cuando estaban a punto de varar en las Sisargas, nadie se habría salvado a bordo de la Ragazzona.

Tras doblar el cabo del Finis Terrae, divisaron en la lejanía la torre que daba nombre a la ciudad. Creyeron que lograrían llegar al puerto, pero no fue más que un espejismo. Cuando ya se disponían a doblar la punta que coronaba el faro romano, el codaste de emergencia que los buzos habían acoplado al timón en alta mar se fue al fondo. El galeón, prácticamente sin gobierno, derivó hacia la bocana de la ría de Ferrol empujado por el viento y las corrientes.

Bertendona no pudo ejecutar más que un último intento para conducirlo hacia una playa abrigada. Vararlo en un banco de arena era ya la única alternativa al desastre absoluto. Aunque dos galeras, la Diana y la Princesa, corrieron en su auxilio desde Coruña, no lograron salvarlo. Los dos navíos mediterráneos habían abandonado la Empresa de Inglaterra tras las primeras galernas.

Estaban en buen estado, pero no lograron remolcar al galeón arrastrado por el viento.

Casi siete meses después de haber abandonado Lisboa, la Ragazzona, una de las naves de guerra más imponentes del mundo, tras completar una travesía tan penosa como inverosímil, encalló para siempre en la arena ferrolana.

Era el 8 de diciembre de 1588.

Salvar a sus tripulantes era ya lo único que podía intentar el almirante. Una proeza que solo estaba al alcance de un genio de la navegación. Unos empezaron a llorar, viéndose perdidos. Solo Manuel se mantuvo sereno junto a su maestre.

Por suerte, comandaba el navío un marino de estirpe milenaria. Gracias a la maestría de Bertendona, que logró apoyar la quilla con suavidad entre las olas gigantes, todos pudieron bajar a tierra por su propio pie. Ya en la playa, los supervivientes de aquella singladura infernal se abrazaron con lágrimas en los ojos. Aunque no del modo que hubieran deseado, lo cierto era que habían regresado sanos y salvos.

El capitán, en cambio, tenía el alma hecha trizas.

Aquel barco era parte de él mismo, como su piel o su sangre.

En él vivía su corazón, y a él había dedicado sus desvelos más intensos. La Ragazzona era su orgullo. En sus ojos brillantes se había reflejado la belleza del imponente navío durante años.

La contempló así, derrotada bajo la lluvia, y algo se rompió en su interior.

Ella los había acogido en su panza como una madre gestante. Los había protegido de los embates del océano, arrullándolos con el latir de su corazón de cetáceo, pero ahora se había perdido en aquella playa recóndita y solitaria. Allí quedaría para siempre.

Con las cuadernas a la vista y una escora casi completa, supo que su galeón era insalvable. Sus mástiles, casi horizontales sobre la playa, parecían las vigas de un tejado que se hubiera venido abajo.

No había nada en el aparejo que se pudiera reutilizar. En cambio, su artillería y sus pertrechos podían ser útiles en la defensa de la ciudad, señaló el maestre de una de las galeras. Según Pantoja, las consignas ordenaban salvar todos los bastimentos para repeler un ataque.

Manuel se hizo cargo de la operación sin que nadie tuviera que pedírselo.

Cuando bajó la marea, los tripulantes colaboraron en la descarga de todo lo que se pudiera salvar. No era mucho, pero los cañones valían una auténtica fortuna. Fabricados en bronce, suponían la tecnología bélica más avanzada del mundo entero. Eran lo más valioso de cuanto viajaba en los navíos de la Armada.

Más valiosos incluso que los barcos que los portaban.

—Dice el marqués que los llevemos a Coruña —le comunicó el maestre de la Princesa—. Quiere montarlos en el fuerte de San Antón. Las obras aún no están acabadas, pero sus defensas están listas para acoger artillería.

Manuel asintió.

Gracias a aquellas piezas, el modesto baluarte que unos meses atrás aún estaba en los cimientos pasaría a convertirse en un bastión temible para cualquier escuadra que quisiera asaltar su puerto.

Las labores de desmantelamiento duraron casi un mes.

Los supervivientes fueron abandonando la playa del naufragio poco a poco. Bertendona fue de los primeros. No soportaba seguir viendo cada día el cadáver de su barco.

Algunos regresaron a sus casas, pero la mayoría se reintegró en la dotación de las defensas del puerto.

Al final, solo permanecieron allí el provisor y un puñado de hombres.

Cuando diciembre tocaba a su fin, Manuel dio por cerrada la operación.

La galera hizo el último viaje cargada con los tres cañones que más había costado rescatar. En cuanto la Diana atracó en Coruña, Bertendona le salió al encuentro.

—Gracias —le musitó al oído.

Él le quitó importancia a su labor, pese a que el esfuerzo había sido titánico, pero esbozó un rictus de extrañeza. Al fondo, fondeado tras la espalda del almirante, pudo ver cómo se mecía tranquilamente el San Juan de Portugal.

El galeón de Recalde.

Nada menos que el vicealmirante de la Gran Armada. El único buque de toda la flota, junto con el São Martinho, que podría haber hecho sombra a la Ragazzona. No en vano había resistido trescientos impactos de cañón en la primera escaramuza.

—He asumido el mando —le confió Bertendona—. Al poco de arribar a Coruña, Recalde murió. Venía moribundo por culpa de unas fiebres terribles. Y Oquendo… también cayó. Ya en octubre. Acababa de llegar a Pasajes.

Manuel se quedó mudo.

Esos hombres habían sido los discípulos más aventajados del gran Álvaro de Bazán, con permiso del propio Bertendona. Una vez más, evocó la memoria de su señor con el alma encogida.

Conmocionado, se dejó guiar hasta la cubierta del buque de Recalde.

El estado del navío, tras casi dos meses de reparaciones, era razonablemente bueno. Bertendona le confirmó que le habían encomendado tenerlo listo para defender la ciudad. Los ingleses preparaban una operación de contraataque, y, aunque lo más probable era que se abatiesen sobre Santander —ya que allí se concentraba la mayor parte de los navíos que habían logrado regresar a España—, el rey había dado orden de que se reforzaran las defensas de todas las ciudades portuarias.

—Los cañones de la Ragazzona ya están artillados en Santantonio. Y es gracias a ti —le señaló después, con una sonrisa apagada—. Desde aquí puedes ver algunos.

Manuel se giró.

En efecto, entre las almenas recién construidas pudo atisbar el brillo del bronce. Desde aquel islote se dominaba la bocana del puerto. Aunque suponía buenas noticias, la imagen le desarboló

el corazón. También él había dejado parte de su alma en el galeón perdido. La imagen de un niño envuelto en una manta raída seguía dando vueltas en cuanto las luces se apagaban y el silencio, por momentos, se hacía abrumador.

—¿Puedo marcharme ya? —preguntó.

Bertendona contuvo la respiración.

—Ayúdame a pertrechar el San Juan para la guerra —volvió a rogar—. Solo eso. Un mes como máximo, te lo prometo. Te vendrá bien. Después te dejaré ir.

Manuel desvió la mirada.

Ansiaba la paz del regreso a casa, pero tal expectativa era incierta. Al cabo de unos segundos de duda, asintió. Acababa de recordar que había una persona en aquel mismo puerto con la que anhelaba reencontrarse.

Llevaba mucho tiempo sin ver a Mayor.

Mientras Bertendona le agradecía el último servicio con un nuevo abrazo, su mirada vagó sobre los tejados y acabó por fijarse en los montes que se alzaban en la lejanía.

Ejecutaría un último cometido en la vieja An Chruinne.

No estaba seguro de hallar la paz en su regreso a Poulo.

Al día siguiente, Manuel se plantó ante una puerta que conocía bien.

Con gesto indeciso, se quedó estorbando al trasiego incesante de los arrieros y de los mozos de estiba.

En el barrio de la Pescadería proliferaban los negocios de abastecimiento, pero ninguno gozaba del prestigio de su amiga Mayor. Aún recordaba el último inventario que había tenido ocasión de ver en las manos de Bertendona. Correspondía con las mercancías que la armada había comprado en la ciudad durante la accidentada escala del mes de julio.

«314 pipas y 29 barriles de carne, cuyo peso era de 2.674 quintales. 856 quintales de tocino y 77 libras. 13 pipas de sebo, equivalentes a 81 quintales y 5 libras. 24 quintales y 61,5 libras de bacalao. 11 quintales y 61,5 libras de abadejo. 883 quintales de cecial y 36 libras y 2 pipas de sardina. 1.300 pipas de vino de Rivadavia, 200 de las Mariñas y 495 del Ribero».[15]

La puerta se abrió con brusquedad, rompiendo el ensoñamiento del provisor.

A través de ella asomó la dueña. Como de costumbre, su atropellada irrupción anunciaba prisa. Durante una fracción de segundo la mujer lo miró como si se preguntara qué pintaba allí plantado aquel espantajo harapiento. Sin embargo, al momento su piel se tornó blanca como una sábana y sus pupilas empezaron a titilar.

—¿Manuel? —preguntó, con un hilo de voz.

Él asintió débilmente, y ella se lanzó a su cuello.

Cuando por fin se separó de él, unas lágrimas enormes rodaban por sus mejillas.

Aquel hombre no era más que una sombra. La ropa, tan gastada que podría deshacerla un soplo de brisa, le estaba tan holgada como un saco a una escoba. Tenía los ojos hundidos, y parecía haber envejecido cincuenta años de golpe. De hecho, lo único que reconocía en él era la mirada.

Todo lo demás era un espectro coronado por una calavera de tez abrasada.

—Estaré un tiempo por aquí —anunció él—. Tengo que aprovisionar un barco.

Ella le dedicó una sonrisa llorosa. No necesitaba explicaciones. No quería nada más que sentarse junto a él, agarrarle las manos y mirarlo a los ojos. Todo lo demás podía esperar.

El mundo había dado muchas vueltas desde la última vez.

Muchos latidos angustiados habían redoblado en su pecho.

Manuel le contó que iba a ayudar a su almirante a pertrechar el galeón que llevaba semanas anclado en el puerto, y Mayor lo obligó a alojarse en su casa.

—Ha dicho Gregorio que ni hablar —zanjó ella al volver del interior, ante las reticencias del provisor—. Que ni se te ocurra hospedarte en otro sitio, y mucho menos en ese barco mohoso. Venga, ven dentro. Ha dicho que pases de una vez, que quiere tomarse un Rivadavia contigo. —Al ver que él claudicaba al fin, sonrió—. Va siendo hora de que comas algo decente. No queremos que se te caigan los pantalones y vayas enseñando por ahí ese culo huesudo que traes.

Manuel sonrió al recordar los días junto a Mayor.

Apenas hacía un mes de aquel reencuentro. Después, regresando a la realidad, se puso serio de nuevo. Estaba a las puertas de Poulo, pero no sabía qué se iba a encontrar.

La aldea lo recibió con su calma brumosa de mediados de invierno. El olor de su infancia, una vez más, le hizo cerrar los ojos. Era el frío sólido de tierra adentro, tan distinto de las nordesías húmedas en alta mar.

Solo tenía que caminar un poco más y llamar a la puerta. Allí hallaría las viejas costumbres. La vida olvidada. Con los sentidos a flor de piel, Manuel se puso en marcha hacia su hogar.

Llegó a creer que tal vez pudiera hallar la paz perdida.

Los hombres olvidan la nieve al ver brotar las flores de la primavera.

15 Pedido real, efectuado por funcionarios de la Gran Armada, en junio de 1588, en la ciudad de Coruña.

XCIX

Coruña, 3 de febrero de 1589

Hacía solo un día que Manuel había abandonado la ciudad.

Para Mayor, largo como una edad entera sobre un potro de tortura.

Según él le había contado, su trabajo en el San Juan de Portugal había finalizado. Ella se despidió en la puerta forzando una sonrisa, pero un presagio funesto rondaba su cabeza. Barcos desarbolados seguían arribando al puerto. Muertos vivientes poblaban sus cubiertas.

Las dos galeras seguían en Faro desde el verano anterior.

Sus tripulantes habían tenido más suerte que estos que ahora llegaban a cuentagotas, convertidos en despojos tras arrostrar aquella travesía infernal. El hospital de San Andrés, en pleno corazón de la Pescadería, estaba abarrotado. El gremio de mareantes seguía costeando los cuidados de los cuatrocientos hombres que restañaban sus heridas en sus cuartos atestados.

Tras el reencuentro con Manuel, ella no había dejado de llorar.

—Tranquila —la había abrazado Gregorio—. Es fuerte. Se recuperará.

Los días siguientes le dieron la razón.

Poco a poco, el provisor fue retornando a la vida. Ella adivinó que una pena profunda lo asolaba. Algo que no logró concretar, pero que lo devastaba por dentro. Solo fue capaz de traerlo de vuelta al mundo de los hombres a base de sonrisas.

Aunque la mayoría fueran impostadas.

La pequeña ayudante de Mayor pasó a visitarlo al quinto día. Él supuso que su jefa le había encargado que estuviera pendiente de él. Que lo distrajera. Que tratara de alegrarlo.

La muchachita, con la voz pizpireta que él recordaba, le contó los mil y un avatares de su vida en la ciudad. De cómo ayudaba con el negocio a Mayor, que la cuidaba como la hermana que nunca había tenido, y de cómo eran sus días por las calles de la Pescadería. Al final, con tono de confidencialidad, le contó con un mal disimulado orgullo que los estibadores le silbaban al verla pasar por los muelles.

—Pero yo no les hago caso —le dijo después, provocando una sonrisa de ternura en el curtido lobo de mar—. Bueno, a uno sí. Un poco.

Carmen le contó también que vivía con su padre, un arcabucero retirado.

Nemesio, se llamaba el hombre. Había formado parte de la guarnición de la ciudad, y aún conservaba su arma «por si acaso».

—Yo creo que es para el día que yo tenga novio —rio ella, alisándose la falda.

Para cuando la niña se despidió, Manuel volvía a parecerse al de antes.

Después regresó el dolor que rasgaba su alma, pero ya no fue igual.

Tal vez hubiera un amanecer tras una noche tan larga.

Las conversaciones con la pequeña Carmen lo fueron trayendo de vuelta.

También el cariño de sus viejos amigos. Aun así, Manuel se levantó un día con la determinación de regresar a casa. La aldea no podía seguir relegada al olvido para siempre.

Antes de partir le confió a Mayor que tal vez vinieran tiempos duros. Él regresaba a Poulo; todo era calma allí. Sin embargo, al puerto de la vieja Faro podían arribar tempestades.

Ella se quedó mirándolo con expresión angustiada.

Al margen de las dos galeras, en el puerto había otro galeón más pequeño, el San Bernardo, y una nao, la Bautista. También uno de aquellos mercantes barrigudos que llamaban urcas, y que llevaba por nombre Sansón. Durante semanas, Mayor vio cómo todos esos navíos trataban de recuperar su potencia artillera. También cómo los soldados montaban unos cañones enormes en el fuerte, aún a medio construir.

No había querido aceptar lo que ello implicaba, pero era el propio Manuel de Poulo quien le estaba abriendo los ojos. En todo aquel tiempo, le confió él, ya con el macuto al hombro, había estado preparando al São João de Portugal para una defensa desesperada de la ciudad. Igual que los otros navíos y el propio fortín del puerto. Cerralbo defendería las murallas si fuera necesario, y Bertendona los muelles. Así estaban las cosas.

Ella se volvió adentro en cuanto Manuel se perdió al fondo de la calle.

Gregorio vio su cara al entrar y la observó, destemplado.

—¿Estás bien? —le preguntó. A su lado, Carmen contenía el aliento.

Ella también había apreciado la extrema palidez de su jefa.

Mayor ni siquiera respondió. Los augurios que habían rondado su cabeza durante meses acababan de materializarse en las palabras de Manuel. Una marea de sangre avanzaba, siniestra e implacable, en dirección a su puerto.

Un dragón sin rostro acechaba a la vieja Faro.

Era su aliento de fuego el que desprendía aquel extraño olor a pólvora.

C

Londres, 3 de febrero de 1589

—¿Estamos de acuerdo, almirante? ¿Ha quedado todo claro?

Drake y Elizabeth llevaban casi dos horas de negociación.

Se las habían pasado tensando una cuerda invisible, tratando de arrastrar al otro hacia su saca. La reina pretendía imponer unas rígidas condiciones para la empresa que todos, en los puertos de Inglaterra, conocían ya con el nombre de «Contraarmada».

Tal vez pareciese una venganza visceral contra Felipe, pero era una ambiciosa estrategia que podía convertirla en la reina más poderosa del mundo entero.

Drake y Elizabeth. Elizabeth y Drake.

Para ella, los objetivos eran evidentes.

Él no lo tenía tan claro.

Lo primero que la reina le había encomendado era destrozar los barcos que habían sobrevivido. Según sus servicios de inteligencia, la gran mayoría se habían refugiado en un puerto llamado Santander. Allí habían llegado, arrastrados por los vientos del oeste, y ahora estaban arrinconados contra el vértice del golfo de Vizcaya sin posibilidad de escapar. En el lamentable estado en que habrían regresado, no podrían ofrecer mucha resistencia.

Era el momento de aniquilarlos. De dejar a España indefensa.

El almirante atisbó las primeras objeciones. La armada de Felipe no había perdido tantos barcos. De los ciento cuarenta que habían zarpado en mayo habían regresado unos cien. Y, entre ellos, casi todos los de guerra. Aunque él estaba reuniendo una flota inmensa de ciento ochenta barcos, los galeones españoles seguían constituyendo una fuerza temible.

Pese a que hundirlos les cubriría las espaldas en el resto de la travesía, lograrlo no iba a ser fácil. Además, desde un punto de vista económico aquella tampoco era una jugada ventajosa. Las pérdidas serían cuantiosas, y la plaza no tenía pinta de albergar grandes riquezas. Era mejor atacar otra ciudad que tuviera menos barcos dispuestos a defenderla.

El segundo objetivo para Elizabeth era coronar a Antonio de Avís en Lisboa.

Aquel hombre tenía tantos derechos al trono de Portugal como el propio Felipe —eso decía él —, pero había sido derrotado en la guerra por la sucesión ocho años atrás. Los ejércitos españoles habían aplastado las fuerzas fieles al Prior de Crato, y el rey de España había sido entronizado también como soberano en Portugal.

El poder de Felipe se hizo inconmensurable.

Si ya antes reinaba sobre medio planeta, ahí pasó a controlar las colonias portuguesas de América, África y Asia. El imperio más grande que jamás había existido. Algo que la reina de Inglaterra no podía consentir, como tampoco el dominio español de Flandes. La amenaza que suponía para un reino pequeño como el suyo era demasiado grande. Aceptarlo hubiera equivalido, antes o después, a someterse a la gran potencia.

Don Antonio había accedido a hacer de Portugal una delegación de la Corona inglesa si lo convertían en rey. Aseguraba que su pueblo, harto de un monarca extranjero, se aliaría con las tropas de Drake en cuanto atisbaran sus naves. Portugal se alzaría en armas contra las fuerzas

españolas en cuanto se supiera que él viajaba en uno de aquellos barcos.

Una jugada redonda para la reina, calló de nuevo sir Francis. No tanto para él.

Drake no se fiaba de que el pueblo portugués fuese a rebelarse contra Felipe. Al fin y al cabo, los corsarios ingleses llevaban décadas atacando sus puertos.

La campaña había costado una fortuna: la flota que había organizado; los pertrechos y los sueldos de los hombres embarcados; los barcos que se habían perdido, incluyendo los brulotes, la pólvora, la munición…

No quiso hablar de las indemnizaciones que jamás habían llegado a las familias de los miles de muertos que ellos también habían tenido. Aquello le correspondía a la reina, pero no solo no había pagado ni una sola moneda, sino que había reprimido con dureza a quienes habían alzado la voz. El dato exacto era un secreto de Estado, pero él sabía que había más de siete mil fallecidos. Casi todos por enfermedad. Y aunque era la mitad de los que había perdido Felipe, seguían siendo demasiados. A diferencia de Elizabeth, el rey español sí había respondido con su patrimonio ante los herederos de sus muertos.

Al recordarlo, meneó la cabeza.

Él mismo se había gastado casi toda su riqueza en la defensa del Canal, pero las principales pérdidas de la flota española se debían a los naufragios en Irlanda y Escocia, no a haber sido apresados por él. No le salían las cuentas, de ahí que la invasión de un reino entero, con sus gentes y sus riquezas, fuera la perspectiva más apetecible. Y acuciante, si tenía en cuenta el estado de su bolsillo.

El tercer objetivo de Elizabeth suponía la conquista definitiva de las Açores.

Aquellas islas en mitad del Atlántico eran estratégicas para dominar el comercio de Indias. Docenas de galeones cargados con oro, especias y todo tipo de tesoros tenían que bordear sus costas cada año.

En este punto no hubo fisuras entre Drake y su reina.

—¿Estamos de acuerdo, almirante? ¿Ha quedado todo claro?

Drake había pasado toda la reunión sin confirmar ni desmentir nada, y la reina había acabado por impacientarse. Había puesto bajo su mando una flota inmensa. Casi doscientos barcos; muchos más que los que había lanzado Felipe contra sus costas. ¿Acaso no era suficiente? Además de nombrarlo almirante de su armada, había costeado la cuarta parte de la expedición. Tenía derecho a poner condiciones.

Al margen de que era la reina, obviamente.

Él hizo una reverencia y se giró, decidido a salir del salón del trono sin dar explicaciones. Mientras se retiraba, Elizabeth observó sus andares con gesto de desconfianza. Por mucho que llevara años consiguiendo victorias en su nombre, no podía olvidar que en realidad era un pirata. Un espíritu libre que no admitía órdenes en alta mar.

Que cometía crímenes y saqueos sin ley, Dios ni patria.

En cuanto se cerraron las puertas tras él, la expresión de sir Francis se endureció.

Ella era la reina, pero era él quien se jugaba la piel en cada batalla. Quien se arriesgaba a morir de hambre o de sed. O a ser destrozado por el fuego enemigo. Ella había insistido en preguntar si todo había quedado claro. Si estaban de acuerdo.

No había tenido más remedio que aceptar el silencio por respuesta.

Mientras se alejaba, maldijo la falta de consideración de aquella mujer hacia quienes se jugaban la piel por ella y por su reino entre el fuego y los cañonazos.

«¿Estamos de acuerdo?», había preguntado ella con altivez.

Un brillo siniestro relampagueó en sus pupilas.

—Digamos —rumió él— que lo estamos en casi todo.

CI

El Escorial, 4 de febrero de 1589

Volvían a soplar vientos adversos.

Las noticias del desastre habían empezado a oírse a principios de octubre. Las escuadras, diezmadas, fondeaban como podían frente al primer puerto que hallaban.

No podría decirse que la Empresa de Inglaterra hubiera supuesto una debacle bélica, pero la estampa de los contendientes era desoladora.

Casi todos sus almirantes habían sucumbido.

Valdés, encadenado en la Torre de Londres. Oquendo y Recalde estaban muertos. El duque de Medina Sidonia, devastado y enfermo. De entre todos ellos, ya solo Bertendona permanecía en pie.

No obstante, su barco se había ido a pique.

Guzmán le había ido remitiendo cartas con cada nuevo revés.

Los primeros extravíos, ya en mayo. Escaramuzas en el Canal, de escaso calado pero de resultado adverso. Hambre. Enfermedad. Averías. Tormentas, y más tormentas. El verano más desapacible que nadie recordaba. Escuadras dispersas. Viento de bolina.

Y por encima de todo, la vergonzante descoordinación entre la armada y los ejércitos de Flandes. La huida hacia el norte que ello había provocado. La penosa travesía bordeando Escocia. Los naufragios en Irlanda. Escorbuto. Carestía. Sufrimiento. Muerte.

El ánimo del rey se fue oscureciendo con cada nueva misiva.

Las tropas de Flandes no se habían presentado en Calais. Ninguna milicia había llegado a embarcar, de hecho. Ni un solo hombre. Y Alejandro Farnesio, su propio sobrino, ni siquiera era capaz de darle una razón convincente.

Al final, la arribada a Santander del San Martín fue la guinda del pastel. La gloriosa almiranta de su flota no era más que un despojo flotante.

No quedaba ni la sombra de la que fuera la mayor gloria de Portugal.

Tres salvas sonaron sobre el cielo de Santander.

La señal anunciaba que el galeón necesitaba remolque para entrar en aguas tranquilas.

El fondeo fue arduo. La bahía cántabra no presentaba un acceso complicado, pero el navío se caía a pedazos. Al deterioro del barco había que sumarle el penoso estado de sus tripulantes. De los pocos que habían sobrevivido. Ciento ochenta hombres habían sucumbido, y la debacle no se quedaba ahí. Los supervivientes llevaban catorce días sin probar gota de agua.

Entre todos ellos, el más ilustre. Alonso de Guzmán, duque de Medina Sidonia, grande de España y almirante general de la armada, estaba al borde de la muerte.

Aun así, tuvo fuerzas para ordenar que el rey fuera informado.

«Sabed que llego muy enfermo, de veinticinco días de calentura. Se me han muerto ciento ochenta, y toda la demás gente está muy enferma de mal contagioso y de tabardete».[16]

Al recibir la carta, Felipe se encerró en su alcoba. Iba mascullando que hubiera preferido morir a ver aquello.

Sin embargo, él era el soberano del mayor imperio que jamás había existido. No podía permitirse flaquear. Los estadistas se esforzaron en hacerle ver que la expedición, en realidad, no había fracasado. Defendían que la Empresa de Inglaterra había valido la pena.

Durante un tiempo se resistió. ¿Cómo que no había sido un desastre, si ni siquiera habían logrado desembarcar? ¿Si habían perdido miles de hombres y cuarenta barcos?

No obstante, sus validos se reafirmaron. «Majestad, hemos consolidado nuestra posición frente a Inglaterra», le dijeron una y otra vez.

Al final, aunque a trompicones, Felipe empezó a ver con claridad.

La Gran Armada había provocado que los ingleses, obligados a defender sus costas, dejasen de hostigar a los galeones de Indias. Ese era el primer objetivo. También había forzado a Elizabeth a retirarles su apoyo a los rebeldes neerlandeses; bastante tenía con lo suyo. Los españoles habían tenido pérdidas, sí, pero también las fuerzas de Drake se habían visto mermadas. Algunos espías hablaban de miles de apestados.

En términos generales, la campaña tenía más de triunfo que de derrota.

El rey se volcó en velar por los héroes de la campaña.

Al contrario que en Inglaterra, donde abandonaron a huérfanos y heridos a su suerte, España dedicó una fortuna a paliar los efectos de la guerra entre los familiares de los caídos.

Cómo no hacerlo. El país más avanzado del mundo tenía que estar a la altura.

No sospechaban que en los puertos de la Albión se había empezado a perpetrar un plan de venganza. Los ingleses habían olido la sangre. Pese a que sus pérdidas también eran cuantiosas, la sensación de victoria les había dado alas.

Los espías españoles en la corte inglesa tardaron en deducir lo que estaba pasando, pero al final lograron descifrar los planes de Elizabeth.

La Contraarmada afilaba sus cuchillos en el lejano norte.

El rey dio orden de que todas sus fuerzas se pusieran en guardia. Él mismo distaba mucho de estar recuperado, pero no podían dormirse en los laureles. El ataque, según decían los informadores, era inminente.

Habían vivido un infierno durante el medio año último.

Sin embargo, tal vez lo peor aún estuviera por llegar.

Santander era un hervidero, y aun así, todo progresaba a una velocidad desesperantemente lenta. Una legión de carpinteros, de arrieros y de estibadores se afanaba en torno a los buques retornados, pero los ingleses ya estaban casi listos para zarpar. Nunca propiciaron las prisas que un herido sanara con más presteza, rezongaban los operarios.

Volvían a soplar vientos adversos para Felipe.

Y no solo eso. Los ecos de Pastrana seguían resonando como bronces en su conciencia; la dichosa gota lo tenía postrado en su aparatosa silla, más propia de un carcamal inútil que de un rey, y un viejo tema sin zanjar corroía sus entrañas.

El traslado de la reliquia no dejaba de rondar su coronilla.

Si el señor Santiago hubiera estado a su lado, nada de aquello hubiera sucedido.

Ambrosio seguía sin contestar a sus cartas, y ya tenía bastantes preocupaciones. No podía permitir que se empantanase indefinidamente aquel asunto.

Su cronista tendría que regresar a Compostela. Era su deber.

El rey en persona le había confiado una misión. Ya estaba bien de divagaciones absurdas. Él no podía ocuparse de todo. Y menos ahora, con la que se le venía encima.

Ambrosio había sido un fiel servidor y gozaba de un prestigio incuestionable, pero su comportamiento en los últimos tiempos era inaceptable. Si no estaba dispuesto a llevar a cabo su trabajo por las buenas, tendría que hacerlo por las malas.

Violentar la voluntad del rey no era un juego.

Era tanto como violentar al mismo Dios.

16 Comunicación real de Alonso de Guzmán a Felipe II tras su arribada a Santander.

CII

Poulo, 21 de febrero de 1589

El invierno fue pasando, silencioso y sombrío.

Manuel volvió en sí como si viniera de otro mundo.

Al darse cuenta de que había estado divagando, sacudió la cabeza. Se había hundido otra vez en pensamientos funestos sin darse cuenta. Unas ensoñaciones tétricas lo asaltaban a cada paso, dejándolo con la mirada perdida.

El regreso al hogar, a la realidad gris que era la vida en Poulo, no se correspondía con lo que había anhelado. Los días y las noches se repetían como pesadillas vacías. Las mañanas brumosas. Los atardeceres lentos. Nada rompía la quietud de la aldea. Si acaso, un ladrido lejano o el canto de un gallo. Los caminos embarrados apenas permitían caminar. Las nubes bajas se colaban, como fantasmas deshilachados, entre las casas arracimadas.

De nuevo, salió de su ensimismamiento y resopló.

Ya le había vuelto a pasar. Hacía casi tres semanas que había regresado a casa. Veinte días ya, desde que había llamado a la puerta de su madre con el cansancio de mil derrotas aplastándole los hombros.

Con la necesidad urgente de encontrar algo de paz.

La anciana lo había mirado de arriba abajo con gesto confundido.

Fue solo un instante. Después, al reconocer a su hijo tras las pupilas de aquel espantajo cadavérico, tuvo que agarrarse al quicio para no caer.

Él, también impresionado, fue incapaz de reaccionar.

La mujer estaba más consumida de lo que él esperaba. Sus ojos vidriosos, sus ademanes agarrotados, su expresión de sufrimiento. Al verla, se habría dicho que su cuerpo se había mantenido con vida por sí mismo, respirando y comiendo, pero que su alma se había rendido tiempo atrás.

Una lanza de hielo atravesó su pecho. Supuso que habría llegado a darlo por muerto.

Los ecos del desastre de la Armada reverberaban por todo el reino.

Al ver la miseria que se respiraba en toda la aldea, Manuel comprendió que el abastecimiento de los navíos del rey en Coruña había provocado una gran carestía en varias leguas a la redonda. A medida que los alimentos empezaron a pagarse con tanta generosidad, era fácil deducir que todo habría subido de precio. A las gentes humildes se les había vetado el acceso a los productos de primera necesidad. Ese era el otro rastro que había dejado tras de sí la Empresa de Inglaterra, incluso en un lugar como Poulo.

Los primeros días se centró en paliar el hambre y el frío que imperaban en aquella casa. Tuvo que emplear todas sus influencias para comprar comida y leña. Podía hacerlo, pues su bolsa estaba llena, pero no le resultó fácil. Bertendona le había pagado por sus servicios con generosidad, y aun así, tuvo que buscar hasta debajo de las piedras.

Apenas había comida en ningún lado.

Por suerte, él era el provisor de Bertendona. Y de Cuéllar. Incluso del legendario Álvaro de Bazán. Al final, consiguió víveres, cómo no. Tampoco tenía alternativa. Hubiera tenido que

robar, so pena de morir en el intento. Era cuestión de vida o muerte.

Las lágrimas afloraron a sus ojos al ver las cuatro cosas que les quedaban a aquellos dos viejos indefensos. Ellos bajaron la cabeza, avergonzados, ante el gesto estremecido de su hijo.

Él, en cambio, los miró como había contemplado antes a los héroes de la Ragazzona.

No podía caber más dignidad en su miseria.

Entonces, sin pretenderlo, recordó a los caídos en la expedición. Los entierros en el mar. Las agonías interminables. Muchos habían sucumbido en alta mar; pero sus pobres padres habían estado a punto también de hacerlo en mitad de la campiña.

Si él no hubiera regresado, no habrían sobrevivido al invierno.

Aquella noche en la aldea fue muy larga y muy negra.

Manuel salió a la calle después de cenar. Al cerrarse la puerta, sus padres se miraron con cara de circunstancias. La vida debía de haber golpeado al que un día había sido un muchacho animoso y alegre. El padre empezó a renegar entre dientes, pero ella le agarró una mano con mirada suplicante. Él asintió, y lo dejaron ir.

Los refugios que precisa el alma solo puede construirlos uno mismo.

Al respirar el frío aire nocturno, Manuel alzó los ojos hacia las alturas. Millones de estrellas titilaban sobre su cabeza. «No hay cielo como el de Poulo», solía decir en alta mar.

No hay cielo como el del océano, se sorprendió pensando ahora.

Los charcos brillaban a sus pies, con reflejos de luz plateada. La helada propiciaría que amaneciesen solidificados. Decidió andar sin rumbo. Los aromas de su niñez le trajeron mil imágenes, muchas de ellas ya olvidadas. Los campos esponjosos tras la lluvia. La vegetación dormida en invierno. Aquel olor indeterminado que, simplemente, olía a frío.

Redescubriendo sensaciones olvidadas, vagó por el camino real con las manos en los bolsillos. Eso era lo que tantas veces había visto en sus sueños como un horizonte de paz. El silencio de la aldea. La tranquilidad del hogar.

El reencuentro consigo mismo, después de tanto dolor.

Sin embargo, las expectativas no estaban convirtiéndose en realidad. En lugar de la ansiada calma, su cabeza no hacía más que dar vueltas como si tuviera voluntad propia.

La de derivar, terca e irremediablemente, hacia el desastre.

Sin que él pudiera hacer nada por evitarlo, su pensamiento no dejaba de evocar los recuerdos más desgarradores de la travesía, en un bucle trágico e inacabable. Cada poco tiempo se sorprendía doliéndose de aquellos días, con el pulso acelerado y las mandíbulas apretadas. Recreándose amargamente en las mismas imágenes de tortura y destrucción.

La explosión de un galeón cargado de amigos. Recalde y Oquendo, podridos de enfermedad. La Ragazzona, hecha pedazos sobre la arena. Soldados que comían serrín por pura desesperación. Hombres de honor agonizando durante semanas, asolados por un tormento atroz. Y siempre, intercalada entre ellas, aparecía la estampa más terrible.

El pequeño Tristán se hundía en las aguas con una mortaja improvisada.

En cuanto volvía en sí se obligaba a respirar, pero siempre regresaban las sombras.

Bajo la tenue claridad de la luna a medio hacer llegó al final de la aldea. Allí estaba otra vez el arbolito. El camino, con su rostro inexpresivo, se alejaba serpenteando monte abajo. Allá al fondo, la vieja ciudad de Faro se preparaba para la venida de un monstruo sin rostro. Los ojos temblorosos de Mayor lo miraron desde la distancia. También pensó en Bertendona, que seguía

allí, pertrechando los barcos para una defensa desesperada. Pensó en Gregorio. En Carmen.

El estruendo y la guerra acechaban desde el mar.

Emprendió el regreso a casa. El frío era intenso, y su respiración se convertía en vaho nada más salir entre sus labios. Sería mejor regresar. Sus padres ya se habrían acostado entre sus viejos cobertores.

Ya ante las puertas, volvió a mirar al cielo. La noche, tal y como llevaba previendo todo el día, iba a ser muy larga. Y muy negra. No podría ser de otro modo. Se cumplía un año exacto desde la muerte de Bazán. El mejor marino de cuantos habían surcado jamás los océanos de todo el mundo. Su valedor. Su gran amigo.

Asediado por un ejército de espectros, Manuel entró en casa.

Fuera dejó a la noche, con su silencio. A la luna y a Poulo.

Le estaba costando demasiado hallar la paz.

CIII

Alcalá, 12 de marzo de 1589

No por ser previsible es menos amargo un trago.

Ambrosio leyó el mensaje del rey con gesto serio. El emisario, con las manos entrelazadas tras la espalda, esperó ante su mesa. Los ocho soldados de su escolta aguardaban junto a entrada con aire belicoso.

«Dado que no os dignáis a contestarme, licenciado, me veo obligado a enviar esta escolta a vuestra casa. Ellos os acompañarán hasta El Escorial, primero, y a Compostela después. Debéis acabar de una vez por todas lo que comenzasteis hace unos meses. Ya os dije que todos los recursos de la Corona están a vuestra disposición. El asunto goza de una prioridad máxima para el gobierno de estos mis reinos. Es menester zanjarlo de inmediato».

El cronista alzó la vista del papel y el hombre se removió, incómodo.

Las órdenes que el rey le había dictado eran tajantes. Tenía que llevarse consigo al licenciado Morales como fuera. Arrastrarlo hasta la corte por las malas si no aceptaba ir de buen grado.

Esa era la consigna. El modo de lograrlo lo dejaba en sus manos.

—Soy demasiado viejo para esto, caballero —soltó Ambrosio, tirando el escrito sobre la mesa y recostándose contra el respaldo con ademán hastiado—. Estas amenazas ya no surten efecto sobre mí.

El enviado del monarca se retorció los dedos.

Había pasado todo el camino temiéndose una reacción similar. El anciano que ahora contemplaba el techo con desgana era una leyenda viviente. Una de las personas más sabias y con más prestigio de toda Castilla. Era de prever, por tanto, que no bajase la cabeza ante los caprichos de nadie.

Ni siquiera ante los del todopoderoso rey de las Españas.

—Os lo ruego, mi señor —titubeó, con ademán implorante. Se sentía como una argolla en medio de una cuerda de cuyos extremos tiraban dos titanes—. Don Felipe está muy disgustado. Es mi cometido que nos acompañéis hasta San Lorenzo. Nada más que eso. Son solo un par de jornadas, como bien sabéis. Lo que tratéis después con Su Alteza ya no es de mi incumbencia. Si él consiente vuestro regreso a Alcalá, sea. —Aquí, el licenciado apartó la mirada de las vigas del techo para dedicarle un gesto de escepticismo—. Nuevamente os lo ruego, mi señor. Es la voluntad del rey.

Ambrosio se tomó un tiempo para responder.

Había sido abandonado a su suerte por el rey. Una y otra vez le había rogado desde Compostela que le hiciera llegar la bula y no había recibido más que el silencio por respuesta. Al recordarlo, estiró el cuello y se reafirmó.

Fuese hecho ahora tal pago, pues, con la misma moneda.

Esa fue la idea a la que el viejo erudito eligió aferrarse. Regresar a la ciudad sagrada era una idea insoportable para su ánimo, desgastado por los remordimientos y la amargura.

—Ni la voluntad del mismo Dios podría obligarme a abandonar esta casa. —El funcionario echó un vistazo involuntario por la ventana que no pasó desapercibido para Ambrosio—. ¿Qué sucede, caballero? —le preguntó, sarcástico—. ¿Acaso tenéis orden de que vuestros hombres me saquen de aquí a rastras?

El correo del rey tragó saliva. Esas eran exactamente las instrucciones que Felipe había dictado unos días atrás. Obviamente, el rey y su cronista se conocían bien.

Aunque pálido, alzó el mentón. Ya que no había más remedio, tendría que llevarse al ilustre licenciado Morales como a un vulgar ladrón de gallinas

Sin embargo, aún no estaba todo dicho.

Justo cuando se disponía a responder, unos toques en la puerta llamaron la atención de su anfitrión y también la suya propia. El ama de llaves, la misma mujer que lo había conducido hasta el salón, se adentró en la cámara con gesto adusto.

—Otro emisario, señor —anunció, con una indolencia vacía—. No ha querido pasar. Ha dicho que el remitente le ordenó entregar esto, y nada más.

Entre las manos, la mujer traía otra misiva.

Aunque receloso, el cronista cogió el papel de manos de su criada. Bajo la mirada curiosa de su visitante, que seguía aguardando, desenrolló el pergamino y leyó.

«Al ilustre licenciado Morales, cronista de Castilla

Estimado señor:

La única verdad, la de los tiempos que fueron, se dispone a ser revelada en Compostela. Tal vez esta nueva no sea del interés de vuestra excelencia, mas no es la única que hoy me dispongo a haceros llegar.

Atended bien, pues es cuestión de vida o muerte.

Vuestros discípulos, ese joven hércules de la casa de Bretoña y el brillante muchacho del linaje de los Suevos, se hallan recluidos en la cárcel de la ciudad sagrada desde el mes de septiembre. Llevan ya casi seis meses, pues, en la Falcona. Y el estado de salud de uno de ellos, según tengo entendido, se ha complicado bastante.

Sirva este motivo para traeros a la ciudad del Apóstol, aunque debiera interesaros también lo que Jerónimo Román está a punto de exponer ante el cabildo compostelano. Será a finales de este mes, con vuestra presencia o sin ella.

Sea Dios con vuestra merced, caballero. Espero veros pronto».

Ambrosio se quedó sin habla.

Releyó el texto con el corazón desbocado y le dio la vuelta al papel varias veces, buscando el nombre del remitente. No lo halló. Alguien se había puesto en contacto con él de forma anónima para anunciarle que el sabio agustino se disponía a hacer pública la réplica a su proyecto.

Y también para contarle que Cándido y Mundo estaban presos en la Falcona.

Mil preguntas empezaron a bombardear su sesera como una lluvia de piedras.

¿Quién le enviaba semejante anónimo? ¿Sería el propio Felipe, en una estratagema destinada a asegurar que partía en dirección a Compostela? ¿O algún otro, pretendiendo tenderle una trampa? Se giró hacia la mujer, que aguardaba junto a la puerta con la misma cara átona.

—¿Ha partido el emisario? —le preguntó.

—En cuanto me entregó la carta, señor —contestó ella, sin variar el tono—. Como si pretendiera, precisamente, que nadie pudiera salir tras sus pasos.

El correo de Felipe, visiblemente intrigado, seguía contemplando la escena con mirada inquisitiva. El anciano examinó su expresión. No parecía saber nada. El remitente, en consecuencia, no debía de ser el rey.

Al cabo, volvió a hundirse en el papel.

¿Qué diablos estaban haciendo sus pupilos en Compostela? Nada tenía sentido.

¿Y cómo rayos habían acabado en la Falcona?

—¿Y bien, licenciado? —La voz del enviado de Felipe rompió sus cábalas—. Su Majestad os aguarda en San Lorenzo. ¿Tendréis a bien acompañarme?

Ambrosio elevó hacia él una mirada vacilante.

Unos minutos antes estaba dispuesto a negarse en redondo, desafiando a los esbirros a que se atrevieran a ponerle un dedo encima, pero ahora todo había cambiado. Tal vez el anónimo fuera una trampa, pero no tenía más remedio que caer en ella. La posibilidad de que el encarcelamiento de sus discípulos fuera real era demasiado aterradora como para ignorarla.

—Dadme una hora para preparar mis cosas —respondió.

El emisario asintió, aliviado.

—Por descontado, caballero. Os estaremos aguardando en la entrada.

Después, sin acabar de creerse su buena suerte, salió.

Ambrosio se quedó solo con el papel entre las manos. Cabalgaría a El Escorial, qué remedio. Al fin y al cabo, todos los caminos hacia la ciudad sagrada pasaban por aquel lugar. En cualquier caso, iba a tener que retomar la misión encomendada por el rey. Esa era ya la única opción que tenía para tratar de conseguir lo realmente importante.

Sacar a los muchachos de aquel infierno húmedo.

Medio año entre sus muros era demasiado tiempo para cualquiera. Al evocar su frialdad y sus tinieblas, no pudo evitar pensar en Cándido y en su salud quebradiza.

Llevaba seis meses en la prisión de la que nadie salía siendo el mismo.

La temible Falcona, excavada en el subsuelo de Compostela.

CIV

El Escorial, 15 de marzo de 1589

De camino a El Escorial, Ambrosio cabalgaba con gesto sombrío.

Aún no había logrado urdir un plan para rescatar a los muchachos. Regresar a Compostela era inevitable, pero asaltar la prisión de la ciudad era harina de otro costal.

Los jinetes de su escolta se iban quitando de encima la ropa de abrigo.

Un viento helado había azotado sin descanso su tránsito por la llanura, pero en el ascenso el calor los había obligado a quitarse las capas.

Al verlos, un proverbio lejano resonó en los oídos del licenciado.

«Antes desvestirá a un hombre el plácido sol que el vendaval más violento».

Cuando desmontó, sudoroso por el esfuerzo de la cabalgada y por aquel mediodía extrañamente soleado, el secretario real ya lo estaba esperando.

Al verlo entrar, Felipe se pasó la mano por la barba. Ambrosio se acercó, y, sin decir palabra, saludó con una reverencia nada servil.

—Supongo que tendréis una buena justificación —le espetó el rey, con cara de palo.

El cronista le mantuvo la mirada. No creía tener nada de lo que arrepentirse.

—Es hora de hallar soluciones, majestad —replicó el anciano—. No agravios.

Felipe arqueó una ceja.

Había previsto un enfrentamiento agrio, pero tan extraño saludo lo había dejado descolocado. En su cabeza, el enojo de tantos desaires entró en disputa con la curiosidad por saber qué se traía entre manos aquel viejo zorro.

Ambrosio contuvo una sonrisa. Eso era precisamente lo que había previsto. Si no se disculpaba ni mostraba arrepentimiento, el interés de Felipe se dispararía.

Entonces, la iniciativa sería suya.

—Necesitaré más hombres —afirmó, mostrando más seguridad de la que en realidad sentía —. Los que me han acompañado desde Alcalá no van a ser suficientes.

El rey dudó. ¿Más hombres? ¿Acaso había reconsiderado su postura?

Cuando él le había insistido en que se presentase en Compostela al frente de un regimiento se había negado, alegando que aquello provocaría un derramamiento de sangre.

—Más hombres… ¿para qué, licenciado?

Ambrosio permaneció impasible.

—Jerónimo Román se dispone a emitir un veredicto —respondió, con tono neutro y gesto inexpresivo—. Ya sabemos que el cabildo compostelano nada en oro. Y no es la primera vez que emplean sus recursos en sobornar a alguien. No sería ninguna sorpresa que fray Jerónimo rebatiera mis argumentos; por mucho que los suyos sean poco más que mitos para incautos y los míos, razones de peso.

Felipe se removió, incómodo.

Traer el cuerpo de Santiago a San Lorenzo era el más íntimo de sus deseos, pero no le gustaba que nadie se refiriera de ese modo a la leyenda jacobea. De todos modos, calló. Si el licenciado se mostraba dispuesto a retomar su misión, sería mejor no contravenirlo.

—Así pues —continuó Ambrosio—, es de suponer que el arzobispo de Compostela se dispone a rehusar el proyecto de traslado. Es por eso que vamos a necesitar un batallón: para persuadirlo.

El rey se puso muy tieso sobre su aparatosa silla.

El ínclito cronista de Castilla pretendía irrumpir con un ejército en la ciudad sagrada y llevarse la reliquia por las bravas. Justo lo que él le había sugerido tiempo atrás.

Justo lo que el anciano había rechazado con vehemencia.

—¿Qué os ha hecho cambiar de opinión? —preguntó Felipe, con desconfianza.

Algo le decía que un giro tan radical era ilógico en la conducta de un hombre cabal.

Ambrosio desvió la vista hacia la ventana.

En dirección sur, el sol atemperaba los campos con su luz, pálida pero firme.

—Como os he dicho antes, señor, es momento de buscar soluciones —contestó, con determinación—. Y esta es la única opción ahora. Debemos actuar con convicción.

—Más que convicción, contundencia —sonrió Felipe, satisfecho. El viejo zorro había bajado la cabeza ante la propuesta de su rey.

Un gran logro, teniendo en cuenta su prestigio y su testarudez.

Ambrosio supo que su plan había funcionado.

La sonrisa orgullosa que lucía el soberano indicaba que estaba de acuerdo con la vía propuesta. Más aún, que estaba entusiasmado. Al fin y al cabo, había sido idea suya.

—La verdad y la razón están por encima de las supersticiones, majestad.

El rey y su cronista se miraron a los ojos.

También el día y la noche se entremezclan a diario.

Antes de una hora, el licenciado y su escolta abandonaron El Escorial.

En su camino hacia la ciudad sagrada saldría a su encuentro un regimiento. Un ejército no muy numeroso pero que sería suficiente. El gobernador Cerralbo, capitán general de Galicia, le enviaría los soldados necesarios desde la vieja Faro. Las tropas aguardarían en el vado del Miño la llegada de Ambrosio. Después cabalgarían hasta Compostela, y allí se encargarían de que las órdenes del rey fuesen ejecutadas punto por punto.

—Podéis emplear para ello —recalcó Felipe— los medios que sean precisos.

El licenciado asintió.

Con la dispensa papal bajo el brazo, nada podría detenerlos.

Cuando ya El Escorial quedaba atrás, Ambrosio respiró.

Había sido a costa de engañar al rey, pero se había salido con la suya.

El ejército que acababa de conseguir le permitiría liberar a los muchachos. Eso era lo único que le importaba.

Si Román rebatía o no su argumentario le traía al pairo; y el expolio que los tercios del rey pudieran perpetrar después en la catedral de Compostela, menos aún. Incluso si llegaba a correr la sangre, se dijo, bien sabía el cielo que no sería culpa suya.

La luz de la tarde invernal le acarició los ojos. El sol ya no daba calor, como antes.

El rey había caído en su treta. El ansia había cegado su entendimiento.

Pese a estar preocupado por los muchachos, una sonrisa asomó a sus labios.

Antes desvestirá a un hombre el plácido sol que el vendaval más violento.

CV

Compostela, 21 de marzo de 1589

Cabana y Román se saludaron ante la puerta del palacio.

En lugar de su habitual sonrisilla, el arcediano traía esta vez un gesto adusto en la cara. El propio agustino le había enviado un recado unos minutos atrás para que los dos fueran a hablar con Sanclemente.

Indalecio se puso en marcha, pero la incertidumbre le hizo arrugar la frente. No sabía a qué venía tanta urgencia después de meses de silencio. Tampoco tenía ni idea de qué era lo que fray Jerónimo quería contarles, tanto a él como al arzobispo.

Cuando el centinela los anunció, los dos tomaron aire.

—Monseñor —saludó el monje, muy serio, al asomarse al salón.

—Pasad, pasad —indicó el arzobispo, señalando las sillas que rodeaban la mesa.

Mientras se acomodaban, el prelado y su canónigo cruzaron una mirada interrogante. Ninguno de los dos alcanzaba a vislumbrar por qué Román había convocado aquella reunión.

El agustino se aclaró la voz y plantó los codos en la mesa.

—Caballeros… —empezó, entrelazando los dedos—, he de anunciaros algo importante: tengo listo el documento.

Sanclemente y Cabana se miraron de nuevo por un instante.

El licenciado Morales no había vuelto a asomar el hocico. De ahí que no hubieran apremiado a fray Jerónimo, por mucho que los tres meses de plazo ya se hubieran sobrepasado holgadamente.

Indalecio frunció el ceño al recordar a Ambrosio.

Aunque sabía que los emisarios del rey habían estado visitando al viejo intrigante, no parecía que nadie pudiera obligarlo a salir de su casa. De todos modos, llevaba tiempo sin recibir noticias. Eso le hizo recordar también que los aprendices del licenciado seguían encerrados al otro lado del obradoiro y que uno de ellos, el más listo, estaba enfermo.

—¿Lo tenéis preparado, decís? —La voz del arzobispo hizo que Indalecio retornase al presente—. Entonces… ¿vais a entregárnoslo ya?

Cabana supo que Sanclemente había estado pensando lo mismo que él.

En cualquier caso, eran buenas noticias. Tal vez el documento no fuera ya necesario, pero desactivar definitivamente el proyecto de Ambrosio no estaba de más. Al fin y al cabo, lo había presentado en nombre del mismísimo rey.

Román, con la vista fija en sus propias manos, negó muy despacio.

—¿Entregarlo, sin más? Monseñor… He tardado mucho en redactar este texto —se resistió, con voz apagada—. No he escatimado esfuerzos en recopilar una nueva Historia Compostelana. El equivalente al Registrum de Gelmírez, pero actualizado hasta nuestros días.

Indalecio se quedó con la boca abierta, y los ojos de Sanclemente relampaguearon.

Si lo que el agustino decía era cierto, la estrategia del arcediano iba a superar con creces las expectativas iniciales. Lo que había nacido como una jugada destinada a neutralizar los argumentos de Ambrosio podía convertirse en una maniobra magistral.

En algo que podía dar sentido a toda una vida.

Román afirmaba haber redactado una obra maestra que ensalzaría a la catedral compostelana ante toda la cristiandad. Los romeros, cuyo número se había reducido alarmantemente en los últimos tiempos, volverían a peregrinar por miles, como antaño.

Y todo aquello, se estremeció el prelado, habría tenido lugar durante su mandato.

—Comprended que no me parezca apropiado que os haga entrega del manuscrito así, sin más —siguió fray Jerónimo, en el mismo tono gris—. Haremos venir a los representantes del reino y a los notables de la ciudad. Así, todo el mundo tendrá constancia. También los notarios del rey, ¿comprendéis? Sobre todo, ellos.

El prelado asintió, complacido.

Román tenía razón. La lectura pública de su tesis desarmaría cualquier intento futuro de confiscar los vestigios sagrados. El dictamen sería entonces irrebatible. Definitivo.

Habrían vencido para siempre.

—¿Cuándo lo haréis, hermano? —preguntó Sanclemente, con una vibración en la voz que delataba su expectación.

Cabana, a su lado, se debatía entre cábalas silenciosas.

—En diez días —respondió Román—. Para entonces ya tendré preparada la exposición. Convocad a todo el mundo para esa fecha; el último día de este mes de marzo.

Sanclemente asintió.

Si el alegato estaba listo, no tenía sentido demorar más su exposición. Cuando la lucha ha sido larga, ver la victoria al alcance de la mano multiplica la ansiedad de los combatientes.

La perspectiva del triunfo, al convertirse en anhelo, anula toda prudencia.

Con la reunión terminada, Cabana y el agustino se despidieron del arzobispo. Mientras salían del palacio, fray Jerónimo llevaba en la cara una expresión indescifrable.

Junto a él, Indalecio se mordía el labio sin saber qué pensar.

Él había manejado las cuerdas invisibles de aquel guiñol desde el principio, pero tenía la extraña sensación de que se las habían arrebatado de entre los dedos sin darse cuenta.

Una intuición incómoda. La sombra de una amenaza.

La silueta de otras manos manipulando las suyas.

CVI

Plymouth, 22 de marzo de 1589

De los cinco escuadrones de su flota, cuatro estaban ya listos.

Inglaterra preparaba la campaña a marchas forzadas.

La operación, tras la huida de la Spanish Armada, podía determinar el devenir de los siglos hacia un nuevo orden mundial. Si lograban arrebatarle a Felipe el trono de Portugal, todo cambiaría. El mayor imperio que jamás había existido en todo el mundo se vería partido en dos.

Ese era el objetivo.

Inglaterra se habría hecho con la mitad de aquel descomunal territorio. Brasil, la India, África y las islas de la Especiaría pasarían a ser posesión de Elizabeth.

El mundo sería otro. Y bien distinto.

Drake quería conocer hasta el mínimo detalle.

Desde su camarote a bordo del HMS Revenge, el almirante coordinaba al enjambre de operarios que entraba y salía constantemente. La Counter Armada contaba más de ciento ochenta barcos. Él había comandado expediciones pequeñas y también muchas en solitario sobre su galeón. Sin embargo, pertrechar semejante contingente para una travesía de meses suponía un desafío nuevo y desconocido. Todo era poco en sus previsiones.

Y, además, aquel ejército tenía poco que ver con el que había enviado Felipe sobre ellos el verano anterior. El inmenso imperio español podía permitirse una armada real y sus tercios eran, con diferencia, el cuerpo de infantería más profesional de cuantos existían. A cambio, él tenía que bregar con armadores particulares y con unos mercenarios que más se comportaban como piratas que como militares de carrera.

Por si eso fuera poco, Elizabeth parecía empeñada en desbaratar sus planes.

Ella había ordenado caer sobre Santander para destruir los barcos que se habían refugiado allí a su regreso, pero para sir Francis el balance entre el riesgo y el beneficio de un ataque así estaba descompensado.

Una vez restañadas sus heridas —y apoyados por las defensas del puerto, bien surtidos de munición— aquellos ochenta navíos poderosamente artillados podían infligirles un daño severo. Tanto que se podía truncar de raíz el resto de la expedición. Además, aunque lograsen vencer, era probable que no consiguiesen continuar en dirección a Portugal. Si al salir de Santander el viento soplaba del oeste, tal y como era previsible en esa época del año, regresar a la costa atlántica para caer sobre Lisboa se habría hecho imposible.

Sus barcos se quedarían arrinconados en la esquina del golfo de Vizcaya con la única opción de regresar e Inglaterra con las manos vacías. Y eso, en el mejor de los casos.

En el peor, un contraataque español podía incluso enviarlos al fondo del mar.

Si aquello llegaba a suceder, todo se habría venido abajo estrepitosamente. Los inversores no obtendrían ningún beneficio, los armadores habrían perdido sus barcos y la reina se quedaría sin Portugal y sin su imperio transoceánico.

Y él habría fracasado.

Unas voces alteradas lo sacaron de su ensoñación.

El almirante, sorprendido, se incorporó tratando de desentumecerse. Los hombres a los que llevaba tiempo esperando habían llegado.

Las noticias que traían determinarían el destino de la expedición.

—¿Y bien? —les preguntó, sin saludar—. ¿Cómo van las cosas por Santander?

Los informadores se quitaron los sombreros con cara de circunstancias.

—Ochenta y cuatro buques, capitán —anunció el primero—. Casi todos reparados, y listos para entrar en combate.

Drake meneó la cabeza. En casos así, odiaba tener razón.

Le había estado dando vueltas a la posibilidad. Buscando alternativas.

Y ahora, la bruma acababa de despejarse ante su proa.

Santander, definitivamente, no era una opción. No obstante, iban a tener que conquistar otra plaza. El aprovisionamiento que pudieran conseguir era clave para afrontar el sitio de Lisboa, y la ira de la reina, al ver incumplidas sus órdenes, solo se podía aplacar con otro éxito. Eso le proporcionaría el aval que necesitaba para cumplir con su misión principal. Al fin y al cabo, hacerse con la capital portuguesa era la clave de toda aquella campaña.

—¿Entonces? —preguntó de nuevo—. Si Santander es una trampa…, ¿dónde efectuaremos la primera ofensiva?

Los hombres se miraron de forma significativa.

Estaba claro que habían estado debatiendo sobre el tema.

—Creemos, capitán —volvió a hablar el mismo—, que la mejor opción es caer sobre Faro. No tendríamos que desviarnos de camino a Lisboa, ni habría que temer el viento en contra después. Además, sus defensas son relativamente pobres… Solo hay cinco buques defendiéndola, y algo más de mil soldados.

Drake se metió las manos en los bolsillos.

A él ya se le había ocurrido esa misma idea. Al mando de sus veintiocho mil hombres, y con una flota bien armada, conquistar la vieja An Chruinne parecía factible. Aquel puerto había aprovisionado a los barcos de Felipe; era de prever, por tanto, que estuviera bien surtida de provisiones y de vino de Rivadavia. El mejor del mundo.

—Además… —La voz de su espía deshizo sus reflexiones—. Se rumorea que hace meses desembarcó allí uno de los galeones de Indias de Felipe.

El almirante lo miró con la respiración suspendida.

Si eso era cierto, el botín que guardaba la ciudad podía superar todas las expectativas. El oro del Perú que traían aquellos barcos podía pagar la campaña en su totalidad. Pasara lo que pasase después, todo sería ganancia.

Con el tintineo del oro repicando, Drake empezó a hacer cuentas en el aire.

—Nos han dicho que el oro sigue allí guardado —confirmó el espía—. En algún lugar de La Coruna.

Coruña, 22 de marzo de 1589

Mayor se quedó sola en el almacén.

Bertendona acababa de abandonar su local. Necesitaba aprovisionar bien el castelete que habían erigido en el islote de Santantonio. Mayor había sido capaz de cumplir con todas sus peticiones, pero con cada una su desasosiego iba en aumento. Un frío extraño se extendía por sus

huesos cada vez que veía aparecer a aquel hombre. El negocio iba mejor que nunca, pero, aunque Gregorio se frotaba las manos con cada nueva transacción, ella veía cómo la oscuridad se agrandaba en torno a su ciudad.

El invierno acababa de terminar.

¿Por qué habría de aprovisionarse de ese modo el castillo? ¿Y los buques de guerra que seguían fondeados en puerto? ¿Para qué necesitaban tanto abastecimiento los militares?

Manuel había regresado tiempo atrás a Poulo. Ni siquiera podía consultar con él aquellas dudas negras. En su soledad, ella sopesaba todas las opciones, pero al final siempre alcanzaba la misma conclusión.

Bertendona estaba preparando a la guarnición de Faro para la guerra.

Los vecinos afirmaban que un puerto pequeño como el suyo no ofrecía ningún interés para la reina de Inglaterra. Algunos incluso se reían de su desazón, tachándola de agorera. Santander, Porto, Lisboa. Esas eran las plazas que podían decantar la guerra. Las que debían temer un ataque. Sin embargo, una convicción helaba el corazón de Mayor Pita.

La marea de sangre que tanto había temido estaba a punto de llegar.

CVII

Compostela, 23 de marzo de 1589

Los accesos de tos eran constantes.

Cándido cesó de dibujar rayitas cuando se cumplieron seis meses de encierro. No le quedaban ya fuerzas, y había perdido la esperanza de que fuera a servir para algo.

La tosecilla provocada por el moho y la humedad se había hecho cada vez más presente, y ahora no le daba tregua. Cada vez más debilitado, empezó a pensar en Mundo a todas horas. Si él moría, algo que ya consideraba cuestión de tiempo, no sabía qué iba a ser de su pobre compañero.

Eso era lo peor de todo.

Más que el hambre y el agotamiento. Más que la tortura de aquella tos cavernosa que no le permitía dormir ni respirar. Saber que Mundo también iba a morir allí, olvidado por todos, le partía el alma.

Más, incluso, que el augurio imparable de su propia muerte.

CVIII

Valladolid, 24 de marzo de 1589

La expectación inundaba el salón de audiencias.

—¡Siete centurias ya, enriqueciéndose en falso! —exclamó el letrado ante el tribunal de la Real Chancillería—. ¡Setecientos años expoliando al pueblo de Castilla!

Los magistrados escuchaban su alegato con el corazón acelerado.

Pese al sospechoso informe que habían redactado los auditores de la propia audiencia a finales de julio, todo indicaba que el documento, aunque muy antiguo, no era más que una falsificación. El propio dictamen afirmaba no ser concluyente, y su ambigüedad resultaba sonrojante.

Sin embargo, convenía conducirse con cautela.

El caso amenazaba con arrasar los cimientos de la fe. Verdades aceptadas durante siglos se tambaleaban ante el furor justiciero del joven abogado. Pese a que había centrado su demanda inicialmente en la supuesta falsedad del documento, todo apuntaba a que ahora su objetivo era otro.

Lázaro había citado tres semanas atrás a sus clientes. Informar a los cinco obispos sobre la nueva estrategia había sido el primer paso.

El guijarro suelto que precedería a la avalancha.

Si lograba convencerlos, iría a por todas.

Allí estaban otra vez Sus Ilustrísimas.

Los obispos de Sigüenza, Burgos, Calahorra y Palencia se sentaron en los mismos sitios que la otra vez. El de Osma, que había permanecido de pie junto a la puerta del comedor en la reunión anterior, se colocó esta vez cerca de la ventana.

La jofaina en la que Lázaro se lavaba las manos quedaba a sus espaldas.

—Ya os advertimos que esos peritos serían tentados por los canónigos de Compostela, letrado —indicó el de Palencia—. Ya veis; el tiempo nos ha dado la razón.

Lázaro sintió coletear el recuerdo amargo de aquellos días.

Todavía le escocía la candidez que había mostrado.

—Sobornar a unos funcionarios grises no supone un problema para los miembros del cabildo, en efecto… Sin embargo, no les va a servir de gran cosa —sonrió el abogado, tratando de mostrar aplomo—. Como mucho, para aplazar lo inevitable. La verdad siempre se impone, si alguien resiste. Solo hay que reivindicarla a los cuatro vientos. —Los obispos se echaron hacia atrás, sorprendidos—. Y a mí tendrían que arrancarme los brazos para que deje de dar voces.

Las miradas de los prelados lo invitaron a continuar.

Lázaro les explicó que se había dado cuenta a tiempo de las debilidades de su plan. Aunque los peritos hubieran sido honrados, les dijo, tal vez no hubiera sido suficiente. La falsedad del documento, aunque en tal caso demostrada, podría haber sido subsanada con una nueva argumentación. Al fin y al cabo, los llamados Reyes Católicos, Isabel y Fernando, habían refrendado la validez del Voto cien años atrás.

Aquel callejón, por tanto, presentaba demasiadas escapatorias.

—De ahí que haya que atacar a la raíz del asunto —concluyó, con un ademán de satisfacción que acabó de desconcertar a sus visitantes—. A la misma línea de flotación. Ninguna otra estrategia serviría para nada.

Los obispos cruzaron las miradas de perplejidad que Lázaro estaba esperando.

—¿Y cuál es, según vos, la raíz del asunto, letrado? —preguntó el obispo de Sigüenza, recalcando sus palabras con el ceño fruncido.

El mundo dejó de girar dentro de la estancia.

El plan de Lázaro cayó sobre la mesa como lo hubiera hecho una bala de cañón. Ningún auditor podría ser sobornado ahora, pues los propios jueces —e incluso los representantes de la Corona— iban a tener que desplazarse hasta Compostela si la Real Audiencia admitía a trámite la nueva solicitud.

Una expectación febril se apoderó de los cinco obispos.

Lázaro apretó los puños bajo la mesa. Tras un silencio espeso, el de Palencia exhaló todo el aire.

—Sea —consintió.

Los otros cuatro lo miraron como si estuviera pactando con el mismísimo diablo, pero él se mantuvo firme.

—Sea —masculló el obispo de Burgos a continuación.

Con la euforia invadiendo su pecho por momentos, Lázaro fijó la vista en los otros dos que estaban sentados. El aire volvió a hacerse sólido, pero no tardaron en claudicar. Al cabo de unos segundos, el de Sigüenza y el de Calahorra bajaron también la cabeza y musitaron un asentimiento.

Entonces, todos se giraron hacia el único que faltaba.

El metropolitano de la sede de Osma, junto a la ventana, parecía al borde del colapso. Durante un buen rato resistió las miradas de los cinco hombres dispuestos en torno a la mesa. Sin embargo, la convicción de aquel brillante muchacho acabó por minar su resistencia.

Aunque blanco como la cal de la pared, el religioso se dirigió con ademanes torpes hacia la jofaina que estaba a su espalda.

—Me lavo las manos —dijo con voz trémula, mientras hacía el ademán.

Lázaro contuvo un grito de júbilo.

La propuesta que acababa de poner sobre la mesa rayaba el sacrilegio, lo sabía bien. Vencer el fervor de aquellos hombres era el gran escollo, y lo había logrado gracias a la puesta en escena que tan minuciosamente había preparado.

El primer paso, pues, estaba dado.

Tocaba lanzar el órdago ante la chancillería.

Y allí estaba ahora Lázaro, tres semanas después.

Las cosas habían ido más rápido de lo que cabría esperar.

—¿Acusáis al cabildo compostelano de haber cometido fraude durante todo ese tiempo, letrado? —preguntó el presidente del tribunal, con gesto de perplejidad—. ¿Y a todos sus obispos, en consecuencia? ¿Durante siglos?

Tras la voz del juez se adivinaba una profunda turbación.

Todos estaban conmocionados ante el atrevimiento de aquel joven.

—¡No solo eso, señoría! —continuó Lázaro—. Acuso al arzobispo de Compostela de seguir mintiendo a todo nuestro reino a día de hoy. ¡A la cristiandad entera, de hecho!

Un rumor escandalizado se extendió por toda la sala.

El caso planteado contra el Voto había ido derivando en una causa contra la autenticidad de la propia tradición jacobea. Y el abogado de la acusación se mostraba dispuesto a llegar a las últimas consecuencias. A arder en el averno, siempre que así arrastrase consigo a la mentira y a la usura. A la injusticia, que había asolado con hambre y miseria a miles de hogares castellanos durante cientos de años.

—¿Estáis sugiriendo, acaso…? —El magistrado no fue capaz de terminar la frase.

El atrevimiento era tal que parecía que fuera a llevárselos a todos al infierno.

Lázaro paseó una mirada desafiante sobre los jueces.

—Sí, señoría —afirmó al fin, y todos contuvieron una exclamación de horror—. Comprobada la falsedad del Voto de Santiago, por mucho que el dictamen de los peritos se declarase inconcluyente, y en vista de que nuestros argumentos no resultan bastarle a esta chancillería para retirarle los privilegios a ese cabildo corrupto…

Todos, magistrados y letrados de ambas partes, contuvieron el aliento.

—… nos vemos obligados a cuestionar la raíz misma que justifica las prebendas de la curia compostelana.

Un silencio de muerte se hizo en el salón.

Lázaro González, consciente de que su actuación había surtido el efecto esperado, asestó entonces el golpe de gracia.

—Exigimos que se compruebe la veracidad de las reliquias veneradas en esa catedral —vociferó—. Y que se retiren todos los privilegios de ese cabildo hasta que su arzobispo sea capaz de demostrar que ese cuerpo es, en verdad, el del apóstol Santiago.

Con el corazón retumbando sin control, todos empezaron a cuchichear. Aquella osadía era insólita, decían unos. Y, sin embargo, tenía razón, sostenían otros.

Todos, abogados, funcionarios y público, tenían el vello de punta.

—¡Sí, señorías! —gritó ahora Lázaro, sobre el rumor asombrado que rodaba por la sala—. ¡La biblia no miente! ¡Santiago no estuvo jamás en Compostela! ¡Todo eso es una estafa indigna, urdida por hombres corruptos! ¡Hay que acabar con esta infamia!

Los cinco obispos, hundidos en sus asientos, apretaron los dientes.

Eran los vestigios que descansaban en la catedral de Compostela, hasta entonces sagrados, los que su abogado estaba poniendo en tela de juicio. El prelado de Osma, al borde del infarto, empezó a rumiar una oración desesperada.

No le importaba cuál fuese el desenlace de aquel pleito.

Él ya podía sentir las llamas bajo sus pies.

CIX

Portomarín, 29 de marzo de 1589

Ambrosio contempló el valle cubierto por la niebla.

Los viajes se le hacían cada vez más largos. Allá abajo, al cruzar el gran río de Galicia, estaría esperándolo el ejército que el gobernador en persona habría enviado al encuentro del cronista de Castilla.

Eso había asegurado el propio Felipe unos días atrás, en El Escorial.

Tenían una importante misión que completar en la ciudad sagrada.

Tras un descenso prolongado, los diez hombres se adentraron en la bruma.

El reguero de niebla que habían divisado al fondo desde las cumbres seguía el curso del Miño. En la ancestral villa de Portomarín lo cruzarían por su viejo puente de piedra. En una jornada más alcanzarían la ciudad.

Ambrosio asió las riendas con fuerza. Estaba a punto de irrumpir en Compostela al frente de una poderosa milicia. Solo pensaba en liberar a los muchachos.

Un mal presentimiento lo asaltó mientras cruzaban el puente.

Aguzando la vista, trató de vislumbrar a los soldados que deberían estar aguardando en la otra orilla, pero no lo logró. Solo un silencio húmedo y un vacío fantasmagórico parecían aguardar su llegada entre la neblina. A medida que avanzaban, con el traqueteo de los cascos sobre la piedra resonando en sus oídos, una figura fue tomando forma al otro lado.

Era un jinete solitario.

Con gesto de extrañeza, el licenciado recorrió la distancia que lo separaba de la orilla.

—¿Ambrosio de Morales? —preguntó el hombre, ansioso, al verlos aparecer.

—Os halláis en presencia del cronista de Castilla, soldado —respondió con crudeza el capitán de la escolta—. ¿Dónde está el resto de la milicia?

El jinete, azorado de antemano, se puso rojo como un tomate.

—El gobernador me ha enviado a vuestro encuentro para informaros de que no puede prescindir de ningún soldado —anunció—. Inglaterra está ultimando preparativos. Nadie sabe sobre qué puerto podrían caer. Es prioritario defender Coruña.

Ambrosio torció el gesto. No había previsto que la negativa fuera a ser tan rotunda.

Ni las noticias tan alarmantes.

—¿Es consciente el marqués de que está incumpliendo una orden directa de Su Alteza? —insistió el capitán.

El soldado tragó saliva, pero se mantuvo firme.

—No habría adoptado tal decisión si la situación no fuera extrema, mi señor —contestó—. La guarnición de la ciudad es mínima. Si los ingleses nos atacan, miles de personas serán masacradas.

Los acompañantes de Ambrosio aguardaron su reacción.

No sabían qué era eso tan importante que el viejo erudito tenía que hacer en Compostela, pero la cosa pintaba mal. A juzgar por el mensaje de Cerralbo, ellos conformaban todo el ejército que iba a escoltarlo hasta allí.

—¿Nos acompañaréis vos, al menos? —preguntó el capitán, al ver que el cronista no tenía intención de abrir la boca.

Ni siquiera apartó la vista del suelo.

—Tengo órdenes de regresar a Faro de inmediato —respondió el jinete—. Todas las fuerzas son pocas ante lo que se avecina.

El licenciado siguió concentrado en las losas del empedrado. Deseando escabullirse, el joven le echó un último vistazo.

Después arreó su montura y desapareció a galope entre la niebla.

Ambrosio permaneció un buen rato sin moverse.

Irrumpir en la ciudad al frente de los tercios para exigir la liberación de los dos prisioneros de la Falcona ya no era posible. La pantomima que tenía pensado representar después, exigiéndole al arzobispo la entrega de las reliquias bajo pena de ser detenido en nombre del monarca, le importaba menos. De hecho, cualquiera de los desenlaces posibles a aquel ultimátum lo traían completamente sin cuidado. Tanto si le entregaban los vestigios por las buenas como si el ejército episcopal se alzaba en armas contra las milicias de Felipe, no tenía pensado mover un dedo. Aunque corriera la sangre.

Para entonces, él y los muchachos estarían a salvo.

Sin embargo, nada de eso iba a pasar ya. Y necesitaba una alternativa urgente.

La frágil salud del joven Suevos era un reloj de arena que estaría a punto de romperse. Una vez más, se resistió a pensar que tal vez ya no hubiera nada que salvar.

—Sigamos adelante —anunció al fin, espoleando a su caballo.

Los soldados, tras intercambiar miradas de desconcierto, salieron tras él. Su misión era acompañarlo allá donde fuera y cumplir sus órdenes. Desde atrás, lo vieron cabalgar con la cabeza baja.

Ambrosio, hundido en sus pensamientos, empezó a pergeñar un nuevo plan.

Jerónimo Román iba a leer su famosa réplica dos días después.

Tenía hasta entonces para preparar un asalto a la Falcona. Era el momento perfecto, con toda la ciudad concentrada y la guardia baja. Nadie esperaría un golpe en tales circunstancias. Envuelto en brumas, echó un vistazo por encima del hombro.

Aquellos nueve hombres eran todo su ejército. Violentar la prisión más inexpugnable del reino con unas fuerzas tan exiguas era casi un suicidio, pero no tenía alternativa.

Se encogió de hombros. En realidad, todo aquello también le daba ya igual.

La mera perspectiva de regresar a Compostela era, en sí, peor que la muerte.

CX

Poulo, 28 de marzo de 1589

—¡Manuel! —oyó que llamaban desde el piso de abajo—. ¡Baja!

La voz de su madre le hizo reaccionar. Entonces, al ver la escasa claridad que iluminaba el horizonte tras la ventana, tomó consciencia de lo tarde que era.

Llevaba horas tumbado en su cama, con la vista fija en las vigas del techo.

Los crujidos de sus propias articulaciones al incorporarse le recordaron al mástil castigado de la Ragazzona. Estaba entumecido y tieso al ponerse en pie. Los últimos tiempos habían sido así, vacíos y lentos. Jornadas interminables en las que se dejaba languidecer sin salir de su cuarto. Semanas enteras en las que el desánimo se había ido instalando en sus miembros paso a paso, aflojándolos hasta hacerlos inconsistentes.

—¡Manuel! —gritó otra vez su madre—. ¡Preguntan por ti!

Extrañado, se dirigió a la escalera.

¿Cómo que preguntaban por él? Desde que había regresado, era como si hubiera desaparecido para el resto del planeta. Todo su mundo era ahora el espacio exiguo que delimitaban los horizontes cercanos de Poulo, frondosos y ondulados.

La inmensidad plana de los océanos no era sino el recuerdo borroso de otra vida.

En cuanto llegó abajo lo comprendió.

Allí, junto a un caballo que jadeaba por el esfuerzo, aguardaba uno de los soldados de la Ragazzona.

El hombre, al reencontrarse con maese Poulo, se conmovió. La madre de Manuel contempló a uno y a otro con ojos temblorosos, sintiéndose intrusa en la intensidad de su encuentro. La penosa travesía del malogrado galeón había calado hondo en todos sus tripulantes.

Sin tan siquiera decir hola, los hombres se dieron un abrazo ante la mirada estremecida de la anciana.

—Me… me envía Bertendona, señor —balbució el hombre cuando se separaron, tratando de recuperar la compostura—. Dijo que os hallaría aquí.

Manuel no supo qué contestar.

¿Acaso el almirante había mandado a buscarlo? Por un momento se debatió entre el desasosiego de aquella suposición repentina y un inesperado destello de ilusión que lo sorprendió incluso a él.

Sin embargo, todas sus cábalas se desinflaron en cuanto el jinete continuó:

—Voy camino de Compostela. Cerralbo me ha encomendado que le entregue una carta al arzobispo —le confió, bajando la voz—. Su contenido es secreto, pero yo sé cuál es el mensaje. En previsión de que Drake pueda atacar el puerto de Faro, le pide al señor de la ciudad sagrada que les envíe todos los hombres disponibles.

Manuel sintió una corriente gélida que le subía por la espalda.

Así que era eso. La posibilidad de un ataque inglés se había convertido en una realidad tangible. Más aún, inminente.

Malas noticias para sus amigos. Preferiría que el almirante le hubiera hecho llamar.

Dirigió la mirada al camino. Mayor y Gregorio, los supervivientes de la Ragazzona, la pequeña Carmen, Bertendona… Todos estaban al final de aquella senda.

Y la muerte afilaba su guadaña más allá de las aguas.

—Bertendona quiere agradeceros vuestra ayuda —dijo el emisario, mientras montaba de nuevo—. Solo he parado para eso. Dice que Mayor Pita es la mejor abastecedora de cuantas sirven a la armada real. Ah, por cierto… Ella también os manda un abrazo.

Unas lágrimas rebeldes asomaron sin permiso a los ojos de Manuel.

El jinete, sin esperar respuesta, espoleó a su montura hacia el sur. Aún tenía por delante la mitad del camino, y el mensaje que portaba era de la máxima urgencia.

Manuel de Poulo se quedó contemplando cómo se alejaba. Sin sentir siquiera la mano de su madre, que se acercó, sigilosa, para agarrar la suya, se mantuvo inmóvil. Un monstruo acechaba más allá del horizonte y las viejas murallas de Faro no estaban preparadas para resistir sus embates.

Tampoco lo estaba el corazón de Manuel.

Había huido hasta el hogar siguiendo los designios de su alma devastada.

Creyó que hallaría la paz de sus primeros años. La vida tranquila. Sin embargo, se había dado cuenta de que la desesperación no es buena guía para trazar el futuro.

Sus consejos suelen resultar poco más que espejismos.

Al fin lo veía. La aldea no iba a devolverle nada de aquello. Retornar al lugar donde había sido feliz no haría regresar a los momentos dulces. Lo único que había provocado esa huida a tientas era que la realidad lo golpeara con más crudeza. Todo lo que había perdido por el camino se revelaba como un tesoro sin mapa.

Tal vez fuera hora ya de aceptar que el pequeño Tristán jamás regresaría.

Que nunca habría nada que pudiera atenuar aquel dolor aunque pasasen mil años. Y que cerrar los ojos al futuro no iba a restituirle la calma perdida, por mucho que se empeñase. Al contrario, lo único que le había traído esa huida a ojos cerrados era más zozobra.

La sombra que se había llevado al pequeño acechaba ahora a otros amigos. Tal vez no tuviera sentido seguir tratando de esquivar la guerra que se cernía sobre An Chruinne.

Si la guerra viaja dentro, no se puede hallar la paz.

Ni allí, en su casa, en Poulo, ni en ningún otro lugar.

CXI

Coruña, 29 de marzo de 1589

—¿Cuándo pasan a recoger esto? —preguntó Carmen.

El almacén estaba abarrotado hasta el techo.

Los pedidos de Bertendona eran tantos que Mayor había tenido que reorganizar el negocio. Casi todo el vino se guardaba en el almacén de la Pescadería. La última campaña había convertido al puerto de Faro en un refugio clave para las operaciones atlánticas.

En la ciudad alta seguía funcionando la carnicería que regentaba Gregorio. También el almacén de harinas y salazón donde ahora se afanaban Carmen y Mayor. Aunque habían dejado de guardar vino allí, todavía conservaban un par de toneles para los clientes habituales.

Mayor miró cómo la muchachita se secaba el sudor de la frente y sonrió.

Antes de un mes y medio cumpliría los dieciséis. Su madre le había confiado el día exacto antes de morir, dos años atrás. Diez de mayo, le había dicho. El día del Santo Job.

Carmen se encontró con la mirada conmovida de su jefa.

No había respondido a su pregunta. Al verla así se quedó parada, con un gesto entre interrogante y risueño. No sospechaba que Mayor le había comprado el corpiño ajustado del que llevaba semanas hablando. Quería regalárselo por su cumpleaños.

Un hombre achacoso entró cojeando con un pichel de cuartillo en la mano.

Su irrupción hizo que las dos se volvieran hacia la puerta. La conversación pendiente se desvaneció como un banco de niebla ante una ráfaga huracanada.

—¡Padre! —saludó la niña, con el rostro iluminado—. ¿Y vos por aquí?

El hombre, con su cojera y su gesto avinagrado, levantó la jarra y emitió un gruñido.

Las mujeres asintieron, divertidas. Carmen se había olvidado en casa el pichel de estaño que llenaba cada día en el almacén al finalizar la jornada.

Mayor disimuló una sonrisa al ver cómo el arcabucero se acodaba sobre un barril.

—Ahora os lleno el cuartillo, don Nemesio —anunció en voz alta.

Después lo vio asentir a regañadientes con el rabillo del ojo.

El hombre era todo un personaje. Después de muchos años, había regresado de Nápoles con la distinción de soldado viejo y se había instalado en la Pescadería. Allí se había casado y, ya veterano, había tenido a aquella niñita angelical junto con su esposa, una solterona coruñesa con una salud de cristal. Nemesio pasó a formar parte de la guarnición bajo el mando directo del gobernador.

Ya antes del fallecimiento de su esposa, mostraba un comportamiento sombrío. Y lo cierto era que desde entonces apenas había vuelto a asomar la nariz. Una vieja herida de guerra había acabado por apartarlo de la carrera militar, dejándolo a cargo de la niña con los exiguos ingresos que le proporcionaba su pensión de soldado retirado. De ahí que la joven hubiera aceptado contratar a la chiquilla en cuanto ella se lo pidió. Aunque orgullosos y honrados, cada invierno el hambre asomaba entre las alacenas de aquella pequeña familia.

Mientras le llenaba la jarra con el tinto de un tonel, Mayor pudo ver al bies cómo el hombre observaba a la muchacha con disimulo. Volvió a sonreír. Aunque su actitud era tan hosca como

siempre, era fácil apreciar que sus ojos brillaban de orgullo al mirarla.

Así era Nemesio, el arcabucero cojo que cada día seguía limpiando minuciosamente su arma, como si siguiera en activo. La pequeña Carmen lo era todo para él. Su alegría y sus anhelos. Su vida entera. Enternecida, Mayor le entregó la jarra y rehusó la moneda que él le quiso entregar. Al inclinar la cabeza en acción de gracias, él echó otro vistazo a la chiquilla que se afanaba con los fardos.

—Por eso sigue guardando el arcabuz —reía la jovencita, al referirse a su padre—. Por si a algún marinero se le ocurre propasarse.

Cuando el viejo Nemesio salió, las dos muchachas regresaron al trabajo.

Los pedidos seguían acumulándose ante su puerta. Gregorio y Carmen, cada día más ocupados, se felicitaban. No obstante, Mayor no compartía su alegría. A diferencia de ellos, era consciente de lo que aquella prosperidad implicaba.

Había sabido por Bertendona que un jinete iba a partir en dirección a Compostela, y también que él le había pedido que se detuviera en Poulo para darle un recado a Manuel. Al ver la expresión de ella, le preguntó si quería transmitirle algún mensaje a su viejo amigo.

—Le mando un abrazo —fue todo lo que pudo articular.

El almirante se encogió de hombros, pero asintió y se alejó con la cabeza gacha. Ella, destemplada, se quedó contemplándolo con angustia.

Más allá de un saludo de cortesía, Mayor sabía que un mensaje urgente entre hombres principales se debía a la terrible amenaza que llegaba del mar. Vientos de guerra soplaban desde el lejano norte. Todos los indicios señalaban que el fuego y la sangre se acercaban de modo inexorable a los muros de su ciudad.

Con lágrimas en los ojos, se volvió hacia las cumbres que asomaban en la lejanía.

Al menos, allá en su aldea, Manuel estaría a salvo.

CXII

Compostela, 30 de marzo de 1589

Un destacamento le salió al paso ante el fielato.

Las puertas de Compostela estaban ya muy cerca. Ambrosio supuso que alguien le había anunciado su venida al señor de la ciudad. Cómo se explicaría, si no, que los hombres de armas de Sanclemente estuvieran aguardando su llegada.

El capitán de los hombres del rey rehusó su «amable» compañía, pero fue en vano. Pese a sus reticencias, los soldados insistieron en acompañarlos hasta la puerta del Hospital Real.

—Estaremos encantados de protegeros hasta allí, caballeros.

Aunque «protegeros» significase, en realidad, «vigilaros», Ambrosio no dijo nada.

Se veía a leguas que aquella maniobra tenía como única intención intimidarlo. Su sobrino habría actuado bajo la influencia de los miembros de su cabildo. No era buena señal, pero se dejó hacer.

Tenía cosas más importantes de las que preocuparse.

Mientras subían hacia la plaza del Campo, el licenciado echó un vistazo al palacio que se levantaba a su derecha. Allí estaba la sede de la Real Audiencia de Galicia, el edificio al que las gentes de Compostela llamaban «las casas reales». Junto con el hospital, la institución que representaba el poder del rey en la ciudad.

Allí tendría que reclamar la intervención de la Corona si las cosas se ponían feas. El hospital era inviolable, pero era solo eso: un centro de hospitalidad. La audiencia, sin embargo, disponía de poder ejecutivo.

Mientras empezaba a deshacer su equipaje, Ambrosio meneó la cabeza.

Aquel marcaje iba a dificultar más todavía el ataque sobre la Falcona. Aun así, tenía que seguir adelante. La lectura de Jerónimo Román era el momento elegido, aunque empezaba a pensar que sus suposiciones habían sido demasiado optimistas. Miró por la ventana. Los veinte guardias estaban recibiendo un relevo en ese mismo instante. Diez de ellos cedieron su lugar a otros tantos y se retiraron en dirección al palacio.

Al ver la maniobra renegó por lo bajo. Aquello, en efecto, lo complicaba todo.

Aun así, no tenía más opción. Temía que la situación de los prisioneros fuese crítica. Cualquier demora podía marcar la diferencia entre la vida y la muerte. Un ataque a golpe de cuchillo tal vez no tuviera muchas expectativas de éxito, teniendo en cuenta que los asaltantes serían nueve hombres dirigidos por un anciano. No obstante, era cuanto tenía.

Tenía que hacerlo por los muchachos.

Su propia vida había dejado de importarle. La actitud de su sobrino suponía una herida demasiado dolorosa, y el regreso a Compostela le había devuelto el tormento de una pérdida irreparable.

La de la única mujer a la que había amado en su vida.

La única, a su vez, que lo había amado a él.

CXIII

Compostela, 31 de marzo de 1589

La sala capitular estaba atestada.

Indalecio contemplaba a la concurrencia como quien ve una obra de arte esculpida por sus propias manos.

Allí estaba la culminación del plan que había empezado a diseñar en cuanto supo que el licenciado Morales se disponía a regresar a la ciudad, casi un año atrás. La contratación de Román, que ahora repasaba sus notas bajo la mirada expectante de toda la sala, había sido el golpe perfecto.

Nobles señores, auditores reales, notarios y religiosos de todo rango habían acudido a la convocatoria. Cómo no, si él mismo se había encargado de advertir a todos y cada uno de la trascendencia del momento. «El gran acontecimiento de nuestro tiempo», les había susurrado con tono de confidencialidad. Una nueva Historia Compostelana iba a ser presentada allí, junto a la tumba del apóstol. La casa del señor Santiago volvería al esplendor de los tiempos dorados. Cómo no asistir.

Todo había salido a pedir de boca. Incluso la ausencia de Ambrosio en el evento, pese a que había llegado el día anterior a la ciudad. Él mismo había coordinado al cuerpo de guardia que le había salido al paso para vigilarlo y, al parecer, aquella acción intimidatoria había surtido el efecto esperado. Tanto era así que el licenciado no se había atrevido a presentarse en el acto, pese a ser parte principal.

«Mejor así», sonrió Cabana. Nada podía sacar de allí más que una humillación pública.

El ruido creciente le hizo volver en sí, y se puso serio. Un rumor de impaciencia fue subiendo entre el gentío. La hora acordada ya se había cumplido, pero el agustino no acababa de arrancar. Inquieto, el arcediano se ajustó el cuello de la casulla.

Era incomprensible tal demora.

Clavó la vista en fray Jerónimo. Pese a que seguía revisando sus notas, advirtió que llevaba un buen rato en la misma página. Era extraño; casi como si estuviera aguardando algo. Entonces, carraspeó. No solo el retraso era sospechoso. Casi sobre la hora, el agustino había hecho llamar a uno de los novicios y le había entregado una nota que acababa de escribir apresuradamente. Después, el muchacho había salido a toda prisa.

Pensó que Román se habría acordado de algo que necesitaba a última hora, pero un hormigueo de intranquilidad asaltó a Indalecio ante esas maniobras. Fray Jerónimo, pese a ir ya con más de un cuarto de hora de retraso sobre la hora estipulada, seguía con la vista fija en la misma página.

El rumor de impaciencia siguió subiendo.

Cabana y Sanclemente cruzaron una mirada de confusión. Ninguno de los dos sabía a qué podía deberse la tardanza, pero estaban empezando a preocuparse de verdad.

Se jugaban demasiado en aquel lance.

Los soldados, reunidos en la alcoba de Ambrosio, lo miraron con ojos como platos.

—¿Asaltar la cárcel, licenciado? —preguntó el capitán. Sus hombres, estupefactos, contemplaban al cronista como si estuviera loco—. ¿Seguro que lo habéis pensado bien?

Ambrosio acababa de exponer el plan con gesto impasible. Se acercarían a la Falcona simulando acompañar al enviado del rey. La cédula expedida por Felipe les abriría las puertas. Los centinelas identificarían a su visitante como el ilustre licenciado Morales, y en cuanto el alguacil saliera a recibirlo, entrarían por las bravas.

Un plan tan simple como descabellado, pero era cuanto tenía.

—Sois consciente de que es una prisión de máxima seguridad, ¿verdad? —El capitán, ante el gesto consternado de sus nueve hombres, se resistía a ejecutar semejante locura. El rey en persona les había ordenado hacer todo lo que ese hombre dispusiera, pero aquello era poco menos que un suicidio—. Que las llaves de los calabozos estarán guardadas en lugar seguro, que habrá centinelas en cada puerta… ¿Lo sabéis?

El cronista asintió. Se debatía entre la cordura de abortar la operación y la imagen de los muchachos al borde de la muerte.

La desolación de haber regresado a la ciudad supuso el impulso definitivo.

—Soy consciente de todo, capitán —zanjó, tan inexpresivo como antes—. Ahora, vamos. Tenemos una prisión que asaltar.

Los hombres, pálidos, se dispusieron a salir tras él.

Sin embargo, un tímido toque en la puerta de la alcoba les hizo detenerse en seco. Ambrosio, ya con la mano en el pomo, abrió con cara de malas pulgas.

Para su sorpresa, un frailecillo timorato le ofreció un papel doblado sin decir nada. Después, pese a las caras de perplejidad de los diez hombres que lo miraban desde la puerta, el muchacho se quedó allí con la cabeza baja. Ambrosio se sintió tentado de no hacerle ni caso. La acción que tenían entre manos no admitía vacilaciones. Román estaría disertando ya en el palacio episcopal, en presencia de los notables de la ciudad. Era el único momento en el que podrían albergar alguna esperanza de éxito, por mínima que fuese.

Sin embargo, una intuición fugaz le hizo desplegar la nota.

«Acudid a mi exposición, licenciado. Llevo tiempo aguardando a que lleguéis, pero ya no voy a poder demorarlo más. Es vital que lo hagáis.

Juro que no os arrepentiréis.

Fr. Jerónimo Román Zamora».

Ambrosio se quedó petrificado.

Los soldados, a su espalda, volvieron a mirarse sin comprender. Todo empezaba a antojárseles una demencia. Al ver que el anciano había perdido el color contuvieron el aliento. Tal vez aquello sirviera para truncar semejante despropósito.

Por desgracia, al cabo de unos segundos, sus expectativas se vinieron abajo.

—Seguidme —fue todo cuanto dijo el licenciado Morales, tras un silencio dubitativo.

Los hombres de armas, nuevamente consternados, salieron tras él.

Por lo visto, el asalto a la Falcona seguía adelante.

—¿Algún problema, hermano?

Ante aquella demora inexplicable, y apremiado por las miradas asesinas de Sanclemente, Indalecio decidió aproximarse a Román. El agustino seguía con la cabeza hundida en sus papeles, como si no tuviera un salón entero murmurando en torno a sí.

Llevaba media hora con la vista fija en el mismo párrafo.

El rumor se quedó suspendido ante la maniobra del arcediano. Todos interpretaron, al ver cómo se acercaba al estrado, que el acto iba a dar comienzo por fin.

Pero no. Aquello solo dio paso a un interminable cruce de cuchicheos entre Román y Cabana, que se enzarzaron en una discusión sin salida. El agustino abría los brazos y negaba con la cabeza, como escudándose en algún tipo de pretexto; el arcediano, en cambio, parecía insistir tozudamente en algún argumento de peso. De nuevo el murmullo fue subiendo, esta vez con más fuerza, y algunos comenzaron a hacer aspavientos de impaciencia en dirección al arzobispo.

Sanclemente empezó a preocuparse seriamente.

La ausencia de su tío había disipado su intranquilidad, pero aquel retraso inexplicable —aderezado con una agria disputa entre susurros— le hizo temer lo peor.

El ruido del portón lo sobresaltó.

Tras una exclamación de asombro, todo se quedó en silencio.

Todos contuvieron el aliento al ver quién se adentraba en el salón con paso firme.

Acompañado por un novicio y nueve soldados, el cronista de Castilla irrumpió en la estancia desbordando convicción. Ante las miradas de asombro, Ambrosio caminó hasta el final con la frente erguida. No parecía preocuparle que sus argumentos fueran a ser rebatidos por un ilustre doctor, ni tampoco que temiera ser humillado ante semejante auditorio.

Él era el enviado del rey. El que puede ver en la noche.

Ese era él. El gran Ambrosio de Morales.

CXIV

Compostela, 31 de marzo de 1589

En el gran salón no se oía ni una mosca.

Ambrosio y sus acompañantes fueron acomodados en una esquina. Como solo había un par de sillas disponibles, que los criados del arzobispo corrieron a buscar a las cocinas, todos prefirieron permanecer de pie. Incluso él.

La concurrencia vio en su actitud la arrogancia de quien no está dispuesto a bajar la cerviz. Un murmullo de admiración recorrió entonces la bancada, y todas las miradas se clavaron en Sanclemente. El prelado, tras un gesto de apremio a Cabana, se esforzó por aparentar calma. Indalecio, aunque se había quedado traspuesto, le devolvió un ademán de calma.

Román acababa de confirmarle que por fin estaba listo.

—Pueblo de Compostela —saludó fray Jerónimo, haciendo que todos se giraran hacia él con más interés que nunca. Aunque con media hora de retraso, daba comienzo su disertación—. Ilustrísimo arzobispo de esta iglesia catedral, miembros del cabildo, nobles señores…

Sanclemente y Cabana respiraron.

Habían llegado a temer que el agustino se negase a hacer lo que les había anunciado; y la irrupción tardía de Ambrosio no había ayudado, precisamente, a atenuar sus temores. Sin embargo, ya estaba. Falsa alarma. Ya solo tenían que esperar sentados para ver cómo Román iba desautorizando los argumentos del licenciado uno por uno.

En cuanto hubiera acabado, aquel asunto estaría zanjado para siempre.

—… y, por último, insigne cronista de Castilla. Es un honor hallarme hoy ante tan distinguida audiencia. —Los dos dieron un respingo al ver que el saludo incluía a Ambrosio, pero disimularon. Tal vez tal cortesía fuese parte de la humillación pública a la que iba a someterlo—. Como sabrán, me dispongo a presentar un documento en el que he estado trabajando durante más de medio año. Este es.

Román alzó con esfuerzo el voluminoso tomo que descansaba ante él, sobre la mesa. La gente, complacida, empezó a asentir con energía.

—Solo algunos de los presentes conocerán la magna obra que lleva por nombre Registrum, y que familiarmente conocemos como Historia Compostelana. Ese libro, que se custodia en el archivo catedralicio desde tiempos inmemoriales, recoge el relato de todos los milagros de nuestro apóstol para mayor gloria de su santa casa.

Un rumor de aquiescencia se extendió entre el público.

La tradición jacobea era el mayor orgullo del pueblo compostelano. Aquellas historias milagrosas propiciaban que miles de romeros emprendiesen camino en dirección a su ciudad año tras año.

—Pues bien, señores —retomó Román—, aunque jamás osaría tratar de superar el Registrum de los tiempos del gran Diego Gelmírez, y mucho menos rebatirlo, lo cierto es que hace ya casi medio milenio que fue redactado. Es lógico, pues, que los hechos acaecidos desde entonces no estén recogidos en él.

Cabana y Sanclemente cruzaron una mirada de satisfacción.

—Se hace necesario renovar la Historia Compostelana. Para una sede como esta, la recopilación de los hechos que han marcado su devenir es fundamental. Solo dándole difusión pueden los fieles comprender el carácter sagrado de este lugar. Solo así podremos reactivar la fe de los peregrinos, que antes caminaban por millares hasta la casa del señor Santiago y que ahora son tan escasos. Pues bien…

Ambrosio, muy atento, se removió ahora en su esquina.

Había intuido que tras aquel «Pues bien» iba a recibir alguna alusión directa.

—… el detonante para que el pío cabildo de esta iglesia catedral me encargase esta renovación del Registrum ha sido una solicitud elevada por parte del licenciado Morales, como representante del rey. —El aludido se mantuvo impasible pese a percibir que todas las miradas se habían vuelto hacia él—. Obviamente, no me corresponde a mí desvelar la naturaleza de tal solicitud —Cabana y el prelado cruzaron ahora un fugaz gesto de asentimiento. Guardar el secreto sobre el plan de Felipe para llevarse las reliquias era el primer requisito que le habían impuesto a fray Jerónimo. No les convenían las algazaras, salvo que fueran ellos los que prendieran la mecha—, pero aprovecharé los argumentos esgrimidos por el cronista de Castilla para renovar, como he dicho hasta ahora, la Historia Compostelana. A ellos me dispongo a responder, uno por uno. Sirva mi texto, en adelante, como criterio de verdad. Y sean considerados quienes osen contravenirlo merecedores de excomunión.

Sanclemente e Indalecio apretaron los puños bajo la mesa.

La contundencia de aquel hombre iba más allá de lo que habían previsto. Mejor. Aquello truncaría de raíz cualquier intento posterior de profanar ese lugar.

El licenciado se mantuvo a la espera. Algo le decía que el discurso del agustino podía depararle alguna sorpresa a más de uno.

—Repasemos, pues, las razones aportadas por el licenciado Morales —siguió Román. El público aguzó el oído. Empezaba lo realmente interesante—. En primer lugar, su discurso sostiene que la veracidad de la leyenda jacobea no solo es discutible, sino que entra en confrontación directa con algunos de los textos sagrados más importantes. Alega, como hecho principal, que no hay alusiones en los Hechos de los Apóstoles a la predicación de Iacobus en la Hispania. Siendo este uno de los libros que componen la biblia, el cronista insiste en que podría ser herejía el sostener tales tesis.

La gente empezó a rezongar contra tamaño atrevimiento. ¿Cómo osaba sostener aquel anciano que el apóstol Santiago no reposaba en Compostela? ¿Que no había estado nunca allí? La irrupción del licenciado les pareció ahora pura petulancia, y empezaron a mirarlo con ofuscación. Casi con odio.

—Con relación a lo anterior, el interesado indica que el milagro fundacional de esta sede no es nada más que un mito piadoso. Una leyenda que solo merece ser respetada en virtud de la bondad que despierta en los fieles. Y que la presencia del Boanerges en estas tierras no es más que una tradición de origen medieval que no tiene fundamento en ningún texto sagrado. En consecuencia, el licenciado Morales afirma que tal mito piadoso no debe ser tomado como criterio de verdad, y hace suyas las palabras del doctor de la Iglesia, Erasmo de Rotterdam, al cargar contra el Codex Calixtinus y contra la peregrinación en sí.

El clamor de indignación fue subiendo.

Aquello era un ataque frontal a la esencia misma de su ciudad. Nada, más allá de la peregrinación, le daba sentido a su existencia. No se podía consentir semejante ultraje.

Ambrosio, sabiéndose en el centro de las iras, hizo un esfuerzo por mantenerse

imperturbable. Los miembros de su escolta, cada vez más inquietos, dirigieron unas miradas acongojadas hacia el público. Empezaban a dudar si no hubiera sido preferible asaltar la Falcona a aquel apedreamiento público.

Podía ser que los linchasen en cuanto pisasen la calle. O antes, incluso.

—Por favor, por favor —elevó la voz el agustino, y el gentío volvió a guardar silencio—. A continuación, el alegato del licenciado Morales pone en tela de juicio la verosimilitud de los dos milagros que dan origen a Compostela. Me estoy refiriendo al mito de la Traslatio, que explica cómo llegó aquí el cuerpo decapitado de Santiago, y al del Campus Stellae, que recrea el descubrimiento de los vestigios sagrados. Y digo que los pone en tela de juicio porque el término «ridiculizar» me parece demasiado irrespetuoso. Porque lo cierto es que casi podría decirse que reduce a caricatura el traslado de los restos sobre una barca de piedra, así como las luces que guiaron a Pelagio hasta la tumba de nuestro patrón.

Cabana empezó a relamerse al ver cómo crecía la ira del público.

La crispación del pueblo de Compostela era incluso más satisfactoria para él que el vapuleo que el fraile estaba infligiendo al viejo zorro. El que puede ver en la noche, rio para sus adentros. Que se cuide a partir de ahora, no vaya a ser que un bastonazo en los morros le impida ver de día…

Ambrosio, pese al cariz que estaba adoptando el evento, apreció un detalle desconcertante. El librorum helluo había obviado la razón principal que él había esgrimido en su argumentario. El pío latrocinio del que el propio Gelmírez alardeaba en el Registrum no había sido mencionado por Román. Fray Jerónimo había enumerado los otros argumentos, pero eso no lo había mencionado. Ni una palabra, de hecho.

No logró interpretar si le convenía o le perjudicaba. Era un argumento potente, desde luego, pero denunciarlo ante aquella audiencia hubiera disparado las iras, ya bastante encendidas, de los congregados.

Nuevamente, Román tuvo que alzar la voz sobre los murmullos.

—El alegato del cronista justifica estas afirmaciones aportando datos que demostrarían, según él, que Compostela no nace cuando Pelagio descubre la tumba del apóstol, sino que sus orígenes se pueden hallar en una población romana que llama Assegonia.

Entre una mayoría de caras extrañadas, unos pocos empezaron a emitir bufidos de indignación. Negar el origen milagroso que habían marcado las divinas luces sobre el Campus Stellae era el colmo del atrevimiento.

Y ya era la segunda vez que aquel anciano soberbio cometía tal tropelía.

—¡Ruego silencio! —vociferó fray Jerónimo, mientras recogía sus notas y elevaba la vista hacia la concurrencia. Los canónigos trataron de calmar los ánimos entre chitones y gestos de apaciguamiento, y poco a poco el auditorio quedó de nuevo en calma.

Al ver los ademanes del orador, todos se estiraron en sus asientos. El sabio se disponía a rebatir los argumentos de aquel viejo embustero.

Ambrosio carraspeó involuntariamente, y unos cuantos lo miraron con desprecio.

Se creía que por ser el enviado del rey tenía derecho a atacarlos con insidias y a denigrar a su ciudad. La expectación volvía a ser máxima. Mayor, incluso, que al principio.

—Bien —levantó la mirada Román—, tal y como he anunciado al principio, el licenciado ha fundamentado en esos argumentos su propuesta. Y también, para que nadie lo olvide, quiero recordar a esta distinguida audiencia que, al contestar a esos argumentos, lo que estoy haciendo por encargo del cabildo es renovar la Historia Compostelana. Veamos, pues.

El aire pareció congelarse.

Ambrosio apretó las mandíbulas. El corazón de Sanclemente retumbaba en su pecho, y una euforia desatada estaba a punto de hacer estallar las venas de Indalecio.

Al fin se iba a hacer pública la argumentación que les permitiría rechazar, ya con todo tipo de avales, el proyecto del rey. La amenaza se habría esfumado para siempre, y ellos podrían retornar a sus quehaceres. A sus palacios de verano. A sus amantes y sus prostitutas.

A sus visitas nocturnas al hospicio de huérfanos.

—Respecto al último argumento del licenciado, el referido al origen romano de Compostela… ¡lo rechazo por inconsistente! —proclamó Román, lo que provocó el exageradísimo asentimiento de los asistentes—. Tan plausible es la teoría del origen en la Assegonia como en el Campus Stellae que narran las crónicas de la época. Ambas son hipótesis, nada más. No obstante, la segunda goza del crédito que le otorgan siglos de existencia. No vemos, pues, razón en esta alegación.

Ambrosio se mordió el labio.

Por mucho que hubiera disparado un regocijo general, la afirmación de Román era una soberana estupidez. Mientras que sus tesis estaban fundamentadas en un profundo estudio del urbanismo de la ciudad y en un análisis riguroso de textos históricos; el mito del Libredón, de la reina Lupa y de las luces milagrosas no se basaba más que en cuentos infantiles.

—Respecto a tachar los mitos fundacionales, tanto la Traslatio como el descubrimiento del Locus Sancti Iacobi como supersticiones sin fundamento, ¡yo rebato esa tesis por impía! —proclamó fray Jerónimo, para alborozo de los canónigos—. ¿Qué sería de nuestra fe si no aceptamos los hechos milagrosos? ¿Los dogmas sagrados?

Ambrosio apretó los dientes.

Empezaba a pensar que Román le había enviado el mensaje para regodearse en aquella réplica sin fundamento, tan irracional como aplaudida por esa caterva de catetos.

De todos modos, se mantuvo a la espera.

—Y, por último —anunció el agustino, más solemne que nunca—, respecto al argumento del licenciado Morales, que afirma que es la mismísima biblia, tal y como suscribe el propio Erasmo, la que basta en sí misma para negar la veracidad de los restos del apóstol…

Todos —también Ambrosio— contuvieron la respiración.

Allí estaba el eje de toda su argumentación. Si los restos que se veneraban en aquella catedral no eran los del apóstol Santiago, la ciudad entera, su historia y el fenómeno de la peregrinación se verían desacreditados.

Solo en ese caso la razón habría vencido. Solo así podía hacerse la luz.

Sanclemente y su cabildo se habrían quedado sin argumentos para rechazar el proyecto del rey. Unos simples vestigios que hubieran dejado de ostentar un carácter sagrado deberían ser trasladados a donde el rey lo ordenase. Y no habría razón alguna para negarse; ni mucho menos para alentar una rebelión.

Román, tras una pausa, continuó en voz alta.

—… en este caso, determino que el cronista de Castilla está en lo cierto. Esta debe ser en adelante, pues, la Historia Compostelana.

Un silencio cargado de estupefacción ocupó el salón.

Los asistentes, atónitos, esperaron algo más con el corazón en la garganta, sin terminar de comprender qué acababa de pasar. Después empezaron a mirarse unos a otros para ver si habían entendido mal, pero no. El agustino, con ademán satisfecho, cruzó las manos ante el hábito. Su

pose indicaba que había terminado, y que su dictamen era firme y definitivo.

Cabana se aferró a los brazos de su cátedra hasta marcar en ellos las uñas.

El regocijo general venía de congelarse ante sus ojos. Con sus palabras, fray Jerónimo no solo traicionaba la misión que él mismo le había encomendado, sino que les daba a Ambrosio y a Felipe el argumento definitivo. Al volver una mirada aturdida hacia la cátedra del prelado vio que Sanclemente, boqueando como un pez, estaba al borde del desmayo.

El arzobispo sintió que se mareaba. ¿Cómo que Ambrosio tenía razón al afirmar que la reliquia no podía corresponder al señor Santiago? ¿Pero no era que su arcediano había atado bien el discurso gracias a una montaña de oro? Se giró hacia Indalecio, pero al ver que negaba con la cabeza, blanco como la nieve, comprendió que Román se la había jugado.

Ambrosio, en su esquina, respiró aliviado.

Por algún motivo, Román le había escrito a su casa para advertirle que los muchachos habían sido hechos prisioneros y de que sus vidas corrían peligro.

—En efecto, caballeros —remató el agustino, en un tono tranquilo que hacía un extraño contraste con la devastación que habían provocado sus palabras—. Contravenir las sagradas escrituras es algo extremadamente grave. Sobre todo, si para ello se hace uso torticero de un texto venerable, como el Calixtinus. Esa es la única verdad. En esa tesis, el alegato del enviado del rey es estrictamente acertado. Si la propia biblia indica que Iacobus nunca estuvo en la Hispania, es nuestro deber aceptarlo. Hasta aquí el dictamen que me encargó en su día el cabildo de esta sede. He dicho.

Román recogió sus anotaciones y le hizo entrega del manuscrito al arzobispo.

Sanclemente, azorado, lo cogió con la mirada perdida. No había nada más que hacer. Ellos habían investido a aquel hombre como el gran sabio que hallaría la verdad indiscutible. Habían proclamado al devorador de libros como el hombre cuyo criterio debía ser ley.

Ante la muchedumbre y a plena luz del día, no les quedaba más que digerir la derrota.

—Ah, y una cosa más —concluyó Román, cuando ya algunos empezaban a levantarse con aspecto de no entender nada—. Me consta que hay dos reos a los que han acusado de asaltarme. Pues bien; no solo niego esa acusación, sino que exijo su liberación inmediata. Esos muchachos no han hecho nada que justifique su encarcelamiento. La ley jamás puede ser aplicada de modo arbitrario. Confío en que los dejéis marchar. En caso contrario, temo que el enviado del rey pueda adoptar medidas en nombre de la Corona.

CXV

Hospital Real, 1 de abril de 1589

—No sé cómo podría agradecéroslo, hermano —musitó Ambrosio.

Los ecos de la deflagración que había tenido lugar el día anterior aún hacían oscilar los cimientos de la ciudad sagrada. Román, antes de abandonar Compostela, se había pasado por el hospital para interesarse por los muchachos.

Mundo y Cándido habían sido liberados inmediatamente tras su discurso.

—Dadle las gracias a la brillantez de vuestro texto, licenciado —sonrió el agustino, quitándole hierro—. Y a la capacidad de persuasión de vuestros aprendices… Sobre todo, la del joven Suevos.

Román vio cómo Ambrosio desviaba la mirada.

Si bien el aspecto de Mundo al llegar al hospital era lamentable, después de medio año encerrado en las tinieblas húmedas de la Falcona, el estado de Cándido era crítico. Formoso se había pasado toda la noche tratando de afianzar el hilillo de vida que lo mantenía en este mundo, pero el futuro era una incógnita aterradora.

—Rezad —susurró el boticario al amanecer—. Será un milagro si se salva.

Mundo, que, salvo una delgadez extrema y la necesidad urgente de un baño no acusaba mayores desperfectos, empezó a golpear las paredes con lágrimas en los ojos. El maestro tuvo que sujetarlo por el pecho para evitar que saliera corriendo a por el arzobispo.

Estaba dispuesto a matarlo a puñetazos.

—Licenciado… —siguió ahora Román, cauto—. Tengo que partir, pero antes quisiera comentar algo que me resulta importante… Creo que debéis saber que no estoy de acuerdo con el proyecto de Su Majestad.

Ambrosio volvió en sí con la mirada confundida.

—Os he dado la razón en el argumento clave porque creo que es de justicia… Y, sobre todo, porque la fidelidad de vuestros discípulos me tocó el corazón; pero no creo que sea bueno para nadie el traslado de la reliquia. Para nadie, salvo… Bueno, ya sabéis. Para don Felipe.

Ambrosio tomó aire y se giró hacia la ventana.

Aunque esa era una preocupación menor en un momento así, lo cierto era que su misión había vuelto a cobrar fuerza gracias al alegato de aquel hombre. Y no era algo que le complaciese, en verdad. Lo único que importaba ahora era Cándido. No tenía fuerzas para abordar la nueva oportunidad que fray Jerónimo había abierto ante sus pies.

—Opino lo mismo que vos, hermano —contestó al fin, resignado—. Siempre lo he creído así, de hecho. —Román alzó una ceja, desconcertado. «¿Entonces?», parecía indicar su gesto de perplejidad—. Ya antes de mi Viage, ¿sabéis? Jamás me gustó desposeer a la gente de los objetos de su devoción… Sobre todo, a los más humildes. A los que necesitan creer en algo para seguir soportando la dureza de la vida.

Román se quedó observándolo con compasión.

Aquel anciano, en quien el rey había volcado sus ansias más inconfesables, llevaba años librando una guerra consigo mismo.

—Sin embargo —siguió Ambrosio, con gesto atormentado—, no se trata tan solo de cumplir con la voluntad del rey. Los oscuros deseos de un hombre, por mucho que sea el más poderoso de cuantos han hollado jamás la Tierra, nunca podrían obligarme a traicionar mi conciencia. Hay más… ¿Sabéis?

Una negativa muda lo invitó a continuar.

—A ver… —se esforzó el licenciado, tratando de hallar un modo de verbalizar las ideas que revoloteaban dentro de su cabeza—. El Escorial es un símbolo, hermano. Vos lo sabéis bien. El más imponente edificio que se ha construido en todo el mundo en los mil últimos años… Pues bien; también es el mensaje que el reinado de Felipe, este inmenso imperio que abarca más de medio planeta, les está lanzando a todos los pueblos. ¿Me explico?

—¿Y qué pinta en todo eso el expolio de reliquias sagradas, licenciado? —preguntó fray Jerónimo, ante lo que empezaba a interpretar como una especie de aval a todas luces injustificable—. ¿No debería cimentarse ese símbolo en la honradez y el respeto, en lugar de en una usurpación vergonzante?

Ambrosio guardó silencio.

Hasta cierto punto, estaba de acuerdo con aquel hombre. A él mismo le resultaba un escándalo que se tildase de «pío» el latrocinio que Gelmírez había cometido siglos atrás. Un episodio que Román no había citado, pese a ser el principal argumento de su proyecto. Ahora comprendía el porqué. De haberse referido a ello, el librorum helluo no habría tenido más remedio que ponerlo al pie de los caballos.

Buscó una luz en la encrucijada. Le estaba agradecido, e incluso estaba de acuerdo con el agustino… Sin embargo, aunque fuera difícil de entender —y de explicar—, él tenía sus razones.

Lo cierto era que había algo más, y no trivial, precisamente. Algo tan importante como para que hiciera oídos sordos a los chirridos de su conciencia.

—Las reliquias, hermano —respondió al fin—, y la santidad que representan… Bueno, si alguna esperanza tenemos aún de salvar a nuestra fe del avance de la herejía… En fin, la supervivencia de la Iglesia descansa ahora sobre los hombros de Felipe, nos guste o no. —Román se vio obligado a asentir. Así era, en efecto—. Ni siquiera el Vaticano podría resistir el avance del luteranismo sin su apoyo. Este inmenso imperio, el de nuestro rey, con su misión evangelizadora, es nuestra única opción de supervivencia.

El agustino fue ahora quien desvió la mirada.

Al fin comprendía el razonamiento de Ambrosio. Incluso el del soberano, al embarcarse en un expolio que tan descabellado se le había antojado hasta ese mismo instante.

Reunir en torno a sí a las reliquias, principal objeto de las iras de los protestantes, equivalía a enviar un mensaje al mundo entero. El Escorial —símbolo de su imperio— se cimentaría, precisamente, en los principios más cuestionados de la Iglesia Católica. Eso le haría saber a la humanidad que el reinado de Felipe estaba dispuesto a librar una lucha sin cuartel contra todos los enemigos de la fe verdadera.

Ahí radicaba la auténtica motivación del gran Ambrosio de Morales.

Lo que tan extraño le había resultado en un hombre cabal. Por fin veía que no era el fanatismo lo que movía su mano. Tras sus acciones subyacía una jugada política de calado mundial. Tal vez el carácter supersticioso de Felipe asomara tras aquellas maniobras, pero el fin último era una defensa a ultranza del catolicismo ante el avance imparable de la herejía.

Tras un largo silencio, Ambrosio suspiró. Entonces, pese a la trascendencia del momento, Román comprendió que sus pensamientos sobrevolaban senderos más mundanos. Unos cuartos

más allá, el joven Suevos se debatía entre la vida y la muerte.

Su angustia se vio interrumpida al abrirse la puerta de la alcoba.

—Ambrosio —anunció Formoso, con un aspecto demacrado que delataba la noche que había pasado en vela—. El muchacho ha vuelto en sí. Quiere veros.

El anciano se levantó como accionado por un resorte, pero Román lo sujetó por un brazo.

—Adiós, licenciado —le susurró—. Parto para no volver jamás. —El anciano asintió fugazmente en señal de despedida, pero el agustino lo mantuvo agarrado un último instante—. En vista de lo que cargáis sobre vuestras espaldas, sabed que os doy mi bendición.

Ambrosio le dedicó un gesto de agradecimiento y salió disparado hacia la enfermería.

Cándido, que había llegado con un pie en el otro mundo, había despertado.

Cualquier otra cosa carecía de importancia.

CXVI

Compostela, 1 de abril de 1589

Para cuando Ambrosio acudió, Cándido ya estaba inconsciente otra vez.

—¿Has podido saber qué era lo que quería de mí? —le preguntó a Formoso, que trataba de hallarle el pulso mientras sus ayudantes, en una coreografía ágil y silenciosa, ejecutaban sus indicaciones.

—Solo fue capaz de balbucir unas palabras —respondió el boticario, con el gesto muy serio —. Estaba muy preocupado por las conclusiones de Román.

Una lanza en llamas atravesó el pecho del anciano.

Con los ojos empañados, lo contempló allí tendido. Tenía la tez violácea, y su penoso aspecto delataba el tormento que había debido de sufrir entre los muros de la Falcona. La fiebre llevaba meses consumiéndolo, y tenía los pulmones encharcados. El diagnóstico era demoledor. La tos lo había agotado hasta la extenuación, y había llegado a impedirle dormir durante varios días seguidos. El único descanso que había conocido en semanas eran los desvanecimientos que había sufrido.

Y, a pesar de todo, la única preocupación que había mostrado al despertar se refería a su maestro. A todo aquello se había arriesgado con tal de defenderlo a él de los ataques de sus enemigos.

La voz de Mundo sonó a sus espaldas, sobresaltándolo.

—Maestro —dijo, asomando por la puerta. Ambrosio se volvió, y una nueva oleada de dolor lo golpeó. Aunque en buen estado de salud, su otro discípulo también estaba demacrado. Su cara era poco menos que una calavera, y la ropa le estaba tan holgada que parecía que se le fuera a escurrir hasta el suelo en cualquier momento—. Hay un mensaje en la entrada para vos. Acaban de entregármelo.

Entre extrañado y aturdido, el licenciado dejó atrás a Formoso y salió.

—¿Cómo estás? —le preguntó, mientras recogía la nota—. ¿Has comido?

Unas lágrimas tozudas asomaron a los ojos de Mundo. Quiso contestar, pero sus labios se empeñaron también en ponerse a temblar, delatando su angustia.

—¿Se pondrá bien? —fue cuanto logró articular, mientras señalaba con el mentón a la puerta de la enfermería.

—Entra, si quieres —le contestó Ambrosio.

Era desolador, pero Formoso le había dicho que la supervivencia de Cándido pendía de una hebra. No quería darle falsas esperanzas. Era muy probable que todo acabase de la peor manera posible.

—Yo… No puedo verlo así —farfulló Mundo, antes de escabullirse para disimular las lágrimas.

Ambrosio lo dejó ir, y miró con extrañeza el papel que tenía entre las manos. Lo examinó por fuera, tratando en vano de hallar el nombre del remitente, y lo abrió con una torpeza impropia de sus manos de amanuense.

Él también estaba exhausto. Las veinticuatro últimas horas habían sido demoledoras.

«Al ilustre licenciado Morales

Estimado señor:

En vista de los últimos acontecimientos, debo confiaros una verdad que se os ha ocultado durante mucho tiempo. Os aguardo en la Corticela, como la otra vez. No tardéis.

Tampoco en esta ocasión os arrepentiréis».

Ambrosio releyó el texto con la frente arrugada.

¿Qué le pasaba a todo el mundo últimamente, que no hacían más que enviarle notitas misteriosas? Con un ademán hastiado, se guardó el papel en un bolsillo. De nuevo, Sheridan se ponía en contacto con él para confiarle algún secreto.

Se quedó parado, sin saber qué pensar.

Tenía mucho que agradecerle al lenguajero, que lo había puesto sobre una de las pistas que mejor habían apuntalado su proyecto de traslado. De hecho, el veredicto de Román había resultado favorable, en parte gracias a los datos que el irlandés le había sugerido.

Sin embargo…, ¿qué intereses movían a aquel hombre? ¿Por qué le ofrecía ahora nuevos datos? ¿Acaso estaba interesado en que el cuerpo del apóstol abandonara la ciudad? No tenía sentido. Por muy jesuita que fuera, era impensable que un lenguajero apoyase su misión. Ni siquiera en secreto.

No obstante, la evidencia era incuestionable. Arlynn ya le había prestado ayuda una vez… Y parecía dispuesto a repetirlo ahora que acababa de reactivarse su cometido.

Ambrosio navegó entre dudas durante un buen rato. Por muchas vueltas que le daba, no lograba hallar la lógica de semejante comportamiento. A Sheridan no lo movía la amistad hacia él, pues no se conocían de antes. Y tampoco la simpatía hacia el rey; al fin y al cabo, el muchacho era irlandés. ¿Qué hacía, pues, que se mostrara tan proclive a ayudarlo?

Definitivamente, nada tenía sentido.

Un ajetreo de voces llamó su atención al otro lado de la puerta. Alarmado, se percató de que el boticario y sus ayudantes estaban afanándose de forma frenética sobre el cuerpo de Cándido.

—Rápido, su corazón apenas late —oyó.

Ambrosio olvidó el mensaje de Sheridan.

Con él voló todo lo demás: la misión encomendada por el rey, la amargura de saberse enfrentado a su sobrino y todas las tribulaciones que lo habían atenazado en los últimos tiempos. Hasta la silueta de la mujer que seguía apareciendo en sus pesadillas.

El joven Cándido se debatía entre la vida y la muerte.

Eso era lo único que importaba ya.

CXVII

Compostela, 4 de abril de 1589

Una carta arrugada descansaba sobre la mesa.

Allí la había soltado el arzobispo, como si quemara.

Cada vez que la miraba meneaba la cabeza de lado a lado. A sus ojos, las pulgas de un perro flaco brindaban entre sus líneas. El ruido de los goznes lo trajo de vuelta, y recordó que había mandado llamar a dos hombres.

Fue justo después de acabar de leerla.

—Monseñor —anunció el guarda, con voz neutra—. Han llegado los canónigos.

Ares y Cabana se acercaron en silencio.

Sus miradas desconfiadas confirmaron los más oscuros presagios. El gesto sombrío del prelado solo podía indicar una cosa: habían recibido más malas noticias.

—¿La corte o la chancillería? —aventuró el arcediano, mientras tomaba asiento.

La sonrisilla burlona se había esfumado de su rostro tras el alegato de Román. Pálido como la cera, aquella tarde Cabana se había escabullido entre el gentío para encerrarse en su palacio y emprenderla a golpes con el mobiliario. Por algún motivo inexplicable, el agustino había renunciado a la montaña de oro que le faltaba por cobrar a cambio de pasarse al bando de una causa indefendible.

Solo por salvar el pellejo del insidioso de Ambrosio.

El aspecto desmejorado de fray Indalecio daba cuenta de su insomnio. Todos sus planes se habían venido abajo con aquel revés. Lógico que, desde entonces, no hubiera sido capaz de pegar ojo.

—La chancillería —respondió Sanclemente, en tono fúnebre.

El reliquiero miró a uno y a otro sin comprender.

Él también había salido del discurso de fray Jerónimo hecho una furia, pero no se le había ocurrido hacer más para desahogarse que blandir un cuchillo en el aire contra unos enemigos imaginarios durante horas. En su cabeza, unas sombras confusas giraban en torno a sus reliquias. Un rey sin rostro, junto con las siluetas de los discípulos de Ambrosio, de los peritos de Valladolid y de aquel traidor de Román ejecutaban un baile caótico cuyo significado ni siquiera alcanzaba a interpretar.

—Y también de la corte —siguió el arzobispo—. Aunque no tiene nada que ver con Ambrosio.

Cabana arqueó el entrecejo, intrigado.

Ya vería luego qué órdenes eran esas que habían enviado desde palacio. Lo primero era saber qué pasaba con el dichoso pleito de los cinco obispados.

Desde que había logrado que los veedores emitieran un informe borroso sobre la autenticidad del Voto, había estado aguardando el inevitable contraataque de aquel abogadillo, el tal Lázaro González. Ya había dado por sentado que un nuevo peritaje sería solicitado.

Que iban a tener que rascarse el bolsillo otra vez.

—¿Solicitan una nueva autentificación? —preguntó.

El prelado emitió un suspiro que le sonó a alacrán cercado por las llamas.

Indalecio esperó con el peor de los presentimientos asomando tras su hombro.

—Sí —asentó Sanclemente—; pero no la que estabais aguardando.

Con un ademán hastiado, el arzobispo empujó hacia él el papel, que llegó a sus manos deslizándose sobre la mesa como si se burlase de todos ellos. El arcediano fue directo a los párrafos centrales.

Según los iba leyendo, su tez fue tornándose blanquecina.

—¿La reliquia? —preguntó, con voz temblorosa—. ¿Vienen para determinar la veracidad de la reliquia?

Ares comprendió de golpe de qué iba todo aquello, y tuvo que aferrarse a la mesa para no caer.

Jerónimo Román, el prestigioso sabio a quienes ellos mismos habían encumbrado como heraldo de la veracidad suprema, había afirmado que estaba de acuerdo con Ambrosio de Morales en una cuestión clave: los restos que se custodiaban en Compostela no podían pertenecer a Iacob. Así lo había deducido de una lectura en profundidad de los Hechos de los Apóstoles.

Uno de los libros, nada menos, que formaban parte de la mismísima biblia.

Eso había determinado el ilustre erudito, y así constaba en la nueva Historia Compostelana que les había entregado. Un manuscrito que él mismo destruiría en cuanto todo se hubiera calmado un poco.

Pero ahora, con los jueces del reino dispuestos a determinar si los restos eran auténticos —y si, por tanto, el Voto de Santiago debía seguir vigente o era menester abolirlo—, el criterio del agustino se presentaba como una amenaza mucho más grave.

Aquella afirmación colocaba una espada sobre sus cabezas.

—Es el momento de empuñar las armas —siseó, haciendo que los otros dos se volvieran hacia él sobrecogidos—. El arzobispo de Compostela debe movilizar a su ejército si la ciudad se ve amenazada. Es vuestro deber, monseñor. El enemigo acecha a vuestro pueblo, a vuestra catedral y a nuestro santo patrón. Debéis poner vuestra milicia en pie de guerra.

Cabana, que aún no se había repuesto, lo miró con interés.

Por esta vez, el reliquiero podía tener razón. Aunque siempre buscaba soluciones demasiado simples para problemas complejos, quizás estuviera en lo cierto. Las tropas arzobispales proclamarían a los cuatro vientos que los enviados del rey pretendían expoliar lo más sagrado de su ciudad y el pueblo, encolerizado, se echaría a la calle con hachones y cuchillos.

Alentar una revolución era ya lo único que podían hacer.

—Ya no tengo ejército. —La voz de Sanclemente sonó como una campana ajada, derrumbando con estrépito las elucubraciones de su arcediano.

Los canónigos se quedaron mirándolo con la respiración suspendida.

¿Cómo que el señor de la ciudad ya no tenía ejército?

¿Qué diablos significaba aquello?

—Esas son las noticias de la corte que os comenté antes —aclaró Sanclemente—. En previsión de un ataque inglés sobre nuestras costas, se me ha ordenado poner toda mi milicia bajo las órdenes del gobernador Cerralbo. Tengo que mandar a mis soldados a Coruña. Es una orden directa del rey.

Indalecio ató cabos al punto.

La guerra era el pretexto perfecto. Ante la amenaza de una masacre, Sanclemente no podía

negarse a supeditar sus fuerzas a las del capitán general de Galicia.

O lo que era lo mismo, a poner todos sus efectivos al servicio del rey.

Jaque mate, rumió, con el sabor de la bilis en el paladar.

El ejército de Compostela iba a luchar a favor, precisamente, del enemigo que se disponía a arrancarle el corazón a su ciudad. De un Felipe que pretendía extirpar la razón de ser de su existencia, condenando a la sede más sagrada de Occidente a languidecer en el olvido hasta no ser más que un vestigio difuminado en la niebla de la eternidad.

—Negaos —soltó el reliquiero, echando chispas por los ojos.

Sanclemente, con un hastío secular, movió la cabeza muy despacio.

—¿Y si se consuma una matanza en nuestros puertos, hermano? —preguntó, indefenso—. ¿Y si de mi ejército depende salvar miles de vidas de inocentes?

Los tres se quedaron en silencio.

Entre Lázaro González, el licenciado Morales y el pirata Drake habían trazado un horizonte que cerraba todas las salidas. Ni siquiera se conocían entre sí, pero así era. Aunque hubieran planificado aquel diabólico escenario, no les podría haber salido mejor.

Cabana puso su cabeza a funcionar.

Ya otras veces había encontrado grietas en callejones sin salida; hasta la opción más disparatada podía ser la buena.

Hizo un repaso fugaz. Ambrosio, a buen seguro, estaría preparándose para retomar su dichoso proyecto. La Audiencia, según acababa de saber, se había puesto en marcha hacia Compostela. Y ya no para que Lázaro González pusiera en solfa otra vez el documento del Voto, sino para examinar con lupa las mismísimas reliquias. Y los ingleses…

Ahí, se detuvo de repente con la sangre hecha hielo.

Una idea difusa asomó entre la bruma, frenando en seco aquel torbellino. Le dio un par de vueltas, y luego otro par… Y al fin lo vio. Un relámpago lo sacudió entonces, y el esbozo lejano de un plan empezó a tomar forma como el dibujo de un niño sobre un papel en blanco. Sobre él, como un eco renacido de su memoria, empezó a sonar una vieja cantinela. Un refrán que había oído tiempo atrás, y que creía haber olvidado.

Si te arrinconan cien lobos, rezaba el proverbio, bienvenido sea un dragón.

Sin nada que perder, el arcediano volvió a cavilar sobre aquel plan incipiente. Empezaba a atisbar una posibilidad, aunque remota, de resistir. Tal vez pareciera una locura, pero el fuego cercaba las torres de la catedral con una virulencia inusitada.

Y las llamas, sonrió, no pueden progresar sobre terreno calcinado.

Se mantendría a la espera, pues necesitaba una determinada evolución en los acontecimientos para que tal idea fuese factible, pero el dragón que ahuyentaría a los lobos se disponía a zarpar en el lejano norte. Era curioso. Por ese nombre, precisamente, era conocido aquel hombre en todos los puertos.

Un pirata a quien llamaban «el Draco». El dragón de los mares.

Tal vez él fuese su última esperanza.

CXVIII

Hospital Real de Compostela, 7 de abril de 1589

La batalla duraba ya una semana.

Había sido devastadora, pero al fin había buenas noticias. Los remedios de Formoso empezaban a surtir efecto. La respiración de Cándido parecía haberse estabilizado al fin.

Gracias al uso de todas las plantas medicinales conocidas, de cientos de manipulaciones curativas, de una regular administración de destilados y una vigilancia permanente, el muchacho había empezado a respirar con regularidad.

Hasta había comido unas gachas sin atragantarse demasiado.

—¿Crees que se salvará? —Ambrosio se había pasado la noche en la enfermería.

Formoso se encogió de hombros.

—Es pronto para decirlo —murmuró el hombretón—, pero cualquier mejoría, por mínima que sea, es la mejor de las noticias.

Ambrosio asintió.

Escuchar aquello por boca del galeno más reputado del reino suponía una bocanada de aire fresco. Deseó que Cándido despertase cuanto antes para poder transmitirle las últimas noticias. Eso le daría el impulso que necesitaba.

Él no había podido ni asimilar aún el triunfo que les había proporcionado la inesperada respuesta de Román, pero estaba claro que todo había cambiado después. Por primera vez en todo un año, la misión encomendada por el rey era una posibilidad plausible.

El silbido que emitía la respiración del muchacho se interrumpió, y los dos se quedaron paralizados. Formoso, alarmado, se dispuso a intervenir sobre él, pero se detuvo al ver que Cándido entreabría los ojos.

—¿Maestro? —susurró, con la fragilidad de un polluelo recién salido del cascarón.

El licenciado solicitó permiso mediante una mirada implorante y Formoso, aunque con gesto de preocupación, asintió.

—Estoy aquí —contestó Ambrosio, con los ojos húmedos.

El joven pareció tranquilizarse, pero al punto trató de volver a hablar como si lo apremiase un anhelo vital.

—¿Qué dijo… Román? —logró articular al fin, con mil esfuerzos.

Ambrosio cruzó una nueva mirada con Formoso.

Esa era la única preocupación del muchacho. Ni su estado de salud ni nada de lo que había quedado atrás le preocupaban lo más mínimo.

Solo le importaba que su maestro no hubiera sido agraviado.

—Nos ha dado la razón, hijo mío —le confirmó, y Cándido esbozó una débil sonrisa—. Así que no te preocupes. Todo ha salido a pedir de boca.

Conmovidos, vieron cómo caía dormido con una sonrisa en los labios.

—Ha pasado lo peor —musitó Formoso—. Ahora, déjalo dormir. Esa es la mejor medicina que podríamos administrarle.

Con una renovada alegría en su pecho, el licenciado se retiró.

Fuera, con unas ojeras violáceas que le llegaban a los pies, se encontró a Mundo.

El muchacho se negaba a abandonar la puerta de la enfermería.

—Ha despertado —le anunció el anciano—. Creo que se repondrá.

Mundo abrió los ojos y, sin saber qué hacer pero con un ímpetu incontenible, avanzó hacia su maestro y se arrodilló ante él para besarle la mano.

—Vamos, vamos —tiró de él Ambrosio—. Ya está. Tranquilo.

Cuando por fin logró incorporarlo, vio que estaba llorando a mares.

Aquel niño grande, un gigante con corazón de algodón, adoraba a su compañero hasta límites insospechables.

—Licenciado… —La voz de uno de los especieros sonó a sus espaldas, haciendo añicos la emoción del momento—. Otra nota para vos en la entrada.

Ambrosio dejó que Mundo se girara hacia la pared para disimular las lágrimas, y tomó el papel. Después le dio un par de vueltas y lo desplegó. Tal y como había sospechado, se trataba de un nuevo mensaje de Sheridan.

El irlandés, de nuevo, lo conminaba a reunirse con él en la Corticela.

Esta vez, sus ojos mostraron un brillo diferente.

Ahora que Cándido estaba fuera de peligro, y gracias al espaldarazo que el discurso de fray Jerónimo le había proporcionado a su causa, tal vez fuese buena idea comprobar qué era eso tan importante que quería confiarle. Gracias a él, en buena medida, su misión en Compostela pintaba ahora mejor que nunca.

Decidió asistir a la cita.

Era algo que Cándido se había ganado.

Mundo regresó a su alcoba con la cabeza revolucionada.

Cándido había superado al fin el estado crítico y el maestro acababa de indicarle que ese mismo día al anochecer iba a salir para visitar a un amigo.

El momento había llegado.

No había podido pensar en otra cosa desde esa madrugada nefasta en la que Magdalena había dicho que en adelante sería ella la que concertaría sus encuentros.

Ella se había esfumado sin dejar rastro y él, desde entonces, se sentía como si le hubieran arrancado el corazón del pecho. La angustia le impedía pensar en nada más. Tenía que dar con ella de una vez por todas o se volvería loco.

Los meses en la Falcona no habían sido peores que el resto del tiempo. Tampoco el encierro en el sótano del marqués, ni la huida del villorrio castellano. No; ninguno de esos días había sido peor que el resto porque para él, desde la noche en que ella desapareció, toda su vida se había convertido en un presidio ciego.

Esa noche iría a los tejados.

Ella no estaría allí, pero le daba igual. Tampoco lo hacía con la esperanza de encontrarla. Lo único que quería era hallar un asidero. Recuperar una pista. Todo lo demás se estaba recomponiendo; había llegado la hora de enderezar también aquel rumbo.

Mundo apretó los dientes. La luna sería su cómplice en unas horas.

Ansiaba sentir que había recuperado el rastro.

Que volvía a tener una estrella a la que aullar.

CXIX

La Corticela, 7 de abril de 1589

—Pasad, licenciado. Os estaba esperando.

Ambrosio sintió que ya había vivido antes aquella misma escena. La penumbra de la Corticela, el olor a cera derretida y un muchacho pelirrojo de aspecto aniñado ante el altar. Fue como si nada hubiera cambiado.

Sin embargo, habían pasado muchas cosas desde entonces.

Aquel día había abierto la puerta sin saber por dónde empezar, y los secretos de la vieja Assegonia se habían desplegado ante él como alas de mariposa camufladas entre pétalos.

—Disculpad que no haya venido antes, hermano. —Ambrosio acababa de percatarse de lo mucho que se sentía en deuda con el lenguajero—. Mi aprendiz, el joven Suevos…

—Los asuntos del corazón son inmunes a otras prisas —lo atajó el irlandés, con un ademán de comprensión—. No pidáis perdón por haber actuado conforme a vuestros sentimientos, caballero. El amor está por encima del bien y del mal.

El cronista inclinó la cabeza en agradecimiento, y el lenguajero, sin perder la sonrisa, se sentó en la pequeña escalinata de piedra que llevaba al altar.

Después, con un gesto invitó a su visitante a hacer lo mismo.

—Hoy se cumplen once meses exactos desde que nos sentamos aquí, licenciado —apuntó, risueño—. Aquel día os recuperasteis de una leve indisposición gracias a un poco de vino de misa. ¿Lo recordáis?

Ambrosio sonrió con nostalgia.

Las revelaciones acerca del origen gaélico del topónimo «Compostela», junto con las alusiones a un origen encriptado en el Itinerario Antonino, habían desatado un tornado en su interior. Y sí, claro que recordaba que entonces había sostenido un cáliz entre las manos, dándole sorbitos para recuperar el aplomo.

—No solo lo recuerdo, hermano —le respondió, mientras tomaba asiento junto a él—, sino que una inquietante sospecha me invita a cuestionar si hoy voy a precisar otra copita.

El irlandés desvió la mirada, y su gesto se endureció repentinamente.

Ambrosio frunció el ceño al comprender el porqué. Pese a las chanzas, era más que previsible que se dispusiera a proporcionarle una nueva verdad.

Tan perturbadora, intuyó, como la que le había revelado la otra vez.

—Licenciado… —titubeó el joven—. Os preguntaréis por qué os he citado de nuevo.

Ambrosio guardó silencio. Evidentemente, así era.

—Bien —continuó el lenguajero, sin mirarlo a la cara—. Ante todo, quisiera que tuvierais en cuenta que hasta ahora os he ayudado sin pediros nada a cambio. Hasta el punto de que vuestra misión en Compostela, que apuntaba a un fiasco estrepitoso en sus primeros pasos, presenta ahora unas claras expectativas de éxito. ¿No es así?

El anciano asintió, pero en sus pupilas destellaba un interrogante.

—Sí, hermano —admitió—. No obstante, no comprendo por qué…

—Por eso… —lo cortó bruscamente Sheridan—. Por eso, y en virtud de esa ayuda que os

presté cuando lo teníais todo en contra, debo pediros un favor, licenciado.

Ambrosio claudicó.

Aunque no comprendiera sus motivaciones, era indudable que aquel hombre le había brindado una ayuda valiosísima. No solo tenía derecho a pedirle un favor, sino que era de ley concedérselo.

Su leve asentimiento hizo ondear una bandera blanca.

—Esto es lo que os pido, licenciado: que no me preguntéis nada respecto a lo que os voy a revelar. Nada, insisto. Me escucharéis y saldréis de este lugar, punto. Nada de preguntas. ¿Tendréis a bien concederme ese pequeño favor?

Un nuevo movimiento de cabeza, aunque dubitativo, lo invitó a seguir.

—Descuidad, acabaré pronto —indicó Arlynn, ya no tan brusco—. Bien, señor mío… Hace quince años, en el transcurso de vuestro famoso Viage, recalasteis en Compostela. En esa estancia obtuvisteis la munición que luego empleasteis contra la corrupción de algunos miembros de la Iglesia compostelana.

Ambrosio esbozó ahora un gesto de extrañeza, pero calló.

La situación era cada vez más estrambótica. Sheridan empezaba yéndose quince años atrás, nada menos.

Le estaba costando un mundo hallarle algo de sentido a todo aquello.

—Os pido un poco de paciencia —señaló Sheridan, al advertir su desconcierto—. Bien, licenciado… A lo largo de aquella estancia, conocisteis a una persona fascinante. Una mujer. Su casa, para más señas, se halla solo a unos pasos de aquí.

Ambrosio sintió que se le iba la vida.

La incredulidad afloró como un manantial de agua hirviendo, y el lenguajero vio cómo perdía el color en un instante. Sus ojos, antes serenos, se desbocaron en un azoramiento frenético, y su pecho se convirtió en una caja de resonancia donde atronaban cañonazos.

Hasta sus manos se aferraron al escalón de piedra.

Ese era el mayor secreto de toda su vida. Nadie, salvo ella, había sabido nada jamás. Los dos lo habían acordado. Ni amigos ni familia.

¿Cómo podía saberlo aquel muchacho, pues, tanto tiempo después?

—Asumidlo, caballero. —Sheridan le dedicó un gesto de compasión—. Sé que os parecerá imposible, pero lo sé todo. Sé de vuestros encuentros secretos. De su muerte en oscuras circunstancias. Sé que eso fue, en realidad, lo que os hizo abandonar la ciudad jurando no regresar jamás. Y sé, también, que en aquella ocasión fuisteis engañado. Que nada de lo que creísteis ver entonces era real.

El lenguajero esperó a que Ambrosio fuera encajando los golpes.

Le vio mirar al suelo mientras negaba con la cabeza y supo que, aunque con dolor, estaba asimilando que él, un extraño, estaba al tanto de todo.

—Pensé que solo ella y yo… —atinó a balbucir—. ¿Pero cómo… vos…?

—Recordad nuestro trato, licenciado —zanjó Sheridan, con firmeza, pero con gesto amable —. Nada de preguntas. Solo escuchadme bien… —Ambrosio se percató de que la verdad prometida aún no había sido desvelada, y su expectación se disparó—. Os he citado para confesaros que hoy, quince años después, podéis descubrir la verdad. Averiguar de una vez por todas lo que realmente pasó en aquellos días oscuros.

El anciano, reprimiendo el impulso de acribillarlo a preguntas, le dedicó una mirada implorante.

—No será aquí, licenciado; pues esa verdad ya abandonó Compostela en aquel tiempo —le aclaró Sheridan, incorporándose—. Para ello tendréis que llegar al fin del mundo. —Ante el gesto de perplejidad de su invitado, el lenguajero se limitó a encogerse de hombros—. Eso es cuanto puedo deciros. No hay más que jornada y media de aquí al Finis Terrae. Una vez allí, sabréis lo que hay que hacer.

Ambrosio, aunque aturdido, también se levantó.

Las dudas lo bombardeaban como el granizo sobre un campo de amapolas, pero no tenía más remedio que contenerse. Se había comprometido a no hacer preguntas.

Sin embargo, tampoco podía quedarse así. El muchacho le había mostrado el agua dulce en una travesía por el desierto, pero no le dejaba ni mojar los labios.

—Hermano… —musitó, con tono suplicante.

—Eso es todo, caballero —le espetó el irlandés, terminante, mientras se giraba para adentrarse en la sacristía—. Y lo es para siempre, además. No me busquéis más, pues estoy a punto de abandonar Compostela para siempre. Otros vendrán a la Corticela, así como otras han ido ocupando en este tiempo la Casa de las Crechas. Olvidaos de mí y de este lugar, y centraos en lo que os he confiado. Solo hacedlo, licenciado. Id al fin del mundo.

Ambrosio solo pudo contemplar cómo se perdía tras la puerta de la sacristía.

Desde el dintel, Sheridan le echó un último vistazo a modo de despedida.

Su voz resonó bajo las bóvedas con ecos de irreversibilidad.

—Id, Ambrosio. Solo allí descubriréis la verdad.

CXX

Compostela, 8 de abril de 1589

—Ha vuelto a los tejados.

El campanero se retorcía los dedos ante el arcediano.

Cabana lo miró con la frente arrugada. Ahora que la batalla se había inclinado en favor de Ambrosio, que su aprendiz reanudase sus incursiones nocturnas podía darle un nuevo asidero. Aquel extraño hábito disparaba la vulnerabilidad del muchacho. Ares, a su lado, desprendía una furia asesina.

—También sé que recorre las calles como un alma en pena —siguió el campanero—. Como si estuviera buscando algo.

Indalecio asintió con gesto pensativo. Claro que el joven Mundo buscaba a la mujer de mala vida que tan misteriosamente había desaparecido un día sin dejar ni rastro.

Sin saber qué pensar, se acarició el mentón. La historia renacía meses después contra todo pronóstico, y las incógnitas suspendidas volvían a surgir con el mismo antifaz.

—Gracias. —Cabana despachó al campanero—. Avisadnos si averiguáis algo más.

El confidente salió, dispuesto a regresar a su tejado, y el arcediano tomó asiento con actitud taciturna. La interrupción había truncado sus maquinaciones de raíz. Empezó a hacer cábalas en función de las nuevas noticias.

Carmelo gruñó una despedida hosca y abandonó la sala de forma repentina. Cabana lo vio salir con gesto ausente y se quedó allí sentado, con una bandada de ideas difusas revoloteando a su alrededor.

Para Ares, en cambio, todas las dudas acababan de despejarse.

El reliquiero recorrió las calles a toda prisa.

Él sabía cómo sacar partido de las correrías de Segismundo. Ahora que Ambrosio lo tenía todo a favor para consumar su infamia, el punto flaco de uno de sus aprendices podía ser el factor que igualase aquella insultante lid. Lo que la Falcona no había consumado tal vez lo arreglase un encuentro inesperado en las alturas.

Ares se alejó del palacio con una idea fija entre ceja y ceja. El campanero acababa de revelarles que Mundo recorría los tejados de noche.

El aire fresco le permitiría vislumbrar nuevos horizontes.

Tenía una cuenta pendiente con aquel bravucón.

CXXI

Poulo, 12 de abril de 1589

Un nuevo emisario se detuvo ante la casa.

El tránsito de jinetes empezaba a ser una estampa habitual para las gentes de Poulo. Al oír los cascos, los niños corrían para saludar a aquellos hombres que pasaban como exhalaciones sobre caballos imponentes, pero nunca obtenían respuesta.

Solo dejaban un rastro de polvo tras de sí.

Manuel recibió ante la puerta al correo del gobernador. Bertendona también le había dado a este las indicaciones precisas; y de nuevo el jinete partió tras cruzar unas palabras apresuradas con él. El marqués de Cerralbo le había concedido una jornada y media para entregarle una notificación al arzobispo de Compostela y regresar a Coruña.

La mirada de Manuel se endureció.

Graves tenían que ser sus asuntos para que los grandes señores se vieran abocados a semejante apremio.

—El almirante ordenó que os entregase esta carta —dijo el jinete, antes de esfumarse.

Manuel vio cómo el caballo desaparecía por el camino real. El cielo se veía nublado hacia el sur. Después, volvió una mirada confusa hacia el papel que aquel hombre había depositado en sus manos.

«A maese Poulo, querido amigo y oficial imprescindible

Vuestros augurios de los días de Lisboa iban bien encaminados. La Empresa de Inglaterra no solo resultó ser un proyecto errático, sino que ha provocado un huracán de consecuencias imprevisibles.

Al puerto de Faro no hacen más que llegar rumores inquietantes. En las costas de la Albión ultima ya su singladura una poderosísima flota al mando de Francis Drake. «Counter Armada», la llaman los ingleses. Una Contraarmada que se dispone a vengar el intento de Felipe de derrocar a su reina.

La noticia es preocupante para esta pequeña ciudad, tan expuesta al tránsito de esa flota en su camino a Lisboa. Y tan precariamente fortificada, ya conocéis la particular conformación de Coruña. No me preocupa la ciudadela, pues sus muros podrían resistir un tiempo si logramos acabar el fuerte de San Antón. Sin embargo, la Pescadería no tiene más que un murete de la altura de dos hombres para detener un posible ataque. Y sus debilidades van más allá. En su Hospital de San Andrés aún yacen cientos de heridos de la Gran Armada.

Son casi doscientos los buques que se disponen a levar anclas en el norte. Algunos dicen que pretenden caer sobre Santander, pero yo no lo creo.

Conviene no olvidar que Drake es un pirata. Y los piratas —a diferencia de los hombres de honor que componen la marina real española— siempre ponen en la balanza dos factores:

riesgo y beneficio.

El beneficio de tomar Santander repercutiría únicamente en los intereses de la reina, pues destrozar los restos de la Gran Armada de don Felipe le despejaría el camino hacia Portugal. No obstante, para sir Francis y los inversores privados que han costeado la expedición, no hay nada allí que justifique poner en peligro sus vidas y sus haciendas. El riesgo de atacar una población formidablemente defendida —donde los barcos de guerra españoles los están esperando con sus heridas casi curadas— es demasiado alto.

De ahí mi zozobra, querido Poulo.

Temo que Coruña sea para Drake el objetivo en su camino a Portugal. Si logra saquearla, sus barcos arribarán bien abastecidos al estuario del Tajo. Y que Dios proteja entonces a los defensores españoles del reino portugués, pues si Lisboa cae en manos de Isabel, el mundo habrá dado un vuelco sin retorno.

El imperio ibérico de Felipe se vería partido en dos, y todas las colonias portuguesas —medio mundo, como sabéis— pasarían a dominio inglés. El tráfico que une nuestras costas con el Nuevo Mundo se vería amenazado para siempre. Las Açores, en manos de piratas, supondrían un peligro permanente.

El esplendor de España habría desaparecido de un plumazo.

Por eso he pasado todo este tiempo reforzando las defensas de la ciudad. Si mis sospechas se confirman, de lo que suceda aquí puede depender el futuro de la humanidad. Cuento en mi labor con la ayuda inestimable de Mayor Pita, que me provee de todo lo necesario. Y esto os lo debo a vos, amigo Poulo. Para agradeceros este último servicio es para lo que hoy os escribo esta carta.

Para eso, y también para transmitiros un afectuoso adiós si el destino quisiera que no volviéramos a vernos. En previsión de lo que pueda caer sobre la vieja Faro, me despido.

Sabed que, pase lo que pase, siempre os llevaré en mi corazón.

Salud, viejo amigo.

Martín de Bertendona y Goronda. Almirante de la Mar Océana».

Una sombra oscureció las pupilas de Manuel.

En un impulso, dirigió la vista al norte. Allí estaban sus amigos. Mayor, Gregorio, Bertendona. También la pequeña Carmen y su anciano padre, el bueno de Nemesio.

Sobre todos ellos volaban ángeles negros de aceite.

Muy despacio, contempló la aldea en calma como un remanso en mitad del infierno. Allí estaban los mismos tejados silenciosos de siempre. La vegetación enmarcando las casas. Las chimeneas humeantes bajo el cielo de primavera, luminoso y agitado a la vez.

El árbol junto al camino. El despertar de aquel amanecer lejano.

La imagen de Tristán, sonriente e intrépido, irrumpió entonces en su memoria, y Manuel volvió otra vez la vista hacia el norte. En la vieja Faro, sus amigos aguardaban la catástrofe con

los pies engrilletados.

El pequeño héroe, a su lado, miraba en la misma dirección.

Cuando le cogió la mano, Manuel cerró los ojos, avergonzado.

CXXII

Plymouth, 13 de abril de 1589

El almirante aspiró la brisa del mar.

Después de mil contratiempos y otros tantos retrasos, la Counter Armada soltaba al fin amarras. Plymouth, su ciudad, fue quedando a popa.

Tenían por delante una singladura incierta. Una más.

Nuevos mensajes habían llegado desde la corte. Elizabeth, ante la perspectiva de verse dueña y señora del imperio portugués, había ido redoblando sus exigencias. Su apremio fue encajado por Drake con la misma proporción de indiferencia. Igual que una playa de arena plácida, sir Francis había recibido una oleada tras otra sin inmutarse.

Los capitanes estaban de acuerdo con él.

Aunque en secreto, habían acordado no atacar Santander. Era mejor dejar que Felipe se esforzase en recuperar su flota. Para cuando hubiera logrado rehacer la Gran Armada, ellos ya habrían conquistado Lisboa.

Ese golpe sí sería definitivo.

Con ello, los ingleses no solo se adueñarían de una de las ciudades más ricas del mundo —más que la propia Londres y muchísimo más que Madrid—, sino que sus colonias de ultramar, su floreciente comercio y su dominio de los océanos sería suyo. Gozaban de una legitimidad insólita: don Antonio, el primo bastardo de Felipe, que no había dudado en vender a sus compatriotas con tal de ser coronado rey, viajaba en uno de sus barcos.

Al pensar en aquel hombre, sir Francis escupió con desprecio.

No era más que un personajillo inmundo. Un traidor a su patria, corroído por la avaricia. Sin embargo, también era la llave que podía abrirles la cámara del tesoro. Al menos, eso decía él. Drake no lo veía tan claro, pero había decidido asumir esa expectativa. La mera posibilidad de que así fuera, aunque más frágil de lo que le hubiera gustado, lo avalaba para intentarlo.

Un pantocazo del Revenge disipó el mal humor del almirante.

Al otear el panorama, se reafirmó. Santander no era una opción.

Los barcos cabeceaban contra una mar gruesa que dificultaba su avance. Drake, cabellos al viento, evaluó con ojo experto el progreso de sus escuadras. Las condiciones no eran idóneas, pero podían arribar a Lisboa. Tras un par de semanas de travesía, las costas españolas estarían a la vista. Entonces tendrían que abastecerse. Los retrasos les habían hecho consumir más provisiones de las previstas, y sus pañoles viajaban medio vacíos. Aquello, en caso de necesitar argumentos, podía servir de excusa ante la reina. Sí; era el pretexto perfecto para atacar un puerto español. Cuando le pidieran cuentas por haber contravenido las órdenes de Elizabeth, argumentaría que los vientos no le habían permitido llegar a Santander. Que la necesidad lo había obligado a buscar víveres y que, para cuando los consiguió a base de arrasar otro puerto, ya no había más opción que seguir hacia el sur.

Al estuario del Tajo.

Todos los capitanes habían sellado el juramento.

Tanto los maestres que dirigían las escuadras, como los generales que mandaban a la gente de

guerra. Para cuando ella desplegase su ira, él ya habría puesto Portugal a sus pies.

Basta un éxito rotundo para ensalzar lo injustificable.

Drake repasó las informaciones de sus espías.

La ciudad en cuestión, aunque en apariencia insignificante, estaba atiborrada de provisiones, bastimentos y munición. Allí cargarían sus bodegas y, bien provistos, navegarían una semana más hasta Lisboa. Entonces estarían en condiciones de sitiar la gran capital.

Y no solo eso, recordó, mientras su sonrisa se acentuaba. Decían que en aquel puerto se custodiaba el oro de un galeón de las Indias.

No podía estar seguro, pero la mera perspectiva avalaba el ataque.

Sir Francis vio cómo Plymouth se perdía bajo las aguas.

Al volver la vista al frente, sus ojos destellaron. Allá, tras el horizonte, el ancestral puerto de Faro era ahora su destino.

Sus viejas murallas no resistirían mucho. Si sus habitantes osaban presentar resistencia, serían pasados a cuchillo sin piedad. Sus mujeres, violadas. Sus ancianos, quemados vivos. Un buen mensaje para que los defensores de Lisboa decidieran rendirse al verlos llegar. Si lo hacían, sus vidas serían respetadas. Si no, correrían la misma suerte.

Faro, un lugar de leyenda. Desde su torre milenaria, Ith había vislumbrado una isla verde al norte, dando lugar a la conquista de Irlanda por parte de los milesios. Así, al menos, lo narraban los mitos gaélicos. Las leyendas del Lébor Gábala Erenn.

Con el salitre impregnando su piel, sir Francis asintió con convicción.

El plan estaba claro; ahora tocaba ejecutarlo.

CXXIII

Compostela, 16 de abril de 1589

Ambrosio sonrió al ver acercarse a Mundo.

Traía a Cándido en los brazos.

Aunque convaleciente, ya podía levantarse. Llevaba ya un par de días sin aquellos accesos de tos que le hacían convulsionar hasta la extenuación. Caminar era todavía un trabajo demasiado arduo, pero había empezado a salir de la alcoba. Formoso le había recomendado pasar las tardes entre las plantas medicinales de los claustros.

Mundo lo cargaba desde la cama, y lo posaba suavemente sobre uno de los enormes bancos que flanqueaban los patios. Después, lo arropaba con cuidado.

La sonrisa del licenciado se fue difuminando.

Distracciones como aquella lograban hacer que se evadiera, pero la oscuridad siempre regresaba. Los eclipses se habían hecho constantes. Desde la charla con Sheridan, sus preocupaciones se dirigían con voluntad propia en dirección al atardecer.

Una verdad inimaginable aguardaba en el Finis Terrae. Los muchachos estaban a salvo, y él ya no tenía fuerzas para retomar el maldito encargo del rey.

Tenía el pensamiento enmarañado y la cabeza en otro sitio.

—Maestro, yo agilizaré los trámites —le había dicho Cándido, aún pálido y febril—. Despreocupaos; yo me encargo de reactivar la solicitud ante el arzobispado. Ahora lo tenemos todo a favor. Es el momento de asestar el golpe de gracia.

Ambrosio, sobrepasado, no había tenido arrestos ni para negarse.

Tras balbucir una tímida objeción, se había limitado a escabullirse.

Los diez días transcurridos desde su visita a la Corticela habían sido más turbulentos que todo el año anterior. Y no era poco decir. Aquel día se cumplía un año desde que Felipe lo había recibido en la iglesia vieja de El Escorial.

Su vista se posó en su joven aprendiz. Vio que sonreía, despreocupado y pálido.

De nada valía seguir engañándose. Si bien se había propuesto esperar a que Cándido estuviera fuera de peligro antes de encaminarse al fin del mundo, estaba claro que la soga de hielo que le impedía dar el primer paso era de otra naturaleza. Ya no lo frenaba la preocupación por que el muchacho se recuperase. Claro que no.

Era el miedo a la verdad lo que lo mantenía anclado al suelo.

Con la sensación de estar asomándose a un pozo sin fondo, fijó una fecha límite.

El primer día del siguiente mes; de ahí no podía pasar.

Aún faltaban dos semanas, calculó. Para entonces, los muchachos ya podrían quedarse solos unos días sin problema.

Era otra sombra la que se extendía ahora ante sus pies.

Los monstruos que había amamantado aguardaban tras el horizonte.

El más terrible de ellos acechaba al final de todos los caminos.

Desde la otra punta, Cándido observó con disimulo el gesto consternado del maestro.

No conocía el motivo, pero fuera lo que fuese no podían rendirse ahora.

Tenían a sus enemigos con el gaznate a la vista. Tanto si las intenciones del rey eran loables como si no, ellos estaban allí para hacer que se cumpliera su voluntad. Si no tenía más remedio, lo ejecutaría por sus propios medios.

Todo apuntaba, de hecho, a que así tendría que ser.

Mundo había vuelto a convertirse en una silueta huidiza y el maestro no era más que una sombra de sí mismo. Débil, pero decidido, Cándido empezó a esbozar el plan definitivo.

El discurso de Román había despejado el horizonte.

Oculto en una esquina, Mundo los espiaba con mirada pensativa.

Deseaba más que nada que salieran de sus infiernos.

Si Cándido y el maestro lograban huir de sus respectivas zozobras, podría afrontar su búsqueda sin ataduras. Sus pesquisas en busca de Magdalena seguían siendo vanas, noche tras noche, pero las cosas estaban yendo a mejor en su corazón.

En los últimos tiempos había recuperado algo de la paz perdida.

Pese a que él mismo se había sorprendido, el hecho de regresar a los tejados donde un día había sido feliz estaba resultando un bálsamo para su alma agrietada. Con ánimos renovados, empezó a indagar discretamente entre las gentes que la habían conocido. Vecinos, aguadoras, arrieros. Hombres a los que había visto rondar su casa. Aunque hasta entonces nadie había sabido darle razón, no estaba dispuesto a rendirse.

Y cada madrugada, por supuesto, seguiría subiendo a la cubierta de la catedral.

Así podría contemplar la ciudad dormida, como había hecho con ella tantas veces.

Respirar su aire cargado de humedad. Admirar su luna, distinta sobre aquel tejado a cualquier otra. Por algún motivo, su desazón frenética se apaciguaba en ese lugar. Llegó a pensar que se había vuelto loco.

Que no había razón para sentirse confortado en mitad de un infierno.

Sin embargo, al final halló una explicación.

De algún modo incomprensible, ella seguía allí.

CXXIV

Compostela, 30 de abril de 1589

Sanclemente digería su infortunio bajo los arcos de piedra.

Mil ideas funestas lo asediaban. Las llamas lamían los cimientos de la catedral.

La Real Chancillería acababa de comunicarle que sus expertos estaban en camino y el discípulo de Ambrosio, tras su reclusión en la Falcona, había solicitado una respuesta en firme.

Tras la sentencia de Román, el joven Suevos exigía un dictamen definitivo respecto al proyecto presentado por el licenciado Morales en nombre del rey. La misión se había reactivado, y ya no tenía armas para frustrarla.

Amén de la cédula real, la solicitud venía avalada por una bula que firmaba el mismísimo papa, de puño y letra. Entre eso y los incesantes mensajes del gobernador, ordenándole poner sus tropas al servicio de Coruña, el apóstol estaba arrinconado entre tres espadas y un abismo.

Despojado de su ejército, con el aliento del rey en el cogote gracias a su propio tío y los jueces vallisoletanos husmeando en su iglesia, no había salvación posible.

Sumido en la penumbra, parecía una estatua más.

La impotencia lo ahogaba, y ya no tenía a quién recurrir. Las horas fueron pasando sin que asomase ninguna luz tras el horizonte y al final, ya bajo el ocaso, tuvo que rendirse. Renqueante, se encaminó a su alcoba sin ninguna esperanza en el nuevo día.

Triste es el crepúsculo para quien no cree en el alba.

Solo un milagro podría salvarlo ya.

El último día de abril iba llegando a su fin.

Aunque con pasos vacilantes, Cándido ya era capaz de andar. Ambrosio, más tranquilo, decidió contrastar con los galenos su mejoría. A pesar de que el muchacho se fatigaba con dar unos pasos, ya era seguro que saldría adelante. Estaba fuera de peligro.

El viejo maestro, entre un agotamiento secular y una expectación resucitada, preparó su petate. Formoso estaba advertido de que se disponía a ausentarse durante unos días, y sus aprendices también habían recibido las instrucciones pertinentes.

—Volveré pronto —les había anunciado el día anterior. Ellos, aunque sorprendidos, asintieron. En las pupilas del licenciado flotaba la desolación de mil derrotas, pero también un brillo surgido de sus cenizas—. El hospital es lugar seguro, no salgáis. En cuanto yo regrese acabaremos de una vez por todas con este asunto. Confiad en mí.

Mundo asintió como por costumbre, pero los ojos de Cándido relampaguearon de júbilo. Él era quien había asumido el mando ante el cabildo.

Ambrosio ultimó los detalles de la partida.

El caballo estaba listo, y su corazón también. Con el nuevo amanecer, el licenciado Morales emprendería el camino del fin del mundo. Una sensación agridulce había ido creciendo en su pecho. La puerta del Santo Peregrino, la misma por la que quince años atrás había visto salir un féretro con el corazón destrozado, sería testigo de sus primeros pasos. Aquel día, recordó, solo había espacio para la desolación.

Ahora iba cargado de incógnitas e ilusiones. Estaba dispuesto a lanzarse a pecho descubierto. Una nueva luz despertaba ahora en su interior.

No era la curiosidad, tampoco el miedo.

Lo que latía ahora en su pecho era otra cosa. Mientras las últimas luces del ocaso teñían de rosa el horizonte, el anciano, como un niño en sus primeros pasos, sonrió.

En su interior crecía una llama.

Por primera vez en años, se sentía vivo.

En lo alto de la torre, Ares ardía de cólera.

Había abandonado el cónclave desbordando furia. Sanclemente, aquel pusilánime indigno, los había citado como si fuera a anunciarles las siete plagas de Egipto.

Ya no era solo la traición de Román, que había dado alas al ladrón de Ambrosio. Ni que este, a través de su aprendiz, hubiera vuelto a las andadas con su dichoso proyecto.

Aún había más.

El ejército episcopal estaba obligado a ponerse al servicio del gobernador. Cerralbo había impuesto el estado de alerta por mandato del rey. Los ingleses ultimaban una ofensiva por vía marítima, y nadie sabía dónde se disponían a atacar.

Y aunque pareciera imposible, todavía había más desgracias.

La audiencia de Valladolid había enviado una delegación para comprobar si los vestigios que se custodiaban en la catedral correspondían realmente al señor Sant Iago.

Los auditores estaban a punto de presentarse en la ciudad.

Su sangre hervía como la lava de un volcán.

Para su asombro, en lugar de alzarse con furor justiciero contra los que amenazaban su sede, el señor de la ciudad se había mostrado resignado. Indefenso ante la fatalidad.

Y Cabana, extrañamente taciturno, no había dicho ni una palabra.

De ahí que él hubiera acabado por estallar.

—¡El ejército del arzobispo debe defender Compostela! ¡Es su deber, y el vuestro! —bramó, ante los lamentos del prelado y el silencio indefinido del arcediano—. Lo que teníais que haber hecho era enviar a la Falcona de una patada al devorador de libros, por traidor. ¡Que fuera a hacerles compañía a sus amiguitos, si tanto le preocupaban!

Después, sin esperar respuesta, Ares había abandonado el palacio episcopal echando espumarajos por la boca. Aturdido por la ira, fue dando tumbos por las calles hasta entrar en la catedral.

La intención de postrarse ante el altar fue frustrada por la furia que lo ahogaba.

Por eso había acabado en la torre de las campanas, en busca de aire.

Claro que tenían que haber echado a patadas al viejo zorro de Ambrosio, después de las difamaciones publicadas tras su Viage. Pero claro, aquel indeseable era al mismo tiempo su querido tío.

Cada vez que recordaba la actitud resignada del arzobispo volvía a encenderse. Una y otra vez fue y vino desde el infierno, mientras caía la tarde. No dejaba de imaginarse a unos vulgares chupatintas hurgando en las reliquias sagradas. Fuesen los peritos de la chancillería o los enviados del rey, no estaba dispuesto a consentirlo.

Si semejante sacrilegio iba a ser cometido, sería sobre su cadáver.

Desde las alturas, Ares contempló los tejados del templo. La santidad de aquel lugar estaba por encima de ningún juicio que pudieran plantear los hombres. Sobre todas las miserias

humanas y sobre el paso de los siglos. Entre juramentos ahogados y accesos de cólera, se pasó horas maldiciéndolos a todos. Al arzobispo y a su tío; a ese abogadillo impío de Valladolid y hasta a los herejes de la Albión.

Incluso el propio rey Felipe recibió su parte.

Sin embargo, un destello inesperado le hizo detenerse de golpe.

Cuando ya iniciaba un nuevo ataque de furia una idea asomó, con vida propia, por una esquina de su entendimiento. Fue al observar de nuevo los tejados. Su superficie, ahora desierta, le hizo recordar al joven Segismundo y a sus extrañas andanzas de madrugada.

Una lucecita se encendió entre tanta oscuridad.

Poco a poco, le fue dando forma al fogonazo inicial. Sí, todavía tenía cartas por jugar. Tal vez no pudiera hacer nada respecto al ataque inglés; y tendría que buscar alguna manera de evitar que los enviados de la Audiencia posasen sus zarpas sobre los restos sagrados. Sin embargo, sí podía hacer algo respecto a la afrenta de Ambrosio y sus ayudantes.

Aquel bravucón de la casa de Bretoña podía ser el punto débil del licenciado.

Con un brillo siniestro en la mirada, el reliquiero miró hacia abajo en vertical.

Allí, adosada a la base, se alzaba la casa del campanero.

Indalecio y Sanclemente lo vieron salir hecho una furia.

Tras el portazo del reliquiero, cruzaron una mirada de circunstancias. El gesto resignado del arzobispo reflejaba impotencia. Llevaba semanas buscándole alguna salida a aquel asedio triple, pero no acababa de hallar ningún clavo ardiendo al que agarrarse.

Cabana también abandonó la sala unos minutos después.

A diferencia de Ares, él lo hizo con las manos en los bolsillos. Al verlo, se habría dicho que la resignación del prelado hubiera calado en su ánimo, contagiándolo. Sin embargo, pese a no haber abierto la boca, sus pensamientos discurrían por senderos bien distintos.

Era la convicción la que guiaba sus pasos. No la sumisión forzada que aplastaba a Sanclemente. Y es que Indalecio, al igual que Ares —aunque de un modo muy distinto—, no estaba dispuesto a rendirse.

Todavía no era hora de confiarle su plan al arzobispo. Demasiadas cosas podían torcerse aún y, entre todas ellas, a la que más temía era a la débil voluntad del propio Sanclemente.

Ya llegaría la hora.

Si las llamas alcanzaban a lamer las torres, pondría en marcha su estrategia. Habría quien la considerase una aberración, indigna de hombres de fe. Contraria a la santidad de una sede sagrada que los peregrinos habían visitado por millones a lo largo de los siglos. Y tal vez fuese cierto.

Sin embargo, era lo que les quedaba.

Ambrosio tenía ahora todos los ases en la mano, y los cinco obispados de Castilla habían dado en el centro de la diana. Tanto Felipe como la chancillería habían acorralado al apóstol, cada uno por su lado. Y los ingleses, amenazando las costas, habían acabado de tejer un tapiz propiciatorio.

El cabildo compostelano pendía de un cabello demasiado fino.

No obstante, aún había una rendija por la que escabullirse.

Si te arrinconan cien lobos, bienvenido sea un dragón.

Aún conservaban una opción. Una posibilidad remota de que todos sus problemas se

enderezasen con un solo golpe de timón. Eso sí; necesitaba que algo no muy probable tuviera lugar.

El cielo de Compostela enmarcaba sus meditaciones.

Cabana rogó que Drake se abatiese sobre Coruña.

CXXV

Mar de Ortegal, Galicia, 2 de mayo de 1589

La brisa del atardecer desordenaba sus cabellos.

Desde la popa del HMS Revenge, Drake contempló el avance de la flota a la sombra de los acantilados. Salvo alguna deserción puntual, todas sus naves habían permanecido unidas. Todo un éxito, teniendo en cuenta las dificultades de la Spanish Armada un año atrás para cubrir, aunque a la inversa, esa misma singladura.

Sin tiempo para la complacencia, su mirada se endureció.

Las costas españolas se alzaban como gigantes ante sus proas.

Su mirada se volvió hacia las alturas.

Desde lo alto de los precipicios inmensos los vigías ya habrían divisado sus barcos. Ahora galoparían hasta la capital para avisar al gobernador. Sus gritos romperían la calma fría del amanecer y harían cundir el pánico.

El ataque sobre Faro era inminente.

La ancestral An Chruinne se pondría en guardia; era inevitable. Su guarnición y sus cañones les prepararían un buen recibimiento, pero apoderarse de su puerto se había convertido en una prioridad. Esa era la versión oficial; todos los capitanes estaban de acuerdo: Ante la imposibilidad de atacar Santander, el aprovisionamiento constituía una necesidad logística de primer orden.

El asedio a Lisboa no iba a ser sencillo. Ni breve.

Sir Francis esbozó una sonrisa sarcástica.

Él no iba a cometer los mismos errores que los pomposos almirantes españoles. Si su armada hubiera planeado abastecerse en el Canal, todo habría sido distinto. Coruña, con sus almacenes atestados de provisiones y sus bodegas de buen vino español, les allanaría el camino hacia el sur. Felipe llevaba casi una década ostentando la corona de Portugal; había llegado la hora de arrebatarle lo que había usurpado por la fuerza.

En adelante, el pueblo portugués sería el mejor aliado de los ingleses.

El capitán se giró hacia poniente. Más allá del océano estaba Brasil.

El inmenso territorio portugués del Nuevo Mundo, así como sus colonias en África y Asia, no tardaría en pasar a manos de la reina de Inglaterra.

El sol rojizo se hundía en el océano.

El reguero de destellos color sangre que dejaba le pareció la promesa de un augurio. Súbitamente destemplado, Drake se giró hacia barlovento y escuchó con atención.

Nada se oía en cubierta.

La inminencia del combate siempre provocaba un particular vacío. Un silencio inconfundible y familiar que, en alta mar, siempre augura muerte.

El almirante volvió a otear los acantilados rocosos y se arrebujó en su chaqueta. El mar rompía en grandes columnas de espuma y el sol de mayo, aunque luminoso y brillante, no bastaba para templar su piel bajo las luces del atardecer. También reconocía aquel frío que helaba los huesos.

Una sombra alada proyectaba su aliento desde las alturas.

La muerte sobrevolaba en círculos la costa. Grandes, lentos y lúgubres como el acecho de un buitre. Con los dientes apretados, Drake se volvió hacia la proa. Ante sus ojos entornados, el sol acabó de hundirse tras la línea gris del horizonte.

No habría una nueva luz tras aquella madrugada.

La noche trajo el recuerdo de otros asaltos.

El olor a sangre y pólvora; el estruendo de los cañones. Los fragores vividos palpitaban en sus sienes con la nitidez de una pesadilla en un despertar sobresaltado. La agitación lujuriosa que sentía al abordar un navío con el sable entre los dientes. Todo estaba a punto de reanudarse con el ímpetu de un deshielo tras una glaciación.

Inmóvil sobre el puente de mando, sir Francis aspiró la brisa marina.

Una luz relampagueaba en sus pupilas. No era la sed de sangre, ni tampoco el miedo. Ni la tensión de la batalla o la sombra de la muerte. No era nada de aquello, y a la vez lo era todo al mismo tiempo.

Bajo las estrellas, oteó el panorama que se abría hacia el sur.

Tormentas de fuego aguardaban más allá del horizonte.

CXXVI

Coruña, 4 de mayo de 1589

Un griterío aterrado les hizo alzar la cabeza.

Mayor y Carmen se afanaban en el local de la ciudad alta cuando la algazara se desató en el exterior. Los últimos pedidos les habían traído nuevos dolores de cabeza. Por suerte, en el almacén de la Pescadería guardaban vino como para todo un año.

La muchacha le dirigió una mirada extrañada al escuchar los gritos. Mayor, con el ceño fruncido, aguzó el oído. Al principio no comprendió qué era lo que sucedía, pero después, al distinguir lo que vociferaban los vecinos ante su puerta, perdió de golpe el color y la templanza.

—¡Es el Draco! —oyó que gritaba la gente, despavorida—. ¡Nos atacan!

Con el envío a medio empaquetar, salieron a la calle.

El pánico se extendía como una deflagración, y cada vez era más la gente que corría en todas direcciones. Agarradas de la mano, se acercaron a una atalaya. El viejo muro que protegía la ciudadela estaba salpicado de torreones. Eran los últimos vestigios de las defensas medievales de la ciudad. En lo alto, los vigías tenían la vista clavada en la lejanía.

Con el corazón en la garganta, Carmen y Mayor se volvieron hacia el gran promontorio rocoso que se adentraba en el mar. El faro estaba encendido como señal de alarma. Cada vez más angustiadas, corrieron hasta un punto elevado para poder ver más allá de la muralla y pudieron atisbar cómo en el mar, hacia el norte, cientos de velas anunciaban la llegada de una flota.

—Métete en el almacén —dijo Mayor entre dientes, con la mirada clavada en el horizonte— y no le abras a nadie. Yo voy a buscar a Gregorio.

La chiquilla asintió, muda de espanto.

Allí arriba, tras los muros de la ciudad fortificada, tal vez pudieran resistir un tiempo. Se dispuso a obedecer, pero casi al momento se quedó petrificada por una imagen súbita. Meterse en el local y cerrar por dentro hubiera sido buena idea salvo por una cuestión.

—Mi padre está en la Pescadería —se resistió, temblorosa—. Habrá cogido el arcabuz para defender la ciudad baja. No dudará en ponerse a las órdenes del gobernador.

Mayor torció el gesto.

Claro, el viejo Nemesio vivía allí con su hija. Y un soldado viejo de Castilla no iba a cobijarse bajo las faldas de una mujer mientras otros preparaban la defensa de la ciudad, por desesperada que fuera.

En un instante, sopesó la situación. Si permanecía en la ciudad alta con Gregorio, los dos estarían más o menos seguros mientras la guarnición resistiese. Sin embargo, la muralla que cercaba la Pescadería era pequeña y débil, y solo protegía el istmo arenoso. Y, lo más grave, el puerto ni siquiera tenía muros. Solo si el fuerte de Santantonio —con la ayuda de los barcos de guerra— lograba repeler el ataque, la ciudad tendría una posibilidad de resistir.

Recordó a Bertendona, que estaría en el galeón. Si sus cañones conseguían evitar que los ingleses desembarcasen, tal vez pudieran aguantar. Los ingleses tendrían que irse lejos para atacar por tierra. Entonces, tal vez los arcabuceros del rey tuvieran alguna opción.

Volvió a escrutar el horizonte.

Unos doscientos navíos se acercaban inexorablemente. Unos matarifes avanzaban, sonrientes, hacia un rebaño de corderos. Antes de una hora tendrían la ciudad a tiro.

—Bajaré contigo a la Pescadería. —La chiquilla, pese a no ser mucho más joven que ella, era como una hija—. Gregorio y yo nos atrincheraremos en el almacén de vino, y tú podrás quedarte con nosotros mientras tu padre defiende el muro.

Carmen se giró hacia ella con los ojos húmedos.

Si los piratas lograban entrar, serían torturadas y violadas. Aun así, Mayor elegía permanecer a su lado antes que la seguridad de la zona amurallada. Con lágrimas de agradecimiento, la abrazó. Como respuesta notó unos brazos menudos pero férreos que la apretaban con fuerza.

Mayor contempló el océano con mirada de acero y recordó a su viejo amigo.

«Incluso en la victoria, la guerra es más parecida al infierno que a la gloria».

CXXVII

Fisterra, 4 de mayo de 1589

Ambrosio se dejó llevar por la corriente.

Podría haber llegado mucho antes, pero cargaba sobre los hombros el peso de mil batallas. Tras muchas paradas y otras tantas meditaciones se encontró con una inmensidad azul que partía en dos, como en un sueño brumoso, una lengua de roca que se adentraba en el océano. Allí estaba, al fin, Fisterra.

El final de todos los caminos.

Una intuición difusa viajaba sobre su hombro.

Aún sin saber qué debía hacer, el licenciado continuó. Sheridan había sido tajante. En el Finis Terrae el cronista hallaría las respuestas a todas las preguntas que no había sabido formular. Unas indicaciones perturbadoras e imprecisas. Oscurecidas a propio intento.

Sin embargo, cómo ignorar sus consejos.

La tarde iba cayendo cuando alcanzó la arena.

Al final de la playa, una villa ribereña se reflejaba en un mar gris. Más allá, un cabo descomunal y granítico se alzaba sobre las aguas. Ambrosio contempló el panorama con el entrecejo arrugado. Seguía sin tener un plan.

Después, clavó espuelas y asintió.

Buscaría alojamiento y empezaría a indagar. No sabía qué debía buscar, pero un presentimiento le había salido al encuentro mientras contemplaba el panorama.

De alguna manera intuyó que su destino aguardaba allí.

En el último confín del mundo. En el refugio del sol.

Desde las alturas, tres mujeres contemplaron cómo el jinete se adentraba en la playa. Después, se miraron y asintieron en silencio. Al fin había llegado.

La mayor de ellas, al verlo avanzar perdió el equilibrio. La que estaba a su lado, una joven con una deslumbrante cabellera rizada que ondeaba bajo la brisa, la sujetó con fuerza. Su pensamiento se dirigía más hacia uno de sus pupilos que hacia el maestro.

La más joven, ignorando la conmoción de las otras dos, apretó los dientes. «Perfecto», le oyeron murmurar. El fulgor de su mirada contrastaba, más que nunca, con su aspecto aniñado. Un pañuelo blanco cubría su pelo color fuego.

Bajo el paño de lino brillaba el fulgor de las llamas.

El de aquel sol moribundo que se hundía bajo las aguas.

CXXVIII

Compostela, madrugada del 5 de mayo de 1589

El emisario irrumpió en el salón con el ímpetu de un vendaval.

Sus ojos exorbitados evidenciaban una premura apocalíptica.

Sanclemente lo recibió con gesto impasible. Poco importaba que fueran las dos de la madrugada. De un tiempo a esta parte, hasta el sueño le era esquivo.

El correo le hizo entrega de un nuevo despacho.

El gobernador había ordenado entregar aquel mensaje con la máxima urgencia. El señor de Compostela debía reunir todas sus tropas y enviarlas en auxilio de la ciudad de Faro.

Una flota de filibusteros ingleses había cercado sus aguas esa misma mañana.

El arzobispo esbozó un gesto de hastío.

—Decidle al marqués que enviaremos nuestras tropas en cuanto estén listas —le indicó, tras leer la misiva, al apresurado jinete—. No creo que tardemos más que unos días.

El emisario se le quedó mirando con una protesta suspendida en los labios. El poderoso obispo de la ciudad sagrada había sido advertido: debía tener listo a su ejército por lo que pudiera pasar. Eran órdenes directas del rey. La situación, le habían repetido una y otra vez, era de alerta máxima.

Y aun así… ¿no tenía preparada a su milicia?

—Mientras tanto —siguió Sanclemente, con el mismo tono monocorde— procuraremos que salgan de inmediato las fuerzas de Altamira. También las que tenga a bien enviar el obispo de Auriense, y otros grandes señores.

Cada vez más confuso, el jinete inició una negativa.

Cerralbo le había prohibido regresar sin la compañía del ejército arzobispal, pero no tuvo tiempo de decir nada. Un canónigo que había presenciado la escena desde un lateral lo agarró por un brazo y, mientras el arzobispo daba por zanjada la conversación, lo conminó a salir.

—Ya lo habéis oído —le dijo Indalecio Cabana, con gesto amable pero una firmeza más bien ruda, de camino a la puerta—. El señor de Compostela enviará a su ejército lo antes posible. Mientras, el alguacil de la ciudad acudirá en ayuda de vuestro señor al mando de una leva de estudiantes. Ya están listos unos cien muchachos que se han presentado voluntarios.

El hombre trató de resistirse, pero dos centinelas lo arrastraron fuera.

Ese era el segundo mensaje que le habían encomendado entregar en aquel viaje, y el segundo que no había logrado hacer llegar. Mientras montaba, meneó la cabeza. Las tropas que pudieran enviar desde otros señoríos no iban a ser suficientes ante la descomunal ofensiva que se cernía sobre Faro. Y mucho menos un regimiento estudiantil.

Al recordar el fracaso en la entrega del otro mensaje, soltó una maldición. Ese ni siquiera había logrado entregarlo. Tendría que decirle a Bertendona que no le había sido posible. Maese Poulo no estaba en casa cuando él pasó.

Su madre, desconsolada, no supo darle razón.

Indalecio se volvió hacia Sanclemente.

Hundido en su cátedra, el arzobispo lo miró con expresión abatida.

Mientras se acercaba, el canónigo tomó aire. Él tenía ahora un as en la manga. Lo que tanto tiempo había deseado había sucedido al fin. A veces, el último desaguisado es el que arregla todos los demás. Aunque parezca imposible.

El ruido de unos cascos alejándose a galope sonó a través de la ventana, rompiendo la calma de la madrugada. Era el jinete, que partía de vuelta. Al oírlo, la sonrisa de Cabana se acentuó. Acababa de abrirse una puerta donde hasta entonces no había habido más que callejones tapiados.

Con gesto pensativo, tomó asiento.

Había llegado la hora de confiarle su plan al prelado de Compostela. El primer paso era lograr que el arzobispo le escribiera al rey para ir allanando el camino. Tenían que advertir a Felipe sobre lo que pendía sobre el sepulcro del santo apóstol. La ofensiva de los herejes era una amenaza terrible para el señor Santiago.

Solo así se podría justificar lo que vendría a continuación.

Sanclemente arrugó la frente al ver aquella sonrisilla en los labios de su canónigo.

Al ver su expresión desconcertada, Cabana le sonrió aún más abiertamente.

—Ya que el incendio ha empezado, hagamos que ilumine nuestros pasos.

El prelado se enderezó. «Adelante», invitaba su mirada. Estaba dispuesto a lo que fuera. Indalecio, complacido, se dispuso a desplegar los pormenores de su estrategia.

Si te arrinconan cien lobos, bienvenido sea un dragón.

Un milagro inesperado bailaba ahora entre las llamas.

CXXIX

Coruña, 5 de mayo de 1589

Habían resistido un envite, pero el asedio no cejaba.

Bertendona llevaba día y medio inmerso en el frenesí infernal que se había desencadenado en el puerto, en el fuerte y en los barcos.

A bordo del São João no había ni un instante de tregua.

El gran galeón, apoyado por el castillo del islote y por los otros cuatro navíos de la Gran Armada, había desatado una lluvia de plomo sobre la avanzadilla inglesa.

Drake trataba de abrir una brecha en las defensas para irrumpir en el puerto.

La Pescadería caería en sus garras en cuanto lograran desembarcar en los muelles.

La Diana y la Princesa flanqueaban al San Juan.

Las dos galeras que habían abandonado la Empresa de Inglaterra antes incluso de empezar se habían colocado a los lados para protegerlo del fuego enemigo. El galeoncete San Bernardo y la urca Sansón, dos buques menores pero fuertemente artillados gracias al trabajo de Bertendona, completaban la defensa marítima de la ciudad baja.

Gracias a ello, lograron repeler el primer ataque.

Todo hubiera sido en vano sin los cañones de la Ragazzona, que los artilleros hacían detonar sin descanso desde las troneras de San Antón.

Los mismos que había recuperado maese Poulo tras el naufragio

Gracias al almirante, el puerto resistió las veinticuatro primeras horas de asedio.

Drake, al ver imposible penetrar en las aguas portuarias a plena luz del día, ordenó derivar hacia una playa que se abría a lo lejos. La ensenada de Oza les proporcionaría el abrigo que el fuego de Bertendona les había negado.

No eran buenas noticias para la ciudad sitiada.

Pese a que no disponían de caballería, ni de mulas que arrastrasen cañones con ruedas ni de fuerzas terrestres propiamente dichas, los ingleses se dispusieron a ejecutar un ataque feroz sobre el murete del istmo.

Mientras no se alejasen de sus navíos, podían atacar con garantías de éxito.

Una senda arenosa de apenas una legua los conduciría a las puertas de la ciudad baja.

Al intuir la nueva estrategia, Bertendona apretó los dientes.

A ojo, contabilizó que habrían desembarcado unos diez mil hombres a lo lejos. Los vigías le confirmaron que los soldados traían a hombros artillería ligera.

El muro de la Pescadería estaba defendido por los mil doscientos soldados con que contaba la ciudad, apoyados por los civiles. Una fuerza demasiado endeble para resistir un ataque como el que Drake estaba preparando.

La noche se presentía como un infierno oscuro.

—Que coloquen dos cañones apuntando a tierra —ordenó a los artilleros del San Juan—. Hay que apoyar a los hombres del muro desde los barcos.

Si los ingleses lograban entrar, la masacre estaba garantizada. Solo una pequeña parte de la guarnición protegía la ciudadela, allá en lo alto.

Todos los demás defendían el burgo portuario.

—Y quiero a los vigías con los ojos bien abiertos toda la noche —ordenó después, mirando con desconfianza hacia los buques ingleses que cabeceaban en lontananza, fuera del alcance del fuego de los defensores—. Cualquier movimiento en el agua, el sonido de un remo, la sombra de una barcaza… Ante la más mínima duda, que llueva plomo sobre ellos.

Estaban haciendo todo lo que podían, pero tal vez no fuera suficiente.

Las fuerzas enemigas eran abrumadoramente superiores.

Ciento ochenta barcos contra cinco. Treinta mil invasores contra apenas mil soldados apoyados por tres mil civiles. Y eso, si se contaba a los niños. Si al menos hubiera tenido a la Ragazzona con él, aproada al San Juan… O a Recalde a su lado, al menos.

O a cualquiera de los hombres que había perdido en el último año.

Una voz en su espalda sobresaltó a Bertendona.

—Son muchos esos piratas —dijo—. Pero no veo a hombres de honor entre ellos.

El almirante se volvió con extrañeza.

Un presentimiento esperanzado lo había asaltado al percibir un tono de voz tan familiar, pero no podía ser. El hombre que hablaba de aquel modo lo había abandonado tiempo atrás, invadido por una desolación profunda.

No obstante, al girarse vio que sí. Que era él.

Sobre la cubierta del galeón, el almirante se encontró de bruces con el provisor que antes había servido a Cuéllar. El que había sido la mano derecha del gran Álvaro de Bazán en sus campañas más gloriosas.

Golpeado por la sorpresa, se le atragantaron las palabras de bienvenida. El alivio de tener allí consigo a aquel hombre era una bendición inesperada. Él había cuidado a toda la dotación de la Ragazzona durante la penosa travesía del verano anterior.

Allí estaba Manuel, su despensero.

Su inefable oficial; maese Poulo.

CXXX

Coruña, madrugada del 6 de mayo de 1589

Una madrugada roja se cernía sobre la vieja Faro.

Todas las fuerzas se concentraron en reforzar la única fortificación terrestre de la Pescadería: el murete del istmo arenoso que unía la península con el continente. Allí se apostaron los mil soldados que dispuso Cerralbo. A ellos los debía apoyar la artillería de las naves, amarradas a unos cientos de pasos, y los cañones del fuerte.

Los mosqueteros y los arcabuceros se apostaron en las alturas.

Tenían que repeler el ataque como fuera. Fracasar suponía morir.

Los defensores contenían la respiración.

El murete era una barrera precaria contra la inmensa milicia que acechaba las puertas del barrio pesquero. Los hombres que Drake había mandado desembarcar multiplicaban por diez el número de defensores, y había más del doble en los barcos. Soldados y civiles contemplaron cómo las tropas inglesas preparaban el asalto durante toda la tarde.

Y al final, cayó la noche.

Los vigías oteaban la oscuridad desde lo alto de la cerca. La defensa había sido dictada a voces; todos tendrían que echar una mano. Los civiles se situarían a espaldas de los militares con la consigna de apoyarlos en lo que pudieran necesitar. De reemplazar las bajas nadie se atrevió a hablar, pero cada uno selló un pacto secreto consigo mismo.

Sobre sus cabezas planeaba un silencio mortal.

Los niños y los ancianos se encerraron en sus casas. El alba traería nuevas necesidades a los defensores del muro. Ese sería el momento de proveerlos de víveres y agua; de atender a los heridos y de llevarles cascotes cuando las balas escasearan.

Nadie osó insinuar que tal vez nunca llegara un nuevo amanecer.

En el almacén de vino, Carmen y Mayor se agarraban de la mano.

A su alrededor, los toneles se amontonaban contra las paredes mohosas. En la puerta, refunfuñando porque le hubieran ordenado defender aquel establecimiento que habían denominado «estratégico», Nemesio sostenía el arcabuz con gesto de desagrado. Él hubiera preferido apostarse en primera línea, como había hecho siempre, pero esos jovenzuelos arrogantes lo habían apartado de un manotazo como si fuera un estorbo. Un contratiempo.

Un viejo inútil.

Lo que más le irritaba era que pardillos como Gregorio hubieran sido colocados a retaguardia del muro. Aquellos petimetres no sabían nada sobre la guerra, pero los habían reclutado para la batalla mientras a él lo relegaban a defender un simple almacén.

Las mujeres aguzaban el oído con el alma en vilo.

—Tranquila —susurró Mayor, acariciándole el pelo a Carmen—. No podrán con los soldados.

La niña asintió, pero sus ojos delataban unas dudas aterradoras.

Había visto al ejército enemigo. Compuesto por piratas, pero inmenso y feroz.

—Duerme un poco. —Carmen se recostó contra su regazo—. Por la mañana llevaremos vino y comida a la muralla. Mejor estar descansadas.

Las dos se acomodaron, deseando que a la otra la venciese el sueño. Sus corazones atronaban en su pecho como los cañones del puerto.

Habían estado retumbando sin tregua desde el día anterior.

Cerraron los ojos tratando de no sucumbir a la zozobra, y se aferraron a la perspectiva de que, tal vez, la nueva luz les devolviera la esperanza.

También ellas se negaban a aceptar que quizás no hubiera un mañana.

A bordo del San Juan no se oía una mosca.

Bertendona escudriñaba la oscuridad con los ojos entrecerrados. Si se producía un desembarco en los muelles que ellos defendían, dentro de la propia Pescadería, los ingleses podrían adentrarse en las calles sin ninguna oposición. Entonces, los defensores del istmo se verían atacados por la espalda.

Atrapados entre dos fuegos, la masacre sería inevitable.

—¿Y si hacemos flotar teas? —murmuró Manuel, entre tinieblas—. La noche está muy oscura. Si son sigilosos, pueden pasar ante nuestras narices sin que nos enteremos.

El almirante negó con la cabeza.

Él ya había sopesado todas las opciones. Las antorchas flotantes dificultarían el avance de las gabarras de desembarco, pero también delatarían la posición de sus navíos ante los artilleros enemigos. Si los acribillaban desde la distancia, su esfuerzo por defender la orilla habría sido vano.

—Solo nos queda abrir bien los ojos —respondió—. Y cruzar los dedos.

Durante horas, todos los hombres se mantuvieron en alerta máxima.

Los disparos empezaron a sonar en el istmo, a sus espaldas, pero no era asunto suyo. Las tropas de asalto estaban fuera del alcance de los cañones.

Aquella lid solo podían librarla los hombres de la ciudad.

Ante ellos, la oscuridad era absoluta. Bertendona, con un mal presentimiento, se mantuvo toda la madrugada sumido en un silencio expectante.

Manuel, a su lado, también vigilaba.

Las horas fueron cayendo, y al final algo llamó su atención.

—¿Qué es eso? —dijo el almirante de pronto, con la vista en la playa de la ciudad.

Al volverse hacia allí, Manuel se sintió desfallecer.

Aunque casi imperceptibles, bajo las luces del burgo vieron cómo unas sombras sigilosas evolucionaban en la orilla indefensa de la Pescadería. Primero, unos pocos. Al rato, cientos.

Ni ojos abiertos ni dedos cruzados.

Los ingleses habían desembarcado, y progresaban hacia la espalda de los defensores. Las barcazas habían pasado por delante de sus narices sin que lograran advertir su presencia.

Manuel intercambió una mirada de alarma con el capitán y los dos empezaron a gritar.

—¡Al arma! ¡Fuego sobre la orilla!

Sin embargo, ya poco podían hacer.

Si abandonaban los navíos, más gabarras caerían sobre ellos. Los atacantes no tendrían más que trepar por la borda para hacerse con los barcos indefensos. Entonces, los ingleses dispondrían de los cañones del galeón. La ciudad estaría perdida.

A su alrededor, los tiradores tomaron posiciones. Los arcabuces empezaron a resonar desde

toda la banda de estribor, pero los tiros que descargaban eran poco menos que pedradas a ciegas. Impotentes, no pudieron hacer más que entrever cómo aquellos espectros mudos se adentraban en las calles con intención asesina.

Al verlos avanzar, el corazón de Manuel se paralizó de terror.

Un cepo de fuego iba a cerrarse sobre los defensores del muro.

El griterío sobresaltó a Mayor.

Carmen, que dormitaba en su regazo, se incorporó como accionada por un resorte. Las dos se miraron con ojos exorbitados. ¿Qué podía estar pasando fuera para que la gente chillase así?

Estremecida, la joven perdió el color. Aquello solo podía significar una cosa.

Los piratas habían entrado.

De un salto, las dos se asomaron a la puerta.

—Refugiaos en la ciudadela —les dijo Nemesio, antes de agarrar su arma y salir arrastrando su pierna lisiada en dirección al muro.

Carmen lo vio desaparecer con el alma en un puño.

Su casa estaba allí al lado, a un par de minutos. Todo lo que tenía estaba allí. El ajuar que había ido guardando para el día de su boda. Los retales de su vida, que apenas empezaba a despuntar. Los recuerdos de su madre.

Y ahora también su padre, dispuesto a inmolarse en una defensa desesperanzada.

Tardaron en reaccionar. Pese a la urgencia, solo fueron capaces de contemplar cómo la gente huía hacia la parte fortificada. Por todas las calles se había desatado una estampida. Los vecinos del burgo portuario gritaban y se empujaban, con las caras desencajadas por el pánico. Vieron a mujeres con bebés, a ancianos renqueantes y hasta a una adolescente a la que alguien había puesto al cargo de un grupo de niños pequeños.

Mayor se quedó anclada al suelo.

Su marido estaba con los soldados; no podía marcharse sin saber qué había sido de él. Decidió volverse adentro. Se encerraría en el almacén y esperaría. Se arriesgaba a que los asaltantes la encontrasen, pero no podía marcharse sin más.

No quiso ni pensar en lo que podrían hacer con ella si la capturaban.

Hacia la ciudad alta huía una muchedumbre desbocada.

Los disparos, que antes sonaban lejanos, cada vez se acercaban más. Carmen, a su lado, también estaba paralizada. Mayor se percató de que no podían seguir allí plantadas.

Cuando estaba a punto de agarrarla para regresar al interior, Gregorio surgió de entre las sombras como una aparición. Traía los ojos inyectados en sangre y el cabello enmarañado. Su respiración angustiada hacía intuir las atrocidades que debía de haber presenciado.

—Nos han cogido por la espalda —anunció, mientras Mayor se abrazaba a él—. Mientras los de fuera nos disparaban, otros han desembarcado en el puerto. Habrán pasado junto al galeón sin ser vistos. La Pescadería ha caído.

—¿Y qué hacemos? —preguntó ella, con un hilo de voz.

Carmen, a su lado, parecía haber perdido la noción de la realidad.

Con la mirada perdida, la pequeña se veía al borde del colapso.

—Ya solo podemos intentar resistir en la ciudad alta.

Mayor se preparó para huir.

Gregorio encaró los muros de la ciudadela con convicción y ella, aferrada a su brazo, se

dispuso a agarrar a Carmen con la mano libre. Pero entonces, antes de que ninguno de los dos pudiera hacer nada, la chiquilla salió corriendo en dirección contraria al gentío.

Mayor y Gregorio se miraron por un instante, aterrados.

En su desesperación, Carmen había salido tras su padre con la intención de llevárselo a rastras hasta la parte fortificada. Al darse cuenta Mayor quiso salir tras ella, pero Gregorio la sujetó con firmeza y empezó a arrastrarla en el mismo sentido que todos los demás.

—No podemos volver al muro —zanjó, tajante. Ella insistió, tratando de desasirse, pero él fue inflexible—. Ni siquiera sabemos a dónde habrá ido. Mira a esa gente que corre hacia aquí. Tanto si encuentra a Nemesio como si no, ir hacia allá es una locura.

Ella siguió forcejeando, pero él la atenazó con las dos manos y la miró a los ojos.

—Ya solo podemos rezar para que los dos consigan llegar arriba.

La mirada implorante de su esposa no le hizo cambiar de opinión.

Aunque con los ojos arrasados por las lágrimas y el alma destrozada, Mayor se dejó conducir calle arriba entre la multitud horrorizada. Si era cierto que tenían alguna opción de supervivencia, estaba tras las murallas. Al rato, Gregorio habló con la voz rota.

—No creo que encuentre a Nemesio. Ojalá, al menos, consiga venir ella.

Al girarse hacia él, el ánimo de Mayor se hizo pedazos.

Apenas quedaba esperanza en los ojos de aquel hombre.

CXXXI

Fisterra, 6 de mayo de 1589

Ambrosio llevaba ya dos días vagando sin rumbo.

Empezaba a preguntarse si las indicaciones de Sheridan no habrían sido demasiado imprecisas. A cuestionarse si no se habría dejado deslumbrar por las brillantes expectativas que el lenguajero había desplegado ante sus ojos.

Empezaba a creer que había sido un error hacerle caso.

Las incógnitas que siempre habían flotado en torno a las intenciones del joven jesuita se revelaban más desconcertantes ahora. ¿Qué era lo que pretendía, en última instancia? ¿Por qué lo había ayudado ya al principio?

El licenciado deambuló por las callejuelas y al final, abrumado por la incerteza, caminó hasta la ribera.

Sentado junto al mar, repasó esos dos días con la frente arrugada.

Nada más llegar, había bajado al puerto con unas libélulas revoloteando en su pecho.

Las aguas rosadas de aquel atardecer de mayo habían acogido su mirada expectante, pero nada pasó. Fue a la iglesia de Santa María confiando en hallar algo, pero allí no había nada más que una penumbra húmeda y olor a cera.

Todo lo que había abandonado en Compostela asaltó su memoria con culpabilidad.

Ahora que Cándido empezaba a estar en condiciones, todo se había puesto de cara para culminar la misión. Quizás fuera hora de solventar de una vez por todas ese asunto.

Además, había dejado más cosas en la ciudad sagrada.

Formoso, con su cara siempre amable. Mundo, y aquellos extraños comportamientos que había preferido no ver. Los desvelos del pobre Cándido, que se había jugado hasta la vida por él… Y también estaba Sanclemente.

Otra muesca amarga en su conciencia.

Todo eso había aparcado en Compostela, pero no había dudado en salir corriendo tras un espejismo a las primeras de cambio.

Como un muchacho imberbe tras las faldas de una moza.

La noche iba cayendo sobre las aguas, y el frío había calado en su osamenta gastada.

Definitivamente, todo aquello había sido una insensatez. Tenía que cerrar las puertas que había dejado entreabiertas antes de que huyeran los demonios que él mismo había creado.

Arrastrando los pasos, caminó de regreso hacia la fonda de la redera ciega. Tocaba recoger sus cosas.

Regresaría a Compostela con el amanecer.

Al llegar, su anfitriona estaba esperándolo junto a la puerta.

Sin decir palabra, la redera extendió una mano en la que sostenía un papel enrollado.

Ambrosio desplegó la nota con el pulso acelerado.

Con una mirada muda le pidió explicaciones, pero ella se encogió de hombros. El licenciado se mantuvo plantado ante la casa, con el papel entre las manos y un desconcierto incómodo.

Nadie lo conocía allí. ¿Quién podía haberle enviado un mensaje?

Con movimientos torpes, leyó:

«Bienvenido al fin del mundo, licenciado. Pronto os demostraré que habéis hecho bien en fiaros de mí una vez más. Cuatro mujeres se disponen a retirar la venda que ha cubierto vuestros ojos durante estos años.

Os espero mañana al atardecer en la Ara Solis. No faltéis.

Siempre con vos

Arlynn Sheridan».

Ambrosio se quedó sin aire.

¿El lenguajero estaba allí? El muchacho le había advertido que abandonaría Compostela, pero no que estaría en Fisterra aguardando su llegada.

La reciente sensación de derrota se transformó en una nueva expectación, y entonces recordó, con el relumbrón de un relámpago, por qué lo había dejado todo atrás sin dudar.

La figura de una mujer tomó forma ante sus ojos.

La imagen dulce y lacerante que jamás había logrado olvidar.

Las emociones se desataron en su pecho, pero en el ojo de un huracán las dudas se dispararon de nuevo. ¿Cuatro mujeres? ¿Qué diantres podía significar aquello?

Las intenciones de ese extraño joven se revelaban ahora más crípticas que nunca; y ni siquiera sabía dónde estaba esa Ara Solis donde lo había emplazado, pero tenía que acudir. Una sensación difusa, como de raíz antigua que se adentra entre la carne, le decía «Quédate».

Algo forjado antes de nacer anclaba sus pies a la tierra.

A veces, solo la intuición puede guiar nuestros pasos.

CXXXII

Coruña, 6 de mayo de 1589

La noche fue un infierno de sangre y fuego.

La gente de la Pescadería fue llegando a las puertas de la ciudad alta entre gritos de desesperación. Los defensores del muro, atrapados entre dos fuegos, habían tratado de batirse en retirada. La lucha fue encarnizada palmo a palmo por los callejones, pero los atacantes eran demasiados. Únicamente podían replegarse en busca del resguardo que solo les ofrecía ya la zona amurallada.

La Pescadería había caído.

Nada quedaba del alegre burgo portuario.

La parte baja era ahora un campo de batalla devastado sobre el que flotaba una neblina espectral. Cientos de cadáveres habían quedado como despojos sobre sus adoquines. Unas quinientas bajas, estimaban algunos, sobrecogidos. Entre charcos de sangre y humo de munición, la inmensa soledad de aquellos muertos reflejaba el sentir de los supervivientes que los contemplaban desde las alturas con ojos temblorosos.

Mayor, hecha un manojo de nervios, se mantuvo a la espera toda la madrugada.

Junto a las puertas de la muralla aguardó, conteniendo las lágrimas, a que Carmen apareciera. Los torreones circulares que se levantaban entre lienzo y lienzo eran los miradores que permitían otear las calles por encima del muro. Cuando ya la aurora empezaba a teñir de púrpura el cielo de levante, los vigías le permitieron subir. La conocían bien, y nunca la habían visto tan fuera de sí. La angustia la asfixió al contemplar el panorama.

Allí estaba la marea de sangre que tanto había temido.

El olor a pólvora que la había asaltado durante meses.

Gregorio, que había llegado hasta la ciudadela tirando de ella, trató de convencerla para que se retirara a descansar. Tan solo a unos pasos tenían su casa y también el otro almacén. Podían encerrarse dentro y esperar. El asedio podía durar semanas. Tenían que resistir hasta que las fuerzas aliadas acudieran para plantarle cara al enemigo.

Ella, entre el reproche y la gratitud, rehusó en silencio una y otra vez.

Él la había forzado a dejar atrás a Carmen. Mayor era consciente de que con ello Gregorio le había salvado la vida, pero no podía irse a dormir sabiendo que su niña estaría vagando sobre charcos de sangre.

Una última partida de soldados entró en el recinto amurallado poco antes del alba.

Después ya solo unos cuantos civiles, en un angustioso goteo, llegaron suplicando que les abrieran. Así fueron pasando los últimos instantes de la madrugada.

Los refugiados, demacrados por el terror, atestaban el recinto amurallado.

Al fin, vino el amanecer.

Con él, los ruidos al otro lado del muro les pusieron un nudo en la garganta. Los ingleses, tras una algarabía victoriosa, destrozaban puertas y ventanas. Comenzaba un saqueo salvaje donde lo único que parecían tener prohibido era prender fuego. Si la ciudad ardía, no habría nada que robar.

A medida que el sol salía se empezaron a escuchar cánticos y risotadas.

—Han encontrado el vino —murmuró Gregorio.

Todos se estremecieron ante el estruendo de aquella algazara cruel.

Los asaltantes eran piratas. No soldados sujetos a disciplina militar, ni hombres de honor. La borrachera podía acarrear terribles consecuencias para sus prisioneros, y esa noche habían caído entre sus garras docenas de ellos. Tal vez cientos.

Ancianos impedidos que no habían podido huir. Niños que se habían quedado atrás.

Y también mujeres. Quién sabe lo que podrían hacer con ellas aquellos salvajes.

Los primeros alaridos extendieron el horror por la ciudad fortificada.

Allá abajo, rompiendo la quietud de la aurora, algún pobre desgraciado estaba siendo torturado entre burlas.

—Lo hacen para sembrar la desesperación aquí arriba —volvió a musitar Gregorio—. Saben que si cunde el pánico nos forzarán a rendir la plaza.

Los gritos y las súplicas que se oían en la ciudad baja estremecieron hasta el tuétano a la multitud hacinada tras las murallas. Entre tanto, acabó de abrirse el amanecer. Esta vez no traía alivio para las almas atormentadas.

Con unos cánticos cada vez más rasposos, la crueldad de las voces helaba la sangre. Y eso no era lo peor; ni las casas arrasadas, ni sus enseres tirados sobre el pavimento.

Lo peor era la estampa de los prisioneros maniatados.

Los ingleses los habían colocado a la vista de los refugiados de la ciudadela, que, incapaces de contener la curiosidad, se turnaban para asomarse sobre los muros.

—¡Es mi marido! —gritó una mujer, a unos pasos de donde estaban Gregorio y Mayor. Los dos forzaron la vista al mirar abajo. Entre el grupo de rehenes, sangrando por un brazo y con la cabeza hundida entre los hombros, reconocieron a aquel pobre desgraciado.

—¿Qué les van a hacer? —preguntó una niña, y su madre apretó su cabecita contra el pecho para que no viera ni escuchara nada más.

Pronto lo sabrían.

Los ingleses comenzaron a dar patadas a los prisioneros y a tironearles del pelo para que se colocasen en un lugar más visible mientras ellos se mantenían a cubierto de los tiradores de la muralla.

Tal vez estuvieran borrachos, pero no eran estúpidos.

—¡Abrid las puertas! ¡Hay un soldado abajo! —La voz de un vigía llamó la atención de los que contemplaban la escena.

Los centinelas abrieron para permitir el paso al último superviviente. Al verlo aparecer, Mayor ahogó un grito de horror. Con la boca destrozada y casi sin poder andar, un viejo arcabucero se derrumbó nada más entrar en el recinto amurallado. Había perdido los dientes y traía la mirada desquiciada, pero todavía conservaba su arma.

Corrieron hacia él. Era Nemesio.

Mayor se sintió desfallecer. Que Carmen no hubiera llegado con él solo podía significar una cosa: la niña seguía en la Pescadería, sola y aterrorizada.

Mientras se agachaba junto a Nemesio para limpiarle la sangre, empezaron a oírse llantos de desesperación.

—¿Qué pasa? —preguntó el anciano, con su boca desdentada.

Gregorio corrió arriba, y cuando volvió junto a ellos estaba lívido como un cadáver.

—¿Qué es, Gregorio? —preguntó Mayor.—. ¿Qué está pasando ahí abajo?

Él se dejó caer junto al viejo soldado.

—Han encendido una hoguera —musitó, con la cabeza entre las manos.

Sus ojos rehuyeron a los de los otros. No era capaz de enfrentarse a aquellas pupilas que lo miraban con incredulidad. La verdad que reflejaban era tan terrible que no tenía fuerzas para hacerlo.

Ella se quedó parada, sin comprender su actitud.

Después, cuando la única explicación posible apareció ante sus ojos como un fogonazo, sintió que las piernas le fallaban. Su mirada horripilada pasó de uno a otro, pero esos rostros solo podían ofrecer una lúgubre confirmación a sus presagios.

Los ingleses iban a por todas para conseguir la capitulación de la plaza.

Habían conseguido un inmenso acopio de víveres, que cargarían en las bodegas de sus navíos en cuanto se les pasara la borrachera, pero no iban a conformarse con vino y comida. Querían la ciudad a sus pies, y estaban resueltos a obtener sus llaves a costa de lo que fuera.

Mayor negó con la cabeza, pero Nemesio, escupiendo sangre, zanjó sus dudas con una certeza escalofriante.

—Van a quemar vivos a los prisioneros.

El alba también heló los corazones a bordo del San Juan.

El imponente navío del malogrado Recalde durante la Empresa de Inglaterra seguía en pie gracias al trabajo de Bertendona, pero había fracasado en su cometido último. La oscuridad se había aliado con los invasores, y ni el gran galeón ni los navíos pequeños habían podido frustrar el desembarco intramuros. Nadie había advertido que los atacantes estaban pasando con todo sigilo entre ellos, y ahora la ciudad baja estaba siendo saqueada ante sus ojos sin que pudieran hacer nada por remediarlo. La defensa del puerto era ya imposible.

El almirante convocó a los maestres.

—En cuanto los ingleses monten su artillería en la Pescadería comenzarán a bombardearnos —anunció, pálido—. Ya solo tenemos el castelete de San Antón para que Drake no tenga todo el litoral a su completa merced. Eso es, ya, cuanto podemos hacer.

Los capitanes cruzaron miradas de consternación.

Bertendona tenía razón. Drake les había ganado las espaldas gracias a aquel golpe audaz y a la oscuridad de la noche; y ahora, con toda la flota inglesa cerrando su salida a mar abierto, una calma chicha que hacía imposible navegar a vela y con el barrio pesquero en manos de la infantería enemiga, los barcos españoles estaban sentenciados.

Ya solo era cuestión de tiempo que empezaran a acribillarlos sin piedad.

—Palomino, Pantoja. —El almirante se dirigió a los maestres de las dos galeras—. Los barcos de vela no pueden maniobrar por falta de viento; pero la Diana y la Princesa pueden volar si sus remeros se lo proponen. Los ingleses no podrán alcanzaros. Debéis huir.

Manuel se quedó petrificado.

Ordenar la huida de los dos buques de remo solo podía conllevar una consecuencia para los otros tres: que no había salvación posible para ninguno de ellos. Y aquello implicaba una circunstancia aún más terrible. No con relación a la Sansón y al San Bernardo, que al fin y al cabo eran pérdidas asumibles.

Sin embargo, el San Juan de Portugal era uno de los barcos más sublimes de cuantos surcaban los océanos de todo el mundo. El vicealmirante de la Gran Armada lo había capitaneado; y solo un puñado más en todo el globo, como el San Martín o su añorada

Ragazzona, estaban a su altura.

Si permitían que Drake se hiciese con él, lo usaría para derribar las murallas.

Un desastre a todas luces inasumible.

La reunión apenas duró unos minutos.

Todos estuvieron de acuerdo. Las dos galeras volarían para tratar de refugiarse en un puerto vecino y defenderlo si los ingleses ampliaban su área de saqueo. Así, ninguno de ellos caería en poder de los atacantes. La urca y el galeoncete se desarbolarían a toda prisa, para que quedaran inutilizados, y el inmenso galeón…

Manuel sintió que algo se desgarraba en su alma al oír la voz rota del almirante.

—El San Juan arderá hasta que la pólvora de la santabárbara lo haga saltar por los aires.

Las órdenes corrieron por cubierta como el viento de poniente.

Aunque con gesto de dolor, todos los marineros se aprestaron a abandonar el barco.

El fuerte de Santantonio era ahora el lugar que había que defender.

Tras ver cómo las galeras efectuaban su huida a golpe de remo, Manuel y Bertendona contemplaron la cubierta del San Juan. Medio año después de haber llorado lágrimas de sangre junto a la osamenta varada de la Ragazzona en aquella playa gris bajo la lluvia, se veían obligados a arrancarle el corazón a ese otro navío. El gran animal marino los había cobijado en su panza, como una madre, y ahora ellos lo apuñalaban de forma inmisericorde.

No eran capaces ni de mirarse.

—Lo haré yo —susurró Manuel, cuando la última lancha estaba a punto de partir en dirección al fuerte.

Bertendona se giró hacia él con los ojos húmedos.

—El maestre debe ser el último en abandonar el barco —se resistió.

El provisor negó con una convicción firme como una roca.

—Te necesitan en San Antón, Martín —sentenció, con voz tranquila—. Tengo amigos en esta ciudad; no puedo permitir que pierdan al único hombre capaz de defenderla. El fuerte es ya su única esperanza. Ve, y no permitas que caiga en manos de esos piratas.

Un abrazo apresurado fue toda la despedida que se permitieron.

Aunque casi a empellones, el almirante acabó por embarcarse en la barcaza donde los últimos remeros llevaban un buen rato bufando de impaciencia. Mientras se alejaban, le dedicaron un saludo de respeto al hombre que los miraba desde la cubierta del San Juan.

Manuel los contempló sin expresión en el rostro, acodado sobre la borda. Todos bajaron la cabeza. Tal vez jamás volvieran a verlo con vida.

Pese al ruido de los remos, se oyó algún sollozo. Maese Poulo había elegido quedarse para salvarlos a ellos. Una vez más, aquel hombre callado demostraba de qué pasta estaba hecho.

Ya a solas, Manuel, aunque con el alma devastada, se puso en acción. En cuanto los ingleses se percatasen de lo que estaba pasando, caerían sobre el galeón. No podía perder ni un minuto o se apoderarían de él.

Al colocar la pólvora y la mecha, las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos.

No era su propia muerte la que atenazaba su alma. Desde que había visto hundirse la vieja mantita del rey en las aguas grises del Finis Terrae, cada uno de sus días había sido una espera vacía. Una especie de tránsito insípido, a la espera del final. No. Vida y muerte se habían imbricado en una malla endiablada donde hasta los límites de sus significados se habían difuminado.

Más allá de los recuerdos que seguían latiendo en sus sienes, lo que le robaba el ánimo era la labor que tenía por delante. Acabar con aquel barco majestuoso y fiel.

Destruir tanta belleza con sus propias manos.

CXXXIII

Compostela, 6 de mayo de 1589

La comitiva se adentró entre las primeras casas.

Habían sido nueve jornadas a caballo desde Valladolid. Primero, a través de caminos que atravesaban una llanura interminable y árida, después entre colinas verdes surcadas por mil regatos. Los magistrados de la chancillería habían cabalgado en silencio casi todo el tiempo, con un aire contrito que le daba un aspecto tristón al conjunto. Lázaro, entre ellos, había acabado por contagiarse. Los auditores le habían dejado claro, ya desde el principio, que estaban allí porque no les quedaba más remedio. Punto.

Solo porque él había montado todo aquel jaleo en beneficio propio.

Él captó el mensaje a las primeras de cambio.

Cargaba con la culpa de que ellos, unos venerables letrados que llevaban años sin salir de su ciudad, hubieran tenido que abandonar la calidez de sus togas recién planchadas para ir a enfrentarse al poderoso cabildo de Compostela.

Lázaro se encogió de hombros y cabalgó en silencio.

En los últimos días habían ido encontrando por el camino pequeños grupos de peregrinos. Cada vez que adelantaban a alguno, podía sentir las miradas acusadoras de los jueces y sus ayudantes clavadas en su montura. Como si él fuera un hereje que hubiera atacado con saña sarracena la casa del señor Santiago, empeñado en demoler a mazazos la fe que movía a aquellos hombres devotos.

Al fin, entraron en la ciudad sagrada.

Habían solicitado que les permitieran examinar las reliquias en presencia del arzobispo y de los canónigos. En base a todo ello, y a la argumentación que la sede tuviera a bien aportar, los jueces de la Real Audiencia emitirían un informe.

Ese documento establecería si las reliquias que se custodiaban en aquella catedral correspondían al apóstol Santiago. En adelante, esa sería la única verdad. Ahí radicaría la clave que iba a determinar si la demanda interpuesta por el joven abogado progresaba o no. O, lo que era lo mismo, si cada súbdito castellano debía seguir pagando el Voto de Santiago o si su aplicación se interrumpía de inmediato y para siempre.

Mientras su caballo recorría los últimos pasos, Lázaro tuvo que reconocer que había algo en el aire que encogía los corazones. Serían los peregrinos que habían visto caminar con aire fervoroso o aquella ciudad de piedra, tallada por el paso del tiempo. O la sombra de esa catedral que había acogido los anhelos de millones de personas durante cientos de años. Fuera lo que fuese, la labor que habían ido a desempeñar a aquel lugar no iba a ser un camino de rosas.

Con una nube en la mirada, Lázaro desmontó.

Sentía el peso de las centurias sobre su cabeza.

CXXXIV

Coruña, 6 de mayo de 1589

Una saturnal de sangre asolaba la Pescadería.

Los alaridos del primer desgraciado al que quemaron vivo atravesaron el cielo de la mañana como cuchillas de hielo.

Los refugiados de la ciudad alta sentían desgarrarse sus entrañas con cada nuevo chillido. Eran sus vecinos los que estaban allá abajo. Sus familiares. Sus amigos.

Cuando Nemesio, aún sangrando por la boca, se incorporó al cuerpo de tiradores del primer torreón, Gregorio le volvió a pedir a Mayor que se refugiara en casa. Los ingleses estaban poniendo en juego toda su mezquindad para que se rindieran.

Ella se resistió todavía, pero cuando los aullidos del tercer prisionero empezaron a resonar sobre los tejados se dejó arrastrar. Carmen no había llegado, pero hacía casi una hora que el último refugiado, precisamente su padre, había entrado en el recinto amurallado. Gregorio tenía razón. No tenía sentido flagelarse de aquel modo. Una vez más, rogó con los ojos cerrados que la pequeña hubiera logrado refugiarse en algún desván, o tal vez en un armario. Los piratas estaban saqueando la Pescadería, pero había escondites que solo los vecinos conocían. Y ella era una chica lista.

Los pasos de la joven comerciante se encaminaron a casa casi sin voluntad.

Entonces, un estallido atronador hizo que todos se giraran hacia el mar, sobresaltados. En las inmediaciones del fuerte de San Antón, una nube de humo envolvía al imponente galeón de la armada real. Los centinelas se miraron consternados, sin comprender qué podía haber sucedido. El majestuoso navío había explotado, y una cosa estaba clara: sin el San Juan, defender la ciudad era ya poco menos que imposible.

Gregorio tiró de ella otra vez.

Mayor siguió alejándose de la muralla. El galeón de Bertendona había explotado y Carmen estaba desaparecida; las cosas difícilmente podían ir a peor.

Tras la explosión, los gritos del hombre al que estaban quemando vivo se escucharon de nuevo sobre sus cabezas. Para cuando cesaron, anunciando al mismo tiempo la paz para aquel desgraciado y la consumación de la infamia, ellos ya estaban al fondo de la calle.

Pero entonces, una nueva exclamación empezó a propagarse de boca en boca.

—¡Es Carmen! —oyeron—. ¡La hija de Nemesio!

Mayor, con toda la sangre del cuerpo convertida en hielo, se detuvo en seco.

La mirada implorante que le dedicó a Gregorio duró apenas un segundo. Lo que tardó la gente, sobrecogida, en emitir un nuevo eco.

—¡Es la chiquilla, sí! —se oyó después.

Mayor retrocedió hacia la muralla con el corazón a punto de saltar fuera de su boca.

Sin apenas aliento, alcanzó el pie de uno de los torreones. Los centinelas le abrieron paso con consternación muda. Sabían que aquella muchachita era su protegida.

Allá abajo, entre burlas alcoholizadas, estaba Carmen.

La habían atado al cuarto poste que habían levantado durante la madrugada. Estaban

dispuestos a llevar su estrategia de terror hasta las últimas consecuencias.

Cuando alguien arrojó una tea encendida a los pies de la prisionera, Mayor sintió que un lanzazo le atravesaba el pecho. El fuego prendió al momento. Los despojos de muebles rotos y de viguetas habían sido impregnados con brea.

Mayor empezó a oscilar peligrosamente, y Gregorio tiró de ella para que apartara la vista de semejante atrocidad. Sin embargo, ella lo rechazó con firmeza y permaneció mirando abajo. Su niña iba a ser quemada viva. No iba a meter la cabeza en un agujero.

El vestido de la muchacha prendió a la altura de los tobillos.

El primer alarido de Carmen no llegó a sonar.

Justo cuando empezaba a retorcerse con las llamas lamiéndole los pies, un disparo rompió el silencio de la mañana. Desde lo alto, todos vieron cómo su cabecita caía hacia delante, sin vida. El fuego subió por su ropa, pero ella ya no sentía nada. Solo sus ligaduras impedían que se desplomase.

Seguía atada al poste, pero estaba muerta.

Aturdida, Mayor se volvió hacia el torreón contiguo. El disparo había salido de allí.

Entonces vio asomar a Nemesio, pálido y tembloroso. El rostro del veterano tirador reflejaba tanta desolación que se diría que la propia muerte asomase a través de sus ojos.

Entre sus manos, el viejo arcabuz todavía humeaba.

CXXXV

Puerto de Faro, 6 de mayo de 1589

La lancha arribó al islote entre lágrimas y apremio.

Manuel pudo entrever desde la distancia cómo desembarcaban sus tripulantes, y cómo iban entrando entre los muros de San Antón tras echarle una mirada triste al galeón del rey Felipe. Hasta llegó a distinguir cómo alguno se secaba los ojos con la manga.

El último en desaparecer tras la puerta fue el almirante.

El dolor de Bertendona seguía flotando sobre la cubierta.

Pudo ver cómo contemplaba el barco desde lo lejos con indecisión. Hasta con angustia, intuyó. Al fin alguien salió a por él, tirándole del brazo para que entrara también. Aunque a regañadientes, el maestre se dejó llevar con ademanes de sonámbulo.

Maese Poulo regresó a la desolación de su tarea.

En cuanto Bertendona se perdió de vista, le prendió fuego al reguero de pólvora que había ido soltando por toda la cubierta. Así se lo había rogado el propio capitán.

De ese modo, tal vez él tuviera alguna opción de salvarse.

—En cuanto oigas sisear la mecha tírate al agua. —Sus últimas palabras habían sonado más como una súplica que como una orden.

Sin embargo, decidió no hacerle caso.

No podía arriesgarse a que un golpe de viento frustrase la explosión. Si el São João caía en manos de Drake, le habrían regalado a su peor enemigo uno de los barcos más poderosos que jamás habían existido. Por eso se quedó. Con una pierna por fuera de la borda, pero no abandonó el barco hasta que un silbido apocalíptico le anunció que el fuego había alcanzado los barriles de pólvora. Entonces, y solo entonces, se dejó caer.

La explosión lo cogió por el aire.

Con un cataclismo de fuego estallando sobre su cabeza, Manuel braceó bajo la superficie para alejarse del peligro. Durante un buen rato, todo fue silencio bajo las aguas. Después, cuando ya sus pulmones estaban a punto de estallar, se impulsó hacia arriba.

A su alrededor, una nube blanca lo ocultaba todo. Las llamaradas que se elevaban entre el humo anunciaban que su acción había sido un éxito.

El San Juan de Portugal, la gloriosa vicealmiranta de la Gran Armada, ardía a su espalda. Había sucumbido a aquella guerra devastadora, y había sido su propia mano la que había acabado con él. Desolado por tanta destrucción, Manuel se volvió hacia la costa. Contra todo pronóstico, aún podía tratar de salvar la vida. La humareda se había extendido sobre el mar, proporcionándole una cobertura inesperada. Cuando ya tenía las primeras rocas a su alcance, vio que en la orilla de la Pescadería se había congregado una pequeña multitud. Eran soldados ingleses que contemplaban, con aspecto de no entender nada, cómo un incendio monstruoso se iba apoderando poco a poco del imponente barco que hasta entonces había protegido el puerto.

Aprovechando que sus miradas estaban concentradas en el San Juan, trepó como pudo por entre las piedras, manteniéndose oculto. La costa allí era abrupta, y la muralla de la ciudadela se elevaba a pocos pasos del mar. En algunos sitios, de hecho, los muros nacían directamente del

agua. Fue reptando poco a poco. Con la zona portuaria en manos del enemigo, su única opción era alcanzar la puerta de la parte alta. Con suerte, los centinelas identificarían a un oficial de la armada real y le franquearían el paso.

Dedujo que los ingleses estarían concentrados en saquear la ciudad baja. Gracias a lo sigiloso de su avance, no se encontró con nadie hasta la base de la muralla.

—¡Hombre a las puertas! —oyó que gritaban desde los torreones.

Manuel entró por la rendija mínima que le abrieron.

Esperaba que todos los refugiados le preguntasen quién era y si sabía por qué había explosionado el galeón del puerto. Sin embargo, ni los huidos que se agolpaban ante él ni los soldados mostraron ningún interés.

Aquella conmoción colectiva connotaba un ánimo destrozado.

Los miró con más atención. Todos esos hombres y mujeres estaban desperdigados por el suelo y derrumbados contra las paredes. Algunos sollozaban en silencio, otros tenían la mirada perdida.

Al rato, distinguió a Gregorio a lo lejos. Se acercó con el ceño fruncido. Aunque estaba en pie, a él también se le veía desolado.

Cuando lo vio llegar, el carnicero pareció volver en sí.

—¡Manuel! —lo saludó, mirándolo como si saliera de un mal sueño—. Estás empapado… —Entonces dio muestras de comprender, y señaló la columna de humo que se elevaba al cielo desde las aguas del puerto—. ¿No estarías tú en…?

Manuel palideció al ver quién más estaba allí.

A sus pies, como en trance, Mayor y Nemesio estaban derrumbados con la espalda contra el muro. Era como ver a dos muertos que aún respirasen. A dos cadáveres que miraban al frente con los ojos abiertos.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a Gregorio, casi sin voz.

La negativa muda que esbozó el joven dejó caer una sospecha terrible.

Ya le había resultado extraño que Carmen no estuviera allí, junto con su padre y sus empleadores. En solo un segundo, ató cabos. Los piratas habían hecho prisioneros a lo largo de la noche, y él sabía lo que eran capaces de hacer con tal de rendir una plaza.

La niña no estaba, y aquellos tres estaban tan destrozados que no podían ni hablar. Con el vello erizado, contempló la lejanía tratando de adivinar qué podía haber pasado.

Entonces, en un instante, su corazón se detuvo.

La inmensa humareda que emanaba del San Juan no era el único indicador de fuego que se elevaba al cielo de la vieja Faro. Con gesto horrorizado, comprendió qué debía de haber pasado.

Los ojos arrasados de Gregorio le confirmaron el destino trágico de la pequeña. El fuego que consumía el galeón había hecho arder sus entrañas, pero ahora, ante aquella barbarie, todo quedaba relegado a la categoría de intrascendente ante sus ojos.

Una hoguera no tan grande pero mucho más infame ardía en la Pescadería.

CXXXVI

Fisterra, 7 de mayo de 1589

Un crepúsculo esplendoroso hacía arder el horizonte.

El fin del mundo desplegaba su belleza inabarcable ante el avance de Ambrosio, pero la mirada atribulada del anciano ni siquiera era capaz de apartarse de las piedras del sendero. No porque temiera tropezar, ni porque sus articulaciones amenazaran con dejarle caer.

Eran viejos fantasmas los que lastraban sus ojos.

Ya antes del amanecer había salido a la calle para dar con la Ara Solis de Sheridan. Ese altar del sol podía estar en cualquier lado. Recorrió las callejuelas, pero nada. Empezó a preguntarse si el lenguajero se referiría a la iglesia de Santa María. Al fin y al cabo, también había sido un templo dedicado a la virgen, el de la Corticela, el que había acogido sus encuentros en la ciudad del apóstol. Esperanzado, dirigió sus pasos hacia la vieja iglesia que se alzaba a la salida del pueblo, pero ni siquiera necesitó llegar.

Según iba subiendo por la vereda que llevaba a su puerta, lo comprendió.

Tras la iglesia marinera, ante sus ojos, se alzaba el inmenso cabo que se adentraba en la inmensidad del océano. Desde su cima podía contemplarse cómo el astro rey se hundía cada día bajo las aguas sin que hubiera un más allá. Ambrosio elevó la vista hacia las alturas. Allí, en la cumbre, tenía que estar el ara dedicada al sol donde lo había citado el joven jesuita.

Al volver a casa le preguntó a su anfitriona.

La redera le confirmó que en lo alto del monte, en efecto, había un templo.

—Le dicen de San Guillermo —respondió, sin apartar la vista de la red de xeito que estaba reparando casi a tientas.

La tarde se hizo eterna para Ambrosio.

Se dedicó a vagar por la playa deseando poder tirar del sol con una cuerda para que bajase más rápido. «Al ocaso», había escrito Sheridan. No podía presentarse antes.

Al fin, el disco solar se fue acercando al horizonte.

Con una exaltación indeterminada, el licenciado se encaminó a lo alto del promontorio. Tras más de media hora de ascensión, al fin vio la cumbre.

En efecto, una iglesita decrépita se alzaba entre la maleza. Apenas cuatro paredes de piedra y una cubierta que amenazaba con venirse abajo. No tenía espadaña ni campanario; tan solo una cruz anillada coronaba su entrada.

Al aproximarse, vio que la puerta estaba entreabierta.

—¿Arlynn? —se asomó—. ¿Sois vos?

El eco de su voz le sorprendió por tembloroso.

—Pasad, licenciado —la voz del lenguajero sonó jovial—, y cerrad la puerta, os lo ruego. Os estaba esperando.

El interior estaba en tinieblas.

Ambrosio, tratando de acostumbrar sus ojos, se adentró con cuidado.

Con la puerta cerrada, la oscuridad se hizo absoluta. Al sentir la sonrisa de Sheridan, arrugó el ceño.

Se habría dicho que disfrutaba obligándolo a vagar entre tinieblas.

—Hay un banco ante vos —oyó que le decía. Al estirar la mano, tocó el respaldo y lo rodeó —. Tomad asiento. Lo que os voy a desvelar hoy no admite prisas. Ni desaliento.

Al sentarse, Ambrosio distinguió vagamente la figura del jesuita frente a él.

Era capaz de atisbarlo porque su indumentaria era blanca.

Le extrañó. Siempre lo había visto ataviado con el hábito de su orden.

—Bienvenido a la Ara Solis, Ambrosio. —La voz del muchacho sonó ahora seria—. Sé que esperáis otro tipo de respuestas, pero lo primero que debo explicaros es qué lugar es este.

El licenciado guardó silencio.

Aquel hombre era una incógnita en sí mismo. Seguía sin comprender por qué lo había ayudado al llegar a Compostela, pero haberlo citado allí para recibirlo con tanta mística era un auténtico delirio. No obstante, decidió dejarse ir. Tampoco podía hacer mucho más.

—Este templo es muy antiguo, licenciado… Más, incluso, que el santo al que hoy está dedicado según la versión oficial —empezó Sheridan con voz tranquila—. Es mucho más antiguo que la propia religión católica; hasta que el cristianismo. —Aquí, el muchacho hizo una pausa—. Como tiene por costumbre, el catolicismo ha erigido aquí esta iglesia para santificar un culto pagano que ha pervivido durante milenios. De eso ya os habréis dado cuenta, ¿verdad?

—Pagano según sus criterios —asintió Ambrosio, muy serio.

En efecto, todo apuntaba a que allí se había venerado al sol desde tiempos inmemoriales. La ubicación del templo, aquella naturaleza esplendorosa a sus puertas… Hasta la cruz solar que coronaba la capilla era un vestigio revelador.

Fue capaz de intuir la sonrisa del lenguajero.

—Pero en este caso, licenciado, el culto que los obispos pretendieron asimilar no era uno cualquiera —siguió el joven—. El culto al sol, que en este lugar alcanza las más altas cotas, era ya milenario cuando ellos trataron de aniquilarlo. Miles de personas venían aquí año tras año para venerar al astro rey. Tal vez millones de fieles, con el paso de los siglos. Era una adoración al mundo tal y como lo concebían. A la propia vida. Al universo en sí.

Ambrosio se removió con impaciencia.

Todo aquello era plausible, y también que los romanos, al completar su conquista, bautizasen a ese lugar sagrado como Ara Solis. Ya habían considerado el Finis Terrae como un lugar mítico, de hecho. Sin embargo…, ¿de verdad le había hecho ir hasta allí para ilustrarlo sobre ritos ancestrales? ¿Qué podía importarle a él que en un lugar como aquel, en el que jamás había estado, se rindiese culto al sol, al mar o a las piedras?

—Sé lo que estáis pensando, licenciado —sonrió de nuevo el muchacho—. Ya os sugerí al principio que esto nos va a llevar un buen rato. Pero descuidad: tendréis todas las respuestas que habéis venido a buscar… y algunas más. Hasta las preguntas que jamás habéis llegado a plantearos se verán despejadas hoy. ¿Puedo contar con vuestra paciencia?

Aunque a regañadientes, el anciano asintió.

—Decidme, Ambrosio…, ¿qué culto principal fue asimilado aquí por la Iglesia, además del altar del sol? ¿De qué otro rito se apropiaron los católicos en este lugar?

El cronista se quedó con la frente arrugada.

¿Y encima tenía que resolver acertijos? Aun así, casi al instante una idea súbita lo asaltó. El impacto fue tal, en plena oscuridad, que hasta el lenguajero advirtió su turbación.

—En efecto —asentó el monje, complacido—. Yo mismo os he puesto sobre la pista… Miles y miles de personas viajaron a lo largo de lo que hoy conocemos como Europa hasta el lugar

donde terminaba la tierra. Donde cada día moría el sol para renacer, de un modo mágico e inexplicable, a la mañana siguiente. Y no era baldía su búsqueda, pues esa muerte y esa resurrección componían la metáfora de lo que ellos mismos buscaban. Sí, licenciado… Ese viaje iniciático era la puerta al autoconocimiento. A una comprensión profunda de sí mismos, y también de la vida y del universo. Esa era su forma de entrar en el paraíso.

Las ideas bullían en la cabeza de Ambrosio como burbujas en una olla al fuego.

—El Camino de Santiago —le confirmó el lenguajero, acabando de desordenar su entendimiento—. De eso se apoderó la Iglesia de Roma en este lugar. Una usurpación más, en una lista interminable.

El cronista se quedó sin habla.

Durante más de una hora, el muchacho le explicó que el descubrimiento del sepulcro del apóstol entre las ruinas de la Assegonia romana no era más que una pequeña parte de un plan muy ambicioso. Al convertir en rito católico el viaje de raíces milenarias, los reyes europeos asentarían el territorio por el que los romeros tenían que desplazarse. Aquella riada de fieles justificaría que la cristiandad defendiera el Camino contra el invasor.

—¿Me estáis diciendo que la peregrinación jacobea es la asimilación de una mucho más antigua? —Más que incredulidad, la voz de Ambrosio transmitía asombro—. ¿Que lo que hoy conocemos como Camino de Santiago ya existía hace miles de años, y que en lugar de dejar que llegara aquí lo truncaron tres jornadas atrás, en la supuesta tumba del apóstol?

La sonrisa de Sheridan volvió a brillar entre las tinieblas.

En efecto. Ya no tenía lugar que los peregrinos acudiesen a la Ara Solis. Al contrario; el culto a unas supuestas reliquias erradicaría de raíz una adoración de tintes paganos.

—Eran tiempos convulsos, licenciado. Los musulmanes acababan de conquistar casi toda la Hispania. La finalidad última de esta invención era la de ir recuperando poco a poco el terreno perdido. Eso ideó el rey monje de la Gallaecia, Alfonso II, en tiempos de Carlomagno. Bueno…, entre él y sus obispos, ya sabéis. Principalmente el de la antigua sede romana de Iria, Teodomiro. Un gran estratega político.

Ambrosio repasó todo lo que recordaba sobre aquella época, pero tras pasarse un buen rato tratando de hallar alguna fisura en tal revelación, claudicó. Hasta donde él sabía, todo lo que el lenguajero estaba afirmando era plausible. Incluso lógico.

Sin embargo, seguía sin saber a qué venía todo eso.

Había llegado allí para averiguar qué había pasado quince años atrás en Compostela.

Qué era lo que había sucedido realmente con la mujer a la que había conocido por casualidad y que, hasta donde él sabía, había sido asesinada en misteriosas circunstancias, obligándolo a abandonar la ciudad sagrada con el alma hecha jirones. Sin embargo, aquel extravagante muchacho se había dedicado a vagar por unos senderos que nada tenían que ver con eso. Sobrecogedores, pero sin ninguna relación con lo que a él le interesaba.

Al menos, en apariencia.

—Paciencia, Ambrosio. —La voz de Sheridan rompió una vez más sus ensoñaciones—. Sé que os ofrecí una verdad en la Corticela. Una en concreto. Descuidad, cumpliré con mi palabra. Pronto sabréis por qué os cuento todo esto.

Ambrosio intuyó que el joven se estaba poniendo en pie.

Al parecer, aquella parte había tocado a su fin.

—Vayamos fuera, licenciado —indicó el irlandés—. Ya sabéis qué lugar es este, pero falta mucho para que comprendáis por qué estamos aquí. Ha llegado la hora de verter luz sobre la

siguiente revelación. Aprovechemos que el sol aún no se ha hundido en el horizonte.

Ambrosio se encaminó hacia la puerta de la ermita.

Cuando la abrió, una luz violácea golpeó sus ojos, deslumbrándolo. Era ya tenue, pero llevaba un buen rato sumido en la más absoluta oscuridad.

Mientras se frotaba los párpados, oyó cómo Sheridan cerraba la puerta a sus espaldas.

—Esta es la otra verdad que os debía, Ambrosio.

El cronista, sin comprender sus palabras, contempló el horizonte. Las últimas luces del crepúsculo se reflejaban sobre el océano. El panorama era sobrecogedor, pero no había más verdad en él que la deslumbrante belleza del universo desplegándose ante sus ojos.

Desconcertado, se volvió hacia el lenguajero con gesto de extrañeza.

Entonces, por un instante, sintió que la cordura había abandonado su mente. Con la puerta tras de sí y las manos entrecruzadas ante la falda de su vestido, una muchacha lo contemplaba con una sonrisa en la boca. Su voz era la de aquel frailecillo aniñado al que siempre había visto ataviado con un hábito holgado, y su rostro era también el del jesuita aunque no lo enmarcase ya aquel cabello rojo, corto y enmarañado, sino un pañuelo blanco.

Se trataba del lenguajero al que había conocido en Compostela, no cabía duda. El joven irlandés de la orden de Loyola. Sin embargo, su cuerpo era ahora el de una muchachita delgada como un junco.

Ambrosio tuvo que apoyarse para no caer.

Arlynn Sheridan era, en realidad, una mujer.

CXXXVII

Coruña, 7 de mayo de 1589

Ya solo el terror mantenía en pie a los vivos.

La alegre ciudad de Faro era ahora un erial encharcado de sangre. El olor a carne quemada persistía en el aire, recordándoles a los sitiados que un dragón esperaba ante su puerta a que se abriera un resquicio.

Tras el saqueo de la Pescadería, se preveía que el asalto a la muralla no iba a tardar. Así se lo había transmitido el gobernador a sus oficiales y así se extendió, como una marea de hielo, entre la población.

Aquel muro anticuado no estaba en condiciones de repeler un ataque, y menos con el apoyo de artillería desde los barcos. Sin embargo, ya hacía día y medio que el burgo portuario había caído. En los torreoncillos circulares, los centinelas aguardaban con las espadas desenvainadas. A sus espaldas la gente trataba de rehacerse, aunque fuera a empellones, de las heridas del cuerpo y del alma; de racionar los víveres y de aprestarse para la batalla.

De lo que fueran capaces de resistir dependían sus vidas.

El anochecer del cuarto día de asedio iba cayendo ya sobre los tejados.

Los vecinos de la ciudad baja habían sido acogidos por sus vecinos del recinto amurallado. También el gobernador dispuso los edificios que estaban bajo su mando.

Desde la «noche triste», se habían dedicado a reforzar las precarias defensas de la ciudad. No obstante, la cerca —un lienzo simple de piedra, agrietado por los elementos— era de época medieval. Pese a los esfuerzos, la situación seguía siendo crítica.

—Si no lo han intentado ya es porque han estado ocupados saqueando la Pescadería —afirmó Manuel, ante la mirada consternada de Cerralbo.

En cuanto el gobernador supo que el provisor de Bertendona estaba entre ellos, lo hizo llamar. El consejo del hombre que había trabajado mano a mano con el mismísimo Álvaro de Bazán podía ser, en aquella hora oscura, clave para la supervivencia.

Manuel le contó lo sucedido en las últimas horas del San Juan. Tocaba planear la defensa de la ciudadela. Ahora, el marqués ya sabía que el fuerte de San Antón podía proporcionarles auxilio bajo el mando del gran almirante vasco. Con él al frente de sus cañones tal vez la pequeña fortaleza, aún inacabada, lograra resistir.

—Sois un héroe, caballero —musitó Cerralbo tras saber que el provisor se había jugado la vida para hacer volar el galeón que aún ardía en el puerto—. Lo que había oído sobre vos se queda corto. Y no era poco, os lo aseguro.

Manuel se retiró con gesto serio, tras una reverencia tan seca como apresurada.

Ni tenía tiempo que perder con halagos baldíos ni tenía el cuerpo para lisonjas. El San Juan seguía humeando en la bahía, y los cañones enemigos no dejaban de atronar sobre sus cabezas. Y, sobre todo, sus amigos estaban destrozados.

Tras la reunión, Manuel se pasó la noche haciendo inventario.

El marqués acababa de poner en sus manos el aprovisionamiento de la ciudad alta. Primero dio orden a todos los vecinos para que franqueasen las puertas de sus casas a aquel hombre

callado. Estaban sitiados y bajo fuego enemigo; era una cuestión de fuerza mayor que los supervivientes pusieran todos sus bienes al servicio del bien común. Gregorio fue el primero que le dio las llaves. Las de su carnicería, primero, y después, las del almacén. El establecimiento que hasta entonces había regentado su esposa junto a su ayudante.

La pequeña Carmen, a la que jamás volverían a ver.

—Coge todo lo que la gente necesite —le había indicado, entre dientes.

Manuel lo vio marchar con un nudo en la garganta. Mayor estaba demasiado devastada como para poner un pie fuera de su alcoba.

No había vuelto a asomar desde la mañana anterior.

Entre él y Gregorio se la habían llevado a casa, y también a Nemesio.

Manuel aún estaba empapado y aterido de frío, pero era el único que conservaba una pizca de ánimo. Tanto la mujer como el viejo arcabucero parecían haber perdido la razón. Ella estaba ida, como si no tuviera fuerzas ni para respirar. El anciano, sin embargo, mostraba una luz distinta en la mirada. Como si tuviera una idea fija entre ceja y ceja.

Tras el inventario, Manuel regresó a casa. Si lograba hacer oídos sordos a los cañonazos, aún tenía tiempo de dormir un par de horas.

—¿Cómo están? —le preguntó a Gregorio.

—Siguen sin salir del cuarto —le contestó él—. He pasado a ver a Mayor un par de veces, pero sigue tirada en la cama. Se niega a comer nada.

—¿Y Nemesio? —Manuel se detuvo, con una vaga inquietud tras su hombro—. ¿Has estado con él?

Gregorio negó con la cabeza.

—He llamado a la puerta un par de veces, pero lo he dejado estar. Ni siquiera contesta. Supongo que querrá estar solo.

Un malestar impreciso invadió a Manuel, y una duda helada lo asaltó.

—¿Tiene el arcabuz?

—Claro —respondió Gregorio, extrañado—. Cuando regrese a la muralla lo necesitará…

Justo en ese instante, un estallido inconfundible resonó en el piso de arriba.

Después se oyó el ruido de algo que se desplomaba, y el tamborileo de un palo al caer al suelo. Mientras Gregorio miraba al techo con cara de no entender nada, Manuel salió disparado escaleras arriba y abrió de un empujón la puerta de la habitación donde habían hospedado al anciano.

Tuvo el tiempo justo para volver a cerrarla y abrazar a Mayor, que acababa de asomar por el dintel de su cuarto, pálida como la cal, para evitar que viese el interior.

—Vuélvete a tu alcoba —le susurró, con el escaso aplomo que le quedaba.

Ella le dedicó una mirada aterrada, pero no se resistió.

Entre el estruendo de los cañones y los llantos que se oían desde la calle, no tenía fuerzas para enfrentarse a una nueva desgracia.

Gregorio llegó arriba cuando su esposa cerraba la puerta del cuarto.

—Tráeme un barreño con agua y avisa al sargento de arcabuceros —fue cuanto le dijo Manuel, antes de entrar en la alcoba de Nemesio.

El pobre viejo no había podido resistir a los demonios que susurraban en su oído.

Cualquier salida es buena cuando uno vive en el infierno.

Un simple palo puede apretar un gatillo si el brazo no alcanza.

CXXXVIII

Fisterra, 7 de mayo de 1589

La noche había caído ya.

Las últimas luces iluminaban el gesto perplejo del anciano y la sonrisa comprensiva de la muchacha.

—En vuestro… anónimo —titubeó Ambrosio, apenas repuesto— mencionabais a cuatro mujeres… ¿Cuatro?

—La primera la tenéis ante vos —asentó ella, con las manos en los bolsillos de la falda—. Me llamo Arlynn O'Sirideain, un nombre gaélico. Gaélico irlandés, concretamente. En eso no os he mentido, pero bien podría llamarse así un hombre. Sobre todo, un confesor extranjero, ¿verdad? Respecto a las otras tres mujeres… De nuevo os ruego paciencia, señor mío. Pronto sabréis a quiénes me refiero.

Él hizo un gesto de indefensión.

—Empecemos hablando de la segunda de esas cuatro mujeres, licenciado. —Arlynn se puso seria—. Así comprenderéis nuestro proceder, y por qué os ayudamos a vuestra llegada a Compostela. Si es que os hemos ayudado…

Ambrosio cruzó las manos ante el regazo.

—Soy un eslabón de una larga cadena, caballero. —La voz de la joven sonaba grave—. De una ancestral orden de guardianas cuyo origen se pierde en el principio de los tiempos.

—Obviamente, no sois un jesuita —aceptó el cronista.

—Bueno… —se resistió ella, recuperando la sonrisa con un lejano poso de amargura—. Oficialmente sí lo soy. Es decir, fui ordenada como hombre. A nadie pareció extrañarle mi aspecto más de la cuenta en todos estos años. Un hábito suficientemente holgado, un peinado masculino… y listo. Cualquier muchacha, si se lo propone, puede pasar por un jovenzuelo aniñado. —El cronista arqueó las cejas, escéptico, pero ella se reafirmó—: Es práctica habitual entre mis hermanas aparentar lo que no somos, Ambrosio. Es la única manera de poder seguir desempeñando nuestra labor secreta. Algunas nos hacemos pasar por frailes, otras por prostitutas…, criadas… O cualquier otra cosa.

El anciano contuvo la respiración por un instante.

¿Monjes o meretrices? Curiosa mímesis.

—¿Y qué labor es esa, Arlynn? —musitó, con voz trémula—. ¿Qué es lo que guardáis?

El mar emitía unos reflejos violáceos bajo los últimos rayos del sol que se reflejaban en la panza de los nubarrones que salpicaban el horizonte.

Las estrellas empezaban a brillar en lo alto.

—Ya lo habéis adivinado, Ambrosio… —supuso ella, con gesto pícaro—. ¿Me equivoco? No os encaja porque estáis equivocado respecto a lo que allí se venera.

Una cascada de imágenes asaltó el pensamiento del licenciado.

¿Aquella orden clandestina custodiaba la reliquia? Todo apuntaba a que así era. Pero… ¿en qué estaba equivocado? Él ya tenía claro que no podía ser el apóstol de Cristo que llevaba por nombre Jacob, o Iacobus.

Sheridan sabía que él había esgrimido la falsedad de los vestigios como principal argumento en su alegato ante el arzobispo.

—¿Equivocado, Arlynn? ¿Yo, equivocado respecto a la reliquia?

Pese a la escasa luz, Ambrosio pudo entrever su sonrisa de condescendencia.

Un chaparrón de ideas difusas empezó a repicar en su sesera. ¿Qué estaba sugiriendo con tanta arrogancia? ¿Qué sabía ella que a él le había pasado desapercibido?

¿Qué misterio atesoraba con relación a los vestigios sagrados de Compostela?

Entre tanta oscuridad, un rayo de luz se abrió paso de pronto, deteniéndolo todo.

«Empecemos hablando de la segunda de esas cuatro mujeres», había dicho ella.

Ambrosio se quedó clavado. Su pulso se detuvo de repente, como una cascada congelada por un invierno súbito. Al ver cómo perdía el color en el rostro, Sheridan se puso seria. Aquel hombre era un sabio de fama mundial. Podía atisbar la demoledora verdad que ella estaba sugiriendo tras tanto misterio.

—Sí, licenciado —sentenció Arlynn—. Así es.

El cronista recibió sus palabras como un disparo de cañón en mitad del vientre.

—La reliquia de Compostela corresponde a una mujer.

CXXXIX

Compostela, 7 de mayo de 1589

—No nos negaremos; dejaremos que se desesperen.

Las soluciones que Cabana proponía eran turbadoramente simples.

A su lado, Ares asentía con cara de malas pulgas. Sanclemente, atribulado, desvió la mirada. La solución al problema era evidente para los dos canónigos. Tanto que hacía falta ser muy estúpido para no verla.

No obstante, las cosas no eran tan fáciles para el arzobispo.

—Son jueces de la chancillería, señores —murmuró, mirando por la ventana con gesto pensativo—. ¿Creéis que van a consentir que nos riamos así en su cara? Podrían hacernos prender.

El arcediano se estiró con una condescendencia perezosa.

—¿Y quién habría de meternos en la cárcel, monseñor? —preguntó—. ¿Ese abogadillo que los acompaña, y que ha montado todo este jaleo para nada? ¿Ese tal Lázaro González? No… Esto es lo mismo que hemos hecho respecto a Cerralbo. Esa fue la respuesta del arzobispado, ¿no? Que nuestras tropas acudirán en auxilio de la ciudad sitiada. Pero lo harán cuando sea posible. Los señores de Galicia están organizando sus ejércitos a marchas forzadas. Algunos, incluso, ya se han presentado en las inmediaciones de Faro. Bien, pues que vayan ellos haciendo frente a los ingleses… —A su lado, fray Carmelo soltó un bufido como si aquello fuera tan obvio que ofendiera a su inteligencia—. La santidad del señor Santiago está por encima de los asuntos terrenales. El ejército de su arzobispo partirá hacia Coruña cuando todo esté bien por aquí. Pero recordad: en ese momento, la presencia de esos magistrados ya no tendrá ningún efecto sobre vos. Ni sobre la reliquia, por descontado. Esa es la gran virtud de la estrategia que hemos acordado. Cuando ese momento se dé, todas las amenazas que penden sobre el cuerpo de Sant Iago se habrán esfumado para siempre. Para eso hemos trazado este plan.

Ante el gesto mohíno del prelado, Ares tomó la palabra.

—Solo hay que exhibir firmeza —graznó el reliquiero—. Decirles a esos jueces que se les permitirá examinar los vestigios en cuanto sea posible. No es tan difícil, señor mío. Vivimos una situación excepcional. El ataque de los ingleses nos ha dado el pretexto que necesitábamos. Todo cuanto hagamos podrá ser justificado ante el mismísimo rey. Además, esos petimetres no llevan más que un día en Compostela. No tendrán tanta prisa, digo yo.

Sanclemente los despidió con un gesto de la mano.

Aquellas jugarretas no iban con su naturaleza. Él había llegado al cargo con la ilusión de devolverle el esplendor perdido a Compostela. Sin embargo, su mandato había derivado en una sucesión de tretas indignas y políticas rastreras.

Ya a solas, enterró la cabeza entre las manos. Ares y Cabana, Cabana y Ares. No soportaba a esos dos intrigantes, pero tal vez tuvieran razón. Aquellos jueces se habían presentado en Compostela ignorando a propio intento la sacralidad de lo que allí se veneraba. Sin embargo, lo divino no estaba sujeto a las leyes de los hombres. Los asuntos de Dios estaban por encima del bien y del mal. Decidió aferrarse a tal idea. Al fin y al cabo, defender su sede era un deber

sagrado que había jurado ante el altar de su iglesia.

Aunque asediado por espectros de culpa, Sanclemente decidió cerrar los ojos.

A veces, amordazar a la voz interior es el único modo de seguir adelante.

Ya de vuelta en su palacete, Carmelo estaba fuera de sí.

El diablo amenazaba el tesoro más sagrado de toda la cristiandad. Del mundo entero, tal vez. Unas garras abyectas pretendían robarle el alma a su ciudad, y con ella, destrozar la esperanza de millones de fieles. Tormentas traicioneras se cernían sobre los vestigios que él había jurado defender con su propia sangre.

Si el pusilánime de Sanclemente se dejaba aconsejar, el tema de los jueces estaría bajo control. Solo había que darles largas mientras no solucionasen el asunto. Aquel no era el problema más acuciante.

Pero Ambrosio habría de regresar algún día.

Con la cédula real bajo el brazo, con la bula y con el dictamen favorable del traidor de Román, las cosas podían ponerse feas de verdad. Tenían que hacer algo para atajar la infamia del licenciado Morales. Al fin y al cabo, sabía dónde radicaba el punto flaco del enviado del rey.

Solo tenía que dibujar unas letras sobre un papel como lo habría hecho una mujer joven y hermosa. Al día siguiente se las arreglaría para que una carta llegase a las manos de Segismundo. Era demasiado bruto como para darse cuenta de que era una trampa.

«Segismundo, amor mío:

Te aguardo esta noche donde siempre. Al fin podré contarte por qué no he podido contactar contigo en todo este tiempo. Sé que sabrás perdonarme.

Tuya, como siempre

Magdalena»

CXL

Fisterra, 7 de mayo de 1589

Una luna menguante se reflejaba sobre las aguas.

Su luz matizaba el gesto sereno de la muchacha.

—Yo soy una de las guardianas de la reliquia sagrada, Ambrosio. Antes de que alguien inventase el descubrimiento del Locus Sancti Iacobi, nosotras ya custodiábamos la tumba de nuestra maestra. Mucho antes de la llegada de los monjes de Antealtares a lo que hoy es Compostela… y de que a algún embaucador se le ocurriera difundir a los cuatro vientos la extravagante idea de que aquel sepulcro pertenecía a uno de los discípulos de Cristo.

El cronista se rascó la barbilla.

Muy secreta tenía que ser la orden para que nadie conociera su existencia.

—La cruz anillada era nuestro símbolo —siguió ella, con voz firme—. Nos habréis visto por todas partes, aunque sin vernos. Nuestra maestra, la primera de nosotras, fue quien descubrió, cuando aún el imperio de Roma se extendía hasta Tierra Santa, que la corriente de pensamiento iniciada por Cristo hundía sus raíces en el culto al sol que aquí alcanza su máximo esplendor. Ella viajó hasta allí. Estuvo en las tierras de las Escrituras. En Palestina, y también en Egipto. Conoció el origen de la cruz como símbolo. Nada que ver con el instrumento de tortura que el catolicismo ha difundido, junto con la patraña de la crucifixión. Nuestra maestra fue la fundadora de una fe más fiel a la filosofía originaria de Jesús que la instaurada por la Iglesia Católica, por aquel entonces incipiente. Los obispos de Roma dieron origen a la tiranía que la ha caracterizado desde entonces. Ella trató de impedirlo, pero no fue capaz. Los tiranos siempre están en guardia, licenciado.

Ambrosio esbozó un gesto de desconcierto.

Entre quienes afirmaban que no podía ser Iacobus quien reposaba en Compostela había unos pocos que sostenían que habría de ser el gran Prisciliano. El hombre que podría haber cambiado el rumbo de la humanidad si sus enseñanzas, mucho más fieles a la doctrina difundida por el pensador de Nazaret, se hubieran impuesto a las que los poderosos hicieron oficiales por la fuerza de las armas.

Sin embargo, para él, esta teoría era igual de inconsistente que la originaria.

—¿Adoráis a Prisciliano? —le espetó, con un tono de escepticismo que casi sonó a desprecio —. ¿Es eso? ¿Sois de esos que afirman que es él quien reposa en la tumba atribuida al apóstol?

Ella lo miró de medio lado, y a él se le atragantaron las palabras.

Arlynn ya le había dicho que sus hermanas custodiaban la tumba de una mujer.

De su «maestra».

—No, licenciado. Eso, al igual que la leyenda oficial, es imposible. Los obispos asesinaron a Prisciliano muy lejos de aquí, en la Civitas Treverorum de los romanos. Lo hicieron con la intención de cercenar su culto, mucho más cercano a las enseñanzas de Cristo que el que ellos trataban de imponer como elemento de poder. Los mandatarios de Roma extirparon los antiguos ritos de su propio pueblo, de un carácter mucho más privado y personal. Ahí fue cuando inventaron esa máquina de crear riqueza y sumisión que es la Iglesia Católica. Al convertir un

culto en política de Estado, sus dirigentes pasaron a controlar los principios morales que regían la vida de sus ciudadanos. Se habían dado cuenta de que ahí nacen las normas y costumbres sociales, fuente de toda ley. Sí, Ambrosio. Por eso mataron a Prisciliano, y hubieran hecho lo mismo con mi maestra si hubieran podido. La religión se convirtió en un instrumento extorsionador, y así sigue en nuestros días. Manipulación. Control. Sed de riquezas. Poder político. Todo eso es lo que buscan los jerarcas de la Iglesia. Vos lo sabéis.

Ambrosio meneó la cabeza, aturullado.

Aquellas revelaciones eran ciertamente turbadoras.

—Recordad, Ambrosio. Los dirigentes de la Iglesia ejecutaron a Prisciliano en el siglo iv. Algunos hombres íntegros, como el propio Martín de Tours, hoy santo de los altares, intercedieron por él. Sin embargo, no pudieron salvarlo. La sed de poder de quienes mandan en la Iglesia siempre ha sido exorbitada. —Aunque con cierta inconformidad, él asintió vagamente —. Sin embargo, no es él a quien se venera en la catedral de Compostela. En realidad, esos restos pertenecen a una persona que fue muy cercana a él. Los dos colaboraron estrechamente para sentar las bases de una fe mucho más honesta. Más pura. Y, por eso mismo, condenada a desaparecer. Sí, licenciado…, ya os he dicho que esa tumba no puede ser la de Prisciliano porque quien allí yace es, en realidad, una mujer.

—Vuestra maestra. —El cronista arrugó la frente.

La certeza que con tanta rotundidad ella esgrimía seguía pareciéndole excesiva.

Él ni siquiera creía que allí hubiera ya ningún cuerpo que venerar.

La muchacha tomó aire.

—Sé que es difícil de creer, Ambrosio —siguió, al cabo de una pausa atormentada—, pero así es. Nuestras crónicas afirman que esa mujer fue quien más influyó en Prisciliano. Era hispana, como él. Los dos provenían de la provincia de la Gallaecia, la única que ha conservado su nombre originario hasta nuestros días. De ahí que ese lugar que hoy conocemos como Compostela fuera tan importante para ellos. —Ambrosio asintió, y ella continuó—: Prisciliano fue quien alzó la voz. Quien reunió en torno a sí a un ejército de creyentes dispuestos a seguir su doctrina. Sin embargo, fue ella la auténtica creadora de esa nueva fe. Ella fue la que recorrió el mundo entero tratando de encontrar la luz. De hallar la verdad última que proclaman las enseñanzas de Cristo. Su viaje a Tierra Santa sigue siendo uno de los grandes hitos de la humanidad.

Ambrosio observó la lejanía.

Aunque con trazos gruesos creía recordar la historia, envuelta en tintes de leyenda, de una monja viajera que había recorrido el mundo en los tiempos antiguos.

Su viaje, aunque favorecido por la pax romana, seguía siendo una de las grandes proezas de la historia. Por eso mismo, muchos dudaban acerca de su veracidad.

—¿Egeria? —se atrevió a preguntar, dubitativo—. ¿Os referís a ella, Arlynn?

Una sonrisa volvió a asomar a los labios de la jovencita.

La fama que precedía a aquel hombre estaba justificada. El que puede ver en la noche.

Sobre sus cabezas, las estrellas habían empezado a titilar.

—Ella es quien reposa en la catedral. Durante los primeros siglos solo nosotras veneramos su tumba. Y con ella, sus enseñanzas. En ese tiempo Assegonia languideció hasta llegar a ser poco más que un cementerio olvidado.

Él frunció el ceño.

Arlynn, tras una nueva pausa, continuó con voz tranquila.

—El sepulcro de nuestra maestra fue ignorado por todos excepto por sus discípulas. Guardamos tan bien el secreto que nadie supo nunca qué había sido de la mítica Egeria. Y así fue hasta que, paradójicamente, la Iglesia, la principal interesada en enterrar su recuerdo, rescató esa tumba en su propio provecho. Era un gran mausoleo, licenciado. Cubierto por unos imponentes arcos de mármol. Un sepulcro majestuoso que les dio la coartada perfecta para su invención. Contaban para ello con la inestimable ayuda de los siglos de olvido que habían caído sobre sus piedras. Jacobo el Mayor, proclamaron al mundo, sin sonrojarse ante tan vergonzante disparate. No les importó ir contra la mismísima biblia. Él era el único discípulo de Cristo sin tumba en Palestina, ni en las escrituras. Así lo sostuvieron contra todo tipo de voces críticas, muchas de las cuales se alzaron contra tal aberración en el seno de la propia Iglesia. No obstante, ya veis: al vencer, lograron imponer sus mentiras… Lo que siempre pasa con las verdades oficiales. Y así hasta nuestros días.

Ambrosio se quedó observándola con suspicacia.

—Sé lo que estáis pensando, licenciado —siguió ella—. La lápida de su tumba, cuya inscripción indica que allí yace un mercader romano, es parte del disfraz. Las primeras hermanas lo prepararon todo cuando ella murió. Siempre custodiamos el Arca Marmorica con el temor de que la tiranía la destruyera. Ellas consideraron que la mejor forma de hacerlo era camuflarla bajo una apariencia gris. Ocultarla en la clandestinidad. Por eso mantuvimos su recuerdo en secreto, y cuando los reyes hispanos y sus obispos se adueñaron de nuestro culto tuvimos que reinventarlo todo. Después pasaron los siglos, y ahora… Bueno, lo cierto es que hace tiempo que consideramos que la verdad oficial nos beneficia. Nadie osará profanar la tumba de nuestra maestra mientras todo el mundo crea que allí reposa Sant Iago. Ahora entenderéis que nos hayamos visto obligadas a actuar al…, bueno, al saber de vuestra venida.

Ambrosio clavó la vista en la luna menguante, que brillaba a lo lejos.

Seguía sin ver el motivo que había llevado a la propia Arlynn a tenderle la mano nada más llegar. Por mucho que lo hubiera hecho bajo el disfraz de lenguajero jesuita que le permitía pasar desapercibida entre el clero compostelano, no tenía sentido.

—Aún no me habéis preguntado por qué os ayudé cuando os presentasteis en Compostela —sugirió ella, interrumpiendo nuevamente sus divagaciones.

Ambrosio alzó una ceja.

Estaba empezando a pensar que era capaz de leerle el pensamiento.

—Me importa más que me aclaréis lo que pasó hace quince años —respondió él.

Arlynn se puso muy seria.

—Eso no es cosa mía, licenciado —sentenció—. Eso debe contároslo otra persona.

Mientras descendía monte abajo, Ambrosio llevaba un fuego incierto en las pupilas.

Las revelaciones de aquel frailecillo que había resultado ser una jovencita lo habían golpeado con violencia. «Volved mañana a la misma hora», lo había despachado ella, antes de meterse dentro y cerrar la puerta de la ermita tras de sí.

—Entonces, todas vuestras preguntas hallarán respuesta.

El licenciado no tuvo más remedio que bajar la cabeza. Arlynn le había hecho danzar al son de una música desconcertante a lo largo de ese atardecer eterno y fugaz al mismo tiempo. Todas sus creencias, sus anclajes, todo lo que creía cierto hasta entonces se había desmoronado como si hubiera desaparecido el suelo bajo sus pies.

«Os aguardan cuatro mujeres», le había dicho.

Las dos primeras, Egeria y la propia Sheridan, habían puesto del revés todo lo que creía conocer. Y solo suponían ser la mitad de aquella advertencia difusa.

No sabía quiénes eran las dos mujeres que faltaban por intervenir, pero intuía que los nuevos impactos podían ser incluso más demoledores que los anteriores.

Mientras bajaba a tientas, llevaba un fuego en las pupilas y unos rescoldos incipientes en el pecho.

Las estrellas brillaban en las alturas, ajenas a sus tribulaciones.

Allá, al fondo, el océano bramaba con una insistencia inagotable.

CXLI

Compostela, 8 de mayo de 1589

—¿Habéis averiguado quiénes son? —preguntó Cándido.

Formoso tomó asiento con aire taciturno.

El muchacho todavía se fatigaba con solo dar unos pasos, y en tanto no regresase el maestro, ni él ni Mundo podían abandonar el hospital bajo ningún concepto. De ahí que le hubiera rogado al boticario que indagase quiénes eran los caballeros que rondaban el palacio episcopal desde hacía unos días.

—¿Y bien? —insistió, con gesto ansioso.

Formoso emitió un largo suspiro.

A juzgar por su actitud, no había motivo alguno para tanto apresuramiento.

—Me han dicho que son unos jueces … Y, al parecer, de alto rango. El mozo de cuerda oyó un no sé qué sobre la chancillería de Valladolid.

—¿El mozo de cuerda? —Cándido arrugó el entrecejo.

Había sospechado que serían enviados del gobernador, más bien.

En los pasillos del hospital no se hablaba de otra cosa que no fuera el ataque que la Armada inglesa estaba descargando sobre el puerto de Faro.

—Siempre se entera de todo. Por eso acudí a él.

Cándido bajó la mirada, pensativo.

Era insólito que, con la que estaba cayendo en Coruña, unos magistrados de la Real Audiencia se presentasen en Compostela. Tenía que ser causa de fuerza mayor. Al fin y al cabo, el reino estaba en guerra. Por lo visto, la flota que Inglaterra había enviado era la más grande que jamás había surcado aquellas aguas.

—Supongo que ese soguilla no habrá sabido deciros por qué están aquí —aventuró. Formoso negó con la cabeza—. Ya… Claro.

Mundo, a unos pasos, los contemplaba sin escuchar lo que decían.

Su mirada vacía flotaba por espacios paralelos, y un ruido atronador ocupaba todos los resquicios de su cuerpo.

El torbellino se había desencadenado unos minutos atrás.

Poco antes del regreso de Formoso, uno de los especieros le había entregado una nota. Un papel que el muchacho había recogido con extrañeza, pero que ahora ardía como una ascua dentro de su bolsillo.

Desde que había leído su contenido todo lo demás había dejado de existir.

«Segismundo, amor mío:

Te aguardo esta noche donde siempre. Al fin podré contarte por qué no he podido contactar contigo en todo este tiempo. Sé que sabrás perdonarme.

Tuya, como siempre

Magdalena de Alba».

A veces, las tinieblas más funestas se visten con ropajes de oro.
Los ojos de Mundo destellaban. Esa noche volvería a los tejados.

CXLII

Coruña, 8 de mayo de 1589

La Pescadería había sido saqueada por completo.

Durante tres días, miles de hombres se habían dedicado a acarrear todo tipo de víveres y suministros. Las barcazas, fuera del alcance de los cañones del fuerte, no habían dejado de ir y venir. Desde los cubos de la muralla, los vigías les vieron hacer viajes con comida, vino y pertrechos, cargadas hasta los topes. El oro, las joyas y las pertenencias de más valor estaban ya en los bolsillos de los asaltantes, tal y como Drake les había prometido.

El saqueo era un derecho ganado a sangre.

Aunque algunos seguían rebuscando entre los escombros y muchos otros habían tenido que salir al paso de los pequeños ejércitos que los nobles del reino habían enviado en auxilio de la ciudad sitiada, la mayoría recibieron orden de regresar a los barcos para reforzar la labor de artillería. Ya no quedaba apenas nada en la ciudad baja.

Tocaba preparar el asalto al recinto amurallado.

Drake esperaba hallar allí el oro del galeón de Indias.

Los cañones, que hasta entonces habían estado retumbando como martillos de destrozar conciencias sobre el castelete y el puerto, dirigieron sus bocas negras hacia la muralla. Con cuidado de no invadir el radio de fuego de San Antón, los navíos mejor armados se colocaron frente a un punto concreto de la ciudadela y apuntaron con esmero. Aunque la distancia hacía prever un acierto escaso, el terror se propagó por la ciudad alta.

Ya solo era cuestión de tiempo.

El gobernador convocó a maese Poulo de inmediato.

—Quieren abrir una brecha en el lienzo —le confirmó. Sin embargo, algo no encajaba en la intuición del provisor—. Pero no sé… Es demasiado obvio.

—¿Qué queréis decir? —preguntó el marqués.

Manuel meneó la cabeza con una sensación incómoda.

Que Drake mostrase sus cartas de una forma tan descarada le daba mala espina. Aquella maniobra burda era impropia de él.

El legendario Draco era mucho más astuto.

—No sé, mi señor. Me parece que quieren focalizar nuestra atención en ese bombardeo. Concentrar todos nuestros recursos, ¿me explico? —Al no ser más que una intuición, a Manuel le costaba transmitir seguridad—. Y solo hay una explicación lógica para esa estrategia, mi señor… Lo están haciendo así porque planean ejecutar un ataque en otro lugar.

—¿En qué lugar, Poulo? —preguntó el marqués, angustiado.

Un nuevo cañonazo resonó a lo lejos, y un silbido fue creciendo más allá de la ventana para acabar en una explosión que sonó aterradoramente cerca.

El provisor, sobrepasado por las dudas, solo pudo encogerse de hombros.

—Esa es la gran pregunta, marqués —rumió entre dientes, mientras escrutaba el plano de la ciudadela—. Esa es la gran pregunta.

Mientras regresaba a casa, Manuel iba sumido en tinieblas.

Las enseñanzas de Bazán, junto a lo vivido con Cuéllar y Bertendona, le habían permitido levantar a la ciudad y a sus gentes de entre los escombros. Bajo su mando, todos los hombres y mujeres que se había encontrado tirados por el suelo se habían organizado para ejecutar con diligencia las funciones que él les había encomendado.

«Mantenerlos ocupados es lo primero», le había dicho al gobernador. Que se sintieran útiles, y que su actividad fuera continua. No podía haber nadie ocioso.

—Eso lo aprendí en las singladuras más terribles, mi señor. Solo así evitaremos que sus mentes deriven hacia el desastre.

La ciudad empezó a funcionar como un gran galeón hecho de piedra. Cerralbo, asombrado, bendijo a los que le habían recomendado ponerse en manos de aquel hombre.

Sin embargo, la catástrofe seguía sobrevolando el cielo con una presencia aterradora.

Al doblar la última esquina, distinguió a Gregorio entre un grupito de hombres que empuñaban armas de fuego. El carnicero, muy serio, escuchaba las instrucciones de un sargento. El provisor torció el gesto al verlo integrado en una cuadrilla de civiles armados. Supuso que se había presentado voluntario a las tropas de refuerzo. Al acercarse más, lo que vio le robó el aliento.

Tenía el arcabuz de Nemesio entre las manos.

—¿Qué haces? —le preguntó por lo bajo—. ¿Te has vuelto loco?

—¡Caballero, ese hombre está bajo mi mando! —bramó el sargento, a su espalda, antes de que Manuel se volviera hacia él—. Ah, disculpad, maese Poulo… No os había reconocido.

—Dadme un segundo, oficial —lo despachó él, sin aspavientos.

El militar, aunque con cierto sonrojo, siguió dando instrucciones a su improvisada milicia. Los ingleses, le oyó decir Manuel, habían tomado los dos monasterios que se alzaban extramuros. El convento de San Francisco, en la orilla del mar, no suponía una amenaza directa más allá de servirles como cuartel en tierra. No obstante, el de Santo Domingo, que se levantaba apenas a unos pasos de la muralla, podía facilitarles un asalto.

Las noticias eran terribles, pero él tenía ahora otras preocupaciones.

Obviando las palabras del militar se giró hacia Gregorio, que evitó su mirada. Vio que tenía los ojos enrojecidos.

—¿Qué ha pasado?

Estaba claro que tenía el ánimo por los suelos.

—No aguanto más —le respondió—. Mayor no quiere ni verme. Lleva sin hablarme desde lo de… Bueno, desde lo de Carmen. Como si fuera culpa mía. Ya no puedo seguir en esa casa, Manuel. No me quito a Nemesio de la cabeza… Me volveré loco si me quedo ahí.

—Tú no eres arcabucero —rebatió Manuel, poniéndole una mano en el hombro. Estaba enternecido, pero también alarmado—. No tienes por qué ir a jugarte la vida a lo alto de esos torreones. Además… —le mintió, tratando de convencerlo— te necesito a mi lado.

Unas lágrimas gruesas asomaron a los ojos de Gregorio, y Manuel supo que se había equivocado. Las mentiras piadosas no podían hacer más que agravar su desolación.

A unos pasos de ellos, el grupo se puso en marcha en dirección a la muralla

—Tengo que irme. —Gregorio, aliviado por la puerta de escape que acababa de abrirse tras él, se sorbió los mocos y agarró el arcabuz—. Es solo un turno de guardia. No te preocupes, solo necesito aire. Te veo en casa. A ver si después ella… está mejor.

Poulo lo vio marchar con el corazón encogido.

Un nuevo cañonazo sonó en la lejanía, haciéndole dar un respingo y destrozando sus cavilaciones. El eco, rodando sobre los tejados, le hizo regresar a la realidad. Los disparos rondaban ya el punto más débil de la muralla, y Drake podía estar ultimando un asalto desde las huertas de Santo Domingo. Con una nube sobre la frente, se encaminó a casa.

Solo disponía de unos minutos para traer de vuelta a la pobre Mayor.

CXLIII

Fisterra, 8 de mayo de 1589

Ambrosio fue incapaz de esperar al ocaso.

Se había pasado toda la madrugada en vela, impactado por las revelaciones del crepúsculo en la Ara Solis. Todo lo que le había contado Arlynn retumbaba todavía en su memoria. Un estremecedor mar de fondo rugía en su conciencia tras la tempestad, y las incógnitas que lo habían hecho encaminarse hacia allí aún seguían en el aire.

Cuatro mujeres le revelarían la verdad, había sentenciado la joven.

A dos ya las había conocido. Una era la propia Arlynn, y la otra, Egeria. La legendaria viajera de los tiempos antiguos que, según la propia muchacha, era quien realmente estaba enterrada en la catedral compostelana. Cuatro mujeres, había dicho.

Era incapaz de intuir quiénes podían ser las otras dos.

El sol aún estaba a unos palmos del horizonte cuando llegó a la cumbre.

A diferencia del día anterior, en el que su mirada apenas se había levantado del suelo, Ambrosio se detuvo a medio camino para recuperar el resuello.

Un ocaso esplendoroso se iba armando en la lejanía.

Las nubes blancas del horizonte empezaban a teñirse de púrpura, y un reguero de destellos relampagueaba sobre las aguas grisáceas. La imponente lengua de tierra sobre la que serpenteaba el sendero se adentraba en el océano, bajo sus pies, como la espada de un dios antiguo. Ambrosio lo contempló con la boca abierta. Ante sus ojos, el cielo desplegaba toda su magia sobre la Ara Solis con una calma imperturbable. Como si se recreara en la naturaleza cotidiana de aquel fenómeno. Comprendió que ese lugar hubiera sido considerado el fin del mundo durante milenios. Que miles de personas, tal vez millones, hubieran viajado hasta allí buscando un renacer. Una salvación, eterna o no. Una nueva existencia.

Mientras el sol seguía bajando, Ambrosio recorrió los últimos pasos que lo separaban de la iglesita. Sus manos temblaban, y una agitación intensa desbordaba su cuerpo. Cuando al fin alcanzó las puertas, las piernas apenas lo sostenían.

Esta vez no tuvo que entrar.

Ante la fachada se encontró con una desconocida que contemplaba el horizonte.

—Buenas tardes, licenciado —saludó ella, sin tan siquiera volverse—. Al fin acudís a mi encuentro… No será porque no lo he intentado, ¿verdad?

Ante su extraño saludo él dudó, pero no tardó en deducir quién era aquella joven.

Su presencia allí era sorprendente, pero su inconfundible melena rizada, tan voluminosa que asomaba a los lados de su espalda, y esa belleza cuya fama se extendía por todo el camino le dieron la certeza que necesitaba.

Su arrolladora presencia solo podía corresponder con una persona.

Conque esa era la tercera mujer. La joven Magdalena de Alba, que compartía nombre con una persona a la que él había conocido bien.

Era esa otra mujer la que quince años atrás había desaparecido sin dejar ni rastro. Todo lo que rodeaba a la muchacha parecía un calco inverosímil de lo que él había conocido tres lustros atrás.

Una coincidencia cruel que se antojaba haber sido perpetrada por algún espíritu burlón para hacer tambalear los cimientos de su cordura.

Allí estaba la famosa Crecha.

Empezaba a sospechar que tanta casualidad escondía una verdad más profunda.

—Os envié varios mensajes cuando llegasteis a Compostela, pero ni siquiera os dignasteis a responder —señaló ella—. Lo recordáis, ¿verdad? —Él asintió, apesadumbrado—. No me hicisteis ni caso, licenciado. Por eso tuvo que intervenir Arlynn. Desviar vuestra atención de las reliquias era lo que pretendíamos. Vuestra presencia en torno al sepulcro sagrado era demasiado turbadora.

—Señora… —se defendió Ambrosio, aturullado—. Yo… no…

Ella volvió a empezar.

—Proteger la tumba de Egeria requiere de muchas armas, licenciado. Son incontables las amenazas que la han rondado a lo largo de tantos siglos. Algunas de nosotras nos hacemos pasar por hombres, como sabéis. Un confesor extranjero es un buen disfraz, sobre todo si esa persona proviene de Irlanda y su aspecto bien pudiera ser el de un jovencito frágil.

—Tampoco es mala máscara la de meretriz —masculló en respuesta Ambrosio—. Sobre todo si su centro de operaciones se halla tan solo a unos pasos de la catedral.

Los dos se quedaron mudos, contemplando el horizonte.

El final del día estaba próximo.

—Nosotras ya sospechábamos cuál era vuestra misión antes de que acudierais a Compostela, licenciado —confesó ella—. Ahora que conocéis nuestra labor, debéis comprendernos. De hecho, llevábamos quince años temiendo vuestro regreso. Vuestra fama de saqueador os precede. No podíamos permanecer quietas viendo cómo robabais el cuerpo de nuestra maestra, por mucho que vos creyerais que se trataba del de Iacobus.

—¿Quince años? —preguntó él, estremecido.

Al fin asomaba el asunto que realmente le interesaba.

No sabía quién podía ser la cuarta mujer de aquella historia, pero la única que a él le importaba era la que había sido asesinada tres lustros atrás. Aquella a la que alguien había eliminado de la ecuación para forzarlo a huir de Compostela. Para enviarle la advertencia de que gente peligrosa vigilaba sus pasos, y que dejara de meter la nariz en los tesoros de su ciudad.

—Calma, señor mío —se resistió ella—. Como os decía, mi labor era la de desviar vuestra atención. Para lograrlo, estaba dispuesta a utilizar todas mis armas. —Entonces se ajustó el vestido al pecho con un gesto pícaro—. No obstante, al ver que no respondíais tuvimos que cambiar de estrategia. Sheridan se encargaría de mostraros nuevos caminos que os mantendrían ocupado, y yo… Bueno, a mí me encargaron tener controlados a vuestros aprendices.

Ambrosio arrugó la frente.

¿Qué significaba aquello? Vigilar sus movimientos, espiarlos… ¿O tal vez algo más?

Unos cabos sueltos empezaron a buscar anclaje en su entendimiento. Las extrañas maniobras de Mundo… La actitud inexplicable de Cándido, por momentos…

—Pero eso también salió mal, aunque esta vez fue por mi culpa. —Ambrosio intuyó por un instante de qué estaba hablando, y ella asintió con una sonrisa triste—. Traté de embaucar a Segismundo, licenciado. No, no os enfadéis conmigo. En el pecado llevo la penitencia, creedme.

La voz de Magdalena se quebró.

—Ya os he dicho que proteger la tumba de nuestra maestra —siguió ella, tras aclararse la voz — requiere de muchas armas. La mayoría tienen un sabor bien amargo. Sin embargo, esta vez…

Esta vez, el sabor resultó demasiado dulce.

El sol tocaba ya el horizonte, y un espectáculo de luz y color se desplegaba ante sus ojos temblorosos.

—Debéis perdonarme, pues el dolor es mayor que el que jamás creí que pudiera existir. Por eso mis hermanas me obligaron a marchar. Y las entiendo, no creáis que no. Todas prestamos el mismo juramento. De hecho, yo hubiera hecho lo mismo en su lugar. Aquí, en la Ara Solis, es donde nos ocultamos cuando acaba nuestra labor en Compostela. Sea porque nos arriesgamos a que nos descubran o por cualquier otro motivo, así es desde tiempos inmemoriales. En este lugar es donde se anclan las raíces más profundas de nuestra orden. No es extraño que el fin del mundo sea también el final de todas las historias.

—También vosotras merecéis hallar la paz. —La voz rota del anciano sorprendió a la muchacha—. Hasta la más terrible deuda, por sagrada que sea, acaba siendo saldada a costa de sufrimiento.

Magdalena le cogió la mano.

—Sabéis de qué hablo, ¿verdad, Ambrosio? Han pasado quince años, pero la historia se ha repetido con una exactitud escalofriante.

Él la miró con una expectación que no admitía más divagaciones.

Llevaba un buen rato intuyendo la verdad, pero se resistía a aceptarla.

—Ella… Ella también desapareció por decisión de la orden, ¿no es cierto? —susurró al fin—. En realidad, no murió… El ataúd que yo vi… ¿estaba vacío?

La joven lo condujo hasta la puerta de la ermita y empujó con suavidad. La hoja de madera se entreabrió con un chirrido, y algo de la luz del atardecer se coló en el interior.

Antes de indicarle por señas que entrase, le puso un papel cuidadosamente doblado en la palma de la mano mientras, con un dedo sobre los labios, le rogaba que se lo guardase en secreto. Él, aturdido, apenas acertó a asentir torpemente y se metió la nota en el bolsillo.

Ya solo podía pensar en lo que le aguardaba en el interior de la ermita.

Ella lo dejó en el dintel y se alejó en silencio. Ambrosio, como quien se asoma a su propia alma, acabó de abrir la puerta con una mano vacilante.

—¿Magdalena? —llamó.

Al ver que nadie contestaba se giró, dubitativo. Sin embargo, la joven ya se había ido. No tenía más opción, pues, que enfrentar de nuevo la oscuridad.

El destino estaba llevando a cabo un extraño juego con él. La mujer que se había ido y aquella a la que pensaba encontrar podrían haber sido la misma persona. No en vano compartían nombre, casa y disfraz.

Eso sí; cabían tres lustros entre ellas.

—Pasa, Ambrosio —dijo una voz serena desde dentro—. Llevo quince años esperándote.

Ambrosio se adentró en la negrura con la sensación de estar entrando en un túnel del tiempo. Casi a ciegas, caminó como un noctámbulo para acercarse al altar. A su espalda, el universo siguió desplegando su magia sin que nadie se molestase en contemplar su grandiosidad. Ni siquiera él.

Tampoco importaba mucho.

Al día siguiente todo volvería a repetirse.

CXLIV

Coruña, 8 de mayo de 1589

Los vigías contenían el aliento.

El galeón más imponente de la flota inglesa llevaba un rato maniobrando frente al faro que daba nombre a la ciudad. Al contemplar sus evoluciones, los soldados corrieron a avisar a Cerralbo. El propio gobernador subió a lo alto para observarlo y esbozó un gesto de preocupación. Si el viento no rolaba, los cañones del navío pronto alcanzarían la angulación óptima. Entonces, la última defensa de la ciudad estaría a su alcance.

Aquel lienzo medieval no podía resistir sus disparos.

Manuel salió de casa con la moral por los suelos.

Había intentado que Mayor volviera en sí, pero había sido en vano.

—Sé que es terrible —había tratado de convencerla, sosteniéndole la mano—, pero tenemos que seguir adelante. Hay gente herida y los niños están aterrados… Te necesitamos, Mayor. Todos te esperan.

Sin embargo, fue inútil.

Pese a todos sus esfuerzos, ella siguió hundida. Lo único que hacía era pasarse las horas con la vista fija en la pared. En ocasiones la oían sollozar, pero la mayor parte del tiempo parecía una estatua. Dormitaba de tarde en tarde en un duermevela febril, y había pasado días negándose a probar bocado.

Al final, Manuel la dejó estar.

«Solo cuando a un alma indómita no le quede nada que perder». La voz de Bazán regresó a su memoria al abandonar el cuarto. «Solo ahí, amigo mío, podrán resurgir las llamas que la desolación ha extinguido».

Entristecido, recordó a aquella niña irreductible que había intentado timarlo en Sigrás.

Ojalá tuviera ahora a su lado a esa pequeña lanzadora de piñas, o a la muchacha que había salido hecha una Mari Morena, horquilla en mano, a plantar cara a aquellos reclutas malcriados en la taberna de sus padres.

Ojalá pudiera ver esos ojos llameando otra vez.

Un zumbido que se hizo estruendo en poco menos que un segundo le hizo volver en sí.

Antes de que le diera tiempo ni a elevar la vista hacia las alturas, un estallido retumbó a apenas cincuenta pasos de donde él se encontraba. Instintivamente, se cubrió la cabeza con los brazos y se echó contra la pared.

Al recuperar la compostura se percató de lo que había sucedido.

Un cañonazo había golpeado de lleno uno de los cubos de la muralla. Según se iba despejando la nube de polvo anaranjado que rodeaba el impacto, se dio cuenta de que la torre circular ya no estaba en su lugar.

La explosión la había volatilizado, y el suelo había quedado sembrado de escombro.

Entre los cascotes teñidos de rojo asomaban miembros masacrados. Corrió hacia allí, aunque era imposible que nadie hubiera podido sobrevivir. Mientras se iba acercando, una premonición

helada empezó a hormiguearle en las entrañas.

El alma se le cayó a los pies al escrutar lo que asomaba entre el polvo. No tuvo que aproximarse más para reconocer el arcabuz retorcido que sobresalía de entre los escombros.

Aquel era el lugar hacia el que había visto partir a Gregorio un par de horas antes.

Cuatro soldados metieron el cadáver.

Maese Poulo, con el arcabuz de Nemesio entre las manos, les pidió que lo depositaran sobre el suelo de la planta baja.

Al advertir una presencia en las alturas, todos levantaron la mirada.

—¿Qué ha pasado? —Al escuchar ruidos amortiguados, Mayor asomó la cabeza por el hueco de la escalera.

Los soldados se despidieron por lo bajo y se retiraron discretamente.

Aquella mujer tenía derecho a llorar a su marido en la intimidad.

—Gregorio estaba en la muralla. —Manuel trató de mantenerse sereno, pero era imposible. El nudo que tenía en la nuez apenas le permitía respirar—. Ha muerto, Mayor. Un cañonazo desde un galeón.

A medida que él hablaba, ella fue bajando la escalera, etérea y pálida.

Traía un candelero en la mano y el mismo gesto impasible de los últimos días. Él no logró contener las lágrimas cuando la vio arrodillarse junto a su esposo para acariciarle la sien ensangrentada.

Sin saber qué hacer, Manuel salió a la noche estrellada. Necesitaba aire.

No obstante, su anhelo se vio truncado en cuanto pisó la calle.

La escena que se encontró fuera no era más halagüeña que la que acababa de dejar. Docenas de hombres y mujeres se agolpaban ante la puerta con gesto angustiado. Al conocer la desgracia del carnicero Rocamonde, habían ido a buscar a maese Poulo. Los cañonazos empezaban a desmoronar la muralla, y el ataque definitivo podía llegar en cualquier momento. Sus miradas recordaban que no habían rendido la plaza pese a las terribles amenazas del Draco. Precisamente por eso, había que detener el asalto como fuera.

Si Drake lograba conquistar la ciudad, los torturaría hasta morir.

Aquellas caras de desesperación desarmaron a Manuel. Por cómo lo miraban, él era ya su única esperanza. Sin embargo, él se había vaciado ya, tras tanta desolación y tanta lucha.

—Lo siento —dijo en voz alta, mirando a unos y a otros con impotencia. Ver así a Mayor, tras la muerte de Gregorio, había acabado de minar su maltrecha moral—. Si sus cañones derriban el muro, no habrá nada que los pueda detener.

Fue como si el tiempo se hubiera congelado.

Las gentes de Faro eran la viva imagen de la derrota, y el único hombre en quien todavía podían confiar les estaba diciendo que no había salvación posible.

—Necesitaríamos un gran acopio de cascotes —se resistió Manuel, a punto de salir corriendo. Hasta el hecho de enfrentarse a los ingleses le parecía más asumible que encarar la desesperanza de aquella gente—. Harían falta vigas. Toneladas de piedra. Carros y carros de escombro para apuntalar la muralla. Solo así podríamos ensanchar los frágiles muros que nos protegen. Pero en esta ciudadela no hay nada de eso; lo siento. Mirad a vuestro alrededor y decidme. Aquí no hay más que edificios apiñados. Ni una cantera, ni un almacén. Ni mortero, ni cascotes. Nada.

Nadie se atrevió a replicar.

Unos abrazaron a los que empezaban a sollozar, y otros dejaron caer los brazos. Habían ido hasta su puerta en busca de esperanza, pero el único hombre que disponía de una tea les decía que estaba empapada.

La cúspide del torreón había sido derruida por el primer disparo, pero vendrían más.

—¡Os equivocáis, caballero! —Manuel dio un bote al sentir cómo una voz irrumpía con fuerza a su espalda—. Claro que hay piedras disponibles aquí. Y vigas de la mejor madera. ¡Y todo cuanto sea necesario para detener a esos desalmados!

Al volverse, un escalofrío lo sacudió.

Aunque todavía lívida, Mayor había salido a la calle.

Todos guardaron silencio al verla allí, aún descalza. Aquella mujer había perdido a su pequeña ayudanta en la toma de la Pescadería, un par de días atrás. Después, el padre de la niña se había pegado un tiro en la alcoba contigua a la suya. Y ahora, como si toda esa desgracia no fuera suficiente, su marido acababa de morir en el torreón abatido.

Y, sin embargo, allí estaba.

Devastada, como se podía deducir de su aspecto demacrado, pero haciendo gala del carácter indómito que la había hecho famosa en los muelles y en los galeones.

Manuel se removió, incómodo. Ella había irrumpido con fuego en la mirada, pero lo había hecho para contradecirlo en público.

Todos se quedaron mirando a uno y a otro sin saber qué pensar.

—¡Nuestro provisor es un gran experto en estas lides! —siguió ella, colocándose a su lado—. Pero su bondad le impide proponer la solución que tenemos ante los ojos. —Manuel comprendió de repente su razonamiento. Con una mirada la invitó a continuar, y ella asintió de forma casi imperceptible—. ¡Todo cuanto necesita este hombre está aquí! ¿No dice que no hay más que casas en la ciudad alta? Pues desmontémoslas, piedra a piedra. ¡Ese será el material con el que detendremos a los piratas que asedian nuestras murallas!

Manuel contuvo la respiración.

La apuesta era arriesgada. Mayor le estaba diciendo a la gente que entregasen a la destrucción lo último que tenían. Su único refugio contra el terror y la intemperie.

Pese al tono exaltado de Mayor Pita, empezaron a mirarse con suspicacia.

¿Cuál sería la primera?

—¡Yo os diré por cuál empezaremos! —vociferó ella, destrozando la indecisión general—. Remangad vuestros brazos. ¡Vamos a derribar esta casa!

Mayor señaló tras su espalda. A su propio hogar.

El cadáver de su marido aún estaba tibio en su interior, pero precisamente él era quien menos necesitaba un techo. La gente, avergonzada por las dudas y enardecida ante el coraje de aquella joven que ni a los veinticinco años llegaba, se puso en acción de inmediato.

Mientras empezaban a organizarse para desmontar el tejado, los ojos de Mayor buscaron a Manuel entre la penumbra.

Él asintió en silencio y ella esbozó una mueca que guardaba algo de sonrisa, aunque envuelta en capas de dolor. Su rostro mostraba a la vez una determinación sin límites y un odio visceral. Su palidez cadavérica y su certidumbre, inmune a cualquier posible consecuencia, sobrecogían bajo el reflejo de la luz plateada.

Fue el fuego que ardía en sus ojos lo que disparó el corazón de Manuel.

En ellos latía el carácter indómito de una pequeña lanzadora de piñas.

CXLV

Compostela, madrugada del 9 de mayo de 1589

A veces, la razón pierde hasta su anclaje más primario.

Se desatan huracanes si el instinto asume el mando.

La brisa de la madrugada hacía ondular los cabellos de Mundo. Tras él, la mole oscura del cimborrio vertía su sombra inmensa. Alzó el rostro hacia el cielo. Llevaba con el corazón dando brincos desde que había vuelto al tejado. Había sido una travesía muy larga y muy dura, pero al fin había renacido la esperanza.

Había sido esa misma tarde, gracias a una carta clandestina.

Ella lo había citado allí, donde siempre.

Y allí aguardaba él, invadido por un ansia infantil, inocente y eterna. Tras el vuelo, su sonrisa radiante volvió a tierra. Una altura de vértigo lo separaba de la plazuela de los ourives.

Al intuir una presencia, su mirada se oscureció. El silencio de la madrugada se le antojó amenazador por un instante, pero la exaltación era más fuerte. Negándose a escuchar las voces de alarma, eligió afianzarse en las expectativas para ahuyentar los fantasmas.

Daba igual lo extraño que fuera aquel mensaje.

Había preferido taparse los oídos cuando una vocecilla le había empezado a susurrar que no saliera del hospital. Que acudir a ciegas a una citación tan incierta era indigno de un discípulo del gran Ambrosio de Morales. Tozuda, la voz había seguido martilleando su conciencia. Que si el maestro les había prohibido poner un pie fuera de la jurisdicción real; que si Cándido se iba a disgustar si retomaba sus correrías nocturnas…

Un huracán desatado había estallado en su pecho.

Al fin iba a reencontrarse con ella. Todo lo demás… Bueno, todo eso había preferido borrarlo de un plumazo. Como si no existiera.

Un nuevo ruido a su espalda disparó el ritmo de sus latidos. Allí, en el mismo tejado, todo iba a empezar de nuevo. Mientras se giraba, su sonrisa iluminó la noche.

Fue cosa de un instante.

Quien lo acechaba a tan solo unos pasos no era ninguna mujer de cabello encrespado. En su lugar, veinte centinelas lo rodeaban con sus espadas desenvainadas. El brillo de sus aceros refulgiendo bajo la luna dibujó un efecto burlón en sus retinas desencantadas.

—Vaya, vaya… —Ares apareció tras los soldados con las manos en la espalda. El soniquete de su voz anunciaba un deleite que paladeaba con voluptuosidad—. Parece que un intruso ha violado este lugar… Y con el sigilo propio de un saqueador de reliquias…

Mundo buscó una vía de escape, pero no había ninguna.

Ante él, un muro de hombres armados cerraba las salidas. A su espalda, tras la baranda de piedra que notaba contra su zona lumbar, la caída era mortal.

—Atentar contra el señor Santiago es una temeridad imperdonable, Segismundo —sonrió el reliquiero—. Un sacrilegio. Comprenderás que no podemos dejarte ir así como así… Esta vez nos amparan tanto las leyes de Dios como las de los hombres.

Mundo se preparó para vender cara su vida.

Su mirada lo escrutó todo de golpe, y en medio de su búsqueda febril se detuvo un instante para contemplar la luna. Entonces, todos los momentos vividos en aquel lugar asaltaron su memoria. Pese al terror, una granizada dulce recorrió su piel. Si tenía que morir, que fuese en el lugar donde más feliz había sido.

Sin más, separó las piernas y plantó los pies con firmeza sobre el tejado.

«Venid a por mí», invitaba su gesto.

—Quién sabe —siseó Ares, al verlo resuelto a enfrentar la muerte con la frente erguida—. La voluntad divina podría hacer que tuvierais un tropiezo fatal.

Mundo desenvainó. A su espalda, el abismo se abría sobre la plaza de los plateros.

A un gesto del canónigo, los soldados se abalanzaron en tropel.

Una luna menguante iluminaba a ratos la ciudad dormida.

CXLVI

Coruña, 10 de mayo de 1589

El amanecer despuntaba en su ventana.

Manuel llevaba horas mirando al techo. Cerralbo le había ordenado retirarse a descansar, pero él apenas había logrado conciliar el sueño en toda la noche.

Las tres primeras casas se habían demolido ya, y la frágil muralla —un murete alto, pero de tres pies de espesor— estaba siendo reforzada donde había más riesgo de derrumbe.

Los ingleses seguían cañoneando el lienzo desde la distancia con escaso acierto. Los vecinos de Faro, hombres y mujeres, corrían a remendar cada impacto.

Si el muro cedía, nadie saldría vivo.

El cadáver de Gregorio había sido trasladado a la misma plaza donde descansaban los otros. La visión de los cuerpos, algunos desmembrados y otros partidos por la mitad, era aterradora. Un olor nauseabundo, mezclado con el humo de la pólvora, flotaba por los callejones. Sin embargo, no podían hacer nada más que dejarlos allí. Si querían sobrevivir, todas las manos tendrían que dedicarse a apuntalar la precaria resistencia de la ciudad sitiada.

Mientras veía clarear el cielo, Manuel negó en silencio.

Pese al agotamiento, se había pasado otra noche en vela. Habían sido unos días terribles, aunque no eran las muertes de sus amigos las que le robaban el sueño en aquella hora fría. Ni siquiera la angustiosa situación a la que había llegado el asedio de los ingleses.

En la alcoba de al lado dormía Mayor.

Ahora que se habían quedado sin casa, Cerralbo les había asignado un cuarto en una de las casas próximas a Santo Domingo. A través de las ventanas podían ver el campanario muy cerca; a solo unas docenas de pasos. Aunque estuviera fuera de la muralla, su silueta les recordaba todo el tiempo que allí, en el oratorio dominico, acechaba el enemigo.

Al asomarse el primer día, los dos cruzaron una mirada de circunstancias.

Helaba la sangre saber que los mismos salvajes que querían arrancarles las entrañas estaban al alcance de la mano. Aun así, Manuel apreció cómo ella regresaba al interior con gesto desafiante. El mismo fuego volvía a arder en sus pupilas, y sus movimientos desprendían aquel furor justiciero que era ya lo único que la mantenía en pie. Al verla así, se habría dicho que eran los asaltantes los que tendrían que andarse con ojo.

De esa actitud provenía la desazón de Manuel.

Ella era la causa de su insomnio perenne.

La joven ya solo se aferraba a la vida por un ansia ciega de venganza.

El abatimiento la había convertido en un espantajo sin voluntad tras la muerte de Carmen, y una pena insondable la había traspasado al contemplar el cuerpo destrozado de su marido; pero unas llamaradas ardían en sus pupilas al salir a la calle para arengar, lívida y demacrada, a sus conciudadanos.

La vida la había vapuleado hasta el límite de su resistencia, y así había reaccionado. La niña que vendía conchas en Sigrás había regresado con el ímpetu de un garañón desbocado. Aquella fierecilla sin miedo a nada se hubiera comido el mundo a bocados, pero la mujer que Manuel

veía ahora desprendía una energía capaz de arrasarlo todo.

Incluso a ella misma.

Manuel se sobresaltó al percatarse de que alguien abría la puerta de su alcoba.

—Manuel —susurró Mayor, con la cabeza asomada—. ¿Estás despierto?

Él se recostó sobre los codos y asintió. La joven, que traía entre las manos algo así como una blusa, o un corpiño, tenía los ojos enrojecidos. Supo que se había pasado la noche llorando, y tomó conciencia de la fecha que anunciaba aquel amanecer azulado de primavera.

Aquel día era 10 de mayo. La onomástica del santo Job.

El aniversario de la pequeña Carmen, que ya jamás cumpliría los dieciséis.

—¿También lo has oído? —le preguntó ella, en voz baja.

Manuel se sacudió la tristeza de encima y aguzó el oído.

Unos graznidos lejanos eran cuanto se oía. Bajo la oscuridad de la noche, el cañoneo se interrumpía. Con las luces apagadas en el recinto amurallado, los lombarderos ingleses no lograban distinguir hacia dónde debían apuntar. Por eso cesaba el fuego, que se reanudaba al salir el sol.

Pronto empezaría de nuevo.

—Ven —le dijo Mayor, y se volvió a su cuarto sin esperarlo.

Él, cada vez más extrañado, decidió seguirla. Cuando entró en su cuarto se la encontró de pie sobre la cama con el oído pegado a la pared.

—¿Lo oyes? —preguntó ella, al ver que Manuel la imitaba.

Durante unos instantes él lo intentó, pero nada.

No obstante, al contener la respiración, al final oyó algo.

Entonces, palideció como la cal de la pared a la que estaba pegado. Ella le dedicó una mirada llena de significado y asintió.

Muy a lo lejos se oía un repique metálico, acompasado y frío. El sonido inconfundible de los picos abriéndose paso a través de la tierra. Con los ojos fuera de las órbitas, él se quedó mirando a Mayor sin reaccionar. Ella señaló con el mentón a la ventana. Allí fuera, al otro lado del muro, se alzaba el campanario de Santo Domingo.

Manuel sintió que se le helaba la piel.

El bombardeo desde los barcos, tal y como él había sospechado, no era más que una maniobra de distracción. Una cortina de humo que Drake extendía ante los ojos de los defensores para evitar que adivinaran sus auténticas intenciones. Entonces, maese Poulo también asintió.

Del monasterio a la ciudadela no había más que unos pasos.

Los ingleses estaban excavando un túnel bajo la muralla.

CXLVII

Pontemaceira, 10 de mayo de 1589

Bajo la luz de un nuevo albor, Ambrosio cabalgó de nuevo.

Se había pasado buena parte de la noche dando vueltas sobre el empedrado, pero un sueño cálido había acabado por vencerlo. Lo que había propiciado aquella hibernación fugaz era la calma que había hallado al fin entre los retazos de su alma rota.

La paz interior, tan irrenunciable como el aire para un ser mortal.

Con una nueva luz iluminando la senda, el cronista arreó a su caballo.

Esa misma tarde estaría de regreso en Compostela. Entonces recogería a los muchachos y se marcharían sin mirar atrás. El encuentro con Magdalena había acabado de convencerlo. El camino había surgido al fin ante sus pies, entre la niebla.

Ni esa guerra era su guerra ni el anhelo de Felipe tenía ya sentido.

Las noticias eran turbadoras, pero, al mismo tiempo, las verdades reveladas habían cerrado al fin viejas heridas. Cicatrices que había considerado incurables durante años.

Mientras se alejaba de Fisterra, la voz de ella seguía reverberando en su memoria.

Día y medio después, las bóvedas de la ermita todavía enmarcaban los ecos.

Aquella mujer había regresado, tras tanto tiempo, desde el interior de una ballena.

—Pasa, Ambrosio. Llevo quince años esperándote.

El anciano se internó en la oscuridad con pasos vacilantes. Tres velas ardían sobre el altar, silueteando la figura de una mujer que aguardaba sentada. Frente a ella, una silla vacía completaba un escenario donde, de modo incontestable, faltaba alguien.

Una lanzada de dolor casi lo partió por la mitad.

Había estado tres lustros aguardando su llegada sin que él hubiera podido ni sospecharlo siquiera. La mujer, con una sonrisa temblorosa, lo invitó a sentarse con un ademán.

—Arlynn ya te ha contado nuestra historia. Ya sabes, por tanto, quiénes somos.

El cronista no supo qué responder a tal recibimiento.

Era escueto, pero al mismo tiempo condensaba muchas cosas. Al hablar, una rara torpeza hizo tropezar sus palabras. Como si su lengua se hubiera convertido en corcho.

—Magdalena acaba de contarme el resto —logró articular al fin, a duras penas.

La mujer cruzó las manos sobre el regazo.

—Bueno… —dudó ella—. El resto es mucho más de lo que te ha contado Magdalena.

Ambrosio cogió aire.

A esas alturas ya daba por hecho que el auténtico nombre de aquellas dos mujeres era otro. Aquel, Magdalena, era parte del disfraz que habían asumido para desempeñar su misión en Compostela. Un camuflaje que perpetuaba una identidad calcada generación tras generación pero que, contra toda lógica, parecía cumplir con su función.

Ella también respiró hondo antes de continuar.

—No puedo pedirte que me perdones, Ambrosio. —Su voz temblaba—. En mi defensa, solo puedo decirte que mis hermanas me obligaron a desaparecer, y…

Se miraron en silencio, con los ojos húmedos.

A través de dos puertas negras, sus almas puestas en pie se estremecieron al asomarse al abismo que los había mantenido separados durante una eternidad.

Fue como si el universo hubiera cesado de girar sobre sus cabezas.

—… y que jamás he dejado de amarte.

Ambrosio notó cómo se recomponían los pedazos rotos de su ser.

Una calma templada se fue extendiendo por su piel, y una sensación que ya casi había olvidado hormigueó, resucitada, en la parte izquierda del pecho.

Muy despacio, se recostó contra el respaldo. Ella, al apreciar que se dulcificaba su gesto, sonrió sin forzamientos por primera vez. Lo más difícil había pasado. Allí estaban, de nuevo, solos los dos. Unidos a través de sus pupilas, palpitantes como en los inicios.

Había llegado el momento de volver a empezar.

Durante toda la noche zurcieron una red rota. Ella lloró al recordar cómo las guardianas habían simulado su muerte, tras enterarse de su historia de amor. El sabio al que el rey había enviado tres lustros atrás era un enemigo demasiado peligroso.

No podían consentir que la centinela del sepulcro sagrado intimase con él.

Él fue atando nudos en la telaraña. El famoso Viage del licenciado Morales no había pasado desapercibido para las centinelas de la orden secreta. Por eso su infiltrada, la que pasaba por ser la prostituta más famosa de Compostela, había tomado cartas en el asunto. Magdalena había tendido unos lazos impregnados en miel y él había caído como una mosca ciega. Su belleza deslumbrante y su personalidad arrebatadora habían acabado por cautivarlo.

El plan urdido por las hermanas había resultado un éxito… Salvo por un detalle.

Nadie había previsto que ella también acabaría enamorándose. Cómo verlo venir ante una pareja tan improbable… Y, sin embargo, así fue. El licenciado resultó ser un hombre de una inteligencia arrolladora, y la cazadora se convirtió en presa antes de darse cuenta.

Un funeral falso fue la única salida que hallaron sus hermanas.

Quién les iba a decir que quince años después la historia se iba a repetir con su sucesora. En este caso, el implicado había sido uno de los discípulos de Ambrosio; y en lugar de la Crecha de quince años atrás había sido la joven que había ocupado su lugar, con el mismo nombre y en la misma casa, en la propia Compostela.

A ella también la habían hecho desaparecer, aunque sin funeral impostado, entre la bruma de la Ara Solis. Así funcionaba la orden.

—Una casa de citas es la mejor cobertura —explicó ella, ante la extrañeza de que nadie sospechase de unos paralelismos repetidos a lo largo del tiempo—. Ningún hombre respetable va a hablar de lo que allí pasa. La Casa de las Crechas es un agujero oscuro; nadie sabe de dónde venimos ni a dónde vamos cuando nos desvanecemos entre la niebla. Ni lo quieren saber. En estos últimos años ha habido una Magdalena, igual que hubo otras antes. En cuanto el tiempo cubra de polvo la memoria, vendrá otra… Y todo el mundo mirará hacia otro lado, te lo aseguro.

Él escuchó en silencio durante horas.

El relato se retorcía ante sus ojos como una pirueta inconcebible, pero posible al fin.

Cuando ya la madrugada iba llegando a su fin, ya solo le quedaba una duda.

—Entiendo —aceptó al fin— que vuestra creencia sostiene que las reliquias son los restos de Egeria. Puedo entender también tu desaparición, incluso que la joven Magdalena se haya esfumado sin darle ninguna explicación a Mundo. Sin embargo, hay algo que no encaja… —Ella se mantuvo en suspenso—. ¿Por qué me contáis todo esto? ¿Por qué me reveláis vuestro secreto precisamente a mí, si mi misión es una de las mayores amenazas que se ciernen sobre vuestro

legado?

Ahora, fue ella la que se echó hacia delante.

Ambrosio supo que lo hacía para que él pudiera ver bien la expresión de su rostro. Había calma en su mirada, pero una tirantez difusa tensaba las comisuras de su boca.

—Vayamos por partes, querido —sonrió ella, al alisarse la falda—. Es cierto que tu presencia en Compostela ha hecho saltar nuestras alarmas. Ya lo fue la primera vez que asomaste la nariz en torno al sepulcro sagrado. Y no nos equivocamos, ni entonces ni ahora.

Él asintió en silencio.

El Escorial, con sus reliquias, era la joya del imperio de Felipe; pero ahora veía que aquella cruzada había propiciado consecuencias que él ni siquiera había podido sospechar.

—Pero no has constituido una amenaza seria, Ambrosio —siguió ella—. Hemos afrontado muchas a lo largo de los siglos. Incursiones sarracenas. Ataques vikingos. Sublevaciones del pueblo, como la Irmandiña. Conspiraciones de los mayores enemigos de los vestigios sagrados: los propios obispos de Compostela y sus cabildos. Sus maquinaciones han sido lo más peligroso, y, sin embargo, hemos logrado superarlas en todo este tiempo.

El gesto de ella era especialmente serio.

—Ahora mismo, mientras tú y yo hablamos, dos nuevas amenazas penden sobre el sepulcro. —El ceño del cronista se arrugó—. Una querella presentada por cinco obispos ha hecho que los jueces de la Real Audiencia hayan venido a examinar las reliquias para dictaminar si son auténticas. Cosas del Voto, y de los pleitos que se han sucedido contra él desde hace setecientos años.

Ambrosio se puso rígido de repente.

Aquella era una de las cuestiones que había tratado con Cándido a su llegada a Compostela, pero no sabía nada de tal denuncia.

—¿Y la segunda? —alcanzó a balbucir.

Hasta entonces había creído que él era el único que acechaba la tumba, pero aquellas revelaciones estaban sacando a la luz demasiados trapos sucios.

—La segunda amenaza… Inglaterra ha enviado una inmensa armada a nuestras costas con intención de horadar el poder de tu rey. Él osó atacarlos primero, y Elizabeth ha contraatacado. Drake lleva cinco días asolando el puerto de Faro.

Ambrosio puso los ojos como platos.

Todos los cataclismos que podían derivarse de aquel ataque pasaron ante sus ojos como una ráfaga de sangre y fuego, y entre todas las posibilidades una le hizo palidecer.

—¿Han… han caído sobre Compostela? ¿Han saqueado las reliquias?

Qué mejor modo de destrozar a Felipe que destruir lo más sagrado de sus reinos.

—Es peor que eso —sentenció ella, más seria aún—. Tu sobrino, junto con esos canónigos corruptos que lo manejan como a un títere, va a aprovechar esa supuesta amenaza para asestarle un golpe mortal a la tumba.

Él guardó silencio, sin comprender qué diantres podía significar aquello.

La voz de ella se suavizó.

—Drake no va a atacar Compostela, Ambrosio. Ni ha traído fuerzas terrestres ni le interesa apartarse de la costa. Solo quiere saquear Coruña para llegar bien abastecido a Lisboa. Ese es su único interés. Pretende entronizar a un nuevo rey para que la mitad del imperio de Felipe pase a manos de Elizabeth. Si lo logra, sir Francis será el hombre más rico del mundo y Elizabeth, la soberana de medio planeta. Obviamente, no van a desviarse de un plan como ese a cambio de

infligirle una afrenta baldía al catolicismo. No van a arriesgar la toma de Lisboa por atacar la catedral de Compostela, créeme. Sería absurdo.

Él respiró de alivio, pero volvió a arrugar la frente.

Había un detalle en toda aquella historia que rasgaba su piel desde dentro.

—¿Mi sobrino? —Ella asintió, inflexible—. ¿Un golpe mortal?

Magdalena le cogió la mano.

Sabía que, pese a las circunstancias que los habían enfrentado en los últimos tiempos, el arzobispo siempre sería visto como «el pequeño Juan» en el corazón del licenciado.

—Sí, Ambrosio. Tienen un plan para burlaros a todos. Una jugarreta con la que van a tratar de engañar a todo el mundo. No te sorprendas… Si nuestra orden no tuviera ojos y oídos en el mismo corazón de la catedral compostelana, hace ya siglos que hubiéramos sucumbido. —Él bajó la cabeza—. Ni esos jueces de la chancillería, ni el ilustre licenciado Morales ni el mismísimo rey van a poder hacer nada para neutralizar su jugada si lo hacen bien. Han tenido suerte, querido. El ataque sobre Coruña les ha dado el pretexto perfecto.

Ambrosio desvió la mirada, y una nueva sorpresa llamó su atención.

Esta vez no provenía de Magdalena, sino de la luz que se colaba bajo la puerta.

Se habían pasado toda la noche en vela.

—Debemos despedirnos, Ambrosio. Tú tienes tareas pendientes en Compostela, y nosotras debemos partir en busca de nuestro destino.

Él se quedó mirándola, con una pregunta asomando a través de su boca entreabierta.

Ella le sonrió tristemente. El gesto interrogante de aquel hombre demandaba una explicación, pero ella apenas podía darle unas pinceladas.

—Nuestra orden se deshace. —Él advirtió un profundo dolor en su voz—. Nuestras raíces se han ocultado en Irlanda desde el principio de los tiempos, pero la isla ha caído en las garras del invasor. Los ingleses persiguen a los católicos por la isla espada en mano, y la misión de proteger la tumba de Egeria se antoja demasiado lejana para las jóvenes novicias. Nosotras somos las últimas, y lo cierto es que tanto Arlynn como Magdalena han finalizado ya su cometido. De todos modos, la jugada de tu sobrino nos elimina del tablero, aunque no lo sepa. A veces, la mayor hazaña nace del absoluto desconocimiento.

Ambrosio se quedó tratando de procesar el tamborileo de la lluvia sobre su tejado.

Al rato, una sacudida lo hizo volver en sí.

Había descubierto una incógnita inquietante en las revelaciones de Magdalena.

—¿Cuál es el plan del arzobispo? —preguntó.

Si era verdad que el plan de Sanclemente iba a dejar a todos con un palmo de narices, tenía que ser, en efecto, una jugada maestra.

—Vuelve a Compostela, Ambrosio —se desasió ella, con una sonrisa compasiva—. Allí te aguarda la respuesta. Una vez la descubras, actúa como debas. Confío en tu criterio.

Ambrosio aceptó su secretismo con resignación.

La misión sagrada que la orden había desempeñado durante siglos se iba a diluir para siempre en el olvido, pero seguía habiendo principios que no podía traicionar.

—¿Y tú qué harás? —le preguntó—. ¿Te quedarás aquí… hasta el fin?

Ella lo miró ahora con un cariño inabarcable.

—Nuestros caminos se separan otra vez, querido —contestó—. Solo te puedo pedir que tengas fe. Recuerda: lo que un día te resultó un camino sin retorno ha resultado ser un rodeo para alcanzar otro destino…

Las lágrimas asomaron a los ojos de Ambrosio.

Al continuar, la voz de ella también se quebró.

—… y que después del invierno vendrá la primavera.

Los ecos seguían dando vueltas en su cabeza.

El camino de regreso a Compostela fue pasando bajo los cascos de su caballo como en un sueño. Distraído como iba, no se percató de que estaba aproximándose a la ribera de un río.

Desde que había abandonado la capilla todo había pasado volando. La redera lo había visto entrar en casa como un autómata oxidado. Él quiso descansar un rato, pero fue incapaz.

Cabalgó toda la tarde bajo las cúpulas arboladas, recreándose en la paz renovada que inundaba su pecho. El vendaval que lo había azotado durante siglos había remitido de repente. Al caer la noche, se refugió en el atrio de una iglesia remota, en mitad de un bosque.

Al alba continuó. Esa misma tarde llegaría a Compostela.

Según se iba acercando al puente, vio que por el otro lado entraba un jinete a galope. Aguardó a que hubiera vadeado la corriente, pero a medida que iba cruzando la Ponte Maceira una intuición le hizo fruncir el entrecejo. Primero le pareció percibir un aire familiar en aquel hombre. Después reconoció su postura sobre el caballo, y finalmente sus ropajes.

El hombre que hacía volar su montura hacia él era Cándido.

—¡Maestro! —exclamó el muchacho, frenando el caballo con brusquedad. Había estado a punto de pasar de largo—. ¡Iba a vuestro encuentro!

El corazón de Ambrosio se aceleró.

Algo muy grave había tenido que suceder para que el muchacho, todavía convaleciente, hubiera partido a galope hacia el fin del mundo.

—¿Qué ha pasado, Cándido? —le preguntó, temeroso.

El joven, jadeante, buscó las palabras con gesto de angustia.

—Se trata de Mundo, maestro… —Su voz se rompió—. Ha desaparecido.

CXLVIII

Compostela, 11 de mayo de 1589

Sanclemente repasó la carta que acababa de escribir.

No cabían ambigüedades respecto a aquel asunto. Debía convencer al rey de que un desastre terrible se cernía sobre la ciudad sagrada, y tenía que hacerlo con toda la contundencia posible.

Indalecio se había manifestado esta vez con una severidad rotunda. Era vital, había recalcado, que cada palabra indicase exactamente lo que les convenía. Vivían el instante más crucial que jamás habían tenido que afrontar. No podían fallar.

Su plan pasaba por enviar a la corte la información que les interesaba en el momento oportuno. Serían unos pocos mensajes tan solo; pero todos ellos debían ir aderezados con el sesgo exacto. Había que pintar un escenario catastrófico ante los ojos del monarca. Así, nadie podría acusarlos de nada cuando consumasen la estrategia.

Ni de traición ni de engaño. Tampoco de desobediencia a la Corona.

Aunque eso fuera exactamente lo que estaban a punto de hacer.

«Señor:[17]

El martes pasado escribí a Vuestra Majestad con el segundo correo que envié avisando del estado de la Coruña. Como dije, hablo de algo lejos del campo y no de cerca, y por la relación que va con esta verá Vuestra Majestad como la ciudad de la Coruña, aunque ha sido y es combatida por el enemigo, el marqués está dentro bien prevenido de gente y munición y bastimentos [...].

Tengo aviso de que viene con el enemigo Don Antonio, Prior de Crato, y que tiene consigo a un su hijuelo, y está alojado cerca de la Pescadería.

Ahora llegan aquí para el socorro doscientos arcabuceros y ochenta piqueros, y algunos caballeros de a caballo. También envió el capitán Puebla hoy algunos soldados viejos con diez quintales de pólvora, cuerda y plomo.

Aquí servimos yo y mi cabildo con lo temporal según las fuerzas, y aún más, y con lo espiritual de nuestro oficio de oraciones. Guarde Dios nuestro Señor a Vuestra Majestad.

Santiago, jueves XI de mayo 1589».

Al finalizar el repaso, Sanclemente plegó el papel.

Todo lo que acababa de escribir de su propia mano era verídico, aunque también se podía decir que había omitido algunos datos de principal importancia. Junto con la carta iba una relación de los hechos acaecidos en la vieja Faro en los siete últimos días; desde que la flota inglesa asomara en el horizonte. Tras revisar el documento anexo, lo firmó también.

«Hoy, jueves, día de la Ascensión, pasaron por Santiago más de mil hombres de Orense, Salvatierra y Noya, y buena gente».

Después hizo llamar a su secretario. Convenía despachar el correo con presteza, no fuera que el rey advirtiese reticencias por parte del señor de Compostela.

Mientras el funcionario se retiraba en busca de su jinete más veloz, un visitante llamó.

—¿Se puede, monseñor?

Sanclemente alzó hacia la puerta una mirada de perro apaleado.

—Pasad, Indalecio —aceptó. Cómo no hacerlo; él era quien había ideado el plan que podía sacarlo de aquel atolladero endiablado—. La carta acaba de salir.

—¿Y? —preguntó el arcediano.

Él había determinado el contenido del mensaje.

—El rey tendrá constancia de que hemos actuado desde que Drake fue avistado. He recalcado que las milicias han partido desde todos los lugares del antiguo reino en socorro de Cerralbo —confirmó Sanclemente—. Sin mencionar a nuestro ejército, por supuesto.

Indalecio asintió, pensativo.

Le había recomendado ensalzar su labor como auxiliador de la ciudad sitiada. Como el hombre que había logrado implicar a todos los nobles de Galicia en aquella campaña heroica. Obviamente, había que omitir que las tropas compostelanas seguían acantonadas en su ciudad. Ya habría tiempo de justificar el porqué de tan flagrante desobediencia.

Por último, y lo más importante, había que dejar caer que Drake era una amenaza para todas aquellas tierras. No solo para Coruña.

—¿Habéis hecho constar que los ingleses podrían caer también sobre Compostela?

El metropolitano dudó.

—La relación es extensa, Indalecio… Bien se puede concluir de los ataques de Drake a los alrededores de Faro que su intención va más allá de la conquista de esa ciudad. Sin embargo…, no he comunicado abiertamente que nos preocupa esa posibilidad. Aún no.

Cabana torció el morro con disgusto, pero prefirió no contradecirlo.

Bastante caso le había hecho ya. Si prefería aguardar un poco más antes de jugar su última carta ante Felipe, hiciérase así.

—Como consideréis, monseñor —sonrió al fin—. Solamente tened en cuenta una cosa: es posible que tengamos que hacerlo más pronto que tarde. Faro lleva ya una semana bajo fuego enemigo. Bien sea porque el invasor logre tomar de una vez el recinto amurallado, bien porque los nobles señores de Galicia consigan ahuyentar a los ingleses, es probable que la flota de Drake se retire en breve.

Al verse otra vez solo, Sanclemente meneó la cabeza.

Una sombra de preocupación enmarcaba sus ojeras. Indalecio tenía razón. El tiempo se acababa. Había ido postergando la farsa que tenía entre manos porque con solo pensar en ella le hervía la sangre, pero no iba a poder aplazarla mucho más.

Las sombras se agigantaron a su alrededor.

Un escandaloso engaño. Una pantomima como jamás se había visto. Los jueces, Ambrosio y hasta el propio rey iban a ser burlados por el arzobispo compostelano y su cabildo. Y las consecuencias que se podían derivar de todo aquello eran imprevisibles.

Asediado por las tinieblas, Sanclemente se resguardó en que ese era el único modo de salir de aquel atolladero.

Sin embargo, una duda aterradora lo rondaba día y noche.

Temía estar condenando para siempre al apóstol y a su ciudad.

17 Extracto de una carta autógrafa de Juan de Sanclemente, arzobispo de Santiago, al rey Felipe II. Fechada el 11 de mayo de 1589 (adaptada del castellano de la época).

CXLIX

Coruña, 11 de mayo de 1589

No había tiempo para dormir o para descansar.

Ni para respirar siquiera.

Mayor había escuchado los trabajos de excavación bajo la muralla la mañana anterior. Sin perder un instante, Manuel había corrido al despacho del gobernador.

Los ingenieros castrenses pegaron el oído al suelo por todo el perímetro, y no tardaron en concluir que el túnel enfilaba hacia el torreón más cercano a Santo Domingo. En dos o tres días habrían llegado a sus cimientos.

Un escalofrío los asaltó al intuir lo que aquello significaba.

—Abrir una brecha a golpe de pico en el muro no tiene sentido —sentenció el oficial con más experiencia en poliorcética—. Horas antes de que lograsen asomar la nariz, estaríamos prevenidos. Alzaríamos parapetos para emboscar a quien apareciera por allí, y tendrían que salir de uno en uno. Los coseríamos a tiros. Esa no puede ser su intención.

Todos asintieron. Aquella, en efecto, no podía ser la finalidad del túnel.

—¿Qué pretenden, pues? —preguntó Cerralbo, con las manos sobre la mesa.

Manuel supo lo que el experto iba a augurar antes de que abriese la boca.

—Todo apunta a que van a llenar el túnel de pólvora —elucubró el militar—. El cubo hacia el que se dirigen es como un tubo hueco encastrado en un muro, ¿comprendéis? Es fácil hacerlo saltar por los aires. La explosión abriría un gran boquete, imposible de cerrar, y la infantería podría entrar por ese agujero para invadir el recinto amurallado. La ciudad estaría perdida sin remisión.

El marqués se pasó la mano por la barba.

Con los ingleses hurgando bajo su suelo, el panorama amenazaba con hacerse insostenible. O hallaban una solución o estaban muertos. Así de simple.

Las esperanzas, que habían renacido al atisbar en la lejanía a los ejércitos amigos, acababan de venirse abajo.

El cañoneo sobre el punto débil del muro, aunque intermitente, no cesaba. Y cada vez era más difícil cerrar los agujeros que los galeones abrían desde la distancia.

Además, el fuerte que defendía el puerto podía caer en cualquier momento. Los centinelas del muro habían visto cómo los hombres de Bertendona lograban repeler dos desembarcos, pero no sabían en qué condiciones se hallarían sus soldados tras un asedio tan prolongado. San Antón era un islote cercado por los cuatro costados.

Un erizo asediado por lobos que había perdido ya muchas púas.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó al fin Cerralbo, con impotencia.

El ingeniero clavó la vista en el suelo.

Con los escasos recursos que tenían, acorralados y sin posibilidad de recibir suministros del exterior, las opciones eran prácticamente nulas.

—Si tuviéramos una cantera, mi señor… —El gobernador se le quedó mirando de través—. Quiero decir… Lo único que se puede hacer es cegar el torreón. Llenarlo de rocas. Hacerlo tan

pesado que ninguna explosión de pólvora pueda moverlo, y mucho menos hacer saltar sus muros por los aires. Pero, claro…, para eso hace falta mucha piedra.

Cerralbo empezó a menear la cabeza, pero una voz irrumpió desde un lateral, haciendo que todos se volviesen hacia allí.

—Tenemos piedra, mi señor. Piedra de sobra. —Manuel de Poulo tomó la palabra en nombre de su gran amiga, Mayor Pita, que seguía en las calles arengando a las masas como si un volcán hubiera explosionado en su interior—. Ya hemos demolido tres casas para reforzar la muralla. Desmontaremos las que sea menester.

—Harán falta muchas, maese Poulo —advirtió el ingeniero. No le había sentado nada bien que su criterio fuera puesto en entredicho por un despensero de barco—. Ese torreón es un cascarón hueco. Si seguimos desmontando casas, cientos de personas se quedarán sin nada. Sus enseres, su descanso… Un techo bajo el que guarecerse. Lo perderían todo.

Un silencio tenso se apoderó del salón.

Cualquier solución parecía un camino sin salida. Tanto el ingeniero como el provisor tenían sus razones, pero todas cojeaban de un pie. Los oficiales observaron en silencio al uno y al otro, y ellos dos se volvieron hacia el marqués.

Cerralbo observaba el centro de la mesa con aire pensativo.

—O perder todas sus posesiones, mi señor… —apostilló Manuel, como último recurso—, o perder la vida. Creo que la elección es clara.

Ese fue el grano que decantó la balanza.

No había más que un camino en aquella encrucijada.

Manuel salió de la reunión para regresar a las barricadas.

Podía derruir todas las casas que hicieran falta para colapsar el torreón. El marqués había sido tajante. Había que cegar el cubo. Impedir que lo hicieran saltar por los aires.

Mayor, al saberlo, se puso al frente de la operación.

Ella había sido la primera en ofrecer su casa con el cadáver de su marido en su interior. Aquel había sido el detonador de la insurrección entre la población devastada. La gente estaba dispuesta a seguir hasta el final a esa muchacha a la que ya solo mantenían en pie la furia y el odio. Sin perder un instante, todos se pusieron manos a la obra.

Mayor Pita alentaba el único sol que persistía sobre el firmamento de la vieja Faro.

Desde entonces, Manuel corría sin descanso.

Iba del lienzo cañoneado hasta las casas que los canteros iban desmontando piedra a piedra; y de allí al torreón que poco a poco se había ido atestando con toneladas de piedra. De vez en cuando, su carrera frenética se cruzaba con los pasos de Mayor, que tampoco cejaba ni un instante en sus arengas.

Cada vez que la veía, indómita e irreductible, hasta él se sentía revivir.

Comprendía que la gente la siguiera sin dudar. El carácter indomable que todos veían refulgir resultaba magnético. Era como si la llama que ardía en los ojos de esa mujer fuera ya lo único que pudiera detener el ataque de los piratas.

Sin embargo, cuando volvía a quedarse solo, todo se enfriaba.

Con las tropas aliadas creciendo cada día a dos millas de la ciudad, los ingleses no iban a esperar mucho para descerrajar la caja de los truenos sobre sus cabezas.

Drake tenía la conquista al alcance de la mano. El ataque definitivo era inminente.

El cañoneo constante sobre el muro y el túnel bajo la muralla eran la confirmación de que las

tempestades más terribles estaban a punto de estallar. Y aquel último asalto iba a ser a vida o muerte.

Si los ingleses atravesaban el muro, nadie saldría con vida.

Un dragón se relamía ante una madriguera de conejos.

CL

Compostela, 12 de mayo de 1589

Ambrosio entró en el gran salón con Cándido a su lado.

Al fin, Sanclemente había accedido a sus exigencias. Llevaba día y medio reclamando ser recibido de inmediato. Mundo había desaparecido tres noches atrás en algún lugar de Compostela, y todas las elucubraciones acababan en el mismo lugar. Cualquier sospecha posible recaía en el señor de la ciudad y en sus canónigos.

Así lo había deducido ya sobre el puente, nada más saberlo.

Entre sollozos, Cándido le había contado cuanto sabía a toda prisa.

Ya al poco de llegar a Compostela, Mundo había empezado a manifestar comportamientos extraños. Incursiones nocturnas. Ausencias misteriosas en plena madrugada.

El porqué de estas jamás lo había intuido siquiera.

—Traté de disuadirlo, maestro. —Las lágrimas corrían por el rostro del muchacho—. Hasta lo encerré, pero no logré detenerlo.

Ambrosio asintió con gesto de piedra.

Tras su encuentro con la joven Magdalena en la Ara Solis, él ya venía de vuelta de todo.

Ella tenía que ser la causa.

Sin embargo, a saber qué podrían haber hecho con el muchacho los canónigos. Cercados por la desesperación, podían haber cometido cualquier barbaridad.

Una fiera acorralada no atiende a la proporción de sus zarpazos.

Galoparon hasta la ciudad.

En poco más de una hora alcanzaron las puertas, y nada más desmontar trataron de concertar una audiencia urgente. Sin embargo, los centinelas del palacio episcopal les dieron largas. Ellos alzaron la voz, pero fue en vano. Finalmente, se retiraron al hospital. Aquella negativa confirmaba que Mundo había caído en sus garras.

Ambrosio se dispuso a emplear todas las armas que estaban a su alcance. Legales, morales o marciales. Las que fuera.

Sin embargo, todo se había dado la vuelta esa misma mañana.

Sanclemente les envió un mensaje. Estaba dispuesto a recibirlos. Ambrosio arrugó la frente. Su sobrino había accedido por algún motivo inexplicable.

Tal vez las cosas no fueran tan simples como podría parecer.

Mientras avanzaban entre las columnas, analizaron la escena.

A ambos lados del prelado aguardaban Ares y Cabana.

Cándido y Ambrosio cruzaron una mirada de preocupación.

—Compostela vive una situación de extremo riesgo. —Para su sorpresa, fue precisamente el arcediano el que rompió el silencio. Su voz agria aclaraba que no eran bienvenidos—. El señor de la ciudad está muy ocupado, licenciado. Los herejes han atacado Coruña con la intención de arrasar nuestra catedral y profanar el sepulcro del apóstol. Daos prisa, pues, y no nos hagáis perder más tiempo.

La perplejidad dejó mudo al anciano.

No se trataba tanto de la intervención de aquel hombre, que ni siquiera tendría por qué estar presente, sino de lo categórico que había sido en sus afirmaciones. Claro que los ingleses habían sitiado el puerto de Faro; era de dominio público. No obstante, ningún indicio hacía prever que fuesen a caer sobre Compostela. Más bien al contrario.

Ignorándolo, Ambrosio se plantó ante Sanclemente.

El arzobispo le dedicó una mirada que ofrecía una bandera blanca a punto de ondear.

Ante su actitud atormentada, la ira del licenciado se desinfló de repente.

—Juan —le dijo al fin, con voz suave—. El muchacho no tiene la culpa de nada. Déjalo ir, por lo que más quieras.

Indalecio, ignorado de forma insultante, echaba chispas por los ojos.

El prelado tuvo que desviar la mirada, y los canónigos le dedicaron una mirada alarmada. Habían previsto una irrupción airada del viejo zorro, que esgrimiría su condición de enviado del rey para amenazarlo con la cárcel. Sin embargo, se encontraban con un tío que le imploraba a su sobrino que no le hiciera daño a un muchacho.

No tardaron en reaccionar.

—Cuidad vuestras palabras, señor —bramó el reliquiero, tras el desconcierto—. ¿Qué delito estáis achacando a nuestro arzobispo? ¿Secuestro? ¿Asesinato, tal vez?

Sus ladridos no obtuvieron respuesta.

—Hazlo por los años de Alcalá —siguió Ambrosio, mirando a los ojos de su sobrino—. O por todo lo que traté de transmitirte. Pero hazlo, Juan. No te manches las manos con un crimen tan vil.

Cándido contemplaba la escena con los puños apretados.

La cabalgada había disparado su fiebre otra vez, pero se había negado a permanecer bajo los cuidados de Formoso. Estaba seguro de que aquellos curas del demonio habían matado a Mundo, pero se mordió la lengua. El maestro le había pedido que le dejara hablar a él.

Confiaba en que solo lo hubieran hecho prisionero.

Pudo ver cómo el rostro de Sanclemente se desencajaba, y cómo la culpabilidad asomaba a sus facciones.

—¡Ya basta, licenciado! —vociferó Cabana, cada vez más inquieto. El arzobispo parecía un novicio a punto de confesar un pecado de onanismo ante el gesto severo de un superior—. ¡Guardias! ¡Llevaos a este hombre!

Mientras los centinelas se acercaban, Ambrosio susurró unas últimas palabras.

—Te lo ruego, Juan. Hazlo, y me marcharé con las manos vacías. —Cándido ahogó un reniego, pero Ambrosio continuó—. Devuélveme a Mundo y te daré lo más valioso que tengo. Me iré para siempre sin mirar atrás. Lo juro.

El eco de sus palabras se quedó revoloteando en torno al arzobispo.

—Tranquilo, monseñor. —Indalecio se le aproximó con ademanes conciliadores—. En solo un par de días nuestro plan estará ejecutado por completo. Entonces, nada ni nadie podrá perturbar vuestra calma.

—No permitáis que vuestro tío os chantajee —graznó Ares, suscribiendo sus palabras pero cambiando el almíbar por vinagre—. Él es el que ha venido a nuestra casa a robarnos. Él tiene la culpa de todo. No vos.

El arzobispo guardó en silencio hasta que todos salieron.

Ante la tierna evocación que había hecho Ambrosio, todo cobraba su auténtica dimensión. El

cariño. El distanciamiento. El pesar. La culpa.

Ares había actuado por su cuenta; podía lidiar con aquel peso en su conciencia. Él no había sabido nada sobre el secuestro de Segismundo hasta que se había consumado.

Sin embargo, lo que se disponían a acometer sí gozaba de su aprobación. Más aún, él era el último responsable de un engaño tan obsceno que no había vuelta atrás. Todos iban a ser burlados gracias una pantomima que lo haría pasar a la historia como un trilero sin escrúpulos. Hasta el mismo rey iba a ser engañado por su prelado.

Cada vez era más duro aferrarse al clavo ardiendo que había tenido que inventar.

El que afirmaba que defender al apóstol está por encima del bien y del mal.

CLI

Compostela, 12 de mayo de 1589

Lázaro llevaba seis días chocando contra un muro.

Los escribanos habían presentado cuatro solicitudes ante la sede episcopal, pero las respuestas, además de tardías, venían plagadas de vaguedades e incertezas. Que si sus requerimientos serían atendidos lo antes posible, que si la alarma bélica focalizaba ahora todos los recursos… Así, una y otra vez.

Y lo peor era que los jueces no hacían nada más que encogerse de hombros. Los argumentos del arzobispo eran irrefutables, decían. Si había alguna circunstancia que pudiera justificar una demora así ante el tribunal de Castilla, esa era la guerra.

Lázaro se retorcía en silencio.

Ya había sufrido antes las maquinaciones de los canónigos. No entendían de leyes ni de ética, él lo sabía bien. A esas alturas ya tenía claro que iban a darles largas de forma indefinida.

Una batalla inesperada en el lugar exacto les había otorgado la coartada perfecta.

Empezaba a temer que el ataque de Drake les hubiera proporcionado la cortina de humo que necesitaban para librarse de todas las amenazas. Algo estarían maquinando, más allá de minar la paciencia de los jueces a base de invitarlos a oír cómo crecía la hierba.

Con la impaciencia royéndole las entrañas, el letrado alzó la vista al cielo. Y no por rogar a la providencia, ni mucho menos por encomendarse al señor Santiago, sino por tratar de entrever lo que podía estar arrastrando el viento hacia la ciudad sagrada.

Era imposible saberlo, mas su intuición no fallaba.

Una tormenta imprecisa estaba a punto de estallar.

CLII

Coruña, 14 de mayo de 1589

Iban ya diez días bajo una lluvia de plomo.

Los muros de la ciudadela resistían milagrosamente, pero en el firmamento nocturno las constelaciones giraban en una tétrica cuenta atrás.

De extramuros llegaban rumores espantosos. La Pescadería era un campo de batalla devastado donde cientos de cadáveres se pudrían sobre charcos de sangre seca. Todas las iglesias a la redonda ardían hasta derruirse. Las humaredas lejanas corroboraban la barbarie; las estatuas de los altares eran víctimas del odio desbocado de los herejes.

Un arco iris de metal incandescente iluminaba el cielo de la vieja Faro.

Mayor se mantuvo a pie de obra.

Los soldados reforzaban sin descanso las murallas. Las mujeres transportaban cascotes para restañar las brechas que los cañonazos abrían en el lienzo, cada vez más castigado.

Manuel supervisaba las tareas de relleno del torreón. Con sigilo, una cadena de brazos había transportado las piedras de las casas más próximas para amontonarlas en su interior. Al ver que habían alcanzado las ventanas superiores, ordenó apilar una montaña de escombro contra las paredes exteriores a modo de contrafuerte. No sabían cuánta pólvora podrían estar colocando los ingleses bajo los cimientos de la vieja fortificación.

Todas las precauciones eran pocas.

—¡Maniobra en la bahía! —gritó un vigía desde lo alto de otra torre.

Manuel corrió a ver qué pasaba.

Un vistazo bastó para helarle la piel. Los galeones de Drake estaban tomando posiciones frente al punto débil de la muralla. Su intención era más que evidente.

El bombardeo estaba a punto de convertirse en un apocalipsis desatado.

Unas voces en lengua extranjera le hicieron mirar abajo. La infantería inglesa había salido de la Pescadería y se preparaba para el asalto. A unos cientos de pasos, un batallón de piqueros tomaba posiciones. Entonces comprendió que todo aquello —el cañoneo, la excavación y el despliegue de la infantería— formaba parte de una acción coordinada.

El ataque definitivo estaba a punto de empezar.

El cañoneo, que había considerado una distracción destinada a dar cobertura a las obras de excavación, era parte de la estrategia global. Con un ataque simultáneo en dos frentes, la frágil resistencia de la ciudad alta estaría condenada.

Un descomunal estallido le hizo volverse hacia el mar.

La primera bala de cañón cayó cerca del muro, aunque sin alcanzarlo. Incapaz de decidir hacia dónde dirigirse, su mirada voló desde los navíos hasta el torreón en una ida y vuelta repetida y frenética. El segundo disparo cayó a los pies de la muralla cuando ya un alférez arengaba a sus tropas más abajo. Las tropas de tierra ya solo esperaban que el fuego de sus barcos abriera el boquete que ellos necesitaban para adentrarse en la ciudadela.

Manuel se dispuso a bajar a toda prisa.

Había que movilizar todas las fuerzas hacia aquel lugar. Construir empalizadas con camas,

muebles… Lo que fuera. Y, aun así, la situación sería crítica.

Sin embargo, no tuvo tiempo ni de dar un paso. Un petardazo explosionó a su lado y lo arrojó hacia atrás con un estruendo infernal. Aturdido, y con un pitido penetrante taladrándole los oídos, miró hacia los buques.

Suponía que la explosión provendría de alguno ellos, pero no era así.

El ruido no podía proceder de allí.

Aquellos cañones estaban demasiado lejos, y aunque hubieran estado a unos pasos, era imposible que emitieran un sonido tan brutal. Tratando de rehacerse, miró abajo. La muralla, de momento, estaba intacta.

No tardó en comprender lo que había pasado.

Cuando se giró hacia el torreón cegado vio que una nube de polvo lo rodeaba. Los ingleses habían prendido la mecha bajo su suelo, y toda la pólvora que habían acumulado allí durante días había estallado. Con el corazón a punto de explotar, Manuel aguardó a que se despejara el humo. Si la fortificación había volado por los aires, estaban muertos.

Al cabo, una ráfaga dispersó la polvareda. Casi sin poder creérselo, vio que el cubo que habían rellenado de piedra hasta los topes había resistido de una pieza, como si nada hubiera pasado.[18]

Un grito de júbilo se elevó por todo el perímetro de la muralla. Los centinelas gritaban y jaleaban desde las otras torres, y la gente empezó a abrazarse en las calles.

—¡Mirad! —gritó uno, desde un torreón elevado—. ¡Les ha estallado en los morros!

Manuel dirigió una mirada atónita hacia la huerta de Santo Domingo.

La entrada del túnel, que hasta entonces había permanecido fuera de su campo de visión, se había hecho evidente gracias a un indicio tan inequívoco como estremecedor. Un reguero rojo, compuesto un amasijo de vísceras y miembros amputados, salía de la boca de la mina secreta. Al no encontrar salida hacia arriba, la explosión había hallado como única vía de escape el propio túnel. Los cientos de soldados que aguardaban para invadir la ciudad en cuanto la pólvora hubiera abierto un boquete habían sido arrasados por la onda expansiva.

Manuel sintió cómo revivía la esperanza, poco antes moribunda.

Una corriente de euforia sacudió su cuerpo magullado, pero una sucesión de explosiones lejanas le hizo volver la vista hacia el mar.

Fue cosa de un instante.

Una granizada de balas de cañón empezó a golpear la muralla en el punto más vulnerable. Las primeras cayeron alrededor, pero después varios proyectiles golpearon el lienzo en el mismo sitio.

Drake había ordenado a sus artilleros descerrajar todo su poderío sobre aquel punto. Durante más de un minuto, una torrentera de plomo arrasó la roca y el mortero, levantando una nueva polvareda anaranjada y espesa. Cuando el fuego cesó, Manuel pudo entrever que la muralla había cedido. Con una angustia renacida, miró la brecha. Fuera, unos pasos más abajo, los gritos del alférez subieron, enardecidos.

Los primeros soldados empezaban a trepar sobre los restos derruidos de la muralla. Entonces, Manuel sintió que se le iba la vida.

Ahora veía cuál era el punto sobre el que iban a atacar.

El lugar hacia el que Mayor había partido poco antes.

18 El cubo minado de la muralla coruñesa es otro episodio histórico del asedio de Drake en 1589.

CLIII

Compostela, 14 de mayo de 1589

El emisario disimuló como pudo.

Las tres personas a las que Sanclemente había enviado un mensaje estaban reunidas, contra todo pronóstico, en la misma estancia.

El boticario del Hospital Real, un abogado de Valladolid llamado Lázaro González y el enviado del rey, Ambrosio de Morales, recibieron las misivas con extrañeza. Al entregárselas, el hombre vio cómo cruzaban una rápida mirada de desconcierto antes de desplegar los papeles.

Las tres cartas eran iguales.

«Estimado señor:

En vista de la situación de extremo peligro que vive nuestra ciudad os convocamos —así como al resto de notables del reino y al propio pueblo compostelano— a un acto en el que se expondrán las medidas que vamos a adoptar para proteger al señor Santiago y a su sepulcro de esta amenaza.

Será en el palacio episcopal, esta tarde a la hora nona. Os espero.

Juan de Sanclemente, arzobispo de Sant Iago de Campus Stellae».

Cándido, que era quien había organizado el encuentro, contuvo el aliento.

Tratando de averiguar qué había sido del pobre Mundo, le había contado al maestro lo poco que sabía sobre la presencia de los magistrados en la ciudad. Las indagaciones de Formoso hicieron el resto, y entre unos y otros se las arreglaron para citar a Lázaro.

Hasta la interrupción, cada uno había estado exponiendo sus intereses. Incluso habían empezado a calibrar si entre todos podrían cooperar desde sus respectivas posiciones, pero la inesperada irrupción había venido a desmoronar todas sus cábalas.

Cuando acabaron de leer, alzaron la vista.

Sus gestos reflejaban más desconcierto que antes.

—¿Debo confirmar que asistirán, señorías? —La voz del emisario los sobresaltó.

Los tres habían recibido el mismo texto y, al parecer, muchos más lo iban a recibir. No sabían qué podrían estar tramando los canónigos, pero tampoco ganaban nada quedándose al margen.

—Por descontado, caballero —respondió Formoso—. Allí estaremos.

En cuanto el hombre salió, Ambrosio le pasó el papel a Cándido.

El muchacho lo leyó con avidez, pero su mirada reflejaba la misma incerteza cuando alzó la cabeza. Sanclemente había convocado un acto público para actuar contra una amenaza que, en realidad, no existía.

Cuando miró al maestro, un destello relampagueó en las pupilas de ambos.

Sin embargo, Ambrosio negó después con la cabeza. El muchacho se mordió la lengua, resignado. El maestro tenía razón: los hombres del arzobispo tenían a Mundo.

Ante ellos se abría un laberinto y tenían los ojos vendados.

No había más opción que cruzar los dedos y dejarse llevar.

CLIV

Coruña, 14 de mayo de 1589

A veces se desencadenan desventuras y prodigios.

Y puede ser que un mortal cambie el curso de los siglos.

Mayor se había despedido de Manuel unos minutos atrás.

Él había corrido a supervisar el cubo bajo el que excavaba el enemigo, y ella se había quedado a cargo de las mujeres que transportaban enseres para reforzar el punto débil de la muralla. El lugar que los ingleses habían pasado días castigando desde el mar.

Un estallido monstruoso hizo que todas se llevasen las manos a los oídos de forma instintiva. Se miraron con cara de pánico durante un silencio eterno, pero pronto empezaron a escuchar gritos de júbilo que provenían de la muralla.

—¡El torreón ha aguantado! ¡La bomba ha estallado en la cara de los ingleses!

Mayor pudo ver cómo se abrazaban, llorosas, y cómo agradecían al cielo que sus esfuerzos hubieran valido la pena. No obstante, se mantuvo impasible.

Una amenaza terrible sobrevolaba sus cabezas.

Estaba a punto de pedirles que se reincorporaran al trabajo cuando una sucesión de explosiones retumbó en la lejanía. Mientras las mujeres dirigían hacia allí sus sonrisas suspendidas, sin saber a qué podía deberse aquel ruido, ella sintió que se le helaba la sangre.

Drake se había decidido al fin a descerrajar toda su artillería sobre la muralla.

El bombardeo les cayó encima como una hecatombe de ruido y fuego, y buena parte del muro se desplomó sobre las cabezas de las que estaban más cerca. Para Mayor, todo se volvió negro por un instante.

El impacto la lanzó de espaldas, y cuando abrió los ojos todo eran escombros, polvo y gritos de dolor. Aturdida, se incorporó como pudo para constatar con horror que la muralla tenía una gran brecha en pleno centro.

Un enorme agujero en el lugar que tanto habían tratado de reforzar.

Ignorando el dolor, empezó a llamar a gritos a sus compañeras. A medida que la polvareda se iba disipando, sus ojos aterrados descubrieron que entre los cascotes asomaba algún brazo o una pierna. En otros lugares, una voz sin dueña gritaba de forma agónica. Cuando se disponía a ayudarlas, unos gritos enérgicos resonaron en el exterior.

Al ver lo que pasaba al otro lado del muro, Mayor Pita se sintió desfallecer.

Un alférez inglés arengaba a sus soldados a unos pasos. Su ejército lo seguía como una estampida, monte arriba. La tropa en masa se lanzó a por aquel boquete certeramente abierto por los artilleros de sus galeones y entonces, de repente, todo desapareció para Mayor.

Todo.

La sangre de su ropa, los cuerpos desmembrados y los gritos de dolor. Todo se hizo blanco y negro al mismo tiempo. Como en un torbellino desatado, la imagen de Carmen atada a un poste, la expresión devastada de Nemesio y el cadáver de su marido cubierto de moscas comenzaron a dar vueltas en su cabeza.

Su sangre empezó a hervir, y ya no hubo más cordura.

El furor desesperanzado de quien no tiene nada que perder tomó las riendas.

Mientras el alférez asomaba, Mayor se mantuvo inmóvil a pecho descubierto.

Tan cerca estaba que pudo apreciar el brillo victorioso en los ojos del oficial. Aquello fue demasiado, y la ira que hervía en su interior se puso al mando. Sin pensárselo, agarró la piedra que tenía más cerca y se la lanzó a la cabeza. No le hizo falta ni apuntar. El carácter indomable de la pequeña lanzadora de piñas se había adueñado de su voluntad.

La piedra impactó de lleno en la cara del oficial. Sin que llegara a saber desde dónde le había llovido la pedrada, el hombre cayó de espaldas, inconsciente, mientras de su nariz empezaba a manar sangre como una fuente en febrero.

Mayor, sin medir las consecuencias de sus actos, saltó a por él.

La pica que el hombre enarbolaba poco antes estaba tirada a unos pasos. Dominada por un instinto animal, la agarró y se abalanzó sobre él.

Fue cosa de un segundo.

Un salto prodigioso sobre las piedras caídas le permitió abalanzarse sobre el herido. Fuera de sí, le clavó su propia pica en mitad del pecho. Los soldados, sorprendidos por su irrupción salvaje, dudaron. Aquella mujer, que parecía una aparición salida del mismísimo averno, se levantó con las manos manchadas de sangre y un fuego encolerizado en la mirada.

Al verlos, alzó sobre la cabeza la alabarda con la que acababa de atravesar a su alférez.

La escena era tan sobrecogedora que las dudas se extendieron por las filas enemigas como una explosión muda.

Todo sucedió ante la muralla derruida de la ancestral Faro.

Como si en lugar de una mujer sola ante cientos de soldados se tratara de un lobo frente a un rebaño de corderos, Mayor se lanzó a por ellos sin encomendarse a Dios ni al diablo. Iba poseída por una ira ciega, pero fuese demencia o desesperación lo que dominaba su ánimo, su avance enloquecido surtió efecto.

Al verla, los atacantes se quedaron parados; y algunos incluso retrocedieron unos pasos, atemorizados. Sin embargo, el grito de un suboficial les hizo recuperar el aplomo.

Con los pies plantados en el suelo, los soldados de Drake rehicieron la formación. Las órdenes, en inglés, resonaron contra los muros. Primero matarían a aquella loca. Después arrasarían la ciudad fortificada, tal y como habían hecho antes con la Pescadería.

—¡Quen teña honra que me siga! [19] —bramó como respuesta Mayor, mientras se lanzaba a por ellos con la pica sobre la cabeza. No se molestó en mirar atrás.

A su espalda, los supervivientes contemplaban con pavor su acción suicida.

Puede ser que un mortal cambie el curso de los siglos.

A veces, se desencadenan desventuras y prodigios.

19 «¡Quien tenga honor que me siga!», en su lengua materna.

CXLV

Compostela, 14 de mayo de 1589

Los murmullos rodaban bajo las bóvedas del salón.

Los grandes señores llegaron en primer lugar, muy tiesos. Tras ellos, el enviado del rey y los jueces de la chancillería fueron acomodados entre la nobleza local. Todos le echaban miradas temerosas al asiento reservado al capitán general del reino de Galicia.

Sabían que Cerralbo no se iba a presentar.

Estaba defendiendo su ciudad de un asedio infernal.

La conversación iba y venía como un manto de hielo.

La reina de Inglaterra había ordenado a su corsario arrasar la vieja Faro y el Draco estaba cumpliendo a conciencia con su encargo.

En torno a la mesa capitular, el cabildo en pleno flanqueaba a su arzobispo. El pueblo, apiñado, ocupaba el resto de la sala conteniendo la respiración.

No cabía ni un alfiler.

El arzobispo había advertido de la amenaza que Drake suponía para Compostela.

Todos estaban sobrecogidos ante el apocalipsis en ciernes que el prelado había logrado bosquejar con solo tres pinceladas. Un panorama que nadie más preveía inicialmente, pero que había empezado a cuajar en las mentes de todos.

Era necesario actuar ante la catástrofe que se avecinaba. La amenaza mortal que el ataque inglés conllevaba para el apóstol y su tumba requería actuaciones drásticas.

El pánico había aniquilado el sentido común.

Nadie parecía ver que el ataque había caído sobre Faro, y no sobre Compostela; ni que fuera improbable que Drake fuera a dirigir su ejército hacia allí, ya que los recursos bélicos del almirante eran exclusivamente navales. Siendo su objetivo último Lisboa, ni siquiera había embarcado tropas terrestres. Ni animales de carga, ni artillería ni la logística necesaria para atacar lejos de la costa.

Y había un argumento mucho más contundente aún.

El hecho de arrasar una catedral no le iba a reportar ningún beneficio económico. Era absurdo pensar que un pirata como Drake estuviera dispuesto a arriesgar las inmensas riquezas del reino portugués a cambio del puñado de joyas que pudiera obtener allí. Sobre todo, teniendo en cuenta los peligros que acarrearía un ataque lejos de sus barcos. Y, desde luego, un hombre como él no hubiera emprendido jamás una cruzada de fe.

Nada tenía sentido.

¿Atacar Compostela para humillar al catolicismo? Sir Francis jamás se arriesgaría a fracasar en la conquista de Portugal y de todo su imperio transoceánico a cambio de un golpe de orgullo. ¿Riquezas y poder contra fervor religioso?

No había lógica en aquel razonamiento.

—¡Señores, por favor! —El secretario del arzobispo alzó la voz sobre el murmullo, provocando que todos levantaran la cabeza, expectantes—. ¡Don Juan de Sanclemente, arzobispo de Compostela!

El prelado se adentró en el salón con gesto grave.

Cándido comprendió que la puesta en escena había sido urdida con los mismos mimbres que una función teatral. Todos los miembros del cabildo habían estado representando el mismo papel que ahora dramatizaba su arzobispo. Se habían mostrado cariacontecidos durante la espera, casi llorosos; como si en verdad el fin del mundo se cerniese sobre el cielo de su ciudad.

Bajo un silencio de muerte, el arzobispo tomó asiento.

—Pueblo de Compostela —saludó, con una voz que hacía juego con la sobriedad de su rostro —. La amenaza que acecha a nuestro sagrado apóstol es la más terrible que jamás hemos conocido.

Ambrosio y Cándido cruzaron una mirada.

La jugada había sido bien estudiada. El arzobispo se había dirigido exclusivamente a sus feligreses, y había conseguido que contuvieran la respiración ante aquellas primeras palabras, que auguraban una debacle.

Lázaro, a unos pasos, contuvo un resoplido de escepticismo.

Aunque era pronto para anticipar la jugada, empezaba a intuirla en la lejanía. De algún modo, Sanclemente y sus canónigos iban a aprovechar la guerra para eludir todos sus problemas. Solo tenían que combinar el pavor de la gente común ante la masacre que estaba teniendo lugar a diez leguas de allí con una buena dosis de confusión.

—El pirata de la reina de Inglaterra, ese demonio de los mares que llaman el Draco, ha caído, como una plaga enviada por el mismísimo Belcebú, sobre el puerto de Faro —siguió Sanclemente, con una afectación que halló reflejo en los rostros compungidos de los miembros de su cabildo—. ¡El adalid de los herejes nos ataca, caballeros! ¡Ya ha arrasado la ciudad, y también las iglesias de los alrededores! ¡Su intención es evidente!

Los asistentes empezaron a mirarse con terror.

Las noticias llegadas desde Coruña habían hecho cundir el pánico. Se rumoreaba que cientos de cadáveres putrefactos poblaban las calles de la Pescadería.

Algunos tenían amigos allí; otros, incluso familiares. Pero aún había más.

Los ecos indicaban que el asedio a la ciudad alta estaba siendo aterrador.

—Algunos de vosotros habéis afirmado que, en cuanto arrase Coruña, el hereje partirá… Mas no nos dejemos engañar, señores… ¡No es la vieja Faro su auténtico objetivo! —Sanclemente hizo que sus palabras, refrendadas por el espeluznante relato que Indalecio había ido propagando durante días, calaran en el ánimo de la audiencia—. ¡Hemos averiguado que en realidad pretenden arrasar Compostela! ¡Prender fuego a su catedral! ¡Eso buscan! ¡Profanar lo más sagrado de toda la cristiandad! ¡Robar el cuerpo de nuestro apóstol!

Un silencio espectral se apoderó del salón.

Desde su silla, Cabana disimuló una sonrisilla de triunfo al observar el auditorio.

Durante unos instantes la confusión y el pavor enmudecieron al público, pero pronto se desató una violenta algarabía. Unos empezaron a clamar al cielo con las manos en la cabeza, y otros llamaban a coger las armas para luchar hasta la muerte. Unos vociferaban, otros temblaban de terror y otros se golpeaban el pecho.

Eso sí, sobre todos prevalecía la misma proclama: las reliquias eran intocables.

Justo lo que el arcediano había previsto.

—¡Yo os defenderé! —vociferó Sanclemente, tratando de apaciguar el griterío—. ¡Pueblo de Compostela, vuestro arzobispo dará hasta la última gota de su sangre por su ciudad! ¡Por el señor Santiago!

Una nueva algazara, ahora enfervorizada, recibió con vítores sus arengas.

Ambrosio y Lázaro apretaron los dientes.

Las cartas acababan de voltearse sobre el tapete. El arzobispo no había enviado a su ejército en previsión de aquel momento. Sin embargo, tenía que haber algo más. Puesto que los ingleses no iban a atacar Compostela, tras esa primera maniobra tenía que ocultarse una estrategia aún más sibilina.

—Y si el diablo quisiera que nuestros muros cayeran… —siguió Sanclemente, recuperando la atención de su enardecido auditorio—, ¡protegeremos las reliquias sagradas! ¡Del modo que sea necesario, además! Las ocultaremos, o las trasladaremos a un lugar seguro. ¡Lo que sea menester! ¡Perded cuidado, gentes de Compostela! ¡Vuestro arzobispo preservará la santidad de este lugar!

Un bramido unánime respondió con euforia a las palabras de Sanclemente.

Cándido y Ambrosio se quedaron mudos, y Lázaro perdió el color.

Al fin veían la artimaña que no habían sido capaces de intuir. La curia compostelana había maquinado un ardid irrebatible.

Solo les podría haber salido bien con la colaboración del ejército inglés, pero los almirantes de Elizabeth se habían puesto de su parte sin saberlo. Por inverosímil que pudiera resultar, el ataque de Drake les había allanado el camino tal y como necesitaban.

Su falta de moral había hecho el resto.

Mientras el público abandonaba el salón entre gritos de muerte a los herejes y de loor al señor Santiago, los artífices de la función también se retiraron.

Sanclemente, Ares y Cabana se fueron por la puerta trasera. La estrategia que el arcediano había ideado había salido a pedir de boca. Quién hubiera dicho que los enemigos de la fe iban a acudir en su auxilio cuando todo parecía perdido…

Ya solo tenían que consumar la estrategia. Si lo hacían bien, ni Ambrosio, ni Lázaro ni el mismísimo rey podrían acusarlos de nada. Un último trabajo y todo se habría arreglado.

Los astros se habían alineado a su favor de la forma más improbable.

La llegada del dragón iba a dejar a los lobos con un palmo de narices.

CLVI

Coruña, 14 de mayo de 1589

Manuel voló hasta la brecha de la muralla.

Las mujeres que había dejado allí reforzando las defensas habían sido alcanzadas por el derrumbe. Unas se esforzaban por ayudar a las que se encontraban bajo el escombro; otras pedían auxilio a voz en grito.

Muchas habrían muerto aplastadas bajo las piedras.

Al llegar, se quedó petrificado.

Vio a las supervivientes paralizadas como estatuas y mirando en la misma dirección.

Al seguir sus miradas se percató de que todas observaban algo a través del boquete que habían abierto los galeones con sus cañonazos. Extrañado, él también miró hacia allí. Pese al caos, al polvo y a los gemidos de las heridas, estaban absortas. Algo extraordinario tenía que estar sucediendo fuera del muro.

No tardó en comprenderlo.

Solo tuvo que trepar sobre los cascotes.

Allí fuera, plantada ante el ejército enemigo como si estuviera poseída por una demencia justiciera, Mayor estaba arrancando una pica del pecho de un oficial caído. Los ingleses, indecisos por unos instantes, reaccionaron ante el grito de un suboficial.

Pudo ver cómo esgrimían sus armas de nuevo y cómo rehacían la formación.

Ante sus ojos, el tiempo se ralentizó. Los hombres estaban resueltos a liquidar a la loca que había osado matar a su oficial. Vio también cómo ella, en lugar de huir de regreso al interior, salía desbocada a por ellos como si pudiera matarlos a todos.

Portaba la pica encima de la cabeza.

—¡Quen teña honra que me siga! —le oyó gritar.

Las piernas de Manuel se transformaron en mantequilla.

Semejante acción suicida solo podía acabar de un modo. Y no era ya que importara mucho, pues con la muralla abierta era solo cuestión de tiempo que todos los defensores fueran torturados hasta morir, pero no podía quedarse mirando cómo la masacraban sin hacer nada.

Un impulso tan instintivo como irracional le hizo salir tras ella.

Mayor corría hacia el ejército enemigo como una ardilla demente dispuesta a hacer trizas a una manada de leones. Los tiradores ingleses, a la orden del suboficial al mando, apuntaron sus arcabuces hacia ella. Manuel se lanzó al rescate, pero no llevaba ni tres zancadas cuando tuvo que frenar en seco.

Aún no estaba todo dicho.

Las mujeres que contemplaban la escena a su alrededor, hipnotizadas, desataron un nuevo cataclismo del modo más imprevisible.

El boquete de la muralla se transformó en un nuevo campo de batalla.

Y esta vez, además, nada era como cabría esperar.

Ya los arcabuceros apuntaban cuando empezó a caer sobre ellos una lluvia de piedras.

Los cascotes esparcidos en torno a la brecha resultaron ser la munición perfecta para las

compañeras de Mayor Pita. Las mujeres coruñesas, desde su posición elevada, dejaron salir la rabia acumulada mediante una ofensiva salvaje que obligó a la milicia invasora a ponerse a cubierto.

Algunos trataron de protegerse con los brazos; unos soltaron el arma y otros corrieron para ponerse fuera del alcance de los proyectiles que los masacraban desde arriba.

Ese fue el momento que aprovechó Manuel para salir tras los pasos de Mayor.

Ella se había quedado aturdida mirando a uno y otro lado sin saber dónde atacar. Como si la masa uniforme que se disponía a atravesar con su pica se hubiera deshecho en jirones, dejándola sin un objetivo.

Tras una carrera desesperada, Manuel la agarró por la ropa y tiró hacia atrás.

Al principio tuvo que arrastrarla, pero después ella también empezó a correr. Mientras trepaban sobre los cascotes de la muralla derribada, las piedras seguían silbando a su alrededor, pero abajo, a sus espaldas, oyeron nuevos gritos. Manuel supo que el batallón se había reagrupado, y con un estremecimiento adivinó que los arcabuces debían de estar ya apuntando hacia su nuca.

Justo después, oyó la detonación.

Las balas rebotaron contra las piedras cuando ya los dos rodaban dentro, entre escombros. Durante una larga caída se despeñaron, desollándose las rodillas, ya en el interior.

—¿Estás bien? —preguntó él, mientras a su alrededor se redoblaba el furor bélico.

Ella asintió en silencio, con aspecto de estar saliendo de una pesadilla.

Su mirada vagó sobre sus vecinas, que lanzaban piedras mientras las balas les rozaban los cabellos, hasta que encontró los ojos implorantes de Manuel.

Entonces, las lágrimas empezaron a brotar de forma incontrolada.

—Tranquila —le susurró él, abrazándola. Tras el arranque de locura, Mayor empezaba a ser consciente de que estaba viva de milagro—. Vamos —le sonrió después, tirando de ella—. Tenemos mucha munición.

Con un impulso, la levantó de entre los cascotes.

Contra toda lógica, ese agujero no fue el puente de oro que los invasores habían planeado. Nadie alcanzó a prever que el escollo insalvable para las tropas invasoras no fuera a ser la muralla, finalmente, sino la bravura incombustible de las mujeres de Faro.

Aquel —caviló Manuel, mientras lanzaba piedras del tamaño de su cabeza monte abajo— era un muro que Drake jamás podría horadar.

Las mujeres coruñesas, encabezadas por la indómita Mayor Pita, resguardaron su ciudad sobre los cadáveres sepultados de sus compañeras.

Dentro de aquellos muros estaban sus familias. Sus casas. Sus vidas.

Ni balas ni cañones, ni monstruos ni piratas. Nada podía minar su resistencia.

Al cabo, el cuerpo de arcabuceros de Cerralbo llegó corriendo desde todas las atalayas y tomó posiciones en torno al boquete. Tras la primera descarga, todos vieron cómo una docena de ingleses caía allá abajo. El intercambio de disparos duró poco. Los defensores estaban resguardados en las alturas, mientras que los ingleses eran blanco fácil en pleno descampado.

Al fin, viéndose incapaces de consumar el asalto, se batieron en retirada.

En la muralla, los defensores celebraron su huida con el puño en alto. Las lágrimas dejaban regueros negros en sus mejillas, y en todos los abrazos había una mezcla de alegría, alivio y dolor.

Muchos habían caído. Sobre todo, mujeres.

Ellas eran las artífices de la mayor hazaña que jamás presenciarían aquellas tierras. Madres, hermanas e hijas que habían defendido a los suyos interponiendo sus cuerpos ante las balas enemigas.

Las bravas matriarcas de la ancestral Faro.

Ellas acababan de cambiar el curso de los siglos.

CLVII

Compostela, 15 de mayo de 1589

Al salir del palacio, Cándido estaba hundido.

Habían sido embaucados de la forma más burda. La misión que el rey le había encomendado al maestro había sido burlada con una falta de pudor que provocaba sonrojo.

Una increíble dosis de suerte y la exaltación de unos cuantos ignorantes habían bastado. Los esbirros del arzobispo habían vencido.

Y no solo eso.

Tal vez se hubiera esfumado la última opción de encontrar a Mundo.

Además, una sombra de desconcierto flotaba sobre sus hombros.

Ambrosio había salido del salón extrañamente tranquilo. Pese a la afrenta, el maestro parecía hallarse en calma.

Una placidez inexplicable que hacía arder con más fuerza la desolación del muchacho.

Se pasó toda la noche dando vueltas en su camastro.

No podía dejar de rumiar la amargura de la derrota, y la ausencia de Mundo oprimía su corazón. Una angustia fría, sumada a la sensación de injusticia, le robaba el resuello. A su lado, el lecho vacío de su compañero atronaba con su silencio en la negrura de la madrugada.

Al ver romper el alba, ojeroso y desmejorado, no pudo resistirlo más.

—Maestro… —asomó, tras unos toques amortiguados—. ¿Se puede?

Ambrosio, ya vestido y aseado, contemplaba la luz naciente a través de la ventana con las manos tras la espalda.

Sin apartar la vista del obradoiro, que se iba iluminando poco a poco, lo invitó a pasar.

Cándido se quedó de pie junto a la puerta. La inexplicable tranquilidad que desprendía el maestro no había evitado que un insomnio de causa desconocida lo hubiera mantenido despierto, también, durante la noche.

Tras un largo silencio, en el que las luces fueron imponiéndose a cuentagotas, Ambrosio suspiró profundamente.

—Crees que hemos venido a completar una misión sagrada —dijo. Cándido, confundido, no supo si se dirigía a él o si hablaba consigo mismo—. Que la encomienda del rey debe ser ejecutada sin importar si es justa o no. Y que debemos cumplir sus órdenes, aunque vayan a ocasionar un daño injustificado en miles de corazones. Consideras, por tanto, Cándido, que su voluntad está por encima del orgullo de todo un pueblo. De las esperanzas de los millones de fieles que durante siglos han arriesgado la vida para llegar a este lugar.

Cándido no halló razón alguna que objetar a sus afirmaciones.

—Ahora que las cartas están sobre la mesa… —siguió Ambrosio, de espaldas a él, y el muchacho adivinó que una sonrisa asomaba a su rostro—, ahora que sabemos que Juan y sus canónigos van a utilizar el ataque de Drake como excusa para hacer desaparecer las reliquias, tal vez sea el momento de replantearnos si lo que hemos venido a hacer es lo correcto. Esa es la principal consecuencia de las derrotas inapelables, hijo mío: fuerzan a los vencidos a abrir los ojos. Tanto hacia el futuro como hacia el pasado.

Cándido tuvo que morderse la lengua.

No podía aceptar que un quebranto perpetrado con malas artes fuera a obligar al gran Ambrosio de Morales a retirarse con el rabo entre las piernas. Si actuaban rápido, podían denunciarlos ante el rey. Que los prendieran por traidores. Someterlos a consejo de guerra.

Meterlos en la Falcona y enviarlos al cadalso. Eso deberían hacer.

—Lázaro González va a pelear hasta el final —masculló entre dientes.

Quiso mostrarse firme, pero su voz resonó como la pataleta de un chiquillo.

—Y será en vano —sentenció Ambrosio, sin inmutarse—. Piénsalo, Cándido. Lo más probable, sabiendo lo que ahora sabemos, es que a estas alturas ya no haya nada que venerar en esa catedral. Nada más que una sombra. La ilusión de un vestigio sagrado, mil seiscientos años después de haber muerto. Un cuerpo que jamás estuvo ahí…

El muchacho bajó la cabeza cuando Ambrosio insistió.

—¿Es que no lo ves? Esos jueces jamás tendrán la oportunidad de examinar la reliquia. La guerra le ha traído al cabildo el pretexto perfecto, pero esa causa estaba abocada al fracaso desde el principio. La sentencia va a quedar suspendida indefinidamente entre recursos de uno y otro lado que jamás llegarán a buen puerto. La abolición del Voto no es algo que vayamos a ver en los próximos tiempos. Al menos, no por causa de este pleito de los cinco obispados[20] que el bueno de Lázaro ha traído a Compostela.

El muchacho meneó la cabeza con frustración.

Una rebeldía justiciera ardía en su pecho, pero el maestro no hacía más que enfriarla con esa serenidad imperturbable. Inspiró profundamente, tratando de calmar a los caballos que piafaban entre sus sienes, y su cabeza empezó a funcionar de nuevo. En una cosa Ambrosio sí tenía razón: en aquella catedral, aun dando por cierto que en algún momento hubiera acogido una reliquia sagrada, ya no quedaba nada. Y hacer que se desvanezca la nada es fácil. Tanto más, si todos los vientos ayudan.

Ambrosio, sin parar de contemplar la plaza, continuó con voz tranquila.

—Por mucho que un día se exhumasen los huesos de esa persona, fuese el mercader que indicaba la inscripción de la lápida o quienquiera que yaciese en esa tumba romana —la voz de Magdalena seguía acariciando sus sueños como un bálsamo con olor a hierbabuena, pero decidió obviar sus revelaciones—, el paso de los siglos ha sido implacable con esos restos. En los últimos tiempos fueron diseminados por las capillas de la catedral para que los fieles donasen una limosna en cada una de ellas… Vamos, Cándido. Conozco bien el potencial de tu inteligencia. En el mejor de los casos, si todo hubiera salido como Felipe esperaba, habríamos regresado a El Escorial con una caja en la que no habría más que unos pedazos de hueso de origen indeterminado y un montoncillo de polvo. No habríamos hecho más que trasladar de un lugar a otro una gran mentira que, contra todo pronóstico, sigue vigente ocho siglos después. ¿No te das cuenta?

Cándido se debatía entre la rotundidad del razonamiento que el maestro estaba desplegando ante sus ojos y su férreo sentido del deber. No podía aceptar que tras tantos desvelos, tras tanto esfuerzo, ese fuera a ser el final de todos los caminos.

Además, aquellos malnacidos habían hecho desaparecer a Mundo.

—Voy a dar por zanjada mi misión. —Ambrosio interrumpió sus elucubraciones con una rotundidad que no admitía réplica—. Tras tantos años… ya solo quiero estar tranquilo.

Cándido lo miró desde atrás con los ojos muy abiertos.

Con un nudo en la garganta, quiso protestar por Mundo. ¿Es que Ambrosio iba a abandonarlo

así, sin más? ¿Cómo que iba a «zanjar su misión»? ¿Qué quería decir aquello?

La sensación de zozobra hizo asomar lágrimas de rabia a sus ojos enrojecidos.

¿Qué iba a ser de ellos a partir de entonces? ¿Sería cierto que se disponían a abandonar al pobre Mundo a su suerte? ¿Lo daban por muerto, sin más?

Un lagrimón rodó mejilla abajo sin su permiso, pero entonces, unos toques en la puerta le hicieron dar un respingo.

A toda prisa, se secó los ojos con la manga. Alguien osaba presentarse en la alcoba del licenciado Morales en pleno amanecer. Era insólito.

Sin embargo, las sorpresas no habían hecho más que empezar.

—Pasa, hijo mío —indicó Ambrosio, en voz alta.

Cándido arrugó la frente.

En la voz del anciano volvía a adivinarse una actitud risueña.

¿«Hijo mío»?

—Buen día, maestro —saludó una voz, asomando por la puerta.

Con más dudas que convicción, un muchacho se adentró en el cuarto. Traía un gesto culpable en el rostro. La aurora delataba viejos signos de lucha en su ropa y en su piel, pero su estado general parecía bueno.

El joven Suevos, al verlo entrar, tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

Es humano rehusar lo inverosímil aun en presencia de lo evidente.

Ante sus ojos atónitos, Mundo acababa de regresar de entre los muertos.

20 Con ese nombre ha pasado a la historia la causa defendida por Lázaro González.

CLVIII

Catedral de Compostela, 15 de mayo de 1589

Las velas del altar mayor hacían bailar destellos a su alrededor.

El arzobispo, hundido en mil pensamientos, contemplaba la catedral con la mirada perdida. Unos lo tacharían de rastrero, lo sabía bien. Otros, de cobarde.

Sanclemente sacudió la cabeza tras la enésima bajada a sus infiernos. Al fin y al cabo, si había consumado aquella felonía sonrojante era porque no le habían dejado opción.

Ambrosio había forzado la situación. Su propio tío, sí. Las reliquias sagradas, la razón de ser de la ciudad, habían sido amenazadas. Y luego estaba la demanda de los obispos castellanos. Ellos también tenían parte de culpa. Su abogado pretendía someterlas a una denigrante prueba de verosimilitud. Un vil sacrilegio. Una herejía.

Un examen que los vestigios no hubieran podido superar.

Claro que el apóstol jamás había pisado la Hispania, resopló. La propia Biblia así lo afirmaba. Era obvio que no lo habían traído sus discípulos en una barca de piedra tras su decapitación, como proclamaba la leyenda. Había cuentos infantiles más creíbles. Los inventores de esa historia habían elegido a Santiago el Mayor porque nadie sabía dónde había sido enterrado. Porque solo una jugada maestra, pionera en la política mundial, podía haber afianzado el territorio de los reyes cristianos ante el empuje musulmán.

Ante el nuevo orden que se había hecho con casi toda la Península.

Todo era un cuento, claro que sí. Si hasta la inscripción de la supuesta lápida de Santiago mencionaba a un mercader romano…

No obstante —volvió a negar—, todo eso daba igual.

Él era el arzobispo. Había asumido una responsabilidad sagrada. Debía defender a capa y espada que aquel culto estaba supeditado a un bien supremo. Proclamar contra toda tempestad que la fe no puede ser sometida a la lógica humana.

Y estaba dispuesto a lo que fuera para conseguirlo.

Como decía Loyola, creer en los santos era la última esperanza de los desheredados. Dios está demasiado lejos cuando el temporal arrecia. Si una mentira sirve para dar consuelo a los desdichados, bienaventurada sea.

Cuando lo falso es bueno, bendita falsedad.

—Listo, monseñor. —El maestro de obras lo sobresaltó, rompiendo el silencio nocturno de la catedral—. Ya lo hemos retirado todo.

Sanclemente asintió con un ademán de impaciencia.

Ya no había vuelta atrás. El ardid orquestado por Cabana acababa de ser ejecutado. El tesoro catedralicio viajaba ya en carros hacia un lugar seguro, y las reliquias habían sido enterradas en una ubicación secreta bajo el suelo de la catedral.

Esa era la versión que estaba dispuesto a defender hasta las últimas consecuencias.

Ante el pueblo de Dios cuando hubiera de hacerlo. Ante los peregrinos que llegasen allí buscando el perdón de sus pecados. Ante reyes y pontífices, si fuera menester.

El ataque de Drake le había facilitado el pretexto idóneo.

Poco importaba que los ingleses no hubieran traído fuerzas terrestres, o que ni siquiera hubieran logrado tomar la ciudad portuaria. A los requerimientos de Ambrosio y del insidioso de Lázaro González, tenía claro lo que iba a alegar: los herejes habían venido a robar la reliquia y él había tenido que protegerla.

Ante la amenaza, la única alternativa había sido esconder el cuerpo del señor Santiago de modo que nadie pudiera encontrarlo nunca.

El acto del día anterior le había proporcionado el refrendo último que necesitaba. El pueblo de Compostela había aprobado a voz en grito sus medidas. Sus vítores enfervorizados y sus plegarias al Altísimo reforzaron la decisión de Sanclemente. Aunque aterrados, todos se habían pronunciado de forma inequívoca. Todo estaba bien atado, pues.

Si era necesario, juraría que habían sido ocultadas en algún lugar secreto bajo el suelo de su basílica. En un escondite seguro que evitaría que nadie pudiera profanarlas, pero que al mismo tiempo permitiría que todos los fieles que visitasen la catedral se sintiesen reconfortados por su presencia. Era una jugada diabólicamente astuta, tenía que reconocerlo. Una solución sin fisuras. Una maniobra que solo Cabana podría haber ideado.

Ya solo faltaba una última comunicación con la corte.

De hecho, la carta ya estaba preparada. Esperaría un par de días y, en función de lo que sucediera en Faro, la enviaría un día u otro. Felipe conocería por su puño y letra que el arzobispo de Compostela no había tenido más remedio que adoptar aquella decisión. El rey iba a arder de indignación al saberlo, pero bien poco iba a poder hacer. Con Drake amenazando la mitad de su imperio para ponerlo a los pies de su mayor enemiga, iba a tener que centrarse en la guerra. Además, la gente de Compostela guardaba ahora los sables bajo la almohada.

Mientras los operarios lo recogían todo y un novicio iba apagando las candelas que iluminaban el altar, Sanclemente contempló su catedral con el ceño fruncido.

Había logrado preservar la santidad de aquel lugar. Eso era lo importante.

Aceptar que todo se basaba en mentiras era un trago amargo, pero la encomienda que había asumido estaba por encima de los dictados de su conciencia. Se lo debía a su sede, a su cabildo y a su ciudad.

A los romeros que habían forjado el mito con su sudor y su sangre.

Sobre esos mismos cimientos se habían edificado sus sueños.

CLIX

Coruña, 15 de mayo de 1589

Unos gritos victoriosos desgarraron el silencio.

Los vigías anunciaron la huida del enemigo bajo las primeras luces del amanecer.

La vieja Faro, aunque devastada, celebró la victoria entre lágrimas. Nadie sabría decir si de dolor o de alegría. El ataque definitivo había sido repelido, tanto en el cubo minado[21] como en la brecha que los cañones ingleses habían logrado abrir en la muralla.

La presión de los ejércitos llegados de toda Galicia se hizo demasiado intensa para unas tropas que, tras diez días de asedio, habían perdido el ímpetu inicial. La entrada en tromba que había permitido a los ingleses arrasar la Pescadería era ya un recuerdo lejano, y aquellos hombres exhaustos todavía tenían por delante el sitio de Lisboa.

No podían seguir desollándose la piel en vano contra un muro infranqueable.

El fuerte de San Antón fue atacado una última vez.

Cuarenta barcazas trataron de tomar las orillas del islote, pero los hombres de Bertendona resistieron una vez más.

Fue gracias a los cañones rescatados de la Ragazzona.

Las milicias de Elizabeth iniciaron el reembarque desde los monasterios extramuros. Sus regimientos de defensa trataron de bloquear el avance de las tropas del antiguo reino en los puentes de acceso a la ciudad, pero era imposible.

Finalmente, los ingleses desistieron.

Desde las atalayas, los centinelas los vieron replegarse.

Las labores de retirada del ejército de Drake aún se prolongarían unos días, pero el cese del hostigamiento sobre la muralla trajo una certeza inequívoca junto con el amanecer.

La ciudadela de la vieja Faro había resistido tras sus baluartes decrépitos.

La derrota en el ataque final había sido determinante. Al ver cómo sus tropas de asalto se retiraban, los ingleses, desmoralizados, habían abandonado la lucha maldiciendo entre dientes a sus capitanes.

—No son más que unos piratas —escupió Cerralbo con desprecio, mientras los veía huir a través de la visera de su celada. La coraza del capitán general refulgía en la distancia—. No saben lo que es el honor.

Y así, al fin, la gente pudo hacerse cargo de sus muertos.

Aquel fue un día de mucho dolor.

Aunque ellos habían logrado mantenerse a flote, el coste para los supervivientes había sido demoledor. No hubo casa donde no se llorase una ausencia ni manos que no cavaran una tumba para un ser querido.

Tras el entierro de Gregorio, Mayor y Manuel regresaron a sus cuartos prestados con los ojos vidriosos. Él trató de iniciar una conversación un par de veces, pero sus observaciones sobre lo azul que estaba el cielo y sobre lo largas que eran las tardes a mediados de mayo no obtuvieron más respuesta que un asentimiento aletargado.

Al volver, atravesaron la ciudadela en ruinas.

Casas derruidas y montañas de escombro era cuanto quedaba. La gente que había empezado a trabajar en la reconstrucción se paraba al verlos pasar. Por el rabillo del ojo, Manuel pudo ver cómo algunos los señalaban a lo lejos mientras murmuraban por lo bajo. Desconcertado, desvió la mirada. No sabía a qué podían deberse aquellos cuchicheos.

Ya en casa, los pasos de Mayor al subir la escalera le sonaron como paladas de tierra sobre un ataúd. El sonido, precisamente, que había estado oyendo a lo largo de las últimas horas. Con la cabeza hundida entre los hombros, la vio entrar en su alcoba y negó lentamente. La vida había sido muy cruel en los últimos tiempos. Su casa ya no existía, sus negocios habían sido arrasados y las personas a las que amaba habían sucumbido.

Su puerta se cerró como la trampilla de un mausoleo.

Él la dejó ir y, ya en su cuarto, se derrumbó sobre el camastro. Necesitaba descansar. Sin embargo, fue incapaz. No había sosiego posible para su alma. El silencio era ahora más atronador que la propia guerra.

Habían resistido, pero a qué precio.

Buscando aire, caminó hasta la ventana. Al mirar a través del cristal vio la torre de Santo Domingo a unos pasos y resopló. Más a la derecha, su vista se detuvo en el torreón que habían llenado hasta los topes en aquellos días de infierno.

Entonces, un movimiento llamó su atención a pie de calle.

Al asomarse, vio que un grupo se estaba arremolinando ante su portal. Eran dos docenas, pero muchos más se acercaban por los dos lados de la calle.

Manuel frunció el ceño, extrañado. Una muchedumbre silenciosa se estaba apostando ante su puerta por algún motivo. Al principio no supo a qué podía deberse semejante maniobra, pero al final lo entendió.

Entonces salió de su alcoba y tocó a la puerta de Mayor.

—Creo que deberías bajar a la calle —le dijo. Ella, sentada sobre su cama con la mirada perdida, se volvió hacia él sin comprender. Él se aproximó y le tendió la mano—. Vamos.

En cuanto pisaron la calle, la expresión de Mayor demudó en un gesto de extrañeza.

No esperaba encontrarse allí con toda aquella gente. Confusa, se giró hacia Manuel buscando una explicación. Un gesto de él le hizo comprender lo que pasaba.

Uno a uno, los supervivientes fueron pasando ante Mayor Pita.

Querían mostrarle su agradecimiento y sus respetos. Unos le agarraron las manos para besárselas, y otros bajaron ante ella unos ojos enrojecidos de tanto llorar.

Y así, durante casi una hora.

Cuando por fin regresaron dentro, Manuel tuvo que sujetarla para que no se derrumbase. Aquella marejada de emociones la había dejado sin fuerzas. Él cargó con ella escaleras arriba y la depositó sobre la cama. Entonces recordó cómo los dos habían pegado la oreja a aquel muro para escuchar los golpes de piqueta bajo tierra. Habría dicho que habían transcurrido mil edades desde entonces, pero no habían pasado más que unos días.

—Esa… ¿gente? —La voz de ella lo trajo de vuelta.

Manuel la miró desde arriba. Estaba blanca, y sus labios temblaban. Al ver que apenas acertaba a hilar las palabras, la interrumpió con suavidad.

—Tranquila —sonrió, haciendo de tripas corazón—. Solo querían agradecerte lo que has hecho por ellos. Por todos nosotros.

Ella le devolvió una mirada de absoluta incomprensión.

—Lo que he hecho… ¿yo?

Él la arropó con cuidado y le besó la frente, y ella cerró los ojos.

Manuel la miró de nuevo con el alma hecha trizas. Era increíble ver tan frágil a quien se había echado al hombro a toda una ciudad sitiada. A la misma que había atravesado a todo un oficial que la doblaba en tamaño para lanzarse después a por su batallón.

Y, sin embargo, así era.

La vio quedarse dormida mientras la tarde iba cayendo en el exterior y salió. Allí, como un pequeño fardo que alguien hubiera olvidado bajo una colcha vieja, reposaba la mujer que había salvado a sus vecinos de un final atroz. La que había derrotado al terrible corsario Drake y había cambiado con ello para siempre el curso de la historia. La que, gracias a un arrojo suicida, había destrozado los planes que había urdido la reina Elizabeth para hacerse con medio planeta.

La indomable Mayor Pita.

El alma de la ciudad.

Su heroína.

21 Aún se le conoce así por los que guardan su memoria en Coruña. Hoy, sus restos están soterrados.

CLX

Compostela, 17 de mayo de 1589

«Señor:[22]

Hoy han venido aquí el Conde de Andrade y el Conde de Altamira (porque don Pedro de Sotomayor quedó sobre las dos galeras en Betanzos para procurar meter socorro al marqués en la Coruña) y habiéndome hallado en su compañía, parece se resuelve el Conde como general por Vuestra Majestad por el cerco de la Coruña, de recoger la gente que ayer se esparció, y con las cinco compañías, tres de infantería y dos de caballos que están a cinco leguas de aquí, en Poulo, reforzarse y volver a hacer rostro al enemigo, a lo menos para estorbarle que no haga tanto daño como hace por la tierra, abrasando templos y casas y lo más que halla.

Témese que el enemigo tiene designo (por entender cuán bien fortalecidos tiene Vuestra Majestad los puertos de Portugal contra la intención de don Antonio, Prior de Crato) que procura echar seis mil hombres en tierra, y pasar su campo por Galicia, pasando el Miño por donde mejor pudiere, y que desea profanar esta Santa Iglesia y robarla, y saquear esta ciudad, la cual con los largos tiempos de paz está tan al revés de guerra que si Dios y el patrocinio del Santo Apóstol no la guardan, no veo orden ninguno como se pueda defender.

Por tanto, suplico a Vuestra Majestad mande enviar gente de socorro, porque este santo cuerpo del Apóstol, por nuestros pecados, no sea profanado de estos bárbaros herejes.

Dios nuestro Señor dé su luz y su gracia a Vuestra Majestad como yo su menor capellán se lo suplico, y guarde la Católica Real persona de Vuestra Majestad.

Santiago, miércoles, 17 de mayo de 1589

El Arçobispo de Santiago».

22 Carta autógrafa del arzobispo de Santiago, Juan de Sanclemente, al rey Felipe II, fechada en miércoles, 17 de mayo de 1589 (documento real, adaptado del castellano de la época).

CLXI

Coruña, 18 de mayo de 1589

La flota levó anclas con la marea de la mañana.

Desde los cubos de la muralla, los supervivientes contemplaron su partida en medio de un silencio sobrecogido. Habían sido dos semanas de infierno. Un torbellino de caos y destrucción se había abatido sobre su ciudad, poniendo sus vidas del revés. El pánico y la violencia se habían extendido por todos los callejones. Todos tenían muertos que lamentar.

Y ahora, catorce días después, la pesadilla había acabado. Al fin.

Con un cansancio de siglos en cada bisagra de su cuerpo los vieron zarpar. Algunos lloraban unas lágrimas que quemaban, otros murmuraban maldiciones con los dientes apretados y en la memoria de todos destellaban las sonrisas perdidas de los que habían caído.

La silueta indeleble de los que jamás volverían a pisar aquellas calles.

A bordo de la Counter Armada también reinaba el silencio.

El pesimismo se había extendido por las cubiertas como una maldición tangible. Más allá de la victoria inicial en la toma de la Pescadería, la mayor flota que jamás había partido de las costas de la Albión había fracasado estrepitosamente a la hora de rendir una pequeña ciudad de cuatro mil habitantes acantonada tras un muro decrépito. En la cabeza de los hombres de Drake daba vueltas ahora, como un enjambre, la misma obsesión: ¿cómo iban a tomar una ciudad de cien mil almas si habían fracasado allí?

La vieja Faro les había costado mil bajas, y habían perdido un buen puñado de barcos.

Ese era el desastroso balance de la operación sobre La Coruna. Habían obtenido pertrechos, pero el precio había sido demasiado alto.

A cambio de comida y vino se habían dejado la moral.

La primavera lisboeta asomaba en el horizonte, pero ya no había calidez en la brisa. Las tardes no eran luminosas, ni los vientos favorables. Ya no se oían cánticos en cubierta ni arengas enfervorizadas. Ni sueños ni ilusiones viajaban ya en aquellos barcos.

Se habían hundido en las aguas de una bahía.

El puerto de la vieja Faro era ahora su tumba.

Desde lo alto, Manuel los vio zarpar con los ojos resecos.

A sus pies, la ciudad devastada enmarcaba la cruel victoria.

Al alzar la vista hacia las colinas, cerró los párpados. Aquella travesía interminable llegaba a su fin, y sobre una estela rojiza flotaban pérdidas irreparables. Gregorio. Nemesio. Carmen. Se apoyó en una almena. Más allá quedaba Cuéllar. Y Bazán. Y sobre todos ellos, omnipresente, una figura inconfundible.

La del pequeño Tristán.

Al volver la mirada hacia el mar, Manuel apretó los puños.

En su futuro ya solo un destino se antojaba posible. Tenía que regresar a casa. No sabía lo que iba a hallar allá arriba, pero un mal presentimiento revoloteaba a su alrededor como una polilla negra. Unas sombras se habían extendido en los últimos tiempos desde las alturas.

Noticias inquietantes, venidas a través del camino, que hablaban de un rastro sangriento de caos y desolación.

Los vientos de guerra también habían sobrevolado la pequeña Poulo.

CLXII

Compostela, 18 de mayo de 1588

Tras la ventana, la ciudad se desperezaba.

En la explanada del hospital se oían las rutinas de cada día. Carros que chirriaban, cascos de caballerías, voces amistosas de quienes se topaban por casualidad. Nada nuevo. Sin embargo, en los oídos de Ambrosio ese rumor sonaba distinto.

Por vez primera, aquella melodía sugería los compases de una despedida.

Una exaltación tardía se encabritaba en su pecho. Verse preparando el equipaje le había hecho evocar otra partida, quince años atrás. Entonces, un ataúd vacío lo había obligado a huir con el ánimo destrozado. Unos mensajes que anunciaban anónimamente la muerte de Magdalena habían socavado su moral tras la desaparición. La culpabilidad había hecho el resto, impulsándolo a escabullirse en plena madrugada.

Sin embargo, ahora todo era distinto.

Al volver en sí, una sonrisa asomó a sus labios.

Jamás hubiera sospechado la verdad oculta de esos tiempos oscuros.

Por aquel entonces, había culpado al cabildo. De ahí las críticas feroces que había publicado en su famoso Viage. Las mismas que habían avivado la cólera de los canónigos compostelanos durante década y media.

No tenía nada de lo que retractarse, pues nada había allí que no fuera cierto.

Sin embargo, ahora veía que había errado el tiro.

Y por mucho, además.

Mientras se afanaba con el equipaje, los muchachos avanzaban a su encuentro.

El maestro dictaminaría quién tenía razón. Mundo les había contado que sus captores lo habían tratado bien. Aunque su apresamiento en los tejados había sido un tanto brusco, los soldados se habían limitado a encerrarlo bajo llave en una alcoba del palacio arzobispal. Nada más. Ni interrogatorios ni torturas.

Y lo habían alimentado como al mismísimo obispo.

—Auténticos manjares, en serio —había asegurado el primer día, sonriendo, mientras Formoso recogía sus útiles tras comprobar que se encontraba en perfecto estado de salud—. Y cuatro veces al día.

Por tanto, Sanclemente no podía ser el tirano retorcido que habían supuesto al principio. Y la argucia que tanto enfurecía al joven Suevos, la de haber escondido los vestigios sagrados en un lugar secreto, no era propia de un embaucador, sino de un hombre acorralado.

—Dime, Cándido…, ¿qué hubieras hecho tú en su lugar?

Para el Mundo regresado del encierro, el arzobispo solo estaba protegiendo lo que le había sido encomendado. Cumpliendo con su deber.

Pese a la convicción de Mundo, Cándido seguía en sus trece.

Aún no olvidaba que había estado a punto de morir entre los muros de la Falcona. Aquellos curas codiciosos no estaban defendiendo la santidad de una reliquia sagrada, sino sus propios privilegios y sus vicios.

Y así, enfrascados en una discusión interminable, habían acabado por salir en busca del maestro.

Los dos recorrieron los pasillos con gesto de convicción.

Sin embargo, al entrar se quedaron boquiabiertos.

Ambrosio no les había anunciado que fueran a abandonar Compostela, pero estaba acabando de empaquetar su equipaje.

—Maestro —titubeó Mundo—. ¿Nos vamos?

El licenciado cerró su cofre de viaje y los miró con cara de circunstancias. Iba a echar de menos a aquellos dos tunantes.

—Cándido, te lo ruego… —empezó Ambrosio, y al muchacho le pareció que un carromato pugnaba por salir del fango—. Aguarda fuera, por favor. Ahora estoy contigo.

Con un charco helado creciendo dentro de su pecho, el joven se retiró.

Mundo se quedó a solas con el maestro, que se acercó despacio y se plantó ante él.

—Tú aún estás a tiempo. —Ambrosio sonrió tristemente, y le ofreció un papelito que acababa de sacarse del bolsillo—. Yo no tuve esta oportunidad… Pero tú has sido más afortunado. Aprovecha la ocasión, pues no hay oro en este mundo que iguale un tesoro así.

Mundo cogió el papel y lo desplegó con mirada aturdida.

Tras un primer vistazo, sus ojos desorbitados se alzaron hacia el maestro.

—Descuida, hijo mío —lo tranquilizó él, sin dejar de sonreír—. Este no es falso, como el otro. Este me lo entregó en mano la persona que lo firma.

Mundo, con cara de no comprender nada, volvió a leer con voracidad.

Eran solo unas líneas.

«Amor mío:

Sé que no tengo derecho a nada, y puedo imaginarme el daño que te he hecho, pues terrible ha sido también para mí. Solo puedo decirte que no fue elección mía. Que no tuve más remedio, pues, como te dije aquella noche, no era dueña ni siquiera de mi vida.

Sin embargo, las cosas han cambiado. Déjame verte otra vez; prometo compensar la ausencia con caricias. Aquí, en el fin del mundo, hay un espacio de redención para corazones desahuciados.

Estaré esperando tu llegada con la luz de cada atardecer.

El portador de esta carta te dirá cómo hallarme si lo estima conveniente. Pongo mi felicidad en sus manos, pues las mías no merecen sostenerla, y sé que su criterio propiciará lo mejor para ti. No solo es un hombre sabio, sino el mejor que he conocido.

Si él considera que yo no soy lo que necesitas, aceptaré la soledad eterna como único destino.

Al fin y al cabo, tal vez ese sea el único desenlace justo.

Siempre tuya

Magdalena de Alba».

Mundo, boqueando como un pez fuera del agua, le dirigió una mirada temblorosa.

Que aquello fuera verdad, suplicaban sus ojos. Que no hubiera más decepciones.

Quiso formular una pregunta, pero las palabras se resistieron a salir de su garganta.

—Créeme que lo estuve sopesando, Mundo —le confesó el maestro, con una voz que arrastraba la escarcha de cien inviernos—. Y que incluso sostuve ese papel ante la chimenea… pensando en lo que la vida debería depararte después de este año sin retorno.

—Maestro… —suplicó él, con un hilo de voz.

—No sé si me estaré equivocando —dijo Ambrosio—. Pero creo que la única opción es arriesgarse. Quizás esto sea tu perdición, o tal vez todo lo contrario. He dudado mucho, créeme… Pero he llegado a una conclusión irrebatible.

Mundo contuvo el aliento cuando Ambrosio lo despidió.

—Ve, hijo mío. Lo que se hace por amor está por encima del bien y del mal.

No habían pasado ni dos minutos cuando Cándido vio que Mundo salía de la alcoba.

Llevaba un extraño brillo relampagueando en la mirada. Al observarlo más de cerca, su pulso se aceleró. Dentro de sus pupilas, una galaxia giraba fuera de su órbita.

Se dispuso a preguntarle qué había pasado, pero no tuvo ocasión.

—Me voy —lo atajó Mundo—. Y es posible que nunca volvamos a vernos.

Cándido palideció de golpe.

Mundo desprendía una energía que se le antojó casi sólida. Se dispuso a replicarle que no dijera tonterías, pero entonces, como para ocultar las lágrimas que asomaban a sus ojos, el muchacho se abalanzó sobre él para darle un abrazo que casi le descoyuntó los omóplatos.

—El maestro te lo explicará —le susurró al oído, mientras lo mantenía pegado a sí—. O tal vez no… No lo sé. Lo único que importa es esto, Cándido: recuerda siempre que te quiero. ¿Me oyes? Siempre.

Y sin más, evitando mirarlo a la cara, salió disparado por el corredor.

Cándido se quedó allí, estremecido y solo, contemplando cómo se alejaban aquellos hombros hercúleos para nunca regresar. En el último instante, aún pudo ver cómo Mundo se secaba las lágrimas con la manga.

Después se fue escalera abajo.

Al cabo de una eternidad vacía, Cándido se giró hacia la puerta de la alcoba.

Mundo desaparecía para siempre y el maestro estaba acabando de empaquetar su equipaje. Los signos eran inequívocos. Todo se derrumbaba a su alrededor. A diferencia de él, los demás parecían tener claro su futuro.

Buscando salir a flote, llamó suavemente y aguardó.

Al oír la voz del maestro al otro lado, entró. Traía el gesto demudado.

—Siéntate un momento —le pidió Ambrosio, mientras acababa de envolver unos libros—. La persona que aguardamos está a punto de aparecer.

Abandonando toda esperanza de comprender nada, el muchacho se dejó caer sobre una silla y clavó la mirada en la pared.

Al rato, unos toques en la puerta hicieron que Ambrosio levantara la cabeza.

Formoso asomó por la rendija entreabierta.

—Ambrosio —carraspeó, con una evidente incomodidad—. Está aquí tu… Tu visita.

Sin aclarar nada más, se hizo a un lado.

Cándido perdió el aliento al ver quién venía a visitar al maestro. Incrédulo, se volvió hacia Ambrosio con las cejas arqueadas, confiando en que todo fuera una especie de malentendido. Un desafortunado error.

Pero no. Los ropajes color púrpura del recién llegado despejaban todas las dudas.

El maestro le dedicó una mirada de asentimiento y le sonrió para tranquilizarlo.

Cándido se mantuvo a la espera. El señor de la ciudad se había presentado desarmado y solo en el Hospital Real. Era increíble, pero cierto. Juan de Sanclemente se estaba jugando el pellejo para reunirse con ellos. Bastaba con que cualquiera diese orden a la guardia real para que lo prendieran.

Había burlado la voluntad del monarca.

Sin embargo, ni Formoso ni el maestro parecían sorprendidos. Ni tampoco hostiles hacia el prelado. Más bien, se habría dicho que los tres estaban de acuerdo. Que habían sellado algún pacto de antemano. Al fin, los tres caballeros dirigieron sus miradas hacia él.

El muchacho, estremecido, cayó en la cuenta de lo que estaba pasando.

De un modo incomprensible, el pacto que habían cerrado se refería a él.

CLXIII

Compostela, 19 de mayo de 1589

—¿Partís sin vuestros pupilos, licenciado?

Lázaro González llevaba un rato aguardando ante la fachada del Hospital Real.

Al ir a montar había visto que el caballo de Ambrosio piafaba, ansioso por partir.

La compañía del licenciado era un regalo inesperado que no podía rechazar.

—No era otro mi objetivo que el de guiar sus aleteos, magistrado. El resto les corresponde a ellos —le sonrió el cronista, mientras aseguraba el último fardo a lomos de su montura—. De volar ha de ocuparse cada uno, pero perded cuidado: os aseguro que están listos para hacerlo.

El abogado correspondió a su sonrisa con un gesto risueño.

—¿Aceptáis compañía, al menos hasta Valladolid? Largo es el camino cuando uno no tiene con quién conversar. —Lázaro, bajando la voz, se puso serio de repente—. ¿O es que os dirigís a El Escorial?

Ambrosio tensó las riendas y puso un pie en el estribo.

Mientras se acomodaba, sonrió más ampliamente.

—Nada se me ha perdido ya en San Lorenzo —sentenció—. Me vuelvo a casa, letrado.

Lázaro vio cómo el cronista se agachaba para recibir el abrazo de Formoso y cómo el boticario, pese a ser grande como una montaña, se retiraba de vuelta a su hospital con los ojos húmedos. Las sonrisas se apagaron, y el trasiego del obradoiro se elevó desde el fondo de la escena al primer plano.

Sin decir más nada, los dos jinetes arrearon a sus caballos. Tenían el gesto serio.

Abandonar Compostela nunca es trabajo sencillo.

Las fachadas de piedra les dedicaron la mirada hueca de sus ventanas sombrías. Era como si aquella ciudad, curtida en siglos de lucha e impregnada del fervor de millones de caminantes, fuera inmune a cualquier amenaza. Al tiempo imparable que agosta los páramos y al polvo del olvido que arrastran las estaciones.

Compostela, impasible y eterna, les permitió partir sin inmutarse.

No hubo un adiós.

Tan solo la expresión vacía de su rostro de piedra.

Al rato, Ambrosio volvió en sí.

—¿Y vos, Lázaro? ¿Habéis decidido abandonar a los jueces de la chancillería? —El cronista decidió romper el silencio al apreciar que el abogado también había sobrevolado parajes sombríos en aquel primer trecho—. ¿Vais a abandonar vuestro pleito o lo estáis dejando para una ocasión más propicia?

Lázaro se quedó mirando a lo lejos.

—Vuestro sobrino ha jugado bien sus cartas, licenciado—. Hacer desaparecer las reliquias hubiera sido inadmisible en cualquier otra circunstancia, pero…

—No hay reliquias sagradas en esa catedral, magistrado. Si acaso, algún trozo de hueso imposible de identificar… y una fanega de polvo, como mucho.

El abogado asintió con pesar.

—Más allá de eso, Ambrosio —aceptó—, casi os diría que ya no me importa… La mentira sobre la que se ha cimentado Compostela acaba de hacerse indemostrable para siempre, y ha sido gracias a la astucia de Sanclemente. O a la malicia de sus canónigos, me da igual.

—Lo ha hecho, sí —corroboró Ambrosio—. Con el pretexto de los herejes. Ese es su argumento, y la verdad oficial en los siglos venideros. Debemos asumirlo. Por mucho que vos y yo sepamos que Drake jamás hubiera atacado Compostela.

Sus caballos se cruzaron con un grupo de peregrinos. Todos traían una inconfundible luz de expectación en la mirada. No era de extrañar.

Tras un camino extenuante, por fin estaban a las puertas de la ciudad sagrada.

CLXIV

Compostela, 19 de mayo de 1589

Sanclemente contempló la catedral con aire pensativo.

Sus ojos errantes pasaron, aunque sin verlo, sobre el botafumeiro de plata que pendía sobre el crucero. No era de extrañar; los pensamientos del arzobispo, como pájaros que no supieran regresar al nido, atravesaban unos cielos atiborrados de nubarrones.

Un chirrido a su espalda llamó su atención, haciéndole volver en sí.

Eran los goznes de la puerta que conectaba directamente su palacio con la catedral.

El eco de unos pasos indecisos le confirmó que quien acababa de adentrarse en el templo era la persona que él estaba esperando.

—Acércate, Cándido —dijo en voz alta hacia las sombras, sin girarse—. Toma asiento aquí, a mi lado.

El muchacho recorrió la nave con el alma en vilo.

—¿Te has instalado ya? —le preguntó Sanclemente, cuando llegó a su altura—. Habrás visto que tu cámara está próxima a la mía. Voy a necesitarte junto a mí a partir de ahora.

Cándido asintió tímidamente.

Apenas hacía un par de horas que el maestro había abandonado la ciudad, y aún acusaba el impacto de lo que le había traído aquel vaivén incierto. La tarde anterior se había quedado con la boca abierta al ver aparecer al prelado en la alcoba del maestro. Mucha tenía que ser la confianza que el metropolitano de Compostela depositaba en su tío para ir a meterse en la boca del lobo. El Hospital Real era el único lugar de toda la ciudad donde el rey hubiera podido mandar prender al arzobispo, a raíz de lo sucedido con las reliquias sagradas o por cualquier otro motivo. Y, sin embargo, en aquel lugar precisamente se había presentado a pecho descubierto, y con una calma que al muchacho le pareció inusitada. Sin armas. Sin escolta.

Sin mostrar temor alguno.

Al verlo entrar, Ambrosio le había dado uno de esos abrazos que son capaces de tender puentes sobre abismos. Después, al separarse, le había sujetado la cara con las manos temblorosas.

—Nos has devuelto a Mundo, Juan —le sonrió, con los ojos húmedos. El prelado quiso bajar la mirada, pero el cronista lo obligó a alzar el mentón—. Te juré que te entregaría lo más valioso que tengo… Y ya sabes que yo nunca falto a mi palabra.

Formoso se había retirado murmurando un no sé qué sobre atender a sus pacientes, y Cándido se había quedado a solas con el maestro y su sobrino. Entonces, de nuevo, los dos habían vuelto hacia él una mirada enigmática. El muchacho, con el corazón en la garganta, contuvo la respiración.

Habían acordado algo que le atañía, pero estaba en ascuas.

Como en sueños, pudo oír que Sanclemente confirmaba que ya había reservado una alcoba en palacio para su nuevo secretario. Los dos cruzaron unas cuantas frases entre gestos de asentimiento, y tras unos minutos se despidieron con un nuevo abrazo, largo y sentido.

Finalmente, el arzobispo se había marchado igual que había venido.

—Prepara tus cosas, Cándido —le había indicado Ambrosio después, sin más explicaciones —. Mañana a mediodía deberás instalarte en el palacio episcopal.

Haciendo caso omiso a la desolación de su aprendiz, el licenciado retornó a su equipaje. Solo cuando el joven, más aturdido que nunca, cerró la puerta tras de sí, Ambrosio levantó la cabeza.

Una lágrima rodaba por su mejilla arrugada.

A una noche en una frágil duermevela —salpicada de pesadillas en las que ardían tejados, se veía una celda oscura y tenía que tenderse junto a Cabana, desnudo y lascivo— le sucedió un alba destemplada.

Incapaz de asimilar lo que estaba sucediendo, Cándido se levantó y preparó sus cosas.

Bajo el son de las campanas de mediodía, se presentó con su petate ante las puertas del palacio.

—Monseñor os aguarda en la catedral, caballero —le indicó el capitán de la guardia con un servilismo que a Cándido le extrañó hasta que recordó que el prelado había mencionado a su «nuevo secretario»—. Podéis acceder directamente por esa puerta del fondo.

Y allí estaba ahora, con el reflejo de las velas bailando en sus pupilas.

—¿Te estás preguntando dónde lo hemos escondido? —sonrió Sanclemente.

Al volver en sí, Cándido advirtió que el prelado escrutaba su expresión por el rabillo del ojo. Aturullado, negó torpemente. La mirada que le dirigió el metropolitano le hizo dudar, y entonces echó un vistazo en derredor. El suelo de la catedral se extendía a sus pies, hacia los cuatro puntos cardinales. Lo escrutó minuciosamente bajo la luz de las candelas. No había nada que hiciera pensar que habían estado hurgando allí en los últimos tiempos.

—Respecto a eso… —Cándido dudó—. Monseñor…

—Llámame Juan cuando estemos a solas —lo cortó Sanclemente, animándolo después por señas a continuar.

—Bueno, Juan… —balbució el joven, doblemente turbado—. La verdad es que creo que no habéis escondido nada. Es más… Estoy bastante seguro de que… de que aquí nunca ha habido nada que esconder.

El sonido de su propia voz le hizo morderse la lengua.

Por un instante deseó haberse tragado sus palabras en lugar de escupirlas así, sin medir las consecuencias. Aunque esa fuera la verdad, tal vez no propiciara el mejor comienzo, precisamente, ante aquel hombre. De todos modos, alzó la frente. Él lo había aprendido todo del gran Ambrosio de Morales.

Para su sorpresa, Sanclemente sonreía con gesto tranquilo.

Al verlo así, recordó que él también había crecido junto al cronista de Castilla. Cada vez más confundido, desvió la mirada hacia el altar.

Empezaba a creer que las sorpresas tal vez no hubieran hecho más que empezar.

—¿No es más fascinante una tumba vacía que un puñado de huesos? —le preguntó Sanclemente, sin perder la sonrisa—. ¿No le ves más sentido a galopar tras una ilusión que a honrar un cadáver desmembrado? No yace aquí ningún muerto ilustre, claro que no. Pero sí palpita la esperanza viva de millones de caminantes, y se han forjado incontables sueños a lo largo de los siglos.

Cándido, aunque a tientas, atisbó una luz en la convicción del prelado.

Sus afirmaciones eran como mazazos que empezaban a hacer mella en su conciencia.

Tal vez fuera él quien había estado ciego hasta entonces.

—Siempre he sabido lo que aquí se custodia en verdad, mi joven amigo —siguió

Sanclemente, cambiando la sonrisa desdeñosa por una mirada de comprensión—. Pero eso no le ha restado energía a mi cometido. —El muchacho bajó la cabeza, avergonzado. Tal vez su arrogancia no hubiera sido más que inconsciencia. Y su vehemencia, torpeza—. No hay lugar en el mundo como Compostela, Cándido. Por eso te digo que no puede haber misión más gloriosa que velar por esta ciudad. Aquí han venido durante siglos, cada día, cientos de romeros. Incluso miles. Entrar en esta iglesia habrá sido uno de los momentos culminantes de sus vidas… ¿Y tú sigues pensando que todo se reduce a un sepulcro vacío? Aquí se abrazan y lloran; aquí los invaden las emociones más intensas que jamás conocerán. Esa llegada será, a buen seguro, la imagen que los acompañe el día que abandonen este mundo. Han vivido la aventura de sus vidas. Le han dado un sentido a su existencia… ¿Qué importa, pues, si hay huesos o no?

El muchacho le dedicó una mirada culpable y Sanclemente, comprensivo, colocó una mano en su antebrazo.

—Tranquilo, mi joven amigo. Acudiste aquí para cumplir el encargo del rey más poderoso de la Tierra; es normal que el fulgor de esa misión cegase tus ojos. No obstante, ahora comprendes la verdad. Compostela es eterna, Cándido. Precisamente por eso es intocable. Esta es una ciudad única en el mundo. Ha sido construida sobre mentiras, pero también sobre sueños. Ambas realidades se han ido entrelazando a lo largo de los siglos. Imbricándose de una manera tan enrevesada que no podrías decir dónde acaban unas y dónde empiezan los otros.

Cándido clavó una mirada ausente en el Santiago peregrino del retablo.

La catedral, silenciosa y sombría, los cubría con su abrazo de piedra.

Al cabo, el muchacho se volvió hacia el prelado.

—Y ahora… ¿qué? —preguntó.

Sanclemente cruzó los brazos ante el pecho.

A través de sus ojos afloraba el peso de la responsabilidad, pero a Cándido le pareció que en el fondo danzaba, solemne pero festiva, una promesa de futuro.

—He estado muy solo todo este tiempo, Cándido —respondió al fin—. Tu maestro lo sabe bien. Mis canónigos me han ayudado… o, al menos, lo han intentado a su manera. Pero ellos no son las personas que quisiera tener a mi lado. Me quedan muchos años de mandato, y muchas cosas por hacer.

—Pero yo…

—Sé bien lo que piensas —lo atajó Sanclemente, nuevamente risueño—. Crees que no estás preparado. Que este no es tu camino. Y que ni siquiera has elegido estar aquí… No obstante, te equivocas. Y en todos los puntos, además.

El muchacho, con el pulso acelerado, esperó una explicación.

—Tu maestro no mentía al prometerme lo más valioso que tenía. Quédate a mi lado, Cándido. Empecemos una nueva era para Compostela. Te prometo que valdrá la pena.

Tras un silencio dubitativo, Cándido asintió.

Sanclemente, satisfecho, le puso una mano en el hombro.

—Juntos le devolveremos el brillo perdido.

CLXV

Fisterra, 19 de mayo de 1589

La luz del amanecer le mostró el mar a lo lejos.

Mundo había cabalgado durante toda la noche. Desde que el maestro le había entregado la carta apenas había hecho otra cosa.

Había recogido sus pertenencias con el corazón dando brincos, había ensillado su caballo a toda prisa para tomar el camino del Finis Terrae y había partido sin mirar atrás.

Por fin, bajo el cielo violáceo de un alba de primavera, llegó a Fisterra.

La mañana ya estaba avanzada cuando se adentró en la villa.

Al final de la playa, el maestro le había dicho que hallaría unas casitas de pescadores dispuestas a lo largo de unas callejuelas estrechas. Debía alcanzar el final para encontrar el camino de la Ara Solis.

—Allí verás un gran monte que corta la mar océana como una inmensa espada de piedra. A sus pies hallarás una iglesia antigua, dedicada a Nuestra Señora, y un sendero que parte desde su puerta en dirección a la cumbre. Ese es el lugar donde un día estuvo el Altar del Sol. Encamínate hacia allí, y… En fin, eso es todo. No puedo decirte más.

Una vez junto a la iglesia de Santa María, el muchacho miró arriba. En efecto, allí comenzaba una senda que, entre la maleza, serpenteaba hacia las alturas. No había pérdida. Al cabo de un rato, cuando ya el sol se alzaba vertical sobre su cabeza, el camino se despejó de zarzas y retamas. Se dio cuenta de que había ganado altura sobre el mar. Allí, desde un claro tapizado de monte bajo, contempló el panorama. A su alrededor, la inmensidad azul era hendida por una gran hoja granítica que partía las aguas con insolencia.

Era fácil comprender que allí se hubiera enclavado un día la mítica Ara Solis.

La infinitud del universo se desplegaba en aquel monte como en ningún otro sitio. Allí empezaba el mar, y allí terminaba la tierra.

Mundo divisó a lo lejos una ermita.

Ese tenía que ser el lugar hacia el que lo había enviado el maestro. Allí, según indicaba la carta, ella debería estar aguardando su llegada bajo las luces de cada atardecer.

Con las tripas en un revoltijo, dio un golpe de espuelas. El caballo fue acercándose a la ermita. El ruido de los cascos, amortiguado por la vegetación, se diluía entre el rugido de las rompientes que se elevaba desde los acantilados.

Mundo rodeó la iglesita hacia la puerta principal, y todas sus ensoñaciones se deshicieron de golpe. Las dudas, el miedo y las penurias se esfumaron de repente.

Sentada junto a la puerta, con el sol en la frente y contemplando el horizonte, estaba ella. Callada, pensativa y sola. Al advertir una presencia en la esquina se volvió, sobresaltada.

Cuando sus miradas se encontraron, el mundo dejó de girar.

Las olas dejaron de romper en los cantiles, a sus pies, y se hizo un silencio abisal. La brisa dejó de alborotarles los cabellos, y hasta se habría dicho que las gaviotas que planeaban a lo lejos se hubieran quedado claveteadas sobre el mar.

El fin del mundo era ahora el centro del universo.

En torno a ellos, todo se difuminó. Ya no había nada más.

Ya solo estaban los dos.

Mundo desmontó despacio, y ella se incorporó.

Con unos movimientos que desprendían incredulidad, fueron aproximándose poco a poco. No hubo palabras cuando al fin se tocaron; solo un abrazo inacabable. Él hundió su cara en los rizos de ella e inspiró profundamente.

Y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió en paz.

Después, oyó su voz junto al oído.

—No sabría si vendrías —musitó ella—. Si podrías perdonarme.

Él la estrechó más fuertemente, abarcando todo su cuerpo. La sintió palpitar entre sus brazos como si fuera a derrumbarse de un momento a otro. Su espalda apenas era un junco a punto de romperse.

Su corazón, pegado al suyo, latía como el de un pajarillo.

—Aun así, te hubiera esperado toda la vida —siguió ella, muy bajito.

Él dejó que reposara en su hombro con una mirada de piedra clavada en el horizonte.

—No habrás olvidado quién soy —le sonrió, aunque tras su gesto forzado se adivinase un dolor profundo. Ella le correspondió con una sonrisa llorosa, y negó con la cabeza—. Bien. No solo las grandes mentiras optan a hacerse eternas.

Ella asintió ahora, temblando, y él la besó muy despacio.

Cuando se separaron, no había sombras. El sol de la Ara Solis las había dispersado para siempre en aquel mediodía. Mundo, con su auténtica sonrisa aflorando de nuevo, le agarró las mejillas entre las manos.

En su voz, ahora, despuntaba una primavera luminosa e imparable.

—También el amor puede ser inmortal.

CLXVI

Poulo, 25 de mayo de 1589

Manuel contempló la aldea como quien se halla ante un desierto.

Tras su espalda humeaba un panorama devastado, y lo que tenía delante presentaba más dudas que luces.

Despedirse de Bertendona había sido duro. El gran almirante, que había logrado resistir en el fuerte de Santantonio gracias a los cañones que su provisor había rescatado de la Ragazzona, se tropezó con él cuando Manuel salía del despacho de Cerralbo.

Maese Poulo acababa de anunciarle al gobernador que volvía a casa.

—¿Cómo que te vas? ¿Ni siquiera un vino con un viejo amigo? —lo abordó el marino, junto a la puerta, con un aire forzadamente jovial.

—Haz lo que puedas por Mayor —dijo Manuel por lo bajo, antes de girarse sobre sus talones y desaparecer para siempre—. Es una muchacha fuerte, pero lo ha perdido todo.

Después, partió.

Bertendona lo vio alejarse con una sensación de pérdida irreparable.

Lo comprendía. Pese al triunfo, cualquier celebración entre ellos dos se hubiera visto empañada por el sabor de la sangre. Habían presenciado juntos demasiadas desgracias. Habían llorado, mano a mano, demasiadas muertes. Habían vivido demasiada guerra.

Un viejo proverbio resonó entonces en su cabeza, con ecos de mar de fondo.

«Incluso en la victoria, la guerra es más parecida al infierno que a la gloria».

Mientras se alejaba del mar, aquella despedida insulsa iba dando vueltas en su cabeza.

Después de todo lo vivido junto al almirante, le habría gustado que su historia hubiera tenido un final distinto. Recordó los días de asedio. Los bombardeos. El miedo. Y, sobre todo, el rostro devastado de Mayor. Todo le recordaba a ella en tan amarga hora.

Sus pasos cansados lo fueron arrastrando, poco a poco, tierra adentro.

Cuando pasó por Sigrás, vio unas piñas tiradas en el suelo.

Había abandonado Poulo tres semanas atrás.

No se arrepentía de haber corrido en auxilio de sus amigos, pero intuía que la deuda contraída durante aquel breve infierno no iba a tardar en asomar con una sonrisa negra.

Empezaba a intuir que el coste tal vez hubiera sido terrible.

Paso a paso, Manuel fue llegando a Poulo.

Al verse cerca recordó las noticias imprecisas que, durante el asedio, habían ido oyéndose en Coruña. Un gran contingente se había reunido en la aldea antes de partir en auxilio de la ciudad. Los militares habrían ocupado las casas y habrían confiscado animales y alimentos antes de encaminarse a la batalla. Los lugareños, ya bastante empobrecidos antes de su llegada, habrían tenido que esconder lo poco que tenían para no quedarse sin nada que echarse a la boca.

Que lo hubieran logrado era otro cantar.

Manuel se detuvo en la entrada de la aldea.

Alguna chimenea humeaba contra el cielo azul, y el verde de la vegetación era tan vivo como solo puede serlo en primavera.

A simple vista, Poulo respiraba la placidez de los tiempos tranquilos.

Sin embargo, a sus ojos aquel era un paraje yermo que ocultaba una premonición grisácea.

A su izquierda se alzaba, solitario y mudo, el arbolito de siempre. Al verlo, el recuerdo de una manta de viaje le trajo una imagen que solo el humo del asedio había logrado nublar temporalmente.

Arriba, en el cielo, apareció la sonrisa incombustible del pequeño Tristán.

Una lanza de hielo lo atravesó con el sobresalto frío de un despertar a destiempo.

Se obligó a seguir adelante.

Ya solo lo separaban unos pasos de la casa de sus padres. El fuego encendido, los olores de la infancia y el runrún de los pucheros le traerían un bálsamo de distracción. Algo de ruido con el que paliar la tortura de aquel silencio angustioso.

Luchando contra la herrumbre, continuó.

No obstante, solo llevaba unos pasos cuando un presentimiento oscuro lo forzó a detenerse en seco.

La casa presentaba ese aspecto entre sombrío y descuidado que sugiere un poso de abandono. Unas hojas arremolinadas ante la puerta, la chimenea apagada, esa mirada tristona de las ventanas vacías… La estampa en su conjunto lo clavó al suelo.

No tenía fuerzas para enfrentarse a aquel augurio.

Una vecina, al verlo allí, se acercó retorciéndose las manos.

—¿Manuel? —le preguntó, con voz temblorosa.

Cuando reunió fuerzas para volverse hacia ella, vio que tenía lágrimas en los ojos.

Entonces confirmó que algo terrible había pasado.

Unos brotes tiernos empezaban a crecer sobre las tumbas.

En el camposanto de Poulo, Manuel se arrodilló ante dos enterramientos sin lápida. Aún mostraban una capa de tierra fresca por encima. La angustia de saber que la guerra había caído sobre su hijo, junto con la carestía provocada por las requisas, habían acabado de hundir a los dos ancianos. Los habían encontrado al cuarto día, al ver que no asomaban por la puerta ni encendían la chimenea. Eso le contó la mujer, entre sollozos.

Estaban los dos acurrucados en la cama, abrazados. Como durmiendo.

Con aquella imagen tras los párpados, Manuel se quedó allí una eternidad.

El sol fue bajando sobre el horizonte, como cada día. Al ver que no reaccionaba, la vecina que lo había conducido hasta allí con ademanes de alma en pena trató de levantarlo del suelo.

—Vamos, Manuel —lo abrazó, mojándole las mejillas con sus lágrimas.

Él se dejó llevar.

Ya en casa, se tumbó en su cama de siempre con los ojos abiertos.

Por negros que hubieran sido sus presentimientos, la realidad había resultado peor. El pasado era un llano en llamas, y el futuro acababa de deshacerse entre sus dedos.

La noche iba a ser larga, lo sabía bien. Unos monstruos indeterminados acecharían desde las esquinas, y unas sombras tentadoras sobrevolarían su cabecero lanzándole envites envenenados. Decidió que les permitiría hacerlo hasta el amanecer.

Después, un nuevo día asomaría tras las colinas.

Que no olvidasen los fantasmas que él era Manuel de Poulo.

Había combatido en Lepanto, y el espíritu del gran Bazán lo había guiado desde entonces. Había surcado los mares a bordo de la Ragazzona como oficial de la Gran Armada. Martín de Bertendona, nada menos, era su amigo.

Y se había enfrentado al ejército de Drake al pie de una muralla decrépita.

Aceptó que esa noche ganasen los demonios. Al alba se obligaría a ser el mismo de siempre. El que nunca sucumbía al desaliento. El que jamás se había rendido al hambre, al plomo ni a la miseria.

Entonces se levantaría, e iría a ver a un cantero. Tenía que encargar dos lápidas. Después encendería el fuego y trabajaría en la ardua tarea de volver a respirar. No era la primera vez que tenía que inventar un renacer. A la tarde le sucedería la noche, y a esta, el amanecer.

Después de la primavera regresaría el verano.

En el cielo, cada tarde, vería pasar a sus padres.

Tal vez también se encontrase con Gregorio al vagar por los caminos, o con la sonrisa angelical de Carmen. O con los compañeros caídos de la Ragazzona. Incluso con el capitán Cuéllar, por qué no. Seguro que algún día también lo visitaba don Álvaro.

Y agarrado de la mano pasearía entre las nubes con el pequeño Tristán.

Eso haría.

También a la noche más negra le sucede un nuevo día.

CLXVII

Alcalá de Henares, 28 de mayo de 1589

Regresar a casa en paz por vez primera.

Al fin, Ambrosio caía en la cuenta de lo que eso suponía.

Durante quince años no había hecho más que vagar envuelto en bruma. Cada nueva partida no era más que una huida hacia delante, y cada regreso, un espejismo falaz. Promesas que auspiciaban un descanso que, al final, nunca se daba. Ahora lo veía.

No hay remanso que pueda dar paz a quien porta en su interior una batalla.

El cronista se adentró en las calles con una sonrisa en los labios.

A los lados, la vitalidad de la villa universitaria afloraba por doquier. El sueño de Cisneros florecía a cada paso ante sus ojos en las risas de los muchachos que poblaban las plazas, y a los que hasta entonces jamás había visto.

Hasta lo que se estaba viviendo en Lisboa se hizo insignificante.

Por él, como si Portugal entero se desgajaba del continente.

Al entrar en casa lo recibieron los de siempre.

Su ama de llaves, solícita pero seca; su cuarto, impoluto pero falto de calor humano, y los ecos de unas estancias que siempre mostraban un semblante indiferente.

Antes, el pretendido refugio había resultado un pozo de tedio y soledad.

Mas no esta vez, sonrió a solas. Ahora todo era distinto.

Nada más dejar a Lázaro en Valladolid había empezado a fantasear.

A medida que su caballo avanzaba, Ambrosio dejó volar su imaginación sobre los interminables caminos castellanos. Incluso soñó que ella tal vez estuviera en Alcalá aguardándolo. No le importó perderse; al fin y al cabo, era la primera vez en mucho tiempo que tenía motivos para dejarse ir.

Eso le hizo llegar a Alcalá sin el desaliento de otras veces.

Como era de esperar, ella no estaba. La carta que tantas veces imaginó tampoco aguardaba sobre su escritorio, ni había recado alguno.

Ni un mensaje por descifrar. Nada.

No obstante, no perdió la sonrisa. Al fin estaba en casa, y se sentía en paz. En los últimos tiempos había podido restañar heridas seculares y sellar alianzas eternas. Logros de apariencia fútil, pero que le permitían auspiciar un futuro con aroma de mar en calma.

Al pensar en los muchachos, su sonrisa se enfrió.

Mundo viviría para siempre en el Finis Terrae. Con suerte, pronto se vería rodeado de unos titanes en miniatura que Ambrosio quiso imaginar clavaditos a su padre. Cándido sería el báculo que el bueno de Juan necesitaba para sacudirse de encima a aquellos canónigos retorcidos. Entre los dos podrían acometer todos los proyectos que su sobrino, asediado por el infortunio, se había visto obligado a guardar en un cajón hasta que pasase la tempestad.

También hubo tiempo para el rey.

Felipe, acorralado por sus enemigos en el otoño de su vida, no iba a tener más remedio que dejarlo en paz. La amenaza que se cernía sobre su reinado lo obligaría a volcarse en la política, y

lo sucedido en Compostela había anulado cualquier maniobra futura.

El arzobispo al que él mismo había nombrado le había salido rana.

Todo le hizo evocar, finalmente, a Magdalena.

A los años de ausencia y soledad, y a la tortura de creer que la habrían matado por su culpa. Los días oscuros siempre vuelven, imprevisibles como vencejos al vuelo.

Sin embargo, ella no solo estaba viva, sino que lo había amado en la distancia tanto como él a ella. Tal vez no supiera dónde estaba ni cuáles eran sus planes para el futuro, pero todo había cambiado de forma radical.

Ahora, por vez primera en muchos años, el sol brillaba entre las nubes.

Donde había apedreado un granizo incesante reinaba la calma.

Donde había rugido el viento florecían, al fin, las amapolas.

Hasta deshacer el equipaje se le antojó en esta ocasión una tarea agradable. Sobre todo, al compararla con todas las veces que se había derrumbado sobre su escritorio nada más entrar en casa.

Y así la tarde fue pasando, dulce como un paseo entre almendros en flor.

Ya estaba colocando los últimos libros cuando el ama de llaves llamó a la puerta.

—Señor —musitó ella, asomando apenas.

Traía una inexplicable perplejidad reflejada en el rostro, habitualmente inexpresivo.

Ambrosio se volvió con una ceja alzada. ¿Qué la había alterado desde su llegada?

—¿Sí?

La silueta de una fantasía hizo un requiebro, y una intuición despertó en su pecho una ilusión difusa.

—Es que… —dudó la mujer, indecisa.

—¿Sí? —insistió él, casi sin aire.

Tras unos segundos interminables, ella entrecruzó los dedos con azoramiento.

—Os aguardan abajo, señor. Tenéis visita.

Parte quinta

Tres siglos y un parpadeo

1879

«El señor Santiago había regresado a su ciudad
para regocijo de fieles y peregrinos.
Que fuera cierto o no, entre el estruendo,
carecía de importancia».

Epílogo

Catedral de Santiago, enero de 1879

Antonio se sacudió el polvo con gesto serio.

La excavación había sido un éxito. Pronto pasaría a ser considerada como un hito de la arqueología mundial.

Solo faltaba que se difundiera lo que él había hallado en el subsuelo de la catedral.

Al pensarlo, se puso serio. Lo cierto era que no había luz, ni razón ni ciencia en todo aquello. Más bien, habían triunfado las sombras de siempre.

Las mismas que habían forjado el mito durante más de mil años.

La exigencia del cardenal había sido tajante:

—No me importa el modo, pero recuperad la reliquia. Ha estado desaparecida trescientos años. Enterrada en algún lugar de este templo desde que los piratas ingleses pretendieron profanarla en tiempos de Felipe II. Es hora de que el señor Santiago regrese a su catedral.

Ese día, el arqueólogo se había limitado a asentir.

No quería polémicas; por eso no se había rebajado a rebatir tal sarta de sandeces.

Bastante había tenido ya con la chapuza de excavación de aquellos inútiles.

Al evocar esos días, su mirada se endureció.

El prelado había puesto la operación más delicada en manos de unos botarates sin formación. Menos mal que lo había avisado a tiempo un bachiller. Un alumno de sus clases de Arqueología Sagrada en la universidad.

A diferencia del cardenal, él era un hombre formado. Historiador, escritor, catedrático y arqueólogo, amén de miembro distinguido del cabildo compostelano.

Solo él podría haberse hecho cargo de una excavación así.

De hecho, allí estaban los resultados. Con la prospección terminada, el cometido que le habían encargado estaba más que cumplido. Allí estaba la caja. Que el cardenal, ayudado por su inefable falta de escrúpulos, hiciera el resto.

Su jugada, a buen seguro, iba a obtener los resultados esperados.

Antonio negó en silencio.

El cardenal anunciaría de inmediato que los restos del apóstol Santiago habían sido recuperados. Daba igual que nadie supiera qué podía haber en aquella urna que él había hallado. La verdad, para ese hombre, carecía de importancia.

La Santa Sede recompensaría la hazaña, estaba seguro.

De hecho, Miguel Payá, el teólogo al que el Vaticano había puesto al frente de la cátedra compostelana, ya había sido investido cardenal. Quién sabía hasta dónde podría llegar a raíz de aquel descubrimiento. El trono de Pedro solía estar reservado a anguilas resbaladizas.

A hombres mediocres con grandes ínfulas y pocos escrúpulos.

La noticia se extendió como el eco de un cañonazo.

El canónigo compostelano Antonio López Ferreiro[23] había recuperado el cuerpo del apóstol Santiago, cuya ubicación bajo la catedral se había perdido siglos atrás en la niebla del olvido. El secreto se lo había llevado a la tumba el arzobispo Sanclemente tras el ataque del pirata Drake al

puerto de Coruña, trescientos años antes.

El redescubrimiento de la reliquia fue la comidilla en las tertulias de medio mundo.

A nadie le importó que la operación se hubiese orquestado con oscurantismo, ni que hubiera tenido lugar sin el necesario rigor científico.

Exactamente lo que Antonio había previsto.

La excavación se había ejecutado de noche y a salvo de miradas indiscretas. Ante tanta incógnita y tanto hermetismo, los más cultos y escépticos torcieron el gesto.

Más panem et circenses, rezongaron. Más leyenda y más superstición.

No obstante, la postura crítica fue minoritaria.

Para la gran mayoría, solo había motivo de alborozo. Los brindis se extendieron por las mesas y los altares. El señor Santiago había regresado a su ciudad para regocijo de fieles y peregrinos. Todo lo demás palidecía al lado de tan colosal deflagración. El rigor omiso, la transparencia ignorada. Todo daba igual. El Camino volvería a llenarse de concheiros y la ciudad recuperaría las primaveras de esplendor perdido. Eso era lo importante.

Que fuera cierto o no, entre tanto estruendo, carecía de interés.

La verdad, en muchas ocasiones, está sobrevalorada.

Antonio López Ferreiro contempló su hallazgo con gesto serio.

Daba igual que todo fuera mentira si nadie perdía, se encogió de hombros.

Y cuánto más —caviló después— si todos ganaban.

Como un nuevo Pelagio, aunque mil años después, había redescubierto el sepulcro sagrado. Una nueva Inventio había tenido lugar. La historia no se repite, pero rima en asonante. Esa sería ya para siempre la versión oficial de la sede compostelana y de toda la cristiandad.

La tumba de Santiago y sus reliquias sagradas habían sido halladas.

Eso sí: el tiempo de los milagros había quedado atrás.

Ninguna estrella señalaba una tumba esta vez.

Esa noche no hubo luces sobre Compostela.

Fin

23 Así pasó a la historia, al hallar la reliquia tras trescientos años en paradero desconocido.

Parte sexta

Luces sobre Compostela

2022

«El tiempo de los milagros había quedado atrás.
Ninguna estrella milagrosa
señalaba una tumba, esta vez.
Esa noche
no hubo
luces sobre Compostela».

Notas del autor

Compostela, 15 de noviembre de 2023

El mundo hubiera cambiado de un plumazo para siempre. Sin embargo, no fue así.

Aquella tarde de mayo, las gentes de la vieja Faro tenían una cita con la eternidad.

Los planes de Elizabeth para hacerse con medio planeta la hubieran convertido en una de las soberanas más poderosas de toda la historia. Con un reino como Portugal anexionado a su Corona, con todas las colonias que los navegantes portugueses habían explorado durante el siglo y medio anterior, con el comercio de los opulentos territorios que Portugal dominaba en América, África y Asia y con la ruta española de Indias controlada desde las Açores, el fastuoso Imperio español se habría visto partido en dos en el momento en que despuntaba como primera potencia mundial en todos los océanos.

Lo que aún seguiría siendo durante varios cientos de años.

La historia de la humanidad, como decimos, hubiera cambiado radicalmente si la expedición de Drake hubiera obtenido una victoria. Sin embargo, no fue así.

El plan de la reina fracasó antes de arribar a Lisboa.

La gran capital atlántica, ciudad cosmopolita de un tamaño aproximado en aquella época al de Londres, no se alzó en armas contra los españoles al ver la llegada de la flota inglesa. Entre un rey extranjero ya asentado en el trono y una monarca también foránea que enviaba la guerra sobre sus cabezas a bordo de los mismos navíos que habían asolado sus costas, el pueblo portugués se mantuvo a la espera. Y entonces sucedió lo único previsible. Las fuerzas de Felipe, tanto las españolas como las portuguesas, estaban bien protegidas tras las murallas. Descansadas, pertrechadas y bien alimentadas. Sin embargo, las de Elizabeth llevaban a la espalda una singladura larga y desafortunada.

Arrastraban el desastre que se había forjado en Coruña.

Aquella expedición resultó ser la mayor catástrofe que la marina inglesa sufriría jamás. Pese a que fue la Spanish Armada la que pasó a los anales como la calamitosa Armada Invencible, lo cierto es que la Gran Armada, pese a perder unos treinta barcos —casi todos mercantes— y miles de hombres, sobre todo en los naufragios de Irlanda y Escocia, no llegó a sufrir ni una sola derrota en combate. Apenas se perdieron un par de buques de guerra, y el resultado de las escaramuzas fue indeterminado. En cualquier caso, sus pérdidas fueron muy inferiores a las de la Contraarmada de Drake.

Fue la Counter Armada de 1589 —que jamás tuvo entre sus objetivos atacar el santuario de Compostela— la que fracasó de forma estrepitosa. Aproximadamente las tres cuartas partes de su inmensa dotación, tanto de hombres de guerra como de mar, murieron durante la singladura. Sus pérdidas fueron tan terribles que su almirante cayó en desgracia para jamás levantarse. Del modo más denigrante, a sir Francis se le desautorizó para dirigir ningún tipo de campaña naval durante seis años, y se le recluyó en Plymouth. Y, cuando por fin recuperó sus derechos en una nueva empresa contra los españoles, solo fue para ir a peor.

Drake murió en las aguas del Caribe en 1595.

No deberíamos olvidar que este descalabro se fraguó en una pequeña ciudad situada en una

esquina del continente. La vieja Faro, la actual Coruña, gracias al valor de su gente —encarnada en la mítica María Pita, que, como sabemos, se llamaba Mayor Fernández de la Cámara y Pita—, fue capaz de infligir una vergonzante derrota a la armada más poderosa que jamás había surcado los mares.

Aquel 14 de mayo de 1589, el devenir de los siglos se fraguó junto a la muralla de An Chruinne gracias a una mujer de corazón indomable. De no ser por ella, quién sabe hacia dónde habría derivado la humanidad.

Lo que sí sabemos a ciencia cierta es que el mundo sería otro. Y muy distinto.

Nuestra Mayor, que perdió en aquel ataque a Gregorio, su segundo marido, aún viviría muchos años entre Coruña y Sigrás. Se casaría dos veces más y tendría descendencia, negocios y una vida plagada de pleitos y disputas que dan idea de su carácter.

Felipe II, en reconocimiento al valor mostrado durante el asedio de Drake, acabaría por concederle una pensión vitalicia.

Los ingresos equivalentes a la soldada de un alférez.

Curiosamente, un error en su acta de defunción la haría pasar a la historia con el nombre de María. Va siendo hora de que la ciudad restaure su memoria, y no estaría de más que todos los 14 de mayo se celebrase allí una efeméride de talla mundial.

El día que cambió el curso de los siglos ante la ciudad alta coruñesa.

Elizabeth, por su parte, murió sin descendencia.

No dejó tras de sí más que una figura controvertida y plagada de incógnitas. En 1603 le sucedería en el trono James Stuart; el hijo de María, la reina de Escocia a la que Elizabeth ordenó decapitar pese a los vínculos que las unían. Su efímero reinado dejaría paso a la dinastía de los Estuardo, cerrando la sangrienta etapa Tudor en la monarquía inglesa. El legado de la Reina Virgen, con su aureola gloriosa, sería más el resultado de una efectiva propaganda política que de un gobierno solvente y eficaz.

Tanto ella como los inversores que financiaron la Contraarmada, como podemos deducir, sufrieron una dolorosa bancarrota.

Respecto a Felipe, hubo luces y sombras.

El balance global de las dos campañas (Armada de 1588 y Counter Armada de 1589) fue claramente positivo para sus intereses. Pese a las pérdidas que toda guerra conlleva, el Rey Prudente consiguió conservar todos los territorios portugueses, truncar el apoyo inglés a los rebeldes neerlandeses y asestar un golpe brutal a los piratas que acosaban el comercio ultramarino que conectaba su metrópolis con las colonias del Nuevo Mundo.

Todo un éxito, pues, aunque supusiera un coste elevado.

A raíz de estos acontecimientos, España asentaría su dominio mundialmente incluso con más firmeza. Y esto fue así, como decimos, pese a la imagen derrotista que ha llegado hasta nuestros días. La historia ha sido injusta con la Armada Invencible, tal y como hemos puesto en boca de Drake:

«Puede ganar más batallas la propaganda adecuada que el mejor de los cañones».

Felipe seguiría dominando todos sus territorios hasta el día de su muerte, en 1598, apenas nueve años después de estos hechos. Fallecería en El Escorial, rodeado por las reliquias sagradas que había ido confiscando a lo largo de su vida con la ayuda de su cronista, el gran Ambrosio de

Morales. Eso sí, el cuerpo de Santiago el Mayor jamás llegaría a San Lorenzo. La vorágine desatada en el momento culminante de la misión, junto con la irrefutable maniobra de Juan de Sanclemente y Torquemada, lo impedirían para siempre.

Tal vez el último pensamiento del monarca volara hacia Compostela, o tal vez hacia Pastrana. Eso nunca lo sabremos. Sí sabemos que la princesa de Éboli moriría abandonada por todos en 1592, y que Felipe la mantuvo encerrada desde 1579. Trece largos años de silencio y soledad, entre cuatro paredes, sin ser acusada de ningún delito.

Lo que también sabemos es que Sanclemente fue uno de los arzobispos que más hizo por la sede compostelana. Construyó un colegio para huérfanas[24], restauró edificios y emprendió numerosas medidas que renovaron el esplendor de la ciudad en un momento difícil, marcado por el auge del protestantismo en toda Europa. Hasta construyó el colegio de pasantes que lleva su nombre, y que hoy día es un instituto público de enseñanza secundaria[25].

Si es que hubo un tal Cándido Suevos a su lado, apoyándolo en tan magna labor, es algo que solo nuestra imaginación puede suponer. Y lo mismo tenemos que decir de Sheridan y sus compañeras de orden (y de la orden al completo, claro está); las dos Magdalenas de Alba, la Crecha vieja y la Crecha joven. Sí existe una Casa das Crechas en Santiago (hoy en día, un precioso pub de estilo compostelano) a unos pasos de la Corticela (la iglesita que en origen se alzó a unos pasos de la catedral y que hoy ha sido engullida por ella).

Respecto a las conexiones gaélicas a las que hace referencia nuestra Arlynn, y a la ciudad romana enterrada bajo las calles de la vieja Compostela, en todo ello radica el origen de esa trama que nos ha servido para ilustrar el ancestral camino iniciático de la Ara Solis, muy probablemente el predecesor del que hoy conocemos como «Camino de Santiago», y para dar luz a la figura de Prisciliano, bastante conocida, y a la de Egeria, mucho menos.

Tanto el sustrato gaélico que hoy se puede hallar en Galicia como un posible origen romano en la ciudad olvidada de Assegonia parecen hipótesis plausibles. Dos teorías con sólidos fundamentos en campos como la etnografía, la filología, la antropología, el urbanismo y la arqueología que la ciencia histórica deberá verificar.

Y ya que la Crecha joven se quedó para siempre en el Finis Terrae, que viva en nuestra imaginación su impetuoso acompañante. Segismundo de Bretoña, fuerte como un buey de tiro pero inocente como un niño. Tal vez él sea un personaje imaginario, pero queremos creer que los valores que encarna no lo son. La fidelidad, la inocencia, la firmeza férrea del amor verdadero, la fe en la propia vida, que algún día nos devolverá lo que le demos.

Larga vida a Segismundo, pues. Y que la vida siga siendo sueño.

Y qué decir de maese Poulo…

Nuestro Manuel tampoco existió, pero encarna a todos los hombres que navegaron y zozobraron en ese tiempo de leyenda. Tal vez un niño sí vislumbrara a Felipe a lo lejos el día que durmió en Poulo. Si así fuese, es posible que su vida se viera condicionada sin remisión por aquel hecho. Es difícil que le salvase la vida al soldado Cervantes en Lepanto, pero no imposible. Nada nos ha llegado sobre un calafate adoptado por el gran Álvaro de Bazán a raíz de aquellos hechos, aunque ambos estuvieron allí.

Sobre la singladura a bordo de la mítica Regazona (nuestra Ragazzona), que sigue durmiendo el sueño eterno bajo las arenas húmedas de la ría de Ferrol; la amistad con Cuéllar o con Bertendona, la participación en la defensa de Coruña…, nada puede haber en los libros, pues, como decimos, Manuel de Poulo solo existe en nuestros sueños despiertos.

También el pequeño Tito.

El bravo Tristán Rey, la sonrisa eterna de un niño inocente frente a las mayores crueldades que puede deparar la vida. Sí son reales la valentía y la generosidad de los hombres a los que tocó en suerte escribir con sangre esas páginas de la historia. Es por la memoria de todos ellos por lo que hemos dado vida a las figuras de maese Poulo y de Tristán.

También encarnan valores el arcediano Cabana y el reliquiero Ares, figuras igualmente imaginarias. En este caso, hallamos en ellos la parte más oscura del ser humano. Vaya aquí, también, mi homenaje. Seguro que fray Indalecio nunca abandonó sus visitas nocturnas al hospicio, y ya sabemos que no fue el único.

Y es que hay cosas que nunca cambian.

En lo tocante a otro personaje real, Lázaro González de Acevedo —y a su pleito de los cinco obispados—, sabemos que la jugada de Sanclemente logró prorrogar su causa de forma indefinida en los juzgados. La vileza legal que constituyó durante siglos el Voto de Santiago siguió en vigor hasta 1812, nada menos. Solo entonces fue abolido por las Cortes de Cádiz, entre otros seísmos de guerra, caos y destrucción.

Nada aconteció en 1589. Es más, a raíz de la revisión de numerosos pleitos, la chancillería siguió incorporando territorios que debían tributar al cabildo compostelano según lo estipulado por el rey Ramiro en el siglo ix. Acerca de la influencia que pudieron ejercer sus canónigos en estas decisiones, no tenemos más que añadir.

¿Y qué hay de Ambrosio?

Nuestro erudito, el ínclito cronista de Castilla, pasaría a la historia como uno de los hombres más cultos de su tiempo. Quedan como muestra su Viage y las famosas Antigüedades, las dos obras que hemos mencionado repetidamente en esta novela. Tras los sucesos de 1589, regresó al hogar. Tal vez derrotado por su propio sobrino, tal vez aliviado por el fin de aquel asunto tan incómodo, «el que puede ver en la noche» pasó sus últimos años en la tranquilidad de su casa. Moriría en 1591 en Alcalá, solo dos años después del ataque de Drake sobre Coruña y de la supuesta desaparición de la reliquia.

Si lo acompañó alguna mujer llamada Magdalena en sus últimos días, no lo sabemos.

Es probable que no.

Por otro lado, es de justicia resaltar la honestidad del sabio agustino Jerónimo Román.

La intervención que aquí narramos también es verídica. Fue contratado por el cabildo para desautorizar el proyecto del licenciado Morales, pero aquella maniobra desembocó en una severa derrota para los canónigos compostelanos.

No sabemos las consecuencias que acabaría acarreándole tamaña osadía.

Sí sabemos, en cambio, que doscientos noventa años después de aquellos días convulsos, un ambicioso cardenal alicantino, Miguel Payá y Rico, encargaría al docto canónigo compostelano Antonio López Ferreiro que encontrase los restos del apóstol bajo el suelo de la catedral.

Los vestigios de Santiago el Mayor, que Juan de Sanclemente había escondido en algún lugar del subsuelo para que no fueran profanados por los herejes de la Albión.

El redescubrimiento tendría lugar con nocturnidad y secretismo. Pese a lo sospechoso del proceso, el cardenal y el propio papa anunciarían a bombo y platillo que las reliquias habían sido halladas. Para ello hubiera bastado el prestigio del canónigo López Ferreiro, catedrático de Arqueología en la Universidad de Santiago, que se encargó de certificar la veracidad de aquellas. Sin embargo, por si acaso, el papa León XIII, en 1884 y por medio de la bula Deus Omnipotens, se dirigió a todo el mundo católico para ratificar el hecho con rotundidad.

Habían sido recuperados los restos del apóstol.

Este hecho, una conmoción mundial, supondría el renacer de las peregrinaciones a Santiago hasta llegar a nuestros días.

Respecto a Payá, como resumen de la meteórica carrera que propició la nueva Inventio, baste decir que el 7 de junio de 1886 fue nombrado primado de España y patriarca de las Indias Occidentales. Y que ese mismo año bautizó al rey Alfonso XIII.

En lo que atañe a Compostela y al Camino de Santiago, en el día en que se escriben estas líneas se han sobrepasado ya los cuatrocientos treinta mil concheiros que han acreditado un mínimo de cien kilómetros a pie, o el doble a caballo o bicicleta.

Y solo estamos a 15 de noviembre[26].

Como podemos deducir, la maniobra política diseñada hace mil doscientos años con el fin de afianzar el territorio cristiano del norte peninsular contra el dominio musulmán está, aunque parezca mentira, más viva que nunca.

Quien suscribe estas páginas ha recorrido la ruta jacobea, en diversas variantes y distancias, un total de treinta veces. De momento, claro está.

Siempre hay un hueco en mis días para soñar el siguiente camino.

Esta es Compostela, mi hogar.

Un lugar único en el mundo. Maravilloso y sombrío; y plagado de contradicciones.

Una ciudad construida sobre mentiras y sueños.

24 Aún es llamado así en Compostela.

25 Se trata del

ies

Rosalía de Castro, ubicado en el precioso edificio del Colegio de San Clemente (sic) de Pasantes. El lugar donde el autor de esta obra goza del privilegio de dar clase cada día.

26 El año de 2022 se cerraría con más de 458.000 peregrinos merecedores de la Compostela, récord ya batido.

A ti, que hoy cierras estas páginas tras un viaje inesperado:

Has sobrevolado el mundo como un albatros sin mapa. Sin rumbo ni intención previa. Gracias a ello has conocido la perfidia, la mentira y la sed de poder que mueve al ser humano. Has surcado los océanos en frágiles barcos, te has adentrado en los anhelos más íntimos de personas extraordinarias y has redescubierto la cara más intensa del amor y el desamor. También has vivido en tu piel hazañas sobrehumanas, los sentimientos más nobles y los milagros que pueden llegar a forjar los sueños y las desesperanzas de un simple mortal.

La luz y las tinieblas que habitan dentro de cada uno de nosotros.
Ahora conoces algunos de los secretos más escondidos de la historia.
Los has hallado entre las raíces profundas de la vieja Compostela.

Recuerda que te lo advertí antes del comienzo.

Ya nada será igual ante tus ojos.

Agradecimientos

En primer lugar quiero dar las gracias a Luís Gómez Aldegunde por su ayuda, siempre sabia, y por todo lo que nos ha regalado durante tantos años. Sin él, nada de lo que he escrito sería lo que es. Por mil primaveiras máis, irmán.

También quiero recordar a todos los que han leído mis historias a lo largo de estos años. Portosanto, El custodio de los libros e Hijos de Gael me han franqueado el acceso a los sueños de miles de personas, algunas conocidas por mí y muchas otras anónimas. A todas ellas quiero agradecerles que me hayan dedicado lo más valioso que existe: su tiempo.

A Laura y a Jacobo, porque todo esté siempre bien. Myrna le enseñó a Breann que hace falta mucho amor para dejar volar a quien más quieres. Sin miedos. Sin oscuridad.

Nunca se han abierto precipicios ante mis pies.

También a Tomi, por todo lo que hace por el arte y la cultura. Y por la paz.

A Yolanda Rocha, por su amistad. Podría agradecerle todo lo que ha hecho para que esta novela viese la luz, pero prefiero resaltar su fe en mí. Gracias, querida, y que el sueño siempre nos alcance leyendo. Deseando siempre darte un abrazo.

A Ascen, a Pepa y a Belén, por las risas y los consejos. No se puede ser más buena gente, ni más divertidas ni más sabias. También quisiera mencionar a Fernando (le debía una, culpa mía) y a todo el club de lectura Locura de libros. Escribir me ha dado muchas cosas buenas, y conoceros ha sido de lo mejorcito.

A José María Plaza y a Javier Velasco, paladines de las letras. A Julio y a Xosé Duyos; y a toda la gente de Rois y del cpi dos Dices. Y a Mario y Grazielle, porque siempre están.

A mis primos queridos; sois demasiados como para nombraros a todos.

A Pepe Formoso y a Sandra, fareros eternos del Bela Fisterra, y a su Consello de Sabios. Que el Bela siga iluminando el universo literario desde el final de todos los caminos. Facendo país.

A Alberto Caliani y a José Zoilo, porque hay corrientes en el mar que solo los marineros comprenden. Y a Emma Lira, capitana. A Rober Cagiao, ejemplo de ilusión por la literatura. A Emilia y Pedro (viva la Orotava) y a la gente de Úbeda. Todos, custodios de libros. Gracias.

A Carlos, por creer en mí. A Conchi, por cuidar de mis textos mejor que yo mismo.

A mis alumnos y alumnas y al profesorado del ies Rosalía de Castro. Cada día en ese lugar es un privilegio gracias, entre otras cosas, a la sonrisa diaria (e impagable) de Montse, Isa y José Luis.

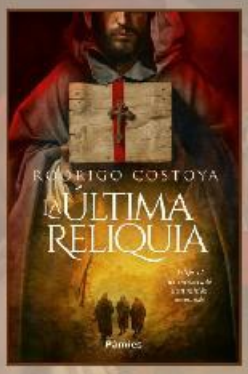
A Coruña, ciudad de leyenda. A Compostela, mi hogar.

Y a Yoli, que ha acompañado mi mano en todo este proceso. Que me ha animado, se ha apasionado con mis historias y ha dado luz a las sombras. Mi mejor crítica, mi lectora beta y mi compañera de camino. Valió la pena pasar frío en el Escorial. Que nunca nos falten aventuras.

Y a Visi y Manolo, siempre.

La última reliquia

Sinopsis



Año 1588. Felipe II, el rey más poderoso que jamás ha existido, pone en marcha dos operaciones secretas.

Con la primera pretende derrotar a su gran enemiga, la reina de Inglaterra. Para ello, cuenta una poderosa flota con la consigna de rendir Londres. La llamada Armada Invencible no tendrá éxito, y provocará un rápido contraataque inglés sobre las costas españolas antes de que los barcos del rey tengan tiempo de restañar sus heridas. Es allí cuando una mujer se distinguirá en la defensa de su ciudad, Coruña.

A través de la segunda operación, el rey trata de completar la colección de reliquias sagradas que ha ido almacenando en su imponente residencia, construida como símbolo de su reinado: El Escorial. Ya atesora más de siete mil, confiscadas por sus mejores hombres en antiguos santuarios, pero le falta la que él más anhela. La más valiosa de la cristiandad.

La última reliquia.

Ambrosio de Morales, el erudito más prestigioso de su época, parte en dirección a Compostela con intención de ejecutar la voluntad del soberano. Nada hace augurar la endiablada conjura que acabará propiciando la desaparición de los restos del apóstol Santiago durante los tres siglos posteriores.

Felipe II, el pirata Francis Drake, Elizabeth I, Miguel de Cervantes y María Pita viven entre estas páginas. También la princesa de Éboli, el arzobispo Sanclemente o los protagonistas del mítico *Pleito de los cinco obispados*, entre otros muchos.

Buen viaje, te deseo.

Al final de esta aventura nada será igual ante tus ojos.

Biografía del autor

Rodrigo Costoya



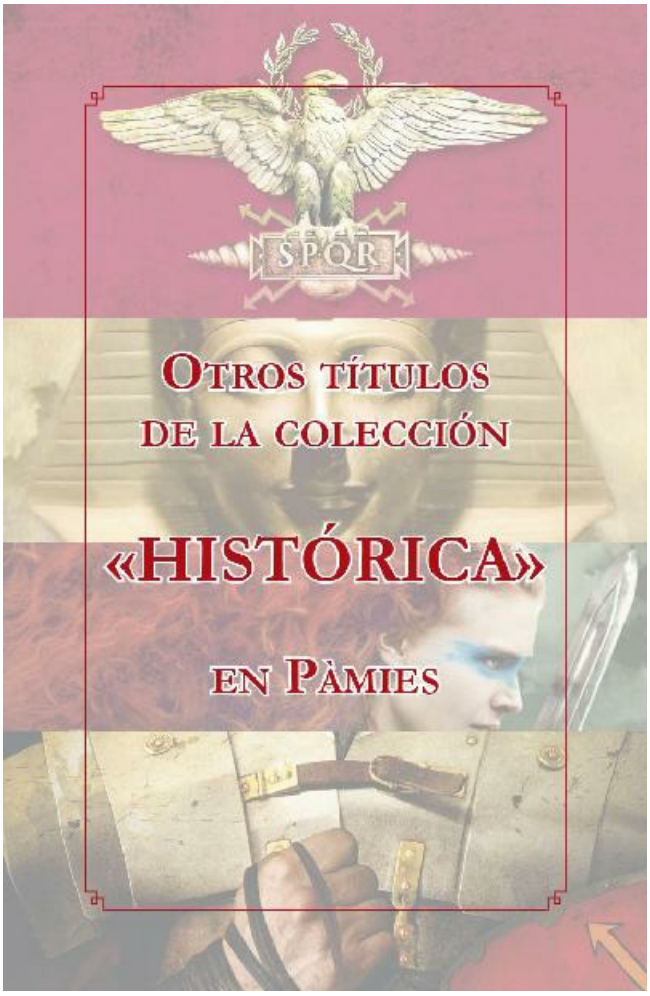
Tras *El custodio de los libros* (ganadora del Certamen internacional de novela histórica de Úbeda en 2020), *Portosanto* (2021) y, por último, *Hijos de Gael* (2022), el autor compostelano se consolida como una de las voces más reconocidas de la narrativa histórica actual con *La última reliquia* (2024).

Profesor en el instituto Rosalía de Castro, ha recorrido en más de treinta ocasiones el Camino de Santiago y es uno de los grandes divulgadores de la teoría del *Colón gallego* de la historia de Compostela, su ciudad, y del propio Camino. Colaborador en diversos medios de comunicación y activista cultural, ha organizado una gran cantidad de eventos literarios en los últimos años.

Después de haber recreado el final de la Edad Media en sus anteriores novelas, en *La última reliquia* narra algunos de los hechos históricos más trascendentes y al mismo tiempo desconocidos de la historia de Galicia, y vierte luz sobre la verdad que se oculta tras la leyenda jacobea y la supuesta tumba del apóstol Santiago.

tw: @RobertDeGwened

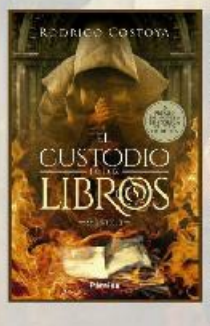
ig: rodrigo_costoya


SPQR
OTROS TÍTULOS
DE LA COLECCIÓN
«HISTÓRICA»
EN PÀMIES

El custodio de los libros

Rodrigo Costoya

(Ganador del Premio de Novela Histórica Ciudad de Lérida 2020)



Galicia. Segunda mitad del siglo XV.

Al pequeño monasterio de Misarela, en la Ría de Arousa, llega un extraño monje con un peligroso cargamento. Son libros, códices que arrogan saberes de tiempos inmemoriales, de lugares lejanos, que ahora diversos poderes buscan destruir.

La llegada de ese tesoro provoca un seísmo en las vidas de quienes rodean el pequeño scriptorium. Monjes, campesinos, hombres y mujeres, caballeros, rebeldes, nobles e inquisidores, reyes y obispos se entremezclan en un pulso por salvar o condenar los saberes milenarios que guardan esos códices, y se ven involucrados en una lucha cruenta que puede cambiar el curso de la historia del mundo.

Porque a Misarela llegan noticias que anticipan un cambio de era y que pueden suponer la salvación de los libros prohibidos: por un lado, la invención de la revolucionaria imprenta, y por otro, el descubrimiento de un nuevo mundo allende la mar océana.

El custodio de la biblioteca de Misarela y sus aliados tendrán que arriesgarlo todo para cumplir su destino y salvar los libros, y, sobre todo, tendrán que cuidarse de sus enemigos, porque allí donde quemen libros, acabarán por quemar personas.

Captura en el código los primeros capítulos de *El custodio de los libros*

Portosanto

El enigma de Colón

Rodrigo Costoya



Siglo xv.

Es el fin de una era.

Europa arde por los cuatro costados, inmersa en guerras fratricidas. Una fría sombra extiende sus alas sobre todo el continente, alimentada por el fanatismo y la barbarie. Hogueras, torturas y autos de fe siembran el odio entre los que un día vivieron como hermanos. Además, el avance del Imperio otomano amenaza el corazón mismo de la cristiandad, bloqueando el suministro de los bienes más preciados. Todos los caminos parecen cortados.

Una civilización entera se tambalea, y solo un milagro podría salvarla. No hay nadie capaz de encontrar una salida, de darle la vuelta a todo. Porque, a veces, la verdad solo está al alcance de los elegidos. De los que, sobre hombros de gigantes, consiguen ver más allá del horizonte. De hacer que lo imposible se convierta en realidad.

Este es el tiempo que le toca vivir a Pedro, un pequeño bastardo nacido en los confines del viejo Finis Terrae. Un niño que crece en la aldea de Portosanto, olvidado por todos y ajeno al trascendental destino que le ha sido reservado.

Entonces hizo sobre las tinieblas.

Cambiar el mundo para siempre.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Portosanto

Table of Contents

Cover Page
CoverImage
Laultimareliquia
Laultimareliquia-1
Laultimareliquia-2
Laultimareliquia-3
Laultimareliquia-4
Laultimareliquia-5
Laultimareliquia-6
Laultimareliquia-7
Laultimareliquia-8
Laultimareliquia-9
Laultimareliquia-10
Laultimareliquia-11
Laultimareliquia-12
Laultimareliquia-13
Laultimareliquia-14
Laultimareliquia-15
Laultimareliquia-16
Laultimareliquia-17
Laultimareliquia-18
Laultimareliquia-19
Laultimareliquia-20
Laultimareliquia-21
Laultimareliquia-22
Laultimareliquia-23
Laultimareliquia-24
Laultimareliquia-25
Laultimareliquia-26
Laultimareliquia-27
Laultimareliquia-28
Laultimareliquia-29
Laultimareliquia-30
Laultimareliquia-31
Laultimareliquia-32
Laultimareliquia-33
Laultimareliquia-34
Laultimareliquia-35
Laultimareliquia-36
Laultimareliquia-37
Laultimareliquia-38
Laultimareliquia-39

Laultimareliquia-40
Laultimareliquia-41
Laultimareliquia-42
Laultimareliquia-43
Laultimareliquia-44
Laultimareliquia-45
Laultimareliquia-46
Laultimareliquia-47
Laultimareliquia-48
Laultimareliquia-49
Laultimareliquia-50
Laultimareliquia-51
Laultimareliquia-52
Laultimareliquia-53
Laultimareliquia-54
Laultimareliquia-55
Laultimareliquia-56
Laultimareliquia-57
Laultimareliquia-58
Laultimareliquia-59
Laultimareliquia-60
Laultimareliquia-61
Laultimareliquia-62
Laultimareliquia-63
Laultimareliquia-64
Laultimareliquia-65
Laultimareliquia-66
Laultimareliquia-67
Laultimareliquia-68
Laultimareliquia-69
Laultimareliquia-70
Laultimareliquia-71
Laultimareliquia-72
Laultimareliquia-73
Laultimareliquia-74
Laultimareliquia-75
Laultimareliquia-76
Laultimareliquia-77
Laultimareliquia-78
Laultimareliquia-79
Laultimareliquia-80
Laultimareliquia-81
Laultimareliquia-82
Laultimareliquia-83
Laultimareliquia-84
Laultimareliquia-85

Laultimareliquia-86
Laultimareliquia-87
Laultimareliquia-88
Laultimareliquia-89
Laultimareliquia-90
Laultimareliquia-91
Laultimareliquia-92
Laultimareliquia-93
Laultimareliquia-94
Laultimareliquia-95
Laultimareliquia-96
Laultimareliquia-97
Laultimareliquia-98
Laultimareliquia-99
Laultimareliquia-100
Laultimareliquia-101
Laultimareliquia-102
Laultimareliquia-103
Laultimareliquia-104
Laultimareliquia-105
Laultimareliquia-106
Laultimareliquia-107
Laultimareliquia-108
Laultimareliquia-109
Laultimareliquia-110
Laultimareliquia-111
Laultimareliquia-112
Laultimareliquia-113
Laultimareliquia-114
Laultimareliquia-115
Laultimareliquia-116
Laultimareliquia-117
Laultimareliquia-118
Laultimareliquia-119
Laultimareliquia-120
Laultimareliquia-121
Laultimareliquia-122
Laultimareliquia-123
Laultimareliquia-124
Laultimareliquia-125
Laultimareliquia-126
Laultimareliquia-127
Laultimareliquia-128
Laultimareliquia-129
Laultimareliquia-130
Laultimareliquia-131

Laultimareliquia-132
Laultimareliquia-133
Laultimareliquia-134
Laultimareliquia-135
Laultimareliquia-136
Laultimareliquia-137
Laultimareliquia-138
Laultimareliquia-139
Laultimareliquia-140
Laultimareliquia-141
Laultimareliquia-142
Laultimareliquia-143
Laultimareliquia-144
Laultimareliquia-145
Laultimareliquia-146
Laultimareliquia-147
Laultimareliquia-148
Laultimareliquia-149
Laultimareliquia-150
Laultimareliquia-151
Laultimareliquia-152
Laultimareliquia-153
Laultimareliquia-154
Laultimareliquia-155
Laultimareliquia-156
Laultimareliquia-157
Laultimareliquia-158
Laultimareliquia-159
Laultimareliquia-160
Laultimareliquia-161
Laultimareliquia-162
Laultimareliquia-163
Laultimareliquia-164
Laultimareliquia-165
Laultimareliquia-166
Laultimareliquia-167